
DEVILS
SERIE
EL CORAZÓN
HERIDO
DE LA BESTIA
ANDREA ADRICH

EL CORAZÓN HERIDO DE LA BESTIA

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2026 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: febrero 2026

Título: El corazón herido de la Bestia. Devils.

Número de Registro en SafeCreative: 2602014428009

Puedes seguir a la autora a través de Instagram (**andreaadrich_**), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Dante Eastwood estaba tumbado en la cama, con la manta caída casi en el suelo, a medio camino entre el sueño y la vigilia, y escuchaba cansado como el viento aullaba por la chimenea, como sacudía las ventanas... Daba igual lo que dijera la gente, a él no le parecía romántico. Ni gótico. Ni nada.

Sus ojos se abrieron de golpe hacia el techo, cuyas vigas eran negras como el carbón.

En la mesita de noche, su libreta permanecía abierta, todavía limpia, todavía esperando. La cogió y la arrastró hasta su rodilla, le quitó la tapa al bolígrafo y trató de obligarse a escribir, pero no salió nada.

Aquel bloqueo de escritor que ya llevaba demasiado tiempo haciéndole compañía iba a acabar con su carrera literaria y con él.

Joder.

Tiró el bolígrafo a un lado, se recostó en el cabecero y exhaló por la nariz, frustrado.

Maldita fuera.

El mar, muy por debajo del acantilado, se estrellaba sin cesar contra las rocas. El viento siguió agitándose, murmurando, insistiendo en hacerse notar. Y por encima de todo, en su cabeza, la

voz de la que había sido su prometida haciendo un truco con los recuerdos.

Fuera como fuese, Catherine parecía ser más fuerte que el silencio. Que el viento. Que la impetuosidad del mar.

Dante se levantó de la cama, caminó con paso lento sobre el frío suelo de madera y descorrió la cortina. Fuera, los acantilados estaban envueltos en niebla y el mar se extendía ancho y gris más allá del horizonte.

En la cama, su teléfono vibró. La pantalla se iluminó. No era un mensaje (ya casi nadie le escribía), era una alerta de noticias. Lo cogió, desbloqueó rápidamente la pantalla con el dedo y leyó el titular.

«Dante Eastwood: ¿Genio o loco? Un bloqueo de escritor que no acaba nunca. ¿Será el fin de su carrera?»

—Joder, fantástico —masculló de malhumor—. ¿Cuándo cojones dejarán de hablar de mí?

Leyó solo dos frases de la noticia sensacionalista, tiró el teléfono sobre la cama y se frotó la mandíbula. Seguía gruñendo en voz baja cuando de nuevo sonó el teléfono, pero aquella vez para avisarle de una llamada.

El sonido atravesó la habitación. Era extraño, abrupto, insoportable. Se quedó paralizado un segundo. Volvió a coger el móvil y consultó la pantalla. Era Óscar, su hermano.

—¿Qué? —dijo con voz ronca al contestar.

—¡Dante! —La exclamación irrumpió en la línea, brillante y alegre, como si estuviera deliberadamente calculada para molestar(le). Óscar siempre era demasiado ruidoso, demasiado lleno de vida—. Buenos días a ti también, hermanito —dijo.

—Estaba dormido —mintió Dante, recostándose en el borde de la cama.

—Seguro que es mentira —dijo Óscar—. Tienes insomnio y además todos los días te levantas antes de que salga el sol.

—¿Qué quieres? —murmuró Dante.

—Quiero que mi hermano mayor no muera solo en un castillo embrujado, preferiblemente —respondió Óscar con sorna.

—No me estoy muriendo —contestó Dante.

—No es por falta de esfuerzo. Lo intentas cada día. —Óscar suspiró al otro lado de la línea telefónica. Hubo una pausa, y luego su voz cambió, se suavizó de una manera que a Dante no le inspiraba confianza. Ninguna—. Escucha... Necesitas ayuda. Tienes... ¿cómo se dice? Un problema.

—Tengo paz.

—Tienes el sentido del humor con moho de no utilizarlo.

Dante cogió una bocanada de aire.

—A eso lo llaman ser introvertido.

—Y estás aislado.

—Estoy concentrado tratando de escribir mi nueva novela.

—Tienes un problema con los fantasmas.

Dante puso los ojos en blanco y apretó la mandíbula.

—Deja de decir tonterías, aquí no hay fantasmas —aseveró.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Óscar.

—No, no lo sé —respondió Dante.

Ambos sabían a qué se refería, a Catherine, por supuesto. Pero Óscar decidió no seguir por ahí.

—Bien. Llámalo soledad entonces. Como quieras. De todas formas, voy a enviar a alguien.

—No. —La voz de Dante se endureció como el acero—. No necesito a nadie aquí.

—Necesitas comer algo más que resentimiento —replicó Óscar. Su tono era enérgico, contundente, como si ya lo hubiera decidido—. Se llama Natalie Watson. Ama de llaves, hacedora de milagros.

Dante frunció el ceño.

—¿Qué cojones…?

—Empieza mañana —lo cortó Óscar sin dejarle acabar.

—No necesito...

La llamada se cortó. De golpe.

Típico de Óscar. Lanzaba una granada y se marchaba silbando, como si fuera algo de lo más natural.

Dante miró fijamente el teléfono, como si le fueran a salir dientes, y bufó enfadado.

—¡Mierda!

Dejó el móvil en la mesilla. En el exterior, el mar volvió a golpear los acantilados, más fuerte, mientras la niebla seguía envolviendo la mansión como si tuviera voluntad propia.

CAPÍTULO 1

Londres olía aquel día a lluvia y a arrepentimiento, lo cual parecía totalmente apropiado.

Las calles estaban resbaladizas por la niebla del día anterior, y llena de charcos, en los que se reflejaban los paraguas de los que iban y venían de un lado a otro. Todo estaba húmedo y pesado, como si la ciudad entera hubiera llorado en silencio.

Era el tipo de clima ideal para tomar decisiones a medias y beber un té desaborido, el tipo de atmósfera que te convencía de decir que sí a cosas de las que luego podrías arrepentirte.

Natalie estaba sentaba en la mesa de la esquina de un café abarrotado que se creía parisino, con espejos descascarillados, menús escritos en una pizarra, y camareros que fruncían el ceño con indiferencia, pero que en realidad solo olía a leche y a tostadas quemadas.

Mantenía su cuerpo en un gesto protector alrededor de Kora, que dormía contra su pecho.

Una mano descansaba suavemente sobre la espalda de la bebé, instintiva, sin moverse, mientras que la otra agarraba una taza de té que había pasado de estar caliente a casi frío.

Frente a ella se encontraba sentado Óscar Eastwood, como si fuera el dueño del lugar. Tenía el aire de un hombre acostumbrado a

que el mundo se inclinara ligeramente a su favor, más por la confianza que desprendía que por arrogancia.

Removía su capuchino con precisión, como quien quiere parecer absorto en sus pensamientos, pero no tiene la menor idea de lo que piensa.

—Entonces —dijo finalmente, ladeando la cabeza como un pájaro curioso—. Eres Natalie Watson.

Ella asintió una vez.

—Sí, esa soy yo.

Su voz era firme al responder. Esa firmeza que solo sale practicando mucho frente al espejo.

El nombre le resultaba cómodo ya, aunque no demasiado (hay que puntualizar), nunca del todo natural, pero lo suficiente como para que no le cambiara la expresión de la cara como al principio.

Se recordaba a sí misma que Natalie Watson era quien era ahora, quien debía ser. Quien tenía que ser. Alice Reynolds se había ido, la había abandonado en otra ciudad, en otra vida, en una en la que no se permitía pensar excepto en la seguridad de la noche, cuando Kora dormía y el recuerdo la apremiaba.

—Bien —dijo Óscar, y su sonrisa se ensanchó con esa calidez devastadora que hombres como él hacían casi con indiferencia—. Vienes muy bien recomendada. Y con «recomendada», me refiero a que fuiste la única solicitante que no incluyó la «manifestación de abundancia» entre sus habilidades. Lo cual, sinceramente, es un alivio, porque mi hermano es alérgico al incienso.

Se le escapó una risilla, más silenciosa de lo que pretendía, pero sincera, al fin y al cabo.

—Soy práctica —dijo, acomodando ligeramente a Kora mientras la bebé se movía—. Limpio, cocino y puedo arreglar las cosas cuando se rompen. A veces a la gente también, si no está demasiado mal.

Óscar levantó una ceja, divertido.

—¿Incluyendo a hombres solitarios con un bloqueo de escritor incapacitante? —preguntó.

—Depende del sueldo —respondió Natalie con ligereza, pero sin frivolidad, porque la verdad que subyacía era demasiado pesada para exponerla. Si no bromeaba, podía echarse a llorar.

Kora soltó un suave resoplido, chasqueó los labios y, en su estado de ensoñación, babeó generosamente sobre la blusa de Natalie. Un círculo perfecto y brillante, justo sobre su corazón.

Óscar se rio al instante al verlo.

—¿Riesgo laboral?

Natalie puso los ojos en blanco con un cariño maternal, aunque sus mejillas se sonrojaron ante la atención.

—Tiene una puntería excelente. La baba es su lenguaje de amor.

En la mesa de al lado, una mujer mayor se inclinó hacia Natalie con el aire conspirador de quien no puede resistirse a mostrar su sabiduría a los desconocidos. Sus ojos marrones brillaban como una cuchara de oro.

—Los bebés siempre saben dónde se esconden los problemas. Ya verás. Pueden olerlos.

Natalie esbozó una sonrisa educada, aunque en su interior sentía un fuerte nudo en el estómago.

«Dios, por favor, no dejes que ella tenga razón.»

—Es bueno saberlo —murmuró.

Óscar, afortunadamente ajeno a la tensión que se reflejaba en sus ojos azules, abrió una carpeta con la elegancia que solo alguien que se siente completamente a gusto consigo mismo puede lograr. Dentro había contratos de trabajo, formularios, lista de normas…

Su bolígrafo giraba entre sus dedos con habilidad y miraba a Natalie como si estuviera a punto de venderle no solo un trabajo, sino una historia.

—Sobre mi hermano... —empezó a decir, reclinándose con el capuchino intacto.

Natalie se tensó, aunque lo hizo parecer un gesto de tranquilidad. Estaba acostumbrada a ello.

—El escritor.

—El escritor, sí. —Óscar frunció los labios, buscando algo de diplomacia, pero fracasó—. Él es una persona… malhumorada, incomprendida y ligeramente insufrible.

Natalie parpadeó. Aquello significaba que era un insoportable de cojones.

—¿Tan... encantador es? —dijo con una sonrisa y tratando de sonar positiva.

—¡Ese es el espíritu! —Sonrió Óscar, complacido—. Dante es brillante, un genio de las letras, pero digamos que tiene alergia a otros humanos, sobre todo desde hace algunos años. Imagínate el cuento de La Bella y la Bestia, pero sin los candelabros parlanchines, las cosas que se mueven y sin la redención. Todavía.

Los labios de Natalie se contrajeron.

—¿Y yo soy Bella?

—Eres Bella —dijo Óscar, mirando a Kora—, si Bella apareciera con un bebé, una cantidad ingente de sentido común y ninguna paciencia para tonterías.

La risa que soltó Natalie en aquella ocasión fue real, pero se le quedó atascada al final de la garganta. Porque la idea de un lugar donde nadie sabía su verdadero nombre, ni de lo que huía, donde muros de piedra impedían que el pasado se abriera paso, sonaba más a liberación que a cuento de hadas.

Óscar le pasó el contrato. Las cláusulas estaban claras, demasiado formales para un trabajo que parecía inventado.

—Es un lugar aislado —explicó—. Una mansión junto al mar, en lo alto de unos acantilados, con algunas corrientes de aire, y con cierto aire gótico, pero con todas las comodidades del mundo. Mientras Dante escribe, o lo intenta, porque ahora está inmerso en un tremendo bloqueo de escritor del que parece que no va a salir nunca, tú te encargarías de las comidas, de las tareas del hogar… —Señaló vagamente a Kora con la barbilla, que en ese momento se chupaba el pulgar—… Tu pequeña… no le va a gustar. Pero la necesita —añadió.

«Genial», pensó Natalie.

Alzó la vista, con expresión cautelosa.

—¿Sabe que voy?

Óscar dudó, y esa pausa era respuesta suficiente.

—Sabe que va alguien —dijo con voz suave.

—Alguien —repitió Natalie en tono neutro.

Fura como fuera Dante Eastwood (así tuviera el mismo carácter que el Diablo), la decisión estaba tomada. Tampoco tenía muchas más opciones.

Extendió la mano y Óscar le pasó los papeles.

Fuera, la lluvia arreciaba, golpeando el cristal de la ventana y dibujando líneas de agua.

El café se volvió más ruidoso, los cubiertos tintineaban, las conversaciones se superponían, pero en aquel rincón donde estaba sentada Natalie el aire se sentía pesado, silencioso.

Se inclinó sobre el contrato, con el ceño fruncido, examinando línea tras línea, aunque ya sabía que no importaba. Cada cláusula decía lo mismo en esencia: «No te encariñes. No te quedes mucho tiempo. No te dejes encontrar».

Bueno, según parecía, encariñarse con Dante Eastwood era imposible.

El bolígrafo temblaba ligeramente mientras firmaba.

Cuando levantó la vista, Óscar la observaba, no con intensidad ni con recelo, sino con esa molesta calidez de nuevo, ese tipo de calidez que ve demasiado sin necesidad de decir una sola palabra.

—Allí estarás a salvo —dijo en voz baja, casi como si se lo estuviera prometiendo—. Puede que Dante sea insoportable, pero no es cruel.

A Natalie se le cerró la garganta ante una docena de respuestas, la mayoría de las cuales no se atrevía a pronunciar.

«Segura» era una palabra muy frágil, una que ya le habían arrebatado demasiadas veces.

—Segura es suficiente —susurró.

Óscar asintió, serio.

—Lo seguro es un buen comienzo.

Y por un momento, mientras la lluvia golpeaba con más fuerza contra el cristal y Kora dejaba escapar un suave hipo que hacía que todo el café la mirara y sonriera, Natalie casi le creyó.

Quería creerle.

Necesitaba creerle.

Horas después, el aire de la estación olía a hormigón empapado por la lluvia, a café de muchas clases y algo metálico adherido a las vías.

Natalie cambiaba el peso de un pie a otro, meciendo a Kora suavemente contra su pecho, como si el solo movimiento pudiera proteger a su hija de todo, del mundo.

A su alrededor, el andén bullía de actividad: el ruido de las maletas arrastradas con prisa, el agudo ladrido de los anuncios que resonaban en los viejos altavoces, el subir y bajar de las voces de desconocidos tejiendo una inquietante banda sonora de partidas.

Allí las vidas se sucedían a toda velocidad, las personas avanzaban con determinación o vacilación, pero ninguna consciente de que ella sentía la suya como la última oportunidad que tendría.

E iba a aprovecharla.

Tenía que aprovecharla.

Subió al tren y se sentó junto a la ventanilla del vagón. Su reflejo se veía pálido e inseguro en el cristal. Sus ojos recorrían la imagen borrosa de su propio rostro y el contorno de la cabeza de Kora, con los diminutos rizos húmedos por el sudor.

Natalie rozó con los labios la parte superior del pelo de su hija, dándole un beso e inhalando el tenue aroma a leche y a jabón infantil, y se aferró a él como una cuerda, como a un salvavidas.

El tren se puso en marcha y comenzó a avanzar lentamente con un ruido sordo y pesado que resonaba bajo sus botines, como si pusiera a prueba su determinación. Natalie apoyó la cabeza en la ventanilla y dejó escapar un suspiro.

Kora se revolvió, sus deditos se enroscaron en el cuello de Natalie, agarrando la tela de la camisa con fuerza y con confianza. Una confianza total, absoluta, y que descansaba en sus brazos.

Natalie tragó con dificultad, con la garganta apretada. Inclinó la cabeza y susurró en voz baja.

—Esta vez será diferente. Vamos a un lugar seguro.

Las palabras flotaron entre ella y la ventana, empañando ligeramente el cristal. Quería que sonaran como una promesa, aunque sonaban como una oración.

Su reflejo le devolvió la mirada, distorsionada por el cristal salpicado de lluvia, y durante un instante fugaz no parecía ella misma. Parecía la mujer en la que intentaba convertirse con tanta desesperación: tranquila, firme, serena, una madre inquebrantable y sin miedo. La mujer que imaginaba ser cuando se inventó a Natalie Watson. Muchas veces intentaba creer en esa mujer, pero a veces no lo conseguía.

No del todo.

El tren ganó velocidad. El andén empezó a desdibujarse, figuras borrosas se disolvieron en retazos de abrigos y paraguas. Natalie mantenía la vista fija en aquel mundo en movimiento, intentando imaginarlo como una manera de romper con el pasado. Una puerta que se cerraba.

Quería respirar aliviada, pero no pudo. Nunca podía.

En el otro extremo del andén, la niebla se espesaba, y allí, medio oculto por ella, un hombre permanecía inmóvil.

No saludaba, no gritaba, no cambiaba de postura como el resto de las personas que pasaban a toda prisa. Simplemente observaba. Su figura era borrosa, con el cuello del abrigo subido, los hombros rígidos y el rostro ensombrecido. La expresión era desconcertante, como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar.

El tren seguía traqueteando, pero su mirada nunca lo abandonó.

Natalie, ajena a él, volvió a besar la cabecita de Kora, murmurando palabras que solo la bebé podía oír.

—Ahora somos libres, mi amor. Libres.

Cerró los ojos con fuerza, como si solo eso pudiera unir las palabras, convertirlas en realidad.

CAPÍTULO 2

El taxi avanzaba lentamente por la sinuosa carretera costera. El motor rugía de vez en cuando, protestando en cada cuesta arriba, mientras los faros se proyectaban sobre la niebla cada vez más espesa, lanzando sombras a un lado y a otro.

Natalie tenía apoyada la cabeza en la fría ventanilla, con el cristal húmedo por la condensación, e intentaba convencerse de que había tomado una decisión sensata. La decisión correcta. Aunque cada vez tenía más dudas.

Trazó un pequeño círculo con el aliento, miró fijamente la mancha húmeda de su propio rostro y luego levantó la vista para observar cómo la niebla se enroscaba y se desenredaba como un ser vivo contra el borde del acantilado.

A su lado, la pequeña Kora dormía profundamente en la silla especial para bebés que tenía el taxi, con las mejillas sonrosadas y regordetas, y el pulgar metido en la boca.

Cada movimiento de su pequeño pecho era una especie de atadura reconfortante. Una atadura que la anclaba, que le hacía poner los pies en la Tierra, pero también era insoportablemente pesada. Natalie sentía el peso de la confianza que su hija tenía en ella y de la protección que le debía con más intensidad allí, en un camino que parecía llevarla al fin del mundo. Cada curva le revolvía

el estómago, como si se adentrara en el secreto de otra persona que no estaba del todo segura de estar destinada a descubrir.

El conductor se aclaró la garganta como hacen los hombres cuando están a punto de dar un consejo que no le han solicitado.

—¿Está segura de que quiere que siga subiendo? La gente no se queda mucho tiempo ahí arriba. —Su voz tenía una resignada cadencia, como si hubiera recorrido esa ruta una docena de veces y nunca hubiera pensado que el resultado fuera bueno.

Natalie esbozó la típica sonrisa educada que había practicado desde que había decidido cambiar de identidad, un gesto agradable pero lo suficientemente firme como para silenciar cualquier comentario.

—No tengo pensado quedarme mucho tiempo —dijo con la voz más firme de lo que en realidad sentía—. Es un trabajo temporal.

El conductor emitió un leve zumbido, que no expresaba desacuerdo ni tampoco aprobación.

—Si usted lo dice —murmuró en voz baja, aunque no tan baja como para que ella no lo oyera.

Excelente. Perfecto. Genial. Precisamente ese era el tipo de comentario que uno anhelaba escuchar al mudarse a una mansión remota situada en el culo del mundo, pensó Natalie.

Miró a Kora de reojo, como si su bebé pudiera despertarse lo suficiente para ofrecerle una sonrisa tranquilizadora o algún consejo infantil sobre las malas decisiones. Kora resopló en sueños, emitió un pequeño chillido y babeó contra su puño. No era especialmente útil, pero era innegablemente entrañable.

El taxi seguía traqueteando. La niebla se espesaba. Y a Natalie se le hacía un nudo en el estómago a cada minuto. Para cuando el camino se enderezó en el tramo final, estaba segura de que los nervios la iban a vencer. Entonces, de repente, la mansión se reveló, emergiendo de la niebla como una bestia ancestral que había estado

agazapada allí todo el tiempo, esperando a que su presa se acercara.

La casa era enorme, sus muros de piedra gris se alzaban con solemnidad, sus ventanas estaban dispuestas como ojos vigilantes, y el afilado corte de sus tejados parecían capaces de partir en dos las nubes.

Su primer pensamiento fue que aquel no era un lugar para reírse, para tener sentido del humor. Su segundo pensamiento fue que sería un escenario excelente para una de esas telenovelas excesivamente dramáticas que a veces veía a altas horas de la noche, con siniestras cuerdas de violín, uno o dos truenos y un narrador susurrando: «Ella aún no sabía que su vida estaba a punto de cambiar para siempre». Aunque ella lo sospechaba de todos modos, porque las casas como aquella nunca te dejaban ir sin cambios.

El taxi se detuvo con vacilación. Las manos de Natalie temblaron al acercarse a Kora, susurrando casi con disculpa:

—Ya estamos aquí, cariño. Un nuevo hogar. Bueno, un hogar temporal. No te encariñes demasiado.

No estaba segura de si estaba advirtiendo a Kora o a sí misma.

En la puerta, una figura esperaba, firme y paciente en la niebla. Se dio cuenta de que era Thomas Evans, el jardinero del señor Eastwood, según las escasas conversaciones que habían mantenido. Era mayor, con el pelo canoso bien peinado, y un pantalón de pana marrón que sugería calidez y una vida útil. Había algo en él que le recordaba a Natalie las hogueras de las tardes de otoño, las largas historias contadas con un té caliente en la mano, la lealtad que se ganaba poco a poco.

—¿Señorita Watson? —le preguntó con voz cálida y amable.

Natalie soltó una risa que rozaba el alivio.

—Casi. La niebla ha intentado devorarnos por completo —respondió con humor.

Thomas sonrió, con una de esas sonrisas que parecía grabada permanentemente en su rostro.

—Es por los acantilados. Siempre están ávidos de turistas. Ven, te llevaré dentro antes de que les apetezca un segundo plato.

Natalie quería discutir, insistir en que podía manejar su propio equipaje, pero Thomas ya estaba tomando sus maltrechas maletas con una fuerza sorprendente. En su lugar, acomodó mejor a Kora en sus brazos, que se estremecía con el aire frío de la noche, pero no terminaba de despertarse del todo. La grava crujía bajo sus pies mientras subían por el sendero, y el viento azotaba el abrigo de Natalie sin respiro. En algún lugar, muy abajo, el mar gruñía, inquieto y embravecido.

La puerta principal se alzaba imponente, alta y arqueada, y cuando Thomas la empujó, resonó con una sincronización teatral perfecta. Natalie se mordió el interior de la mejilla para no poner los ojos en blanco. Al parecer, la casa tenía algo que decir de su llegada.

Dentro, el aire era fresco, quieto, como si las paredes contuvieran la respiración para evaluar a las nuevas intrusas.

Natalie pisó con cautela el suelo de madera. Sus botines resonaron en el espacio cavernoso.

Joder, el recibidor era enorme, y la temperatura daba la sensación de estar varios grados más fría que el aire exterior.

Thomas soltó una risita suave, como si hubiera captado su pensamiento.

—La casa se toma su tiempo para calentarse. Como su amo.

Natalie arqueó una ceja.

—¿Amo? Eso es un poco medieval, ¿no?

Thomas se rio, sin ofenderse.

—Es una vieja costumbre —dijo—. «Dueño», entonces, si quieres. Aunque creo que al señor Eastwood no le importaría ponerle el título de «amo». Es un hombre al que le gusta el control, ¿sabes?

—¿No les gusta a todos? —murmuró Natalie, ajustando la manta de Kora con más firmeza alrededor del pequeño cuerpo de su hija.

Thomas, ya fuera porque era lo suficientemente sabio o lo suficientemente amable, fingió no notar la aspereza de su tono.

—Ven. Será mejor que eches un vistazo rápido a la casa antes de que se dé cuenta de nuestra existencia.

El recorrido fue breve. Pasaron por una biblioteca tan grande que a Natalie casi se le cayó la mandíbula, con tomos antiquísimos encuadernados en cuero. Pero claro, ¿qué iba a esperarse de un escritor? ¿Y más, de uno de los mejores del mundo?

Una sala de estar llena de sillas antiguas que parecían opuestas a la comodidad. Un comedor con una mesa tan larga que sería imposible tener una conversación interesante. Y luego estaba la cocina, moderna, de acero inoxidable, que brillaba incongruentemente bajo arcos góticos y ladrillos, como si alguien hubiera dejado caer una nave espacial dentro de una catedral.

—Allí —dijo Thomas en voz baja, mientras señalaba una de las puertas del final del pasillo—, es donde trabaja.

Natalie observó la madera maciza de la puerta como si pudiera ver más allá de ella.

—¿Escribe ahí dentro? —preguntó.

—Cuando escribe —respondió Thomas—. La mayor parte del tiempo se queda mirando al fuego. Al mar. Al fuego otra vez. Es el proceso artístico, al parecer.

—Suena agotador —dijo Natalie, con una sonrisa.

Thomas le devolvió el gesto con complicidad.

—Pronto lo sabrás.

Como si fuera una señal, Kora se despertó con un suave gemido. Sus ojos azules parpadearon hacia el techo abovedado, como si estuviera estudiando la acústica para futuros ataques de gritos. Natalie la meció suavemente, besándole la cabecita.

—Ah… —dijo Thomas, balanceándose sobre sus talones—. Y ahí está la nueva dueña de la mansión.

Kora estornudó en su pequeño puño y luego se rio.

—¿Tú crees? —murmuró Natalie, con expresión escéptica en el rostro.

—Estará bien aquí —respondió Thomas con firmeza—. Las dos estaréis bien.

Natalie quería creerle. Casi lo hacía. Pero mientras la casa crujía sobre ellos, desplazando su peso como un viejo gigante, se preguntaba si Dante Eastwood estaría de acuerdo.

El destino, naturalmente, eligió el momento menos oportuno para que el dueño de la casa hiciera su aparición. La puerta del fondo del pasillo, la que le había señalado Thomas, se abrió de golpe con tanta fuerza que la corriente de aire agitó los bordes del abrigo de Natalie e hizo que Kora se retorciera en su manta.

Y ahí estaba.

Dante Eastwood.

El hombre, el mito, el genio literario.

Se quedó de pie, enmarcado por la puerta, como si alguien lo hubiera sacado de una tormenta. Su pelo era un revoltijo oscuro y despeinado que parecía como si se hubiera estado tirando de él con frustración. (Probablemente era lo que había estado haciendo).

Su físico era imponente, tanto, que Natalie estuvo a punto de retroceder.

Su camisa estaba arrugada, medio desabrochada, como si hubiera perdido una batalla contra el mismísimo tiempo, y había una mancha de tinta en una mano, que se deslizaba también ligeramente sobre su mandíbula, donde debió de haberse limpiado sin pensar. No se parecía en nada a las fotografías de autor cuidadosamente posadas que había visto en los periódicos, sin un pulcro traje, sin una media sonrisa de suficiencia. Allí se veía crudo, deshecho, reacio. Y, sin embargo, a pesar de eso (o quizás debido a eso), había en él un aura que llenaba el pasillo.

Y un atractivo que no pasaba desapercibido.

Porque, joder, atractivo era un rato.

El único adjetivo que Natalie encontró en su vocabulario para describirlo fue «espectacular».

Los ojos de Dante la encontraron al instante. Grises, como el mar que había fuera, tormentosos y calculadores. No se suavizaron con curiosidad, no se abrieron con sorpresa, al contrario, se estrecharon, como si ella fuera una ecuación que él pretendía resolver, o peor aún, un error muy grave en el manuscrito de alguna de sus novelas.

—Ha traído... —Su voz era baja, incrédula. La voz áspera de quien pasa demasiado tiempo hablando solo con sus propios pensamientos. Hizo un gesto vago, mirando fijamente el bulto que ella llevaba en brazos—. ¿Un bebé?

El silencio que siguió era tan denso que parecía necesitar su propio espacio, llenar cada rincón, como la niebla que había fuera.

Natalie cambió de postura, con el corazón latiendo con fuerza, aunque se mantenía erguida. Kora, en cambio, dejó escapar un suave suspiro medio adormilada, completamente ajena al hecho de que su existencia acababa de desmoronar a un hombre.

Thomas, bendito fuera, se aclaró la garganta con esa diplomacia que usan los hombres mayores cuando prefieren no estar en una habitación.

—Señor Eastwood, ella es la señorita Watson. La nueva ama de llaves —dijo.

El título resonó en el aire como una falta de ortografía. Dante giró la cabeza hacia Thomas. Su mirada era penetrante.

—Has dicho ama de llaves, no... —Agitó la mano hacia Natalie, hacia Kora, hacia la frágil colección de decisiones que habían llevado a ambas hasta allí—. Esto no es una guardería —aseveró.

Natalie sintió que le ardían las mejillas, no de vergüenza, sino de una furia que intentaba disimular. Enderezó los hombros, apretó a su hija aún más contra su pecho y miró a Dante directamente a los ojos.

—Le aseguro, señor Eastwood, que no necesita mucho espacio. Ni conversación. —Su tono era sereno, cortés, pero con una firmeza imperturbable.

La boca de Dante se curvó, no era una sonrisa, sino más bien una mueca de desdén.

—Yo tampoco —dijo.

—Perfecto —respondió Natalie con dulzura. Su voz estaba bañada en miel, pero amenazaba con cortar como el cristal.

Los labios de Thomas se contrajeron, y su bigote se erizó como si estuviera luchando contra la risa.

—Bueno —dijo con optimismo—, los dejaré para… que se conozcan.

—No te atrevas —murmuró Dante entre dientes, pero Thomas ya se retiraba, silbando una melodía demasiado alegre para la atmósfera que dejaba atrás.

Y así, sin más, se quedaron solo los tres. Dante, Natalie y Kora. El silencio se extendió, pesado e incómodo.

Dante se cruzó de brazos, la tela de su camisa tiró de sus hombros, y miró a Natalie con la intensidad de quien lee un párrafo mal escrito. Ella se sentía inmovilizada, catalogada, descartada, pero se negaba a bajar la mirada. No le daría ese gusto.

Su corazón latía con fuerza, amenazando con escapar de su caja torácica, pero por fuera permanecía inmóvil.

Kora se movió, pestañeando, y al abrir los ojos de nuevo, miró a Dante con pura curiosidad. Entonces... como los niños no entienden de hostilidades, extendió una manita y dijo algo parecido a «hola»:

Dante parpadeó un par de veces, como si lo hubieran golpeado. Todo su cuerpo se estremeció de incomodidad.

—Habla —murmuró desconcertado, con la voz baja, como si estuviera solo.

—Saluda —corrigió Natalie con firmeza, apartando los rizos dorados de su hija de su frente.

El viento sacudió el cristal de una ventana.

Dante lanzó un suspiro, largo e irritado, y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos.

—Vale. Está aquí —comenzó—. Pero no esperes conversación. No se acerques a mi estudio. Y no haga ruido. Eso es todo. —Sus palabras eran cortantes, cada una como una piedra arrojada al agua fría.

La sonrisa de Natalie era demasiado contenida como para confundirla con amabilidad.

—Entendido. Y usted, no grite cerca de mi pequeña. No quiero que la asuste. —Su voz seguía siendo suave, pero la promesa que se escondía tras ella resonaba como un cable de alta tensión.

Durante una fracción de segundo, algo se reflejó en el rostro de Dante. Las comisuras de sus labios se elevaron, casi como una sonrisa burlona, como si la idea de que lo desafiara le divirtiera a su pesar.

—Tomo nota.

Un fuerte trueno retumbó, sacudiendo los cimientos de la mansión. Las ventanas temblaron en los marcos.

Dante apretó la mandíbula al oír el sonido y luego volvió a mirar a Natalie. Ella, mientras tanto, observaba a Kora, que había decidido que todo aquel intercambio era lo bastante entretenido como para reírse, aplaudiendo con sus pequeñas manos ante el eco del estruendo.

Sin decir nada, Dante dio media vuelta y se metió en la misma habitación de la que había salido.

—Bienvenida a casa… esperemos —susurró Natalie en la cabecita de su hija, palabras que solo Kora oyó.

Sobre ellas crujieron las viejas vigas y la casa gimió.

Natalie dejó escapar un suspiro.

La tormenta azotaba con furia los ventanales de la mansión, como si quisiera arrancarlos de cuajo. El cielo, completamente negro, apenas dejaba entrever la luna entre nubes pesadas que lo único que prometían era más lluvia. Dentro, el fuego de la chimenea

crepitaba, proyectando sombras que bailaban contra las paredes del estudio.

Dante Eastwood caminaba en círculos con el teléfono pegado a la oreja, y la mandíbula tan tensa que parecía a punto de romperse. Su mano libre se movía en el aire con gestos exasperados, como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible muy caótica.

—No, Óscar, escúchame bien —siseó, apretando tanto el teléfono que sus nudillos se volvieron blancos—. Me has enviado a una mujer con un bebé. ¡Un bebé, por el amor de Dios! ¿En qué demonios estabas pensando?

Al otro lado de la línea, su hermano soltó una risa despreocupada que solo consiguió irritarlo aún más.

—Oh, vamos, Dante. No es para tanto. La pequeña Kora es adorable.

—¿Adorable? —Dante se detuvo frente a la ventana, mirando su propio reflejo con incredulidad—. Los cachorros son adorables. Los atardeceres son adorables. ¡Los bebés son máquinas de hacer ruido constante!

El silencio al otro lado de la línea se rompió con el sonido de un líquido vertiéndose en un vaso y los hielos golpeando el cristal. Dante casi podía ver a su hermano sirviéndose tranquilamente un whisky, completamente ajeno a la crisis existencial que él estaba experimentando.

—¿Sabes lo que necesito, Óscar? —continuó, pasándose una mano por el pelo, ya de por sí despeinado—. Silencio. S-I-L-E-N-C-I-O —deletreó—. Eso es lo que necesito para trabajar. No una sinfonía de llantos, risas y balbuceos las veinticuatro horas del día.

—Sinceramente, hermano, creo que exageras —respondió Óscar con aquella irritante calma que siempre había tenido—. Según tengo entendido, la niña duerme bastante bien.

Dante soltó una risa seca que sonó casi como un ladrido.

—¿Según tienes entendido? ¿Has hablado con Thomas a mis espaldas?

—Por supuesto. ¿Cómo crees que me entero de las cosas? Tú nunca me cuentas nada.

Dante se pinzó el puente de la nariz con los dedos y lanzó un bufido, intentando contener la migraña que amenazaba con estallar en su cabeza en cualquier momento.

—No es una cuestión de si duerme bien o no —dijo, bajando la voz como si temiera que alguien lo escuchara, aunque en el fondo le daba igual—. Es cuestión de que esta casa no es... no es un lugar para niños. Es un lugar de trabajo, mi santuario.

Un trueno violento sacudió los cristales de las ventanas.

—Esta conversación es absurda —dijo Óscar.

—¿Absurda? ¿Acaso crees que esto es una guardería? ¿En qué cojones estabas pensando? —replicó Dante.

Al otro lado, Óscar emitió un sonoro suspiro.

—Estaba pensando, querido hermanito, que necesitabas ayuda. Y Natalie es la mejor candidata que he encontrado. Es competente, discreta, cocina como los ángeles y, lo más importante, no tiene miedo de tu personalidad de ogro.

—Pero tiene un bebé —insistió Dante, como si ese detalle invalidara todas las demás cualidades.

—Tiene una hija, sí —corrigió Óscar, y su tono cambió ligeramente, adquiriendo un matiz más serio—. Y si te paras a pensar un segundo las cosas, comprenderías que eso es precisamente lo que la hace perfecta para el puesto.

Dante frunció el ceño, confundido.

—¿De qué hablas?

—Piénsalo. Una mujer sola con una bebé necesita estabilidad y seguridad más que nadie. No va a irse a la primera rabieta que le

montes, porque tiene mucho que perder. Es leal por necesidad.

Dante se dejó caer en su sillón de cuero, procesando las palabras de su hermano.

—Eso es... maquiavélico, incluso para ti —murmuró, aunque una parte de él reconocía la lógica retorcida detrás del razonamiento de Óscar.

Óscar rio al otro lado de la línea telefónica.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo—. Mira, solo dale una oportunidad, ¿vale? Si en un mes sigues pensando que es insoportable, buscaré a otra persona. Pero te apuesto lo que quieras a que para entonces ya no querrás que se vayan.

—Dudo mucho que...

Un sonido interrumpió su frase. Un gorjeo suave, casi musical, que se coló por debajo de la puerta de su estudio. La risa de Kora.

Dante se quedó en silencio, distraído por aquel sonido tan puro. Luego sacudió la cabeza, recordando su irritación.

—¿Lo ves? —dijo, levantándose de un salto del sillón—. ¡Ahí está otra vez! Es de noche, por el amor de Dios. ¿Qué clase de bebé se ríe a estas horas?

—Uno feliz, supongo —respondió Óscar con calma—. Algo que tú no has sido en mucho tiempo, hermanito.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras, creando un silencio incómodo. Dante se quedó inmóvil, sintiendo cómo se le tensaba la mandíbula.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo finalmente.

—Pero necesario —respondió Óscar sin disculparse y sin inmutarse lo más mínimo—. Escucha, Dante. Has estado escondido en esa mansión durante demasiado tiempo. Solo. Amargado. Rumiando el pasado. Tal vez lo que necesitas no es más silencio, sino precisamente lo contrario.

Dante resopló, incrédulo.

—¿Un bebé ruidoso y una mujer que me desafía? ¿Eso es lo que necesito?

—Vida, hermano. Eso es lo que necesitas. Vida dentro de esas paredes que has convertido en tu mausoleo particular.

Fuera, la lluvia arreció, golpeando las ventanas como si quisiera entrar. Dante contempló las gotas deslizándose por el cristal, formando caminos hacia abajo, como lágrimas.

—No te he llamado para recibir una sesión de terapia —murmuró.

—No, me has llamado para quejarte, como siempre —respondió Óscar con ese tono fraternal que oscilaba entre el cariño y la exasperación—. Pero a veces lo que necesitamos no es lo que pedimos.

Se produjo otro silencio, roto solo por el crepitar del fuego y el rumor distante de la lluvia.

—Al menos dime que encontraste referencias de esta mujer —dijo Dante, cambiando de estrategia—. ¿Sabes algo de ella? ¿De su pasado?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Lo suficiente —respondió Óscar, con una cautela inusual en él —. Es una buena persona, Dante. Confía en mí en esto.

Algo en su tono alertó a Dante. Su hermano no le estaba contando toda la historia, pero antes de que pudiera insistir, oyó el sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose al otro lado.

—Tengo que dejarte —dijo Óscar apresuradamente—. Julie acaba de llegar y tenemos reserva para cenar.

—¿Quién es Julie? —preguntó Dante.

—Una abogada guapísima que acabo de conocer.

Dante puso los ojos en blanco. Óscar y sus mil conquistas. Hoy era Julie, mañana Anne y pasado mañana Chantal.

—Dale una oportunidad a Natalie, ¿vale? —habló de nuevo Óscar—. Por mí. O mejor aún, por ti mismo.

Y sin esperar respuesta, colgó.

Dante miró el teléfono en su mano como si fuera un objeto extraño que nunca había visto. ¿Cómo demonios lograba siempre su hermano tener la última palabra?

Se acercó a la ventana, y apoyó la frente contra el cristal frío.

Abajo, en el jardín, alcanzó a distinguir una silueta a través de la cortina de lluvia. Era Natalie, con Kora en brazos, ambas protegidas bajo un enorme paraguas negro. Natalie señalaba algo en el cielo, quizá explicándole a la niña cómo funcionaban las tormentas. La pequeña reía, ajena a la lluvia, al frío, a todo menos a la seguridad de los brazos de su madre.

Un relámpago iluminó la escena, congelándola como una fotografía en la retina de Dante. Madre e hija, riendo bajo la tormenta.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Maldita sea, Óscar —murmuró para sí mismo—. Siempre tienes que complicarlo todo.

Con un suspiro resignado, se apartó de la ventana y volvió a su escritorio. El manuscrito lo esperaba, implacable como siempre, con la página en blanco acusándole.

CAPÍTULO 3

La mañana había empezado con lluvia, porque claro, en aquella remota parte de Inglaterra, llovía. A cántaros. Todo el tiempo.

La mansión no disfrutaba del sol así por así. Estaba demasiado inmersa en aquel escenario gótico como para dejar entrar algo tan ordinario como una mañana dorada. No, era mejor aquel clima frío, gris y húmedo.

Lúgubre, si apurabas.

La lluvia se deslizaba por los altos ventanales de forma dramática, sombría, casi incitando a la gente a encontrar su fin en los acantilados sobre los que se alzaba.

Dios. Era todo tan triste.

El cristal se empañaba con la diferencia entre el frío de fuera y el calor tenaz que Natalie había conseguido arrancarle a la antigua chimenea de la cocina.

Olía ligeramente a hierbabuena y piedra húmeda, lo cual era probablemente lo más acogedor que aquella casa podía llegar a ofrecer.

Natalie estaba de pie, con una cuchara en una mano y Kora en equilibrio sobre su cadera con la otra. Era una danza precaria, una en la que se estaba volviendo experta.

Kora tenía el puño enganchado perezosamente en el cuello de su jersey y el pulgar firmemente apretado contra la boca.

Natalie removía con firmeza lo que había dentro de la cazuela, convirtiendo el puré en algo comestible mientras su hija respiraba con el ritmo lento y sereno de una niña que aún no conocía el peso de las decisiones de la vida.

Llevaban allí dos días.

El tiempo justo para conocer las costumbres de la casa. Sabía qué tablas del suelo la delataban por la noche, qué ventanas vibraban cuando el viento cambiaba de dirección, qué puertas se negaban a cerrarse sin protestar y qué sombras parecían personas cuando las veía de reojo.

La casa tenía personalidad. Dante Eastwood, en cambio, tenía... menos virtudes.

Era demasiado gruñón, demasiado malhumorado, demasiado…

El sonido de pasos resonó en el pasillo. Fuertes. Deliberados. El tipo de pasos que pertenecían a alguien que esperaba que el suelo mismo se apartara de su camino. Eran tan decididos que le erizaron el vello de los brazos a Natalie. No necesitaba girarse para saber que era él.

La tormenta había decidido ponerse botas.

Y ahí estaba, Dante Eastwood, en la puerta, apoyado en el marco como si estuviera a medio camino entre estar de pie y enfurruñado. Vestido de oscuro otra vez, por supuesto, porque al parecer el color era un idioma desconocido para él. ¿Acaso no sabía que existían otros colores?

Su pelo, húmedo por la lluvia, se le pegaba descuidadamente en las sienes, y su ceño fruncido se encontraba perfectamente intacto (como siempre).

No le hacía ninguna gracia que Natalie estuviera allí, que su hermano Óscar la hubiera contratado casi sin su permiso. Parecía,

pensaba Natalie, un hombre que no solo había conocido la miseria, sino que la había invitado a entrar, le había ofrecido una copa y le había construido una habitación de invitados, para que se quedara a vivir con él. Eternamente.

Natalie juraba que la temperatura bajaba cinco grados cuando sus ojos se encontraban con los de ella.

—Señorita Watson. —Su tono era cortante, casi acusador, como si ella hubiera cometido alguna ofensa al estar en su cocina antes del mediodía.

Natalie esbozó una sonrisa amable, una que había aprendido hacía años en situaciones donde la cortesía era un escudo.

—Señor Eastwood —respondió alegremente, echando las últimas verduras troceadas al puré—. Se ha levantado temprano.

Dante arqueó una ceja, incrédulo.

—Son las diez.

Natalie se mantuvo tranquila. No iba a intimidarla. No, de ninguna manera.

—Bien. Llega temprano, entonces —dijo.

Hubo un leve tic en el rabillo del ojo de Dante.

«Bien —pensó Natalie—. Una victoria, pequeña pero satisfactoria.»

Dante cruzó el umbral con los brazos cruzados, la postura rígida y decidida.

—Necesitamos establecer límites —habló.

Ah. Ahí estaba. La temida charla. La imposición de la ley en su casa.

Natalie dejó la cuchara de madera con cuidado sobre la encimera, se acomodó a Kora contra la cadera y se giró para mirarlo de frente.

—Por supuesto —dijo con tono discretamente amable—. Las reglas harán que la convivencia sea mejor.

Si Dante percibió un rastro de sarcasmo en la voz de Natalie, no reaccionó. Su expresión permanecía fija, como si fuera granito, en señal de desaprobación. Porque todo lo que decía Natalie contaba con su desaprobación.

—Regla número uno —comenzó con voz grave—. Nada de ruido. Exijo silencio absoluto mientras trabajo.

Natalie asintió con la cabeza.

—Entendido.

Movió a Kora, que aprovechó el momento para soltar un suave balbuceo inquisitivo. El sonido fue leve pero intencionado. Dante apretó la mandíbula y siguió adelante.

—Regla dos —dijo, ignorando por completo la interrupción de la bebé—: mi estudio está prohibido. Prohibida la entrada, la limpieza y las interrupciones de ningún tipo.

Natalie levantó las cejas. ¡Santa Madre de Dios!

—Entendido.

—Regla tres —continuó Dante, aunque las palabras parecían dolerle al salir de la boca—, la comida se dejará en la encimera. Prefiero no... —Hizo una pausa, tensando visiblemente la mandíbula —... cenar en compañía.

—Por compañía…, ¿se refiere a otros humanos? —dijo Natalie.

Él la miró fijamente, sin ningún tipo de diversión en los ojos.

—Correcto.

—Es bueno aclararlo —murmuró Natalie, sin molestarse esa vez en ocultar su sonrisa.

Y entonces intervino el destino.

Kora cogió la cuchara que había quedado cerca de los cuencos y la dejó caer sobre la encimera con la fuerza de un pequeño tirano que reclamaba un nuevo territorio. Una espectacular salpicadura de puré saltó por los aires y cayó de lleno en la manga de la camisa negra de Dante, goteando lentamente.

El silencio que siguió fue denso y extraño.

Natalie se quedó paralizada, con la cuchara en la mano, haciendo una mueca de dolor mientras la mancha de puré hacía su lento y humillante viaje hacia el puño de la camisa de Dante.

Él miraba. Simplemente miraba. Como si la gravedad estuviera conspirando contra él.

Natalie se aclaró la garganta con delicadeza.

—Está... entusiasmada con el desayuno —dijo.

Dante exhaló bruscamente por la nariz, controlándose.

—Regla cuatro —dijo entre dientes—. Contenga a eso.

Natalie entrecerró los ojos.

—¿Eso? —repitió en voz baja.

Él levantó la vista, la miró fijamente y luego miró a Kora, que estaba inmersa en su particular mundo de pedorretas.

—El… bebé.

¿Qué? ¿Pero qué cojones…?

La sonrisa de Natalie se desvaneció. Su tono se agudizó y se llenó de firmeza.

—Se llama Kora. Es una persona. Pequeña, sí. Pero una persona.

Por primera vez, Dante vaciló. La miró directamente más tiempo del que pretendía, con algo indescifrable en los ojos. Quizá conflicto, quizá crítica, quizá un destello de algo más humano de lo que quería

permitirse. Y entonces, con la misma rapidez que apareció, desapareció.

—Bien —dijo finalmente, con voz apagada—. Contenga a Kora.

—Vale —respondió Natalie, igualando su tono al de Dante.

—Bien.

—Bien.

Permanecieron en silencio, de esa forma que zumbaba como un cable demasiado tenso.

El viento trataba de colarse por las grietas de la vieja piedra, y la casa misma parecía escuchar, esperando a ver cuál de los dos parpadeaba primero.

Kora, como era natural, se aburrió del silencio (y de estarse quieta). Untó un generoso chorro de puré en el hombro de Natalie y se río triunfal de su propia creación. El sonido resonó en la cavernosa cocina, pequeño pero desafiante, como si le hubiera declarado la guerra al silencio mismo.

Natalie suspiró y besó la cabeza de su hija.

—Como ve, acepta bien las críticas —comentó.

Dante murmuró algo en voz baja, algo que sonaba sospechosamente como «Dios, dame paciencia…» antes de girar sobre sus talones y echar a andar de regreso hacia el pasillo. Sus pasos resonaban una vez más con una determinación sombría.

Natalie lo vio desaparecer entre las sombras, mientras la puerta se cerraba tras él. Durante un instante, se quedó completamente inmóvil, con Kora moviéndose contra ella y el puré enfriándose en su manga. Sintió el peso de la casa presionándola, como si las propias paredes estuvieran involucradas en aquella batalla de voluntades. Porque era una auténtica batalla de voluntades.

—Bueno, cariño —le susurró a Kora—, parece que hemos encontrado un señor de la guerra muy fuerte.

Kora balbuceó alegremente en respuesta, y Natalie no tuvo más remedio que sonreír.

El resto del día se desarrolló en fragmentos, dentro del escenario cavernoso de una mansión que parecía observar cada uno de sus movimientos.

Natalie se armó con la aspiradora, una máquina demasiado moderna para los viejos pasillos con corrientes de aire que no paraban de susurrar.

El cable se arrastraba tras ella, enganchándose en rodapiés irregulares, tirando de alfombras que habían conocido siglos mejores. Pero siguió adelante, a pesar de todo, equilibrando el ruido de la aspiradora con el sonido de los pequeños pasos de Kora a su lado, que iba de un lado a otro con el tacatá. La niña, decidida a no quedarse atrás, agarraba su cuchara de plástico como si fuera una espada, blandiéndola contra las sombras, las barandillas y, una vez, de forma bastante amenazante, contra el radiador. Para ella, aquella casa no era imponente. Era un campo de batalla en el que divertirse.

Para Natalie, sin embargo, cada sonido se amplificaba. Cada crujido del suelo parecía llegar directamente al estudio de Dante. Cada gemido de las paredes parecía regañarla por atreverse a encender algo tan común como una aspiradora en medio de su sagrado silencio.

Dante le había dicho, sin rodeos, que esa puerta no existía para ella. No necesitaba que se lo recordaran. Aun así, al pasar junto a ella, el ruido de la aspiradora se aflojó y sus pasos se ralentizaron hasta contener la respiración, esforzándose por oír lo que había más allá, lo que había al otro lado.

Tecleo. Rápido, implacable, un golpeteo furioso que pertenecía a un hombre en guerra con su manuscrito, o consigo mismo. El ritmo era preciso, fuerte, como quien marcaba el compás en una batalla con un tambor.

Natalie se quedó paralizada, con la mirada fija en la puerta del estudio. No... la puerta prohibida, pero lo suficientemente cerca como para ser peligrosa.

Kora, naturalmente, eligió ese momento para reírse.

—Shhh, cariño —susurró Natalie, agachándose ligeramente, como si la mansión misma fuera a inclinarse para oírla—. Ahí es donde vive La Bestia.

Kora levantó la cabeza y la miró con picardía. Y entonces, como haría cualquier bebé, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

El tecleo se detuvo.

Hubo un silencio tan repentino, tan absoluto, que a Natalie se le revolvió el estómago. Sintió la sangre caliente en los oídos. El latido del corazón en las sienes. Era el silencio de alguien que había... escuchado.

El pánico la abrumó. Se aferró al mango de la aspiradora como si fuera un escudo, y susurró con urgencia:

—Nos tenemos que ir, nos han pillado.

Y empezó a retroceder, arrastrando los pies tan rápido como su dignidad le permitía. Su zapatilla se enganchó en el suelo irregular, haciéndola tropezar peligrosamente cerca de, por supuesto, uno de los adornos de la mansión: una armadura completa, en posición de firmes, como si la casa alguna vez hubiera sido un castillo.

¡Mierda!

¿Es que aquel hombre todavía no había recibido la noticia de que la Edad Media había acabado y que aquello no era un museo? ¡Santo Dios!

—En serio, ¿quién tiene un armatoste de estos en casa? —murmuró Natalie.

Mientras se apoyaba contra el frío hombro metálico. Kora chilló de alegría. Al parecer aquello era de lo más divertido para ella.

Y entonces la puerta del estudio se abrió.

Dante emergió como una nube de tormenta que adquiría forma humana, con el cabello ligeramente despeinado por haberse pasado las manos por él, y los ojos oscurecidos por haber interrumpido su concentración.

Natalie pensó que su expresión era una mezcla de temor y humor, un hombre capaz de asesinar con solo la mirada.

No esperó a que él hablara. Ya había cargado a Kora sobre su cadera, había apagado la aspiradora y recorría la mitad del pasillo a paso apresurado, susurrándole a su hija con un siseo cómplice:

—Rápido, cariño, retírate, corre antes de que la bestia ruja.

Kora, siempre cómplice, blandió su cuchara de plástico en el aire y soltó un gritito, como si se burlara del mismo silencio que exigía Dante.

Para cuando él entró del todo en el pasillo, ya no estaban, habían desaparecido tras el recodo de la escalera.

Se quedó en la puerta un rato más de lo previsto, mirando fijamente las sombras, y luego se retiró en silencio a su estudio, cerrando la puerta con firmeza.

Las horas pasaron. La lluvia se intensificó, tamborileando con más fuerza contra las ventanas. La casa crujía con la tormenta; cada

viga y ladrillo parecía suspirar con el tiempo.

Natalie finalmente consiguió terminar todas las tareas de la casa y aunque Kora se negaba a dormir la siesta, estaba tranquila, jugando con su peluche favorito: una tortuga verde, por lo que Natalie pudo tomarse un descanso. Estaba agotada.

Bajó las escaleras, se preparó una taza de té, fuerte, con demasiada leche, y se hundió en el sofá del salón. Los cojines eran más viejos que ella, se aplastaban en algunos puntos, pero por primera vez en meses, sintió algo desconocido: seguridad.

No felicidad, todavía no, pero se sentía protegida por el grosor de los muros de piedra y la extraña indiferencia de Dante. Su frialdad era un escudo. Una capa tras la que se escondía, se dijo a sí misma.

Bebió un sorbo de té y contempló el fuego. Era tranquilizador. Tanto, que podría estar así horas.

Arriba, Dante se encontraba sentado tras su escritorio.

El estudio era su reino, cada centímetro dispuesto para controlar lo que no podía controlar fuera. El fuego ardía con firmeza y disciplina en la chimenea. Las estanterías estaban llenas de libros perfectamente desempolvados. El escritorio olía a tinta y frustración (sobre todo a frustración). Su pluma flotaba sobre la página en la que pretendía hacer el esquema de la novela, un primer borrador, pero no le salían palabras. Últimamente rara vez lo hacían. La tormenta que había en el exterior reflejaba la tormenta en su cabeza, inquieta, incesante, y nunca del todo calmada.

Y entonces lo oyó.

A través del suelo. Débil, pero innegable. Un sonido que no era habitual oír entre aquellas paredes.

Risa.

Alta, brillante, espontánea. El sonido de la risa de un bebé, libre de mentiras, libre de control.

Su pluma se quedó inmóvil en el aire. Apretó la mandíbula, y se dijo a sí mismo que debía ignorarlo, que era solo ruido, otra intrusión en su silencio. Nada más.

Pero no podía. Permaneció completamente quieto, como si el movimiento pudiera delatar su interés.

Y el sonido volvió a escucharse. Una burbuja de alegría que atravesaba el eco de la tormenta, resonando débilmente a través de los antiguos pasillos.

—No puedo trabajar con este ruido —murmuró Dante con mal humor.

Su voz era grave en el silencio, pero le faltaba convicción.

No se levantó. No golpeó el escritorio con las manos ni bajó furioso para poner orden. Simplemente se quedó allí sentado, inmóvil, escuchando…

Y por razones que se negaba a examinar demasiado, la página que tenía delante ya no parecía tan vacía.

CAPÍTULO 4

La mañana comenzó engañosamente tranquila, lo cual era sospechoso en sí mismo, porque Natalie se había dado cuenta de que en la mansión nunca había paz del todo.

La luz del sol se filtraba lánguidamente a través de la niebla que se disipaba sobre los acantilados. El mar, en lugar de rugir y golpear las rocas, se mantenía sereno, paciente. Incluso la mansión, que habitualmente gemía, suspiraba y crujía, parecía inusualmente apagada. Sus huesos de piedra descansaban en silencio, como si también estuviera observando, esperando, comprobando si se merecían aquella calma.

Natalie llevaba a Kora en la mochila pegada contra su pecho y salió al jardín. El aire estaba áspero, con la sal, la tierra mojada y el ligero olor metálico que persistía después de la lluvia.

Respiró hondo y casi se convenció de que se sentía bien. Kora balbuceaba contra ella, tirando de la tela del abrigo de Natalie, exigiendo atención como si dijera: «Ahora estamos a salvo, mamá, no te preocupes más.»

Natalie inclino la cabeza y depositó un beso en los rizos rubios de su hija.

En algún lugar sobre ellas, una gaviota graznó.

Natalie seguía el sendero que rodeaba el muro norte de la mansión, con las botas crujiendo sobre la grava, y Kora rebotando suavemente a cada paso.

Allí encontró a Thomas, con las tijeras de podar en las manos, ligeramente inclinado por la cintura mientras podaba un rosal con la concentración de un cirujano. Llevaba un sombrero que le protegía el rostro curtido, y sus movimientos eran pausados, casi como en un ritual.

—Buenos días —dijo Natalie, en voz baja para no asustarlo—. Parece que le estás operando a vida o muerte.

Thomas levantó la vista, con ojos amables y ligeramente divertidos bajo el ala del sombrero.

—Ah, señorita Watson —dijo con cariño—, ¿o debería decir «señorita Madrugadora»?

—Es lo que tiene ser mamá de un bebé de meses con pocas ganas de dormir —respondió, mientras ajustaba a Kora en el portabebés—. Tú también te has levantado temprano.

—Las rosas no se podan solas —dijo Thomas, echándose ligeramente hacia atrás para estirar los hombros—. Y si lo hicieran, me quedaría sin trabajo. No podemos permitirlo, ¿verdad?

Natalie se agachó un poco para observar las rosas más de cerca. Kora chillaba de alegría, agitando sus pequeñas manos hacia las brillantes flores como si saludara a otros niños. Natalie acarició suavemente un pétalo, maravillándose de su textura aterciopelada.

—Son realmente preciosas —dijo en voz baja.

—Pero hay que tener cuidado con ellas —advirtió Thomas con voz amable pero firme—. Son preciosas, sí, pero temperamentales. En realidad un poco como la gente, que te muestra una cara y oculta otra.

Kora ignoró por completo la advertencia, y estiró los dedos hacia la flor más cercana.

—Cariño, no...

Pero el aviso de Natalie llegó demasiado tarde. Un grito agudo le siguió cuando la manita de Kora se cerró brevemente alrededor de una espina.

Kora se echó a llorar.

—Ya, pequeña…

Natalie besó la mejilla húmeda de su hija y murmuró algunas palabras tranquilizadoras.

Thomas chasqueó la lengua con suavidad, y se giró para tomar la pequeña mano de Kora.

—No es profundo —dijo en voz baja y tranquila—. Solo un rasguño. Más lección que herida.

Natalie le acarició la cabecita a su hija.

—Lección: la naturaleza puede ser peligrosa —murmuró.

Thomas rio entre dientes, enderezando la espalda.

—Y paciente.

Natalie ladeó la cabeza y entrecerró un poco los ojos.

—¿Paciente? —repitió.

Thomas no la miró de inmediato. En cambio, cortó otro tallo espinoso y dejó caer la flor con cuidado en la cesta de mimbre junto a sus botas.

—La paciencia es una virtud muy valorada aquí.

—¿Lo dice por el señor Eastwood?

—Sí.

Las palabras flotaron entre ellos, arrastradas por el viento que susurraba entre las rosas.

—El señor Eastwood no parece que tenga la suficiente paciencia como para dedicarse a la jardinería —dijo en tono ligero—. A menos que fulminar con la mirada a las plantas cuente.

La sonrisa de Thomas se desvaneció, triste.

—Ya no. Pero antes sí. Venía aquí, se ensuciaba las botas de barro y se ocupaba de la poda. Siempre me ayudaba a sembrar todo el jardín.

Natalie parpadeó, intentando imaginarse a Dante, con su elegante ropa, sus palabras frías y su constante mal humor, agachándose para plantar bulbos en la tierra húmeda. La imagen no encajaba. Nada.

—En aquel entonces —continuó Thomas, con voz más suave—, reía con naturalidad. Hablaba con todo el mundo. Escribía como un hombre enamorado de la vida.

A Natalie la idea la inquietaba más de lo esperado.

—¿Y qué pasó para que cambiara? —preguntó sin poder contenerse.

Thomas exhaló lentamente, cortando otro tallo espinoso. Su pausa era reveladora.

—Pasó la vida. Y la gente. La gente equivocada —respondió.

Las palabras le cayeron a Natalie con más fuerza de la que debería. Las sintió clavarse en el pecho, tan afiladas como la espina que Kora acababa de agarrar. No insistió, pero su silencio bastaba.

—Hubo una mujer —dijo Thomas finalmente—. Guapa, inteligente, peligrosa y con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera. La amaba con locura, y a ella le encantaba la atención que el señor Eastwood le daba. Y luego vino el engaño, la traición. Ya te puedes imaginar lo que ocurrió…

Natalie hizo una mueca.

—Joder —dijo en voz baja, porque no había forma elegante de disfrazar la infidelidad.

—Antes, la casa resonaba con risas —murmuró Thomas—. Ahora resuena con fantasmas. No de esos que te atormentan por las noches, aunque se parecen bastante, solo recuerdos que no paran de rondar y que se te meten en los huesos con el paso del tiempo. Hasta las paredes lo recuerdan.

Natalie miró hacia la imponente mansión, con sus ventanas mirándola como ojos vigilantes. Se estremeció.

—Suena solitario.

Thomas la miró con atención, con los ojos firmes, gentiles pero firmes.

—No siempre fue tan duro, tan frío, señorita Watson. El mundo le convirtió en lo que es ahora.

Natalie acarició el pelo de Kora, contemplando las rosas, cuyo rojo pasión delataba las crueles espinas que había debajo.

—La gente puede cambiar —dijo en voz baja—. A veces para mejor.

Thomas sonrió brevemente, pero era una de esas sonrisas que transmitían esperanza, no certeza.

—Entonces, quizás seas lo que necesita este lugar.

Thomas se rio, sacudiendo la cabeza, aunque el sonido sonaba más nervioso que divertido.

—¿Yo? —dijo Natalie—. Solo estoy aquí para limpiar, cocinar y mantener vivo a un bebé. No es precisamente un cuento de hadas.

—Esta es la vida que él ha mantenido durante años —dijo Thomas simplemente, agachándose para recoger sus rosas—. Pero no lo subestime.

Natalie no respondió de inmediato. Observó al viejo jardinero dejar otra flor en la cesta. El vibrante color de los pétalos

contrastaba con las espinas de los tallos, y sintió la extraña punzada de la posibilidad. La idea de que tal vez su presencia allí fuera más importante de lo que creía.

Y por primera vez desde que entró en el mundo de Dante Eastwood, se preguntó si la supervivencia no sería su único objetivo.

El chasquido del portazo resonó por el jardín como un disparo, sobresaltando incluso a las gaviotas que sobrevolaban el cielo, y tanto Natalie como Thomas miraron instintivamente hacia la mansión.

Durante un instante, la casa pareció exhalar, como si la salida de Dante hubiera liberado la tensión que había estado acumulando en sus entrañas de piedra.

Entonces apareció, caminando con pasos largos y confiados hacia el sendero del acantilado, con su abrigo oscuro ondeando tras él como una bandera desgastada. Tenía las manos hundidas en los bolsillos, la mandíbula apretada, la mirada fija en la línea donde el mar se fundía con el cielo.

Natalie se quedó quieta.

Había algo en él que la dejaba sin aliento, algo en su presencia, como ver la marea subir.

Se movía con una gracia particular. Como si contuviera una tormenta en su interior, porque así era Dante Eastwood, hermoso como una tormenta, oscuro y aún más peligroso por la fuerza que ejercía.

Su primer instinto fue quitarse, apartar la vista antes de que él la pillara mirándolo. Pero no lo hizo. Permaneció allí, medio

escondida cerca del rosal, con Kora apretada contra su cuerpo, y los ojos fijos en él con una mezcla de asombro e inquietud.

Y, por supuesto, Kora eligió ese preciso momento para alzar una mano pegajosa y anunciarse con una alegría desenfadada.

—¡Ahhhh! —chilló, y su voz se escuchó a través del aire húmedo de la mañana.

A Natalie se le encogió el estómago.

—¡Kora, shhh! —susurró, tratando de silenciarla, mientas besaba sus rizos, como si eso pudiera calmar a la niña. Pero el daño ya estaba hecho.

Dante giró la cabeza.

Lentamente.

Ese giro deliberado e involuntario que sugería una irritación ya en ciernes. Su entrecejo se ceñía como una armadura, las cejas apretadas, la boca curvada hacia abajo con el desdén que solo un hombre acostumbrado a la soledad podría perfeccionar.

Durante un segundo, sus ojos se posaron en Natalie. No en el bebé. En ella. Acerados, ilegibles, sopesándola como una pregunta que no quería formular. Duró solo un suspiro, pero el aire pareció transformarse, cargándose de algo punzante y visceral.

Luego, sin decir palabra, se dio la vuelta y continuó, con los hombros erguidos contra el viento, bajando por el sendero que llevaba al acantilado.

Natalie soltó el aliento que no se había dado cuenta que estaba conteniendo. Le dolía el pecho debido a una especie de tensión nerviosa que no podía explicar.

—¡Maldita sea! —masculló en voz baja, pasando las manos por el cuerpo de Kora—. Parece que este hombre está a punto de luchar contra el mismísimo mar.

Thomas, que había reanudado en silencio la poda del siguiente rosal, murmuró con su calma habitual:

—Sale a pasear todos los días. Llueva o truene. Sople el viento o nieve. Y siempre lo hace solo.

Natalie lo miraba con curiosidad, a pesar de sí misma.

—¿Por qué? Un poco de aire fresco es una cosa, pero camina como si tuviera un demonio pisándole los talones.

Las tijeras de podar de Thomas cortaron limpiamente un tallo. El sonido era nítido en el silencio que había entre ellos. Se tomó su tiempo antes de responder, y cuando lo hizo, su tono era bajo, casi reticente.

—Porque si deja de caminar, señorita Watson, tiene que sentir. Y aún no está listo para eso. Quizá nunca lo esté.

Las palabras cayeron pesadas como piedras.

Natalie tragó saliva, con un nudo en la garganta. Quería burlarse, quitarle dramatismo, pero no podía. Sabía lo que era huir del peso de los sentimientos. Seguir adelante cuando el silencio se volvía insoportable.

Y de repente, al ver la silueta de Dante desvanecerse en el horizonte, se sintió menos una intrusa y más como alguien que vislumbraba a un igual.

El viento cambió, agitando su abrigo, trayendo consigo el aroma salado del mar y, juró, a algo más, algo que olía ligeramente a secretos, como el interior de un viejo baúl que lleva demasiado tiempo sin abrirse.

Atrajo a Kora hacia sí, sintiendo el cálido cuerpecito de la niña contra su pecho, y se aferró a ese pequeño y tenaz pulso de vida.

Un rato después, Kora ya llevaba tiempo dormida, con las mejillas sonrojadas y los puños apretados.

Natalie se quedó junto a la ventana del piso de arriba, con el cristal frío bajo las yemas de los dedos.

Fuera, el mar se agitaba inquieto, como si todo el océano estuviera en medio de una discusión consigo mismo. Ella debería estar haciendo la comida, o doblando la ropa, o haciendo algo práctico que la mantuviera distraída. En cambio, se quedó mirando los acantilados.

Seguía ahí.

Dante Eastwood.

Una figura oscura en el fin del mundo, con el abrigo ceñido y el cabello alborotado por el viento salado. Parecía tallado en piedra, tan parte del acantilado como las rocas, negándose a ceder ante la furia de abajo. Desde allí, no era más que una silueta, pero era suficiente para mantener su mirada fija.

No sabía por qué no podía apartar los ojos.

Quizás fuera lástima, aunque la lástima no le sentaba bien, y no explicaba el dolor que se desplegaba bajo sus costillas.

Quizás fascinación, la simple atracción del misterio.

O quizás, aunque detestaba la idea, fuera que se sentía identificada. La visión de otra alma tan vacía por el peso de lo que había perdido que moverse se había convertido en supervivencia.

—Me gustaría saber por qué estás así —susurró en la habitación, apretando las manos con más fuerza contra el cristal frío. Intuía que había mucho más detrás de la historia que le había contado Thomas—. ¿Qué te rompió, Dante Eastwood?

El mar rugía en respuesta, interminable, despiadado.

La mansión tras ella crujía mientras el viento se colaba por sus grietas.

Y él seguía de pie en el acantilado, sin moverse.

CAPÍTULO 5

El día comenzó con la ilusión de haber calma.

Eso en sí mismo ya debió haber sido suficiente advertencia para Natalie. Aquella casa no tenía calma nunca. Pero aun todo, aprovechó el silencio mientras pudo. Se encontraba de pie junto a la encimera de la cocina con Kora en su regazo.

La pequeña había decidido que el mejor lugar para la papilla era cualquiera excepto su estómago, manchando con ella sus mejillas, la barbilla, las manos y hasta sus rizos. Natalie le limpió lo que pudo, suspiró y siguió preparando un guiso de carne con verduras para la comida, tarareando una versión destrozada de *You Are My Sunshine* con esa voz desafinada que habría hecho a Simon Cowell suplicar clemencia.

—Eres mi… —canturreó—. Oh, no tires la cuchara, cariño —le dijo a Kora. Después continuó cantando—… Eres mi sol, mi único… No, no le damos papilla al armario, Kora...

Kora balbuceó esas tonterías que cobraban todo el sentido si medías menos de sesenta centímetros y estabas completamente convencido de tu autoridad. Natalie le besó la sien, mientras la mano pegajosa de su hija intentaba agarrarle un mechón de pelo.

Entretanto, arriba, Dante Eastwood estaba sentado en su escritorio, hablando a su grabadora con una concentración que rozaba la autohipnosis.

El aparato era elegante y caro (último modelo), el tipo de aparato que Natalie no se habría atrevido a tocar, aunque pudiera entrar en el estudio a limpiar.

Vibró suavemente al capturar la voz de Dante grabando frases que podrían convertirse en novelas que la gente estudiaría en las aulas universitarias y citaría en ensayos sobre la «melancolía moderna», si él las considerara dignas.

Su voz era baja, precisa, cortante, como la que usaban los hombres cuando estaban acostumbrados a ser escuchados.

—La futilidad de la redención… —dijo con cuidado, dejando la frase suspendida en el aire como si fuera humo—…, no reside en su ausencia, sino en su burla, en su negativa a...

Pero empezó a escuchar un ruido.

Al principio, débil. Apenas un temblor en el aire. El llanto de Kora, distante, incierto.

Dante frunció el ceño. Esperó. Y esperó un poco más a que se le pasara.

No lo hizo.

El sonido se agudizó, se elevó, se convirtió en un gemido auténtico, insistente, penetrante. Uno de esos gritos que parecía atravesar muros de piedra y vigas centenarias, abriéndose paso directamente a su cráneo. Taladrándolo.

No importaba que la mansión fuera enorme, que su estudio estuviera al fondo del último piso. El ruido rasgó la distancia y la tranquilidad por igual, mandando a la mierda su concentración.

Su mano se cernió sobre la grabadora y apretó la mandíbula. Su pluma se quedó inmóvil en el aire, con la tinta goteando en la punta. Respiró, contó hasta tres y volvió a hablar.

—La futilidad de la redención no reside...

Kora gritó de nuevo, más fuerte.

Las palabras se detuvieron.

Abajo, Natalie paseaba por el suelo de baldosas con su hija en brazos.

—Ya, ya… Shhh, mi amor —murmuró—. Por favor, por lo que más quieras, Kora, deja de intentar gritar más que las gaviotas. Mamá está tratando de evitar que La Bestia nos eche a las dos a la calle.

Kora hundió la cara en su cuello y luego se apartó para llorar de nuevo, con las mejillas rojas y los ojos encendidos, sin ningún remordimiento. Natalie la balanceó arriba y abajo para calmarla.

Y entonces lo oyó. El portazo en el piso de arriba. El ritmo nítido y pausado de pasos resonando por el pasillo, bajando las escaleras, rompiendo el silencio.

—Mierda, no —murmuró Natalie en voz baja, meciendo a Kora con más fuerza—. Ya viene.

Y apareció.

Dante Eastwood irrumpió en la puerta de la cocina como un fantasma.

Vestía su habitual uniforme: una camisa medio abotonada de color negro, pantalones oscuros, y el pelo lo llevaba despeinado de una forma que lograba parecer deliberada. La expresión de su rostro reflejaba enfado. Mucho enfado.

—Señorita Watson —dijo con voz grave, como si nombrara a un sospechoso en el banquillo—, ¿tiene idea de lo fuerte que suena eso?

Natalie parpadeó, apretando más fuerte a Kora contra su pecho.

—¿El llanto? —preguntó, más para ganar tiempo que para otra cosa.

—Los gritos —espetó Dante, cortante y desdeñoso—. Son ensordecedores. Estoy tratando de trabajar.

Natalie asintió una vez, lentamente, tratando de sonar tranquila. Alguien allí tenía que mantener los nervios.

—Sí, es verdad. Lo siento.

Los ojos de Dante se estrecharon, oscuros como nubarrones.

—Ella es... —titubeó, buscando una palabra que no lo hiciera parecer un monstruo—. Es bastante... expresiva.

—Gracias —respondió Natalie, alegre, con una voz un poco dulce—. Lo ha heredado de mí.

Durante un instante, Dante pareció sorprendido, como alguien que no está acostumbrado a que le hablaran sin disculparse, sin pedirle permiso. Lo disimuló rápidamente, refugiándose en su ceño fruncido.

—Señorita Watson, esto no es un patio de recreo. No es una guardería. Es un lugar de trabajo. Necesito silencio para escribir.

Natalie sintió una oleada de calor en las mejillas. El cansancio de semanas se mezcló con la indignación de que aquel hombre la estuviera regañando como si fuera una niña malcriada.

—Es solo un bebé al que le están saliendo los dientes, y por si no se ha dado cuenta, yo también escucho su llanto —dijo, suave pero firme—. Así que parece que hoy ninguno de los dos está teniendo un buen día.

Se miraron fijamente desde un lado y otro de la cocina. Ella con papilla secándose en las mangas y un bebé con hipo en brazos, él con algunos mechones de pelo cayendo sobre su frente y los ojos entornados. El silencio entre ellos era tenso, y vibraba con algo más peligroso que la rabia.

La voz interior de Natalie le siseó que cediera, que suavizara las cosas, que recordara que ella y su hija dependían de aquel techo. Pero no lo hizo. Se mantuvo firme. Sintió como su columna se estiraba casi de forma involuntaria, y se negó a agachar la cabeza.

Su mirada fue tan imperturbable que podría haber arrancado la pintura del marco de la puerta. Su paciencia, puesta a prueba y templada por la maternidad, podría haber durado siglos.

Transcurrió un instante. O dos. O tres. Entonces, murmurando un «¡Increíble!», Dante dio media vuelta y salió furioso, a zancadas, con el aire aún vibrando lleno de su desaprobación.

Kora sollozó una vez y luego se rio, encantada con el espectáculo. Natalie puso los ojos en blanco.

—No me mires así, Kora. Ha empezado él —dijo.

La niña hizo una pedorreta, y sus pequeños hombros temblaron con una risa sorprendentemente contagiosa.

Y Natalie, aunque agotada, aunque furiosa, aunque muy consciente de que acababa de enfrentarse al hombre cuyo temperamento gobernaba aquella mansión, no pudo reprimir una sonrisa ante lo absurdo de la situación.

Horas después, la mansión volvió a estar en silencio. Demasiado silencio.

Natalie lo notó de inmediato en cuanto cerró la puerta de la habitación y acostó a Kora en la pequeña cuna, arropándola con cuidado.

El aire se llenó, casi imperceptiblemente, con algún que otro suspiro somnoliento. Un recordatorio de que la vida continuaba, incluso cuando la propia casa parecía decidida a contener la respiración.

Se sentó en la vieja mecedora, con un libro de bolsillo desgastado abierto en el regazo, y fingió leer, aunque sus ojos se posaban constantemente en el rostro pequeño y sonrojado de Kora.

Pero el silencio era frágil como una pompa de jabón.

Kora se movió, pestañeó, y una risilla fugaz brotó de sus pequeños labios, un sonido musical que llenó la habitación. Natalie se quedó paralizada a media página, con una sonrisa curvando sus comisuras, muy a su pesar.

—Así que ahora estás practicando monólogos, ¿eh? —murmuró en voz baja, al borde de la risa.

La bebé volvió a reír. Un sonido claro y desenfadado.

Natalie se inclinó hacia la cuna, bajando la voz con aire conspirador, como si fuera a compartir un secreto con un cómplice.

—¿Quieres oír algo gracioso, Kora? Mira esto. —Arqueó las cejas, abrió los ojos fingiendo severidad y frunció el ceño de forma teatral. La voz que adoptó fue exagerada, cortante, pomposa—. ¡Señorita Watson, necesito silencio!

El efecto fue instantáneo. Kora estalló en una carcajada estridente, una maraña de alegría y diversión que hizo que a Natalie le doliera la cara de tanto sonreír. No se detuvo, por supuesto. Al contrario, se encorvó, cruzó los brazos por delante del pecho, imitando la misma postura que la había intimidado durante días, e intensificó el tono teatral.

—¡Señorita Watson, esto no es una guardería!

Kora chilló, pateando con alegría al aire.

Natalie meció la cuna suavemente, al tiempo que también reía, dejando que el sonido se propagara por la pequeña habitación, resonando suavemente en las paredes.

Arriba, Dante se congeló a media palabra, con las manos suspendidas sobre el teclado del ordenador.

Sus ojos, grises y azotados por su particular tormenta interior, se dirigieron rápidamente hacia la puerta entreabierta del estudio y, por primera vez ese día, dudó.

La risa flotó a través del umbral, increíblemente brillante, burlona, contagiosa, y supo con irritación que debería cerrar la puerta, regresar a su silencio habitual, ignorar la intrusión, retomar el meticuloso control que había cultivado durante años.

Pero no lo hizo.

En cambio, escuchó.

El sonido se le clavó en el pecho. Las risitas ahogadas, la suave y provocativa cadencia de la voz de Natalie, baja, juguetona, cariñosa sin ni siquiera intentarlo. La risa débil y despreocupada, como una campana, de una niña que aún no sabía moderar su alegría. Cada nota pareció despertar algo en su interior que no se había despertado en mucho tiempo, quizá años, quizá décadas.

Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en el escritorio, con los hombros tensándose, al tiempo que se repetía una y otra vez que aquello era absurdo.

Ridículo.

Completamente ridículo.

Y aun así... no pudo evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en su rostro, vacilante y casi tímida, como si llevara una eternidad en la comisura de sus labios, esperando el momento justo para emerger. Una sonrisa que no intentó ocultar ni controlar, que simplemente apareció, pequeña y desprevenida, frágil de una manera que hizo que su pecho doliera de una forma que se negó a reconocer.

Se enderezó imperceptiblemente, fingiendo tomar unas notas en su libreta, pero sus ojos se desviaron hacia la puerta, hacia las risas que se esparcían por los pasillos, con el aroma a champú de bebé, papilla y la tenue y obstinada calidez de un ser humano que se negaba a doblegarse por completo a su mundo de piedra y tormenta.

Pensó, por primera vez en lo que parecía una eternidad, que tal vez... tal vez aquella casa, con toda su historia melancólica y su frialdad, podría ser realmente soportable. Tal vez incluso, se atrevió a admitirlo, habitable.

Mientras tanto, abajo, Natalie balanceaba la mecedora suavemente, dejando que Kora se desplomara contra su pecho entre risas, pensando, como siempre hacía cuando la bebé estaba así de feliz, que podría acostumbrarse a aquello, a las pequeñas victorias, a las pequeñas rebeliones, a la alegría ruidosa que no tenía nada que ver con el pasado y todo que ver con el presente.

Inclinó la cabeza, murmurando historias y palabras de amor… El sonido de su voz empezó a relatar un cuento, que animaba a Kora a reírse, a patalear, a hacer gorgoritos…

Fuera, el viento azotaba los muros de la mansión, lanzando las olas contra las rocas y llevando tenues ecos de risas hacia los pasillos de piedra.

En algún lugar, una gaviota graznó y, por primera vez en semanas, Natalie se permitió soltar una exhalación larga y tranquila, sintiendo que la tensión que se había acumulado en sus hombros durante meses finalmente comenzaba a desatarse.

CAPÍTULO 6

La mañana llegó con una niebla pegajosa que cubría los acantilados y rodeaba la mansión como una bufanda húmeda.

Natalie caminaba sin hacer ruido por los pasillos, usando unas pantuflas de piel de borrego sobre el piso de madera brillante y frío. Sus pasos apenas sonaban antes de perderse en el gran silencio de la mansión.

El aire tenía olor a mar, a piedra húmeda, a cera para madera y a algo más viejo, como el olor de historias guardadas que las paredes habían escuchado durante años sin contar a nadie.

Arriba, una puerta se cerró con cuidado, después se oyó una silla arrastrándose por el piso. Dante ya se había levantado. Estaba despierto, y la casa entera parecía ponerse nerviosa, esperando a ver si él haría que el día fuera tranquilo o un desastre total.

Natalie se detuvo un segundo, escuchando, dejando que el silencio la rodeara con una calma que podía romperse en cualquier momento.

El día anterior, Dante le había dicho con palabras frías y muy claras, que la risa de Kora «rompía la paz del silencio». Al parecer, a él le gustaba decirlo así, con palabras grandilocuentes: la paz del silencio. Sonaba teatral. Importante. Exagerado.

Joder, como se notaba que era escritor.

Movió la cabeza y cantó en voz baja mientras acomodaba la trona de Kora para que las manitas regordetas de la niña pudieran alcanzar su papilla sin provocar un desastre, aunque sabía que el desastre sucedería de todas formas.

Kora era mucha Kora. A veces, seguir su ritmo era casi imposible.

—Tú y yo —le dijo bajito, acercándose a Kora—, vamos a solucionar esto.

Sonrió con complicidad y le acarició suavemente el pelito, porque hasta en una casa llena de viejos secretos y soledad, se podían ganar pequeñas batallas.

Especialmente cuando se trataba de hacer las paces.

No aguantaría más aquella tensión, aquella guerra silenciosa que flotaba como nubes de lluvia en cada rincón. Por eso, había decidido hacer algo que podría ser inteligente o un poco loco (una locura total, más bien, tratándose de Dante Eastwood). Haría lo que cualquier mujer que está viviendo con un genio triste afectado por el bloqueo de escritor, con una cara bonita y un pelo rebelde: preparó café.

Pero no cualquier café. El café de Dante. De esos que para prepararlo se necesita buena memoria, instinto, un poco de valentía y una precisión casi mágica. Un chorrito corto de café. Un poquito de leche, media cucharada de azúcar, revolver tres veces para un lado y otras tres para el otro.

Natalie había visto la forma de hacerlo y lo había memorizado como un ritual.

Algunos misterios no necesitaban explicación. Otras cosas simplemente había que hacerlas así. La taza estaba caliente para que no se quemara cuando la tocara, pero suficiente para que saliera vapor en bonitas espirales, llevando el olor a café tostado y, en su cabeza, a tregua.

Thomas entró en ese momento en la cocina.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, Thomas —dijo Natalie

Kora soltó un «hola» de los suyos que hizo sonreír a Thomas.

—Llegas en el momento oportuno —dijo Natalie.

—¿El momento oportuno para qué?

—Para que te quedes con Kora mientras subo esté café al señor Eastwood.

Thomas enarcó una ceja.

—¿Vas a subir un café al señor Eastwood? —repitió.

—Sí.

—¿Te lo ha pedido él?

Natalie negó con la cabeza.

—No —dijo.

—Entonces no creo que sea buena idea —opinó Thomas.

—Claro que es buena idea. ¿A quién no le va a apetecer un café calentito con la niebla que hay ahí fuera? —dijo Natalie en tono optimista.

—A Dante Eastwood —contestó Thomas.

Natalie lo miró de reojo mientras cogía la taza y el platillo.

—Tonterías. Nadie puede resistirse a un café caliente en un día como hoy —dijo.

Thomas hizo una mueca con la boca.

—Admiro tu valentía.

Natalie miró a su hija.

—Deséame suerte, Kora —dijo.

La niña soltó un gritito y dio unas palmadas en la superficie de la trona.

Natalie puso la taza y el platillo en una bandeja pequeña, respiró hondo y subió las escaleras hacia el estudio de Dante. Sabía que tenía prohibido entrar en él, pero aquello era diferente. No iba a entrar, solo a «hacer una entrega». Sus pantuflas hacían el menor ruido posible mientras se acercaba a la puerta cerrada.

Se paró un momento, equilibrando la bandeja en una mano, y tocó suavemente con los nudillos.

Toc, toc.

Silencio. Luego escuchó un sonido de irritación desde dentro, como papel arrugándose y una silla empujada con fuerza.

—¿Qué? —La voz de Dante sonó cortante, molesta. No estaba acostumbrado a interrupciones y no le gustaban nada. ¿Es que acaso la gente no lo entendía?

Natalie volvió a tocar, esa vez un poquito más fuerte.

—Señor Eastwood, soy Natalie.

Se oyeron pasos pesados hacia la puerta. Cuando se abrió, Dante apareció con el ceño fruncido, el pelo más desordenado que nunca, los ojos grises mirándola como si fuera una mosca molesta y una expresión de querer discutir por cualquier cosa o simplemente porque había gente viva cerca.

Se detuvo de golpe cuando vio la taza de café.

El vapor subía, la taza brillaba, y durante un segundo fugaz, sus hombros se relajaron, aunque su cara seguía tensa como si fuera lo único que su cuerpo sabía hacer, tensarse.

No la tocó. No enseguida. No miró a Natalie ni notó su postura tranquila, esa calma que había ensayado mil veces y que usaba como escudo. Solo miró la taza, como si hubiera aparecido por arte de magia o trajera algún mensaje raro del universo.

El olor le llegó primero. Fuerte, oscuro, conocido. Reconfortante como solo el buen café puede ser cuando está bien hecho.

—¿Qué pasa? Estoy trabajando —dijo.

Ella levantó la bandeja, mostrándole la taza humeante.

—Le he traído un café. Pensé que lo agradecería con este frío y la niebla que hay fuera —respondió.

Dante la miró extrañado, como si le hubiera hablado en otro idioma. Sus ojos fueron de la bandeja a su cara y de la cara a la bandeja, buscando algún truco escondido.

—No tenía que haberse molestado —dijo, todavía enfurruñado, porque estar enfurruñado era su estado natural.

—No ha sido ninguna molestia —respondió Natalie con una sonrisa cálida que iluminó un poco el pasillo oscuro—. De verdad.

Se quedaron ahí un momento, ella sosteniendo la bandeja, él mirándola como si no supiera qué hacer con aquel gesto de amabilidad. Finalmente, tomó la bandeja con las dos manos, con cuidado, como si pudiera explotar.

—Gracias —murmuró. La palabra salió casi a la fuerza.

Y sin más, se metió de nuevo en el estudio, cerrando la puerta con el pie.

Ya solo en su refugio, Dante dejó la bandeja en el escritorio entre las pilas de papeles y libros. Miró la taza unos segundos. El vapor subía en espirales perfectas.

Exhaló despacio, un sonido que parecía más una rendición que un suspiro. La tensión en sus hombros se relajó un poquito. Por fin, agarró la taza con cuidado de no derramar su contenido.

Tomó el primer sorbo y... maldición. Estaba perfecto. Exactamente como le gustaba, con ese equilibrio preciso entre amargo y suave, caliente pero sin quemar.

Ese primer trago le llegó cálido y reconfortante. Cerró los ojos un segundo y dejó que los recuerdos inundaran su mente: mañanas antes de encerrarse, antes del dolor, antes de vivir en soledad por decisión propia.

Esas mañanas normales, con el olor del café, el calor de una taza entre las manos, tener a alguien más cerca, vivo y presente.

No quería admitirlo, ni siquiera a sí mismo, pero el sabor le llegó directo al pecho, a ese lugar que mantenía cerrado con llave.

Tomó otro sorbo, más largo, y se permitió pensar en Natalie. En su sonrisa que no pedía nada a cambio. En cómo había subido hasta su estudio sabiendo que podría gritarle. En el simple detalle de preparar café en una mañana fría como aquella.

Se sentó en la silla, sosteniendo la taza con las dos manos, dejando que el calor le llegara a los dedos.

Entonces se fijó, sin querer, en el borde de la taza. La pequeña huella de un dedito. Pegajosa, manchada con esa rebeldía inocente que solo un bebé puede dejar. Parpadeó, apretó los labios, y respiró por la nariz con un sonido que era mitad fastidio, mitad una diversión que no quería admitir.

Al parecer, Kora también había estado preparando el café.

Durante un segundo, solo uno, la esquina de su boca se curvó hacia arriba.

Mientras tanto, Natalie bajaba las escaleras con una sonrisa de satisfacción. Había esperado que le cerrara la puerta en la cara, o que le dijera algo cortante, o que simplemente la ignorara. Pero había aceptado el café. Había dicho «gracias». Y lo más importante: no le había mordido. Aquello era un verdadero triunfo.

Apretó los labios para no sonreír demasiado y volvió el rostro, mirando por encima de su hombro hacia la puerta del estudio.

Se preguntó si Dante notaría el esfuerzo. Si notaría los detalles. Esa atención disfrazada de ayuda normal. Se preguntó si él

entendería que aquel pequeño gesto, el café perfecto en el momento justo, era su forma de hablar su idioma, uno que él todavía no sabía escuchar.

—Pequeñas victorias —se dijo a sí misma mientras entraba en la cocina, donde Kora la esperaba golpeando alegremente su bandeja con una cuchara de plástico y Thomas la miraba expectante.

Se acercó a la niña y le dio un beso en la cabeza.

—¿Ves? Te dije que lo lograríamos. Un café a la vez.

—¿Lo ha aceptado? —preguntó Thomas.

Natalie asintió.

—Sí, y ni siquiera ha hecho el amago de morderme —bromeó.

Thomas levantó las cejas.

—Admirable —susurró.

Arriba, Dante apoyó la taza en el escritorio sin dejar de mirarla, tocando el borde con los dedos como si la huella de la pequeña Kora hubiera cambiado el orden de su mundo perfectamente organizado.

A media tarde, la casa estaba envuelta en una luz suave y pálida que entraba por las ventanas altas como polvo flotando en una iglesia.

Natalie caminaba por el pasillo como si estuviera cruzando un campo lleno de minas. Completamente en silencio y casi conteniendo la respiración. No quería despertar a Kora, que finalmente se había quedado dormida, y tampoco quería molestar a Dante, para quien el silencio era sagrado.

Sus zapatillas no sonaban en el piso brillante, pero su cabeza estaba llena de ruido en forma de pensamientos. Había pasado los últimos diez minutos limpiando la misma estantería, y por cómo miraba furtivamente hacia la puerta del estudio de Dante, estaba claro que quería verlo hacer algo normal, cualquier cosa que mostrara que existía más allá de la leyenda de escritor melancólico, más allá de la tormenta de corazón herido y tragedia que llevaba una semana observando. Cada vez que escuchaba algún ruido en el interior, su corazón saltaba. Cada vez que no escuchaba nada, se regañaba por preocuparse tanto.

Se encogió cuando él finalmente salió, como si eso la hiciera invisible o al menos, menos visible.

Dante no la vio enseguida, lo cual, según había aprendido, era muy típico de él. Dijo algo bajito, quizá sobre fechas límite o quizá sobre lo inútil de la vida, antes de bajar las escaleras, con una cara que, siendo generosos, podría describirse como «menos enfadada que de costumbre».

Natalie respiró aliviada, con una sonrisita de victoria en los labios. Kora lloriqueó a través del monitor, pero Dante apenas se inmutó ante el ruido. No frunció el ceño, no cerró los ojos con fastidio, no hizo ninguna mueca de desaprobación.

El progreso, aunque fuera pequeño, era progreso.

Natalie se apoyó en la pared y exhaló el aire.

—Gracias —dijo en un hilo de voz, palabras solo para ella y para el universo travieso que la había llevado a aquella casa.

Negó con la cabeza y fue hacia la habitación para atender a Kora. Y, sin saber la razón, se sintió más ligera de lo que se había sentido en días. A pesar de todo, el ritmo de la vida diaria allí le daba una paz frágil a sus nervios.

La noche empezó a envolver la casa con sus sombras grises, mientras el viento sonaba por la chimenea, arrastrando el murmullo inquieto del mar.

Cada sonido se hacía más fuerte en el silencio, pero a Natalie no le importaba. Empezaba a acostumbrarse.

Se movió por la cocina limpiando las migas de la mesa, apartando el pelo de Kora de su cara, sosteniendo la taza en la que se había servido café varias veces durante la tarde.

El cansancio la cubría como una segunda piel, pesado, pero extrañamente cómodo, porque lo que prevalecían eran las pequeñas victorias del día que había ganado. Natalie vivía así, día tras día, desde hacía varios meses, sin pensar en el futuro.

Miró su taza vacía.

Mientras tanto, Dante avanzaba a paso firme hacia la cocina, con la mente ocupada en una frase a la que quería dar forma después de horas de lucha encarnizada con las palabras.

Estaba tan absorto que no vio el pequeño bulto verdoso en medio del pasillo. Su pie pisó algo suave que emitió un chirriante «paf» bajo su peso.

Dante se detuvo en seco. Bajó la mirada para encontrarse con la tortuga de peluche de Kora, aplastada bajo su zapato, y puso los ojos en blanco.

—Genial —murmuró con irritación, agachándose para recoger el juguete—. Lo que faltaba.

Examinó el peluche con el ceño fruncido. La tortuga verde tenía una mancha de lo que parecía papilla en una esquina y olía sutilmente a galletas y a ese champú de bebé que flotaba por toda la casa desde que Natalie y Kora habían llegado.

Con un suspiro exasperado, reanudó su camino hacia la cocina, sosteniendo el peluche en la mano como si fuera un objeto peligroso.

En la cocina, Natalie lanzó un leve suspiro y se acercó al fregadero. Abrió el grifo del agua caliente para lavar la taza.

De pronto, detrás de ella, escuchó un sonido.

Pasos, largos, medidos, contundentes. Se quedó quieta, con las manos paralizadas, sosteniendo la taza a medio lavar, y su pulso se aceleró un poco, tamborileando en su garganta.

Estaba ahí.

Dante.

De pie en la puerta.

Su presencia llenó el espacio de la estancia como una sombra que no se podía ignorar.

El jersey que llevaba puesto estaba ligeramente arrugado, era gris oscuro, y le sentaba de una forma que hacía que la elegancia pareciera casual. ¿Cómo hacía para que todo le quedara tan bien? ¿Para que, con cualquier cosa, pareciera elegante, sofisticado…?

—Creo que esto es suyo —dijo Dante con voz seca, extendiendo el peluche hacia Natalie.

—La tortuga de Kora, ha debido de caerse por el camino. Gracias por traerla, es su preferida —dijo ella con una sonrisa, tomando el peluche y limpiando discretamente la mancha con un paño húmedo antes de dárselo a Kora.

Dante permaneció inmóvil un momento, como si estuviera procesando el agradecimiento. Su ceño seguía tan fruncido que parecía tallado en piedra.

—Procuren no ir perdiendo las cosas por la casa —dijo—. Alguien podría pisarlas. O tropezar.

—Por supuesto —dijo Natalie—. Lo siento.

Dante se giró, dando por terminada la conversación.

No dijo nada más. Solo se movió hacia la encimera con esa gracia depredadora suya, y en silencio llenó su taza del agua que había en una jarra, como si Natalie fuera parte del mobiliario.

Kora explotó en gorjeos, risitas, y pequeños gritos agudos que rebotaron contra las paredes de la cocina, tratando de llamar su atención. Sus manitas regordetas se agitaron frenéticamente hacia él, con la carita entera iluminada con esa adoración propia de los niños. Cada fibra de su pequeño cuerpo ser gritaba «¡Mírame! ¡Estoy aquí!»

No hubo suerte. Dante pasó delante de ella sin mirarla. Pero la pequeña, aun todo, no se rindió. Siguió sonriéndole con ese gesto desdentado y perfecto, como si su indiferencia fuera solo otro juego, como si su frialdad no pudiera tocar la burbuja de luz que la envolvía. Golpeó su bandeja con más fuerza.

Sin embargo, antes de salir de la cocina, Dante se despidió.

—Buenas noches, señorita Watson.

—Buenas noches, señor Eastwood —respondió Natalie de forma automática.

Y antes de desaparecer por completo de su vista en las sombras del pasillo, Natalie juró haber visto una mirada de soslayo dirigida a la niña y una sonrisilla en la esquina de su boca. Apenas perceptible. Casi invisible.

Fue como ver el sol asomarse entre nubes de tormenta. Estaba ahí, y luego no.

Kora siguió parloteando feliz, completamente ajena al momento, golpeando su cuchara contra la bandeja.

—Lo has visto, ¿verdad, mi amor? —le susurró Natalie, secándose las manos con un paño—. Ha sonreído. Bueno, medio

sonreído.

Natalie se quedó unos segundos pensando, dejando que la imagen se asentara en su cabeza. La idea improbable de un hombre frío y difícil mostrando un destello de ternura.

—A lo mejor La Bestia no es tan bestia como la pintan —añadió.

A lo mejor el hielo más duro podía agrietarse, solo hacía falta el calor adecuado.

CAPÍTULO 7

Dante estaba sentado en su escritorio, con la postura rígida, la mandíbula apretada y los ojos fijos en la pantalla, sin pestañear, como si mirarla fijamente pudiera forzar la creatividad, hacer volar la imaginación.

El cursor parpadeante en la página en blanco lo miró con ese ritmo desquiciante, burlándose de él, recordándole que no había podido lograr escribir una sola línea que sintiera que valía la pena conservar.

¡Joder, era tan frustrante!

—Solías saber cómo hacer esto. Lo has hecho más veces —se dijo a sí mismo—. ¿Por qué ahora no puedes?

Exhaló, un siseo largo y exasperado que agitó el tenue olor a salitre que se filtraba por la ventana abierta, y se frotó las sienes hasta que el dolor detrás de sus ojos se transformó en algo parecido a la desesperación.

Murmuró algo inteligible que sonaba como un juramento o una maldición. O ambas cosas. Algo que habría hecho que incluso Thomas levantara una ceja.

La casa crujió a su alrededor, acomodándose, como cada día.

Fuera, el mar azotaba los acantilados, las olas rompían las rocas con una cadencia que habría sido poética si no le resultara tan

irritante. Y entonces... un sonido se coló en el estudio. Los gorgojeos y gritos alegres y despreocupados de Kora.

Dante se apretó el puente de la nariz.

—¡Maldita sea! —murmuró sin dirigirse a nadie en particular, aunque su voz se oyó con la suficiente fuerza como para sugerir que era una advertencia.

Podía imaginarse a Natalie dando vueltas con Kora, *la diminuta agente del caos* (así había empezado a llamarla Dante), mientras su coleta se movía de un lado a otro, riendo sin parar.

Entornó los ojos, escuchando cómo el sonido se filtraba en el estudio y se introducía en su cráneo como el ruido de un taladro.

En los siguientes diez minutos lo intentó todo.

Tapones para los oídos.

Música clásica, ese tipo de composiciones suaves que prometían inspiración, pero que terminaban haciéndolo más consciente de su propia irritación.

Aplicaciones de meditación con voces australianas suaves y tranquilas que le indicaban que «respirara despacio, que se concentrara y dejara ir toda la tensión».

Duró exactamente cuatro minutos antes de gritarle a un australiano de voz tranquila que dejara de decirle que respirara, porque respirar es lo que hacen las personas. Todas las personas. Era perfectamente capaz de hacerlo sin guía, muchas gracias.

Nada funcionó.

Nada funcionaría.

Porque la distracción había tomado forma humana. La forma de una niña pequeña, risueña, babeante e implacable.

A través de la ventana entreabierta, la vio.

Natalie sentada sobre sus muslos, levantando a Kora en el aire y dejándola chillar de alegría.

El jardín era un caos, mitad de rosas y flores silvestres que se desbordaban, mitad maleza que reclamaba el poco orden que Thomas lograba imponer, pero para Natalie, era el paraíso. Tarareaba una vieja melodía, desafinada, pero que hacía reír a Kora y rechinar los dientes a los novelistas melancólicos. Como, por ejemplo, a él.

—¡Vuela, vuela, pajarito! —la animaba, levantando a Kora por encima de su cabeza.

Kora se agitó, pataleó, chilló y procedió a esparcir lo que Dante sospechó que eran babas sobre el pelo y el hombro de Natalie.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lento y pausado. Su estudio olía ligeramente a papel y a tinta, a fracaso, a ideas tercas que aún no estaban listas para nacer.

Y, sin embargo, bajo la irritación, bajo el zumbido constante de su perfeccionismo, había algo más, algo que le oprimía el pecho de una manera que no tenía nada que ver con los plazos para entregar el manuscrito y que llevaba mucho tiempo sin cumplir.

Se suponía que debería estar enfadado, exasperado, molesto, incluso ofendido. En cambio, se descubrió observando, escuchando, inconscientemente atraído por el sonido de la vida que se desarrollaba al otro lado de la ventana.

Natalie levantó a Kora una vez más, dejando que sus bracitos se alzaran hacia el cielo.

—¡Arriba, mi pequeña! ¡Arriba! ¡Siiiiii! —Las palabras eran alegres, infantiles, imparables, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, los dedos de Dante se movieron impacientes sobre las teclas del portátil.

Sintió, en un rincón de su pecho que hacía tiempo que había cerrado, algo que se negaba a nombrar. ¿Ilusión? ¿Anhelo? Quizás

esperanza. Odió que pareciera esperanza.

Kora volvió a reír, un sonido tan puro e imposible de negar que resonó en los muros del jardín y, de alguna manera, traspasó sus barreras mentales.

—¡Basta! —murmuró en voz baja, aunque en realidad no fue suficiente.

No pudo dejar de escuchar.

La risa de Natalie se unió a la de la niña, melódica, jovial, alegre. No había malicia en ella, no se burlaba, no interfería intencionadamente en su trabajo, pero el efecto era catastrófico.

Debería haber dejado de mirar, haber cerrado la ventana, haber corrido las cortinas, haberle advertido a Natalie de forma firme sobre los límites de decibelios que quería en sus dominios. En cambio, se mantuvo quieto, con el corazón latiendo con fuerza, consciente de cada carcajada, consciente de cada balanceo de las diminutas extremidades de Kora, consciente de cada sonrisa de Natalie.

A lo lejos, Thomas arreglaba unos arbustos para darles forma.

Su aparición en escena le hizo darse cuenta de que seguía anclado ahí, viviendo en una casa llena de personas que se regían por reglas completamente diferentes a las suyas. Unas reglas que implicaban ruido, desorden y amor, le gustara o no.

Y todo gracias a su hermano Óscar.

Dante suspiró.

Natalie tumbó a Kora, y la dejó rodar sobre la suave hierba de un lado a otro. Alzó la vista, entrecerrando los ojos ante la luz del sol. Su coleta se meció al levantar a la niña de nuevo, enredando sus deditos en sus mechones. Sonrió, con las mejillas sonrojadas, completamente indiferente al enfado de Dante.

—¿Te gusta? —le preguntó, riendo. Kora soltó un gritito de alegría—. Claro que te gusta volar —dijo Natalie, haciendo el ruido

de un avión.

Y siguió sonriendo, y Dante la observó, atrapado por el sonido y por la alegría que desprendían.

En el jardín, Natalie hizo girar a Kora una última vez antes de dejarla de nuevo sobre la hierba, boca arriba y riendo, con los ojos brillantes y húmedos de alegría.

—Bueno, eso es todo por ahora, pequeña —dijo en voz baja, apartando cariñosamente un rizo de la frente de Kora—. Hay que descansar.

Y Dante, observando desde la ventana de arriba, se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía una extraña ligereza, esa ligereza peligrosa y contagiosa que podría permitirle volver a escribir, si tan solo pudiera dejar de pensar en los sonidos, las risas y la mujer absolutamente exasperante que se negaba a estar en silencio en su mundo cuidadosamente construido.

El cursor que parpadeaba en la página de Word de repente pareció menos burlón. Menos provocador.

Dante le devolvió la atención a la pantalla. Sabía que debería estar molesto. Sabía que debería refugiarse en el silencio. En cambio, escribió una palabra, luego otra, tentativas, experimentales. Luego una frase. Luego un párrafo.

Y por primera vez en años, sus dedos empezaron a volar por el teclado.

CAPÍTULO 8

Natalie estaba sobreviviendo con café, fuerza de voluntad y unos treinta minutos de siesta. Bueno, quizás treinta y cinco minutos si contaba que había cabeceado esperando a que hirviera el agua caliente del té.

Su tornado personal, Kora, había descubierto el maravilloso arte de gritar. Los libros de crianza de bebes lo llamaban «exploración vocal». Natalie lo llamaba «intento de demoler la casa con chillidos».

La niña gritaba con tanta fuerza que parecía decidida a romper ventanas, nervios y probablemente los cimientos de la mansión.

Y Dante, que odiaba cualquier ruido más fuerte que un suspiro, llevaba una hora con cara de pocos amigos. Fruncía tanto el ceño que podría atrapar moscas con él. O hasta pájaros.

Thomas, que normalmente hacía de mediador entre ella y su jefe gruñón, había elegido justo ese día para ir al pueblo.

Genial. La había dejado sola con el bebé y La Bestia. Sí, con B mayúscula.

Natalie necesitaba ducharse, pero Kora se negaba a dormir y, por supuesto, no la podía dejarla sola.

Solo había una opción.

Una descabellada.

Pero opción, al fin y al cabo.

Dante Eastwood.

¿Él accedería a quedarse con Kora mientras se duchaba?

No, claro que no. ¿Cómo iba a quedarse un hombre como él con un bebé?

Natalie miró a la niña, que estaba jugando en el parque infantil.

Tenía que intentarlo.

Se acercó, la cogió en brazos y se dirigió a la biblioteca de la mansión, donde Dante estaba leyendo un libro y tomando notas.

Alzó la mano y golpeó la puerta de madera maciza.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Adelante —oyó la voz grave de Dante al otro lado.

Natalie giró el pomo y entró.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Señor Eastwood —comenzó Natalie con su voz más suave, como quien habla a un oso dormido—, ¿podría…? —¿Cómo cojones decía aquello sin que aquel hombre le lanzara una dentellada?—. ¿Podría quedarse con Kora mientras me doy una ducha rápida, o sería un problema?

Y se dijo para sus adentros que serían diez minutos como máximo, que podía ducharse rápido. A menos que el universo estuviera en su contra, que probablemente lo estuviera.

Dante ni levantó la vista del libro.

—Sí —dijo seco.

Natalie pestañeó, confundida.

—¿Sí puede quedarse o sí es un problema?

Dante suspiró, como si hablar con Natalie supusiera un esfuerzo enorme. Con Natalie y con cualquier ser humano.

—Sí es un problema.

—Por favor.

—No. —Dante seguía sin levantar los ojos del libro.

—Por favor, no se lo pediría si no fuera necesario. Será una ducha rápida.

—¿Cuánto es «rápida»?

—Diez minutos —dijo ella, intentando no sonar desesperada. Sabía que no lo conseguiría.

—Imposible —respondió Dante, como si le hubiera pedido algo absurdo—. Los bebés huelen el miedo.

Natalie casi se rio.

—No es un lobo —dijo.

Él levantó una ceja con ese gesto característico suyo que podía reducir a cualquiera a la nada.

—Eso es discutible.

Kora, ajena a todo, agitaba su tortuga de peluche como una banderita de guerra. Natalie miró a la niña y luego al hombre que parecía haber olvidado cómo sonreír desde hacía años.

—Por favor —suplicó bajito—. Solo diez minutos. No me lavo el pelo desde hace cuatro días. Creo que está cobrando vida propia.

Por un momento todo se detuvo. Dante parpadeó y algo en su expresión dura cambió un poco, como si la simple sinceridad de Natalie lo hubiera descolocado. Luego, maldiciendo por lo bajo, agitó la mano.

—Está bien. Diez minutos —gruñó—. Pero si llora...

—No llorará —prometió Natalie con contundencia, aunque no estaba segura de ello—. Todo irá genial. Solo háblele. Le encanta que le hablen.

—Hablar… —repitió Dante, como si fuera una palabra en otro idioma.

Natalie se acercó a él y le dejó a Kora. Dante alargó los brazos por instinto y la cogió, pero con poca idea. Estaba claro que no había cogido a muchos niños.

—Sí, de lo que sea. Es fácil —añadió Natalie, escapando hacia las escaleras antes de que Dante se arrepintiera.

Y desapareció sin darle tiempo a protestar.

Dante se quedó solo con Kora, con los brazos extendidos mientras ella hacia pedorretas con la boca.

Dante miró a su alrededor.

¡Mierda!

Dejó a la niña en el extremo opuesto del sofá, como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

Los siguientes minutos fueron raros. Dante se sentó tieso como un palo frente a la pequeña, que lo miraba con ojos enormes y curiosos. Kora soltó una risilla. Él no supo qué hacer.

—Hola —dijo al fin, porque ¿qué más se le puede decir a alguien cuyo vocabulario se compone de gritos y balbuceos?

Ella respondió haciendo más pedorretas.

Él resopló.

—Gran conversación —murmuró, porque murmurar era más seguro que reírse.

¿Qué diablos podía hacer para entretener a un bebé? Miró a un lado y a otro de la biblioteca.

Vio sobresalir un libro infantil entre las cosas de Kora que había dejado Natalie en una bolsa, junto a un biberón de agua.

Alargó el brazo y lo cogió.

Se titulaba *Buenas noches, Luna*. Estaba gastado de tanto uso.

—¿Quieres que te lo lea? —le preguntó a la niña.

Ella abrió mucho los ojos y señaló el libro.

—Me lo tomaré como un sí —dijo Dante.

Lo abrió sin ganas y empezó a leer bajito, como si leerle a un bebé fuera peligroso.

—En la gran habitación verde...

Kora pataleó feliz.

—… Había un teléfono. Y un globo rojo.

Se detuvo y la miró. La bebé chilló contenta, como aprobándolo. Dante siguió leyendo. Su voz oscilaba entre el escepticismo y algo más suave.

—Y una foto de... —Dante entrecerró los ojos mirando el dibujo —. ¿Tres osos en sillas? ¿En serio?

Kora aplaudió encantada y él suspiró. Una pequeñísima sonrisa amenazó con aparecer en su boca.

—Vale. Osos en sillas. ¿Por qué no? —aceptó con voz más suave, como si contar cuentos le estuviera cambiando las reglas.

Kora se inclinó hacia adelante y empezó a gatear hacia Dante. Cuando él advirtió cuál era su intención, empezó a sudar.

—Es mejor que te quedes en tu sitio —dijo, señalando el rincón del sofá.

Pero Kora no estaba por la labor de quedarse quieta, se echó hacia adelante con agilidad y comenzó de nuevo a gatear hacia Dante.

—¿Qué quieres? No lo entiendo —comentó él.

Y Kora se lo dejó claro. Cuando lo alcanzó, se sentó a su lado, entre el hueco del torso y del brazo y se acurrucó.

Dante se movió incómodo en el sitio.

—Esto no es buena idea, yo no… Mira, a mí no se me dan bien los niños… No me gustan.

Pero a Kora le daba igual, dio un gritito y señaló el libro que Dante tenía en la mano.

Él la miró. Tenía poco que hacer. Mejor dicho, no tenía nada que hacer.

Kora 1 – Dante 0

El cogió una bocanada de aire.

—Vale… —susurró, resignado.

Había entendido el mensaje.

Continuó leyendo, mientras empezaba a sentir el calor del pequeño cuerpo de Kora sobre su brazo, su tenue respiración haciendo que su pecho subiera y bajara, oliendo el inconfundible aroma a bebé.

En la tercera página del libro algo cambió. Dante empezó a leer diferente, más despacio, poniendo voces, atento a las reacciones de Kora.

Sus hombros se relajaron un poco, sintiéndose algo más cómodo. Así que, casi de manera inconsciente, añadió pausas dramáticas, provocando que la niña se partiera de risa.

Entonces pronunció mal una palabra, y Kora explotó en carcajadas como si fuera lo más gracioso del mundo.

Dante parpadeó, confuso.

—¿Qué? ¿Qué tiene tanta...? Ah.

La risa de la bebé llenó la biblioteca de una forma que parecía casi mágica.

Y entonces pasó lo imposible.

Dante sonrió. Una sonrisa pequeña, real. De sorpresa, como si hubiera olvidado cómo se hacía. Lo intentó otra vez.

Repitió la frase, pronunciando mal la palabra a propósito.

La bebé rio más fuerte y él sintió algo raro: orgullo. Alivio. Conexión. No lo analizó, solo lo dejó estar ahí, pequeño y frágil como una flor en invierno.

Fuera, el viento golpeaba las paredes arrastrando ecos del mar. Pero por primera vez en mucho tiempo, la casa parecía llena de alegría en vez de sombras.

Dante se recostó en el sofá con el libro en la mano y se permitió imaginar un mundo donde el caos no fuera malo. Él que odiaba tanto el caos y lo que no podía controlar.

Siguió leyendo.

Kora volvió a reír y él no pudo evitarlo. Sonrió de nuevo. Una sonrisa tenue.

Dante recordó, de pronto, cómo había llegado Natalie a su vida.

«Es perfecta —había dicho Óscar con ese tono que usaba cuando intentaba vender una idea que sabía que no iba a aceptar—. Ordenada, discreta, eficiente. Apenas notarás su presencia.»

Apenas.

Qué chiste.

Desde su llegada, la mansión se había llenado de ruidos, risas, olor a comida casera, canciones de cuna tarareadas en los pasillos y, a veces, juguetes en los rincones más inesperados.

Y sin embargo... algo en el caos que Natalie y Kora habían llevado resultaba extrañamente reconfortante (aunque no lo

admitiera en voz alta). Como si la casa, demasiado perfecta y silenciosa durante años, hubiera estado conteniendo la respiración esperando su llegada.

Mientras sostenía a Kora, que intentaba coger su reloj con sus manitas regordetas, Dante pensó en la primera vez que vio a Natalie. Pelo negro recogido en una coleta descuidada, ojos azules cansados pero amables, y esa mirada desafiante que parecía no estar dispuesta a dejarse doblegar. Llevaba a Kora en brazos y un par de maletas que habían visto mejores días.

«No durará ni una semana», había pensado con desdén.

Pero ahí estaban, y algo en su solitaria rutina se estaba transformando sin que se diera cuenta, aunque ni él mismo era consciente de ello.

Cuando Natalie volvió con el pelo húmedo y envuelta en un albornoz, se quedó helada en la puerta de la biblioteca. La escena era imposible: Dante Eastwood, el hombre más serio del mundo, tenía a Kora tumbada encima de él, mientras ella le tiraba de la manga riéndose como loca.

Era... adorable. Sí, adorable. Una palabra que jamás pensó usar con Dante.

Su cerebro intentó procesar la imagen: pelo despeinado, mangas de la camisa subidas, ojos atentos y dulces, casi sonriendo sin darse cuenta. La risa de Kora flotaba entre ellos suavizando todos los rincones fríos de la casa.

Dante la pilló mirando, claro, porque nunca se le escapaba nada. Y el tiempo se detuvo, eléctrico. Ninguno se movió.

Natalie quiso apartar la vista, pero no pudo. Sintió algo raro en el pecho, un latido rápido de... ¿qué? ¿Cariño? ¿Alegría? Algo sin nombre todavía.

—Veo que ha sobrevivido —dijo sonriendo.

Dante carraspeó y dejó el libro en el sofá como si lo hubieran pillado haciendo algo malo.

—No se estaba quieta —murmuró casi a la defensiva—. Leer parecía... la solución.

Natalie inclinó la cabeza.

—Pues está muy contenta —dijo con voz dulce, mirando a la niña, que se retorcía sobre Dante gritando de felicidad.

—Es porque ha vuelto —soltó él demasiado rápido.

Y algo en cómo lo dijo, bajo y áspero, pero con una nota de dulzura debajo, le apretó el corazón a Natalie. No fueron las palabras sino el tono, la vulnerabilidad escondida detrás.

Y resultaba... peligroso. No físicamente, sino de esa forma que se te mete bajo la piel y te hace consciente de otra persona de un modo para el que no estás lista.

Se acercó y cogió a Kora, que pataleó y lanzó un par de gritos cuando la vio. Las manos de Natalie se rozaron con las de Dante al pasarle a la niña.

Los dos se congelaron. No fue nada, solo piel con piel, un segundo. Pero la mente de Natalie insistió en que sí había sido algo, porque podía sentir todavía el calor.

—Gracias por cuidarla —dijo.

—De nada —murmuró Dante, mientras se pasaba la mano por el cuello.

Las palabras salieron torpes, raras, como si la gratitud fuera difícil de manejar para él.

Natalie sonrió.

—De verdad, gracias —dijo bajito, y pareció que las palabras adquirían peso, llenando un espacio que no sabía que estaba vacío.

Él asintió y salió de la biblioteca como si estuviera huyendo.

Ella lo vio alejarse advirtiendo el rubor de su cuello, un detalle humano en un hombre que a veces daba la sensación de no serlo. Fue rápido, pero le hizo sonreír un poco más.

Dante Eastwood estaba resultando ser mucho más que un escritor malhumorado. Era un enigma andante, un hombre que parecía haber construido murallas invisibles a su alrededor, tan altas y sólidas que ni siquiera la luz del sol podía penetrarlas completamente.

Los primeros días, apenas intercambiaban palabras. Él dejaba instrucciones escritas en post-its amarillos pegados en la nevera: «El desayuno a las 7:00, con café y tostadas.» o «No pase la aspiradora cerca del estudio entre las 9:00 y 16:00 horas.»

Natalie había cumplido cada regla al pie de la letra, moviéndose por la casa como un fantasma, temiendo que cualquier error significara perder aquel refugio temporal. Algo que no podía permitirse.

Pero Kora no entendía de normas ni silencios. No entendía de órdenes. Su pequeña había llevado el caos a un hogar acostumbrado al orden perfecto.

La primera sonrisa que había visto en Dante, había sido un accidente.

Kora, que estaba aprendiendo a andar, se había arrastrado gateando hacia un sillón del salón, y con una fuerza sorprendente para alguien tan pequeño, había logrado ponerse de pie agarrándose del brazo del mueble.

La expresión de orgullo en su carita por ese logro había sido tan graciosa que incluso Dante, que pasaba por el pasillo con una taza

de té, había dejado escapar una sonrisa fugaz. Había durado solo un segundo (o quizás menos) antes de que su máscara habitual volviera a su lugar, pero Natalie lo había visto.

Sí, lo había visto.

En ese momento, observando a Dante salir de la biblioteca con pasos rígidos, como si quisiera borrar la ternura que acababa de mostrar, Natalie sintió algo parecido a la compasión. ¿Cuánto tiempo llevaba aquel hombre aislado de las pequeñas alegrías cotidianas? ¿Del mundo? ¿Qué lo había llevado a construir tantas barreras? Porque solo una infidelidad no había podido dejarlo así.

En el exterior, el mar sonaba lejos contra los acantilados y la luz del atardecer comenzaba a teñir la casa de violeta con una mezcla de melancolía y esperanza.

Thomas volvió de sus recados por el camino de grava y hablando por teléfono mientras se quitaba hojas del abrigo. Se paró junto al muro del jardín.

—Sí, señor Óscar —dijo bajito para que el viento no se llevara sus palabras—. Ya he vuelto.

Hubo una pausa.

—No, nada dramático. Pero... —Miró la casa oscura con sus ventanas brillando cálidas en la noche fría.

Oyó la risa de Natalie mezclada con los gritos de Kora. Le llegó a través de la brisa, débil como hilos de cristal.

—Algo está cambiando en esta casa —dijo al fin—. Y ya era hora.

Thomas había servido a Dante Eastwood durante más de una década, tiempo suficiente para presenciar su transformación de joven escritor apasionado a recluso amargado. Recordaba perfectamente el día que todo cambió: la llamada telefónica (del detective que había contratado), la expresión de Dante derrumbándose al escuchar la noticia, el manuscrito que arrojó a la chimenea en un ataque de rabia y dolor. El engaño de su prometida, Catherine, con su mejor amigo, y su posterior muerte, había sellado algo en él, como una puerta cerrada con llave que nadie podía abrir.

Durante años, Thomas había intentado todo: llevar visitas, sugerirle que fuera a un psicólogo, incluso amenazar con renunciar a su trabajo si Dante no buscaba ayuda. Pero nada había funcionado.

Hasta ahora.

Hasta Natalie y Kora.

Dentro de la casa, Natalie preparaba la cena mientras tarareaba una melodía suave. Kora jugaba en su corralito improvisado, golpeando bloques de colores con un entusiasmo desmedido.

Natalie se agachó junto a ella, apartándose el pelo húmedo, y le sonrió. Kora le devolvió la sonrisa.

Todo estaba bien.

Por fin.

Quizás vivir en la mansión de La Bestia no era tan malo, después de todo, pensó Natalie. Algo tibio se movió en su corazón, incierto y brillante.

El viento cambió, arrastrando olor a rosas, salitre y risas.

Thomas levantó la cabeza y miró hacia las ventanas con el teléfono olvidado y una media sonrisa en los labios.

—Así empieza… —susurró para que las piedras lo oyeran.

CAPÍTULO 9

La noche se desplegaba sobre la mansión como un manto de terciopelo negro, salpicado de estrellas que parecían observar con curiosidad lo que ocurría.

El viento, que parecía querer siempre ser el protagonista en aquellos acantilados, susurraba entre los arbustos del jardín, arrastrando consigo el murmullo del mar que rompía contra las rocas más abajo.

Natalie caminaba descalza por la habitación, balanceándose con la tranquilidad de quien ha pasado demasiadas noches en vela. Entre sus brazos, Kora sollozaba débilmente, con pequeños hipidos entrecortados que indicaban que su crisis de llanto por culpa de los dientes estaba cediendo, aunque seguía obstinadamente despierta. Pero es que Kora tenía mucho carácter.

—Shhh, mi amor… —susurró Natalie, besando la cabecita de su hija, donde los rizos se habían aplastado contra su frente por el sudor—. Las personas normales duermen a medianoche, ¿sabes? Es como... una ley universal.

Kora respondió con un gruñidito que podría interpretarse como desacuerdo. Sus pequeñas manos agarraban con fuerza el pijama de Natalie, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento.

Natalie exhaló lentamente.

El cansancio le pesaba en los huesos a esas horas del día. Miró el reloj: la una y cuarenta y dos de la madrugada. Una hora indecente, definitivamente no apta para madres solteras con trabajos que comenzaban al amanecer.

—No estás siendo justa, pequeña brujilla —murmuró contra el pelo de Kora, aunque la sonrisa en su voz traicionaba cualquier verdadero reproche—. Negociemos: tú te duermes y yo te dejo elegir qué calcetines llevar mañana. Incluso los de dinosaurios.

Kora respondió con un bostezo y luego, como si la negociación le pareciera insuficiente, volvió a gimotear.

—Eres una negociadora dura —suspiró Natalie, continuando su lento vaivén por la habitación.

Se acercó a la ventana, donde la luz de la luna se derramaba en franjas plateadas sobre el suelo. Quizás el ritmo hipnótico del mar ayudaría a que Kora cediera finalmente al sueño.

Fue entonces cuando lo vio.

Una figura solitaria recorriendo el jardín. Alta, oscura contra la pálida luz de la luna, moviéndose con pasos determinados entre los arbustos y las rosas de Thomas. Dante Eastwood, vestido completamente de negro, como una extensión de la misma noche.

Natalie contuvo la respiración.

Había algo magnético en la forma en que se movía, como un depredador enjaulado. Un paso, luego otro. Metódico. Implacable. Inquieto.

—¿Qué hace ahí fuera a estas horas? —susurró para sí misma, acercándose más al cristal sin darse cuenta.

Kora se removió contra su pecho, demasiado agotada para protestar, pero aún resistiéndose al sueño.

Natalie observaba fascinada cómo Dante se detenía junto a una estatua medio cubierta de enredaderas. Lo vio apoyar una mano en

ella, inclinando la cabeza como si estuviera teniendo algún tipo de conversación silenciosa con la piedra. Incluso desde la distancia, podía notar la tensión en sus hombros, la rigidez de su espalda.

—¿Qué secretos guardas, Dante Eastwood? —susurró Natalie contra el cristal.

El vapor de su aliento empañó momentáneamente la ventana. Rápidamente lo limpió con el dorso de la mano que tenía libre. No quería perder ni un segundo de aquel extraño espectáculo nocturno.

En el jardín, Dante reanudó su caminata. En aquella ocasión de una manera más rápida, como si estuviera huyendo de algo. ¿De sus pensamientos, quizás? ¿De sus recuerdos? Había algo casi doloroso en la forma en que recorría los senderos, como si cada paso fuera de una penitencia autoimpuesta.

—¿Por qué caminas como si el mundo te pesara sobre los hombros? —murmuró Natalie, apoyando la frente contra el cristal frío.

Kora hizo un ruidito, y sus párpados finalmente cedieron al cansancio. Sus pestañas proyectaban pequeñas sombras sobre sus mejillas regordetas, y Natalie sintió ese amor feroz, protector y abrumador que siempre la sorprendía con su intensidad.

—Mira, cariño —susurró, aunque sabía que Kora estaba ya al borde del sueño—. Ahí está La Bestia de nuestro cuento, paseando bajo la luna. Aunque últimamente no parece tan bestia, ¿verdad?

Dante se detuvo de nuevo. Pero lo hizo fuera del jardín, junto al borde del acantilado, tan cerca que a Natalie se le encogió el estómago. El viento agitaba su pelo oscuro, y por un momento, pareció tan solo, tan terriblemente solo, que sintió una punzada de algo indefinible en el pecho.

Había visto ese tipo de soledad antes. En el espejo, durante los meses después de huir de... No. No quería pensar en eso ahora.

Kora finalmente se rindió al sueño. Su respiración se volvió profunda y regular.

Natalie debería haberla acostado en su cuna y aprovechar para dormir ella también. Cualquier persona sensata lo habría hecho.

En lugar de eso, permaneció junto a la ventana, hipnotizada por la figura solitaria de Dante. ¿Cuántas noches habría pasado así, vagando por los jardines cuando creía que nadie lo observaba? ¿Era esa su forma de escapar? ¿De controlar lo que fuera que lo atormentaba?

—¿Qué intentas quemar saliendo a caminar a estas horas, Dante? —murmuró—. ¿Qué demonios no te dejan dormir?

Dante se pasó una mano por el pelo, un gesto tan humano, tan vulnerable, que Natalie casi sintió que estaba presenciando algo demasiado íntimo. No debería estar espiándolo así. Y sin embargo, no podía apartar la mirada.

Lo vio sacar algo del bolsillo. Parecía un papel, o quizás una fotografía. Lo sostuvo bajo la luz de la luna, y aunque Natalie no podía verlo con claridad, notó cómo sus hombros se hundían ligeramente.

Tan absorta estaba en su observación que no se dio cuenta de que Kora se había despertado de nuevo hasta que sintió unos deditos tirando de su pelo.

—Ay, cariño —se quejó suavemente, apartando la manita con delicadeza—. No es momento de jugar.

Kora balbuceó algo incomprensible, señalando hacia la ventana con insistencia.

—¿Tú también lo has visto? —dijo Natalie, sorprendida—. Sí, ese es el señor Eastwood. Parece que le cuesta tanto dormir como a ti.

Kora soltó una risita, como si aquello fuera el mejor chiste del mundo, y Natalie no pudo evitar sonreír.

—¿Crees que deberíamos bajar y hacerle compañía? —susurró en broma, aunque una parte de ella se preguntó cómo reaccionaría Dante si realmente lo hicieran—. «Buenas noches, señor Escritor Atormentado, ¿le importa si nos unimos a su paseo existencial de medianoche?»

Imitó una voz grave y formal que hizo reír a Kora de nuevo. Natalie se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Probablemente nos miraría como si le hubiéramos propuesto saltar al vacío desde el acantilado —continuó, disfrutando del pequeño momento de complicidad—. O peor, nos ignoraría y seguiría caminando con ese aire de «estoy sufriendo, no me molesten».

Dante guardó lo que fuera que había estado mirando y, tras un último vistazo al océano, dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso a la casa. Sus pasos parecían más lentos, como si hubiera gastado toda su energía en aquel ritual nocturno.

Natalie se apartó instintivamente de la ventana, sintiendo una inexplicable vergüenza por haberlo estado observando sin su conocimiento. Se sintió como una intrusa, como si hubiera leído un capítulo de un libro que no estaba destinado a sus ojos.

—Vamos a la cama, pequeña —susurró, alejándose de la ventana—. Dejemos que el señor Misterioso tenga sus secretos un poco más.

Pero mientras acostaba a Kora en su cuna, arropándola con cuidado bajo la manta de ositos, su mente seguía dando vueltas. ¿Qué clase de dolor llevaba Dante dentro? ¿Qué lo impulsaba a caminar solo en la oscuridad, cuando creía que nadie lo veía?

Thomas le había contado fragmentos: una mujer, una traición, un corazón roto. Pero Natalie intuía que había más, mucho más enterrado bajo esa fachada fría y distante que Dante presentaba al mundo.

Se sentó en el borde de la cama, escuchando los sonidos de la mansión. El crujido de la madera antigua, el susurro constante del

viento, y ahora, pasos en la escalera. Lentos. Pesados. Dante regresaba a su habitación después de su paseo nocturno.

Natalie contuvo la respiración cuando los pasos se detuvieron brevemente frente a su puerta. Durante un instante imposible, casi pudo sentir la presencia de Dante al otro lado, como si estuviera tan consciente de ella como ella lo estaba de él.

Luego los pasos continuaron, y una puerta se cerró suavemente en algún lugar del pasillo.

Natalie se dejó caer hacia atrás en la cama, mirando el techo, donde el resplandor de la luz de la luna dibujaba sombras fantasmales.

—¿En qué me estoy metiendo? —se preguntó en voz alta.

Porque por mucho que intentara negarlo, algo estaba cambiando. La forma en que observaba a Dante ya no era simplemente la curiosidad hacia un jefe excéntrico. Era algo más complicado, más peligroso. Estaba empezando a preocuparse por él, a querer entender qué lo había convertido en el hombre que era ahora.

Y ese tipo de curiosidad, ese tipo de preocupación, podía llevar a lugares para los que definitivamente no estaba preparada.

—Solo es un trabajo temporal —se recordó a sí misma, como un mantra—. Solo hasta que puedas empezar de nuevo en otro lugar.

Pero mientras el sueño la reclamaba lentamente, su mente seguía conjurando la imagen de Dante Eastwood, de pie al borde del acantilado, mirando al vacío como si buscara respuestas en la oscuridad.

Y por alguna razón que no quiso examinar demasiado de cerca, Natalie se preguntó si tal vez ella podría ayudarle a encontrarlas.

CAPÍTULO 10

El viento siempre tenía algo que decir en la mansión Eastwood.

Aquel día susurraba secretos y advertencias contra las ventanas, colándose entre las grietas de piedra como un viejo conocido.

Natalie se preguntaba si alguna vez tendría un día de verdadero silencio allí, sin crujidos, sin gemidos, sin ese constante murmullo que parecía querer contarle historias que era mejor no saber.

—Vamos, vamos —murmuró, frotando con energía la barandilla de madera de la escalera principal, donde décadas de manos habían dejado su huella—. Un poco más de brillo y hasta tú te animarás.

El trapo de algodón se deslizaba sobre la superficie oscura, absorbiendo años de polvo invisible y, según sospechaba Natalie, probablemente también absorbiéndole la energía a ella.

Dios, la tarea era aburridísima, pero al menos le permitía moverse, hacer algo con las manos mientras su mente daba vueltas a todas las preguntas que no se atrevía a formular en voz alta.

Miró de reojo hacia el pasillo que conducía al estudio de Dante. La puerta estaba entreabierta, algo inusual. Un fino haz de luz se proyectaba en la alfombra, revelando partículas de polvo que danzaban en el aire como minúsculas estrellas.

—Trabajando otra vez —suspiró, sintiendo una mezcla de admiración y exasperación al mismo tiempo.

El sonido del tecleo llegaba hasta ella, aunque no de una manera rápida y furiosa, como a Dante le gustaría. Sin embargo, los últimos días se encerraba durante horas, con apenas pausas para comer lo que ella, siguiendo sus estrictas órdenes, le dejaba en un carrito frente a la puerta. Las bandejas volvían vacías, así que al menos sabía que seguía vivo.

Kora jugaba cerca, en la pequeña manta de actividades que Natalie había colocado estratégicamente al final de la escalera. La niña balbuceaba feliz, apilando y derribando bloques de colores con una concentración que Natalie envidiaba.

—Al menos una de nosotras se divierte —dijo, sonriendo hacia su hija.

Cuadró los hombros, sintiendo como crujían sus vértebras en protesta por haber estado tanto tiempo en la misma posición.

Miró el reloj de su muñeca.

Era casi la hora de preparar la comida. La simple idea de bajar todas esas escaleras hasta la cocina le provocó un suspiro de cansancio.

—Cinco minutos más y terminamos por hoy, ¿vale? —le comentó a Kora, que respondió con una risita que no tenía nada que ver con lo que acababa de decir.

Natalie volvió a concentrarse en la barandilla, frotando con más vigor una mancha bastante terca. El trapo se enganchó en un tornillo y Natalie maldijo por lo bajo mientras intentaba liberarlo.

Fue solo un par de segundos. Quizás tres. El tiempo justo para apartar la vista de Kora.

Cuando volvió a mirar, la manta de actividades estaba vacía.

El corazón le dio un vuelco tan brusco que casi perdió el equilibrio.

—¿Kora? —llamó, aunque sabía que era inútil. La niña no respondería con palabras.

Se incorporó de golpe, tirando el trapo al suelo. ¿Cómo demonios había sido tan rápida? Un segundo estaba ahí y al siguiente ya no. Aparentemente, su hija había decidido que hoy era el día perfecto para demostrar nuevas habilidades de gateo. Por suerte, no corría peligro con la escalera, porque era donde ella había estado limpiando. Pero ¿dónde se había metido?

—¡Kora! —llamó de nuevo, esa vez más fuerte, sintiendo cómo la ansiedad le trepaba por la garganta.

Escaneó el pasillo con ojos frenéticos. Izquierda, derecha... y entonces lo vio. El pequeño rastro de destrucción de Kora: un bloque de colores abandonado a medio camino del pasillo que conducía al estudio de Dante.

—Oh, no. No, no, no... —masculló, corriendo hacia allí.

El sonido del teclado se había detenido. Se produjo un silencio total. Natalie contuvo la respiración.

Y entonces lo escuchó. Un grito agudo y alegre, seguido de un golpe seco y una maldición muy adulta y muy malsonante.

Corrió como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Cuando llegó a la puerta entreabierta del estudio, la escena que encontró habría sido cómica si no estuviera tan aterrada. Dante estaba de pie junto a su escritorio con los brazos estirados, con Kora firmemente agarrada por las axilas, como si fuera un paquete a punto de explotar. La niña pataleaba feliz, completamente ajena al caos que había provocado.

El suelo alrededor de ellos estaba cubierto de papeles. Un tintero se había volcado, derramando una mancha oscura que se extendía como una pequeña galaxia negra sobre la alfombra persa. Natalie siguió el rastro con la mirada. Al parecer, todo estaba en la

repisa más baja de una de las estanterías del estudio. Una repisa a la que Kora había tenido acceso, según podía ver.

Levantó los ojos.

La expresión de Dante era... bueno, apocalíptica sería una descripción generosa.

—¿Esto es suyo? —preguntó con voz engañosamente tranquila, levantando ligeramente a Kora como si fuera la prueba evidente en un juicio por asesinato.

Natalie tragó saliva. La frialdad en sus ojos era suficiente para congelar el infierno.

—Lo siento —dijo, avanzando rápidamente hacia ellos—. Lo siento muchísimo. Me he distraído un segundo y...

—¿Un segundo? —la interrumpió Dante, con una ceja alzada en un arco perfecto de incredulidad—. ¿Sabe el daño que puede hacer «esto» en un segundo?

Señaló el desastre a su alrededor con un gesto de la cabeza. Kora eligió aquel momento para soltar una carcajada, como si toda la situación fuera un divertido espectáculo de títeres.

—Lo limpiaré todo —aseguró Natalie rápidamente, acercándose para coger a Kora—. Le prometo que...

—¿Limpiarlo? —Dante soltó una risa sin humor—. ¿Cree que esto es solo una cuestión de limpieza? Estaba en medio de algo crucial. Un párrafo que llevaba días intentando escribir. Y ahora... — Hizo un gesto vago pero elocuente hacia el caos.

Natalie sintió que se le encogía el estómago. Extendió los brazos para coger a su hija, pero Dante parecía reacio a entregarla, como si no confiara en que ella pudiera mantenerla bajo control.

—De verdad, lo siento mucho —repitió Natalie, odiando el temblor en su voz—. No volverá a ocurrir. Se lo prometo.

Dante entrecerró los ojos, evaluándola.

Kora había dejado de reír y ahora observaba la conversación entre ellos con curiosidad. Sus grandes ojos azules, iguales que los de Natalie, pasaban de uno a otro como si siguiera un partido de tenis muy interesante.

—Por supuesto que no volverá a ocurrir —dijo finalmente Dante, en tono cortante—. Porque a partir de ahora, la puerta de mi estudio estará cerrada. Siempre.

Natalie se mordió el labio. No podía culparlo por estar enfadado. Extendió los brazos nuevamente, y en aquella ocasión Dante cedió, pasándole a Kora con un movimiento seco.

La niña, al sentirse en los brazos familiares de Natalie, inmediatamente comenzó a tirar de su collar, fascinada por la pequeña joya en forma de lágrima que colgaba de él.

—Puedo ayudarle a recoger todo esto —se ofreció Natalie, mirando con preocupación los papeles desperdigados.

—No —respondió Dante en tono seco—. Ya ha hecho suficiente por hoy, señorita Watson.

La forma en que pronunció su apellido le molestó más de lo que debería, porque seguía manteniendo esa formalidad fría que ponía kilómetros de distancia entre ellos y que no había forma de traspasar.

—Señor Eastwood, yo…

—Es suficiente por hoy —dijo Dante, sin mirarla directamente.

Natalie sintió que algo se rompía dentro de ella. Era como retroceder días, volver al principio cuando él apenas toleraba su presencia. Si había ganado algo en el poco tiempo que llevaba trabajando para él, lo había perdido.

Mierda.

—Como quiera —respondió, irguiéndose ligeramente. El orgullo era lo único que le quedaba.

Se dio la vuelta para marcharse, apretando a Kora contra su pecho como un escudo. Pero antes de llegar a la puerta, la voz de Dante la detuvo.

—Espere.

Natalie se volvió lentamente, preparada para otra sarta de reproches. Pero lo que vio la sorprendió.

Dante se había agachado para recoger uno de los bloques de colores que Kora había llevado consigo. Lo sostenía con cuidado, como si fuera un artefacto extraño de otra civilización.

—Creo que esto es suyo —dijo, extendiendo el bloque hacia ella.

Cuando Natalie se acercó para tomarlo, sus dedos se rozaron brevemente. Fue un contacto fugaz, apenas un instante, pero suficiente para que algo pasara entre ellos, una corriente invisible que no podía ignorar.

La expresión de Dante cambió, solo un poco. Las comisuras de sus ojos se suavizaron casi imperceptiblemente. Una diminuta grieta en la armadura. Quizá entendió que Kora solo era una niña.

—Gracias —dijo Natalie con voz baja.

Dante se limitó a asentir con la cabeza.

Kora, como si supiera que todo aquella iba con ella, gorjeó alegremente y estiró la mano hacia el bloque. Dante finalmente se lo entregó con cuidado.

Durante un momento, los tres se quedaron así, formando un extraño cuadro que a simple vista podría parecer imposible: Natalie sosteniendo a Kora, Dante inclinado hacia ellas, y todos conectados por un simple bloque de color amarillo.

Luego pasó el momento. Dante se enderezó, y su cara volvió a su expresión habitual.

—Que no vuelva a suceder —dijo, aunque su voz ya no tenía el filo anterior.

—No volverá a pasar —prometió Natalie.

Dante volvió a asentir de nuevo, dando por zanjado el asunto.

Y con eso, Natalie se marchó, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

En el pasillo, se apoyó contra la pared, exhaló el aire que tenía en los pulmones y miró a Kora, que jugaba felizmente con el bloque, ajena al pequeño terremoto que acababa de provocar.

—Eres un peligro público, ¿lo sabías? —murmuró, besándole la frente—. ¿Cómo se te ocurre ser tan temeraria? No puedes entrar en la guarida de La Bestia —añadió. Aunque creo... creo que acabas de hacer algo importante ahí dentro.

No podía explicarlo, pero sintió que algo había cambiado. Una pequeña fisura en el muro que Dante Eastwood había construido alrededor de sí mismo. Una grieta diminuta, apenas visible, pero que estaba ahí.

Y todo gracias a una pequeña invasora de nueve kilos con una inclinación por el caos y una sonrisa irresistible.

Mientras se alejaba por el pasillo, con Kora balbuceando contra su cuello, Natalie se descubrió sonriendo.

La mansión seguía siendo fría, el viento seguía susurrando secretos, y Dante Eastwood seguía siendo un enigma.

Pero por primera vez desde que habían llegado, tuvo la sensación de que estaban empezando a encontrar su lugar allí.

Detrás de ellas, en el estudio, Dante se quedó mirando la puerta cerrada mucho después de que Natalie y Kora se hubiera ido. Luego, lentamente, volvió a su escritorio, apartó los papeles caídos, recogió el tintero, y se sentó. Sus dedos flotaron sobre el teclado, indecisos.

CAPÍTULO 11

Aquella noche, la mansión Eastwood parecía diferente. En lugar de la habitual niebla que envolvía los acantilados como un fantasma encadenado, el cielo se abría sobre ella en un lienzo negro salpicado de estrellas.

Era uno de esos raros momentos de claridad donde el mar se distinguía perfectamente bajo la luz plateada de la luna, rompiendo contra las rocas con un ritmo constante.

Dentro, Natalie mecía a Kora en sus brazos, paseando lentamente por la habitación.

La luz tenue de la lámpara de la mesilla proyectaba sombras suaves en las paredes, creando un ambiente íntimo que contrastaba con la inmensidad estrellada que se veía por la ventana.

—Vamos, mi amor, es hora de dormir —susurró contra el pelo de Kora, que se resistía a dejarse atrapar por el sueño.

La niña bostezó, pero sus ojos seguían abiertos, brillantes y curiosos, como si estuviera esperando el espectáculo final antes de rendirse.

—Muy bien —dijo Natalie, fingiendo resignación—. Tú ganas. Una canción y luego a dormir, ¿de acuerdo?

Kora respondió agarrando con fuerza su tortuga verde de peluche, una señal que ella había aprendido a interpretar como un

«sí».

Natalie respiró hondo y comenzó a cantar. Su voz suave flotó en el silencio de la noche.

—A la nanita nana, nanita ella, nanita ella,

Mi niña tiene sueño, bendito sea, bendito sea...

No era una voz perfecta, pero tenía ese tono cálido y envolvente que solo una madre puede dar a una canción de cuna.

Continuó meciendo a Kora con un ritmo lento, dejando que las palabras se deslizaran como una caricia.

—Fuentecita que corre clara y sonora,

Ruiseñor que en la selva cantando llora,

Calla mientras la cuna se balancea,

A la nanita nana, nanita ella...

En el estudio, Dante estaba sentado detrás de su escritorio, mirando fijamente la pantalla de su ordenador. Las palabras se negaban a fluir aquella noche, como si hubieran decidido irse de vacaciones sin avisarle. Había escrito y borrado el mismo párrafo siete veces, y cada intento resultaba peor que el anterior.

Frustrado, se pasó la mano por el pelo largo, desordenándolo aún más.

De pronto, lo oyó.

Un canto suave, apenas audible pero inconfundible, que se filtraba por la puerta entreabierta de su estudio.

La puerta.

Otra vez.

Ese maldito pestillo que nunca terminaba de arreglarse y que hacía que la puerta se abriera sola (a pesar de que Dante la cerraba

mil veces), como si la casa misma conspirara para conectarlo con el mundo exterior, y no permitirle aislarse del todo.

Se levantó, dispuesto a cerrarla con un golpe contundente, pero algo lo detuvo a medio camino.

La voz de Natalie, cantando una nana.

Había algo en la melodía, en la forma en que su voz se curvaba alrededor de las notas, que lo dejó inmóvil, con la mano extendida hacia el pomo de la puerta.

—A la nanita nana, nanita ella, nanita ella,

Mi niña tiene sueño, bendito sea, bendito sea...

Dante se quedó allí, escuchando. No era una voz profesional, pensó. Pero era dulce, suave, tranquilizadora... Tenía algo que hizo que su pecho se tensara de una manera extraña.

Avanzó un paso, agudizó el oído, y se permitió escuchar. Simplemente escuchar…

—¿Ves esas estrellas, cariño? —oyó decir a Natalie, interrumpiendo su canto—. Normalmente están escondidas, pero hoy han salido solo para ti. Para que sepas que hay luz incluso en los lugares más oscuros.

La suavidad con la que pronunció aquellas palabras, tan llenas de amor y esperanza, provocó un nudo en la garganta de Dante.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien había hablado con tanto cariño en aquella casa?

Volvió a escuchar la nana, que Natalie cantada en un tono más bajo, como un secreto compartido entre ella y su hija.

—Fuentecita que corre clara y sonora,

Ruiseñor que en la selva cantando llora...

Dante se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Exhaló lentamente, y por alguna razón que no quiso

analizar, decidió no cerrar la puerta. En lugar de eso, volvió a su escritorio, moviéndose con cuidado para no hacer ruido y alertar a Natalie de su presencia.

La canción continuaba flotando por el pasillo, colándose en su estudio como un visitante inesperado.

Dante se sentó tras el escritorio, pero no volvió a mirar la pantalla. Sus ojos se posaron por encima de ella, en un punto indefinido en la pared, mientras su mente se llenaba de preguntas que hasta ese momento no le habían importado.

¿Quién sería el padre de Kora? La niña era muy pequeña, apenas un año, quizás menos. ¿Dónde estaba él? ¿Por qué no estaba con ellas?

No era asunto suyo, por supuesto. Nunca le había preguntado a Natalie sobre su vida personal, ni a su hermano Óscar, que eran quien la había contratado, y ella nunca había ofrecido ningún tipo de información al respecto. Siempre había sido «la señorita Watson y su hija», como si Kora hubiera aparecido de forma espontánea.

Pero escuchando la dulzura con la que Natalie le cantaba a su hija, Dante no pudo evitar preguntarse qué historia habría detrás. ¿Un divorcio? ¿Una separación? ¿O algo peor?

Volvió a recordar la primera vez que la vio (últimamente esa imagen se había vuelto recurrente), de pie en el pasillo con sus maletas desgastadas y Kora apretada contra su pecho. Había algo en sus ojos azules, una mezcla de determinación y miedo que no había sabido identificar entonces. Ahora se preguntaba si había estado huyendo de algo. O de alguien.

La idea le provocó una incomodidad inexplicable. Visualizó a un hombre anónimo, sin rostro, que alguna vez había tenido derecho a estar cerca de Natalie, a tocarla, a compartir su vida. Un hombre que, por alguna razón, ya no estaba allí. ¿Habría sido cruel con ella? ¿La habría hecho sufrir? ¿Habría llorado Natalie por él?

Por primera vez desde que Natalie había llegado a la mansión, Dante sintió curiosidad por ella, no como su empleada, sino como la mujer que cantaba nanas con voz dulce y hablaba con su hija de las estrellas.

La voz de Natalie se fue apagando poco a poco, señal de que Kora probablemente se estaba quedando dormida. Dante se descubrió casi decepcionado cuando el silencio volvió a instalarse en la mansión.

En el otro lado del pasillo, Natalie depositaba con infinito cuidado a Kora en su cuna. La niña finalmente se había dormido, con los puños ligeramente apretados a ambos lados de la cabeza, como un pequeño boxeador listo para soñar con grandes batallas.

—Dulces sueños, mi niña valiente —susurró, acariciando suavemente los rizos de su hija—. Mañana será otro día maravilloso.

Se quedó un momento observándola dormir, permitiéndose ese instante de paz absoluta que solo encontraba en la respiración acompasada de Kora. Luego, agotada pero satisfecha, se dejó caer en la vieja mecedora que había junto a la ventana.

Desde allí podía ver el cielo estrellado, tan claro y brillante que parecía irreal. Las estrellas parpadeaban como si intentaran transmitirle un mensaje en código morse.

Su teléfono vibró de repente en el bolsillo de su pantalón, sobresaltándola ligeramente. ¿Quién la llamaría a esas horas? Lo sacó con cuidado, temiendo que el sonido despertara a Kora.

Un número desconocido brillaba en la pantalla.

El corazón de Natalie se aceleró hasta casi dolerle.

Sus dedos se aferraron al teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. La sangre se le heló en las venas.

No podía ser él.

Era imposible.

Había sido extremadamente cuidadosa, había cambiado de número, había cambiado de nombre... Pero el miedo, ese antiguo compañero que creía haber dejado atrás, volvió a instalarse en su estómago como un animal hambriento.

La llamada siguió sonando, insistente. Cada vibración era un recordatorio de lo que había dejado atrás. O de lo que había intentado dejar atrás.

Recordó sus manos, fuertes, apretándola. Su voz, suave al principio, pero cada vez más dura, más cruel. Los moretones que aprendió a ocultar, las excusas que le decía a la gente. «Me he caído.» «Soy muy torpe.» «No es nada.»

Natalie miró a Kora, dormida e inocente en su cuna. La razón por la que finalmente había encontrado el valor. La razón por la que no podía permitirse volver atrás.

No lo haría.

Jamás.

El teléfono finalmente dejó de vibrar. Natalie soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo en la garganta. Con dedos temblorosos, bloqueó el número desconocido sin verificar si había dejado algún mensaje de voz. No quería oírlo. No podía arriesgarse.

Se levantó de la mecedora y se acercó a la ventana, apoyando la frente contra el cristal frío.

Fuera, las olas rompían contra los acantilados con una cadencia continua que le resultaba reconfortante.

Natalie nunca había apreciado tanto el aislamiento de la mansión Eastwood como en aquel momento. Estaban lejos, escondidas. Seguras.

O al menos eso quería creer.

—No nos encontrará —susurró, como una promesa tanto para Kora como para sí misma—. No dejaré que lo haga.

Arriba, Dante había vuelto a colocar los dedos sobre el teclado. La canción de Natalie seguía resonando en su mente, mezclándose con preguntas sin respuesta sobre ella, sobre Kora, sobre el hombre que debería estar con ellas, pero que no estaba.

Y entonces, casi sin darse cuenta, comenzó a escribir. Otra vez. Las palabras fluyeron de una manera diferente, no como un torrente salvaje, sino como un arroyo constante y seguro.

No eran las palabras que había estado intentando escribir toda la noche, sino algo completamente diferente. Había algo nuevo en ellas, algo que no había estado allí antes. Y empezaron a formar una historia sobre una mujer que cantaba a las estrellas y un hombre que había olvidado cómo mirar al cielo.

Sus dedos se movieron con una seguridad que no había sentido en meses. Párrafo tras párrafo, sin detenerse a corregir, sin cuestionarse cada frase. Simplemente escribiendo, dejando que aquella extraña inspiración lo guiara.

En algún momento, mucho después de que el silencio volviera a reinar en la mansión, Dante se detuvo y miró lo que había escrito. No era perfecto, ni siquiera estaba seguro de que fuera bueno. Pero era real. Tenía vida.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que había escrito algo que merecía la pena conservar, y no mandar a la papelera de reciclaje. Una diminuta chispa de vida en un mundo que había estado congelado durante demasiado tiempo.

La casa crujió a su alrededor, acomodándose para la noche.

Unos metros más allá, Natalie finalmente se había acostado, aunque el sueño tardaría en llegar. Y entre ellos, separados por muros y secretos, flotaba la melodía de una nana dulce y el eco de un pasado que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar.

CAPÍTULO 12

El día había amanecido claro y luminoso, uno de esos días raros en que el sol derrotaba a la niebla que habitualmente se aferraba a los acantilados como una serpiente.

La luz se derramaba por las ventanas de la mansión, bañándolo todo de un precioso color oro.

Natalie había aprovechado la mañana para limpiar los cristales de las ventanas del salón principal, una tarea que resultaba casi terapéutica.

Kora jugaba cerca, en su manta de actividades, mordisqueando un dinosaurio de goma como si fuera una fruta. Le estaban saliendo los dientes y cualquier cosa era buena para llevársela a la boca.

Thomas apareció en la puerta, con su habitual chaqueta de tweed y una sonrisa que hacía que le salieran arrugas alrededor de los ojos.

—Buenos días, señorita Watson —saludó, quitándose el sombrero con esa cortesía antigua que parecía llevar grabada en los huesos.

Natalie se volvió, con el trapo aún en la mano y una mancha de limpiador de cristales en la mejilla, que se había extendido al apartarse un mechón de pelo de la cara.

—Creo que ya es hora de que me llames Natalie. Eso de «señorita Watson» me hace sentir mayor —dijo en tono de broma.

Thomas sonrió.

—Como quieras, Natalie.

—Eso está mejor. —Ella también sonrió—. Buenos días —correspondió a su saludo—. ¿Cómo va ese jardín? ¿Todavía luchando contra los elementos atmosféricos? —preguntó, recordando cómo el hombre había estado batallando toda la semana con unas enredaderas muy tercas que se empeñaban en trepar por la fachada sin control.

—Las plantas y yo hemos llegado a un acuerdo —respondió Thomas, guiñándole un ojo—. Ellas crecen donde quieren, y yo finjo que es exactamente donde las quería.

Natalie soltó una risa que pareció iluminar la estancia. Incluso Kora levantó la cabeza, dejando momentáneamente su dinosaurio para aplaudir, como si el sonido de la risa de su madre fuera algo extraordinario.

—De hecho —continuó Thomas, acercándose a la ventana para evaluar el trabajo de Natalie—, estaba pensando en bajar al pueblo a buscar algunas provisiones. Semillas para la primavera, un poco de aceite para la motosierra, y... —Hizo una pausa, mirándola directamente—… me preguntaba si tú y la pequeña Kora querríais acompañarme.

Natalie se quedó inmóvil, con el trapo suspendido en el aire. Desde que había llegado, no había salido de la propiedad, excepto para dar algún que otro paseo por el jardín con Kora. La idea de ver calles, tiendas, gente normal que no viviera aislada en una mansión de piedra con aire gótico, le resultó tentadora. Muy tentadora, la verdad.

—¿Al pueblo? —repitió, como si necesitara asegurarse de haber escuchado bien.

Thomas asintió, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón de pana marrón.

—Te vendría bien un cambio de aires, si me permites decirlo. Esta casa puede ser... abrumadora cuando se pasa demasiado tiempo entre sus muros.

Natalie dejó el trapo sobre el alféizar y se acercó a Kora, que estaba intentando comerse su propio calcetín con un entusiasmo envidiable. La tomó en brazos, sintiendo el peso reconfortante de su hija contra su pecho.

—No sé, Thomas... —comenzó, aunque en su interior ya estaba imaginando el aroma de una cafetería, el sonido de conversaciones normales, la sensación de ser parte del mundo de nuevo—. ¿Qué dirá el señor Eastwood?

Thomas soltó un resoplido que era mitad risa, mitad exasperación.

—El señor Eastwood sobrevivirá unas horas sin que alguien le prepare el café o el té exactamente cómo le gusta —respondió con una chispa de diversión en los ojos—. Además, técnicamente es tu día libre, ¿no? Hoy es sábado.

Natalie parpadeó.

¿Era sábado? Los días en la mansión tendían a mezclarse, a fundirse unos con otros como la niebla en los acantilados. Pero si era su día libre, técnicamente no necesitaba el permiso de nadie.

Una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—¿A qué hora nos vamos? —preguntó.

La expresión de Thomas se iluminó como un árbol de Navidad.

—En una media hora, si te parece bien. Mi viejo coche está listo y esperando —respondió.

Natalie asintió, conforme, sintiendo una emoción que no había experimentado en mucho tiempo. Salir. Un día normal. Una

oportunidad de recordar que existía un mundo más allá del silencio y de las paredes de piedra.

—Estaremos listas en media hora —prometió, y besó la cabeza de Kora, que dio un gritito, encantada, como si también ella supiera que algo bueno estaba a punto de ocurrir.

Sin embargo, había un pequeño obstáculo entre ella y su excursión al pueblo: informar a Dante. No era estrictamente necesario, pero la cortesía y el hecho de que vivieran bajo el mismo techo lo convertían en algo inevitable.

Media hora después, con Kora ya vestida con su mejor conjunto (un mono de pana de color verde y un pequeño abrigo con orejitas que la hacían parecer un osito de peluche), Natalie subió las escaleras hacia el estudio de Dante.

Su corazón latía un poco más rápido de lo normal, aunque se dijo a sí misma que era por cargar a Kora escaleras arriba, no por la perspectiva de enfrentarse a la mirada glacial de su jefe.

Se detuvo frente a la puerta del estudio, que por una vez estaba completamente cerrada. Respiró hondo y llamó con los nudillos. Dio dos golpes suaves pero decididos.

—¿Qué? —La voz de Dante llegó amortiguada por las paredes, pero se notaba claramente irritada (como casi siempre).

Natalie puso los ojos en blanco.

—Soy Natalie, ¿puedo hablar un momento con usted? —preguntó.

—Pase.

Por supuesto, incluso su forma de decir «pasa» tenía que sonar como si le estuviera haciendo un favor al universo.

Natalie abrió la puerta, asomando solo la cabeza, como quien se aventura en la cueva de un dragón malhumorado.

—Buenos días, señor Eastwood —dijo, manteniendo el tono ligero y profesional—. Quería informarle de que Thomas y yo nos bajamos al pueblo a comprar las provisiones de la semana. Iré con Kora, y volveremos en unas horas.

Dante estaba sentado tras su escritorio, con un jersey de cuello alto negro que hacía juego con la expresión de su cara, pero que le sentaba genial y le daba un toque *sexy* casi irresistible. Aunque Natalie prefirió no pensar en ello.

Sus ojos grises se alzaron del ordenador portátil que tenía delante, fijándose en ella con esa intensidad que siempre la hacía sentir como si estuviera siendo evaluada bajo un microscopio.

—¿Al pueblo? —repitió, y las dos palabras sonaron casi como una acusación.

—Sí —confirmó Natalie, entrando completamente en el estudio con Kora en brazos—. Necesito... —buscó una excusa convincente, recordando que técnicamente era su día libre y no necesitaba justificarse—… algunas cosas para Kora. Y Thomas necesita suministros para el jardín.

Dante dejó su pluma sobre el escritorio con una precisión meticulosa, como si estuviera colocando un instrumento quirúrgico.

Joder, ¿cómo podía tenerlo todo tan concienzudamente colocado?

Sus cejas se juntaron en un ceño fruncido tan perfecto que parecía ensayado.

—¿Y quién va a preparar la comida? —preguntó, como si esa fuera la preocupación más urgente del mundo.

Natalie contuvo el impulso de señalar que era perfectamente capaz de hacerse un sándwich por sí mismo. Pero en lugar de eso, sonrió con una dulzura que tenía un toque irónico.

—Le he dejado preparado un plato de pasta en la nevera. Solo tiene que calentarlo tres minutos en el microondas.

La mirada de Dante sugería que acababa de proponerle que realizara una compleja operación a corazón abierto con un tenedor de plástico.

—¿El microondas? —repitió, como si la palabra le resultara ofensiva.

—Sí, es ese aparato rectangular que hay sobre la encimera de la cocina —explicó Natalie con una paciencia exagerada—. Tiene botones. Y hace «ding» cuando termina.

Kora, como si quisiera participar en la conversación, soltó un gorjeo y extendió sus manitas hacia Dante. Algo en el rostro de él se suavizó momentáneamente ante su gesto, pero se recompuso tan rápido que Natalie casi pensó que se lo había imaginado.

—Sé lo que es un microondas —dijo Dante, seco.

Natalie tuvo que apretar los labios para no echarse a reír.

—Podría acompañarnos —sugirió, sorprendiéndose a sí misma. La idea había salido de sus labios antes de que su cerebro pudiera pensar en ella y darse cuenta de que era algo imposible—. Al pueblo, digo. Un poco de aire fresco le vendría bien —añadió, tentando a la suerte.

La expresión de horror que cruzó el rostro de Dante fue casi cómica. Retrocedió en su silla como si le hubiera propuesto saltar desde el acantilado sin paracaídas, para que se abriera la cabeza contra el suelo.

—¿Ir al pueblo? —Su voz subió media octava—. ¿Y tener que ver a gente?

Natalie no pudo evitarlo, puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi pudo ver su propio cerebro.

—Sí, señor Eastwood, ver gente. Ya sabe, esos seres que caminan sobre dos piernas y ocasionalmente disfrutan de la luz del sol —respondió. El sarcasmo goteaba de cada palabra.

Dante pareció ofendido.

—También sé lo que es la gente, señorita Watson —replicó con frialdad—. Simplemente prefiero observarlos desde la distancia. La gente no me gusta.

—Como un antropólogo estudiando una tribu salvaje en mitad del Amazonas —asintió Natalie—. Entiendo. Bueno, en ese caso, disfrutará de tener la casa para usted solo durante unas horas.

Dante no respondió de inmediato. Sus ojos se movieron de Natalie a Kora y de Kora a Natalie, como si estuviera calculando algo en su cabeza. Finalmente, con un suspiro que parecía cargar el peso de los pecados de la humanidad, dijo:

—Supongo que no hay forma de disuadirla.

No era una pregunta, pero Natalie respondió de todos modos.

—No, señor Eastwood, me temo que no. Al contrario que a usted, a mí la gente me gusta.

El silencio se extendió entre ellos durante unos instantes. Después, Dante hizo un gesto vago con la mano, como un monarca concediendo una audiencia a un súbdito.

—Entonces id. Pero tengan cuidado.

«Tengan cuidado.»

Había algo en la forma en que dijo esa última frase, un matiz de preocupación que pilló a Natalie desprevenida. ¿Dante Eastwood preocupándose por alguien que no fuera él mismo? Improbable.

—Lo tendremos —prometió, y se giró para marcharse antes de que él pudiera cambiar de opinión o añadir alguna condición

imposible de cumplir que la obligara a quedarse.

Mientras bajaba las escaleras, con Kora balbuceando alegremente en sus brazos, Natalie se descubrió sonriendo.

Dante Eastwood era, sin lugar a duda, el hombre más imposible que había conocido en su vida. Testarudo, arrogante, asocial... y, sin embargo, a veces dejaba entrever algo más, bajo esa fachada cuidadosamente construida. Algo que, muy a su pesar, la intrigaba.

Sí, la intrigaba. Y no sabía la razón. Al fin y al cabo, solo era un hombre más. Bueno, no era un hombre más, era su jefe.

Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel pensamiento. No estaba allí para descifrar el enigma que era Dante Eastwood. Estaba allí para trabajar, para mantenerse a flote, para cuidar de Kora. Y hoy, durante unas horas, iba a permitirse recordar lo que se sentía al ser una persona normal en un mundo normal.

Thomas la esperaba junto a su viejo Ford, un vehículo de un azul descolorido que había visto mejores décadas, pero que cuidaba con la misma meticulosidad que dedicaba a sus rosas.

—Ah, ahí estáis —sonrió al verlas, abriendo la puerta trasera—. ¿Todo listo para nuestra gran aventura?

Natalie afirmó con la cabeza, colocando la silla de seguridad de Kora en el asiento trasero con la destreza que da la práctica.

—Más que lista —respondió, ajustando las correas alrededor de Kora, que pataleaba emocionada—. Necesito esto más de lo que creía.

—Por eso te he dicho que me acompañéis —dijo Thomas.

Desde una ventana del segundo piso, Dante observaba la escena con una expresión indescifrable. Vio cómo Natalie aseguraba a Kora en su asiento, cómo hablaba animadamente con Thomas, cómo su rostro parecía más luminoso, más ligero, ahora que se preparaba para dejar atrás la mansión, aunque solo fuera durante unas horas.

Una sensación extraña se instaló en su pecho, algo que se negó firmemente a identificar como soledad. Era absurdo. Había pasado años perfectamente solo antes de que ellas llegaran. Unas horas no supondrían ninguna diferencia.

Ninguna.

Vio cómo el coche se alejaba por el camino de grava, llevándose con él las risas, el ruido, el caos, todas esas cosas que había creído detestar y que ahora, inexplicablemente, hacían que la mansión pareciera demasiado silenciosa en su ausencia.

El viejo Ford de Thomas recorría la sinuosa carretera costera con una soltura que desmentía todos los años que tenía el pobre vehículo encima. Los amortiguadores protestaban en cada curva, pero el motor ronroneaba con satisfacción, como si estuviera tan contento como sus ocupantes de estar en movimiento.

—Este coche y yo nos entendemos —explicó Thomas con orgullo paternal, mientras golpeaba afectuosamente el volante—. Cuarenta años juntos y nunca me ha dejado tirado. Es como un matrimonio bien avenido.

Natalie sonrió. Con el viento colándose por la ventanilla entreabierta y alborotando su pelo negro, se sentía extrañamente ligera, casi eufórica, como si cada kilómetro que se alejaba de la mansión la liberara de un peso invisible.

—¿Cómo es el pueblo? —preguntó, girándose para comprobar que Kora seguía felizmente entretenida con su tortuga de peluche.

Thomas reflexionó la respuesta durante unos segundos mientras tomaba otra curva.

—Pequeño, pero con encanto. Todos se conocen, por supuesto, así que prepárate para ser el centro de atención. No recibimos muchos visitantes nuevos, y menos aún que vivan en la mansión Eastwood.

—¿Soy una rareza local? —bromeó Natalie.

—Digamos que el hecho de que hayas sobrevivido más de un mes con nuestro ilustre escritor ya te convierte en una leyenda —respondió Thomas con un destello de humor en los ojos—. La gente tendrá curiosidad.

—Genial —murmuró Natalie con sarcasmo, aunque en el fondo no le importaba. Un poco de curiosidad amistosa era un precio pequeño que pagar por unas horas de normalidad.

El pueblo apareció ante ellos como una postal perfecta: casas de piedra agrupadas alrededor de una plaza central, una cafetería de aspecto acogedor, una pequeña iglesia con un campanario que se alzaba sobre los tejados. Todo parecía sacado de un cuento, pintoresco y tranquilo.

Thomas aparcó frente a una tienda que tenía un letrero azul y blanco que rezaba «Ultramarinos Wilson–Desde 1892».

Las campanas de la puerta tintinearon alegremente cuando entraron, Natalie con Kora en brazos y Thomas saludando al hombre corpulento tras el mostrador como a un viejo amigo.

—¡Tom! Ya era hora de que aparecieras por aquí —exclamó el dependiente, un hombre de mejillas sonrosadas y un delantal blanco —. ¿Quiénes son tus acompañantes?

—Jack, te presento a Natalie Watson y a su pequeña hija Kora —respondió Thomas, con un gesto hacia ellas—. Natalie es la nueva ama de llaves de la mansión.

Los ojos de Jack se abrieron con sorpresa y algo que parecía admiración.

—¿La mansión Eastwood? —repitió, inclinándose sobre el mostrador para examinarla mejor—. Vaya, vaya... Así que usted es la valiente que ha aceptado trabajar para nuestro célebre ermitaño local.

Natalie se rio, aunque sintió un extraño impulso de defender a Dante. ¿Desde cuándo sentía la necesidad de defenderlo? El hombre

estaba diciendo la verdad y nada más que la verdad. Dante era un ermitaño, y bastante gruñón para ser sinceros.

—No es tan malo como lo pintan —se limitó a decir, y luego añadió con una sonrisa traviesa—. Bueno, tal vez los primeros días sí.

Jack soltó una carcajada que resonó por toda la tienda.

—Me gusta esta chica, Tom. Tiene agallas.

La tienda era un tesoro de productos locales, desde quesos artesanales hasta mermeladas caseras.

Natalie se movía entre las filas de estanterías con Kora, redescubriendo el simple placer de examinar productos, de tomar decisiones triviales como qué tipo de galletas de chocolate comprar. Si *light* o no.

Estaba examinando una botella de miel local cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—La de brezo es la mejor, si me permites la recomendación.

Natalie se giró para encontrarse con un hombre joven, probablemente de su edad, con el pelo rubio desordenado de forma atractiva y una sonrisa fácil que iluminaba sus ojos azules. Vestía una camiseta sencilla y vaqueros, y tenía el tipo de rostro amable que inspiraba una confianza inmediata.

—Oh, gracias —respondió, devolviendo la sonrisa casi por reflejo—. ¿Eres un experto en miel?

Él se rio, y el sonido fue cálido y real.

—En absoluto. Pero mi abuela tiene colmenas, así que he sido cobaya de cada variedad que produce. Me obliga a probarlas todas —explicó, extendiendo la mano—. Soy Paul, por cierto. Paul Wilson. Esta tienda pertenece a mi familia.

—Natalie —se presentó ella, estrechando su mano—. Y esta es Kora.

Paul se inclinó ligeramente, sonriendo a la niña, que lo miraba con esa mezcla de curiosidad y recelo que los bebés reservan para los extraños.

—Encantado de conocerte, Kora —dijo con voz suave, y luego, para sorpresa de Natalie, hizo una pequeña reverencia que arrancó una risita de la niña.

El hielo se había roto.

Paul resultó ser encantador. Les mostró los mejores productos de la tienda, compartió anécdotas sobre el pueblo, y consiguió que Kora pasara de la desconfianza a la admiración en cuestión de minutos cuando sacó de detrás del mostrador un pequeño oso de peluche que, según explicó, estaba reservado para los clientes más especiales.

—Eres nueva por aquí, ¿verdad? —preguntó a Natalie, mientras le ayudaba a elegir algunas frutas—. Me acordaría de ti si te hubiera visto antes.

Había un tono en su voz, un ligero énfasis en sus palabras, que Natalie reconoció como interés. Hacía tanto tiempo que nadie flirteaba con ella que casi había olvidado cómo se sentía.

Era... agradable. Normal. Un recordatorio de que seguía siendo una mujer joven, no solo una madre, no solo una empleada.

—Trabajo en la mansión Eastwood —explicó, sorprendiéndose a sí misma por no mencionar que era algo «temporal», como solía hacer—. Con Dante Eastwood, el escritor.

Paul silbó suavemente.

—¿El misterioso señor Eastwood? He oído historias sobre él, pero nunca lo he visto en persona. Algunos en el pueblo creen que es un vampiro.

Natalie se rio, imaginando la expresión de Dante si escuchara que la gente del pueblo pensaba que era un vampiro.

—Te aseguro que no es un vampiro —respondió—. Solo un escritor que valora demasiado su privacidad y su silencio.

—Y que aparentemente tiene buen gusto para contratar personal —añadió Paul con una sonrisa que hizo que Natalie se sonrojara ligeramente.

El comentario quedó suspendido en el aire, ligero pero cargado de intención. Natalie sintió un revoloteo en el estómago, una sensación olvidada de ligereza y expectativa.

Durante un rato, se permitió disfrutar de la atención, del simple placer de una conversación sin tensión, sin complicaciones. Paul era guapo, amable y claramente estaba interesado en ella (o eso parecía). Quizá en otra vida, en otro momento...

Pero entonces Kora dejó caer el oso de peluche y comenzó a protestar, y la burbuja se rompió.

Natalie se inclinó para recoger el juguete, y cuando se enderezó, algo había cambiado en su expresión. Una sombra se había instalado en el fondo de sus ojos, un recordatorio silencioso de por qué estaba dónde estaba, de qué había dejado atrás. De qué había salido huyendo.

Paul pareció notar el cambio, aunque no lo mencionó. Lo que hizo fue revisar la lista de compras que Natalie había estado elaborando.

—Déjame ayudarte a cargar todo esto —se ofreció, en un tono que había vuelto a ser simplemente amistoso—. Y luego quizás podrías probar el café de la señora Higgins al otro lado de la calle. Hace unos pasteles de zanahoria que son legendarios.

Natalie asintió, agradecida por su tacto, por la manera en que había respetado su silencioso repliegue sin cuestionarlo.

—Suena genial —comentó, y lo decía en serio.

Mientras recorrían los pasillos, con Paul contándole historias sobre el pueblo y sus habitantes, Natalie se preguntó por qué, en

medio de aquella agradable normalidad, sus pensamientos seguían regresando a la mansión, a las altas ventanas, a la figura solitaria que a veces miraba por ellas.

Era absurdo. Dante Eastwood probablemente estaba disfrutando de cada segundo de silencio en su ausencia.

Y sin embargo...

—¿Sabes qué? —dijo, interrumpiendo una historia de Paul sobre el festival anual del pueblo—. Creo que llevaré también algo de ese té Earl Grey. Para el señor Eastwood.

Paul alzó una ceja, pero sonrió.

—Buena idea. Tenemos una mezcla especial que prepara mi madre. Dice que hasta hace sonreír a los más gruñones.

—Entonces llevaré dos cajas —bromeó Natalie, y ambos rieron.

La mañana se extendió como un regalo lleno de pequeños placeres: el café en el local de la señora Higgins, un paseo por la plaza del pueblo donde Kora pudo ver patos en un pequeño estanque, y Natalie tener conversaciones livianas con algunos habitantes que, tal como había predicho Thomas, estaban fascinados con la «chica de la mansión».

Y si en algún momento Natalie se descubría mirando la hora, preguntándose si Dante habría conseguido calentar su comida o si estaría maldiciendo al microondas... Bueno, eso era simplemente preocupación profesional, se dijo a sí misma. Nada más.

CAPÍTULO 13

El invierno estaba regalando unos días de sol y temperaturas más suaves, después del frío intenso de las últimas semanas.

Natalie observaba el jardín desde la ventana de la cocina mientras preparaba el desayuno.

—Buenos días —la saludó Thomas, entrando en la cocina con las botas llenas de barro y una sonrisa que iluminaba su rostro arrugado—. Parece que finalmente hemos convencido a esos rosales para que florezcan este año.

Natalie le devolvió la sonrisa, vertiendo un chorro de café en una taza para él.

—Milagros del sol —respondió, añadiendo dos cucharadas de azúcar como sabía que le gustaba—. Y de tu mágica mano con las plantas.

Thomas aceptó la taza con un gesto de agradecimiento.

—¿Sabes qué? —dijo, tras dar un sorbo de café—. Creo que hoy sería un día perfecto para que la pequeña Kora explore el jardín. El sol brilla y no hace demasiado frío. He limpiado esa zona junto al invernadero, y hay un pequeño banco donde podrías sentarte con ella.

Los ojos de Natalie se iluminaron.

—Es una idea maravillosa —respondió, lanzando una mirada hacia el monitor del bebé donde podía ver a Kora todavía dormida en su cuna—. Le vendrá bien tomar el aire, y a mí también. Además, ya casi anda. Necesita espacio para practicar sus primeros pasos.

Thomas apuró su café y se enderezó.

—Entonces está decidido. Te avisaré cuando termine de arreglar ese rincón. Será su pequeño oasis personal.

Cuando el jardinero se marchó, Natalie se permitió un momento de reflexión.

Se sentía... ¿feliz? No exactamente. Pero por primera vez en mucho, mucho tiempo, notaba una especie de paz. La mansión, con todas sus peculiaridades y su principal habitante igualmente peculiar, se había convertido en un lugar seguro. Un refugio donde, paradójicamente, comenzaba a encontrarse a sí misma de nuevo.

Y hablando del principal habitante...

—Buenos días, señor Eastwood —dijo sin volverse, reconociendo los pasos característicos que se aproximaban por el pasillo—. Su café está casi listo.

Dante entró en la cocina con el ceño ligeramente fruncido, como si todavía estuviera procesando algún pensamiento complicado. Llevaba puesto uno de sus habituales jerséis negros, aunque Natalie había notado que últimamente los alternaba con algunos en tonos azul oscuro o gris.

«Todo un arcoíris de colores», pensó con ironía.

—¿Cómo sabe siempre que soy yo? —preguntó él con curiosidad, aceptando la taza que ella le tendía.

Natalie se encogió de hombros, con una sonrisa enigmática dibujada en los labios.

—Sus pasos… son inconfundibles —respondió—. Decididos pero cautelosos, como si siempre estuviera evaluando el suelo antes de

pisarlo.

Las cejas de Dante se alzaron ligeramente, y algo parecido a la sorpresa cruzó su rostro.

—Esa es una observación muy... literaria, señorita Watson.

—Quizás se me está pegando algo de estar rodeada de libros todo el día —bromeó Natalie, volviéndose para servirse su propio café.

Se produjo uno de esos silencios que últimamente no resultaban tan incómodos como al principio. Era casi como si hubieran desarrollado un lenguaje propio, donde los silencios también comunicaban algo.

—Thomas me ha sugerido sacar a Kora al jardín hoy —comentó finalmente Natalie, rompiendo el silencio—. Dice que hay un rincón junto al invernadero que está preparando especialmente para ella.

Dante asintió, observando el líquido oscuro de su taza.

—Es una buena idea. El aire fresco le vendrá bien a la niña. Y a usted también —dijo.

Había algo en su tono, una suavidad apenas perceptible, que hizo que Natalie lo mirara con más atención.

—¿Está usted... preocupado por mi bienestar, señor Eastwood? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

Dante desvió la mirada, súbitamente interesado en la vista del jardín al otro lado de la ventana.

—Simplemente constato un hecho. La vitamina D es esencial para el desarrollo infantil y el bienestar general de los adultos —dijo —. Y usted pasa demasiado tiempo en esta casa.

—Como si usted fuera el mejor ejemplo de vida al aire libre — replicó Natalie, poniendo los ojos en blanco. Quizá debería haberse mordido la lengua, era algo que no le incumbía, pero no lo hizo—.

No recuerdo la última vez que lo vi dar un paseo por el jardín… de día.

—Tengo un balcón en mi estudio —se defendió él—. Observo la naturaleza desde allí. Es más efectivo.

—Claro, porque la naturaleza es algo que se «observa de forma efectiva». —Natalie no pudo evitar reírse—. Algún día, señor Eastwood, voy a arrastrarlo fuera de estas paredes. Por su propio bien.

La imagen de Natalie «arrastrándolo» a alguna parte pareció causar algún tipo de cortocircuito en el cerebro de Dante. Abrió la boca como para responder, pero la cerró de nuevo, y finalmente optó por dar un largo sorbo a su café.

—Tengo trabajo que hacer —anunció, recuperando su tono habitual—. Estaré en mi estudio. Si necesita algo...

—No dudaré en llamarlo —completó Natalie con una sonrisa—. O en arrastrarlo fuera, según sea necesario —añadió, lanzándole una mirada de reojo.

Dante entrecerró los ojos, como evaluando si Natalie estaba siendo una insolente, sin embargo sus labios se curvaron en lo que, en cualquier otra persona, podría haberse considerado el principio de una sonrisa.

—Buenos días, señorita Watson —dijo, y salió de la cocina con su taza de café, dejando tras de sí un extraño vacío que Natalie se negó a analizar. Últimamente se negaba a analizar demasiadas cosas.

El llanto de Kora a través del monitor la devolvió a la realidad. La pequeña se había despertado, y el día comenzaba oficialmente para ella.

El jardín estaba espléndido bajo el sol de media mañana. Thomas, fiel a su palabra, había preparado un encantador rincón junto al invernadero. Había limpiado y pulido un antiguo banco de hierro forjado, colocándolo bajo un almendro que empezaba a florecer, y había despejado un pequeño espacio en el césped donde Kora podía gatear y practicar sus primeros pasos sin peligro.

—Es perfecto, Thomas —exclamó Natalie, sinceramente emocionada, mientras dejaba que Kora explorara el suave césped con sus manitas regordetas—. Has creado un trocito de paraíso.

El viejo jardinero se sonrojó ligeramente bajo su piel curtida por el sol.

—No es nada —dijo, pasándose la mano por el cuello—. Esta mansión necesitaba un poco de vida, y vosotras dos habéis traído más que suficiente —respondió, inclinando ligeramente su sombrero de paja—. Os dejo disfrutar. Estaré en el huerto si me necesitáis.

Mientras Thomas se alejaba, Natalie se sentó en el banco, observando a Kora, que había descubierto una margarita y la contemplaba con absoluta fascinación.

El sol templaba su piel, y una brisa suave mecía las ramas del almendro, haciendo caer ocasionales pétalos blancos que revoloteaban como diminutas mariposas antes de posarse en el suelo.

Desde allí podía ver la parte trasera de la mansión, incluida la ventana del estudio de Dante en el segundo piso. Se preguntó si él estaría allí ahora, encorvado sobre su escritorio, luchando con las palabras. Había algo extraordinariamente íntimo en imaginar el proceso creativo de otra persona, como espiar a través de una cerradura algo que no se podía ver.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un gato negro y blanco que caminaba hacia ellas. Natalie le había visto merodear por el jardín alguna que otra vez. Según le había contado Thomas, visitaba de vez en cuando la mansión, porque él el ponía comida.

El gato se detuvo junto a Kora, olfateándola con cuidado. La niña soltó una carcajada que sonó como campanillas en el aire tranquilo del jardín.

—Parece que tienes un nuevo amigo —comentó Natalie, acariciando el pelaje del felino cuando éste se acercó a saludarla también.

Después el gato se subió al banco y se tumbó a su lado.

Los minutos se convirtieron en una hora, y luego en dos.

Natalie había llevado un libro con ella, pero apenas había leído unas páginas. En cambio, se encontró disfrutando el momento: observando a Kora descubrir el mundo, sintiendo el sol en su piel, escuchando los pájaros que cantaban en los árboles cercanos, las olas golpeando la roca.

Por primera vez en mucho tiempo, no estaba huyendo, ni mirando por encima del hombro, ni planificando el siguiente movimiento. Simplemente estaba allí, presente, viva.

Fue entonces cuando lo escuchó: un *clic*, seguido de un murmullo amortiguado. El gato irguió las orejas y maulló.

Natalie se tensó, todos sus sentidos se pusieron de repente en alerta. El sonido había venido de los arbustos que bordeaban la propiedad, cerca de la verja exterior.

Otro *clic*. Esa vez no había duda. Era el obturador de una cámara.

El pánico la atravesó como una corriente eléctrica. Se levantó de un salto, recogiendo a Kora del suelo con un movimiento rápido que sobresaltó a la niña.

—¿Quién anda ahí? —peguntó. Su voz sonó más firme de lo que en realidad la sentía.

Durante un momento, solo hubo silencio. Luego, como si hubieran decidido que ya no tenía sentido esconderse, dos figuras

emergieron de detrás de los arbustos. Un hombre y una mujer, ambos con cámaras de aspecto profesional colgando de sus cuellos.

—¡Dante Eastwood! —llamó el hombre con voz fuerte—. ¡Solo queremos que nos digas unas palabras!

La mujer, mientras tanto, había levantado su cámara y estaba tomando fotos en una rápida sucesión, el obturador disparando como una pequeña ametralladora.

—¡Hey, tú, la niñera! —gritó—. ¿Cómo es trabajar para el ermitaño más famoso de la literatura? ¿Es cierto que no ha salido de la mansión en cuatro años?

El mundo pareció contraerse alrededor de Natalie.

Cámaras. Fotos. Preguntas.

Exposición.

Todas las alarmas en su cabeza comenzaron a sonar simultáneamente. Apretó a Kora contra su pecho, girándose instintivamente para ocultar el rostro de la niña.

—Por favor, iros —dijo, intentando que su voz sonara firme—. Estáis en una propiedad privada.

—Vamos, solo unas fotos —insistió la mujer, moviendo la lente para intentar capturar mejor a Natalie y a Kora—. ¿Es esa la hija de Dante Eastwood? Los rumores dicen que es un hombre muy solitario, pero parece que tiene secretos, ¿eh?

La absurda pregunta apenas caló en el cerebro de Natalie, consumido por el pánico. Todo lo que podía pensar era en fotos, exposición, peligro. Si esas imágenes salían publicadas en alguna parte, en algún medio de comunicación, si las veía la persona equivocada...

Mierda.

—No, no es... Por favor, dejad de hacer fotos —suplicó, retrocediendo hacia la mansión mientras Kora, que estaba notando

la tensión del momento, comenzaba a llorar—. No tenéis ningún derecho de estar aquí.

—Es un lugar público —respondió el hombre, aunque claramente no lo era—. Solo hacemos nuestro trabajo. ¿Podrías decirnos si Dante Eastwood está trabajando en un nuevo libro? Sus fans llevan años esperando que saque una nueva novela.

Kora, que ya era plenamente consciente de que algo iba mal, comenzó a llorar más alto. Un montón de lágrimas rodaban por sus mejillas sonrosadas mientras se aferraba al cuello de Natalie.

—Shhh, está bien, cariño —susurró Natalie, meciéndola suavemente, aunque su propio corazón latía tan fuerte que temía que la niña pudiera sentirlo—. Vámonos dentro.

Pero cuando intentó moverse hacia la mansión, los paparazzi simplemente se desplazaron a lo largo de la verja, siguiéndola, disparando sus cámaras sin cesar.

—¡Solo unas palabras! —insistió el hombre—. ¿Cómo es realmente Dante Eastwood en la intimidad? ¿Es tan excéntrico como dicen? ¿Es cierto que está sufriendo el bloqueo del escritor y que ya no tiene inspiración para escribir?

Las preguntas se mezclaban con el llanto de Kora, creando una cacofonía que hacía que la cabeza de Natalie palpitara.

Sentía que las piernas podían fallarle en cualquier momento. El pánico era una especie de animal vivo en su pecho, apretándolo, aplastándolo, robándole el aire.

Fue entonces cuando lo escuchó:

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —La voz de Dante cortó el caos como un cuchillo afilado.

Natalie se giró para verlo avanzar por el jardín a grandes zancadas. Su rostro era una máscara de furia apenas contenida. Nunca lo había visto así, con los ojos entrecerrados y la mandíbula tan tensa que podía ver el músculo que pulsaba bajo la piel.

Los paparazzi, lejos de intimidarse, parecieron encantados con aquella nueva incorporación a su sesión de fotos improvisada.

—¡Señor Eastwood! —exclamó la mujer, disparando su cámara con un entusiasmo renovado—. ¡Qué sorpresa encontrarlo al aire libre! ¿Nos concedería unas palabras sobre su próximo proyecto? ¿Y sobre su vida personal? Parece que tiene una familia que nadie conocía.

Dante se detuvo junto a Natalie, colocándose sutilmente delante de ella, como un escudo humano.

—Señorita Watson —dijo en voz baja, sin apartar la mirada de los intrusos—, entre en la casa con Kora. Ahora.

Había tal autoridad en su voz que Natalie ni siquiera consideró discutir. Pero antes de que pudiera moverse, Dante añadió:

—Yo me encargaré ellos.

Natalie asintió brevemente y comenzó a retroceder hacia la mansión, con Kora todavía sollozando contra su hombro.

A medida que se alejaba, podía escuchar la voz de Dante, más fría y cortante que nunca.

—Están en una propiedad privada. Están acosando a mis empleados. Están aterrorizando a una niña pequeña —ladró—. Y están a punto de enfrentarse a una demanda por invasión de la privacidad tan grande que sus nietos seguirán pagándola.

—Vamos, señor Eastwood —respondió el hombre, aunque su voz ya no sonaba tan confiada—. Solo hacemos nuestro trabajo. Sus fans quieren saber...

—Mis fans respetan mi privacidad —lo interrumpió Dante con un tono que podría haber congelado lava—. Ustedes no son más que buitres disfrazados de periodistas. Y si una sola de esas fotos ve la luz del día, especialmente cualquiera donde aparezcan la señorita Watson o la niña, me aseguraré personalmente de que sus carreras terminen hoy mismo y para siempre.

Cuando Natalie llegó a la puerta trasera de la mansión, las voces se habían convertido en un murmullo indistinguible. Con manos temblorosas, consiguió abrir la puerta y entrar.

Una vez dentro, se dejó caer en una silla de la cocina, abrazando a Kora, que seguía llorando, aunque con menos intensidad.

Notaba el pulso acelerado en las sienes y una náusea persistente en el estómago. Imágenes de lo que podría pasar si su expareja viera esas fotos, si descubriera dónde estaban, desfilaban por su mente como una película de terror. De verdadero terror.

No supo cuánto tiempo pasó así, meciéndose suavemente con Kora en brazos, hasta que la puerta de la cocina se abrió de nuevo y entró Dante. Su expresión seguía siendo sombría, pero la furia había sido reemplazada por algo diferente, algo que se parecía inquietantemente a la preocupación.

—Thomas se está asegurando de que se marchen —informó, cerrando la puerta tras él—. Le he indicado que les repita que, si publican una sola de esas fotos, nos veremos en los tribunales.

Natalie asintió, incapaz de encontrar palabras en su garganta.

Dante se acercó, dudando un momento antes de sentarse en la silla frente a ella.

—¿Están bien? —preguntó, y su voz tenía una suavidad que Natalie nunca había escuchado antes.

—Sí, solo... —Natalie tragó saliva, intentando controlar el temblor en su voz—. Es que no me lo esperaba.

—¿Y la niña? —se interesó Dante.

—Kora está un poco asustada, eso es todo —respondió Natalie.

Dante observó a la niña, que había dejado de llorar y ahora hipaba ocasionalmente, con la cabeza apoyada en el hombro de

Natalie. Sus pequeños dedos agarraban firmemente la tela de su blusa.

—Lo siento —dijo, pasándose una mano por el pelo en un gesto inusualmente nervioso—. Debería haberla advertido. Esos buitres aparecen de vez en cuando. Normalmente Thomas los ahuyenta antes de que lleguen tan lejos.

—No es su culpa —respondió Natalie, encontrando finalmente su voz—. Yo... me he puesto muy nerviosa. No estoy acostumbrada a... a ese tipo de situaciones.

Era una mentira, por supuesto. No era la falta de costumbre lo que la había aterrorizado, sino el miedo muy real de ser descubierta, de que esas fotos pudieran llegar hasta su ex. Pero no podía explicar eso, no todavía, no a Dante.

Dante la estudió durante unos segundos, como si intuyera que había algo más en su reacción de lo que decía, pero no quiso presionarla.

—Entiendo —dijo simplemente—. A mí tampoco me agradan estas situaciones. Hay una razón por la que elegí vivir aquí, lejos de todo ese circo.

Un silencio se instaló entre ellos, no del todo incómodo pero cargado de algo indefinible. Kora, agotada por el llanto, había cerrado los ojos y parecía a punto de quedarse dormida contra el pecho de Natalie.

—Gracias —dijo Natalie, levantando la mirada para encontrarse con la de Dante—. Por intervenir. Por... por protegernos.

Algo impreciso cruzó el rostro de Dante. Una emoción demasiado rápida para ser identificada.

—No tiene nada que agradecerme —respondió, casi a regañadientes, como si las palabras fueran extrañas en su boca—. Cualquiera habría hecho lo mismo que yo.

Pero ambos sabían que eso no era cierto. Cualquiera no habría bajado como un rayo de su torre para enfrentarse a unos paparazzi en defensa de su empleada. Cualquiera no se habría puesto delante de ellas a modo de escudo para protegerlas, como si fuera lo más natural del mundo. Cualquiera no la estaría mirando ahora con esa intensidad que parecía atravesarla hasta el alma.

Natalie desvió la vista, súbitamente consciente del calor que subía por sus mejillas. No quería que Dante se diera cuenta de que se estaba ruborizando.

—Aun así —insistió en voz baja—. Gracias.

Kora se removió en sus brazos, emitiendo un pequeño sonido de protesta antes de acomodarse de nuevo. Sus pestañas formaban pequeñas medias lunas sobre sus mejillas sonrosadas, y su respiración se había vuelto regular y profunda.

—¿Está bien? —insistió Dante, inclinándose ligeramente para observar a la niña.

La preocupación en su voz tocó algo dentro de Natalie, un lugar que había mantenido cuidadosamente protegido.

—Sí —respondió, pasando suavemente un dedo por la mejilla de Kora—. Solo está un poco asustada, como ya le he dicho. Se le pasará con una buena siesta.

Dante asintió, aparentemente aliviado.

Luego, como si acabara de darse cuenta de lo cerca que estaba de Natalie, se echó hacia atrás, recuperando algo de su habitual frialdad, y poniendo distancia entre ellos.

—Debería... —comenzó, haciendo un gesto vago con la mano hacia la puerta—. Tengo trabajo.

—Claro —dijo Natalie, afirmando con la cabeza—. Y yo debería acostar a Kora.

Pero ninguno de los dos se movió de inmediato. Había algo suspendido entre ellos, algo no dicho, no reconocido, pero presente como la electricidad antes de una tormenta.

Al final, Dante se levantó, alisándose una arruga inexistente en su jersey.

—Si necesita algo... —ofreció, dejando la frase sin terminar.

Natalie asintió.

—Lo sé —respondió en tono suave—. Gracias.

Dante se levantó de la silla y dio media vuelta.

Y mientras Natalie lo veía salir de la cocina, con los hombros ligeramente menos rígidos que de costumbre, Natalie se encontró pensando que, de alguna manera, el muro que Dante Eastwood había construido alrededor de sí mismo tal vez acababa de mostrar una grieta.

Y lo más desconcertante era que ella no estaba segura de si debía celebrarlo o temerlo.

CAPÍTULO 14

La tormenta había llegado sin avisar (como todas las que azotaban aquel lugar), convirtiendo la tarde en una noche prematura. Los relámpagos iluminaban de manera intermitente la mansión, proyectando sombras danzantes en las paredes mientras los truenos retumbaban, haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

Natalie arropaba a Kora, que milagrosamente dormía a pesar del estruendo que había en el exterior. Alargó el brazo y acarició con suavidad la mejilla de la niña, maravillándose de cómo podía parecer tan serena en medio de semejante caos atmosférico.

—Tienes suerte de poder dormir así, pequeñaja —susurró, poniendo el peluche de tortuga junto a la almohada—. Ojalá los adultos pudiéramos desconectar con esa facilidad.

Salió de puntillas de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por la tenue luz de la lámpara del recibidor y los ocasionales destellos de los relámpagos.

Natalie miró su reloj de pulsera. Eran las 10:30.

Normalmente a esa hora escuchaba el teclear constante desde el estudio de Dante. Un sonido que se había convertido en la banda

sonora de sus noches. Era casi reconfortante. Ese ritmo familiar que le indicaba que todo estaba en orden, que la vida en la mansión seguía su curso previsible, pese al sobresalto que se había llevado unos días antes con los paparazzi.

Pero aquella noche había silencio.

Frunció el ceño, deteniéndose en mitad del pasillo. Tal vez la tormenta había interferido con su rutina. O quizás había bajado a la cocina a por uno de sus habituales tés de noche. Pero algo le decía que no era así. Una intuición persistente, como un sarpullido que no podía rascarse.

Se dirigió hacia el estudio casi sin pensar (las posibles consecuencias o gruñidos).

«Echaré un vistazo rápido —se dijo a sí misma—. Solo para asegurarme de que todo está bien».

Al acercarse a la puerta, notó un resquicio de luz por debajo. Por lo menos sabía que estaba allí y no deambulando por los acantilados. Pero el silencio seguía siendo inquietante, demasiado denso, demasiado largo.

Sin darle una vuelta en la cabeza (o dos), tocó suavemente con los nudillos.

—¿Señor Eastwood?

Silencio. Ni un «adelante» gruñón ni un «estoy ocupado» cortante. Nada.

Tocó de nuevo con más firmeza.

—¿Señor Eastwood? ¿Está todo bien?

Un sonido ahogado, algo entre un gruñido y un gemido, fue toda la respuesta que obtuvo.

Sin pensárselo tampoco mucho. Abrió la puerta y entró en el estudio, donde la escena que encontró hizo que su corazón diera un vuelco.

Dante estaba sentado en su sillón, inclinado hacia adelante con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. La estancia estaba casi a oscuras, con solo una pequeña lámpara de escritorio encendida. Su luz proyectaba más sombras que claridad. Sobre el escritorio, sus gafas de lectura permanecían abandonadas junto a un vaso de agua intacto.

—¿Señor Eastwood? —preguntó, acercándose cautelosamente.

Él no levantó la cabeza, pero sus hombros se tensaron, reconociendo su presencia.

—Váyase. —Su voz sonaba áspera, tensa por el dolor—. Estoy bien.

Otro relámpago iluminó la habitación, y en ese instante de claridad, Natalie pudo ver cómo se estremecía, cerrando los ojos con fuerza como si la luz le causara dolor.

—No está bien —respondió con suavidad, sin levantar la voz, acercándose más—. ¿Es una migraña?

Dante emitió una risa seca, casi un jadeo.

—Muy observadora —murmuró, aún sin mirarla—. Ahora, si ha satisfecho su curiosidad, agradecería que me dejara solo.

Natalie se cruzó de brazos, evaluando la situación. En las semanas que llevaba trabajando en la mansión, había llegado a conocer bastante bien a su peculiar jefe. Sabía que bajo esa fachada de rudeza había un hombre que odiaba mostrar cualquier tipo de debilidad. Y en este momento, estaba claramente sufriendo.

También sabía que, si le hacía caso y se marchaba, probablemente pasaría toda la noche retorciéndose de dolor en aquel sillón antes que pedir ayuda.

—No —dijo, con una firmeza que la sorprendió incluso a ella misma.

Dante levantó la cabeza ligeramente, entrecerrando los ojos para mirarla a través del dolor.

—¿No? —repitió.

—No me voy a ir —afirmó Natalie, y comenzó a moverse por el estudio con determinación, bajando primero la intensidad de la única lámpara encendida hasta dejarla en un tenue resplandor—. No mientras esté así.

—Señorita Watson… —comenzó Dante, con ese tono de autoridad que normalmente usaba para zanjar discusiones, pero ella lo interrumpió.

—Puede despedirme mañana si quiere —dijo, acercándose para recoger el vaso de agua del escritorio—. Pero esta noche voy a cuidar de usted, le guste o no.

Un trueno muy fuerte retumbó, haciendo que Dante cerrara los ojos y respirara profundamente, como intentando controlar una ola de náuseas. Cuando volvió a abrirlos, la resolución en el rostro de Natalie pareció haberlo dejado sin argumentos.

—Está siendo ridícula —murmuró finalmente, pero el sarcasmo habitual había desaparecido de su voz, reemplazado por un cansancio que hizo que algo dentro de Natalie se contrajera de preocupación.

—Probablemente —estuvo de acuerdo ella con una pequeña sonrisa—. Ahora, ¿desde cuándo tiene esta migraña?

Dante suspiró, rindiéndose ante lo inevitable.

—Desde esta tarde —admitió—. La tormenta no ayuda. El cambio de presión...

—Entiendo —dijo Natalie—. Mi madre sufría migrañas terribles cuando se acercaba el mal tiempo. Voy a buscar algunas cosas. ¿Puede moverse hasta el sofá? Estará más cómodo tumbado.

Durante un momento, pareció que Dante iba a protestar de nuevo, pero otro relámpago, seguido de un trueno, lo hizo estremecerse otra vez.

—Puedo llegar al sofá —masculló, levantándose con movimientos cautelosos, como si cada uno le costara un esfuerzo monumental.

Natalie lo observó dirigirse lentamente hacia el amplio sofá de cuero que ocupaba un rincón del estudio. Normalmente, Dante se movía con la gracia contenida de un depredador, siempre alerta, siempre bajo control. Verlo ahora, tambaleándose ligeramente, con una mano apoyada en los muebles para mantener el equilibrio, despertó en ella una ternura que no sabía que podía sentir hacia aquel hombre.

—Volveré enseguida —prometió, saliendo rápidamente del estudio, una vez que se aseguró de que Dante había llegado al sofá.

En la cocina, Natalie se movió con la eficiencia que se adquiría con la experiencia. Puso agua a hervir y reunió lo que necesitaba: té de manzanilla, miel, una toalla pequeña, un cuenco con agua fría y un paño limpio. Mientras esperaba que el agua hirviera, se detuvo un momento, preguntándose qué estaba haciendo exactamente.

Una cosa era ofrecerle un té o un analgésico a tu jefe con migraña. Otra completamente diferente era declarar que ibas a cuidar de él toda la noche, desafiándolo abiertamente e ignorando sus órdenes directas de dejarlo solo. ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso no era consciente de que la podía despedir? ¿De que podía echarla a la calle?

«No estaba pensando —se respondió a sí misma, vertiendo el agua caliente sobre la bolsita de manzanilla—. Solo... he reaccionado».

Porque había algo profundamente insólito en ver a Dante Eastwood, siempre tan controlado, tan autosuficiente, reducido a un bulto de dolor en su sillón. Y algo aún más insólito en darse cuenta

de que probablemente nadie lo había cuidado en años. Que probablemente sufría esas migrañas solo, en silencio, sin nadie que le ofreciera consuelo o ayuda.

El pensamiento le provocó una punzada de tristeza tan aguda que casi pudo saborearla.

Cuando regresó al estudio, cargada con su improvisado kit de primeros auxilios, encontró a Dante tumbado en el sofá, con un brazo cubriendo sus ojos, y la otra mano cerrada en un puño sobre su estómago. La imagen de vulnerabilidad era tan inusual que se detuvo un momento en la puerta, casi sintiendo que estaba presenciando algo que no debería ver.

—¿Señor Eastwood? —lo llamó suavemente, acercándose—. Le he traído algunas cosas que pueden ayudar.

Él no se movió, pero el suspiro que emitió le indicó que estaba despierto y la había escuchado.

Natalie colocó su bandeja en la mesita auxiliar junto al sofá y se arrodilló a su lado.

—Primero, esto —dijo, ofreciéndole dos pastillas y un vaso de agua—. Son analgésicos normales, pero algo harán.

Dante movió el brazo ligeramente, observándola a través de los ojos entrecerrados, que reflejaban tanto dolor como sorpresa por su insistencia.

—Ya he tomado medicación más fuerte —murmuró—. No ha funcionado.

—A veces funcionan mejor combinados —dijo Natalie, manteniendo el vaso extendido con determinación—. Y necesita hidratarse.

Después de un momento de silenciosa batalla de voluntades, Dante finalmente cedió, incorporándose para tomar las pastillas y beber un sorbo de agua. El simple esfuerzo pareció agotarlo, y se dejó caer de nuevo contra el cojín.

—Testaruda —masculló, pero sin que hubiera verdadera hostilidad en su voz.

—Me lo dicen a menudo —respondió Natalie con una pequeña sonrisa en los labios.

Humedeció el paño en agua fría y lo retorció para eliminar el exceso.

Con gestos suaves pero seguros, colocó el paño frío sobre la frente de Dante. Él se tensó inicialmente ante el contacto, pero luego exhaló lentamente, como si el frío proporcionara un alivio instantáneo.

—¿Mejor? —preguntó ella.

Dante no respondió verbalmente, pero la ligera relajación de sus facciones fue respuesta suficiente.

—Le he preparado té de manzanilla con miel —continuó Natalie, dejando que el paño hiciera su trabajo—. Ayuda con las náuseas. Y si cierra los ojos, le daré un ligero masaje en las sienes. Mi madre decía que era lo único que realmente la aliviaba.

—No es necesario que... —comenzó Dante, pero ella lo interrumpió con suavidad.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo —dijo Natalie.

Sus miradas se encontraron durante un par de segundos, y algo indefinible pasó entre ellos. Una especie de comprensión silenciosa, quizás. O la sensación de que estaban cruzando algún tipo de línea invisible.

—Tranquilo, no se lo reclamaré como horas extras —bromeó Natalie.

Dante cerró los ojos, un gesto que Natalie interpretó como una rendición.

Con delicadeza, comenzó a masajear sus sienes con movimientos circulares, aplicando una presión suave pero firme.

Pudo sentir la tensión acumulada en esa zona, como si su cráneo estuviera a punto de estallar, y trabajó metódicamente para aliviarla.

—Mi madre solía decir que las migrañas eran como pequeños demonios tocando tambores dentro de su cabeza —comentó en voz baja—. Y que el masaje era como enviarles una orden de desalojo.

Un sonido que podría haber sido una risa muy suave, muy tenue, escapó de los labios de Dante.

—Una descripción bastante acertada —murmuró.

Natalie trabajó en silencio durante varios minutos, con la tormenta como único sonido de fondo. Sus manos se movían con confianza, encontrando los puntos de presión, aliviando la tensión acumulada. Ocasionalmente cambiaba el paño de la frente por otro fresco, y en un momento dado, consiguió que Dante bebiera un poco del té de manzanilla que había hecho.

Era extraño, pensó, lo íntima que le parecía la situación. Más íntima que cualquier otra interacción que hubieran tenido hasta ese momento. Más incluso que cuando la había protegido de los paparazzi.

No eran solo las manos en su piel cálida, o la proximidad física. Era la vulnerabilidad que estaban compartiendo. Él, permitiendo que lo cuidara. Ella, permitiendo mostrar cuánto le importaba realmente su bienestar, que estuviera bien.

Porque le importaba, se dio cuenta con una claridad repentina y alarmante. Le importaba mucho más de lo que debería para alguien que era simplemente su jefe.

Intentando distraerse de esa revelación incómoda, miró alrededor del estudio. A la luz tenue, con la tormenta rugiendo fuera, el lugar parecía diferente. Menos intimidante, más acogedor.

Los estantes estaban llenos de libros, el escritorio con el portátil abierto y el manuscrito a medio empezar, el viejo globo terráqueo en

la esquina... todo parecía susurrar historias de las largas horas que Dante pasaba allí encerrado, solo con sus pensamientos y sus palabras.

—Debe de ser difícil tener migrañas cuando su trabajo depende tanto de su cerebro —comentó bajito, sin dejar de masajear sus sienes.

Dante emitió un sonido que podría interpretarse como que estaba de acuerdo.

—Es... frustrante —admitió tras unos segundos—. A veces estoy en medio de una idea, y viene la... oscuridad. Entonces todo se va.

—¿Las tiene con frecuencia?

—Lo suficiente para ser un inconveniente. Pero no lo bastante para ser incapacitante.

Natalie asintió, aunque él no podía verla con los ojos cerrados.

—Mi madre solía decir que las suyas eran como un recordatorio del universo, diciéndole que descansara —comentó—. Que si no escuchaba a su cuerpo cuando susurraba, su cuerpo gritaría.

Dante abrió ligeramente los ojos, observándola con una expresión que no pudo descifrar.

—Su madre parece haber sido una mujer sabia —comentó.

—Lo era —respondió Natalie con una sonrisa triste—. Y echo de menos esa sabiduría cada día.

Un silencio cómodo cayó entre ellos mientras Natalie continuaba con su masaje.

En algún momento, le pareció que la respiración de Dante se volvía más profunda y regular, y que sus facciones se relajaban. Se estaba quedando dormido. Esa era una muy buena señal. El sueño reparador terminaría de quitarle el dolor de cabeza.

Con cuidado para no despertarlo, reajustó el paño fresco en su frente y se levantó, recogiendo la taza de manzanilla vacía. Vio una

manta doblada en el respaldo del sofá y se la echó por encima para que no se quedara frío.

Después miró a su alrededor, y decidió que el cómodo sillón de lectura junto a la ventana sería un buen lugar para vigilarlo durante la noche.

Un repentino pensamiento la hizo detenerse.

Kora.

Tendía que comprobar que seguía durmiendo tranquila a pesar de la tormenta.

Como si respondiera a sus preocupaciones, un débil sollozo llegó a través del monitor de bebés que había dejado en la mesita auxiliar. Natalie lo cogió rápidamente, bajando el volumen para no despertar a Dante.

—Vuelvo enseguida —susurró, aunque él ya estaba profundamente dormido.

Corrió a su habitación, donde encontró a Kora despierta y algo asustada por un trueno que había dado. La cogió y la calmó entre los brazos, le cambió el pañal, que lo tenía sucio, y la acunó hasta que volvió a dormirse.

Durante un momento sopesó la idea de llevarla con ella al estudio de Dante, pero pensó que estaría bien y más cómoda en su cuna. La tormenta estaba amainando y, además, el monitor le permitiría escucharla si volvía a despertarse.

Cuando regresó al estudio, Dante seguía dormido en el sofá, aunque se había movido ligeramente, dejando caer el paño húmedo. Natalie lo recogió del suelo, lo humedeció de nuevo y lo colocó suavemente sobre su frente.

Se sentó en el sillón, que era más cómodo de lo que parecía, y se dispuso a pasar la noche velando por ambos, su pequeña y su... ¿qué era Dante para ella exactamente? Su jefe, claro. Y, además,

¿un amigo? Quizás. Aunque «amigo» parecía una palabra inadecuada para la compleja relación que habían desarrollado.

¿Algo más?

No, eso era ridículo. Y peligroso.

Muy peligroso.

La tormenta se había reducido a una lluvia suave. Su sonido rítmico golpeando contra las ventanas era casi hipnótico.

Natalie sintió que sus propios párpados se volvían pesados, pero luchó contra el sueño. Quería estar alerta (por lo menos la primera hora) por si Dante necesitaba algo, o si la migraña empeoraba durante la noche.

Para mantenerse despierta, cogió un libro de la estantería más cercana.

Era una primera edición de «Cumbres Borrascosas», con el lomo gastado de tantas lecturas. Sonrió ante la elección, tan adecuada para una noche de tormenta, en una mansión enclavada en lo alto de un acantilado.

Había leído apenas un par de capítulos cuando un sonido llamó su atención. Dante se había movido en el sofá, y estaba... ¿hablando? No, no exactamente. Estaba murmurando en sueños, palabras entrecortadas, apenas audibles.

Natalie dejó el libro a un lado y se inclinó ligeramente hacia adelante, intentando entender lo que decía. La mayoría eran sonidos ininteligibles, pero entonces escuchó claramente:

—Catherine... ¿por qué?

El nombre fue como una descarga eléctrica.

Catherine. La ex prometida de Dante. El gran amor que lo había traicionado, según los rumores que había escuchado de Thomas.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así? —continuó murmurando Dante. Su voz estaba cargada de dolor incluso en sueños—. Después

de todo...

Las palabras se desvanecieron en un murmullo incoherente, pero el daño ya estaba hecho. Natalie se sintió como una intrusa, presenciando de manera inesperada algo demasiado privado, demasiado doloroso para él.

Se acercó sigilosamente para cambiar el paño de su frente, que se había calentado con las décimas de fiebre que a veces acompañaban a las migrañas. Mientras lo hacía, no pudo evitar observar el rostro de Dante más de cerca.

Dormido, sin las tensiones habituales en sus facciones, parecía diferente. Más joven, más vulnerable. Las líneas de preocupación alrededor de sus ojos se habían suavizado, y su boca, normalmente tensa en una línea firme, estaba relajada.

Era un hombre guapo, pensó con una objetividad que intentó mantener a raya. Pero más allá del físico, había algo en él que la atraía de una manera que no podía (o no quería) definir. Tal vez era su inteligencia (todo el mundo decía que era un mago de las letras, un genio, que era brillante), o la intensidad con la que abordaba todo. O quizás era la soledad que percibía en él, y que era un eco de su propia soledad.

Sacudió la cabeza, alejando de ella esos pensamientos tan peligrosos.

No podía permitirse desarrollar sentimientos por Dante Eastwood. No cuando su situación era tan precaria, cuando su futuro y el de Kora dependían de mantenerse ocultas, seguras. No cuando él claramente seguía atrapado en el dolor de su pasado, soñando con una mujer que lo había herido profundamente.

Con un suspiro, regresó al sillón y retomó la lectura del libro, aunque las palabras bailaban frente a sus ojos sin realmente ser consciente de lo que estaba leyendo.

La noche avanzó lentamente. Cada cierto tiempo, Natalie se levantaba para comprobar que Dante estaba bien, para cambiar el

paño fresco, o escuchar a través del monitor que Kora seguía durmiendo tranquila. En algún momento, el agotamiento la venció, y se quedó dormida en el sillón, con el libro abierto sobre el regazo.

Fue el tenue resplandor del amanecer lo que la despertó. La luz grisácea se filtraba a través de las cortinas, bañando el estudio en suaves sombras blanquecinas.

Durante unos segundos, Natalie se sintió desorientada, preguntándose por qué estaba durmiendo en un sillón, hecha un ovillo y doliéndole cada músculo, en lugar de en su cama.

Entonces lo recordó: la migraña de Dante, la tormenta, la larga noche de vigilia. Se incorporó rápidamente, ignorando la protesta de sus músculos entumecidos, y miró hacia el sofá.

Dante estaba despierto, sentado, con los codos apoyados en las rodillas, observándola con una expresión indescifrable.

Natalie carraspeó para aclararse la garganta.

—Buenos días —dijo, pasándose una mano por el pelo, tratando de atusárselo. De pronto fue consciente del aspecto que tendría después de dormir en un sillón—. ¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

Dante la estudió en silencio durante unos segundos antes de responder.

—Mejor —dijo finalmente—. La migraña se me ha quitado.

—Me alegro —sonrió Natalie, estirándose discretamente—. ¿Quiere un poco de café? Puedo bajar a la cocina y prepararlo.

Dante no respondió a su ofrecimiento. En cambio, preguntó:

—¿Ha estado aquí toda la noche?

Había algo extraño en su tono, una mezcla de incredulidad y algo más que Natalie no fue capaz de identificar.

—Bueno, sí —respondió, sintiéndose repentinamente cohibida, aunque sin saber la razón—. Le dije que iba a cuidar de usted.

—Pensé que lo había dicho en sentido figurado —replicó Dante, pasándose una mano por la barba incipiente que sombreaba su mandíbula—. No que literalmente se quedaría velando mi sueño como... —se detuvo, aparentemente sin encontrar una comparación adecuada.

—¿Como una enfermera? —sugirió Natalie, con una pequeña sonrisa prendida en la comisura de la boca.

Algo también parecido a una sonrisa cruzó fugazmente el rostro de Dante.

—Como una enfermera muy testaruda. Es mucho más obstinada de lo que pensaba, señorita Watson —dijo, y aunque las palabras podrían haber sonado como una crítica, su tono sugería algo cercano a la admiración—. Y según parece, inmune a las órdenes directas de su jefe.

—Solo cuando dichas órdenes van en contra del bienestar de dicho jefe —replicó Natalie, levantándose y empezando a recoger los restos de su improvisada enfermería nocturna.

Dante la observó moverse por el estudio.

Sus ojos seguían cada uno de sus movimientos con una intensidad que la hacía sentir extrañamente expuesta.

—Gracias —dijo, cuando Natalie terminó de recoger todo y se disponía a salir con la bandeja—. Por quedarse. Por... cuidarme.

Natalie tuvo la sensación de que decir aquellas palabras le costaba como si se tratara de un esfuerzo físico, como si tuviera que extraerlas de algún lugar profundo y poco visitado dentro de sí mismo.

Se detuvo en la puerta, y se giró para mirarlo.

La luz del amanecer dibujaba su perfil contra el cuero oscuro del sofá, y durante unos instantes, le pareció ver algo nuevo en su expresión. Algo que no había estado allí antes.

—De nada —respondió simplemente, con una sonrisa llena de calidez—. Para eso están...

Se detuvo, sin saber cómo concluir la frase. ¿Los amigos? ¿Los empleados? ¿Las personas que se preocupan por otras personas? Lo dejó en el aire.

—Sí —dijo él, como si hubiera completado el pensamiento y estuviera de acuerdo con lo que Natalie no había llegado a decir—. Para eso están.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos más, comunicando algo que ninguno de los dos parecía capaz o dispuesto a poner palabras. Luego, con un pequeño asentimiento, Natalie salió del estudio, cerrando suavemente la puerta tras ella.

Mientras bajaba las escaleras hacia la cocina, con la bandeja en las manos y el corazón extrañamente ligero dentro del pecho, se preguntó qué había cambiado exactamente entre ellos durante esa larga noche de tormenta y cuidados.

No tenía una respuesta clara, solo la certeza de que algo se había desplazado, como unas placas tectónicas moviéndose imperceptiblemente bajo la superficie, preparando el terreno para un cambio más profundo que ninguno de los dos podía prever.

CAPÍTULO 15

El mediodía se asomaba perezoso por los ventanales de la mansión. Una brisa suave mecía las cortinas, llevando consigo el aroma de los limoneros del jardín y el distante murmullo del mar. Natalie colocó una última prenda en el cesto de la ropa sucia y se enderezó, estirando su espalda dolorida.

—Thomas, ¿te importaría vigilar a Kora mientras bajo a poner una lavadora? Solo serán unos minutos —preguntó, señalando hacia la manta de actividades extendida en el rincón más soleado de la cocina, donde la pequeña mordisqueaba con entusiasmo la oreja de su tortuga de peluche.

Thomas, que estaba sentado a la mesa de la cocina con una taza de café y el periódico matutino desplegado frente a él, levantó la vista y sonrió.

—Por supuesto. La niña y yo nos llevaremos de maravilla, ¿verdad, pequeña traviesa? —guiñó un ojo a Kora, que respondió con un balbuceo alegre y agitó la tortuga en el aire.

Natalie recogió el cesto de ropa y se detuvo un momento, observando a su hija.

Con casi un año, Kora era una bola de energía imparable. Aunque de vez en cuando daba algún paso que otro, seguía gateando, y lo hacía con la velocidad y la determinación de un pequeño tanque.

—No le quites los ojos de encima ni un segundo —advirtió a Thomas—. Últimamente es más rápida que un rayo.

Thomas agitó una mano despreocupadamente.

—Pierde cuidado, tengo ojos de águila. Además, ¿hasta dónde podría llegar en unos minutos?

Natalie lanzó un resoplido divertido.

—No subestimes a una Watson decidida —dijo, pero la expresión tranquilizadora de Thomas la convenció—. Está bien, volveré enseguida.

Con una última mirada hacia Kora, que golpeaba rítmicamente el suelo con su tortuga, Natalie salió de la cocina y se dirigió hacia el cuarto de lavadoras que había en el sótano.

Thomas devolvió su atención al periódico, sumergiéndose inmediatamente en un artículo sobre las recientes tormentas que habían azotado la costa este del país. «Impacto climático sin precedentes», rezaba el titular, y el hombre chasqueó la lengua, preocupado. Las previsiones para la próxima primavera eran alarmantes...

Sus pensamientos quedaron completamente absorbidos por el artículo, olvidando momentáneamente su promesa de vigilar a Kora.

No notó el súbito silencio que reemplazó a los habituales gritos y balbuceos de la niña. Tampoco escuchó el suave arrastrar de rodillas y manos sobre el suelo de madera pulida, ni vio la pequeña figura que se escabullía por la puerta entreabierta de la cocina, con la determinación pintada en su rostro redondo y la tortuga de peluche firmemente agarrada en una mano.

En la biblioteca de la mansión, Dante recorría con la mirada los lomos de los libros alineados en las estanterías que llegaban hasta el techo.

La luz natural entraba a raudales por los ventanales, iluminando las motas de polvo que danzaban en el aire, dando al espacio una atmósfera casi mágica, como de otra época.

Era una habitación impresionante, con estanterías de madera oscura cubriendo tres de las cuatro paredes, sillones de cuero gastado estratégicamente colocados, y pequeñas mesas auxiliares dispersas por la estancia, algunas adornadas con figuras, otras con lámparas vintage.

Dante pasó un dedo por los lomos de los libros, murmurando para sí mismo mientras buscaba.

—Tiene que estar por aquí... Dickinson, Dryden, Eliot...

Se detuvo al encontrar lo que buscaba, una primera edición de *Cuatro cuartetos* de T.S. Eliot. Lo extrajo cuidadosamente de la estantería, sopesándolo en sus manos con la reverencia que solo un verdadero amante de los libros podía sentir.

—Aquí estás —murmuró.

Una leve sonrisa suavizó un instante sus facciones habitualmente serias.

Se giró para dirigirse a su sillón favorito junto a la ventana, absorto en las primeras páginas del libro, cuando un movimiento en su visión periférica captó su atención. Frunció el ceño, levantando la mirada, pero no vio nada. Sacudió la cabeza y regresó a su lectura. Quizá fuera un truco de la luz o la sombra de Thomas, que estuviera trabajando en el jardín y se hubiera colado a través del ventanal.

Estaba a punto de sentarse cuando escuchó un sonido inconfundible: el suave golpeteo de manos pequeñas contra el suelo de madera. Aquella vez, cuando miró hacia la puerta entreabierta de la biblioteca, la vio.

Kora, con sus rizos despeinados y esos enormes ojos azules que parecían absorber el mundo entero, estaba sentada en medio de su santuario, mirándolo con una mezcla de curiosidad y desafío. En una mano sostenía firmemente su tortuga de peluche verde, compañera inseparable desde que Natalie la había traído a la mansión.

Durante un momento, Dante simplemente la observó, paralizado por la sorpresa. No era que no hubiera visto a la niña antes; era imposible vivir en la misma casa y no cruzarse con ella. Pero siempre que había podido había mantenido una distancia prudencial, observándola desde lejos, como si fuera una pequeña criatura exótica que debía ser admirada a distancia.

Verla ahí, invadiendo su espacio privado, lo dejó sin palabras durante unos segundos.

—¿Qué...? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó al fin, aunque sabía perfectamente que la niña no podía responderle.

Kora, como respuesta, le dedicó una sonrisa desdentada que provocó un extraño vuelco en el estómago de Dante. Luego, con una coordinación imperfecta, agitó su brazo y lanzó la tortuga de peluche al aire en un arco torpe.

Dante observó, como si sucediera a cámara lenta, cómo el peluche volaba por el aire y aterrizaba con precisión casi burlona sobre una pequeña figura de porcelana que adornaba una de las mesas auxiliares. La figurita, un horrible pastorcillo rococó que le había regalado una tía de su madre y que siempre había detestado secretamente, se tambaleó durante un instante en el borde de la mesa antes de caer al suelo con un ruido estrepitoso, rompiéndose en varios pedazos.

—¡No...! ¡Mierda! —exclamó, corriendo hacia la mesa.

El grito, más fuerte de lo que pretendía, resonó en el silencio de la biblioteca. Dante se dio cuenta de su error inmediatamente, cuando vio el rostro de Kora transformarse.

Sus ojos, azules como un cielo de verano, se abrieron cómicamente, reflejando primero sorpresa y luego una comprensión lenta de que algo había hecho mal. Su labio inferior comenzó a temblar, formando un puchero que presagiaba la tormenta que se avecinaba.

Y entonces, como si alguien hubiera encendido un interruptor, empezó a llorar. No era un llanto cualquiera; era un lamento desgarrador que parecía imposible que surgiera de un cuerpo tan pequeño, un sonido que perforó algo profundo dentro de Dante.

—No, no, no... —murmuró, olvidando por completo los trozos de porcelana y acercándose a la pequeña—. No llores, por favor.

Joder.

Se arrodilló frente a ella, súbitamente consciente de la diferencia de tamaño entre ambos. Él, un hombre alto y de hombros anchos, acostumbrado a intimidar con su mera presencia; ella, una criatura diminuta y vulnerable que temblaba con cada sollozo.

Algo se removió en su pecho, un instinto que no sabía que poseía, una necesidad casi dolorosa de detener aquel llanto, de proteger, de consolar.

Antes de que pudiera pensarlo dos veces, la cogió del suelo con cuidado, como si estuviera hecha de cristal, y se puso de pie.

—Lo siento, lo siento… —dijo, sosteniéndola torpemente contra su pecho—. No he debido gritarte. No es culpa tuya.

Kora continuaba llorando, aunque con menos intensidad, hipando contra su camisa, creando una pequeña mancha húmeda que a Dante no podría haberle importado menos.

—Solo estabas explorando el terreno, ¿verdad? —continuó, meciéndola suavemente, descubriendo un ritmo que parecía natural entre ellos—. Claro que sí. Eres una científica en miniatura, investigando tu entorno.

A pesar de la situación, se encontró sonriendo ante sus propias palabras. Jamás habría imaginado que estaría sosteniendo a un bebé, mucho menos hablándole con ese tono suave reservado para... bueno, para nadie, en realidad. Ni siquiera recordaba la última vez que había hablado así a alguien.

—Y tienes una puntería excelente, debo decir —continuó, ganándose un hipo curioso de Kora, que en ese momento lo miraba a través de las pestañas húmedas—. De todos los objetos de la habitación, tenías que darle justo a ese espantoso pastorcillo. Si te soy sincero, me has hecho un favor.

Kora, que había dejado de llorar y ya solo hipaba de vez en cuando, lo observaba con una intensidad que resultaba casi desconcertante.

Dante se encontró devolviéndole la mirada, estudiando cada detalle de su rostro: las pecas diminutas esparcidas como constelaciones sobre su nariz, las cejas rubias casi invisibles, los ojos azules que parecían contener mundos enteros.

—Tienes los ojos de tu madre —dijo de pronto, sin pensarlo, y la observación lo sorprendió tanto como si otra persona la hubiera pronunciado.

Pero es que era cierto.

Los ojos de Kora eran del mismo azul imposible que los de Natalie, aunque quizás incluso más transparentes, sin los velos que la vida inevitablemente tejía con el paso del tiempo. Eran ojos que no sabían mentir, que no conocían el engaño ni la traición.

Kora soltó una pequeña risa y, sin previo aviso, extendió una mano regordeta para tocar su cara. Sus dedos, pegajosos y sorprendentemente fuertes, se aferraron a su barba incipiente con fascinación. La sensación, aunque extraña, no le resultaba desagradable.

Dante inhaló profundamente, y algo en el aroma de la pequeña (una mezcla de champú de bebé, galletas y algo indefinible, puro e

inocente) despertó en él un instinto protector tan poderoso que casi lo dejó sin aliento. Era un sentimiento olvidado, enterrado bajo años de autoprotección y aislamiento, de construir muros cada vez más altos para mantener al mundo a distancia.

Pero aquella diminuta invasora había encontrado una fisura en sus defensas sin ni siquiera intentarlo.

—Te tengo —murmuró, ajustando su abrazo para sostenerla mejor—. No pasa nada. Todo está bien.

Entonces lo asaltó un pensamiento.

Él podría estar en esos momentos sosteniendo a su propio hijo o a su hija que, si hubiera nacido, tendría un par de años más que Kora. Aunque era algo que no sabría de seguro. Nunca.

Una punzada de dolor golpeó a Dante en el pecho.

Tenía que dejar de torturarse con aquel pensamiento. No era prudente. Ni sano. Y la incertidumbre iba a acabar matándolo.

Kora, completamente recuperada de su llanto, apoyó su cabecita contra su hombro y soltó un suspiro de satisfacción, como si ese fuera exactamente el lugar donde quería estar.

La confianza que llevaba implícita el gesto provocó una oleada de emociones contradictorias en Dante: ternura, miedo, una extraña sensación de orgullo, y algo más profundo a lo que no quería poner nombre.

No supo cuánto tiempo permanecieron así, en ese abrazo improvisado en medio de la biblioteca, rodeados de libros silenciosos y trozos de porcelana rota. Dante solo era consciente del peso ligero pero sólido de la pequeña contra su pecho, del calor que emanaba su cuerpecito, del ritmo tranquilo de su respiración.

Tan absorto estaba en la sensación que no escuchó los pasos apresurados que se acercaban por el pasillo, ni la voz cada vez más cercana que llamaba.

—¿Kora? ¿Dónde estás?

Solo cuando la puerta de la biblioteca se abrió completamente, revelando a una Natalie con expresión de pánico en el rostro, pero que rápidamente se transformó en sorpresa absoluta, Dante fue consciente de lo inusual de la escena que estaba protagonizando.

—Oh… —fue todo lo que Natalie pudo decir, inmóvil en el umbral, con los ojos muy abiertos.

Dante se sintió repentinamente expuesto, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo que estaba prohibido. Pero no hizo ademán de soltar a Kora, que seguía abrazada a él mientras sus pequeños dedos jugueteaban tranquilamente con el botón superior de su camisa.

—Apareció de repente —explicó. Su voz sonaba más ronca de lo habitual—. Ha roto una figura con su tortuga.

Natalie pareció salir de su ensimismamiento y avanzó rápidamente hacia ellos. Sus ojos pasaron alternativamente de Kora a los restos de la figurita en el suelo y al revés.

—Oh, Dios mío, lo siento muchísimo —dijo, con las mejillas enrojecidas por la vergüenza—. Estaba poniendo la lavadora, y Thomas estaba vigilándola, pero... Debió escabullirse en un segundo de distracción. Lo siento mucho, de verdad. La figurita... intentaré pegarla, o reemplazarla de alguna manera. Puede descontarme su precio del sueldo si…

—No —la interrumpió Dante, sorprendiéndose a sí mismo con la suavidad de su tono—. No se preocupe por eso, señorita Watson.

Ajustó a Kora en sus brazos, que parecía contenta donde estaba y no mostraba ningún interés en que su madre la cogiera.

—Era una figurita espantosa, para ser sincero —continuó Dante, y sintió que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba en lo que podría considerarse una sonrisa. Leve, pero sonrisa, al fin y al cabo—. Era un regalo de una tía de mi madre. La detestaba. A la

figurita, me refiero, no a mi tía, aunque creo que nunca le caí demasiado bien —aclaró—. Lo mejor que ha hecho Kora es romperla. Es la mejor excusa que podría encontrar para tirarla a la basura.

La risa jovial de Natalie, sorprendida y aliviada a partes iguales, llenó la biblioteca como música, haciendo que algo en el pecho de Dante, una especie de nudo extraño, se aflojara.

—No diga eso donde ella pueda oírlo —respondió, señalando a Kora con un gesto de la cabeza—. O lo convertirá en su nueva afición. Tiene la edad perfecta para hacer travesuras.

Sus miradas se encontraron por encima de la cabeza rubia de Kora, y algo indefinible pasó entre ellos. Un agradecimiento, quizás. Una comprensión mutua. O algo más complejo de lo que ninguno de los dos era consciente.

—Sí, eso parece —murmuró Dante, aún sosteniendo a la pequeña, que en ese momento bostezaba contra su hombro.

Hubo unos segundos de silencio, antes de que Dante finalmente extendiera a Kora hacia Natalie.

—Creo que está cansada de tanta aventura —dijo, sintiendo un extraño vacío cuando el peso de la niña abandonó sus brazos.

Natalie tomó a su hija, y sus dedos rozaron ligeramente los de Dante durante el intercambio. Fue un contacto fugaz, casi imperceptible, pero que envió una corriente eléctrica por su brazo, y un escalofrío por su columna vertebral.

—Gracias —dijo ella, en voz baja—. Por no enfadarse. Por calmarla.

Dante solo pudo asentir, repentinamente incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Observó cómo Natalie ajustaba a Kora contra su cadera con la facilidad que daba la práctica, cómo la pequeña apoyaba la cabeza en el hombro de su madre con total

confianza, cómo ambas parecían encajar perfectamente, como piezas complementarias de un mismo puzzle.

—Debería volver a la cocina —dijo Natalie finalmente—. Thomas debe estar preocupado.

—Por supuesto —respondió Dante, demasiado formal de repente—. Y yo debería... —hizo un gesto vago hacia el libro abandonado sobre la mesa.

Natalie asintió y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se giró una última vez.

—Tiene un don con ella —dijo, con una sonrisa suave delineada en los labios—. No todo el mundo consigue calmarla así cuando llora.

Y con esas palabras, desapareció por el pasillo, dejando a Dante solo en la biblioteca, rodeado de libros y de los restos de una figurita que nadie lamentaba que se hubiera roto.

CAPÍTULO 16

Dante permaneció inmóvil en el centro de la biblioteca, como una estatua abandonada de repente por su escultor.

El eco de los pasos de Natalie y Kora se desvanecía por el pasillo mientras él intentaba procesar lo que acababa de ocurrir. Sus brazos notaban el vacío donde hacía solo un minuto había sostenido a Kora. Era una sensación tan tangible que casi podía jurar que aún sentía el calor de su pequeño cuerpo contra su pecho.

Bajó la mirada hacia sus manos, examinándolas como si fueran objetos extraños, instrumentos que de alguna manera habían sabido exactamente cómo sostener a esa frágil criatura sin que él les diera instrucciones conscientes de la forma de hacerlo.

Un instinto dormido, que había despertado sin previo aviso.

El silencio de la biblioteca lo envolvió nuevamente, pero de alguna manera parecía diferente. Menos absoluto, menos hermético. Como si el llanto de Kora, su risa posterior, y la voz suave de Natalie hubieran alterado la acústica del lugar, dejando un eco invisible que reverberaba entre las estanterías llenas de libros.

Con un suspiro que pareció salir de algún lugar profundo dentro de él, Dante se agachó lentamente, recogiendo uno a uno los fragmentos de la figurita rota. Cada pedazo de porcelana entre sus dedos le recordaba el momento exacto en que la tortuga de peluche había impactado contra ella, el instante en que había gritado,

asustando a Kora. El recuerdo de su rostro transformándose del asombro al miedo, de sus ojos azules inundándose de lágrimas, provocó una angustia sorda en su pecho.

Mientras reunía meticulosamente cada trozo, algo se agitó dentro de él, un sentimiento complejo que no podía (o quizás no quería) calificar.

La sensación de tener a Kora en sus brazos había despertado algo que creía muerto, o al menos anestesiado. Un instinto protector, sí, pero también algo más básico, más humano. La simple necesidad de conexión, de contacto.

El último trozo de porcelana en su mano parecía mirarlo acusadoramente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había permitido que alguien traspasara sus barreras de esa manera? ¿Desde que había sentido algo tan simple y a la vez tan abrumador como el deseo de consolar a otro ser humano?

Se incorporó con los restos del pastorcillo en las manos, sintiendo una rigidez en las rodillas que no recordaba haber notado antes.

Caminó hasta una de las mesas que había en la esquina y depositó los trozos junto a una pequeña caja de madera tallada. Los dejaría ahí de momento. Ya decidiría más tarde si trataría de pegarlos o simplemente los tiraría a la basura.

Se acercó hasta la ventana, observando el jardín bañado por la luz del mediodía, pero sin verlo realmente. En su mente seguía reproduciendo la imagen de Natalie en el umbral de la puerta, la expresión de sorpresa en su rostro cuando lo encontró sosteniendo a Kora, la suavidad con que había tomado a la niña de sus brazos, el roce fugaz de sus dedos durante el intercambio.

«Tiene un don con ella», había dicho.

Las palabras flotaban en su memoria, importantes de una manera inexplicable.

Un don.

Como si fuera algo extraordinario, cuando lo único que había hecho era lo que cualquier ser humano decente: consolar a una niña asustada.

¿Era eso en lo que se había convertido? ¿En alguien para quien un simple acto de humanidad básica resultaba sorprendente?

Dante se pasó una mano por el rostro, sintiendo la barba incipiente contra su palma.

Recordó los deditos de Kora aferrándose a ella con fascinación, su risa repentina, el modo en que se había acomodado contra su hombro con toda la confianza del mundo, como si ese fuera exactamente el lugar donde quería y deseaba estar.

Donde debía estar.

Algo se removió en el fondo de su garganta, una sensación extraña, medio risa, medio algo más vulnerable que no estaba preparado para reconocer.

Se giró hacia la mesa donde había dejado abandonado su libro, pero sabía que no podría concentrarse en la lectura. Su mente estaba demasiado agitada, demasiado llena de imágenes y sensaciones nuevas.

En lugar de eso, se dirigió hacia el pequeño mueble bar en la esquina de la biblioteca, se sirvió un dedo de whisky y se lo bebió de un trago, saboreando el calor que descendió por su garganta. No lo hizo por necesidad (apenas era mediodía), sino como un ritual, una costumbre, por tener algo conocido a lo que aferrarse cuando todo lo demás parecía estar cambiando de forma bajo sus pies.

Porque algo estaba cambiando.

Sí.

Podía sentirlo tan claramente como sentía el cristal frío del vaso en su mano. Algo en la estructura cuidadosamente ordenada de su

vida se estaba resquebrajando, como la figurita de porcelana en el suelo. Y lo más inquietante no era el cambio en sí mismo, sino su propia reacción ante él.

No sentía la alarma que debería sentir, el impulso de reconstruir sus defensas, de reforzar los muros. En su lugar, había una curiosidad cautelosa, casi expectante. Como si una parte de él, una parte que llevaba demasiado tiempo dormida, estuviera despertando lentamente y preguntándose: ¿qué pasaría si dejaras que ese cambio ocurriera?

Dante apoyó el vaso vacío en la mesa y recogió el libro, pasando los dedos por el lomo gastado. Tenía trabajo que hacer, un manuscrito que escribir, decisiones que tomar. La vida continuaba, independientemente de los pequeños terremotos emocionales que pudieran sacudir su mundo interior.

—Te juro que fue como si se hubiera teletransportado —explicaba Thomas en la cocina, agitando las manos en el aire para enfatizar sus palabras—. Un momento estaba ahí, mordisqueando su tortuga, y al siguiente... ¡puf! Desapareció. Como un pequeño Houdini.

Natalie, sentada a la mesa con Kora adormilada en su regazo, sacudió la cabeza con una sonrisa indulgente.

—Te lo advertí, Thomas. Es rápida como un rayo. En lo que dura un parpadeo puede tirar media casa.

El hombre se pasó una mano por el pelo canoso, visiblemente consternado.

—Me siento fatal —dijo—. Si el señor Eastwood se ha enfadado...

—En realidad, no —lo interrumpió Natalie, acariciando distraídamente el pelo de Kora—. Todo lo contrario.

Thomas la miró con escepticismo.

—¿El señor Eastwood no se ha enfadado porque una bebé ha invadido su preciada biblioteca y ha roto una de sus antigüedades?

—No solo no se ha enfadado —continuó Natalie, aún sorprendida por la escena que había presenciado—, sino que cuando he llegado, estaba consolándola. La tenía en brazos, Thomas. La había calmado.

La expresión de Thomas pasó de la incredulidad al asombro absoluto.

—¿El señor Eastwood? ¿Nuestro señor Eastwood? ¿El mismo que una vez me regañó durante diez minutos porque no había podado los arbustos de la manera que él quería?

Natalie asintió. Una sonrisa suave curvó sus labios al recordar la imagen de Dante, con su imponente cuerpo, normalmente intimidante, sosteniendo a Kora como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

—El mismo —confirmó—. Deberías haberlo visto, Thomas. Parecía... diferente.

—Diferente… ¿cómo? —A Thomas le costaba imaginarlo.

Natalie se quedó pensando unos segundos, buscando las palabras adecuadas.

—Más dulce. Más... humano —dijo—. Cuando lo encontré, estaba hablando con ella. Con voz suave, como si estuviera contándole un secreto. Y Kora lo miraba como si entendiera cada palabra.

Thomas se sentó frente a Natalie. Su expresión se mostraba pensativa mientras digería la información.

—Es algo... inaudito —murmuró—. Desde hace años no he visto que sea cariñoso con nadie. A veces acaricia al gato que merodea por el jardín, pero él no cuenta, porque es un animal.

Natalie esbozó una leve sonrisa.

—Quizás Kora está haciendo lo que ningún adulto ha logrado —sugirió Thomas tras un momento de silencio, mirando a la niña dormida con una expresión casi reverencial—. Derretir su corazón congelado.

Natalie sintió una extraña mezcla de orgullo y algo más profundo, algo que de momento no quería examinar.

—Los niños tienen ese poder —dijo en voz baja—. Ven cosas que los adultos no vemos. No juzgan. Solo... aceptan. —Alzó los hombros.

Thomas la observó durante un largo rato, con una expresión enigmática en el rostro arrugado.

—No son solo los niños quienes tienen ese don, Natalie —dijo, con una sonrisa que hizo que las mejillas de ella se encendieran sin razón aparente.

—No sé a qué te refieres —murmuró Natalie, interesada de repente en ajustar la manta que cubría a Kora.

—Por supuesto que no —respondió Thomas, en ese tono que sugería exactamente lo contrario.

Se levantó y se dirigió hacia la nevera, aparentemente para coger una botella de agua, pero antes de dar la espalda a Natalie, añadió como por casualidad:

—Solo digo que algo está cambiando en esta casa. Y no creo que sea solo gracias a la pequeña Kora.

Natalie no respondió, pero mientras acunaba a su hija dormida, sus pensamientos volvieron a la imagen de Dante sosteniendo a Kora, a la dulzura inesperada que había en sus ojos, a la forma en

que sus manos grandes y fuertes habían sostenido a su hija con tanta delicadeza.

Algo estaba cambiando, sin duda. Y a pesar de todas las razones por las que debería sentirse alarmada o preocupada, Natalie descubrió que lo único que notaba era una calidez expandiéndose en el pecho, una sensación peligrosamente parecida a…

Frunció el ceño.

No quería pensar en esa posibilidad.

No debía pensar en esa posibilidad.

CAPÍTULO 17

Natalie se detuvo de golpe al encontrarse a Dante en el cuarto de lavadoras. ¿Qué demonios hacía allí?

—¿Puedo preguntar qué hace, señor Eastwood? —dijo, frunciendo el ceño.

Dante giró el rostro y la miró por encima del hombro.

—Ah, hola, señorita Watson. Voy a poner la lavadora —respondió, como si tal cosa.

Natalie habría jurado que aquel hombre no había puesto una lavadora en su vida.

—¿Está seguro?

—Por supuesto.

Muerta de la curiosidad, Natalie se recostó en la puerta, con la cadera apoyada en el marco y los brazos cruzados, y observó a Dante, también conocido como el «Hombre que Olvidó Sentir» o «La Bestia» en esta historia, acercarse a la lavadora con la misma cautela que si fuera a desactivar una caja de explosivos.

Llevaba una pila de ropa sucia bajo el brazo, y había una tensión en sus hombros que la hizo querer reír y suspirar a la vez.

—Puedo ayudarlo, si quiere —se ofreció Natalie.

—Insisto en hacerlo solo —dijo Dante con la mandíbula apretada—. Un hombre debe... —Hizo una pausa a media frase, mirando de reojo la caja de detergente como si fuera a estallar en pedazos en cualquier momento—... implicarse en las tareas domésticas.

Natalie reprimió la risa, divertida, y apretó los labios hasta formar una línea con ellos. ¿Pero qué mosca le había picado? ¿Se había dado un golpe en la cabeza o qué?

—¿Implicarse en las tareas domésticas? —repitió, bajando la mirada hacia el precario montón de calzoncillos que amenazaba con escaparse de sus manos—. ¿Se refiere a lavar su ropa interior? ¿Habla de esa implicación?

La mirada de Dante fue penetrante, pero no la atravesó del todo. Manoseó torpemente la caja del detergente como quien intenta descifrar un jeroglífico. Los botones parpadearon, las ruletas giraron y una palanca chirrió en señal de protesta.

—¡Soy un hombre de letras, no de botones! —murmuró en voz baja y controlada.

En el aire flotaba ligeramente el olor a jabón de lavar y la luz de sol que se filtraba por la ventana, pero de alguna manera el cuarto tenía la atmósfera cargada, por la concentración rígida de Dante y la presencia divertida de Natalie.

Ella dio un paso al frente, con las manos en alto, como una maestra guiando a un alumno reticente a pedir ayuda.

—Bueno, primero... —empezó, bajando la voz a un tono suave mientras señalaba la máquina—. Separe la ropa por colores. Blancos por aquí, oscuros por allá. Y las telas delicadas... son eso, delicadas, así que es mejor que se laven aparte.

—Separar... por colores... Blanco... delicados... ¿delicados? —murmuró Dante, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos.

La intensidad de su mirada gris le aceleró el pulso a Natalie, porque no se trataba solo de la simple colada. Estaba tratando cada instrucción como un problema a resolver.

—No necesita escribir una tesis sobre ello —bromeó Natalie en tono distendido, aproximándose para demostrárselo.

La cercanía fue suficiente como para dejar a Dante paralizado a mitad del movimiento. Se aclaró la garganta.

—No, pero tiene su intríngulis —murmuró, agitando la mano como si el aire entre ellos no fuera más que una cortina invisible.

—Oh, por favor —bromeó Natalie—. Es una colada, no un conflicto internacional.

Dante entrecerró los ojos, midiendo cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Bueno, un calcetín perdido… —dijo con gravedad teatral—, no es poca cosa. —Presionó el botón para iniciar el ciclo con una precisión que enorgullecería a un experto en desactivación de bombas.

La lavadora cobró vida con un zumbido sordo, llenando el cuarto, y un vapor cálido y ligeramente floral se extendió por el aire.

Natalie se recostó contra la pared, con los brazos cruzados, y se permitió una sonrisa lenta y divertida. Dante, mientras tanto, inspeccionaba el tambor giratorio como si se estuviera asomado al mismísimo espacio desde un cohete, con los músculos tensos, la mandíbula apretada y la mirada concentrada.

Entonces sucedió algo.

Un borboteo extraño, seguido de un chirrido agudo que no parecía natural en ningún electrodoméstico. Dante y Natalie intercambiaron una mirada rápida, una mezcla de confusión y alarma.

—¿Ese ruido es... normal? —preguntó él.

Su voz pasó del tono autoritario habitual a uno ligeramente más agudo.

Antes de que Natalie pudiera responder, un chorro de espuma blanca comenzó a escapar por los bordes de la puerta de la lavadora, como si el aparato estuviera salivando ante la perspectiva de devorar la ropa de Dante.

—¡Santo cielo! —exclamó Natalie, acercándose rápidamente.

—¿Qué coño pasa? —dijo Dante.

—¿Cuánto detergente ha puesto? —preguntó Natalie.

Dante, por primera vez desde que ella lo conocía, parecía perplejo.

—Lo normal. Un... ¿vaso de los grandes?

—¿Un vaso de los grandes? —Natalie abrió los ojos como platos —. ¿Un vaso grande de detergente superconcentrado?

—El envase decía «concentrado», así que pensé que necesitaba... concentrarme en poner bastante —respondió Dante, con una lógica tan absurda que Natalie tuvo que morderse el labio para no soltar una carcajada en su cara.

—Oh, Dios mío… —masculló.

La espuma salía por todos lados, no solo por la puerta, sino también por los compartimentos laterales donde se vertían el detergente y el suavizante. Era como si la lavadora hubiera decidido convertirse en una máquina de espuma para fiestas infantiles.

—Hay que apagarla —dijo Natalie, extendiendo la mano hacia el panel de control, pero en ese preciso momento, la lavadora dio una sacudida, y un chorro de espuma salió disparado de uno de los cajetines directamente hacia ella, salpicándola en la mejilla y el cuello.

Dante la observó, paralizado, mientras una pompa redonda se posaba sobre la punta de la nariz de Natalie.

Durante unos segundos eternos, ambos se quedaron inmóviles, ella con los ojos bizcos intentando ver la pompa de jabón, él con una expresión que oscilaba entre el horror y algo que, sorprendentemente, se parecía mucho al gesto de estar conteniendo la risa.

La burbuja estalló con un pequeño *pop* y fue como si rompiera un hechizo. Natalie soltó una carcajada que resonó por todo el cuarto, una risa tan contagiosa que las comisuras de los labios de Dante comenzaron a temblar, tratando de aguantar la risa.

—Esto es un desastre —consiguió decir Natalie entre risas, mientras intentaba llegar al botón de apagado, que estaba casi completamente cubierto de espuma.

—Permítame —dijo Dante, estirando su largo brazo para alcanzar el interruptor.

Pero al inclinarse, resbaló en el suelo ya mojado por la espuma y, en un intento desesperado por mantener el equilibrio, se aferró al borde de una estantería cercana... que cedió bajo su peso.

Un pequeño bote de suavizante cayó, golpeó el suelo y rodó directamente hacia la base de la lavadora, donde derramó su contenido, mezclándose con la espuma y creando un aroma floral tan intenso que casi se podían ver las partículas de perfume flotando en el aire.

—¡Por todos los... ! —comenzó Dante, pero se interrumpió cuando otra oleada de espuma, ahora perfumada como un jardín primaveral, salió disparada de la máquina, aterrizando directamente en su impecable camisa negra.

Natalie no pudo evitarlo. Ver a Dante, el hombre más serio y compuesto del universo, cubierto de espuma, con una expresión de incredulidad en el rostro, era simplemente demasiado. Su risa se intensificó hasta convertirse en carcajadas que hicieron que se doblara por la mitad, apoyándose en la pared para no caerse.

Y entonces sucedió algo aún más extraordinario que una lavadora poseída. Dante Eastwood, el hombre que había olvidado sentir, el hombre cuya sonrisa era tan rara de ver como un eclipse solar... comenzó a reír. Primero fue un sonido bajo, casi un gruñido, como si su cuerpo hubiera olvidado el mecanismo exacto. Luego, poco a poco, se fue convirtiendo en una risa real, profunda, que parecía provenir de un lugar dentro de él que había permanecido sellado durante años.

—Esto es ridículo, joder —dijo entre risas, intentando limpiarse la espuma de la camisa, aunque solo consiguió extenderla más.

—Es completamente absurdo —estuvo de acuerdo Natalie, acercándose con la intención de ayudarle, pero se resbaló.

Dante extendió el brazo instintivamente para evitar que cayera, atrapándola por la cintura.

El momento en que sus cuerpos se encontraron fue como una pequeña descarga eléctrica. La risa se apagó momentáneamente mientras se miraban. Sus rostros, de repente, estaban muy cerca, ambos cubiertos de espuma, en una escena que habría hecho reír a cualquiera que pasara por allí.

La lavadora eligió ese preciso instante para dar un fuerte espasmo, lanzando otra ola de espuma que los empapó a ambos por completo.

Y la risa volvió, aún más fuerte que antes.

Dante no la soltó mientras ambos se sacudían por culpa de la risa. Sus cuerpos aún permanecían pegados uno a otro, sus caras a solo unos centímetros de distancia.

—¿Cree que deberíamos dejarlo así, cerrar la puerta y largarnos? —bromeó Dante cuando pudo hablar de nuevo. Su voz era más ligera de lo que Natalie jamás la había escuchado.

Lo miró con una sonrisa cómplice, sorprendida y encantada de ver a aquel nuevo Dante que estaba descubriendo.

—No creo que podamos escapar de la escena del crimen —respondió—. La espuma nos delataría. Parece que estamos atrapados en esto juntos, señor Eastwood.

Dante, todavía sonriendo (¡sonriendo! Natalie no podía dejar de maravillarse ante el milagro), la soltó suavemente y se agachó para examinar la lavadora.

—Tengo la sensación de que esto no es lo que tenía en mente cuando dije que quería implicarme en las tareas domésticas —comentó.

—Las tareas domésticas estás subestimadas —contestó Natalie en broma, agachándose a su lado.

—Sí, no son tan sencillas como parecen —dijo Dante.

—Lo bueno es que ahora huele a campos de lavanda en primavera. No está mal —apuntó Natalie.

La mirada que Dante le dirigió de reojo estaba llena de algo que Natalie no había visto antes: complicidad, humor, y tal vez un destello de admiración.

—Si me permite ser sincero, señorita Watson, usted resulta... desconcertante.

Las cejas de Natalie se alzaron un poco.

—¿Y eso es bueno o malo?

Dante pensó en la respuesta mientras intentaba, sin éxito, cerrar el grifo del agua que alimentaba la lavadora.

—Bueno, considerando que hace diez minutos estaba convencido de que podía dominar está máquina infernal sin ayuda, y ahora estoy empapado en espuma con olor a campo de lavanda en primavera... diría que está claro.

Natalie sonrió y se estiró para tirar del cable enganchado al enchufe de la pared, cortando por fin la electricidad a la lavadora

poseída. El aparato dio un último suspiro de espuma antes de detenerse por completo.

—Creo que acabamos de tener nuestra primera experiencia de trabajo en equipo, señor Eastwood —dijo, ofreciéndole una toalla pequeña que había en un estante cercano—. Y ha sido un desastre espectacular.

Dante cogió la toalla, rozando sus dedos con los de Natalie. En el instante en que sus manos se encontraron, tocándose en un contacto fugaz y accidental, ambos se pusieron rígidos. Él sintió una extraña opresión en el pecho, a ella se le aceleró el corazón, y el aire de repente se electrificó. Lavar la ropa nunca había sido tan peligroso.

—Bueno, los desastres… —dijo con una expresión pensativa mientras se secaba la cara—… tienen su encanto, después de todo.

Natalie lo miró, sorprendida por aquella afirmación (él, que tenía que controlarlo todo), por la suavidad de su voz, por el hombre completamente diferente que parecía haber emergido de detrás de las barreras del temible escritor.

—¿Quién lo habría pensado? —murmuró, más para sí misma que para él, como un pensamiento al que había puesto voz—. La Bestia sabe reír después de todo.

—¿La Bestia? —Dante arqueó una ceja, pero no parecía ofendido, solo curioso.

Natalie sintió que sus mejillas se encendían. ¿Había dicho eso? ¿Le había llamado Bestia? ¿Pero dónde narices tenía la cabeza? Era su jefe, joder.

Se metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es un apodo tonto. No significa nada —dijo, tratando de salir del atolladero, aunque estaba roja como un tomate.

—Mmmm... —Dante la miró unos segundos, con una media sonrisa en los labios—. Supongo que hay cosas peores que ser

considerado una bestia. Especialmente cuando acabo de inundar el cuarto de la lavadora con espuma —comentó en tono distendido.

Natalie no pudo evitar reír. Dante se unió a ella. Sus risas se mezclaron en el pequeño cuarto lleno de espuma.

Desde el jardín, Thomas se apoyó perezosamente en la escoba con la que barría las hojas de los árboles, escuchando a la pareja a través de las ventanas del cuarto de lavadoras. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Natalie ha logrado lo imposible —murmuró en voz baja—. Lo ha hecho reír.

—¿Sabe? —murmuró Natalie con voz ligeramente burlona, inclinándose un poco más de lo necesario—, los momentos torpes le sientan bien.

—¿En serio? —murmuró Dante, sacándose la espuma de la manga.

Ella arqueó una ceja y sonrió.

—Sí, los hombres de letras que intentan realizar tareas domésticas parecen muy… humanos.

Él la miró, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios antes de desvanecerse. El destello fue breve, pero Natalie lo notó. Lo notó todo: la sutil curva de su mandíbula al agacharse para recoger otro calcetín perdido, cómo sus ojos se habían suavizado ligeramente cuando todo se había llenado de espuma (en lugar de enfadarse

como cabría esperar de él), el leve rubor que le subió al cuello cuando sus manos se tocaron de nuevo.

Sí, lo había notado todo.

CAPÍTULO 18

El estudio olía ligeramente a cera de roble y volúmenes encuadernados en cuero, un aroma que Dante siempre había asociado con el orden y el control.

Dejó la bandeja de la cena sobre el viejo escritorio de caoba con un suave tintineo de cubiertos. El olor del guiso ascendió hasta sus fosas nasales.

La casa estaba en silencio, las risas y el caos de la colada habían quedado atrás como un recuerdo que aún no estaba listo para admitir que ya extrañaba.

Se sentó, con los codos sobre el escritorio.

Las últimas horas se repetían en su mente con la claridad de una pintura demasiado vívida como para poder ignorarla. Natalie riendo, quitándole la espuma de la manga con esa inclinación provocativa de la cabeza, sus mejillas sonrojadas… Y en algún lugar en mitad del desorden, del lío que había montado con la espuma, su pecho había sentido algo innombrable.

Masticó despacio, mecánicamente, pero no le supo a nada. El guiso estaba bueno, perfectamente sazonado, pero sus pensamientos se habían ido a otra parte.

A Natalie.

No había querido notar cómo su pelo negro reflejaba la luz del sol en el cuarto de la lavadora, cómo sus dedos se habían rozado al pasarle la toalla, cómo se reía de él como si no fuera el hombre imponente e intocable que el mundo creía que era, sino simplemente... Dante.

El pensamiento fue irritante y, al mismo tiempo, embriagador.

Se apartó del escritorio, dejando el plato de comida olvidado, y recorrió el estudio con las manos entrelazadas a la espalda, mientras sus botas repiqueteaban contra el suelo.

El rostro de Catherine le vino a la mente, delicado, sereno, una imagen que había llevado en su cabeza durante años.

Catherine, que nunca había reído como Natalie, que se movía por la casa como una sombra distante. Siempre controlada. Elegante, intocable, el tipo de mujer que jamás habría jugado con la espuma que había soltado la lavadora y que nunca la hubiera convertido en algo encantador.

Natalie era caos y luz del sol, era jovialidad, era risas y travesuras, era pequeñas chispas que, de alguna manera que no lograba entender, lo alcanzaban.

Juró que lo sintió, un tirón en el pecho, un calor que no debería estar ahí. Sus dedos rozaron el marco de la ventana y percibió el leve olor a detergente que aún flotaba en el aire de toda la casa. Un recordatorio de su absurda e íntima batalla contra la colada, y no pudo decidir si fruncir el ceño o echarse a reír.

—Maldita sea —murmuró en voz baja—. Estoy pensando en ella. En ella. No en Catherine. Ni… en nadie más. Solo... —Se detuvo de golpe, y la sensación le revolvió el estómago como no lo había hecho en años.

¿Eran sus alarmas que lo estaban poniendo a la defensiva? ¿Era emoción?

Era algo nuevo. Algo peligroso.

Se sentó otra vez, con el codo apoyado en el escritorio, mirando el guiso, mientras jugueteaba con el tenedor. Natalie estaba exasperantemente viva. Catherine estaba muerta; Natalie era pura vitalidad. Catherine siempre había sido medida, apática; Natalie lo mantenía en vilo, al borde de... ¿qué? ¿Deseo? ¿Curiosidad? ¿Interés? Algo que rozaba el afecto y que no estaba seguro de tener derecho a sentir. De querer sentir.

Un suave golpe en la puerta del estudio interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —dijo Dante.

La puerta se abrió y entró Thomas.

—¿La mansión está ardiendo? —le preguntó Dante.

—No, señor —respondió Thomas desde el umbral, frunciendo los labios, consciente de que a Dante no le gustaban las interrupciones.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A por la bandeja, pero veo que apenas ha tocado la cena.

Dante no hizo ningún comentario.

—¿Necesita que le recuerde que las bandejas no se vacían solas? Y que si miras la comida mucho tiempo, tiende a enfriarse —dijo Thomas con una nota de sarcasmo en la voz.

Dante gruñó.

—Estoy al tanto de ello, Thomas. Gracias. —No levantó la vista.

—Me voy.

—Es lo mejor.

Thomas miró a Dante con una sonrisa burlona en la comisura de los labios, y luego se retiró, dejando el estudio en silencio de nuevo, salvo por el suave tintineo del tenedor contra el plato.

Dante comió mecánicamente, pero cada bocado le recordaba a Natalie: cómo mimaba a Kora, cómo le cantaba, cómo a él le soltaba de vez en cuando algún sarcasmo con su humor británico, como se le ruborizaban las mejillas si se quedaba mirándola...

No podía dejar de pensar en la calidez de sus ojos claros, en la curva de sus labios al sonreír. En el modo en que bromeaba, cómo lo provocaba a su manera, sin malicia, para picarlo…

Dante tragó con dificultad, con el tenedor en la mano, y negó con la cabeza.

—Me estoy... Me estoy... No, es absurdo —murmuró. La palabra le supo amarga en la boca.

Catherine siempre fue mesurada y predecible. A veces incluso insensible. Natalie era una tormenta con un guiño de complicidad, y él…, él estaba empezando a darse cuenta de que tal vez quería verse atrapado en esa tormenta.

Giró el rostro hacia los ventanales, contemplando los acantilados, donde el resplandor plateado de la luna caía sobre el mar turbulento. Se imaginó a Natalie allí, abrazando a Kora, con el pelo suelto agitándose al viento, riendo porque se había acordado de alguna tontería. El pensamiento le produjo una punzada de algo inusual, un anhelo desconocido, sutil pero persistente.

Suspiró a regañadientes.

Natalie estaba provocando que empezara a reconsiderar todos los muros que había construido a su alrededor. Y lo estaba haciendo sin esfuerzo, sin maldad, sin ni siquiera darse cuenta del caos que estaba causando en el interior de su pecho.

La cena se enfrió en el plato, pero le dio igual. Siguió sin moverse.

Se recostó en la silla y echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo.

—Natalie Watson, ¿qué me estás haciendo? —murmuró con voz profunda y grave.

CAPÍTULO 19

Cuando Dante despertó al día siguiente, tenía una sensación extraña, como si su cuerpo hubiera descansado más de lo habitual.

Miró el reloj de la mesilla. Eran las 7:15 de la mañana. Hacía años que no dormía tantas horas seguidas. Durante un rato, permaneció inmóvil, escuchando el silencio de la mansión, interrumpido solo por el ocasional canto de los pájaros que anidaban en los árboles del jardín.

Se incorporó lentamente, apartando las sábanas con un suspiro. Los primeros rayos de sol se filtraban por las rendijas de las cortinas, dibujando líneas doradas sobre la alfombra.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más de lo que ya lo tenía, y se dirigió al baño con pasos perezosos, sin prisa.

Una ducha fría terminó de despertarlo. Mientras el agua caía sobre su rostro, sus pensamientos vagaron, sin control, hacia la tarde anterior. La lavadora. La espuma. La risa de Natalie. Sus propias carcajadas, tan ajenas a él que casi parecían pertenecer a otra persona. Una sensación cálida se expandió por su pecho ante el recuerdo, pero la suprimió de inmediato, cerrando el grifo con más fuerza de la necesaria.

«Ridículo —murmuró para sí mismo mientras se secaba con la toalla—. Es completamente ridículo.»

Después de vestirse con su habitual combinación de pantalón oscuro y camisa impecable, Dante bajó las escaleras hacia la cocina, atraído por el aroma del café recién hecho que flotaba en el aire.

Su estómago gruñó, recordándole que la noche anterior apenas había cenado.

Al entrar en la cocina, encontró a Thomas sentado a la mesa, con el periódico desplegado frente a él y una taza humeante a su lado. El jardinero levantó la vista y le dedicó una sonrisa que Dante encontró irritantemente alegre para ser tan temprano.

—Buenos días, señor —lo saludó Thomas, enderezándose.

—Buenos días —correspondió Dante—. ¿Hay café hecho? —La voz le sonaba aún áspera por el sueño (y por el mal humor que tenía siempre).

—Sí, lo ha hecho la señorita Watson —respondió Thomas—, y he de decir que está delicioso —añadió.

Dante levantó la vista y encontró la jarra de café llena. Se acercó a la encimera, cogió una de las tazas del armario y se echó un poco.

—¿Ha dormido bien, señor? —preguntó Thomas.

—Sí —fue toda la respuesta que obtuvo, lo cual Thomas interpretó correctamente como un «sí, pero no quiero hablar de ello».

Dante se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo, sintiendo cómo el líquido amargo y caliente despertaba sus sentidos.

Thomas tenía razón, estaba delicioso. La mano que tenía Natalie para hacer café era casi mágica.

—¿La señorita Watson ya está levantada? —preguntó finalmente, intentando que su tono sonara casual, como si la pregunta se le hubiera ocurrido en ese momento y no llevara dándole vueltas desde que había abierto los ojos.

Thomas ocultó una sonrisa detrás de su taza. Si Dante supiera el motivo de esa sonrisa le arrancaría la piel a tiras.

—Sí, señor. Está en el jardín con la pequeña Kora. Creo que mencionó algo sobre aprovechar el buen tiempo para practicar con ella sus primeros pasos.

Dante asintió, como si la información no le interesara particularmente, pero sus ojos se dirigieron automáticamente hacia la ventana.

El jardín, bañado en la luz dorada de la mañana, parecía sacado de un cuadro. Las rosas estaban en plena floración, creando manchas de colores entre el verde intenso del césped perfectamente cortado.

Sin embargo, no las vio.

Consciente de que Thomas lo estaba observando, se giró, dispuesto a salir de la cocina.

—Tengo trabajo que hacer —dijo.

—Claro —contestó Thomas.

Pero al pasar por delante de la otra ventana que tenía la cocina con la taza en la mano, escuchó unas risas. Volvió el rostro y ahí estaban.

Natalie se encontraba de rodillas en el césped, con los brazos extendidos hacia Kora, que se mantenía de pie con cierta inestabilidad a unos pasos de distancia. La niña llevaba un abrigo de pana amarillo que brillaba bajo el sol, haciendo que pareciera una pequeña estrella. Su cabello rubio, recogido en dos coletas diminutas, se agitaba con la brisa mientras se balanceaba, insegura, sobre sus piernecitas regordetas.

—Vamos, cariño, tú puedes —escuchó Dante decir a Natalie. Su voz le llegaba débilmente a través del cristal de la ventana—. Solo un pasito más. Ven con mamá.

Kora, con el ceño fruncido en una expresión de concentración tan intensa que resultaba cómica en su carita redonda, levantó un pie tembloroso y lo adelantó unos centímetros. Luego, con determinación, dio un paso completo, seguido de otro más vacilante, antes de tambalearse y caer directamente en los brazos extendidos de Natalie.

La risa de ambas, cristalina y jovial, resonó en el jardín.

Natalie alzó a Kora en brazos, haciéndola girar mientras la cubría de besos, celebrando su pequeña hazaña como si hubiera conquistado una montaña.

—¡Lo has logrado! ¡Mi pequeña valiente lo ha logrado! — exclamaba, mientras Kora reía, encantada con el juego y con la atención.

Dante se quedó inmóvil, con la taza de café suspendida a medio camino hacia sus labios, incapaz de apartar la mirada de la escena. Había algo en la forma en que Natalie sostenía a Kora, en la suavidad de sus gestos, en la alegría pura y sin filtros de su rostro, que le provocaba una sensación extraña en el pecho. Una mezcla de añoranza y algo más profundo, más primitivo.

—Se le va a quedar frío el café si sigue observando a la señorita Watson con esa intensidad, señor —comentó Thomas, en un tono que bailaba peligrosamente en la línea entre el respeto profesional y la burla descarada.

Dante parpadeó, saliendo bruscamente de su ensimismamiento.

Giró la cabeza para fulminar a Thomas con la mirada, pero el jardinero simplemente le devolvió una expresión inocente, como si acabara de comentar el clima y no hubiera insinuado nada más.

—Solo estaba pensando en que el jardín necesita más trabajo — gruñó Dante, dando por fin un sorbo a su café—, las rosas están invadiendo el camino.

—Por supuesto, señor —respondió Thomas, asintiendo con una solemnidad que no alcanzaba a ocultar el brillo divertido de sus ojos —. Las rosas. Está bien preocuparse por las rosas a esta hora de la mañana.

Dante entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera responder con algún comentario mordaz, Natalie levantó la mirada desde el jardín y, durante un instante, sus ojos se encontraron a través de la ventana. Ella sonrió, una sonrisa luminosa y sin reservas que lo golpeó con la fuerza de una ola inesperada, dejándolo momentáneamente sin aliento.

Sintió el calor subiendo por su cuello hasta sus mejillas. Con un movimiento brusco, echó a andar, y se dirigió a la puerta de la cocina.

—Estaré en mi estudio —anunció en tono seco, sin mirar atrás —. No quiero ser interrumpido.

—Como desee, señor —respondió Thomas. Su voz estaba perfectamente modulada para ocultar la sonrisa que se extendía por su rostro—. ¿Le digo a la señorita Watson que le preparare un sándwich de media mañana, o prefiere que no le diga nada para que no lo interrumpa?

Dante se detuvo en el umbral, tensando los hombros.

—Un sándwich estará bien —murmuró, y luego añadió, como si le costara pronunciar las palabras—: Gracias.

Mientras los pasos de Dante se alejaban por el pasillo, Thomas se permitió esbozar una risilla silenciosa ahora que ya no podía verle. Tomó su taza de café y dio un sorbo, mirando por la ventana hacia el jardín, donde Natalie estaba sentada en el césped con Kora en su regazo, mostrándole una mariposa que había encontrado entre las flores.

—Interesante —murmuró para sí mismo el jardinero, dando otro trago de su café—. Muy interesante.

Dante cerró la puerta de su estudio con más fuerza de la necesaria, como si intentara dejar fuera no solo los ruidos de la casa, sino también los pensamientos que lo perseguían desde la cocina. Se acercó a su escritorio, apoyó la taza de café en un lado y se dejó caer en la silla de cuero con un suspiro exasperado.

El ordenador lo esperaba, la pantalla negra reflejaba su propio rostro con el ceño fruncido. Lo encendió con un movimiento brusco y esperó, tamborileando los dedos sobre la superficie de madera.

Cuando el escritorio apareció, abrió el documento en el que llevaba meses intentando trabajar. La novela que debería haber entregado hace tiempo, la que su editor le reclamaba semanalmente con llamadas cada vez menos pacientes. La que se suponía que iba a ser su gran regreso triunfal al mundo literario después de años de silencio.

El cursor parpadeaba en el Documento Word. Una línea vertical que parecía burlarse de él.

Dante dio un sorbo a su café, ahora tibio, y fijó la mirada en la última frase que había escrito el día anterior.

«Eleanor contempló la carta con una mezcla de temor y curiosidad, sin saber que esas líneas trazadas con tinta azul cambiarían el curso de su vida para siempre.»

Después del abismo blanco de la página que llevaba meses atormentándolo, consumiendo su confianza palabra a palabra, hasta convertirlo en la sombra del escritor que alguna vez había sido, del best seller mundial, Dante se sentía inspirado.

Era como si un muro se hubiera derribado en su mente, permitiendo que las ideas fluyeran libremente después de tanto tiempo encerradas.

Sus dedos se posaron sobre el teclado, vacilantes al principio, pero luego comenzaron a moverse casi como si tuvieran voluntad propia.

«Con manos temblorosas, Eleanor rompió el sello de cera y desplegó el papel. La caligrafía era elegante pero apresurada, como si quien escribiera hubiera tenido prisa por plasmar sus pensamientos antes de que escaparan. O antes de que cambiara de opinión.

"Querida Eleanor —comenzaba la carta—. Hay secretos que pesan demasiado para ser llevados en soledad. El mío me ha consumido durante años, royendo mi alma como una enfermedad silenciosa. Es hora de compartir esta carga, y tú eres la única en quien puedo confiar..."

Dante se detuvo, sorprendido por la facilidad con que las palabras habían surgido. Releyó lo escrito, esperando encontrar la habitual insatisfacción, la crítica implacable que solía acallar su creatividad. Pero en su lugar, sintió algo diferente: interés. Quería saber qué secreto guardaba el remitente de la carta. Quería descubrir cómo reaccionaría Eleanor ante la revelación.

Quería seguir escribiendo.

Durante la siguiente hora, sus dedos apenas se detuvieron sobre el teclado. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo, a aquellos días en que las historias fluían tan naturalmente de sus dedos como el agua de un manantial, cuando escribir no era una lucha sino una liberación. Un placer.

Eleanor empezaba a cobrar vida bajo sus manos, emergiendo de la página como una presencia tangible. Era inteligente, obstinada, con un sentido del humor que sorprendía a quienes la subestimaban por su apariencia delicada. Tenía una forma peculiar de torcer el labio cuando algo la irritaba, y una risa que iluminaba su rostro,

transformándola de una simple belleza a una criatura extraordinaria...

Dante se detuvo abruptamente, con los dedos suspendidos sobre el teclado.

«¿Qué demonios estoy haciendo?»

Volvió a leer el último párrafo y sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. La descripción de Eleanor... no era producto de su imaginación. Era Natalie. Estaba describiendo a Natalie Watson, con su sonrisa luminosa y esa manera peculiar de fruncir los labios cuando algo no salía cómo ella esperaba.

Se reclinó en la silla, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración.

Aquello era... inapropiado.

Peligroso, incluso. Natalie era su empleada, una presencia temporal en su vida, alguien a quien apenas conocía. No tenía derecho a convertirla en un personaje de ficción, a plasmar sus gestos y expresiones en las páginas de una novela.

Y, sin embargo, no podía negar que, por primera vez en meses (años, tal vez), sentía verdadero entusiasmo por lo que estaba escribiendo. La historia se desarrollaba en su mente con una claridad que había olvidado que era posible. Podía ver las escenas, sentir las emociones de los personajes, anticipar los giros argumentales que darían forma a la narrativa.

Después de tanto tiempo vagando en un desierto creativo, había encontrado un oasis. Y ese oasis tenía el rostro de Natalie Watson.

«Es solo inspiración —se dijo a sí mismo, intentando acallar la voz interior que taladraba su mente—. Los escritores se inspiran en personas reales constantemente. No significa nada.»

Con una energía renovada, volvió a colocar los dedos sobre el teclado y continuó escribiendo.

Si Eleanor se parecía a Natalie en algunos aspectos, ¿qué importaba? Nadie lo sabría nunca. Sería su secreto, guardado entre él y las páginas en blanco que iban llenándose bajo sus manos.

La mañana avanzó, y Dante apenas fue consciente del paso del tiempo. Cuando un golpe suave en la puerta interrumpió su concentración, se sobresaltó como si lo hubieran despertado de un profundo sueño.

—¿Sí? —respondió, con la voz ligeramente ronca por el prolongado silencio.

La puerta se abrió y Natalie apareció con una bandeja.

—Su sándwich, señor Eastwood —anunció, entrando con pasos silenciosos—. Y café, por si le apetece.

Dante parpadeó, desorientado, y miró hacia la ventana.

La luz había cambiado. El sol ya no entraba directamente, lo que indicaba que era bien entrada la mañana. ¿Cuánto tiempo había estado escribiendo? Joder, se le había pasado volando.

—Gracias, señorita Watson —dijo, carraspeando para aclarar la voz—. Puede dejarlo ahí.

Natalie apoyó la bandeja en una esquina del enorme escritorio. Cuando levantó la vista, se encontró con los ojos de Dante fijos en ella, mirándola de forma intensa.

Frunció ligeramente el ceño, confundida.

—¿Está todo bien, señor Eastwood? —le preguntó.

Dante volvió a la realidad.

Definitivamente *su Eleanor* era Natalie.

Era en ella en quien pensaba cuando la describía.

—Sí, sí, lo siento —dijo, consciente de que su mirada podría haberle resultado intimidante—. Estaba… pensando en uno de los personajes de mi novela.

Natalie asintió con la cabeza, conforme.

—¿Puedo preguntar si la inspiración ha decidido honrarnos con su presencia hoy? —curioseó, con ese tono que siempre parecía contener una pizca de ironía, a pesar de que sus palabras siempre eran respetuosas.

Normalmente Dante habría respondido con un gruñido o con un comentario cortante, pero hoy se sentía... diferente. Más ligero. Como si algo dentro de él se hubiera aflojado, permitiéndole coger aire, respirar hondo.

—De hecho, sí —admitió, sorprendiéndose incluso a sí mismo con la respuesta—. Está siendo un día... productivo.

Natalie alzó las cejas, sorprendida por la franqueza.

—Me alegra oírlo. Estoy segura de que será otra de sus maravillosas historias.

Dante sintió un calor inesperado en las mejillas y se apresuró a tomar un sorbo de café para ocultarlo. Joder, él sonrojándose. ¿Pero qué cojones le pasaba? Un tío como él, sonrojándose como un adolescente ante un halago.

—No es... no es nada importante todavía —dijo, intentando que su voz sonara indiferente.

—Pero lo será —comentó Natalie, como si quisiera animarlo—. ¿Necesita algo más?

—No, eso es todo. Gracias.

Natalie se giró y enfiló los pasos hacia la puerta.

Dante siguió su movimiento con la mirada hasta que salió del estudio. Cuando la puerta se cerró, volvió a prestarle atención a la pantalla.

Las palabras seguían ahí, brillantes y vivas, esperando que continuara dándoles forma. Dio un mordisco al sándwich,

sorprendido por la repentina hambre que tenía, y volvió a sumergirse en el mundo que estaba creando.

Un mundo en el que, lo admitiera o no, Natalie Watson brillaba como el sol alrededor del cual orbitaban todos los demás personajes. Un mundo que, por primera vez en años, lo hacía sentir como un verdadero escritor nuevamente.

Y, si mientras describía la determinación en los ojos de Eleanor, o la ternura con la que cuidaba a su sobrina huérfana, su mente evocaba imágenes de Natalie en el jardín aquella mañana, con Kora en brazos... bueno, nadie tenía por qué saberlo.

Solo él.

CAPÍTULO 20

La melodía suave de una canción de cuna flotaba por la cocina mientras Natalie tarareaba distraídamente, balanceándose sobre sus talones. Con Kora finalmente dormida después de su batalla matutina con la papilla de frutas, tenía un momento de paz para revisar la lista de la despensa.

El lápiz bailaba entre sus dedos mientras tachaba artículos y añadía otros, mordiéndose el labio inferior en un gesto de concentración.

—Necesitamos más leche... más café para el señor gruñón... —murmuró para sí misma, sonriendo ante su propia ocurrencia—. Y definitivamente necesitamos más de esas galletas de avena y chocolate que Thomas esconde en el armario superior cuando cree que no lo veo.

El sonido de un motor acercándose por el camino de grava interrumpió sus pensamientos.

Natalie levantó la mirada hacia el reloj de la cocina. Eran las 11:15. Puntual como siempre. Dejó el lápiz sobre la encimera y se apresuró hacia la puerta trasera, abriendo justo cuando una destartalada furgoneta azul se detenía a pocos metros.

Paul Wilson, con sus veintitantos años, con su cabello rubio perpetuamente despeinado y con su sonrisa que parecía grabada en su rostro, saltó del asiento del conductor. Llevaba una camiseta con

el logo de la tienda local, que se tensaba sobre sus hombros anchos, y un par de vaqueros desgastados.

—¡Buenos días, Natalie! —saludó con entusiasmo, dirigiéndose a la parte trasera de la furgoneta—. ¿Qué tal está hoy la pequeña princesa de la mansión?

—Dormida, gracias a Dios, después de declararle la guerra a su desayuno —respondió ella, cruzando los brazos sobre el pecho mientras una brisa fresca jugaba con su coleta—. Creo que ganó ella. He encontrado puré de plátano hasta en mi pelo.

Paul soltó una carcajada mientras bajaba la primera caja de víveres.

—Suena como una batalla épica. ¿Te echo una mano con esto?

—Por favor —asintió Natalie, sosteniéndole la puerta—. Thomas normalmente me ayuda, pero ha tenido que ir al pueblo por un asunto del señor Eastwood.

—¿Y el famoso escritor? —preguntó Paul, entrando en la cocina con la caja en brazos—. ¿Sigue escondido en su torre?

Natalie puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar una pequeña sonrisa.

—Se llama «proceso creativo» según él. Aunque últimamente parece más... no sé, accesible. Incluso lo pillé sonriendo el otro día —bromeó.

—¡No me digas! —exclamó Paul, fingiendo asombro, al tiempo que dejaba la caja sobre la encimera—. ¿Dante Eastwood sonriendo? Debo actualizar mi blog de fenómenos paranormales.

—No seas malo —lo reprendió Natalie, aunque la risa traicionaba su intento de ponerse seria—. Solo es... profundo

—«Profundo» —repitió Paul, haciendo comillas con los dedos mientras volvía a la furgoneta por más cajas—. Es un buen eufemismo para «aterrador como la noche».

—No es aterrador —protestó Natalie, siguiéndolo—. Solo es... complicado.

Paul le lanzó una mirada de soslayo mientras cargaba otra caja.

—Complicado. Profundo. Vaya, Natalie, ¿estamos jugando al diccionario de sinónimos?

Natalie le dio un ligero empujón en el hombro, tomando una bolsa más liviana.

—Cállate y sigue bajando el pedido de la semana, Paul. Algunos tenemos mucho trabajo que hacer después de esto.

—¡Ah! Eso ha ido directo a mi orgullo de repartidor —respondió él, llevando la segunda caja hacia la mesa—. Y yo que pensaba que repartir comida a mansiones encantadas era una profesión respetable.

Entre risas y bromas, ambos continuaron descargando el pedido semanal. Paul apilaba las cajas en la cocina, mientras Natalie comenzaba a organizar los productos frescos en la nevera. El ambiente era distendido, cómodo, lleno de una camaradería natural.

—Por cierto —dijo Paul, apoyándose contra la encimera mientras Natalie guardaba un cartón de huevos—, este sábado hay un festival en el pueblo. Música en vivo, puestos de comida, juegos para los niños... He pensado que quizás tú y la pequeña Kora querríais salir de esta mansión gótica durante un rato.

Natalie se detuvo, con un paquete de queso en la mano, y miró a Paul con una expresión de sorpresa que rápidamente se transformó en consideración.

—¿Un festival? —repitió, reflexiva—. Suena divertido, la verdad. A Kora le encantaría ver algo diferente a estos muros.

—Y a ti también, supongo —añadió Paul con una sonrisa esperanzada—. No debe ser fácil estar todo el día aquí, trabajando y cuidando de tu pequeña.

—No es tan malo —protestó automáticamente Natalie, aunque una sonrisa se dibujó en sus labios ante la idea—. Pero sí, un cambio de aires nos vendría bien a las dos.

Paul se acercó un paso, su sonrisa se volvió más personal.

—Entonces, ¿qué dices? Puedo pasar a buscaros alrededor de las seis. Te prometo que os devolveré a vuestra torre encantada antes de la medianoche, para que no te conviertas en calabaza como La Bella Durmiente.

—Esa sería Cenicienta, no La Bella Durmiente —corrigió Natalie con una risilla.

—¿Ves? Por eso necesitas salir conmigo. Mi educación en cuentos de hadas es terriblemente deficiente.

Natalie estaba a punto de responder cuando un carraspeo abrupto desde la puerta de la cocina los interrumpió. Ambos giraron la cabeza para encontrarse con la figura alta e imponente de Dante Eastwood, que estaba de pie bajo el marco de la puerta con una expresión indescifrable en el rostro.

—Buenos días —dijo.

Su voz sonaba grave y controlada, aunque había algo en ella, una tensión apenas perceptible, que hizo que Natalie se enderezara instintivamente.

—Buenos días, señor Eastwood —respondió, sintiendo un inexplicable calor subiendo por su cuello—. Estamos... organizando el pedido semanal.

Los ojos grises de Dante recorrieron la cocina, deteniéndose brevemente en Paul, quien se había apartado ligeramente de Natalie al notar la presencia del dueño de la casa.

—Ya veo —murmuró Dante, entrando completamente en la cocina y dirigiéndose hacia la cafetera—. No sabía que organizar los víveres requería tanta... conversación.

Paul carraspeó, incómodo, y extendió una mano hacia Dante.

—Paul Wilson, señor. De la tienda del pueblo. Nos conocimos hace unas semanas, cuando empecé a hacer las entregas.

Dante miró la mano extendida como si fuera un objeto extraño, antes de estrecharla brevemente con un apretón estudiadamente formal.

—Por supuesto —respondió, aunque su tono sugería que apenas recordaba el encuentro—. ¿Falta mucho para terminar?

Natalie frunció el ceño ante la brusquedad de Dante. No era raro que fuera cortante, pero había algo diferente en su actitud en aquel momento, algo que no lograba identificar.

—Casi hemos acabado —respondió, volviéndose para continuar guardando los productos—. Paul estaba comentándome que hay un festival en el pueblo este fin de semana. Parece perfecto para llevar a Kora.

Los hombros de Dante se tensaron visiblemente, mientras abría la nevera para coger una botella de agua.

—¿Un festival? —repitió, sin girarse—. Suena... ruidoso. Y concurrido.

—Ese es más o menos el objetivo de un festival —comentó Paul con una sonrisa, que se desvaneció cuando Dante volvió la cabeza por encima del hombro para mirarlo—. Pero es muy familiar. Seguro que a la pequeña le encantaría.

Dante abrió la botella de agua y dio un trago. Después se volvió, apoyando la cadera contra la encimera.

—¿Y planeas llevar a la señorita Watson y a su hija a ese evento lleno de extraños? —preguntó, con una voz engañosamente casual.

Paul parpadeó, desconcertado por el interrogatorio. Joder, parecía el padre de Natalie más que su jefe.

—Bueno, solo les he ofrecido la oportunidad de salir un rato, conocer el pueblo... —explicó.

Su confianza fue disminuyendo bajo la intensa mirada de Dante.

—Qué considerado —comentó Dante, en un tono mordaz que sugería exactamente lo contrario.

Natalie lo miró con sorpresa, deteniendo a medio camino su tarea de guardar una lata de atún.

¿A qué venía ese tono con Paul?

Paul miró a Natalie.

—Entonces, ¿os paso a buscar?

Natalie miró fugazmente a Dante antes de responder a Paul.

—Ya te diré algo, ¿vale? A veces Kora no tiene buen día. —Arrugó la nariz.

—Claro —dijo Paul, retrocediendo hacia la puerta—. El festival durará todo el fin de semana… Puedes llamarme al número de teléfono que está en las cajas.

—Perfecto —dijo Natalie con una sonrisa.

—¿Has terminado con la entrega? —intervino Dante, impaciente —. Me gustaría tomar un café en paz.

El silencio que siguió fue tan denso que Natalie casi podía notarlo presionando contra su piel. ¿Qué puñetera mosca le había picado a Dante?

Paul, visiblemente incómodo, miró a Natalie con una expresión de disculpa.

—Sí, esto es todo —dijo, señalando las cajas—. El recibo está en la bolsa de arriba, como siempre.

—Gracias, Paul —respondió Natalie, forzando una sonrisa, desconcertada por la actitud de Dante—. Te acompaño a la puerta.

—No creo que sea necesario —dijo Dante, echándose un poco de café en una taza—. Estoy seguro de que el señor Wilson puede encontrar la salida.

Había algo en la voz de Dante, una mezcla de autoridad y algo más, algo casi posesivo, que dejó momentáneamente sin palabras a Natalie, que sintió una extraña sensación en el estómago, como si acabara de bajar demasiado rápido en una montaña rusa.

Paul asintió con gesto rígido, lanzando una última mirada a Natalie. No sabía qué le pasaba a aquel hombre, pero tampoco quería quedarse a averiguarlo.

—Hasta la próxima semana, entonces. Que os vaya bien.

—Igualmente —respondió Natalie, observando con impotencia cómo Paul se apresuraba hacia la puerta trasera, deseando escapar de la atmósfera cargada de la cocina.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Natalie se volvió hacia Dante, que parecía absurdamente concentrado en el café.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, incapaz de contener la indignación en su voz.

Dante levantó la mirada, arqueando una ceja como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¿A qué se refiere?

—Sabe perfectamente a qué me refiero —respondió Natalie, apoyando las manos en la mesa—. Su actitud... los comentarios que ha hecho. Le ha invitado a irse.

Dante se tomó su tiempo para responder, llevándose la taza a los labios y dando un sorbo.

—No me ha parecido apropiado —dijo finalmente, sin mirarla—. Ese tío claramente tiene intenciones que van más allá de una simple invitación a un festival pueblerino.

Natalie parpadeó, perpleja.

—¿Y qué si las tiene? —preguntó, sintiendo que su rostro se calentaba—. Solo es una salida entre amigos.

—¿Amigos? —repitió Dante—. Si apenas lo conoce. ¿Cuántas veces lo ha visto? ¿Dos? ¿Tres?

Natalie lanzó un pequeño bufido.

—Y aunque fuera algo más, ¿qué problema hay?

Dante tomó otro sorbo de café, como si necesitara ese momento para ordenar sus pensamientos. Cuando finalmente habló, su voz sonaba medida. Demasiado medida, quizás.

—El problema, señorita Watson, es que fue contratada para ayudarme con la casa, no para coquetear con el repartidor en mi propia cocina.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras. Natalie retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¿Perdone? —Su voz era apenas un susurro, pero cargada de indignación—. Yo no estaba coqueteando. Y aunque lo estuviera, sería en mi tiempo libre que, por cierto, casi no tengo desde que llegué a esta casa con mi hija.

—Estaba en horario laboral —señaló Dante, como si eso zanjara la cuestión.

Natalie lo miró fijamente, tratando de descifrar qué había detrás de aquellas palabras, qué provocaba ese repentino enfado en él cuando solo se dirigía a ella para darle instrucciones escuetas sobre su trabajo y poco más.

Y entonces… No, no podía ser.

—¿Está celoso? —dijo. La revelación escapó de sus labios antes de que pudiera detenerla.

Dante se quedó inmóvil, con la taza a medio camino hacia sus labios. Durante un instante, un breve y significativo instante, algo

cruzó por su rostro: sorpresa, confusión.

—No diga tonterías —respondió, con una calma que parecía forzada—. Simplemente me preocupo porque en esta casa haya paz, y no me parece adecuado que mi ama de llaves organice citas mientras está en horario de trabajo.

—No era una cita —insistió Natalie, aunque una parte de ella se preguntaba si realmente lo hubiera sido—. Y no estaba «organizando» nada. Solo estaba conversando amigablemente con alguien de mi edad, algo raro en esta casa, por cierto.

Dante la miró durante unos segundos, como si estuviera evaluando algo en ella que ni siquiera él mismo entendía completamente.

—No me gustan las visitas inesperadas. Interrumpen mi concentración —dijo.

—Paul no es una visita —señaló Natalie, cruzando los brazos por delante del pecho—. Es el repartidor. Viene todas las semanas, a la misma hora, con el pedido que usted mismo autoriza.

—Aun así —insistió Dante, enderezándose.

Natalie lo observó, notando cómo evitaba deliberadamente su mirada. Había algo más ahí, algo que Dante no estaba diciendo, pero presionarlo solo parecía endurecerlo más.

—Como quiera —concedió finalmente, devolviendo la atención a las cajas del pedido—. Mantendré mis «distracciones sociales», como las llama, fuera de su vista.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Dante, pero asintió brevemente.

—Bien —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Estaré en mi estudio. Tengo que terminar un capítulo.

—Por supuesto —respondió ella, sin poder evitar un tono ligeramente mordaz—. No querrá que nada interrumpa su

concentración.

Dante se detuvo en el umbral, como si fuera a añadir algo más, pero tras un momento de duda, simplemente asintió y desapareció por el pasillo.

Natalie exhaló lentamente, dejándose caer contra la encimera.

¿Qué había sido todo eso? Durante un momento habría jurado que Dante estaba celoso. Sí, celoso, pero no, era ridículo. Joder, era ridículo. Dante Eastwood, el famoso escritor, su hosco y distante jefe, ¿celoso por ella? La idea era tan absurda que casi la hizo reír.

Pero mientras volvía a organizar los víveres, no podía olvidar ese breve instante en que sus ojos se habían encontrado, cuando ella había pronunciado la palabra «celoso». Ese momento en que la expresión de su rostro parecía darle la razón, antes de que la máscara volviera a ponerse en su lugar.

«Estás imaginando cosas, Natalie —se dijo a sí misma, guardando una bolsa de pasta en la despensa—. Dante Eastwood apenas te ve como algo más que su empleada y la madre de una niña que tolera en su casa.»

Sin embargo, una parte de ella, una parte pequeña y obstinada, se preguntaba si a lo mejor estaba comenzando a verla como algo más y por eso se había comportado de ese modo con Paul.

En su estudio, Dante colocó la taza de café sobre el escritorio con tanta fuerza, que el líquido oscuro salpicó los papeles esparcidos sobre la superficie de madera. Apenas lo notó mientras se dejaba caer en la silla, pasándose ambas manos por el rostro en un gesto de frustración.

¿Qué demonios acababa de suceder ahí abajo? ¿Qué lo había poseído para comportarse como un... como un puto cavernícola?

Él, Dante Eastwood, autor de renombre, hombre de mundo, actuando como si tuviera algún tipo de derecho sobre las relaciones sociales de su ama de llaves.

«¿Está celoso?»

La pregunta de Natalie resonaban en su cabeza, provocándole una mezcla de indignación y enfado. ¿Celoso? ¿Él? ¿Del repartidor de la compra con su sonrisa perfecta y su jovialidad despreocupada?

—Es absurdo —murmuró para sí mismo, encendiendo el ordenador con fuerza—. Claro que es absurdo. ¿Cómo voy a estar yo celoso?

Pero mientras la pantalla del portátil cobraba vida, mostrando el documento en el que había estado trabajando antes de bajar a por una taza de café, Dante no podía negar la punzada que había sentido al ver a Natalie riendo con ese chico, la forma en que su rostro se iluminaba con una sonrisa que él rara vez conseguía provocar.

Y ahora, gracias a su inexplicable arrebato, probablemente la había alejado aún más.

—Perfecto, Dante —se reprendió, mirando fijamente las palabras en la pantalla sin realmente verlas—. Simplemente perfecto.

Lo peor de todo era que no tenía ni idea de cómo arreglarlo. O si quería arreglarlo en primer lugar. Natalie no era solo su ama de llaves; era una madre soltera con una niña pequeña. Una mujer con su propia vida, sus propios sueños y deseos. No tenía ningún derecho a interferir en nada.

Pero la idea de ella sonriendo a Paul Wilson, aceptando su invitación, compartiendo con él la calidez y la vitalidad que habían comenzado a iluminar los rincones oscuros de la mansión... le

provocaba una sensación de vacío en el estómago que no era capaz de ignorar.

Con un suspiro resignado, Dante colocó los dedos sobre el teclado, decidido a que sus confusos pensamientos se perdieran en el mundo ficticio que estaba creando. Un mundo donde, irónicamente, podía controlar cada emoción, cada reacción, cada desenlace. Un mundo en el que podía jugar a ser Dios.

A diferencia de su propia vida, que parecía estar deslizándose rápidamente hacia un territorio que le era desconocido. Un territorio donde la simple presencia de una chica con una sonrisa luminosa y un corazón generoso podía desestabilizar los cimientos de su cuidadosamente construida soledad.

CAPÍTULO 21

La luna colgaba en el cielo como una moneda de plata, derramando su luz pálida sobre la habitación. Natalie se dio la vuelta por enésima vez, intentando encontrar una posición que invitara al sueño. Las sábanas, antes perfectamente estiradas, estaban ahora enredadas alrededor de sus piernas como si fueran tentáculos.

Suspiró, resignada, y miró el reloj digital de la mesilla. Las 2:17 de la madrugada.

—Genial —murmuró para sí misma, pasándose una mano por el pelo enmarañado—. Otro episodio de «Natalie contra el insomnio», temporada cinco, capítulo doscientos.

Se incorporó, apoyándose contra el cabecero de la cama. La habitación, espaciosa y elegante como todo en la mansión Eastwood, parecía burlarse de ella con su tranquilidad. El silencio era casi absoluto, interrumpido sólo por la respiración suave y rítmica que provenía de la cuna instalada a un metro.

Natalie dirigió su mirada hacia ella.

La pequeña Kora dormía plácidamente, ajena al desasosiego de su madre. Su rostro regordete parecía sereno bajo la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas de gasa.

«Al menos una de nosotras descansa», pensó con una mezcla de ternura y envidia.

Después de cinco minutos más de contemplar el techo de madera, Natalie se rindió. Se levantó con cautela, evitando que el colchón crujiera, y se deslizó hacia la ventana.

El jardín de la mansión se extendía bajo ella como un océano plateado, con las sombras de los árboles formando una especie de islas oscuras en el suelo. La noche era fresca pero no fría, con un cielo despejado que prometía un amanecer brillante en unas horas.

Su estómago emitió un gruñido suave, recordándole que había cenado temprano y poco. Una imagen se formó en su mente: un vaso de leche caliente, quizás con un toque de miel y canela. Su madre siempre decía que no había mejor remedio para el insomnio.

Con una última mirada a la cuna, donde Kora seguía perdida en sus sueños, Natalie tomó el monitor del bebé de la mesilla y lo encendió. Se envolvió en una bata de algodón azul pálido sobre su pijama de franela (nada sexy, pero tremendamente cómodo) y se aventuró al pasillo.

La mansión de noche era un mundo diferente. Los pasillos largos y la escalera de madera que durante el día resultaban elegantes, adquirían un aire misterioso con las sombras proyectadas por la escasa iluminación. Las antiguas tablas del suelo crujían ocasionalmente bajo sus pies, como susurros secretos entre los fantasmas de la casa.

Natalie descendió las escaleras con la familiaridad de quien lleva ya un tiempo recorriendo el mismo camino. A pesar de la hora y la soledad, no sentía miedo. La mansión Eastwood, con su imponente arquitectura y su aire de misterio, se había convertido en un hogar para ella. Un hogar extraño y a veces desconcertante, pero hogar al fin y al cabo.

La cocina estaba sumida en la penumbra. Natalie encendió solo una de las pequeñas luces sobre la encimera, creando un círculo de luz amarilla.

—Vamos a ver... leche, leche... —murmuró para sí misma mientras abría la enorme nevera, entrecerrando los ojos ante la repentina iluminación—. Ah, aquí estás.

Mientras vertía la leche en un pequeño cazo, Natalie intentó no hacer ruido con los utensilios. El silencio de la noche amplificaba cada tintineo, cada roce. Añadió una cucharadita de miel y un poco de canela, y lo removió con suavidad mientras la mezcla se calentaba.

El aroma dulce y especiado comenzó a inundar la cocina, transportándola momentáneamente a su infancia. A noches de tormenta en las que su madre preparaba esa misma bebida, mientras le contaba historias para alejar el miedo a los truenos.

Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios. ¿Qué diría su madre si la viera ahora? Trabajando en la mansión de un famoso escritor, criando sola a su pequeña, llevando una vida tan diferente a la que ambas habían imaginado para ella.

Cuando la leche se calentó, Natalie la vertió en una taza de cerámica con dibujos de flores silvestres. Una de las pocas cosas alegres y coloridas en aquella cocina de madera oscura y acero inoxidable.

—Perfecto —suspiró, llevándose la taza a los labios y dando un pequeño sorbo—. Como lo hacía mamá.

Con su leche entre las manos, Natalie se dispuso a regresar a su habitación. Subió las escaleras con el mismo sigilo con el que había bajado, disfrutando del calor que emanaba de la taza y que se propagaba por sus dedos.

Al llegar al pasillo del segundo piso, algo captó su atención. Una franja de luz se filtraba bajo la puerta que conducía a la terraza este. Era una luz tenue, probablemente de una lámpara pequeña, pero inconfundiblemente presente en medio de la oscuridad de la casa dormida.

Natalie se detuvo, dudando. La terraza este era la favorita de Dante, lo sabía porque lo había visto allí en varias ocasiones, siempre solitario, siempre pensativo, como un personaje sacado de sus propias novelas góticas.

«Debe de ser él», pensó, y una extraña mezcla de curiosidad y nerviosismo se agitó en su interior.

Después de aquel incidente en la cocina con Paul, las cosas entre ellos habían estado... diferentes. No incómodas, exactamente, pero cargadas de algo que había quedado escondido en el silencio, como electricidad estática en el aire antes de una tormenta.

Se mordió el labio inferior, indecisa.

Lo prudente hubiera sido seguir su camino, volver a su habitación, intentar dormir. Pero el insomnio seguía allí, acechando, y la idea de pasar otra hora dando vueltas en la cama resultaba deprimente.

Además, una parte de ella, una parte que normalmente mantenía a raya con sentido común y profesionalidad, sentía curiosidad por aquel hombre enigmático con quien compartía techo, pero que tan poco conocía realmente.

Casi sin decidirlo conscientemente, sus pies la llevaron hacia la puerta entreabierta. Natalie se detuvo frente a ella, tomó aire, y empujó suavemente.

La terraza era un espacio amplio de suelo embaldosado y una balaustrada de piedra ornamentada. Macetas con plantas perennes flanqueaban los extremos, y una pequeña mesa de hierro forjado con dos sillas descansaba a un lado. Pero lo que captó inmediatamente su atención fue la figura apoyada contra la balaustrada.

Dante Eastwood contemplaba el paisaje bajo la noche, de espaldas a ella. La luz provenía de una pequeña lámpara colocada sobre la mesa, proyectando sombras alargadas y danzarinas. Vestía un pantalón oscuro y una camisa de lino del mismo color, con las

mangas arremangadas hasta los codos a pesar del aire fresco que corría. Su pelo oscuro, habitualmente peinado hacia atrás durante el día, le caía en mechones sueltos hasta los hombros, dándole un aspecto menos severo, más humano.

Durante un instante, Natalie consideró irse en silencio antes de que notara su presencia. Pero algo en la postura de Dante, en la forma en que sus hombros se curvaban ligeramente hacia adelante, como si cargara un peso invisible, la detuvo.

—¿Tampoco puede dormir? —Las palabras abandonaron sus labios antes de que pudiera frenarlas.

Dante se giró, sorprendido. Durante un breve momento, su rostro mostró una expresión de desamparo, casi de indefensión, antes de recobrar su compostura habitual.

—Señorita Watson… —Su voz sonó ronca, como si llevara mucho tiempo sin usarla—. No la he oído llegar.

—Lo siento —se disculpó Natalie, aferrándose a su taza como si fuera un escudo—. Vi luz y... bueno, supongo que la curiosidad pudo más que la prudencia.

Una sonrisa tenue, apenas perceptible, se dibujó en los labios de Dante.

—La curiosidad puede ser peligrosa —comentó, pero no había reproche en su tono—. Aunque en este caso, es bastante inofensiva. A menos que considere peligrosa la compañía de un escritor con insomnio.

Natalie avanzó unos pasos, sintiendo el suelo frío bajo sus pantuflas.

—El insomnio parece ser contagioso en esta casa —dijo, deteniéndose a una distancia prudente—. ¿O es un requisito para habitar en la mansión Eastwood, como en la película de *La Guarida*? —bromeó.

Dante emitió un sonido que podría haber sido una risa contenida.

—Si fuera así, mi hermano lo habría incluido en el contrato —respondió, girándose completamente hacia ella—. ¿Hace mucho que está despierta?

—Desde que me he acostado —admitió Natalie, acercándose finalmente a la balaustrada—. Mi cerebro ha decidido que esta noche era perfecta para repasar cada decisión cuestionable que he tomado en los últimos diez años.

—Ah, sí —asintió Dante con un suspiro—. Una actividad nocturna fascinante. Personalmente, prefiero combinarla con recuerdos vergonzosos de la adolescencia y ansiedad sobre el futuro. Es un cóctel bastante explosivo.

Natalie no pudo evitar reírse. Era extraño escuchar a Dante, el serio y a menudo sombrío escritor, haciendo bromas sobre sí mismo.

—Al menos usted tienes una excusa —dijo ella, dando un sorbo a su leche—. Se supone que los escritores deben ser criaturas nocturnas, ¿no? Va con la estética.

—¿Es eso lo que dice el manual de estereotipos literarios? —preguntó él, arqueando una ceja, fingiendo seriedad—. Debo haberme saltado ese capítulo.

Natalie sonrió, sorprendida de nuevo por ese lado más relajado de su jefe. Tenía sentido del humor, después de todo. Un humor seco y algo oscuro (dependiendo del momento), pero humor al fin. Aunque también lo había comprobado el día de la colada y la espuma que no paraba de salir de la lavadora.

Se acercó un poco más, apoyándose en la balaustrada junto a Dante, aunque manteniendo una distancia respetuosa.

El paisaje nocturno se extendía ante ellos como en una película medieval: el jardín, los acantilados que había a un lado de la

propiedad, y más allá, las luces distantes del pueblo brillando como estrellas.

—Las vistas son preciosas —comentó, más para sí misma que para él—. De día son impresionantes, pero de noche... tienen algo mágico.

Dante asintió, siguiendo su mirada hacia el horizonte.

—Es por eso por lo que compré esta casa —confesó, con una voz más suave de lo habitual—. La primera vez que vi esta panorámica de noche, supe que quería escribir aquí. Hay algo en la forma en que la oscuridad abraza el paisaje... —se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que estaba revelando demasiado—. Bueno, supongo que suena pretencioso.

—No —negó Natalie con sinceridad—. No suena pretencioso en absoluto. Suena a alguien que sabe apreciar la belleza donde otros quizás solo verían oscuridad.

Un silencio cómodo se instaló entre ellos. El viento fresco de la noche jugaba con los mechones sueltos del pelo de Natalie, que se envolvió más en su bata, disfrutando del calor de la taza entre sus manos.

—¿Es frecuente? —preguntó, rompiendo el silencio—. Su insomnio, quiero decir.

Dante dejó escapar un suspiro prolongado, como si la pregunta hubiera tocado algo profundo en él.

—Casi diario —admitió, pasándose una mano la cabeza—. No recuerdo la última vez que dormí una noche del tirón sin ayuda de... bueno, sin ayuda.

Había una resignación en su voz que conmovió a Natalie. Aquel hombre, que parecía tenerlo todo (éxito, dinero, talento), luchaba con sus propios demonios en la oscuridad, igual que cualquier otra persona.

—¿Lo sufre desde siempre? —se atrevió a preguntar.

—No —respondió Dante, mirando hacia el cielo estrellado—. Comenzó después de... —se interrumpió, como si estuviera sopesando compartir algo tan personal—. Digamos que la vida tiene formas interesantes de cambiarte. A veces son cambios graduales, casi imperceptibles. Otras veces son como un hacha que cae sobre un tronco.

Natalie asintió, comprendía perfectamente a qué se refería. Ella misma había experimentado ambos tipos de cambios.

—Y cuando te das cuenta —continuó Dante, con la mirada perdida en algún punto del horizonte—, te has convertido en alguien que ni siquiera reconoces. Como si partes de ti se hubieran ido desprendiendo por el camino, pedazo a pedazo, hasta que miras al espejo y ves a un extraño.

Había una vulnerabilidad en sus palabras, una franqueza que Natalie nunca había escuchado en él. Se preguntó qué habría experimentado tan grave para hablar con tanta certeza sobre la pérdida del yo, de la propia identidad.

—Creo que le entiendo —dijo en tono bajo, atreviéndose a mirarlo de perfil. La luz de la lámpara dibujaba sombras en sus rasgos angulosos, suavizándolos de alguna manera—. Pero también creo que esas partes que perdemos... a veces son reemplazadas por otras nuevas. No mejores ni peores, solo diferentes.

Dante giró su rostro hacia ella. Sus ojos grises, oscurecidos por la noche, la estudiaron con una intensidad que hizo que el corazón de Natalie se acelerara.

—¿Es eso lo que le ha ocurrido a usted, señorita Watson? —preguntó, con un interés que raramente mostraba.

Natalie reflexionó un momento, tomando otro sorbo de su leche ya casi fría.

—Sí y no —respondió finalmente. Tomó una bocanada de aire—. Cuando… mi pareja y yo decidimos tener un hijo, pese a que las cosas con él no iban tan bien cómo deberían, hubo gente que me

dijo que era muy joven, que un hijo te cambia la vida por completo. Que ya no sería la misma persona.

Se detuvo, recordando los consejos que le había dado casi todo el mundo.

—Y tenían razón en parte —continuó, con una pequeña sonrisa —. No soy la misma. La Natalie de antes no habría reconocido a la de ahora, con sus horarios regidos por siestas y tomas, con ojeras permanentes y canciones infantiles sonando en bucle en la cabeza.

Una breve risa escapó de sus labios, sin rastro de amargura.

—Pero no cambié porque perdiera partes de mí —añadió con convicción—. Cambié porque gané otras nuevas. Es como... como si me hubiera expandido para hacer espacio a esta nueva vida que depende de mí.

Dante la miraba fijamente, con algo indescifrable brillando en los ojos.

—Esa es una forma muy bonita de verlo —comentó. Su voz sonaba apenas como un susurro—. Y muy valiente.

—¿Valiente? —repitió ella, sorprendida por la elección de palabra de Dante.

—Aceptar el cambio sin resentimiento —explicó él—. Ver las ganancias en lugar de las pérdidas. Lo positivo en lugar de lo negativo. Sí, eso requiere valor.

Había admiración en su voz, y algo más que Natalie no podía identificar completamente. La intensidad de su mirada gris parecía atravesarla, como si estuviera viendo más allá de la superficie, hasta algún lugar dentro de ella que ni siquiera ella misma conocía del todo.

Un escalofrío recorrió su espalda, y no tenía nada que ver con la brisa que soplaba.

—No sé si es valentía —respondió, bajando la mirada hacia su taza casi vacía—. Quizás es solo supervivencia. O amor. A veces son lo mismo, ¿no cree?

Cuando volvió a levantar la vista, se sorprendió al ver que Dante se había acercado un paso. La distancia entre ellos era apenas de un brazo extendido. Podía distinguir las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, los matices exactos de su iris bajo la luz temblorosa de la lámpara.

—Nunca lo había pensado así —dijo él—. Amor como forma de supervivencia.

Natalie sintió que su respiración se volvía más superficial. Había algo magnético en el aire que circulaba entre ellos, una tensión que no había estado allí antes, o que quizás siempre había estado latente, esperando el momento adecuado para manifestarse.

—A veces es lo único que te mantiene a flote —murmuró, sorprendida por la intimidad que había adquirido repentinamente la conversación—. Cuando todo lo demás parece hundirse a tu alrededor.

Dante asintió lentamente, como si estuviera procesando sus palabras a un nivel más profundo.

—Yo... creo que he olvidado como era —confesó, y había una tristeza tan palpable en su voz que Natalie sintió el impulso de acercarse más, de ofrecerle algún tipo de consuelo.

Dio un pequeño paso hacia él, con la taza olvidada en su mano.

—No creo que sea algo que se pueda olvidar realmente —dijo en tono suave—. Tal vez solo... se adormece durante un tiempo. Esperando.

—¿Esperando qué? —preguntó él, con la mirada fija en ella, como si de su respuesta dependiera algo vital.

A Natalie se le encogió el pecho, y cada inhalación se mezcló con el aroma a sal y a las flores que crecían en el jardín. Tragó

saliva, sintiendo que se adentraban en un territorio peligroso, donde las palabras adquirían significados más profundos de lo que se pretendía.

—A que vuelva a permitirse ser cómo antes —respondió finalmente. Su voz era apenas audible por encima del susurro del viento.

Dante se estremeció ligeramente, aunque el viento era suave. Las palabras se enroscaron en Natalie como humo y fuego a la vez. Su cercanía, su sutil calidez, el olor a mar, la luz de la luna rozando su mejilla, lo atrajeron irremediablemente.

Se acercó, lo justo para que sus dedos rozaran la fría piedra. Chispas imperceptibles saltaron en el hueco que había entre ellos, y Dante se quedó sin aliento. Sus latidos se sincronizaron durante un breve instante.

Dante se inclinó hacia ella, y ella se recostó un poco en él, instintivamente. El universo se contrajo hasta que solo quedaron ellos dos, la terraza y la luna, mientras las olas plateadas golpeaban la roca de los acantilados.

La mirada de Natalie se posó en la tenue línea de su mandíbula, en la postura de sus hombros, y de repente se sintió increíblemente viva, consciente de cada centímetro de espacio que ocupaban. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, oler el aroma a sándalo y libros viejos que siempre lo acompañaba. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo.

Durante un largo instante, ninguno se movió. Solo la noche habló: las olas, las gaviotas, el lejano aroma del mar mezclándose con el tenue olor de la piedra húmeda y de su propia piel cálida.

Los dedos se rozaron de forma intencionada, temblando levemente, y el pecho de Dante se encogió. La consciencia de lo todo lo que estaba sucediendo lo recorrió, cruda, innegable.

—¿Alguna vez ha tenido miedo de… desear a alguien? —preguntó, más para sí mismo que para ella.

—Sí —admitió Natalie, y la palabra quedó suspendida entre ambos.

La luz de la luna cayó sobre ellos, pálida y plateada, transformando las sombras en algo íntimo, casi sagrado. La brisa acarició la melena de Natalie, dejando algunos mechones sobre su mejilla.

Algo cambió en la expresión de Dante, como si estuviera viendo algo por primera vez. Dio otro paso hacia ella, eliminando casi por completo la distancia que había entre los dos.

—Natalie... —comenzó, llamándola por su nombre de pila. Su voz era un murmullo ronco.

Ella alzó la mirada hacia él, incapaz de apartar los ojos de los suyos. El aire parecía cargado de electricidad, densificado por las posibilidades silenciosas que se tejían.

Dante levantó una mano, dubitativo, como si temiera que ella pudiera desvanecerse ante su toque. Con delicadeza, sus dedos rozaron un mechón de pelo que había caído sobre la mejilla de Natalie, acomodándolo detrás de su oreja.

El contacto, aunque breve y ligero como el aleteo de una mariposa, envió un escalofrío por todo el cuerpo de Natalie, que contuvo el aliento, paralizada por la intensidad del momento.

La mano de Dante se detuvo junto a su rostro. Sus dedos apenas rozaban la línea de su mandíbula. Una pregunta silenciosa brillaba en sus ojos grises, mezclada con una vulnerabilidad que Natalie nunca había visto en él.

Sin pensar, sin permitirse analizar lo que estaba sucediendo, Natalie inclinó la cabeza hacia su toque. Una respuesta no verbal a una pregunta que no se había formulado.

El tiempo se detuvo.

El mundo entero se redujo a ese espacio entre ellos, a la mano de Dante acunando su mejilla, a sus ojos encontrándose en la

penumbra de la noche, a la distancia que se reducía milímetro a milímetro mientras él se inclinaba hacia ella.

Natalie cerró los ojos, sintiendo el aliento de Dante mezclándose con el suyo, tan cerca que podía casi saborear lo que estaba por venir...

De pronto, un llanto agudo y repentino rasgó el silencio de la noche.

Ambos se paralizaron, como dos estatuas congeladas.

El monitor del bebé, olvidado en el bolsillo de su bata, amplificaba el llanto de Kora con una claridad que parecía casi cruel.

Durante un instante, ninguno de los dos se movió. Estaban tan cerca que Natalie podía sentir los latidos acelerados del corazón de Dante contra su propio pecho. Sus ojos se abrieron, encontrándose con los de él, dilatados y confusos, como si acabara de despertar de un trance.

—Yo... —comenzó a decir ella, con voz temblorosa.

El llanto de Kora se intensificó, recordándole sus responsabilidades, ajustando la realidad más allá de aquel momento suspendido en el tiempo.

—Tengo que ir —logró articular, dando un paso atrás, rompiendo el hechizo que los había envuelto.

Dante dejó caer su mano lentamente, como si le costara trabajo recordar cómo mover sus extremidades.

—Por supuesto —respondió, en un tono extrañamente formal, como si intentara reconstruir apresuradamente las barreras que habían estado a punto de derribarse—. Su hija la necesita.

Natalie asintió, incapaz de encontrar palabras adecuadas para lo que acababa de ocurrir, para lo que casi había ocurrido. Con manos temblorosas, cogió la taza.

—Buenas noches, señor Eastwood —murmuró, retrocediendo hacia la puerta, pero con los ojos aún fijos en él, como si temiera que, al desviar la mirada, todo lo sucedido se desvanecería como un sueño.

—Buenas noches, señorita Watson —respondió Dante, inmóvil en su posición.

Con un último vistazo, Natalie se dio la vuelta y salió de la terraza. Su corazón latía con la fuerza y la rapidez de un colibrí atrapado.

Joder.

En la terraza solitaria, Dante permanecía como una estatua, mirando el espacio vacío donde Natalie había estado momentos antes. Lentamente, levantó la mano con la que había tocado el rostro de Natalie, contemplándola como si fuera un objeto extraño y maravilloso.

—Pero ¿qué demonios acaba de pasar? —murmuró para sí mismo. Las palabras se mezclaron con el susurro del viento.

Se dejó caer en una de las sillas de hierro, sintiendo que sus piernas ya no podían sostenerlo. Su mente, habitualmente ordenada y analítica, era un torbellino de pensamientos y emociones contradictorias.

Había estado a punto de besarla.

A punto de cruzar una línea que había jurado no cruzar jamás.

Ella era su empleada, una madre soltera que dependía del trabajo que él le proporcionaba, una mujer joven con toda una vida

por delante, que se marcharía cuando se cansara de vivir en aquella mansión aislada del mundo.

Y, sin embargo, cuando la había visto allí, con la luz de la luna jugando con su melena, hablando con esa sinceridad y sabiduría que parecían venir de la propia experiencia... algo se había roto dentro de él. Alguna barrera escrupulosamente construida que había mantenido sus emociones a raya durante tanto tiempo.

«A que vuelva a permitírselo.»

Las palabras de Natalie resonaban en su mente como un eco.

¿Era posible? ¿Podría realmente volver a permitirse sentir, después de tanto tiempo?

Se pasó ambas manos por el rostro, como intentando despejarse. Era una locura. Una imprudencia que podía complicar enormemente las vidas de todos los involucrados.

Pero...

El recuerdo de la suavidad de su piel bajo sus dedos, del ligero aroma a canela que emanaba de ella, de la forma en que sus ojos azules se habían cerrado con la anticipación del contacto... Todo eso enviaba oleadas de calor por su cuerpo, despertando partes de él que creía dormidas para siempre.

Si el llanto de la pequeña no los hubiera interrumpido...

Un escalofrío recorrió su espalda ante la idea de lo que podría haber sucedido. De lo que casi había sucedido. De lo que, en algún rincón profundo y honesto de su ser, deseaba que hubiera sucedido.

—Esto no puede volver a ocurrir —se dijo con firmeza, intentando convencerse a sí mismo—. No debe volver a ocurrir.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que eran poco más que un deseo débil contra la corriente poderosa que acababa de despertarse en él.

Porque, por primera vez en años, había sentido algo real. Algo vivo. Y por aterrador que fuera, no estaba seguro de querer volver a la entumecida seguridad de antes. De su soledad.

En la habitación iluminada por una suave lámpara de noche, Natalie mecía a Kora contra su pecho, tarareando una nana mientras la pequeña se calmaba poco a poco después de haberle cambiado el pañal. Pero su mente estaba a kilómetros de distancia, o para ser más precisa, a apenas unos pasillos más allá, en aquella terraza bajo las estrellas.

«¿En qué estabas pensando? —se reprendió mentalmente—. Es tu jefe, por el amor de Dios. El dueño de la casa donde vives con tu hija.»

Pero cuando recordaba la forma en que la había mirado, con esa mezcla de vulnerabilidad y deseo contenido que nunca había visto en él... un calor se extendió por su cuerpo, haciendo que sus mejillas se sonrojaran en la penumbra.

Kora, ya más tranquila, la observaba con sus grandes ojos, como si pudiera leer los pensamientos tumultuosos de su madre.

—Tu don de la oportunidad es impecable, pequeña —le susurró Natalie, besando su frente—. Aunque no sé si agradecértelo o quejarme.

¿Qué habría pasado si el llanto de Kora no los hubiera interrumpido? ¿Se habrían besado? ¿Y después, qué?

Natalie se estremeció ante las posibilidades, ante los caminos que se abrían y cerraban con cada elección.

Por un lado, el sentido común le gritaba que mantuviera las distancias, que preservara la relación profesional que tanto le había costado construir. Por otro lado, una parte más profunda y honesta de ella, reconocía que lo que había sentido en aquel momento en la terraza no era algo casual.

Había conexión.

Había química.

Había algo que trascendía las categorías de jefe y empleada, algo que había estado creciendo silenciosamente entre ellos desde hacía tiempo.

—Pero es complicado, ¿verdad? —murmuró a Kora, que comenzaba nuevamente a dejarse llevar por el sueño—. Todo es siempre tan complicado… —Suspiró Natalie.

Porque no era solo ella. Era ella y Kora. Un pack completo. Indivisible. Y Dante... Dante con sus demonios, con sus muros celosamente construidos, con sus heridas que apenas comenzaba a vislumbrar.

Natalie dejó a la pequeña ya dormida en su cuna con infinito cuidado. Se quedó observándola unos minutos, maravillada como siempre por esa vida que había creado, por esa pequeña persona que había cambiado todo su mundo.

«Amor como forma de supervivencia», había dicho.

Y era cierto. Su amor por Kora la había salvado en más formas de las que podía contar.

Pero mientras se deslizaba bajo las sábanas de la cama, su cuerpo aún vibrando con la electricidad de aquel momento que la niña había interrumpido, Natalie se preguntó si habría espacio en su corazón para otro tipo de amor. Un amor inesperado, complicado y quizá peligroso.

Un amor que, por un breve y mágico momento en una terraza bajo las estrellas, había parecido tan real y evidente como el aire

que respiraba.

—Mañana —susurró para sí misma, cerrando los ojos—. Mañana pensaré en todo esto.

Pero mientras los brazos de Morfeo finalmente la reclamaban, su último pensamiento fue para el hombre que, estaba segura, seguía despierto en algún lugar de la mansión, tan confundido y sobrecogido como ella por lo que casi habían compartido.

CAPÍTULO 22

La mañana llegó demasiado pronto para Dante. Después del casi-beso en la terraza con Natalie, había pasado el resto de la noche dando vueltas en la cama, alternando entre revivir cada segundo del encuentro con ella y regañarse mentalmente por su imprudencia. Cuando el amanecer finalmente coloreó el horizonte, tenía los ojos enrojecidos y una taza de café frío olvidada en la mesilla.

Con un suspiro de resignación, se levantó.

El espejo del cuarto de baño le devolvió la imagen de un hombre con aspecto de haber librado una batalla contra las sábanas... y haberla perdido.

—Genial —murmuró, pasándose una mano por la cara sin afeitar—. Ahora además de comportarte como un adolescente, también pareces como uno que acaba de pasar la noche en vela componiendo poemas malos.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

Después de una ducha que no logró despejar del todo su mente, Dante se vistió con más cuidado que de costumbre. Pantalones negros y camisa azul marino. Nada ostentoso, pero tampoco el desastre que solía ser su atuendo de trabajo cuando no esperaba visitas.

«¿A quién quieres impresionar, exactamente? —se preguntó mientras intentaba domar su pelo rebelde—. Es solo el desayuno. El mismo que has tenido cada mañana durante semanas. El mismo desayuno que ella prepara todos los días...»

Se detuvo, cepillo en mano, mirándose fijamente.

Por primera vez en años, Dante Eastwood estaba nervioso ante un encuentro. Y no cualquier encuentro: el desayuno con su ama de llaves.

—Corrección —dijo en voz alta—: con la chica a la que casi besas anoche bajo las estrellas, como el protagonista de una de esas novelas cursis que tanto criticas.

Un gruñido escapó de su garganta.

Joder, era ridículo. Era un adulto, maldita fuera. Un escritor reconocido. Un best seller mundial. Un hombre que había pasado por suficientes experiencias como para saber que involucrarse con alguien que trabajaba para él era una receta para el desastre.

Y sin embargo...

El recuerdo de Natalie en la terraza, con la luz de la luna jugando en su rostro, hablando con esa mezcla de franqueza y vulnerabilidad, permanecía de manera vívida en su mente.

Había visto algo en ella. Algo auténtico y profundo que resonaba con partes de sí mismo que creía enterradas desde hacía mucho tiempo.

«Genial —pensó con ironía mientras bajaba las escaleras—. Ahora estás usando metáforas de entierros para hablar de tus emociones. Realmente te has vuelto un escritor de novela gótica en toda regla.»

La cocina, normalmente su refugio por las mañanas antes de que la casa despertara, ya estaba ocupada. Thomas estaba echando un poco café en una taza. Y sentada a la mesa, con Kora en su trona, estaba Natalie.

Dante se detuvo en el umbral.

—Buenos días —logró decir. Su voz sonó sorprendentemente normal a sus propios oídos.

Natalie levantó la mirada y un fugaz rubor coloreó sus mejillas. Llevaba el pelo recogido en una coleta sencilla, y vestía unos vaqueros y un jersey ancho de color verde pastel que resaltaba el tono de sus ojos. Nada extraordinario, pero Dante sintió que se le secaba la boca.

—Buenos días —respondió ella, con una sonrisa que parecía ligeramente tensa—. Ha madrugado hoy… —comentó, porque no sabía qué decir.

«No se puede madrugar si no se ha dormido», pensó Dante para sus adentros, pero se limitó a asentir.

—La inspiración no respeta horarios —dijo, dirigiéndose hacia la cafetera, agradecido por tener una excusa para moverse y hacer algo con las manos.

—El señor lleva inspirado desde que lo conozco —intervino Thomas con su habitual tono impasible, pero Dante captó el brillo de diversión en sus ojos—. Curioso cómo la inspiración siempre coincide con el insomnio.

—Tu sarcasmo es especialmente punzante por las mañanas, Thomas —replicó Dante, dando un sorbo de su café.

—Me esfuerzo, señor —respondió él.

La pequeña Kora, ajena a las tensiones de los adultos, golpeaba alegremente una cuchara contra la bandeja, creando un ruido rítmico que en cualquier otro momento habría irritado a Dante. Pero que en ese momento, sin embargo, agradecía la distracción.

Dante se sentó frente a Natalie, con la mesa de la cocina separándolos como una conveniente barrera física. El silencio se instaló entre ellos, roto solo por los golpeteos de Kora y los sonidos de Thomas sirviéndose otra taza de café.

«Di algo —se ordenó Dante—. Algo casual. Normal. Como una persona que no ha pasado la noche obsesionando con un casi-beso.»

—Espero que haya podido descansar —dijo, rompiendo el silencio, y de inmediato quiso golpearse la frente con la palma de la mano. ¡Pero qué tonto era! De todas las cosas que podía haber mencionado, había elegido precisamente la que los llevaba de vuelta a la noche anterior.

Natalie pareció tensarse ligeramente, pero su voz sonó tranquila cuando respondió:

—Sí, gracias. Después de darle el biberón a Kora, caí rendida.

Dante asintió, tomando un sorbo de café para ocultar su incomodidad.

«¿Qué esperabas? ¿Que dijera que ha pasado la noche suspirando por ti? ¿Que confesara que también ha estado pensando en lo que casi sucedió? Por el amor de Dios, Eastwood, compórtate.»

Mientras Thomas se comía unos huevos revueltos, Dante observó a Natalie interactuar con su hija.

Había una naturalidad en sus movimientos, una confianza tranquila en la forma en que limpiaba la barbilla de Kora o le ofrecía pequeños trozos de plátano que hacía que no pudiera apartar los ojos de ellas. Era hipnótico observarlas.

«Y aquí estás, soñando despierto como un personaje de Jane Austen, mientras ella está ocupada siendo una madre responsable.»

El contraste no podía ser más claro.

Él, un escritor solitario con un pasado complicado y una tendencia a esconderse del mundo. Ella, una chica con toda la vida por delante, con una hija pequeña que dependía completamente de ella.

«El riesgo no es enamorarse —reflexionó, mientras picoteaba distraídamente la fruta de su desayuno—. El riesgo es que ella me corresponda. Porque, ¿qué demonios tienes tú para ofrecerle a alguien como ella?»

Dante nunca había sido bueno en las relaciones. Incluso antes de... bueno, antes de todo lo que había pasado con Catherine. Las pocas relaciones serias que había tenido habían terminado invariablemente con la otra persona acusándolo de ser emocionalmente distante, de estar demasiado absorbido por su trabajo, y de ser incapaz de conectar realmente. Pero cuando lo había dado todo…

«Y eso era antes de que decidieras convertirte en un ermitaño legendario que apenas sale de su mansión.»

—¿Algún plan para hoy? —La voz de Natalie lo sacó de sus pensamientos.

—Tengo que avanzar el siguiente capítulo —respondió Dante automáticamente—. Mi editor está empezando a enviar correos con signos de exclamación y mayúsculas. Mala señal.

Natalie sonrió, y Dante sintió algo cálido expandiéndose en su pecho.

«De puta madre. Ahora un simple gesto te derrite como mantequilla al sol. ¿Qué será lo siguiente? ¿Suspirar cada vez que pase por tu lado? ¿Componer poemas sobre el precioso color de sus ojos?»

—Hoy puedo ir con Kora al pueblo, para que usted tenga tranquilidad —ofreció Natalie—. La temperatura es buena y podemos darnos un paseo sin problema.

—No es necesario —se apresuró a decir Dante—. No me molesta... es decir, no me molesta el ruido. Me estoy acostumbrado a... escribir con... distracciones.

«Brillante formación de palabras, Shakespeare. Tu dominio del lenguaje es realmente impresionante esta mañana», se burló de sí mismo.

Thomas, que había fingido estar ocupado con la selección de unos abonos para las plantas (pero que claramente había escuchado cada palabra), tosió discretamente para ocultar lo que sospechosamente sonaba como una risa.

Natalie pareció no notar su torpeza, o fue lo suficientemente amable como para ignorarla.

—Aun así, le vendrá bien a Kora que le dé un poco el sol —dijo —. Y a mí también, para ser sincera. Después de tantos días de lluvia, este sol es un regalo.

Dante asintió, sintiendo una mezcla contradictoria de alivio y decepción ante la perspectiva de pasar el día separados. Por un lado, necesitaba espacio para aclarar sus pensamientos. Por otro, la idea de no verla en todo el día le producía una inquietud irracional. Algo que no entendía.

«Esto es exactamente por lo que no deberías involucrarte. Mírate, te estás comportando como un quinceañero después del baile de graduación. Tienes treinta y cinco años, joder. Has sobrevivido a críticas demoledoras por tu bloqueo de escritor, a la fama repentina, a... a perderlo todo. Y aquí estás, medio paralizado porque una mujer te sonríe durante el desayuno.»

—¿Señor Eastwood? —La voz de Natalie interrumpió su diálogo interno. Por su expresión, parecía haber estado llamándolo más de una vez.

—Lo siento, estaba... pensando en una escena —mintió Dante —. ¿Decía, señorita Watson?

—Le preguntaba si necesitaba algo del pueblo.

—Ah… —Dante se esforzó por recordar si necesitaba algo, pero su mente se había convertido en un revoltijo de pensamientos sobre

Natalie, entremezclados con fragmentos de diálogos para su novela y reflexiones sobre lo absolutamente ridículo que se sentía—. No, gracias. Estoy... bien surtido.

«¿Bien surtido? ¿Qué clase de respuesta es esa? Suenas como el anuncio de un supermercado.»

Para su sorpresa, Natalie dejó escapar una pequeña risa.

—Vale —dijo, con una ligereza que no había estado presente al inicio del desayuno—. Pero si cambia de opinión, estaré por aquí hasta que vista a Kora.

Había algo en su tono, una especie de calidez, que parecía decir que todo estaba bien, que no había ninguna tensión entre ellos por lo ocurrido (o casi ocurrido) la noche anterior. Dante sintió que algo del peso que había estado cargando desde que había entrado en la cocina se aligeraba.

«Tal vez no lo has arruinado completamente, después de todo.»

El desayuno continuó con conversaciones casuales sobre el clima, el jardín, y los avances de Kora, que estaba a punto de dar sus primeros pasos.

Thomas intervino en alguna ocasión que otra, con sus habituales comentarios sarcásticos que apenas disimulaba.

Era... agradable.

Normal.

Como si fueran una especie de familia extraña, reunida alrededor de una mesa compartiendo el inicio del día.

«Y ese pensamiento es exactamente por lo que deberías mantener las distancias —se recordó Dante, mientras observaba a Natalie limpiar restos de plátano de las mejillas de Kora—. Porque empiezas a imaginar cosas que no pueden ser. Porque empiezas a querer cosas que no te corresponden.»

La verdad era que, después de años de soledad voluntaria, la idea de permitirse sentir algo por alguien le aterraba. No era solo el miedo al rechazo o al fracaso. Era el miedo a no ser suficiente. A no saber cómo ser la persona que alguien como Natalie merecía.

«Además, probablemente ella ni siquiera está pensando en ti de esa manera. Probablemente el casi-beso fue solo un momento de conexión pasajera para ella. No todos viven obsesionados con cada interacción humana que tienen como tú, genio.»

—Bueno, creo que es hora de que esta señorita tome su baño —anunció Natalie, levantándose y sacando a Kora de la trona—. Hasta luego —se despidió.

—Hasta luego —respondió Thomas.

—Hasta luego —dijo Dante.

Natalie se volvió hacia él, y durante un segundo, sus ojos se encontraron. Había algo en su mirada, una pregunta, una espera…

—Buena suerte con el capítulo —dijo—. Espero que las musas le sigan... inspirando.

Dante afirmó con la cabeza.

—Gracias —dijo—. Y... disfruten del paseo por el pueblo.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Natalie antes de girarse para salir de la cocina, con Kora balbuceando alegremente en sus brazos. Dante la observó marcharse, consciente de que su mirada permaneció en la puerta vacía varios segundos después de que ella desapareciera.

«Estás en problemas, Eastwood —pensó, tomando un sorbo de su café ya frío—. En serios problemas.»

Porque lo cierto era que, a pesar de todos sus argumentos racionales, a pesar de todos los motivos por los que involucrarse con Natalie era una mala idea, había una parte de él, una parte que creía muerta y enterrada hacía mucho tiempo, que estaba despertando.

Una parte que le recordaba cómo era querer a alguien, preocuparse por alguien más que por uno mismo.

«El problema que tienen los muros que construyes para protegerte… —reflexionó mientras recogía su taza vacía—… es que cuando finalmente alguien logra atravesarlos, no tienes ni idea de cómo defenderte.»

Y lo peor era que, por primera vez en años, no estaba seguro de querer defenderse.

—¿Desea más café, señor? —preguntó Thomas, interrumpiendo sus reflexiones.

Dante alzó los ojos. Thomas tenía la jarra de café en la mano y se disponía a llenar de nuevo su taza.

—No, gracias —respondió, levantándose—. Tengo un capítulo que escribir.

—Por supuesto —asintió el jardinero—. Y si me permite el atrevimiento, señor...

Dante levantó una ceja, esperando.

—A veces, las mejores historias son las que no planeamos escribir.

Con esas palabras crípticas, Thomas se giró hacia el fregadero, dejando a Dante reflexionando sobre lo que acababa de decir.

Mientras subía las escaleras hacia su estudio, con la imagen de Natalie sonriendo aún fresca en su mente, se encontró sonriendo también. ¿Qué cojones estaba haciendo aquella chica con él? ¿Qué?

CAPÍTULO 23

La mañana era perfecta, una de esas raras joyas de finales de invierno con un cielo despejado y una temperatura que no se decidía entre el frío y el calor.

El sol, generoso, resplandecía dorado sobre el camino que descendía desde la mansión hacia el pueblo.

Natalie empujaba la sillita de Kora colina abajo. La pequeña, embutida en un mono de pana de color melocotón y un gorrito a juego, chillaba de entusiasmo cada vez que pasaban bajo las ramas de los árboles que proyectaban sombras sobre ellas.

—Sí, cariño, son hojas —explicó Natalie a su hija, que señalaba con el dedo hacia arriba—. Pronto cambiarán todas de color, y se volverán verdes y amarillas, como en los cuentos.

Kora respondió con un balbuceo ininteligible pero lleno de convicción, como si estuviera dando su opinión sobre el cambio de estación.

—Por supuesto que tienes razón —asintió Natalie con toda seriedad—. La fotosíntesis es un tema fascinante para analizar cuando tienes casi un año de edad.

Una señora mayor que caminaba en dirección opuesta les sonrió al pasar.

—Qué niña más preciosa —comentó, deteniéndose para admirar a Kora—. ¿Es la pequeña que vive en la mansión Eastwood? El pueblo entero habla de vosotras.

Natalie reprimió un suspiro. Casi se había olvidado de lo que era vivir en un pueblo pequeño, donde cada nuevo habitante (aunque viviera a las afueras, en una casa sobre unos acantilados) se convertía en tema de conversación durante semanas.

—Sí, trabajo allí —respondió con cortesía—. Soy el ama de llaves.

—Oh, querida, debes tener historias interesantísimas que contar. —La mujer bajó la voz como si compartieran un secreto de estado—. ¿Es cierto que el señor Eastwood escribe encerrado en un cuarto lleno de relojes antiguos que mantiene parados a la misma hora?

Natalie parpadeó, desconcertada. Pero ¿qué…? ¿De dónde se sacaba esas cosas la gente?

—¿Perdone?

—O que solo bebe té importado de una plantación secreta en los Himalayas y que hace que lo traigan en barco porque no confía en los aviones —continuó la mujer, con ojos brillantes de emoción.

—Yo... —Natalie tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse—. Me temo que el señor Eastwood es mucho menos excéntrico de lo que cuentan. Bebe café normal, como todos, y su estudio es bastante... convencional.

La expresión desilusionada de la mujer casi le hizo sentir pena.

—Vaya —dijo con evidente decepción—. Supongo que no cría cuervos albinos en el ático de la mansión, entonces.

¡Ay, por favor!

—No que yo sepa —respondió Natalie, tratando de mantener la compostura, pero estaba a punto de soltar una carcajada—. Aunque

no he explorado todos los rincones de la casa todavía.

Kora eligió ese momento para emitir un gorjeo lleno de entusiasmo, agitando su mordedor de plástico en el aire.

—Bueno, debo continuar mi camino —dijo Natalie, aprovechando la distracción—. Que tenga un buen día.

—Igualmente. Y si descubres algo sobre esos cuervos...

—Será la primera en saberlo —prometió Natalie con una sonrisa.

Mientras retomaba el camino hacia el pueblo, no pudo evitar reírse. ¿Cuervos albinos? ¿Relojes parados? La gente tenía una imaginación verdaderamente asombrosa cuando se trataba del misterioso Dante Eastwood.

«Si supieran que su última gran aventura fue inundar el cuarto de la lavadora con espuma...», pensó, y la imagen de Dante cubierto de burbujas, con su habitual seriedad completamente desarmada por lo absurdo de la situación, le provocó una sonrisa que no pudo reprimir.

El pueblo se extendía ante ellas con sus casas de piedra y tejados inclinados que parecían sacados de una postal. La calle principal, adornada con macetas de flores de todo tipo, bullía con la actividad tranquila típica de media mañana.

Natalie consultó la pequeña lista que había anotado en su teléfono. Necesitaba algunos artículos de aseo personal que le daba vergüenza incluir en el pedido semanal de la mansión. La idea de que Dante revisara una lista que incluyera sus tampones y su crema depilatoria le resultaba mortificante por alguna razón que prefería no analizar.

El letrero de madera de la tienda de la familia de Paul se balanceaba suavemente con la brisa, produciendo un chirrido que parecía formar parte de la banda sonora del pueblo.

La campanilla sobre la puerta anunció su entrada con un tintineo alegre. El interior seguía estando ordenado, con estanterías bien surtidas y una iluminación cálida. Aquel día olía a madera, especias y algo indefinible pero agradable, como páginas de libros viejos.

—¡Natalie! —La voz de Paul surgió desde el fondo, donde organizaba paquetes de café en un expositor—. ¡Y la princesa Kora! Qué sorpresa más agradable.

Se acercó con su sonrisa habitual, aunque Natalie notó que sus ojos se movían brevemente hacia la puerta, como verificando que hubiera ido sola.

—Buenos días, Paul —saludó, maniobrado la sillita entre los pasillos—. Hemos aprovechado el buen tiempo para estirar las piernas.

—Hacéis bien —dijo él, agachándose a la altura de Kora, que lo observaba con esa mezcla de curiosidad y recelo que reservaba para los extraños (para todos menos para Dante)—. Hola, preciosa. ¿Te acuerdas de mí? Soy el que lleva las galletas a tu casa.

Kora lo evaluó unos segundos antes de ofrecer su mordedor como señal de aceptación.

—Es su forma de decir que estás a prueba, pero tienes posibilidades —tradujo Natalie.

Paul rio, incorporándose.

—Eso es más de lo que conseguí de tu jefe —comentó, y aunque mantenía el tono ligero, Natalie detectó cierta tensión en sus palabras.

—Sobre eso... —comenzó, sintiendo un calor incómodo subirle por el cuello—. Quería disculparme por cómo se comportó. Ya sabes

cómo es... Tiene cierta reputación por...

—¿Por comportarse como si tuviera un erizo metido en los calzoncillos? —sugirió Paul con una ceja levantada.

Natalie no pudo evitar soltar una carcajada.

—No iba a expresarlo exactamente así, pero sí, algo por el estilo —admitió, mientras dirigía la sillita hacia el pasillo de productos de higiene—. Es muy protector con su privacidad. No tolera bien a los extraños.

—En aquel momento no era a un extraño a quien no toleraba —respondió Paul, siguiéndola y apoyándose casualmente contra una estantería—. Lo que vi fue a un hombre celoso, Natalie.

Ella se detuvo tan bruscamente que Kora protestó con un balbuceo indignado.

—¿Qué? —Natalie se giró para mirarlo, sorprendida—. Eso es ridículo. Dante no... él no... — titubeó, sintiendo un repentino calor —. No estaba celoso. Es absurdo.

Paul cruzó los brazos, con una expresión que mezclaba diversión y una pizca de resignación.

—Natalie, llevo atendiendo esta tienda desde hace siete años. He visto suficientes dramas en este pueblo como para reconocer cuando un hombre está marcando territorio. Y el señor Eastwood parecía a punto de orinar en círculos a tu alrededor para mantener alejados a otros machos.

—¡Paul! —exclamó Natalie, escandalizada y divertida a partes iguales, mirando rápidamente a Kora como si la niña pudiera entender aquella vulgaridad—. No digas tonterías. Es mi jefe, por el amor de Dios.

—Los jefes también tienen hormonas —replicó él, encogiéndose de hombros—. Y ojos. Y tú eres... bueno, tú.

Natalie centró su atención en examinar minuciosamente las diferentes marcas de champú, aunque dudaba que hubiera alguna diferencia significativa entre ellas.

—Dante Eastwood es así con todo el mundo —insistió, cogiendo una botella al azar—. Es parte de su... encanto.

—Si por «encanto» te refieres a la calidez de un témpano de hielo y la accesibilidad de una fortaleza medieval, entonces sí, rebosaba encanto. —Paul soltó una risita—. Pero esto era diferente, Natalie. Te miraba como... como si yo estuviera robándole algo precioso.

Una sensación extraña revoloteó en el estómago de Natalie, algo entre nervios y una emoción que se negaba a admitir.

—Estás exagerando —dijo, aunque su voz sonó menos convencida—. El señor Eastwood tiene muchas preocupaciones. Es un escritor famoso con plazos que cumplir, una reputación que mantener...

—Y un ama de llaves a la que no quiere compartir —completó Paul, sin malicia, pero con firmeza.

Natalie dejó caer un bote de crema hidratante en su cesta, evitando encontrarse con la mirada de Paul.

—No es... no somos... —comenzó, pero se interrumpió. No sabía exactamente qué quería negar.

El recuerdo de la noche anterior en la terraza, bajo la luz plateada de la luna, con el rostro de Dante tan cerca del suyo, sus dedos rozando suavemente su mejilla... La sensación de que el tiempo se había detenido justo antes de que el llanto de Kora rompiera el hechizo. ¿Había ocurrido realmente? ¿O lo había imaginado, construido desde sus propios deseos inconfesados?

—Vaya, he tocado un punto sensible —observó Paul, pero su tono era amable, sin rastro de burla.

—No es eso —negó Natalie, sacudiendo ligeramente la cabeza —. Es solo que... es complicado. Trabajo para él. Vivo en su casa con mi hija. Cualquier... confusión... podría ser desastrosa.

—No me estoy metiendo —aclaró Paul, levantando las manos en un gesto pacificador—. Solo digo lo que vi. Y lo que vi fue a un hombre que, quiera admitirlo o no, siente algo por ti.

El teléfono de Natalie empezó a vibrar en el bolsillo de su cazadora, interrumpiendo la incómoda conversación. Lo sacó con cierto alivio, pero se detuvo al ver «Número desconocido» en la pantalla.

Dudó, con el pulgar suspendido sobre el móvil. No solía recibir llamadas de números que no tenía guardados. Podría ser cualquiera: publicidad, encuestas, algún servicio al que hubiera dado su número...

O él.

El pensamiento atravesó su mente como un relámpago, dejando tras de sí un rastro de ansiedad. Después de tantos meses sin noticias, ¿por qué ahora? ¿Cómo habría conseguido su nuevo número?

Tragando saliva, deslizó el dedo sobre la pantalla y se llevó el teléfono al oído.

—¿Diga? —Su voz sonó más tensa de lo que pretendía.

Silencio. Solo se escuchaba un débil sonido de fondo, quizás tráfico o voces distantes.

—¿Hola? ¿Quién es? —insistió, sintiendo que el corazón se le aceleraba.

Más silencio, y luego el inconfundible clic de alguien colgando.

Natalie bajó el teléfono lentamente, con una sensación de frío extendiéndose desde su nuca hacia abajo.

—¿Estás bien? —preguntó Paul, frunciendo el ceño con preocupación—. Te has puesto pálida de repente.

—Sí, yo... —comenzó automáticamente Natalie, pero algo en la mirada preocupada de Paul la hizo dudar—. No, la verdad es que no. Esa llamada...

—¿Quién era? —Paul se acercó un paso, instintivamente protector.

—No ha contestado nadie —explicó Natalie, guardando el teléfono con las manos ligeramente temblorosas—. Probablemente sea una llamada equivocada o alguna tontería de publicidad.

Pero mientras lo decía, no podía acallar la voz en su cabeza que susurraba otra posibilidad. Una que había estado temiendo desde que abandonó Londres tan precipitadamente.

Justin.

Habían pasado casi cuatro meses desde la última vez que intentó contactarla. Cuatro meses de paz relativa, de construir una nueva vida lejos de sus manipulaciones y sus arrebatos. Cuatro meses pensando que quizás, por fin, había entendido que todo había terminado.

Pero conocía a Justin. Su obstinación. Su incapacidad para aceptar un «no» como respuesta. Su convicción de que Natalie y Kora le «pertenecían» de alguna retorcida manera.

—Natalie… —La voz de Paul la llevó de vuelta al presente—. ¿Seguro que estás bien? Pareces... asustada.

Kora, quizás percibiendo la tensión de su madre, comenzó a agitarse en su sillita, emitiendo pequeños ruiditos de protesta.

—Estoy bien —respondió Natalie con más firmeza, inclinándose para ajustar el cinturón de Kora y aprovechar para ocultar la expresión de su rostro—. Solo me he acordado de que tengo que terminar pronto. Tengo que preparar la comida.

Paul la observó con un evidente escepticismo, pero no insistió.

—Está bien. Déjame ayudarte con la compra, entonces.

Mientras Paul llevaba su cesta hacia el mostrador, Natalie intentó calmar los latidos acelerados de su corazón.

«Estás paranoica —se dijo a sí misma—. Podría ser cualquiera. Una coincidencia, nada más».

Pero mientras pagaba y guardaba la compra en la mochila que colgaba de la sillita, no podía sacudirse la sensación de inquietud, la certeza instintiva de que algo no estaba bien.

—Gracias, Paul —dijo, forzando una sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta—. Y perdona.

Paul la miró con una intensidad que sugería que veía más de lo que ella hubiera querido revelar.

—Si necesitas cualquier cosa, Natalie, lo que sea... estoy aquí, ¿de acuerdo? No solo como el tipo que vende champú y reparte la compra.

La sinceridad en su voz la conmovió.

—Gracias —dijo.

Ya en la calle, Natalie respiró hondo, dejando que el aire fresco despejara su mente. Miró a Kora, que observaba fascinada a un perro que pasaba al otro lado de la calle, completamente ajena a sus preocupaciones.

«No va a encontrarnos —pensó Natalie con determinación—. No permitiré que arruine esto también».

Sin embargo, cuando emprendió el camino de regreso a la mansión, no pudo evitar mirar por encima del hombro varias veces, escudriñando las caras de los transeúntes, buscando una que esperaba (y temía) reconocer.

Su teléfono pesaba en el bolsillo como una piedra, cargado de posibilidades inquietantes. ¿Debería cambiar de número otra vez?

¿Avisar a alguien? ¿A Dante?

La idea de contarle a Dante lo que había pasado con Justin, las razones por las que había huido de Londres, le provocó una mezcla de sentimientos encontrados. Vergüenza, miedo, pero también un extraño anhelo de compartir esa carga con alguien que, quizás, podría entenderlo.

«No, es ridículo —se dijo, enderezando los hombros mientras aceleraba el paso colina arriba—. Estás sacando conclusiones precipitadas por una simple llamada sin respuesta. No necesitas preocupar a nadie con tus fantasmas».

Y a pesar de aquellas palabras, y mientras la mansión comenzaba a perfilarse en la distancia, imponente contra el cielo azul claro, no pudo evitar preguntarse si sus fantasmas no habrían iniciado ya el camino para encontrarla.

CAPÍTULO 24

La luz de media mañana se filtraba por los ventanales del estudio, trazando figuras doradas sobre el suelo. Dante, completamente absorto en su manuscrito, apenas registraba el paso del tiempo o los ocasionales trinos de los pájaros que se posaban en el alféizar.

Sus dedos volaban sobre el teclado con una fluidez que había olvidado que poseía. Palabras, frases y párrafos fluían como un río desbordado después de una sequía de años. El cursor avanzaba implacable, devorando el blanco del documento Word que durante tanto tiempo lo había torturado.

«Eleanor se detuvo en el umbral del invernadero, con el sol dibujando destellos cobrizos en su cabello oscuro. Sus ojos, de un azul imposible que cambiaba como el mar según la luz, escudriñaron la estancia hasta posarse en la figura solitaria que observaba las orquídeas.»

Dante se detuvo un instante, releyendo lo que acababa de escribir. Azul imposible. Cabello oscuro. Soltó un bufido.

—Por el amor de Dios, Eastwood, ¿podrías ser menos obvio? —murmuró para sí mismo, pasándose una mano por el pelo ya

despeinado tras horas de trabajo—. Lo siguiente será que la protagonista tenga una hija adorable y cante canciones infantiles mientras limpia la casa.

A pesar de su propia burla, no pudo evitar sonreír. Había algo liberador en admitir, al menos para sí mismo, que Eleanor era cada vez menos un personaje de ficción y más un reflejo apenas disfrazado de Natalie Watson.

A esas alturas había poca duda al respecto.

Tomó un sorbo del café ya frío y volvió a posar los dedos sobre el teclado.

«—No pretendía molestar —dijo Eleanor, con esa voz que combinaba fortaleza y dulzura en proporciones perfectas—. Solo quería ver si las semillas de begonia habían germinado ya.»

—Podrías intentar ser más original, joder —se recriminó, aunque en su tono había más ironía que reproche—. ¿Qué será lo próximo? ¿Que los protagonistas estén a punto de besarse en una terraza bajo un cielo estrellado?

Dante se recostó en el sillón de cuero, contemplando la pantalla con una mezcla de fascinación y perplejidad. El bloqueo creativo que lo había atenazado durante casi cuatro años se había esfumado como la niebla bajo el sol de la mañana. Las palabras, que antes se negaban obstinadamente a aparecer, ahora fluían sin problema.

Y todo gracias a una mujer que nunca debió haber ido a la mansión. Que no debía estar allí.

—La ironía es deliciosa —reflexionó, girando ligeramente en el sillón para mirar hacia el jardín—. Cuando Óscar la contrató, estabas dispuesto a ser el anfitrión más insoportable de la historia para que huyera despavorida.

Y hasta cierto punto, lo fue.

Recordó con claridad aquella primera mañana, cuando se había propuesto firmemente ser tan hosco y desagradable que Natalie no duraría ni una semana. Después de todo, ¿quién se creía su hermano que era para enviarle una niñera disfrazada de ama de llaves? Como si él, un hombre adulto, no pudiera gestionar su propia vida.

—Es por tu bien, Dante —imitó la voz de su hermano con una teatralidad exagerada—. Necesitas a alguien que mantenga esa casa habitable. No puedes seguir viviendo como un ermitaño excéntrico el resto de tu vida.

Dante sonrió ante la ironía.

Óscar estaría insoportablemente satisfecho si supiera que tenía razón, que Natalie no solo había conseguido quedarse, sino que había transformado la mansión, y no solo en lo físico.

—Si le digo que tenía razón, jamás dejará de restregármelo por la cara —murmuró, volviendo la vista hacia la pantalla—. El muy capullo viviría para recordármelo en cada ocasión que pudiera durante los próximos cuarenta años.

Un pensamiento lo asaltó, haciéndole fruncir el ceño. ¿Cuarenta años? ¿Realmente se había permitido imaginar a Natalie en su vida durante tanto tiempo?

—Te estás adelantando, idiota —se regañó, dando un golpecito al teclado sin presionar ninguna tecla—. La chica trabaja para ti. Temporalmente. Tiene una vida entera por delante. Proyectos. Sueños. Cosas que no incluyen a un escritor misántropo, que vive aislado y con más equipaje emocional que una terminal del aeropuerto.

Pero la idea de la mansión sin Natalie y la pequeña Kora resultaba sorprendentemente desoladora. Se había acostumbrado a los gorjeos de la niña resonando por los pasillos, a encontrarse tazas de café preparadas exactamente como le gustaban, a esas pequeñas

confrontaciones con Natalie donde ella, con una buena dosis de sarcasmo, no le permitía salirse con la suya solo por ser el dueño de la casa.

—Qué predecible eres —suspiró—. Tan decidido a mantener a todos a distancia y ahora estás completamente desarmado por una mujer con una sonrisa demasiado sincera y una niña que lanza peluches con una puntería olímpica.

Volvió a concentrarse en la pantalla, decidido a aprovechar la inspiración mientras durara. Sus dedos retomaron su danza sobre el teclado, transformando pensamientos en palabras a una velocidad que ni él mismo podía seguir conscientemente.

«Eleanor tenía esa cualidad, pensó Jacob, de hacer que los espacios vacíos parecieran repentinamente habitados. No solo por su presencia física, sino por algo más intangible, una especie de luz que irradiaba desde su interior y que hacía que las sombras retrocedieran. Era como si toda la casa hubiera estado conteniendo la respiración hasta que ella llegó.»

Dante se detuvo, sorprendido por la vulnerabilidad que acababa de plasmar en el papel. Durante unos segundos sopesó borrarlo, sustituirlo por algo menos revelador. Pero no lo hizo. Había una verdad ahí, una que quizás solo podía permitirse reconocer a través de la ficción.

—Patético —murmuró, aunque sin mucha convicción—. El brillante Dante Eastwood, reducido a un adolescente incapaz de procesar sus sentimientos excepto a través de personajes inventados.

Un ruido en el jardín captó su atención. Se levantó y se acercó a la ventana, apartando ligeramente la cortina. Thomas estaba podando los rosales, tarareando una melodía que no alcanzaba a identificar. La ausencia de Natalie y Kora se hizo de pronto evidente.

—¿Dónde estarán? —se preguntó, escudriñando el jardín como si pudieran materializarse entre los arbustos.

Consultó su reloj de pulsera.

Era casi la una.

Normalmente, a esa hora Natalie estaría en la cocina preparando la comida, con Kora instalada en su trona, experimentando creativamente con cualquier alimento a su alcance.

—No es asunto tuyo —se recordó, volviendo a su escritorio—. No te debe explicaciones. No es tu... nada.

Sin embargo, no pudo evitar sentir una extraña inquietud. ¿Seguiría en el pueblo? ¿Se habría encontrado con ese tal Paul, el repartidor de la sonrisa fácil y los ojos demasiado atentos?

—Y ahora estás celoso de un tipo que vende latas de atún —se burló de sí mismo—. Brillante evolución personal, Dante.

Intentó volver a concentrarse en la novela, pero la inspiración parecía haberse evaporado. Las palabras, que hace unos minutos fluían, ahora se resistían como si hubiera vuelto a su bloqueo habitual.

Frustrado, guardó el documento y cerró el portátil. Ochenta y seis páginas en menos de una semana. Su editor iba a sufrir un infarto de felicidad cuando se lo comunicara.

—Y todo gracias a ella —murmuró, levantándose para estirar las piernas—. La mujer que intentaste ahuyentar. La que no querías aquí.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios mientras recordaba todas las pequeñas batallas que habían librado: ella, determinada a hacer su trabajo; él, igualmente decidido a demostrar que no la necesitaba.

—Y mírate ahora —dijo en voz alta, dirigiéndose a su reflejo en el cristal de la ventana—. Ansioso porque regrese, preocupado por

su paradero, convirtiéndola en la protagonista de tu maldita novela...

El sonido de la puerta principal abriéndose lo interrumpió. Se tensó, agudizando el oído. Los inconfundibles gorjeos y gritos de Kora resonaron en el vestíbulo, seguidos por la voz de Natalie, más suave, probablemente pidiéndole que bajara el volumen.

Una sensación cálida se expandió por su pecho, tan intensa que casi resultaba vergonzosa.

—Definitivamente, estás jodido, Eastwood —murmuró, pero no pudo evitar sonreír, más tranquilo ahora que habían regresado.

Quizás Óscar tenía razón después de todo.

CAPÍTULO 25

La tarde se había convertido en una batalla contra el reloj. Lo que había comenzado como un simple resfriado infantil se transformó, en cuestión de horas, en un episodio febril que arrancaba gemidos de dolor de la garganta de Kora.

Natalie, con el rostro contraído por la preocupación, comprobaba la temperatura de su hija cada pocos minutos, como si el termómetro digital pudiera cambiar su veredicto por pura insistencia.

Fuera, la lluvia golpeaba los ventanales con furia. En poco tiempo se había formado una de esas tormentas primaverales, cerniéndose sobre la mansión y convirtiendo el paisaje en una acuarela de grises y azules oscuros.

—38,7 grados —murmuró Natalie, apartando el termómetro digital de la frente sudorosa de Kora—. No baja, cariño, todavía no baja.

La pequeña se revolvía inquieta entre las sábanas, con las mejillas encendidas por la fiebre y los ojos vidriosos. Su pelo rubio, habitualmente rebelde, se pegaba a su frente por el sudor.

—Ma-ma... —gimoteó, extendiendo una manita hacia Natalie.

—Sé que te duele, mi vida, lo sé —respondió Natalie, acariciándole la mejilla con cariño—. El jarabe te ayudará pronto, te

lo prometo.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus palabras. Dante asomó la cabeza, con una expresión que Natalie nunca le había visto antes: preocupación mezclada con algo parecido a inquietud.

—¿Cómo está? —preguntó, entrando completamente en la habitación.

Llevaba una bandeja con lo que parecía ser té, algunos medicamentos y un cuenco que desprendía vapor.

—Todavía sigue igual —respondió Natalie, sin apartar los ojos de su hija—. La fiebre sigue subiendo. Ya le he dado el antipirético, pero...

Su voz se quebró ligeramente. No quería mostrar debilidad, no delante de Dante (ni de nadie), pero la preocupación de que a su pequeña le pudiera pasar algo era más poderosa que cualquier fachada de fortaleza que intentara mantener.

Dante depositó la bandeja sobre la mesita de noche y, para sorpresa de Natalie, se sentó al borde de la cama, junto a ella.

—Thomas ha preparado un caldo de pollo —explicó, señalando el cuenco humeante—. Dice que es la receta de su abuela, que «cura desde resfriados hasta corazones rotos», según sus palabras exactas.

Una sonrisa tenue se dibujó en los labios de Natalie a pesar de la angustia.

—No estoy segura de que pueda comer nada ahora mismo —murmuró, observando cómo Kora se removía inquieta en la cuna.

—Lo dejaremos aquí, por si acaso —respondió Dante, y luego, tras una pausa que pareció contener mil palabras no pronunciadas, añadió—: ¿Hay... hay algo que pueda hacer?

Natalie levantó la mirada, encontrándose con esos ojos grises que, por primera vez desde que lo conocía, no ocultaban sus

emociones tras capas de ironía o desdén. Lo que vio fue una preocupación real.

—Ya está haciendo mucho —respondió con sinceridad—. Gracias.

Un trueno sacudió los cristales de la ventana, haciendo que Kora se sobresaltara y comenzara a llorar.

—Shhh, mi amor, solo es la tormenta —susurró Natalie, tomándola en brazos.

La meció suavemente, tarareando una nana improvisada mientras le acariciaba la espalda. Dante observaba la escena con una mezcla de admiración y desconcierto, como si estuviera presenciando un ritual de una cultura completamente ajena a la suya.

—Na-na... —pidió Kora con su incipiente lengua de trapo, aferrándose al cuello de su madre.

—¿La de la luna? —preguntó Natalie, y al recibir un débil asentimiento, comenzó a cantar con voz suave pero firme—: «La luna se ha perdido en un mar de algodón...»

Para su absoluta sorpresa (tanto que estuvo a punto de caérsele la mandíbula al suelo), una segunda voz se unió a la suya después de los primeros versos. Una voz grave y decidida. Dante estaba cantando, con los ojos fijos en algún punto indeterminado de la pared, como si quisiera evitar el asombro evidente que se reflejaba en el rostro de Natalie.

—«Y un barco de papel la busca por los rincones del cielo...» —continuaron juntos.

Kora levantó la mirada hacia Dante, con los ojos brillantes por la fiebre, pero también por algo parecido a la fascinación. Sus pequeños labios se curvaron en la primera sonrisa de la tarde.

—Vaya, Dante Eastwood canta —murmuró Natalie, como si acabara de descubrir una verdad universal.

—Parece que sí —respondió él, con la sombra de su habitual sarcasmo regresando a su voz—. Aunque no se lo mencione a nadie. Tengo una reputación de bestia que mantener —bromeó.

Natalie no pudo contener una risa suave, que sonó casi como un suspiro de alivio en medio de la tensión del momento.

—Su secreto está a salvo con nosotras —le aseguró—. Aunque no prometo no utilizarlo como material de chantaje en el futuro.

Dante arqueó una ceja, pero sus labios delinearon un amago de sonrisa.

—Eso suena a algo que haría, señorita Watson —dijo.

Natalie se mordisqueó el labio mientras lo miraba de reojo.

Las horas se deslizaban como gotas de agua por un cristal empañado. Lentas, pesadas, dejando un rastro de ansiedad a su paso.

La medianoche llegó y se fue, pero ninguno de los tres consideró la posibilidad de dormir.

Thomas, que insistió en quedarse «por si hacía falta algo», se había acomodado en una butaca del pasillo, donde cabeceaba de vez en cuando sin llegar a conciliar el sueño del todo.

Dentro de la habitación, Natalie vigilaba a Kora, comprobando su temperatura, cambiándole los paños húmedos y susurrando palabras de consuelo cada vez que la pequeña se agitaba en sueños inquietos.

Dante, por su parte, se había instalado en el alféizar de la ventana, con la espalda apoyada contra el marco de madera y una taza de café entre las manos. Observaba alternativamente el paisaje

que estaba dejando la tormenta y la tierna escena entre madre e hija, como si no terminara de comprender cómo había llegado a formar parte de aquel cuadro casero.

—Debería intentar dormir un poco —sugirió en voz baja, rompiendo un silencio que solo interrumpía la respiración agitada de Kora—. Puedo quedarme vigilando.

Natalie negó con la cabeza sin apartar la mirada de su hija.

—No podría dormir, aunque quisiera —respondió, pasándose una mano por el pelo despeinado—. Pero gracias.

—¿Al menos quiere un café? ¿O prefiere té? —insistió Dante, incorporándose—. Necesita mantener las fuerzas.

Algo en su tono, una mezcla de preocupación y determinación, hizo que Natalie finalmente levantara la vista.

—Un té estaría bien —dijo, ofreciéndole una sonrisa cansada—. Gracias.

Él asintió brevemente y salió de la habitación.

En su ausencia, Natalie se permitió un momento de vulnerabilidad. Apoyó la frente contra el borde de la cuna y cerró los ojos, dejando que sus pulmones se vaciaran con un suspiro. No eran solo el miedo y el agotamiento; era también la confusión que sentía ante aquel nuevo Dante Eastwood, tan diferente del hombre hosco que la había recibido semanas atrás.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Kora? —susurró a su hija dormida—. Todo esto es tan... complicado.

El sonido de pasos acercándose la hizo recomponerse rápidamente. Cuando Dante regresó con una taza humeante, Natalie ya había secado sus lágrimas y volvía a mostrar esa fortaleza tranquila que parecía definirla.

—Earl Grey con un toque de miel —anunció él, tendiéndole la taza—. Thomas jura que es mejor que cualquier reconstituyente de

farmacia.

—Thomas parece tener remedio para todo —observó Natalie, aspirando el reconfortante aroma—. Es un tesoro.

—Sí, lo es —afirmó Dante, volviendo a su puesto en la ventana —. Aunque nunca se lo digas directamente o se volverá insoportable.

La sonrisa que compartieron, breve pero cómplice, flotó entre ellos como una pompa de jabón.

Kora se movió, emitiendo un gemido suave. Natalie dejó la taza a un lado y devolvió toda su atención a la niña. Le tocó la frente y sus hombros se relajaron visiblemente.

—Está más fresca —murmuró, como si temiera que decirlo en voz alta pudiera romper el hechizo—. Creo que la fiebre está bajando.

La sacó de la cuna y la tumbó en su cama para que estuviera más fresca. La cuna de pronto parecía una jaula.

Dante se acercó, inclinándose sobre la niña para comprobarlo por sí mismo. Posó su mano grande y ligeramente áspera sobre la frente de Kora con una delicadeza sorprendente.

—Tiene razón —confirmó, y la tensión que había mantenido sus hombros rígidos durante horas pareció disolverse parcialmente—. La crisis está pasando —apuntó.

Natalie lo miró, realmente lo miró por primera vez aquella noche que parecía interminable. Dante Eastwood, el escritor huraño y gruñón, tenía el pelo revuelto, sombras oscuras bajo los ojos y una barba incipiente cubriéndole las mejillas. Y, aun así, había algo indudablemente atractivo en su aspecto, en la preocupación real por una niña que, técnicamente, no era nada suyo.

—¿Por qué se ha quedado? —preguntó sin poder contenerse—. Podría habernos dejado con Thomas. No es... no es su responsabilidad.

Dante pareció sorprendido por la pregunta.

Se enderezó, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón. La expresión de su rostro parecía reflejar cierta incomodidad.

—Yo... —comenzó, y luego se detuvo, como si las palabras se negaran a organizarse de manera coherente en su cabeza—. Supongo que me preocupo por ella. Es… muy pequeña.

La sencillez de su respuesta, desprovista de su habitual escudo de sarcasmo, dejó a Natalie momentáneamente sin habla.

—No siempre he sido un ermitaño gruñón, ¿sabe? —continuó Dante, volviendo a la ventana como si la tormenta que sacudía el cielo fuera más fácil de enfrentar que los ojos de Natalie—. Hubo un tiempo en que sabía cómo... relacionarme con la gente, en el que me preocupaba por lo que pasaba a mi alrededor.

Natalie comprendió que estaba siendo testigo de algo raro y valioso: Dante Eastwood bajando sus defensas.

—¿Qué cambió? —preguntó en tono suave.

La tormenta fuera pareció calmarse, como si la naturaleza también quisiera escuchar su respuesta.

Dante permaneció en silencio tanto tiempo que Natalie pensó que no respondería. Cuando finalmente habló, su voz sonó distante, como si viajara desde un lugar muy lejano en el tiempo.

—Se llamaba Catherine —dijo simplemente—. Y murió en un accidente de tráfico.

El peso de aquellas palabras pareció materializar una presencia invisible en la habitación.

Natalie contuvo la respiración, temiendo que cualquier reacción por su parte pudiera romper aquel momento de confesión.

—Habíamos tenido una discusión —continuó Dante, con la mirada fija en la oscuridad del jardín—. No quería acompañarme a la

presentación de mi último libro. Había quedado con… —Carraspeó —… con alguien. —Su voz se quebró ligeramente—. Un camión perdió el control en una curva. Fue instantáneo, según dijo la policía.

Natalie se levantó sin pensar y se acercó a él. No lo tocó, intuyendo que ningún contacto físico sería bienvenido en aquel momento, pero se colocó lo suficientemente cerca como para que supiera que estaba ahí.

—Lo siento mucho —dijo con sinceridad.

Sin embargo, Natalie supo casi con total certeza que aquella historia escondía algo más, aunque era imposible saber qué.

—Gracias —se limitó a decir Dante—. Quizá si no hubiéramos discutido…

A Natalie no le gustó la parte de la frase que había dejado suspendida en el aire. ¿Se estaba culpando por la muerte de su novia?

—Eso no puede saberlo —dijo Natalie sin poder contenerse—. La vida no funciona así. No podemos controlar todo lo que sucede, por mucho que lo intentemos.

Dante se giró para mirarla, y la intensidad de sus ojos grises, bajo la tenue luz de la lámpara, hizo que Natalie contuviera la respiración.

—Habla como alguien que ha aprendido esa lección por las malas —observó.

En ese momento fue Natalie quien desvió la mirada.

—Supongo que todos tenemos nuestros fantasmas —murmuró.

Un silencio lleno de expectación se instaló entre ellos, como si Dante esperara que ella continuara. Natalie suspiró, volviendo a mirar a Kora, que dormía más tranquilamente.

—Su padre… —dijo finalmente, señalando con un gesto a su hija—… fue mi última lección sobre el control y sus límites.

—¿Qué pasó? —preguntó Dante, con curiosidad en su voz.

Natalie se mordió el labio inferior, debatiéndose entre la vieja costumbre de guardarse sus heridas y la extraña necesidad de compartir esa parte de sí misma con él.

—Justin… —comenzó, y el nombre mismo parecía dejar un sabor amargo en su boca—… era encantador, brillante… hasta que dejó de serlo. Me enamoré de él como una adolescente, rápido y sin reservas. Cuando decidimos tener un hijo, pensé que formaríamos una familia. Pero… no fue así.

Se acercó a la cama, y acarició suavemente el pelo de Kora mientras continuaba hablando.

Dante había permanecido completamente inmóvil mientras ella hablaba, como una estatua de sal.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó con una calma que contrastaba con la rigidez de su mandíbula.

—No lo sé —respondió Natalie con sinceridad—. Y tampoco quiero saberlo. Él no es bueno para nosotras. Ni para Kora ni para mí.

Dante asintió levemente, procesando la información. Podía hacerse una idea de a qué se refería.

—Por eso este trabajo era tan importante para usted —dijo, no como una pregunta sino como algo que acababa de comprender—. Un nuevo comienzo. Lejos.

—Exactamente —confirmó Natalie—. Un lugar donde nadie nos conociera, donde pudiéramos empezar de cero. —Lo miró—. Pero apareció usted, con su mejor versión de bestia malhumorada, intentando que huyéramos despavoridas.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Dante.

—No era mi mejor momento —admitió—. Aunque, en mi defensa, diré que soy bastante constante en mi misantropía. No

discrimino a nadie.

—Qué considerado por su parte —replicó Natalie, y ambos compartieron una risa suave, casi íntima.

El silencio que siguió fue diferente al anterior; más cómodo, como una manta compartida en una noche fría.

—Somos dos víctimas de la vida, ¿no? —comentó Dante, y sus palabras sonaban casi afectuosas.

—Prefiero pensar que somos supervivientes —corrigió Natalie—. Con cicatrices, sí, pero seguimos aquí.

Dante la miró como si la viera por primera vez, o quizás como si finalmente la viera completamente.

—Supervivientes… —repitió, saboreando la palabra—. Me gusta cómo suena.

Natalie le dirigió una sonrisa.

El primer rayo del amanecer se coló por una abertura entre las cortinas, dibujando una línea dorada en el suelo de madera. La tormenta había pasado, dejando tras de sí un cielo que prometía un azul despejado.

Natalie comprobó una vez más la temperatura de Kora. La niña dormía profundamente, con la frente fresca y la respiración regular. El alivio la golpeó con tanta fuerza que sintió que sus piernas podrían ceder. Se dejó caer en la butaca junto a la cuna, exhausta pero inmensamente agradecida.

—Está bien —susurró, más para sí misma que para Dante—. Por fin ya no tiene fiebre.

—Debería descansar —sugirió él, acercándose—. Ha sido una noche muy larga.

Natalie quiso protestar, pero su cuerpo traicionó su determinación y su protesta. Sus párpados pesaban como plomo, y la adrenalina que la había mantenido alerta comenzaba a disolverse, dejando tras de sí un agotamiento abrumador.

—Solo un rato —murmuró, acomodándose junto a Kora en la cama.

Lo último que recordó fue el sonido de los pájaros iniciando su canto matutino y la sensación de unos ojos grises observándola con algo parecido a la ternura.

Dante observó a madre e hija dormir. Sus respiraciones acompasadas como si siguieran una partitura invisible. La luz del amanecer las bañaba en tonos de color rosa y azul pálido, suavizando los rasgos de Natalie y haciendo que el pelo claro de Kora brillara con reflejos dorados.

Se acercó silenciosamente y cogió una manta del armario. Después la extendió sobre ambas con gestos cuidadosos, temiendo despertarlas. Entonces se permitió un momento para contemplarlas, grabando en su memoria la imagen de paz que desprendían.

—Me estás salvando sin saberlo —susurró a Natalie, tan bajo que las palabras apenas perturbaron el aire.

Luego salió de la habitación, cerrando la puerta con delicadeza. Thomas, que ya estaba despierto y preparando café, le ofreció una taza.

—La pequeña está mejor —informó Dante, aceptando la taza—. Ambas están durmiendo.

Thomas asintió, con una sonrisa sabia, que sugería que entendía mucho más de lo que decía.

—Me alegro —dijo.

—Iré a acostarme un rato —continuó Dante—. Avísame cuando despierten.

—Por supuesto, señor —respondió Thomas, y luego, con una audacia inusual en él, añadió—: Ha hecho lo correcto quedándose con ellas, señor, si me permite la observación. Es bueno en los momentos malos, saber que se tiene apoyo, que se cuenta con alguien.

Lo decía por Natalie, claro. Al fin y al cabo, estaba sola con su pequeña hija en aquella enorme mansión, lejos de su familia.

Dante lo miró sorprendido, pero no encontró palabras para responder. Simplemente se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió hacia su habitación, donde sabía que no conseguiría dormir a pesar del cansancio. Había demasiados pensamientos que procesar, demasiadas emociones nuevas para las que no tenía nombre.

A varios kilómetros de distancia, en un punto donde el camino rural se convertía en poco más que un sendero boscoso, un coche negro avanzaba lentamente. El conductor, un hombre de rostro afilado y mirada impaciente, consultaba repetidamente el GPS mientras maldecía la mala señal del lugar.

—Joder, tiene que estar por aquí —murmuró, reduciendo aún más la velocidad cuando los árboles comenzaron a espesarse alrededor del camino.

Detuvo el vehículo cuando el sendero se bifurcó, indeciso sobre qué dirección tomar.

Sacó del bolsillo una fotografía arrugada: Natalie sonreía a la cámara, con una Kora recién nacida en brazos. El hombre acarició el rostro de Natalie con el dedo pulgar, en un gesto que podría parecer tierno si no fuera por la dureza de su expresión.

—Te encontraré, Nat —prometió al aire—. No puedes esconderte para siempre.

Arrancó nuevamente el motor y tomó el camino de la derecha, el que, sin saberlo, lo conduciría directamente hacia la mansión Eastwood.

CAPÍTULO 26

La mañana amaneció despejada, como si la tormenta de la noche anterior hubiera lavado el mundo para dejarlo resplandeciente.

Los rayos de sol se colaban por las cortinas entornadas de la habitación, donde Natalie despertaba lentamente. Durante un instante se sintió desorientada, confusa.

Recordó la fiebre de Kora, la noche en vela, y la conversación íntima con Dante. Su confesión sobre Catherine. Su propia revelación sobre Justin.

Se incorporó con cuidado para no despertar a Kora, que dormía plácidamente a su lado, con las mejillas recuperando su color natural y la frente fresca (por fin). Alargó la mano y le acarició el pelo con infinita ternura.

—Buenos días, mi vida —susurró, aunque la pequeña seguía dormida—. Parece que lo peor ya ha pasado.

Un vistazo al reloj le indicó que había dormido más de lo esperado. Las diez de la mañana. Nunca se permitía levantarse a esas horas, pero el cansancio de la noche anterior le había pasado factura.

Se levantó con sigilo, estiró sus músculos agarrotados, desperezándose, y se dirigió al cuarto de baño para refrescarse.

El espejo le devolvió una imagen que le hizo fruncir la nariz: pelo revuelto, ojeras pronunciadas y la ropa arrugada tras haber dormido con ella puesta.

«Estás para ir a una gala», pensó con ironía.

Se lavó la cara con agua fría, intentando espabilarse, y se recogió el pelo en un moño improvisado del que escaparon varios mechones.

El ruido del motor de un coche proveniente del jardín rompió la tranquilidad, captando su atención.

¿Sería una visita? ¿A esas horas? En las semanas que llevaba en la mansión, nunca había aparecido nadie sin anunciarse. Bueno, y anunciándose tampoco. A Dante no le gustaban las visitas.

Natalie se asomó por la ventana para ver un reluciente descapotable rojo estacionando frente a la entrada principal.

Un hombre joven salió del vehículo. Alto, delgado, con un traje azul marino y unas gafas de sol con pinta de ser muy caras. Se quitó las gafas con un gesto fluido, revelando unos ojos grises idénticos a los de Dante.

Natalie lo reconoció al instante. Era Óscar Eastwood.

—¡Thomas! —exclamó el recién llegado al jardinero que había salido a recibirlo—. ¡Qué alegría verte, viejo zorro!

La risa de Thomas flotó en el aire.

—Señor Óscar, siempre es un placer tenerlo de vuelta —respondió Thomas con una formalidad que no lograba ocultar su afecto.

El ruido hizo que Kora se despertara.

Natalie se volvió hacia ella cuando la oyó balbucear. La pequeña estaba frotándose los ojos con sus pequeños puños.

—Buenos días, mi amor —dijo, cogiéndola en brazos y dándole un cariñoso beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

Tocó su frente con la mano y comprobó que no había ni rastro de fiebre. El alivio que sintió fue enorme.

—Eres una campeona —le dijo con un pequeño saltito.

Kora soltó una carcajada. Tenía el rostro somnoliento.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres desayunar?

La niña dio unas cuantas palmadas con las manos.

Natalie bajó las escaleras con Kora apoyada en la cadera, siguiendo el sonido de las voces que provenían de la cocina.

—... es absolutamente ridículo que sigas aislado aquí como un ermitaño medieval —decía la voz de Óscar, con un deje de afectuosa exasperación—. El mundo sigue girando ahí fuera, hermanito, aunque te empeñes en ignorarlo.

—No todos necesitamos estar constantemente rodeados de gente para sentirnos realizados, Óscar —respondió Dante, y Natalie pudo imaginar perfectamente su ceño fruncido acompañando esas palabras—. Algunos preferimos la paz y el silencio.

—La paz y el silencio tienen su lugar, pero esto ya roza la necrofilia social —replicó Óscar, seguido de una carcajada que sonaba como campanillas.

Natalie se encontró sonriendo ante el intercambio entre ambos hermanos. Respiró hondo y entró en la cocina, sintiendo una curiosidad que no podía reprimir.

Los dos hombres se giraron hacia ella al mismo tiempo. La imagen era fascinante: como mirar dos versiones alternativas del mismo molde genético. Donde Dante era todo ángulos marcados y expresión grave, Óscar era líneas suaves y sonrisa radiante. Compartían los mismos ojos grises, pero mientras los de Dante parecían guardar secretos, los de Óscar invitaban a compartirlos.

—Señorita Watson —exclamó Óscar, extendiendo los brazos hacia ella.

Se acercó y tomó su mano para besarla teatralmente, ignorando por completo la mirada asesina de Dante.

—Señor Eastwood —saludó Natalie—. Qué sorpresa tenerlo aquí.

—Por favor, llámame Óscar —dijo él con una sonrisa deslumbrante, todo dientes blancos y perfectos—. «Señor Eastwood» me hace sentir como mi padre, y créeme, nadie quiere eso. O como mi hermano, que es aún peor.

—Gracias —dijo Dante con ironía.

Óscar agitó la mano en el aire, restando importancia a su hermano.

—Hola, pequeña —dijo con voz suave, inclinándose hacia Kora —. Eres mucho más encantadora que cuando te vi hace algunas semanas. Y veo que has conquistado al ogro de mi hermano. Es una hazaña impresionante para alguien que apenas tiene... ¿cuánto tiempo tiene?

—Once meses —respondió Natalie—. Cumplirá un año en tres semanas.

—Ya casi un añito —comentó Óscar, extendiendo un dedo que Kora atrapó con sorprendente fuerza—. ¡Vaya agarre! Será una excelente negociadora.

Natalie no pudo evitar sonreír. Óscar tenía ese efecto, era como un rayo de sol forzándose a entrar en una habitación oscura. Y lo conseguía, aunque fuera a trompicones.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —preguntó Dante, en un tono que sugería que «honor» no era precisamente la palabra que tenía en mente.

—¿Necesito una razón para visitar a mi hermano favorito? —respondió Óscar, robando una manzana del frutero que había encima de la mesa.

—Soy tu único hermano —apuntó Dante.

—Ese es un dato irrelevante. —Óscar le guiñó un ojo a Natalie mientras mordía la manzana—. La verdad es que estaba preocupado. Hace tres meses que no respondes a mis llamadas, seis que no contestas mis emails, y la última vez que revisé tus redes sociales seguías con la misma foto de perfil del 2019.

—No uso redes sociales —gruñó Dante—. Las odio.

—Precisamente por eso estoy aquí. —Óscar se instaló cómodamente en una silla, como si la cocina fuera el salón de su casa—. He venido a asegurarme de que seguías vivo y no te habías convertido en el fantasma oficial de tu propia mansión.

Kora, aburrida de estar en los brazos de Natalie, comenzó a removerse inquieta. Empezó a lloriquear extendiendo sus bracitos hacia Dante.

—Ya, cariño —dijo Natalie, tratando de tranquilizarla.

Pero la niña seguía estirando los brazos hacia Dante. Finalmente, para sorpresa de todos, él se acercó para cogerla.

—No hace falta que… —comenzó Natalie.

—No pasa nada —contestó Dante—. Está bien —murmuró, ajustando su posición para sostener mejor a la niña.

Con una delicadeza sorprendente en un hombre tan grande, empezó a mecerla suavemente. Kora se calmó al instante, apoyando su cabecita en el hombro de Dante.

Óscar observaba la escena con una expresión de asombro total. ¿Aquello era una alucinación o qué estaba pasando?

—Bueno, bueno —dijo. Su mirada saltó de Dante a Natalie y de Natalie a Dante—. Parece que me he perdido algunas cosas.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Dante, ignorando deliberadamente el comentario.

—Un par de días o tres, nada más —respondió Óscar con ligereza—. Lo suficiente para asegurarme de que no te has convertido completamente en un ermitaño y para conocer mejor a tu encantadora ama de llaves y su adorable hija —añadió con intención.

Su mirada se posó en Natalie, algo que hizo que Dante frunciera el ceño.

—Señorita Watson, tiene trabajo que hacer —dijo Dante, seco —. Y yo también. No todos vivimos de las rentas.

—Y vivo bastante bien, por cierto, querido hermano —comentó Óscar con una sonrisa de satisfacción—. A mí no me gusta jugar a ser Heathcliff en los páramos, el protagonista atormentado de *Cumbres Borrascosas.*

Natalie contuvo una risa, ganándose una mirada amonestadora de Dante.

—¿Encuentra esto divertido? —le preguntó.

—Un poco, la verdad —admitió ella, sin ningún atisbo de arrepentimiento—. Es refrescante ver que alguien puede pincharle sin temer por su vida.

Óscar soltó una carcajada.

—¡Me gustas cada vez más, Natalie! —exclamó—. Dime, ¿cómo soportas vivir con este oso gruñón?

—Tenemos un acuerdo tácito —respondió ella, comenzando a preparar el biberón de Kora—. Él gruñe, yo ignoro sus gruñidos, y ambos fingimos que no nos caemos bien.

Dante resopló, pero algo parecido a una sonrisa bailaba en las comisuras de sus labios.

—Es una dinámica fascinante —comentó Óscar, observándolos con sumo interés—. Entonces, Natalie, ¿qué hace una mujer como tú trabajando para un misántropo como mi hermano? Porque cuando

te contraté, juro que pensé que no durarías ni una semana, a pesar de mi optimismo.

—Necesito el trabajo —respondió ella simplemente—. Y pese a la creencia popular, tu hermano no es tan terrible como jefe. Siempre que respetes su espacio y no intentes hacerlo «socializar» —dijo, haciendo la señal de las comillas en el aire con los dedos.

—Estoy aquí —se quejó Dante.

—Lo sabemos —respondió Óscar con una dulzura exagerada—. Es difícil ignorar casi dos metros de malhumor concentrado.

Dante puso los ojos en blanco. A veces su hermano era insoportable. Bueno, no a veces, siempre.

La mañana transcurrió con Óscar dominando cada conversación, contando anécdotas sobre sus viajes, sus negocios y, para consternación de Dante, historias embarazosas de su infancia.

—¿Sabías que una vez Dante escribió una carta de amor tan melodramática a la hija de la vecina que la madre se pensó que era de un adulto y se echó las manos a la cabeza? —le contaba a Natalie mientras desayunaban—. Tenía doce años y ya escribía como un Brontë con indigestión.

Dante dejó escapar un suspiro.

—Si has terminado de humillarme —interrumpió, empujando su taza vacía—, tengo trabajo que hacer.

—Oh, vamos —protestó Óscar—. Si apenas he empezado con las anécdotas jugosas. Aún no le he contado a Natalie aquella vez en Venecia cuando te caíste de la góndola.

Dante se levantó bruscamente, con una expresión que Natalie había aprendido a interpretar como su límite de paciencia social.

—Estaré en mi estudio —anunció—. No me molestes a menos que el mundo esté acabándose. Y aún así, llama primero.

Cuando salió, un silencio cayó sobre la cocina, roto solo por los balbuceos, las pedorretas y los gritos de Kora desde la trona.

—No ha cambiado nada —suspiró Óscar, con una mezcla de exasperación y afecto—. Siempre huyendo cuando las cosas se dirigen a un plano personal.

Natalie observó la puerta por donde Dante había desaparecido.

—Es una persona… compleja —dijo finalmente.

—Eso es quedarse corto. —Óscar la miró con curiosidad—. ¿Cómo lo soportas realmente? No es fácil vivir con él en sus mejores días, así que cuando tiene días malos, y desde lo de Catherine...

Se interrumpió, como si hubiera hablado de más.

—Sé lo de Catherine —dijo Natalie en tono suave—. Me ha hablado algo sobre ella. No mucho, pero algo sí.

Óscar se enderezó en la silla, visiblemente sorprendido.

—¿Te ha hablado de Catherine? —dijo, incrédulo—. ¿Mi hermano? ¿En serio?

Natalie asintió, incómoda por haber mencionado algo que claramente era importante.

—Ayer fue… una noche difícil —explicó vagamente—. A veces es más fácil hablar en la semipenumbra.

Óscar la miraba con una intensidad nueva, como si estuviera reevaluándola por completo.

—Interesante —murmuró finalmente—. Muy interesante.

La tarde llevó consigo un tiempo inestable, con nubes grises amenazando otra tormenta.

Natalie estaba en el salón, ordenando algunas cosas mientras Kora gateaba enérgicamente por la alfombra, persiguiendo una pelota.

—¿Puedo unirme a la fiesta? —preguntó Óscar, apareciendo en el umbral con un paquete de colores—. He traído un pequeño regalo para la señorita Kora.

Se sentó en el suelo junto a la niña, que lo miró con interés. De la caja extrajo un pequeño xilófono de madera con colores brillantes.

—Para la futura artista de la casa —explicó, mostrándole cómo golpear suavemente las teclas con el palito.

Natalie sonrió.

—Es muy bonito —comentó, sorprendida por aquel detalle.

Kora observó el artilugio fascinada y luego, con sorprendente precisión para su edad, imitó el movimiento, produciendo un sonido alegre que la hizo soltar una carcajada.

—¡Mira eso! —exclamó Óscar, encantado—. ¡Tenemos un prodigio musical entre nosotros!

Un minuto después estaban los dos en el suelo. Óscar inventando canciones absurdas mientras Kora golpeaba el xilófono con entusiasmo. Natalie observaba la escena con una sonrisa en los labios, asombrada de la naturalidad con la que Óscar había conectado con su hija.

Fue así como los encontró Dante cuando entró en el salón una hora después.

Se detuvo en seco, contemplando el espectáculo de su elegante hermano tumbado boca abajo en la alfombra, haciendo muecas exageradas para deleitar a Kora, que se reía a carcajadas.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, en un tono que intentaba ser neutral, pero sonaba irritado.

—¡Hermano! —exclamó Óscar, sin levantarse—. Únete a nosotros. Estamos componiendo la próxima gran sinfonía. La llamaremos «Oda a la Mansión Sombría».

—Paso —respondió, seco, pero sus ojos se fijaron en Kora, que al verlo estiró los bracitos hacia él, su señal inequívoca de «quiero que me cojas».

Algo se suavizó en la expresión de Dante. Se acercó y levantó a la pequeña, que inmediatamente se agarró a su camisa y apoyó la cabeza en su hombro, con esa confianza absoluta que tenía hacia él.

—Parece que tienes una admiradora incondicional —comentó Óscar, levantándose del suelo con elegancia—. Siempre has tenido ese efecto en las damas. Es el aire de misterio de hombre atormentado que te rodea, supongo.

—No digas tonterías —murmuró Dante, mientras su mano acariciaba suavemente la espalda de Kora.

Natalie sintió una extraña opresión en el pecho ante aquella imagen. Había algo profundamente conmovedor en ver a ese hombre grande y sombrío sosteniendo con tanta delicadeza a su pequeña.

—La cena estará lista en media hora —anunció, rompiendo el momento—. Iré a prepararla.

En la cocina, se tomó un momento para respirar hondo, llenando los pulmones.

No quería examinar demasiado de cerca por qué la imagen de Dante con Kora la afectaba tanto, ni por qué el hermano de su jefe parecía estudiarla con esa mirada que sugería que veía más de lo que ella quería mostrar. O que sabía algo que ella no sabía.

Sacudió la cabeza.

La cena transcurrió con Óscar dominando de nuevo la conversación, como parecía ser su estado natural. Contaba historias sobre las últimas tendencias de Londres, sobre los chismes de la jet set, y de vez en cuando (que era muy a menudo) lanzaba comentarios con la misión específica de irritar a su hermano.

—Entonces, Natalie —dijo, mientras comían el postre—, ¿cómo es que una mujer tan encantadora como tú está sola? Con una hija tan adorable, imagino que los pretendientes harán fila.

Dante se tensó visiblemente.

—Eso no es asunto tuyo, Óscar —gruñó.

—Solo muestro interés en la vida de tu empleada —respondió Óscar con falsa inocencia—. ¿No es lo que hace un buen jefe?

Natalie intervino antes de que la tensión aumentara.

—No tengo tiempo para relaciones —respondió—. Kora y mi trabajo son mi prioridad ahora.

—Noble, pero innecesario —insistió Óscar, inclinándose hacia ella con una sonrisa—. Una mujer puede tenerlo todo: carrera, familia... amor.

Su mirada se detuvo deliberadamente en ella, amigable y cálida. Natalie sintió un ligero rubor subir por sus mejillas, no tanto por el coqueteo sino por la intensidad con que Dante los observaba.

—El amor está sobrevalorado —afirmó Dante—. Como bien demuestra tu historial de relaciones desastrosas.

—Al menos yo tengo un historial —replicó Óscar—. Tú te has convertido en un monje. No es natural.

La tensión se cortaba con un cuchillo. Natalie se excusó para ir a acostar a Kora, agradecida por la escapatoria.

Más tarde, cuando la casa estaba en silencio y Kora dormía profundamente, Natalie se permitió un momento de paz en el porche trasero. La noche era fresca pero no fría, con estrellas salpicando el cielo despejado tras la tormenta pasajera de la tarde.

—¿Molesto? —preguntó una voz a sus espaldas.

Óscar se apoyó en el marco de la puerta, sosteniendo dos copas de vino.

—Me pareció que podrías necesitar una —explicó, alargando el brazo—. Lidiar con mi hermano requiere de vez en cuando de un poco de alcohol.

Natalie aceptó la copa con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias. Y no, no molestas.

Óscar se sentó a su lado en el escalón del porche, contemplando el jardín bajo el azul oscuro de la noche.

—Este lugar es precioso —comentó—. Entiendo por qué Dante eligió este lugar para esconderse del mundo.

—No creo que se esté escondiendo —respondió Natalie—. Solo... sanando.

Óscar giró el rostro y la miró con curiosidad.

—Lo defiendes mucho para ser alguien a quien él trata con tanta brusquedad.

Natalie se encogió de hombros.

—Veo más allá de esa brusquedad —dijo simplemente—. No es tan difícil cuando te acostumbras.

—Genial —murmuró Óscar, estudiándola—. ¿Sabes? Cuando te contraté, esperaba que fueras competente, pero no pensé que lo fueras tanto.

—¿Eso es un cumplido?

—El más sincero —confirmó él, con una sonrisa curvando la comisura de sus labios—. Eres exactamente lo que mi hermano necesitaba, aunque él sea demasiado terco para admitirlo.

Su mano se posó sobre la de ella en un gesto que podría interpretarse como amistoso o algo más.

—Eres una mujer extraordinaria, Natalie —murmuró, inclinándose ligeramente hacia ella.

—¿Interrumpo? —La voz fría de Dante los sobresaltó a ambos.

Estaba en la puerta, con una expresión que habría hecho retroceder a cualquier ejército, o a cualquiera que valorara mínimamente su vida. Óscar, claramente, carecía de él.

—Solo estamos teniendo una conversación amistosa bajo las estrellas —respondió con ligereza, sin retirar su mano de la de Natalie—. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

—No —espetó Dante—. Señorita Watson, Kora está llorando.

Natalie dejó la copa y se levantó de inmediato, preocupada.

—No la he oído por el monitor...

—Acaba de empezar —explicó Dante, su expresión se suavizó ligeramente al dirigirse a ella—. Pasaba por el pasillo y la escuché.

—Gracias —dijo Natalie sinceramente, pasando junto a él para entrar—. Buenas noches, Óscar.

—Dulces sueños, Natalie —respondió él con una sonrisa que hizo que Dante entornara los ojos.

Cuando Natalie desapareció en el interior, los hermanos se quedaron solos, enfrentándose en un silencio que de pronto parecía muy cargado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó finalmente Dante, con voz controlada.

—Siendo amable con tu ama de llaves —respondió Óscar, tomando un sorbo de vino—. ¿Es un crimen?

—Sabes perfectamente lo que estás haciendo.

Óscar sonrió lentamente, con esa sonrisa que siempre había sacado de quicio a su hermano desde que eran niños.

—¿Te molesta?

Dante lo fulminó con la mirada.

—Es inapropiado.

—¿Por qué? Es una mujer adulta y soltera. Yo soy un hombre adulto y soltero. No veo el problema.

—Trabaja para mí —gruñó Dante—. Y tiene una hija pequeña. No necesita tus jueguecitos.

Óscar se levantó, enfrentando a su hermano con una expresión súbitamente seria.

—¿Estás seguro de que es eso lo que te molesta? ¿O es que no soportas verla sonreír conmigo?

Dante se tensó visiblemente.

—No digas gilipolleces.

—No son gilipolleces y lo sabes —insistió Óscar—. Te gusta, Dante. Probablemente más de lo que estás dispuesto a admitir, incluso a ti mismo.

—No tengo tiempo para esto —murmuró Dante, girándose para entrar.

—Huir no cambiará la verdad —le recordó Óscar—. Tarde o temprano tendrás que enfrentarla.

Dante se detuvo, sin volverse.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes —respondió Óscar en un tono más ligero—. Y por primera vez en años, me alegra decir que estoy orgulloso de tu gusto. Es extraordinaria y preciosa. Y no tiene nada que ver con Catherine.

Dante lo miró de reojo, en silencio.

Dentro de la casa, Natalie mecía a Kora, que se había despertado por culpa de una pesadilla. Tarareaba suavemente una nana, intentado que se durmiera, pensando en la extraña tensión entre los hermanos Eastwood. En cómo Dante la había mirado al encontrarla con Óscar. En ese destello de... ¿qué? ¿Posesividad? ¿Celos?

«No, no puede ser —se dijo a sí misma, negando con la cabeza —. Es tu jefe. Nada más.»

Pero mientras Kora volvía a dormirse en sus brazos, no pudo evitar preguntarse por qué su corazón se aceleraba cuando pensaba en la forma en que Dante la miraba, en la forma en que sostenía a su hija. O por qué, de los dos atractivos hermanos Eastwood, era el gruñón y no el encantador quien ocupaba sus pensamientos antes de dormir.

CAPÍTULO 27

Una lluvia fina caía sobre los acantilados, envolviendo la mansión en una cortina plateada que difuminaba los contornos del paisaje. El cielo plomizo de aquella mañana parecía reflejar la inquietud que Natalie sentía desde hacía días sin motivo aparente. Una sensación molesta, como cuando sabes que has olvidado algo importante pero no consigues recordar qué.

Con Kora profundamente dormida en su siesta matutina, Natalie repasaba la lista de compras semanal en la cocina.

El sonido del reloj de pared marcaba un ritmo monótono, interrumpido ocasionalmente por el crepitar de la chimenea que Thomas había encendido para combatir la humedad que se colaba por los rincones de la antigua mansión.

El timbre discreto de la puerta trasera la sacó de sus pensamientos. Con un vistazo al monitor de bebé para asegurarse de que Kora seguía durmiendo, se dirigió hacia la entrada de servicio mientras se ajustaba el delantal. Sabía perfectamente quién era: miércoles, once y cuarto de la mañana, día de entrega del pedido semanal.

Al abrir, se encontró con Paul, empapado bajo su impermeable negro y sosteniendo varias cajas que parecían a punto de deslizarse de sus brazos.

—Paul, entra antes de que te conviertas en parte del paisaje acuático —lo saludó, haciéndose a un lado.

El chico entró con paso rápido, dejando un reguero de gotas a su paso. Su pelo rubio se pegaba a la frente, y sus mejillas estaban sonrojadas por el esfuerzo y el frío.

—Gracias, Natalie —respondió, depositando con cuidado las cajas sobre la mesa de la cocina—. Este tiempo es una pesadilla para las entregas. Creo que el mar está intentando trepar por los acantilados.

—No me extrañaría —comentó Natalie—. Yo a veces tengo la misma sensación.

Mientras Paul se bajaba la capucha del impermeable, lanzó una mirada furtiva hacia la puerta que conducía al pasillo principal. Natalie reconoció de inmediato su gesto; lo hacía cada vez que iba a la mansión.

—¿Está... mmm... la Bestia en casa? —preguntó en voz baja, como si Dante pudiera materializarse con solo mencionar su nombre.

Natalie no pudo evitar sonreír.

—Tranquilo, lleva encerrado en su estudio prácticamente desde anoche —le aseguró—. Está teniendo unos días bastante inspirados. Según dice: «el mundo podría acabarse y no merecería su atención hasta que termine el siguiente capítulo.»

Los hombros de Paul se relajaron visiblemente.

—Me alegro. La última vez que estuve aquí me miró como si estuviera considerando usarme como personaje de sacrificio en su próxima novela.

Natalie se echó a reír.

—Solo estaba teniendo un mal día —lo defendió, aunque sabía que Dante poseía un talento especial para intimidar sin esfuerzo y que casi todos los días eran malos para él—. Además, ya sabes que

su cara de enfado es su expresión predeterminada. La tiene por defecto, como la configuración de fábrica de un electrodoméstico.

Paul soltó una pequeña carcajada mientras comenzaba a descargar los productos.

—Es increíble que trabajes para él. Yo no duraría ni un día.

—Es más corteza que tronco —respondió Natalie, ayudándolo a organizar la compra—. ¿Cómo va todo en la tienda?

—Bien. —Paul se encogió de hombros, sacando una caja de leche—. La señora Finch sigue insistiendo en que su gato tiene gustos gourmet y solo come atún importado de Japón, el señor Mitch discute por el precio del pan cada día como si fuera la primera vez, y mi padre sigue pensando que necesito una novia con tanta urgencia, que intenta emparejarme con cualquier chica que entre en la tienda.

Natalie rio, imaginando al entrañable señor Wilson haciendo de celestina improvisada.

—Tu padre solo se preocupa por ti.

—Lo sé, pero su último intento fue con la sobrina del párroco, que tiene cincuenta años y colecciona figuras de porcelana de gatos. Cincuenta años, Natalie —enfatizó Paul con un horror cómico en el rostro.

—Bueno, los gatos son adorables —bromeó ella.

Mientras sacaban los últimos productos, Natalie notó que Paul parecía inusualmente pensativo, mirando repetidamente hacia ella como si quisiera decir algo, pero no se atreviera. Finalmente, tras guardar la última lata de conserva, Paul se apoyó contra la encimera y carraspeó.

—Oye, Natalie... hay algo que creo que deberías saber.

Algo en su tono hizo que ella se detuviera.

Un escalofrío le recorrió la espalda, fruto de esa intuición que nunca fallaba cuando se avecinaban problemas.

—¿Qué pasa? —preguntó, intentando que su voz sonara casual mientras cerraba la nevera.

Paul se mordió el labio inferior, claramente incómodo.

—Ayer vino un tipo a la tienda. Un forastero. Preguntó específicamente por «la chica que vive en la mansión de los acantilados», argumentando que era un pariente tuyo.

El aire abandonó los pulmones de Natalie. Su mano se aferró instintivamente al borde de la encimera mientras sentía cómo la sangre huía de su rostro. El sonido de la lluvia contra las ventanas se intensificó en sus oídos, como un zumbido amenazante.

—¿Qué... qué aspecto tenía? —logró preguntar, con la boca repentinamente seca.

Paul frunció el ceño al notar su reacción.

—Alto, bien vestido. Pelo rubio, peinado hacia atrás, muy arreglado. Llevaba un abrigo negro elegante, de esos caros. Tenía acento de Londres, pero intentaba disimularlo, como si quisiera parecer de por aquí. —Hizo una pausa y añadió—: Parecía... no sé, demasiado pulcro, como el modelo de un anuncio de colonia que cobra vida.

Cada palabra era como un golpe para Natalie.

Justin.

Tenía que ser él.

Todo encajaba.

Natalie sintió que las rodillas le fallaban y se dejó caer en una de las sillas de la cocina. El recuerdo de su sonrisa encantadora, que tan bien escondía la crueldad que había detrás, apareció vívido en su mente.

—Natalie, estás pálida como una sábana. —Paul se acercó, preocupado—. ¿Lo conoces? ¿Sabes quién es?

Ella tragó con dificultad, obligándose a respirar hondo. Una, dos veces. Las náuseas que comenzó a sentir amenazaban con hacerla correr al baño más cercano.

—Es... es mi ex —confesó, mirando instintivamente hacia el monitor para asegurarse de que Kora seguía durmiendo—. No terminamos bien. No quiero verlo. Nunca.

No era toda la verdad, pero era suficiente. No podía explicarle a Paul que Justin no era solo un exnovio resentido; era un hombre peligroso, manipulador, capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería. Y lo que ahora parecía querer era encontrarla.

«¿Cómo demonios ha dado conmigo?», pensó Natalie, sintiendo una punzada de pánico.

Había sido muy cuidadosa, extremadamente meticulosa al esconder sus huellas cuando había huido de Londres con Kora para que no pudiera rastrearla.

Paul se agachó frente a ella, con una expresión que mezclaba preocupación y determinación.

—Oye, tranquila. No le dije nada —aseguró—. De hecho, le comenté que debía de estar confundido, que en la mansión solo vivía un escritor gruñón con su jardinero. Mi padre hizo lo mismo.

Una oleada de agradecimiento inundó a Natalie. Sin saberlo, los Wilson le habían dado tiempo para pensar, para prepararse.

—Gracias, Paul —dijo, tomando su mano—. Esto es importante para mí. Muy importante. No quiero que sepa nada de nosotras. No es... no es seguro.

Una sombra de comprensión cruzó el rostro del chico.

—¿Te hizo daño? —preguntó, con una dureza impropia de su carácter habitualmente jovial.

Natalie desvió la mirada hacia la ventana, donde las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal.

—Digamos que hay razones por las que me fui de Londres y terminé aquí —respondió, al cabo de unos segundos—. Razones por las que prefiero que no sepa dónde estoy, ni que Kora está conmigo.

Paul asintió, apretando ligeramente su mano antes de soltarla y ponerse de pie.

—No te preocupes. Si vuelve a preguntar, seguiremos sin saber nada —prometió—. Y le avisaré a mi padre para que haga lo mismo. Somos buenos guardando secretos.

Le ofreció una sonrisa tranquilizadora, y Natalie intentó devolvérsela, aunque sentía como si un peso frío se hubiera instalado en su estómago.

—Te lo agradezco mucho, de verdad.

—Para eso están los amigos, ¿no? —respondió Paul, recuperando su tono jovial, aunque sus ojos seguían preocupados—. Además, aquí nadie traiciona a la chica que mantiene a raya a La Bestia.

Natalie soltó una risa débil, agradeciendo su intento de aligerar el ambiente.

Después de que Paul se marchara, prometiendo mantenerse alerta y de avisarla si Justin volvía a aparecer, Natalie se quedó inmóvil en la cocina. El sonido de la lluvia había disminuido a un suave repiqueteo, pero la tormenta en su interior crecía. Y crecía.

Justin estaba cerca. Buscándola. A ella y a Kora. A su pequeña niña.

Con manos temblorosas, se acercó al fregadero, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Necesitaba calmarse, pensar con claridad. Por Kora. Siempre por Kora.

El monitor emitió un gorjeo suave, señal de que la niña comenzaba a despertarse. Natalie se enderezó y cogió una bocanada de aire, obligándose a recobrar la compostura. No podía permitir que su hija percibiera su miedo. Los niños eran mucho más perceptibles de lo que parecía.

Mientras subía las escaleras hacia la habitación de Kora, su mente giraba en torno a una decisión que debía tomar: contarle a Dante lo que estaba sucediendo.

Por un lado, tenía derecho a saber que un extraño estaba haciendo preguntas sobre su casa y quienes vivían en ella. Por otro, revelarle la verdad significaría exponerse completamente, contar una historia que había mantenido celosamente guardada desde que había llegado a la mansión.

«Podría entenderlo», pensó, recordando cómo Dante, bajo esa fachada de perpetua irritabilidad, había demostrado una sensibilidad y comprensión que pocos creían que tenía. Cómo había acogido a Kora y a ella misma, ofreciéndoles un refugio sin hacer demasiadas preguntas.

Pero también podría decidir que el riesgo era demasiado grande. Que no quería problemas ajenos en su santuario de creatividad. Que ella y su complicada situación no merecían alterar la paz por la que tanto había luchado tras su propio drama personal.

Al abrir la puerta de la habitación, encontró a Kora sentada en su cuna, frotándose los ojitos con sus pequeñas manos mientras bostezaba con la boca de par en par. Tenía los rizos revueltos y la piel sonrosada. Era la imagen de la inocencia perfecta. Su razón de vivir. De luchar. De huir si fuera necesario. Lo haría de nuevo con tal de que Justin no diera con su paradero. Sí, lo volvería a hacer sin dudarlo. Iría al fin del mundo, si hiciera falta.

—Hola, mi amor —susurró, levantándola en brazos y abrazándola con fuerza.

Kora rio, ajena al torbellino de emociones que sacudía a su madre, y le palmeó las mejillas con sus manitas tibias.

—Ma-ma —balbuceó, con esa sonrisa que mostraba sus cuatro diminutos dientes.

Natalie cerró los ojos un momento, saboreando la palabra, recordándose por qué había tomado decisiones tan drásticas y por qué volvería a tomarlas si fuera necesario.

—Sí, mi vida. Mamá está aquí. Y siempre va a cuidar de ti —le prometió, dándole un beso en la frente.

Después de cambiarle el pañal y ponerle ropa limpia, bajó con ella a la cocina para preparar su biberón. La normalidad de los gestos cotidianos le ayudaba a mantener a raya el pánico.

Mientras calentaba la leche, escuchó pasos firmes acercándose por el pasillo. El característico andar de Dante. Respiró hondo, intentando recomponer su expresión.

Cuando Dante entró en la cocina, con el pelo revuelto y esa barba de tres días que se dejaba cuando estaba inmerso en su trabajo, Natalie se obligó a sonreír con normalidad.

—El ermitaño sale de su cueva —bromeó, intentando que su voz sonara ligera.

—¿Ya no soy La Bestia? —preguntó él.

—A ratos —contestó Natalie—. ¿Café?

Dante gruñó algo que sonó vagamente a un «sí» y se dejó caer en una silla. Kora, desde su trona, comenzó a agitar los brazos emocionada al verlo.

—¡Da-Da! —exclamó, su nuevo sonido favorito que sospechosamente se parecía a «Dante».

Una casi imperceptible sonrisa suavizó el rostro de Dante.

—Hola a ti también, pequeña invasora —murmuró, extendiendo un dedo que Kora atrapó con entusiasmo.

Natalie los observó mientras servía el café.

Era extraño cómo aquel hombre que había proclamado odiar a los niños y quejarse constantemente del ruido que hacía Kora, ahora permitía que le babeara la camisa y tirara de su pelo largo sin apenas protestar.

—¿Cómo va el capítulo? —preguntó, colocando la taza frente a él.

Dante tomó un sorbo largo antes de responder.

—Como si intentara extraer mis propios dientes con unos alicates oxidados —gruñó.

—¡Santo Dios! —exclamó Natalie, haciendo una mueca con el rostro—. Vaya descripción más explícita.

Dante levantó los ojos y la miró fijamente por encima del borde de la taza, con esa intensidad que parecía traspasar cualquier barrera. Natalie se concentró en darle el biberón a Kora, evitando su mirada.

—¿Está bien? —preguntó él, sorprendiéndola.

Natalie carraspeó.

—¿Yo? Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo? —dijo.

—Porque su mano está temblando desde que he entrado —señaló Dante con calma—. Y porque esa sonrisa falsa que intenta mantener no engañaría ni a Thomas, y eso que tiene miopía.

Natalie se quedó inmóvil, con el biberón a medio camino de la boca de Kora. Durante un momento, consideró contárselo todo. Desahogarse. Descargar el peso que sentía sobre sus hombros. Pedirle consejo, o simplemente compartir su miedo.

Pero al mirar a Dante, vio las profundas ojeras bajo sus ojos, el cansancio evidente tras noches de insomnio trabajando, la tensión en sus hombros por la presión de salir de ese bloqueo del escritor del que todo el mundo hablaba y por el que tanto estaba siendo

criticado. De lo que le había contado que había vivido con Catherine. Ya tenía suficientes problemas. Y suficientes demonios.

Además, ¿qué le diría exactamente?

«Ah, por cierto, mi ex, que es un tío peligroso y manipulador, está en el pueblo preguntando por mí. ¿Te importa si nos quedamos aquí mientras intento averiguar cómo protegernos?»

No. No podía hacerle eso.

—Solo estoy un poco cansada —mintió, concentrándose de nuevo en Kora, que estaba protestando porque su madre se había olvidado de darle el biberón. Miró significativamente a la pequeña—. Alguien decidió que las tres de la madrugada era un momento excelente para practicar sus habilidades vocales.

No era del todo mentira. Kora había tenido una noche inquieta, aunque no tanto como sugería.

Dante la estudió un par de segundos más (y no parecía muy convencido, la verdad), pero finalmente asintió.

—Si usted lo dice.

Se quedaron en un silencio incómodo, roto solo por los alegres balbuceos y gritos de Kora mientras comía. Natalie sentía el peso de la mirada de Dante sobre ella, como si intuyera que ocurría algo más.

—¿Ha visto a mi hermano? —preguntó él, cambiando de tema.

—Sí. —respondió Natalie, agradecida por la distracción—. Ha ido al pueblo, por lo que ha dicho.

Dante asintió, apurando su café de un trago.

—Bien. Estaré en mi estudio hasta la cena —dijo—. Si el mundo se acaba antes, golpee tres veces y espere a que responda.

Natalie no pudo evitar poner los ojos en blanco.

Dante se levantó de la silla, revolviéndole el pelo a Kora al pasar, un gesto que se había convertido en costumbre sin que ninguno de los dos, ni él ni Natalie, lo comentara. Antes de salir de la cocina, sin embargo, se detuvo en la puerta y volvió a mirar a Natalie una última vez. Pero no dijo nada. Solo la miró.

Cuando Dante desapareció por el pasillo, Natalie se permitió dejar caer la máscara durante un momento. Apoyó la frente contra la pequeña cabeza de Kora, aspirando su aroma a champú de bebé y galletas, buscando fuerzas.

«No voy a permitir que nos encuentre, que te encuentre —pensó en silencio, con una determinación feroz—. No voy a permitir que te arrebate de mí. Que nos arrebate esto.»

Miró alrededor de la cálida cocina, hacia el pasillo por donde Dante había desaparecido, pensando en la mansión que se había convertido en su refugio. En el hombre malhumorado que, sin saberlo, les había ofrecido más que un trabajo: les había dado un hogar.

No, no le contaría a Dante nada sobre Justin. Al menos, no todavía. Primero necesitaba un plan. Averiguar exactamente qué sabía su ex, cuánto había descubierto, qué pretendía.

Mientras limpiaba las gotas del biberón de la carita de Kora, se dijo que necesitaba estar preparada para lo peor. Justin no se daría por vencido. De hecho, dudaba de que hubiera creído la versión que le habían dado Paul y su padre.

Si algo había aprendido de Justin, era que él nunca dejaba cabos sueltos. Y para él, Natalie y Kora eran precisamente eso: asuntos pendientes que tenía que resolver.

La lluvia había cesado por completo, dejando tras de sí un cielo despejado que prometía un atardecer espectacular. Pero mientras Natalie miraba por la ventana hacia los acantilados, solo podía pensar en nubes oscuras acercándose por el horizonte.

La tormenta estaba llegando. Y aquella vez, no estaba segura de tener un refugio lo suficientemente fuerte para protegerse.

CAPÍTULO 28

La lluvia había dado paso a un sol inesperado que arrancaba destellos de las gotas aún prendidas en las hojas y la hierba del jardín. El aire olía a tierra mojada y salitre, esa peculiar combinación que solo se daba en los acantilados después de una tormenta.

Natalie observaba el cielo despejado desde la ventana de la cocina, con Kora inquieta en sus brazos, como si la pequeña supiera que había llegado el momento perfecto para salir. Después de la conversación con Paul y la aparición de Dante, Natalie necesitaba aire fresco, espacio para pensar y, sobre todo, distraer a su mente de los oscuros pensamientos que la acechaban.

—Parece que alguien está lista para salir a explorar, ¿eh? —murmuró, ajustando el gorrito azul sobre los rizos rebeldes de Kora —. Vamos a aprovechar este milagro meteorológico antes de que el cielo cambie de opinión.

Kora respondió con una serie de gorjeos entusiastas y palmeó las mejillas de Natalie, que no pudo evitar sonreír. Era imposible mantener el miedo a flote cuando tenía esos ojos enormes mirándola con tanta inocencia.

Con decisión, preparó una pequeña manta para extender sobre la hierba, un termo con té caliente, y metió varios juguetes de Kora en una bolsa de lona. La rutina de los preparativos tenía algo tranquilizador, como si al concentrarse en esos pequeños detalles

pudiera mantener a raya los pensamientos sobre Justin y lo que su aparición significaba.

—Venga, cariño. Vamos a poner la «operación baño de sol» en marcha —anunció, cargando todo mientras equilibraba a Kora contra su cadera.

Al salir por la puerta trasera, la luz del sol las envolvió con una calidez sorprendente para la lluvia que había caído por la mañana.

Natalie inspiró profundamente, dejando que el aire limpio y fresco llenara sus pulmones. Durante un momento, casi pudo olvidar sus preocupaciones.

Extendió la manta bajo el almendro que había al lado del invernadero, que proporcionaba la sombra justa, a unos veinte metros de la casa. Desde allí podían ver el mar a lo lejos a través de la verja, un lienzo azul intenso que se fundía con el horizonte.

—¿Qué te parece, Kora? ¿Aprobado? —preguntó, dejando a la pequeña sobre la manta.

Kora respondió poniéndose inmediatamente a gatas y avanzando hacia el borde, decidida a explorar la hierba húmeda.

—Oh no, señorita. Primero nos instalamos —la atrapó Natalie, haciéndole cosquillas en la barriguita, lo que provocó una carcajada cristalina que pareció elevarse en el aire como música.

Mientras organizaba los juguetes alrededor para crear una especie de barrera improvisada, Natalie no se percató de la figura que las observaba desde la ventana de la cocina.

Óscar solo se iba a quedar un par de días en la mansión de su hermano, pero ya había establecido una rutina: despertarse tarde, prepararse un café tan cargado que podría revivir a un muerto (y a

dos), y buscar formas creativas de irritar a Dante. No porque disfrutara torturando a su hermano mayor (bueno, quizás un poco sí), sino porque consideraba que alguien debía sacudir ese caparazón de misantropía que Dante había construido alrededor de su vida. No podía seguir así.

Apoyado contra la encimera, observaba con interés a Natalie y a Kora. La escena tenía algo hipnótico: la forma en que Natalie se movía con esa mezcla de destreza y ternura, cómo su rostro se transformaba completamente cuando sonreía a la pequeña, la naturalidad con la que ambas parecían pertenecer a ese espacio, como si siempre hubieran estado allí, como si fueran parte de él.

—Parece que hay diversión ahí fuera y me la estoy perdiendo —murmuró para sí mismo, tomando un último sorbo de café.

Dejó la taza vacía en el lavavajillas, salió al pasillo y se dirigió hacia el estudio de su hermano. Llamó a la puerta con una melodía improvisada que sabía que irritaba profundamente a Dante.

—Adelante si eres la muerte. Si no, vete —llegó la respuesta desde dentro.

Óscar, sin hacerle ni puñetero caso, entró con una sonrisa despreocupada. Encontró a su hermano mayor encorvado sobre el teclado de su ordenador, con esa expresión de concentración que parecía su estado natural.

—Buenos días, luz de mi vida —se burló con ganas—. Tu optimismo matutino sigue siendo inspirador —lo saludó, dejándose caer en el sofá de cuero que ocupaba una esquina del estudio.

Dante apenas levantó la mirada de la pantalla.

—Son las cuatro de la tarde, y estoy trabajando. ¿Qué quieres?

Óscar fingió indignación, llevándose una mano al pecho.

—¿Necesito una razón para ver a mi hermano favorito?

—No tienes más hermanos, gracias al cielo —respondió Dante, tecleando con fuerza—. Y sí, necesitas una razón. Siempre.

—Vale, me has pillado —dijo Óscar, levantándose para acercarse a la ventana—. Acabo de ver a Natalie y a la pequeña terremoto en el jardín. Hace un día espectacular y he pensado que podríamos unirnos a ellas.

Dante dejó de teclear durante un instante, tan breve que cualquier otra persona no lo habría notado, pero Óscar conocía demasiado bien a su hermano. Hubo una vacilación, un momento de duda.

—Tengo que terminar este capítulo —dijo Dante, retomando su ritmo implacable—. Mi editor está a punto de enviar sicarios a la puerta.

Óscar puso los ojos en blanco de forma tan exagerada que casi parecía que iban a dar una vuelta completa.

—Escribir, escribir, escribir... —canturreó, imitando la voz grave de Dante—. Algún día inventarán un robot que haga eso por ti y entonces descubrirás que hay un mundo ahí fuera. Con sol. Y personas. Y una niña que parece pensar que eres algún tipo de superhéroe malhumorado.

—Kora piensa que todo lo que se mueve es fascinante. La semana pasada se quedó media hora hipnotizada con una polilla —respondió Dante, aunque una casi imperceptible sonrisa suavizó sus facciones serias durante un segundo.

—Aun así —insistió Óscar, acercándose al escritorio—. Venga, Dante. Media hora. Aire fresco. Risas infantiles. Una mujer preciosa. ¿De verdad prefieres quedarte aquí encerrado con tus personajes imaginarios?

La mirada que Dante le lanzó podría haber congelado el infierno y al diablo también.

—Mis «personajes imaginarios» pagan las facturas de este mausoleo que llamas casa.

—Eres millonario —bufó Óscar.

Dante se limitó a sacudir la cabeza, negando.

Óscar dejó escapar un suspiro resignado.

—Vale, contigo no se puede —dijo, levantando las manos en señal de rendición—. Pero mi oferta sigue en pie. Ven a disfrutar de la vida real, aunque sea durante un rato.

—Paso —fue la respuesta cortante de Dante.

Óscar volvió a suspirar, más teatralmente en aquella ocasión.

—Tú te lo pierdes —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Mientras tú te pudres aquí dentro, yo voy a enseñarle a Kora cómo construir el mejor castillo de arena del condado.

Antes de cerrar la puerta, añadió:

—Por cierto, cuando Natalie se ríe, tiene unos hoyuelos en las mejillas que son... bueno, ya los verás… si alguna vez sales de tu cueva.

La puerta se cerró justo a tiempo para evitar el libro que Dante lanzó en su dirección.

En cuanto su hermano abandonó el estudio, Dante dejó caer las manos sobre el teclado, produciendo una serie de caracteres aleatorios en la pantalla. Cerró los ojos un momento, intentando recuperar la concentración que Óscar había hecho añicos con su intrusión.

Siempre había sido así. Desde que eran niños, su hermano menor parecía tener un radar para detectar cuándo Dante estaba más absorto en algo (un libro, un juego, sus deberes) para aparecer y arrastrarlo a alguna aventura. Lo más irritante era que, en el fondo, una pequeña parte de Dante siempre quería dejarse convencer por él.

Con un gruñido de frustración, se levantó y se acercó a la ventana que daba al jardín trasero. Desde allí tenía una vista perfecta de la escena que se desarrollaba bajo el almendro.

Natalie estaba sentada en la manta, con las piernas cruzadas a estilo indio, observando con una sonrisa cómo Kora intentaba mantenerse de pie, aferrada a su tortuga de peluche. La pequeña daba pasos vacilantes, mientras su rostro mostraba una mezcla de concentración absoluta y emoción.

Mientras observaba, Óscar apareció en escena, saludando con un entusiasmo que hizo que Natalie levantara la vista. Incluso desde la distancia, Dante pudo ver cómo su rostro se iluminaba al ver a su hermano.

Y sí, maldita sea, ahí estaban esos hoyuelos en sus mejillas. ¿Acaso se pensaba su hermano que no los había visto? ¿Que no se había dado cuenta? Había que estar ciego.

Algo desagradable se retorció en su estómago cuando vio a Óscar sentarse junto a Natalie en la manta, inclinándose para hacer una mueca cómica a Kora, que respondió con una carcajada que llegó hasta el estudio a pesar de las ventanas cerradas.

—Patético —murmuró para sí mismo, sin estar seguro de si se refería a la escena o a él mismo por observarla como un voyeur solitario.

Pero no podía apartar la mirada. Había algo magnético en la forma en que los tres interactuaban, en la naturalidad con la que Óscar se integraba en ese pequeño universo que Natalie y Kora habían creado. Su hermano siempre había tenido esa habilidad: la de encajar en cualquier situación, la de hacer que la gente se sintiera cómoda a su alrededor casi al instante.

Lo contrario a él, básicamente.

Mientras Dante observaba, Kora soltó su peluche y dio varios pasos tambaleantes hacia Óscar, que extendió los brazos con los ojos abiertos de par en par en un gesto de sorpresa. La niña llegó

hasta él sin caerse, y la expresión de triunfo en su pequeño rostro era tan pura que Dante sintió un nudo extraño en la garganta.

—¡Lo has conseguido, campeona! —La voz de Óscar llegó amortiguada a través del cristal, pero su entusiasmo era evidente cuando levantó a Kora en el aire, haciéndola girar suavemente.

Natalie aplaudía. Su risa se mezclaba con los chillidos de deleite de la niña. Era una imagen perfecta. La luz dorada del sol, risas, el viento jugueteando con el cabello de Natalie, la alegría despreocupada de su hermano, la inocencia radiante de Kora.

Y él estaba ahí arriba, solo, mirando desde la distancia.

Dante se apartó bruscamente de la ventana, como si la escena le quemara.

Se dejó caer de nuevo en su sillón de cuero y miró fijamente la pantalla del ordenador, donde el cursor parpadeaba junto a una línea de texto sin terminar.

¿Qué demonios le pasaba? Tenía trabajo que hacer. Un capítulo que escribir. Un libro que terminar. Una reputación que mantener. No tenía tiempo para... para lo que fuera que estaba sintiendo.

Pero las palabras no venían. En su lugar, su mente seguía reproduciendo la imagen de Natalie sonriendo a su hermano, de Kora en brazos de Óscar, de esa pequeña familia improvisada que parecía tan natural bajo el sol de la tarde.

—¿Son celos? —murmuró para sí mismo. La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla—. ¿Realmente son celos?

La idea era tan absurda que casi se rio en voz alta. ¿Celos de qué, exactamente? ¿De que su hermano supiera cómo interactuar con otros seres humanos sin hacerlos huir? ¿De que Natalie, *SU* empleada, se riera con tanta libertad en presencia de Óscar, cuando con él siempre parecía mantener una cierta reserva?

¿O era algo más básico, más primitivo? ¿La sensación de estar perdiéndose algo importante mientras permanecía encerrado en su

torre medieval?

Dante se pasó una mano por el rostro, sintiendo la aspereza de su barba descuidada.

No, no eran celos. Era... irritación. Fastidio. Sí, eso era.

Irritación y fastidio porque no podía concentrarse con tanto ruido y alboroto en el jardín.

Irritación y fastidio porque su hermano siempre había sido el centro de atención, el carismático, el que hacía reír a la gente.

Irritación y fastidio porque...

Porque en el fondo, una parte de él quería estar ahí abajo con ellos.

—Absurdo —se dijo a sí mismo, empezando un nuevo párrafo en el documento Word—. Totalmente absurdo.

Pero cuando sus dedos tocaron el teclado, en lugar de las oscuras intrigas de su novela, comenzó a escribir:

«Ella río bajo el roble, con la luz filtrándose entre las hojas, y el resplandor sobre su rostro. Los hoyuelos en sus mejillas aparecen y desaparecen como una señal secreta. La niña da pasos vacilantes, sus pequeños brazos extendidos buscando equilibrio, y cuando lo logra, cuando consigue llegar sin caerse, el mundo entero parece celebrarlo con ella...»

Dante se detuvo, contemplando lo que acababa de escribir. Luego, con un gruñido fruto de la frustración, seleccionó todo el texto y lo borró de un golpe.

Intentó de nuevo concentrarse en su novela.

El protagonista estaba a punto de revelar su identidad, la tensión debía ir en aumento, la trama tenía que encajar... pero su

mente seguía desviándose hacia el jardín, hacia las risas que ocasionalmente llegaban hasta su ventana.

Después de veinte minutos de lucha interna, Dante se rindió. Guardó el poco progreso que había hecho aquella tarde, cerró el portátil y se levantó.

Se acercó de nuevo a la ventana, solo para comprobar que los tres seguían allí. En ese momento estaban cogiendo tierra para formar lo que parecía ser un intento de castillo o fuerte.

Suspiró ruidosamente, con una mezcla de resignación y algo que no quería identificar. Que se negaba a identificar.

—¡Y entonces, justo cuando el caballero pensaba que había derrotado al dragón, este se despertó y... AAAGGGR! —Óscar rugió, haciendo que Kora chillara de emoción y se escondiera detrás de Natalie.

—¡Vas a traumatizarla! —rio Natalie, aunque era evidente que la pequeña estaba encantada con el espectáculo, asomándose con una mezcla de miedo fingido y deleite.

Estaban rodeados de montículos de tierra que, con mucha imaginación, podrían considerarse las torres de un castillo. Óscar había insistido en que necesitaban una fortaleza apropiada para defenderse del dragón, que aparentemente era él mismo.

—Los niños adoran el peligro controlado —respondió Óscar con un guiño—. ¿Verdad que sí, princesa Kora?

La niña asintió enérgicamente, aunque probablemente no entendía la pregunta, y luego salió de su escondite para lanzarse contra Óscar, abrazándole con determinación.

—Creo que al dragón acaban de capturarlo —comentó Natalie, recostándose en la manta y disfrutando del sol en su rostro.

Había algo tremendamente liberador en aquel momento. Por primera vez desde la conversación con Paul, había conseguido apartar a Justin de sus pensamientos, concentrándose en el ahora: el cielo azul, el aire fresco, las risas de Kora, la energía contagiosa de Óscar.

—Los mejores dragones siempre se dejan capturar por las princesas más valientes —declaró Óscar con solemnidad, levantando a Kora y haciéndola girar en el aire—. Es la ley de la naturaleza.

Natalie observaba la escena con una sonrisa. En los dos días que llevaba en la mansión, Óscar había demostrado ser todo lo que Dante no era: extrovertido, espontáneo, siempre dispuesto a gastar una broma, con un sentido del humor extraordinario. Y, sin embargo, había algo en ambos hermanos, cierta intensidad en la mirada, una forma de observar el mundo, que revelaba su parentesco más allá del parecido físico.

—¿Siempre has sido así? —preguntó, mientras Óscar se sentaba junto a ella, con Kora instalada cómodamente en su regazo.

—¿Irresistiblemente encantador? —bromeó él, pasándose una mano por el pelo con un gesto teatral.

—Tan... vital —aclaró Natalie, sonriendo—. Tan opuesto a tu hermano.

Óscar adoptó una expresión pensativa, mirando hacia la mansión.

—Dante no siempre ha sido así, ¿sabes? —dijo, con una seriedad inusual en él—. De niños, él era el que se inventaba las mejores aventuras, aunque era yo el que le animaba a hacerlas, el que me leía cuentos cambiando las voces para cada personaje. Tenía una imaginación salvaje.

—¿Qué fue lo que cambió? —preguntó Natalie, intrigada.

Óscar pareció sopesar su respuesta, jugueteando distraídamente con un rizo del pelo de Kora.

—Todo lo que le hizo Catherine. —Se encogió de hombros.

Natalie frunció el ceño.

—¿La culpable de que ahora Dante sea así es de su novia?

—Sí, Catherine le rompió en pedazos —contestó Óscar—. Dante siempre ha sentido las cosas con demasiada intensidad. Es más fácil para él mantenerse apartado que arriesgarse a sentir otra vez.

Natalie asintió, recordando las ocasiones en que había vislumbrado algo más allá de la fachada gruñona de su jefe: la forma en que miraba a Kora cuando pensaba que nadie lo observaba, cómo poco a poco se había ido encariñando con la niña, los pequeños gestos de consideración disfrazados de indiferencia.

—Pareces conocerlo muy bien —comentó.

—Es mi hermano mayor. Mi trabajo es irritarlo, el suyo es protegerme, incluso de mí mismo —respondió Óscar con una sonrisa —. Es un pacto no escrito.

Mientras hablaban, ninguno de los dos notó la figura que se acercaba por el sendero del jardín, hasta que una sombra cayó sobre la manta.

—Vaya, mira a quien tenemos aquí —dijo Óscar. Sonrió, con un brillo triunfal en los ojos—. ¿El capítulo ya está terminado o has venido a estudiar el comportamiento humano para crear tus personajes?

—Vengo a darte un recado. Ha llamado al teléfono fijo un tal Ryan. Al parecer, tienes el móvil apagado y no logra contactar contigo. Habla con él cuando puedas —comentó Dante, con una mirada de advertencia a su hermano que claramente decía «no te pases».

Natalie entreabrió los labios, sorprendida por su aparición (boquiabierta, vamos). Kora, al verlo, comenzó a agitar los brazos con entusiasmo hacia él.

—¡Da-Da! ¡Da-Da! —exclamó, retorciéndose para liberarse de los brazos de Óscar.

La mirada de Dante se posó en Kora, que seguía llamándolo insistentemente.

—Creo que alguien exige tu atención —señaló Natalie, con una sonrisa.

—La pequeña invasora ha hablado —asintió Óscar, liberando por fin a Kora, que inmediatamente se puso a gatas y avanzó hacia Dante con sorprendente velocidad.

Dante se agachó, en un movimiento que parecía casi automático, y extendió una mano hacia la niña. Kora, al alcanzarlo, se aferró a sus pantalones y tiró con fuerza, intentando incorporarse.

—Excelente técnica de escalada —comentó Dante con seriedad, aunque sus ojos se habían suavizado—. Si sigues así, conquistarás el Everest antes de cumplir dos años.

Con movimientos cuidadosos, ayudó a Kora a ponerse de pie, sosteniendo sus pequeñas manos entre las suyas.

—Enséñale lo que has aprendido, Kora —la animó Natalie—. Enséñale al señor Eastwood cómo andas sola.

Dante arqueó una ceja, pero mantuvo su agarre firme mientras la niña se balanceaba sobre sus piernecitas regordetas.

—¿Cuándo ha...?

No terminó la pregunta, porque en ese momento Kora soltó sus manos y dio tres pasos vacilantes, completamente sola, antes de caer sentada sobre la hierba. Hubo un momento de silencio expectante, como si todos contuvieran la respiración, esperando a ver su reacción.

Kora parpadeó, sorprendida, y luego soltó una carcajada, como si acabara de descubrir el secreto más divertido del universo.

—Impresionante —murmuró Dante, y aunque intentó mantener su tono neutral, había en su voz un matiz de algo muy parecido al orgullo.

—¿A que sí? —Natalie no pudo contener su entusiasmo—. Cada vez está más confiada y ya da más pasos que antes.

—No es de extrañar —comentó Óscar, guiñándole discretamente un ojo a su hermano—. Kora es una niña muy avispada.

Para sorpresa de Natalie, Dante se sentó en el borde de la manta, con Kora gateando inmediatamente hacia él como si fuera su nueva persona favorita en el mundo.

—Cinco minutos —dijo Dante, mirando directamente a Natalie, como si necesitara justificar su presencia—. Tengo que volver al trabajo.

—Claro —asintió ella, con una sonrisa que iluminó su rostro—. Cinco minutos.

Mientras el sol comenzaba su lento descenso hacia el horizonte, pintando el cielo de tonos dorados y rosas, los cuatro permanecieron bajo el almendro. Cinco minutos se convirtieron en diez, luego en veinte, y antes de que Dante se diera cuenta, estaba participando en la construcción de un castillo de tierra que Kora echaba abajo con entusiasmo cada vez que alcanzaba cierta altura.

Óscar decidió devolverle la oportuna llamada a Ryan y dejarlos solos. Porque ese había sido su cometido (desde el principio), que su hermano saliera de su cueva, que se relacionara con Natalie y con Kora. Estaba seguro de que ambas lograrían el milagro que desde hacía tanto tiempo deseaba para su hermano, que se olvidara del daño que le había hecho Catherine y volviera a ser el hombre que fue.

CAPÍTULO 29

La mañana en que Óscar tenía pensado regresar a Londres amaneció con un cielo despejado y radiante, casi burlón.

Dante observaba el horizonte desde la ventana de su estudio, taza de café en mano, con esa sensación contradictoria que siempre le provocaban las visitas de su hermano.

Por un lado, cierto alivio ante la perspectiva de recuperar la tranquilidad; por otro, un vacío anticipado que nunca admitía en voz alta. El revoloteo constante de Óscar, sus bromas inoportunas, incluso las intromisiones en su rutina... todo eso se transformaba en silencio una vez que se marchaba, un silencio que, irónicamente, resultaba casi tan perturbador como el caos que dejaba atrás.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no escuchó la puerta abrirse, ni los pasos que se aproximaban a su espalda.

—Vaya cara de funeral, hermanito. Cualquiera diría que lamentas mi partida. —La voz de Óscar, cargada de ese humor perpetuo que parecía su estado natural, lo sobresaltó.

Dante se giró, adoptando inmediatamente esa expresión de fingida indiferencia que reservaba especialmente para su hermano pequeño.

—Solo estaba calculando cuánto ahorrará mi despensa con tu ausencia —replicó, aunque el comentario carecía de una verdadera

mordacidad—. ¿Ya has preparado todo?

Óscar se dejó caer en el sofá junto a la ventana, estirando las piernas con ese aire despreocupado tan característico suyo. Vestía unos vaqueros desgastados negros y un jersey de punto fino de color rojo.

—Todo listo. Mi descapotable ansía volver a la jungla de asfalto —afirmó, jugueteando con un pisapapeles de cristal que había tomado del escritorio—. Pero antes de irme, quería hablar contigo de algo.

Había un matiz en su voz, una seriedad inusual que puso a Dante en alerta. Conocía ese tono. Era el preludio de una conversación que probablemente no quería tener.

—Si es sobre la última botella de Macallan que me quedaba, ya sé que te la has bebido —dijo, intentando desviar el tema, fuera cual fuese.

Óscar sonrió, pero era una sonrisa diferente, más contenida.

—Se trata de Natalie.

Cuatro palabras. Solo cuatro palabras que consiguieron que algo se tensara en el pecho de Dante. Dejó la taza de café sobre el escritorio con estudiada lentitud, ganando tiempo, organizando sus defensas.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó, manteniendo un tono deliberadamente neutro.

—Vamos, Dante. Somos hermanos. Te conozco mejor que nadie. —Óscar dejó el pisapapeles a un lado y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. He visto cómo la miras cuando crees que nadie te está observando. Cómo la escuchas cuando habla, cómo has cambiado desde que ella y la pequeña están aquí.

Dante sintió que su mandíbula se tensaba. Maldito Óscar y su irritante capacidad para leerlo como un libro abierto.

—Es mi empleada —respondió seco—. Y está pasando por una situación complicada. Cualquier persona con un mínimo de decencia...

—No me vengas con esa mierda —le interrumpió Óscar, sin agresividad pero con firmeza—. No estoy juzgándote, ¿sabes? Al contrario. Creo que Natalie es una tía excepcional.

Se levantó y caminó hasta la ventana, deteniéndose justo al lado de Dante para mirar hacia el jardín, donde casualmente Natalie empujaba a Kora en un columpio que había bajo un viejo roble y que Thomas había arreglado.

—Inteligente, generosa, con un sentido del humor que sobrevive incluso a tu constante ceño fruncido —continuó, señalando hacia la escena que se desarrollaba en el exterior—. Y mira cómo es con la niña. Cualquier hombre daría lo que fuera por encontrar a alguien así.

Dante se mantuvo en silencio, pero sus ojos siguieron la dirección que indicaba su hermano. Natalie reía por algo que Kora había balbuceado con su lengua de trapo, y había en su rostro una luz que parecía irradiar desde dentro. Algo en su pecho se contrajo.

—No sé por qué me dices todas esas cosas —murmuró, apartando la mirada.

Óscar soltó una breve carcajada.

—¿Sabes cuál ha sido siempre tu problema, Dante? Te aterroriza sentir y toda la jodida mierda que pasó con Catherine no mejoró el asunto. —Apoyó una mano en el hombro de su hermano—. Pero yo que tú no la dejaría escapar. Personas como ella no aparecen todos los días, y mucho menos llegan a tu casa con una niña adorable en brazos.

Dante se zafó del contacto, moviéndose hacia el escritorio como si necesitara poner distancia entre ellos.

—Estás exagerándolo todo —dijo, reorganizando innecesariamente unos papeles—. Natalie tiene sus propios problemas, su propia vida. Está aquí temporalmente, mientras resuelve... ciertas cuestiones.

Óscar lo observó con una mezcla de exasperación y afecto. Dante siempre era igual.

—Joder, eres más terco que una puñetera mula —sacudió la cabeza con gesto resignado—. Mira, no voy a insistir, y mucho menos a discutir contigo. Solo quería decirte que he estado tres días aquí, y he visto más vida en esta casa con Natalie y Kora que en los últimos cuatro años. Y no es casualidad.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, añadió:

—Ah, y, por cierto, Kora te llama «Da-Da» incluso cuando no estás presente. Natalie intenta corregirla, pero la niña es tan cabezota como tú.

Y con eso, dejó el estudio, cerrando suavemente tras de sí, dejando a Dante inmóvil frente a su escritorio, con una mezcla de emociones encontradas bullendo bajo su aparente calma.

«Da-Da».

Las sílabas resonaron en su cabeza. No debería significar nada. Era solo el balbuceo de una niña que apenas comenzaba a hablar, tratando de decir su nombre. Y sin embargo...

Meneó la cabeza, intentando despejarse. Tenía un manuscrito que terminar, un editor esperando, una rutina que mantener intacta. Lo que Óscar sugería era... complicado. Imposible, incluso. Natalie y Kora habían entrado en su vida como un tornado, alterando todo a su paso, pero eso no significaba...

¿O sí?

Con un suspiro frustrado, Dante se pasó la mano por el rostro. Lo último que necesitaba era la vocecita de Óscar instalada en su

cabeza, susurrándole tonterías sobre sentimientos que no podía (no debía) permitirse. No quería que ninguna historia se repitiese.

En el vestíbulo principal, la maleta de Óscar esperaba junto a la puerta, mientras él terminaba de recoger sus últimas pertenencias dispersas por la mansión. Natalie, con Kora en brazos, repasaba mentalmente si había olvidado incluir algo en el pequeño paquete de provisiones para el viaje que había preparado para él.

—Un sándwich vegetal, galletas caseras, una botella de agua y... —murmuraba para sí misma.

—¿Eso es para mí? —preguntó Óscar, bajando las escaleras con una chaqueta de cuero sobre el hombro—. Natalie Watson, eres un ángel caído del cielo. ¿Estás segura de que no quieres venir a Londres conmigo? Te prometo una habitación con vistas al Támesis.

Natalie rio, entregándole la bolsa.

—¿Y abandonar todo esto? —bromeó, señalando a su alrededor —. El encanto gótico, la niebla perpetua, la lluvia, los fantasmas... ¿Dónde encontraría algo así en la aburrida capital?

—Sin olvidar la encantadora compañía de mi hermano, por supuesto —añadió Óscar, guiñándole un ojo, mientras cogía la bolsa —. Tan sociable, tan expresivo...

—Te estoy oyendo. —La voz de Dante resonó desde lo alto de la escalera, donde estaba de pie con expresión impasible—. Si has terminado de difamarme en mi propia casa, tu coche lleva media hora esperando.

Bajó los escalones con esa elegancia contenida tan propia de él, que contrastaba con los movimientos espontáneos y despreocupados

de su hermano. Natalie siempre se sorprendía de cómo dos personas criadas en el mismo entorno podían ser tan diferentes: Óscar era como una llama danzarina, brillante y cálida; Dante, más bien como un glaciar, aparentemente frío, pero con una profundidad insondable bajo la superficie.

—Siempre tan puntual para las despedidas —comentó Óscar, acercándose a su hermano—. Casi podría pensar que estás ansioso porque me vaya.

A pesar del comentario sarcástico, ambos hermanos se fundieron en un abrazo breve pero afectuoso.

Natalie desvió la mirada, sintiendo que presenciaba algo privado, íntimo, una grieta en la armadura formal que Dante siempre mantenía.

—Cuídate, idiota —murmuró Dante, dándole una palmada en la espalda a su hermano.

—Tú también, Bestia —respondió Óscar, y luego, inclinándose ligeramente, añadió en un susurro que Natalie no alcanzó a oír—: Piensa en lo que te he dicho. Sobre Natalie.

Se separaron y Óscar se giró hacia Natalie y Kora, abriendo los brazos con gesto teatral.

—¡Y ahora, mis chicas favoritas! —exclamó, acercándose para abrazar a ambas—. Kora, pequeño terremoto, no crezcas demasiado hasta mi próxima visita. Y tú —miró a Natalie con un afecto que casi la sorprendió—, sigue iluminando este mausoleo con tu presencia.

Kora, que había estado inusualmente tranquila durante la despedida, entretenida con su peluche de tortuga, de pronto extendió sus bracitos hacia Óscar, emitiendo un sonido que sonaba sospechosamente a «Oz», su particular versión del nombre.

—Vaya, parece que alguien va a extrañarme —dijo él, tomando a la niña de los brazos de Natalie—. ¿Sabes qué, princesa? Te voy a contar un secreto.

Se inclinó hacia el oído de Kora, pero habló lo suficientemente alto para que todos lo escucharan:

—Cuando seas mayor, voy a regalarte tu propio descapotable rojo. Pero no se lo digas a tu mamá Natalie, o se pondrá furiosa y me querrá arrancar la cabeza.

—¡Óscar! —exclamó Natalie, entre risas—. No le metas ideas en la cabeza. Apenas está aprendiendo a andar.

—Exacto, hay que sembrar la semilla de la rebeldía temprano —respondió él con una sonrisa traviesa, devolviéndole la niña—. Es la tradición familiar, ¿verdad, Dante?

Dante se limitó a poner los ojos en blanco, pero había una sombra de sonrisa en sus labios. Un amago.

—Si no te vas ya, perderás el ferry —dijo, consultando su reloj.

—Siempre tan práctico —suspiró Óscar, recogiendo su maleta—. Está bien, familia improvisada, me despido oficialmente. No lloréis demasiado mi ausencia.

Con un último abrazo a Natalie y un beso en la frente de Kora, Óscar se dirigió hacia la puerta principal. Antes de salir, miró por encima del hombro a su hermano y articuló en silencio: «No la dejes escapar».

Dante fingió no ver el mensaje, pero un ligero rubor traicionero apareció en sus mejillas.

La puerta se cerró tras Óscar, dejando un silencio momentáneo en el amplio vestíbulo.

Natalie acomodó a Kora contra su cadera, súbitamente consciente de que ahora estaban solos (ella, la niña y Dante) en aquella enorme mansión. Los tres días de la visita de Óscar habían llevado una energía diferente, un bullicio que ahora se disipaba como la niebla bajo el sol.

—Bueno —dijo, rompiendo el silencio—, supongo que debería empezar a preparar la comida. ¿Tiene alguna preferencia para hoy?

Dante, que parecía perdido en sus pensamientos, la miró como si acabara de recordar que estaba allí.

—Lo que usted decida estará bien —respondió, y luego, tras una pausa añadió—: Gracias por... soportar a Óscar estos días. Puede ser bastante intenso.

Natalie sonrió.

—Ha sido un soplo de aire fresco —confesó—. Además, a Kora le encanta. Mire cómo sigue buscándolo con la mirada.

Era cierto. La pequeña giraba su cabecita, escudriñando el vestíbulo como si esperara que Óscar reapareciera de pronto de detrás de algún mueble, como en el juego del escondite.

Algo indescifrable cruzó por el rostro de Dante. ¿Decepción? ¿Resignación? Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido como había llegado. Visto y no visto.

—Voy a continuar con la novela —dijo, retrocediendo un paso hacia la escalera—. Estaré en mi estudio si... si necesita algo.

Natalie asintió, notando la extraña incomodidad que flotaba entre ellos, tan distinta a la familiaridad que habían comenzado a desarrollar durante los últimos días.

—Claro. Le avisaré cuando esté lista la comida —respondió, dirigiéndose hacia la cocina.

En el jardín delantero, bañado por la luz matinal, Óscar terminaba de cargar su equipaje en el maletero de su llamativo

descapotable rojo, un Aston Martin que desentonaba con la atmósfera sobria, sombría y anticuada de la mansión.

—Menuda joya. —La voz grave y ligeramente áspera de Thomas lo sorprendió.

Thomas estaba de pie junto a un macizo de rosas, con sus herramientas de jardinería en la mano y ese aire tranquilo y observador que lo caracterizaba. A pesar de sus sesenta y tantos años, mantenía una constitución atlética y una postura erguida que hablaba de una vida de trabajo físico al aire libre.

—Thomas, el hombre que susurra a las plantas —lo saludó Óscar con simpatía—. Venía a despedirme de ti, pero me has ganado la mano.

El jardinero se acercó, limpiándose la tierra de las manos en su eterno delantal verde.

—No podía dejar que te fueras sin asegurarme de que no te llevas ninguno de mis rosales en el maletero —bromeó, con ese humor seco que pocos apreciaban—. La señora Eastwood los adoraba, que Dios la tenga en su gloria.

Óscar sonrió ante la mención de su madre.

Thomas era el único empleado que quedaba de la época en que la mansión bullía de vida y risas, antes de que un ictus se llevara primero a su madre y luego, de forma distinta pero igualmente devastadora, a su padre.

—Ella estaría orgullosa de cómo mantienes el jardín que tanto le gustaba cuando venía a ver a Dante —dijo, cerrando el maletero—. Es lo único de esta casa que sigue exactamente como ella lo querría.

Thomas asintió, su mirada recorrió el paisaje que había sido su obra y pasión durante años.

—Las cosas cambian, señor Óscar. Es la ley de la vida —dijo, con esa sabiduría tranquila que siempre le había caracterizado—.

Pero últimamente, he notado cambios que su madre habría aprobado.

Había algo en su tono, una insinuación que Óscar captó al vuelo.

—Te refieres a las nuevas inquilinas —adivinó.

—Natalie tiene algo especial —confirmó Thomas, asintiendo lentamente—. Y la pequeña... bueno, hacía mucho que esta casa no escuchaba risas infantiles. Demasiado.

Óscar se apoyó contra el coche, cruzándose de brazos.

—Tú también lo has notado, ¿verdad? El efecto que tienen en mi hermano —dijo.

Thomas esbozó una sonrisa enigmática. El tipo de expresión que solo las personas que han visto mucho de la vida pueden perfeccionar.

—El señor Eastwood se parece más a su madre de lo que cree. Ella también intentaba esconder sus sentimientos detrás de libros y silencios —dijo, ajustándose el gastado sombrero sobre su pelo canoso—. Hasta que conoció a su padre, claro.

—Mi hermano es un cabezota —suspiró Óscar.

—De tal palo, tal astilla —replicó Thomas, con una mirada significativa—. Pero incluso los robles más obstinados se inclinan ante las tormentas adecuadas.

Óscar rio, sacudiendo la cabeza.

—Siempre con tus metáforas de jardinero, Thomas —le dio una palmada afectuosa en el hombro—. Por favor, vigila que mi hermano no se ahogue en su propio melodrama mientras no estoy.

—Haré lo que pueda —prometió él—. Aunque ese ya es un trabajo a tiempo completo.

Con un último apretón de manos, Óscar se despidió y subió al coche.

El motor rugió con potencia cuando lo encendió, como si el vehículo compartiera la ansiedad de su dueño por volver a la ciudad.

—Cuídate, Thomas —gritó sobre el ruido del motor—. ¡Y dile a mi hermano que si no se espabila vendré a robarle a su ama de llaves!

Thomas agitó la mano como despedida, sonriendo mientras el descapotable rojo comenzaba a alejarse por el camino de grava, levantando una pequeña nube de polvo a su paso.

Observó cómo el vehículo desaparecía tras la curva que llevaba hacia la verja y luego a la carretera principal, y después se giró sobre sus talones y le devolvió la atención a sus rosas.

En la cocina, Natalie tarareaba distraídamente mientras instalaba a Kora en su trona. La niña seguía inquieta, como si aún estuviera procesando la partida de Óscar, alternando entre mirar hacia la puerta y juguetear con la pequeña tortuga verde de peluche que no soltaba casi nunca.

—Lo sé, cielo —le dijo Natalie, acariciando su cabecita—. Yo también voy a echarlo de menos. Era como tener un torbellino humano en casa, ¿verdad?

Abrió la nevera, evaluando las opciones para la comida. La presencia de Óscar había alterado su rutina diaria, pero también había aportado una ligereza y una normalidad a la extraña situación en la que se encontraban. Ahora que se había marchado, una parte de ella sentía que volvían al punto de partida: ella y Kora como intrusas temporales en la vida ordenada de Dante Eastwood.

Pero algo había cambiado. Podía sentirlo. En la forma en que Dante las miraba ahora, en cómo interactuaba con Kora, incluso en los silencios compartidos que ya no resultaban incómodos sino...

expectantes. Como si todos estuvieran conteniendo la respiración, a la espera de algo.

—Creo que hoy prepararé pasta —decidió en voz alta, sacando tomates y albahaca fresca—. ¿Qué te parece, Kora? ¿Te apetece ayudar a mamá a hacer la salsa?

«Mamá».

La palabra todavía de vez en cuando (muy de vez en cuando) sonaba extraña en sus labios, como un zapato nuevo que no ha terminado de amoldarse. Y, sin embargo, cada vez que Kora la miraba con esos ojos azules enormes llenos de confianza, algo en su interior se acoplaba, como las piezas de un rompecabezas que van encajando lentamente.

Mientras comenzaba a picar las verduras, su mente divagó hacia la conversación que Dante y Óscar habían mantenido en privado antes de la despedida. No había escuchado nada, por supuesto, pero la expresión de Dante después... esa mezcla de irritación y vulnerabilidad... le incitaba a hacerse preguntas.

«No seas ridícula —se reprendió mentalmente—. Tienes suficientes problemas ya sin añadir fantasías románticas a la ecuación».

Porque sí, admitía para sí misma mientras echaba un chorro de aceite en la sartén, que había momentos en que se permitía imaginar... cosas.

Momentos como cuando observaba a Dante leyendo en silencio junto a la chimenea, o cuando lo sorprendía mirando a Kora con esa expresión de orgullo casi imperceptible, o como cuando habían estado a punto de besarse, aunque no supiera fruto de qué, si del momento, de las circunstancias, o de algo más…

Negó con la cabeza en silencio.

Pero la realidad era que ella tenía una expareja potencialmente peligrosa, una niña que proteger, y una vida que reconstruir. Y

Dante... Dante era un escritor solitario, con el corazón herido. Un hombre que valoraba su espacio y sus rutinas por encima de todo.

—Las personas que tienen vidas complicadas no hacen buena pareja, ¿verdad, pequeña? —murmuró a Kora, que respondió golpeando la superficie de la trona con la cuchara de plástico.

Sin embargo, mientras la salsa comenzaba a burbujear suavemente, llenando la cocina con un aroma delicioso, Natalie no pudo evitar dejarse llevar por las fantasías románticas que traicioneramente aparecían en su cabeza, como si estuviera inmersa en un cuento de hadas.

En su estudio, Dante contemplaba la página en blanco del Documento Word con la mirada perdida. El cursor parpadeaba de forma amenazante (o eso le parecía a él), como un dedo que señala el tiempo desperdiciado, pero las palabras se negaban a aparecer ese día.

Llevaba así desde que Óscar se había marchado, incapaz de concentrarse, con la mente saltando entre fragmentos de la conversación que había mantenido con su hermano y la imagen de Natalie sosteniendo a Kora en sus brazos, despidiéndose en el vestíbulo.

—Joder —murmuró para sí mismo, frotándose los ojos con cansancio.

Pero por mucho que intentara negarlo, las palabras de Óscar habían tocado algo dentro de él. Un nervio expuesto que ni siquiera sabía que existía, que estaba ahí, hasta que su hermano, con esa irritante habilidad suya para ver a través de sus defensas, lo había dejado al descubierto.

«Yo que tú no la dejaría escapar.»

Como si fuera tan simple. Como si él tuviera algún derecho sobre Natalie, alguna reclamación que hacer. Como si una mujer como ella, generosa, brillante, preciosa, llena de vida incluso en medio de las dificultades, pudiera interesarse por alguien como él: un escritor gruñón, herido, asocial y demasiado acostumbrado a la soledad.

Apoyó los codos sobre el escritorio, hundiendo el rostro entre las manos. No podía permitirse aquellos pensamientos. Él no estaba preparado para sentir.

Y sin embargo…

Y, sin embargo, había momentos. Momentos como el del jardín, bajo el almendro, cuando la risa de Natalie parecía transformar todo el paisaje. O cuando la sorprendía observando el mar desde la ventana de la cocina, con esa expresión pensativa que le daba a su rostro una profundidad que le robaba el aliento.

—Concéntrate, maldita sea —se regañó, irguiéndose en el sillón e intentando enfocarse en la pantalla.

Pero en lugar de las escenas de su novela, lo que aparecía en su mente era la imagen de Kora llamándolo «Da-Da», y la expresión sorprendida de Natalie cuando él se había unido a ellas y a Óscar en el jardín.

Con un suspiro de frustración, se levantó y caminó hasta una de las ventanas que poseía el estudio. Desde allí podía ver parte del jardín trasero, donde Thomas había vuelto a su trabajo, podando con esmero los arbustos que bordeaban el sendero principal. Thomas era una constante en su vida, un recordatorio de tiempos más sencillos, cuando la mansión no era un refugio en el que ocultarse, sino un hogar.

Dante se preguntó qué pensaría su madre de todo aquello. Amalia Eastwood había sido el corazón de la familia, la fuerza que los mantenía unidos, a pesar del carácter a veces difícil de su padre. Ella habría sabido qué hacer en su situación.

Probablemente le habría dado un consejo directo, sin adornos, acompañado de esa mirada que no admitía réplicas. Le hubiera dicho que se olvidara de una vez de Catherine, que no le merecía, que no valía los recuerdos, el dolor, el sufrimiento…

La imagen de su madre le arrancó una sonrisa melancólica. Era curioso cómo, a pesar de los años transcurridos, seguía buscando su aprobación, su guía, su consejo.

—No seas cobarde —podía casi oírla decir—. Si hay algo que valga la pena en esta vida, merece el riesgo.

Desde la cocina, el aroma de la comida comenzaba a ascender, colándose bajo la puerta cerrada de su estudio. Era un olor hogareño, reconfortante, tan diferente al silencio estéril que había dominado la mansión antes de la llegada de Natalie.

Dante volvió a su escritorio y miró la pantalla una vez más. Con decisión, comenzó a teclear, aunque no las palabras de su novela, sino algo completamente distinto:

«Hay momentos en la vida en que nos encontramos ante una encrucijada, sin señales ni mapas que nos guíen. Momentos en que lo seguro sería retroceder al camino conocido, pero algo dentro de nosotros —algo temerario, irracional, profundamente humano— nos empuja hacia lo desconocido.»

Se detuvo, releyendo lo que acababa de escribir.

No era material para su libro, sino algo más personal, más real, quizás. Con un gesto impulsivo, guardó el Documento Word y abrió aquel en el que estaba escribiendo la novela, comenzando esa vez con la escena que tenía en mente.

Mientras sus dedos volaban sobre el teclado, una parte de su cabeza seguía en aquella encrucijada, escuchando el eco de las palabras de su hermano mezclado con la voz de su madre.

Y abajo, en la cocina, el aroma de la salsa de tomate seguía ascendiendo como una invitación silenciosa.

CAPÍTULO 30

La noche se había instalado con firmeza sobre la mansión, llevando consigo un frío persistente que parecía colarse por cada rendija, por cada ventana antigua. Una de esas noches de finales de invierno en que el viento susurraba historias sombrías mientras azotaba las ramas desnudas de los árboles contra los cristales, como dedos fantasmales reclamando entrar.

Natalie se estremeció ligeramente mientras bajaba las escaleras. Había dejado a Kora profundamente dormida, rodeada de sus peluches favoritos y con el monitor encendido sobre la mesita de noche.

La pequeña había tenido un día intenso, persiguiendo mariposas imaginarias por el jardín durante la tarde y luego ayudándole, o más bien, complicándole, la tarea de preparar la cena. Para cuando llegó la hora del baño, apenas podía mantener los ojos abiertos.

El silencio de la mansión a esas horas tenía algo reconfortante y a la vez inquietante.

Natalie ya se había acostumbrado a los crujidos del suelo de madera, a los suspiros de las tuberías antiguas, a los ocasionales golpeteos que producía el viento en alguna ventana mal cerrada. Eran los sonidos de una casa con historia, con secretos, tan diferentes a los del apartamento moderno y aséptico que había compartido con Justin.

Se detuvo un momento frente a la puerta del estudio de Dante.

Una fina línea de luz se filtraba por debajo, señal de que seguía trabajando a pesar de la hora que era. Dudó un instante, tentada a llamar, a comprobar si necesitaba algo, pero finalmente continuó su camino. No quería interrumpirlo, no cuando estaba tan cerca de terminar el manuscrito que su editor reclamaba con tanta insistencia.

Al llegar al amplio salón principal, un escalofrío recorrió su espalda.

La temperatura había descendido notablemente desde la cena, y la estancia, con sus altos techos y grandes ventanales, era especialmente sensible a los cambios climáticos. Sin pensarlo demasiado, se acercó a la chimenea de piedra que dominaba una de las paredes. Nunca la había encendido antes (parecía uno de esos elementos decorativos intocables, como tantas otras cosas en aquella casa), pero aquella noche el frío era más poderoso que su habitual cautela.

Comprobó que todo estuviera en orden: los troncos perfectamente apilados, el tiro de la chimenea abierto. Con movimientos bastante hábiles, dispuso un poco de papel y astillas bajo los leños y acercó una cerilla. La pequeña llama prendió con timidez al principio, para luego ir ganando confianza hasta convertirse en un fuego acogedor que comenzó a devorar la madera con chasquidos vivaces.

Natalie suspiró, satisfecha.

Había algo primitivamente reconfortante en el fuego, algo que conectaba con memorias ancestrales de seguridad y refugio.

Se alejó un momento para buscar en el arcón que había junto al sofá y extrajo una manta de lana gruesa, de esas que parecen tejidas a mano con infinita paciencia. Luego, en un acto que mezclaba atrevimiento y necesidad de confort, se sentó

directamente en la alfombra frente a la chimenea, echándose la enorme manta por encima.

Las llamas proyectaban sombras danzarinas sobre las paredes, transformando el austero salón en un espacio íntimo, casi mágico.

Natalie estiró las piernas hacia el calor, sintiendo cómo sus músculos tensos comenzaban a relajarse. Había sido una semana intensa, con Kora muy activa mientras aprendía a andar, con la visita de Óscar, con la sombra de Justin sobrevolando, y Dante inmerso en su mundo creativo.

Dejó que su mente vagara libremente, mecida por el ritmo hipnótico del fuego.

Pensó en Justin, en que andaba merodeando por ahí, haciendo preguntas… Sin embargo, el miedo era algo más manejable, más distante que en otras ocasiones. Como si la fortaleza de piedra de la mansión, con sus gruesos muros y su aislamiento, fueran también una barrera contra el pasado.

Y luego estaba Dante. Tan diferente a cualquier hombre que hubiera conocido antes. Reservado hasta el punto de parecer frío, pero capaz de tener gestos de una bondad tan natural que la desconcertaban. La forma en que había acogido a Kora, pasando de la incomodidad inicial, las quejas y las protestas, a una preocupación real por su bienestar. Las conversaciones que compartían durante las cenas (cuando él al principio no salía de su estudio), y que eran cada vez más largas, cada vez más personales...

—Parece perdida en sus pensamientos. —La voz grave de Dante la sobresaltó.

Estaba de pie en el umbral del salón, con el pelo ligeramente despeinado y una expresión que mezclaba sorpresa y algo más difícil de identificar. Llevaba un jersey gris de cuello alto que acentuaba el color de piel de su rostro y el gris profundo de sus ojos, más visibles en ese momento sin las habituales gafas que usaba para leer.

—No le he oído entrar —dijo Natalie, llevándose instintivamente una mano al pecho—. Me ha… asustado.

—Lo siento —respondió Dante, acercándose unos pasos—. Estaba en mi estudio y he olido el fuego. Me preguntaba quién... —Se interrumpió, mirando la chimenea encendida y luego a Natalie, sentada en la alfombra con la manta.

—Espero que no le importe que haya encendido la chimenea —se apresuró a explicar ella, con un ligero rubor en las mejillas que podía atribuirse al calor de las llamas o a algo completamente distinto—. Hace mucho frío, y me parecía una pena tener aquí una chimenea y no utilizarla.

Para sorpresa de Natalie, los labios de Dante se curvaron en una sonrisa.

—No me importa —dijo, acercándose otro poco—. De hecho, es una excelente idea. Esta casa puede ser bastante inhóspita en noches como esta.

Hubo un instante de silencio, antes de que Dante añadiera, con una vacilación impropia de él:

—¿Le importa si me uno? —Hizo un gesto vago hacia la alfombra donde Natalie estaba sentada.

—Claro que no. Hay espacio más que suficiente —dijo ella, sintiendo un pequeño aleteo en el estómago.

Dante asintió y, con una gracia contenida, se sentó junto a Natalie en la alfombra, manteniendo una distancia prudencial. El calor de las llamas iluminaba su perfil, suavizando los ángulos de su rostro habitualmente severo, dándole un aspecto menos duro.

—Espero no estar interrumpiendo su momento de soledad —dijo él, mirando al fuego en lugar de a ella—. Parecía muy concentrada cuando he entrado.

—Solo estaba... dejando vagar mi mente —respondió Natalie, observándolo de reojo—. A veces necesito unos minutos así,

después de acostar a Kora. Un pequeño ritual para desconectar.

Dante movió la cabeza, afirmando. Comprendía perfectamente la necesidad de esos espacios personales de silencio.

—¿Ha avanzado en su novela? —preguntó ella, realmente interesada.

—Más de lo que esperaba —reconoció él, y había cierto orgullo en su voz—. Creo que podré enviar el manuscrito a mi editor antes de lo previsto.

—Eso es genial, ¿no? —sonrió Natalie, y luego, en un impulso que no pensó lo suficiente, añadió—: Parece... diferente cuando habla de su trabajo. Más ligero, de alguna manera.

Dante la miró directamente, con una intensidad que casi la obligó a contener el aliento.

—Escribir siempre ha sido mi refugio —admitió—. El único lugar donde puedo ser completamente yo mismo.

Hubo algo tan honesto, tan desnudo en aquella confesión, que Natalie sintió la necesidad de responder con la misma sinceridad.

—Le entiendo más de lo que cree —dijo, ajustando la manta sobre sus hombros—. Para mí era la música. Antes... antes de todo lo que pasó.

La mirada de Dante se volvió ligeramente curiosa, pero no presionó. Era uno de los aspectos que Natalie más valoraba de él: su respeto por los silencios, por los secretos a medio contar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Natalie, y sin pensarlo, dijo:

—¿Quiere compartir la manta? Es lo suficientemente grande para los dos.

Durante un par de segundos, creyó que Dante rechazaría el ofrecimiento. Había una tensión en su postura, como si estuviera librando alguna batalla interior. Aceptar o no. Pero finalmente

asintió, y Natalie extendió parte de la manta hacia él, que la aceptó con un «gracias» apenas audible.

La nueva proximidad trajo consigo una conciencia agudizada de la presencia del otro. Natalie podía percibir el sutil aroma a salvia y papel antiguo que siempre asociaba con Dante, mientras que él parecía súbitamente fascinado por el juego de luces y sombras que el fuego creaba en el pelo oscuro de ella.

—No necesita pedirme permiso para encender la chimenea o para moverse por la mansión como quiera —dijo él repentinamente, rompiendo el silencio—, esta es su casa.

Ella lo miró, sorprendida por sus palabras.

—Soy su empleada —recordó en tono suave.

—Es más que eso —replicó Dante, y había una firmeza en su voz que no admitía discusión—. Usted y Kora... han traído vida a este lugar. No quiero que piense ni por un segundo que son una molestia o una imposición. Esta es su casa —repitió.

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de significados que ninguno expresaba. Natalie sintió un nudo en la garganta, una emoción a la que no podía poner nombre.

—Gracias —logró decir finalmente—. Significa mucho para mí.

«Especialmente ahora», añadió para sus adentros.

—No tiene que agradecerme nada —respondió Dante, y había una calidez en su voz que en muy raras ocasiones dejaba entrever.

El crepitar del fuego llenó el silencio que siguió, un silencio cómodo, de esos que solo se dan entre personas que han comenzado a entenderse más allá de las palabras. Sin darse cuenta, ambos se habían ido acercando bajo la manta, hasta que sus hombros casi se rozaban.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Natalie, mirando como las llamas danzaban de un lado a otro.

—Por supuesto.

—¿Nunca se ha sentido solo aquí? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera reconsiderarla, o antes de que su sentido común le dijera que eso no era asunto suyo—. Quiero decir, es un lugar muy bonito, pero muy grande para una sola persona...

Dante no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz tenía un matiz que Natalie nunca había escuchado antes, una franqueza casi tangible.

—Creo que me he acostumbrado tanto a la soledad que he dejado de reconocerla como tal —confesó—. La convertí en rutina, en normalidad. Hasta que...

Se interrumpió, pero sus ojos, cuando se volvieron hacia ella, completaron la frase que no se atrevía a pronunciar.

«Hasta que llegaste tú.»

Algo cambió en el aire entre ellos, una tensión eléctrica, una expectativa que hacía difícil respirar.

Natalie fue consciente de cada pequeño detalle: de cómo el resplandor del fuego perfilaba el rostro de Dante en oro y ámbar, de cómo su propia respiración se había acelerado ligeramente, de cómo el espacio entre ellos parecía cargado de ganas.

Con un movimiento tan delicado que daba la sensación de ser irreal, Dante levantó una mano y rozó con sus dedos un mechón de pelo que había caído sobre el rostro de Natalie. Lo colocó con infinita suavidad detrás de su oreja, pero en lugar de retirar la mano, dejó que sus dedos se demoraran en su mejilla, en una caricia tan leve como el aleteo de una mariposa.

—Natalie... —susurró, y su nombre de pila en sus labios sonó como una pregunta, como una súplica.

Ella no respondió con palabras. Inclinó ligeramente su rostro hacia la caricia de su mano, y cerró los ojos durante un instante, en una invitación silenciosa.

Fue todo lo que Dante necesitó.

Con una lentitud exquisita, como si temiera romper el hechizo que los envolvía, se inclinó hacia ella. Sus rostros estaban tan cerca que compartían el mismo aliento, suspendidos en ese instante previo que contiene todas las promesas del mundo.

Y entonces, finalmente, sus labios se encontraron.

El primer contacto fue apenas un roce, tan suave como el ala de un pájaro contra la superficie de un lago en calma. Un beso tentativo, una pregunta sin palabras. Natalie sintió que algo se derretía en su interior, una tensión que ni siquiera sabía que había estado acumulando.

Dante se separó ligeramente, lo justo para mirarla a los ojos, buscando alguna señal de duda. Lo que encontró, sin embargo, fue un reflejo de su propio deseo, de su propia necesidad. Con un pequeño suspiro, Natalie llevó una mano a su nuca, enredando los dedos en su pelo, y lo atrajo nuevamente hacia ella.

Ese segundo beso fue diferente.

Más profundo, más seguro.

Los labios de Dante se movieron sobre los suyos con una ternura que contrastaba con la intensidad de su abrazo. Había en su forma de besarla una mezcla de reverencia y anhelo, como si hubiera estado soñando con ese momento durante mucho tiempo.

Dante sabía a menta y a una pizca de café. Y sabía a algo más. Sabía a él. Exclusivamente a él, como si tuviera un sabor propio.

Natalie se abandonó a las sensaciones, dejando que el mundo exterior se disolviera hasta que solo quedaron ellos dos, el calor del fuego y la danza rítmica de sus labios encontrándose, separándose, encontrándose de nuevo.

Había una mezcla de pasión y de dulzura en esos besos que la conmovía profundamente, tan distinta a la posesividad enfermiza que había conocido antes.

El tiempo pareció suspenderse en un hilo, medido solo por el crepitar de la leña en la chimenea y el sonido de sus respiraciones entrecortadas.

El beso terminó muy pronto, y fue para que sus frentes pudieran descansar una contra la otra. Las narices se rozaron en una complicidad que iba más allá de lo físico.

Dante no sabía cómo explicar la corriente que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo cuando sus labios tocaron los de Natalie. El dulce sabor de su boca era embriagador, como un licor exquisito.

—He querido hacer esto desde el día en que te vi por primera vez en el jardín, bajo el almendro —confesó Dante en un susurro. Sus palabras eran tan cercanas que Natalie podía sentirlas en sus propios labios.

—¿Desde hace tanto tiempo? —respondió, con una sonrisa temblorosa.

—Incluso antes, tal vez —admitió Dante, acariciando su mejilla con el dorso de los dedos—. Desde que entraste por esa puerta con Kora en brazos, creo que algo dentro de mí ya lo sabía.

Sus palabras, pronunciadas con esa voz grave y sincera, despertaron en Natalie una emoción tan intensa que amenazaba con desbordarla. Se había prometido a sí misma no volver a confiar, no volver a sentir, concentrarse solo en proteger a Kora y en reconstruir su vida. Y, sin embargo, ahí estaba, temblando bajo la mirada de aquel hombre que había derribado sus defensas sin ni siquiera proponérselo.

—Tengo miedo —confesó, dejando que la verdad escapara de ella—. No de ti —aclaró—. De esto. De lo que significa. De lo que podría perder.

Dante asintió. La comprendía. Sí, por supuesto.

Con infinita delicadeza, tomó su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo directamente, como si quisiera asegurarse de que ella estaba realmente ahí, con él, en ese momento perfecto.

—Yo también tengo miedo —dijo, y había una vulnerabilidad en su voz que jamás había mostrado—. Pero, por primera vez en mi vida, el miedo a no intentarlo es mayor que el miedo a equivocarme.

Esas palabras, tan sencillas y tan profundas al mismo tiempo, fueron como una llave que abrió algo dentro de Natalie. Con un movimiento fluido, se acercó a él y lo besó de nuevo, esa vez con una urgencia que revelaba todo lo que no podía expresar con palabras.

Dante respondió con la misma pasión, envolviéndola en un abrazo que borraba cualquier espacio entre ellos. Sus manos se deslizaron desde su rostro hasta sus hombros, su espalda, trazando su silueta con una reverencia que provocó que Natalie se estremeciera, y que hizo que empezara a desabrocharle los primeros botones de la camisa, deseando sentir el calor de su piel bajo sus dedos.

—¿Estás segura? —preguntó él contra sus labios, deteniéndose un instante a pesar del deseo evidente en sus ojos—. Podemos esperar...

Como respuesta, Natalie tomó su mano y la llevó hasta uno de sus pechos, dejando que Dante lo acariciara.

—Nunca he estado más segura de nada —respondió, y en ese momento supo que era cierto.

Una energía pulsante recorrió a Dante de la cabeza a los pies, provocándole una intensa erección. Jamás había deseado a nadie como deseaba a Natalie. Era puro magnetismo sexual lo que lo arrastraba hacia ella. Sus ojos, su boca, sus pechos…

Joder.

Con cuidado, le acarició por encima de la ropa, hasta que no aguantó más y terminó deshaciéndose del jersey de punto, de la camiseta y del sujetador. Todo estorbaba. Todo eran capas que no quería que estuvieran ahí.

Se inclinó hacia Natalie, haciendo que ella se tumbara en la alfombra y comenzó a besarla.

Sus torsos, sus caderas, sus labios parecían estar sellados, mientras las lenguas se movían frenéticamente dentro de las bocas.

Un incendio se propagó por el cuerpo de Dante. Quería que Natalie sintiera lo mismo que él y cuando la oyó gemir por la estela de besos que estaba dejando alrededor de su ombligo, supo que lo había conseguido.

Sus manos recorrieron sus curvas. Bajó un poco las caderas, haciéndole sentir su erección entre los muslos. Pero supo que aquello no sería suficiente. Apenas le quedaba voluntad para ejercer algo de control sobre sí mismo.

Dios, estaba a cien.

Cada célula de su cuerpo la ansiaba, como un vaso de agua fresca en mitad del desierto.

Necesitaba más.

Y lo necesitaba ya.

—Dante…

La voz de Natalie le llegó dulce y jadeante. Escuchar su nombre en sus labios le resultó tan delicioso como el asombroso sabor de su boca.

—Joder, Natalie —masculló él.

Bajó las manos bruscamente hacia sus pantalones y los desabrochó de una fuerte sacudida. Natalie lo miró asombrada, con los ojos como platos. Dante le sonrió con un punto de travesura y ella se dio cuenta de que aquello era solo el principio, de que la

noche iba a ser muy larga y de que Dante Eastwood era jodidamente apasionado.

¿Dónde estaba en ese momento el Dante tranquilo, frío?

¡Santo Dios!

Dante le sacó el pantalón de un tirón.

Sintió la sangre fluir por sus venas como si fuera lava cuando la vio con las braguitas de encaje moradas. Los músculos se le contrajeron.

Metió las manos por debajo y le cogió las nalgas, acariciando aquel culo que más de una vez (y de dos) había mirado.

Introdujo los dedos por debajo de las braguitas para buscar su entrepierna, cuando tocó su sexo, Natalie dejó escapar un gemido de placer.

—Dios, Dante —gimió, lanzando un suspiro cuando él empezó a hacer círculos en su clítoris con el índice y el corazón.

—¿Te gusta? —le preguntó, con una voz tan *sexy* y aterciopelada que a Natalie le produjo un escalofrío.

—Sí —respondió ella en un hilo de voz.

—¿Te gusta cómo te acaricio?

A esas alturas Natalie solo pudo afirmar con la cabeza.

—A ver si te gusta esto también —dijo Dante.

Se arrodilló entre sus piernas, se inclinó y apartando la tela de la braguita, hundió la lengua en su sexo.

Natalie creyó tocar el cielo. Soltó un fuerte suspiro y comenzó a retorcerse sobre sí misma.

Dante respondió sujetándola por las caderas y hundiendo la lengua en su interior. Cuando la empezó a mover dentro, Natalie sintió tanto placer que estuvo a punto de correrse.

Lo que siguió fue un rato de placer puro.

Natalie empezó a mecerse contra su lengua, mientras él metía las manos por debajo de su culo y la pegaba aún más a su boca. Ella deslizó las manos hasta la cabeza de Dante y enredando los dedos en sus largos mechones de pelo, gimió su nombre una y otra y otra vez mientras se corría.

Dante pudo sentirla. Beber su orgasmo. Y no apartó la boca hasta que Natalie no terminó de sacudirse.

—Sabes deliciosa —dijo, levantando la cabeza y mirándola fijamente mientras se relamía.

Pero Natalie sabía más que deliciosa, pensó, con el sabor en su lengua.

Dante se dio cuenta de que necesitaba perderse dentro de ella, de que necesitaba follarla. Ya. La erección le iba a estallar dentro del pantalón.

Se incorporó un poco y se los quitó rápidamente, mientras Natalie le pasaba las uñas por el abdomen.

—No hagas eso, por favor —le suplicó Dante.

Natalie no pudo evitar mirarlo y sonreír.

—¿Tienes preservativo? —dijo.

—Creo que tengo uno en la cartera.

Cogió el pantalón, metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, de la que extrajo un condón. Sin perder tiempo, rasgó el pequeño paquete metálico y se lo colocó a lo largo del miembro, mientras sentía la mirada de Natalie siguiendo cada uno de sus movimientos.

Dante se tomó un tiempo para admirarla, para memorizar cada curva, cada línea de su cuerpo iluminado por las llamas.

Después se tumbó sobre ella, colocando los brazos a cada lado de la cabeza y la besó apasionadamente.

—Eres perfecta —murmuró, besando su hombro, el hueco de su cuello, el latido visible en su garganta—. Tan perfecta que creo que voy a despertar y descubrir que todo ha sido un sueño.

Natalie sonrió, atrayéndolo hacia ella, sintiendo el peso reconfortante de su cuerpo sobre el suyo. Había algo casi reverencial en la mirada gris de Dante que hizo que, por primera vez en mucho tiempo, se sintiera verdaderamente preciosa.

—No es un sueño —aseguró, deslizando sus manos por la espalda de Dante, maravillándose ante la textura de su piel, la solidez de sus músculos—. Estamos aquí. Ahora.

Dante bajó la cabeza y volvió a besarla. Nunca había pensado sentir una necesidad tan urgente, tan intensa. ¿Qué cojones le estaba pasando?

Y la respuesta de Natalie, tan pasional como la suya, lo estaba terminando de volver loco.

No podía esperar más, consciente de que solo encontraría alivio perdiéndose dentro de ella, acopló su cuerpo al de Natalie, le abrió las piernas con la rodilla y sujetándola por las caderas, la penetró de un solo movimiento. Hondo.

Natalie gimió con fuerza y Dante empezó a balancearse dentro y fuera de ella, con embestidas fuertes y profundas.

El calor de Natalie lo fue envolviendo poco a poco. Los gemidos, los suspiros y los jadeos llenaron el aire del salón.

La luz del fuego bañaba sus pieles desnudas con un resplandor dorado, convirtiendo cada movimiento en una pincelada de luz y sombra.

Los músculos de Natalie se contrajeron en torno a su erección haciendo que el placer de Dante alanzara cotas inesperadas. Lo acogía en su interior como si fuera el lugar al que él pertenecía.

Joder, era maravilloso.

Diosss.

La búsqueda de placer hizo que Dante empezara a abalanzarse con más fuerza, acelerando el ritmo, profundizando cada vez más las penetraciones. Sus cuerpos se encontraron con una sincronía que parecía imposible para una primera vez, como si se conocieran desde siempre, como si hubieran estado ensayando ese momento a lo largo de vidas anteriores. Y todo se transformó en un diálogo silencioso de cuerpo y piel.

El resplandor del fuego proyectaba sombras danzantes sobre sus figuras entrelazadas, creando un juego hipnótico de luz y oscuridad. Para Natalie, fue como si el tiempo se expandiera, cada instante cargado de una intensidad que nunca antes había experimentado.

Siguieron moviéndose juntos, encontrando un ritmo que era solo suyo, compartiendo algo que iba más allá del deseo. Cada caricia, cada beso, cada mirada era una promesa, una declaración, un descubrimiento.

El salón se llenó con el sonido de sus respiraciones entremezcladas, con susurros de deseo y de placer, con palabras que ya no podían contenerse.

El resplandor del fuego se reflejaba en sus pieles húmedas, envolviéndoles como una manta. Para Natalie, era como si el mundo exterior hubiera dejado de existir, reducido a aquel momento, a aquel hombre, a aquella conexión que nunca había creído posible sentir.

El orgasmo los alcanzó casi a la vez. El placer reverberó por sus cuerpos, haciendo que se sacudieran violentamente. Dante sujetó las caderas de Natalie y con un último envite, se adentró más en ella. La sensación fue tan intensa que los dejó temblando en los brazos del otro, con las frentes unidas y las miradas entrelazadas.

—Natalie… —susurró Dante, acariciando su pelo.

—Dante… —musitó ella.

Permanecieron así, abrazados sobre la alfombra, mientras sus respiraciones se calmaban y sus corazones encontraban de nuevo un ritmo más sosegado. Dante había extendido la manta sobre ellos, creando un refugio íntimo contra el mundo exterior. Con infinita ternura, apartó un mechón húmedo de la frente de Natalie y depositó un beso allí.

—¿Estás bien? —preguntó.

Natalie sonrió, acurrucándose más contra él, sintiendo la solidez reconfortante de su cuerpo.

—Mejor que bien —respondió con sinceridad—. Como si hubiera encontrado algo que no sabía que estaba buscando.

Él la estrechó con más fuerza, besando su sien, su mejilla, la comisura de sus labios.

—Sé exactamente a qué te refieres —dijo, con una sonrisa que transformaba completamente su expresión habitualmente seria—. Es como si toda mi vida hubiera estado escribiendo una historia sin saber cuál era el final, hasta ahora.

El fuego en la chimenea comenzaba a menguar, pero el calor entre ellos permanecía inalterable. Fuera, el viento seguía golpeando los cristales, pero ahora su sonido parecía más un arrullo que una amenaza.

—¿Crees que esto cambiará las cosas? —preguntó Natalie después de un rato, trazando con la yema de los dedos el relieve de los pectorales de Dante.

—Sin duda —respondió él, tomando su mano y besando sus nudillos uno a uno—. Pero para mejor —añadió.

Se miraron en la semipenumbra.

Dos personas que habían conocido el aislamiento, la pérdida, el miedo, y que ahora, contra todo pronóstico, habían encontrado algo que parecía imposible: un nuevo comienzo.

—¿Sabes qué pienso? —dijo Natalie, apoyándose en un codo para mirarle mejor.

—¿Qué? —preguntó Dante, acariciando su mejilla con esa delicadeza que la desarmaba.

—Que tal vez deberíamos encender más a menudo esta chimenea.

La risa de Dante, grave y sincera, resonó en el salón, mezclándose con el crepitar de los últimos leños de madera.

Y mientras volvía a atraerla hacia sus labios, Natalie pensó que tal vez estaba empezando a encontrar finalmente un hogar. No en la majestuosidad de la mansión, sino en los brazos de aquel hombre que de pronto la miraba como si fuera el mayor tesoro del mundo.

CAPÍTULO 31

La luz tímida del amanecer comenzaba a filtrarse por los ventanales del salón, dejando a su paso un resplandor blanquecino sobre la alfombra donde horas antes habían ardido con intensidad tanto el fuego de la chimenea como la pasión entre Natalie y Dante.

Ahora, acurrucados bajo la manta en el amplio sofá donde habían ido a parar en algún momento de la noche, contemplaban en silencio el nuevo día.

El brazo de Dante rodeaba los hombros de Natalie, mientras ella descansaba la cabeza en el hueco de su cuello, advirtiendo el ritmo tranquilo de su respiración. La intimidad del momento tenía algo de irreal, como si ambos temieran que cualquier movimiento brusco pudiera romper el hechizo que los envolvía.

—¿Qué está pasando por tu cabeza? —preguntó Dante en un susurro, mientras sus dedos acariciaban el hombro desnudo de Natalie.

Ella sonrió contra su piel antes de responder.

—En lo extraños que son los giros del destino —dijo, incorporándose ligeramente para mirarlo a los ojos—. Hace apenas unas semanas estaba buscando trabajo desesperada, sin saber qué sería de Kora y de mí. Y ahora...

Dejó la frase en el aire, pero su mirada azul, cálida y llena de algo que se parecía mucho a la felicidad, completaba lo que no se atrevía a decir.

—Y ahora estás aquí —terminó de decir Dante, apartándole un mechón de pelo del rostro con delicadeza—. Conmigo.

—Contigo —afirmó Natalie, inclinándose para depositar un beso suave en sus labios—. El escritor gruñón, La Bestia que resultó ser mucho menos aterradora de lo que aparentaba.

Dante arqueó una ceja, fingiendo indignación.

—¿Menos aterrador? Así destruyes mi reputación. He pasado años cultivando mi imagen de autor misántropo y esquivo. No puedes venir y echarla por tierra de esa manera.

Natalie rio, y el sonido cristalino iluminó aún más la estancia.

—Oh, perdona. Olvidaba que debo fingir que tiemblo ante tu presencia —bromeó, y luego, con un gesto teatral, añadió—: Dante Eastwood, tan intimidante con su estatura, su ceño fruncido y sus gruñidos.

—Mucho mejor —respondió él, y la atrajo nuevamente hacia sí para besarla, aquella vez con más intensidad, como si quisiera grabar en su memoria el sabor de sus labios, la textura de su piel.

Cuando se separaron, había un brillo travieso en los ojos de Natalie.

—¿Sabes qué es lo verdaderamente aterrador? —preguntó, trazando con un dedo la línea de la mandíbula de Dante—. Que el frío Dante Eastwood haga muecas con la cara para hacer reír a una niña de once meses.

Dante se llevó una mano al pecho, simulando estar profundamente herido.

—Eso es un golpe bajo, Natalie. Muy bajo. Te agradecería que esa información no salga de esta casa. Tengo una imagen que

mantener.

Ella volvió a reír, pero su risa se transformó en un suspiro cuando él comenzó a besar su cuello, descendiendo lentamente hacia la curva de su hombro.

—Si sigues así… —murmuró Natalie, cerrando los ojos de placer durante un instante—…, nunca dejaremos este sofá.

—¿Y eso sería tan terrible? —susurró él contra su piel.

Antes de que Natalie pudiera responder, un sonido familiar interrumpió el momento: la vocecita de Kora a través del monitor de bebés, llamando a su madre entre balbuceos somnolientos.

Ambos se quedaron inmóviles durante un segundo, como un par de adolescentes sorprendidos por sus padres, y luego compartieron una mirada llena de complicidad.

—Parece que mi pequeña tirana reclama mi presencia —dijo Natalie, dejando escapar un suspiro de resignación que no lograba ocultar el afecto en su voz.

—El deber llama —asintió Dante, aflojando su abrazo para permitirle levantarse.

Natalie se incorporó, y fue súbitamente consciente de que estaba completamente desnuda a la luz del día. Con un gesto instintivo, se cubrió parcialmente con la manta, lo que provocó una sonrisa en Dante.

—Es un poco tarde para un ataque de timidez, ¿no crees? —comentó él, recorriendo con apreciación el contorno de su silueta.

Ella le lanzó una mirada entre divertida y exasperada.

—Es distinto —explicó, mientras comenzaba a buscar su ropa dispersa por el salón—. La noche tiene su propia magia. La mañana es... más cruda, y yo no tengo un cuerpo perfecto. El embarazo deja sus secuelas.

—Tonterías, tienes un cuerpo precioso —dijo Dante, echando el brazo hacia atrás y apoyando la cabeza en él—. De hecho, podría demostrarte ahora mismo lo preciosa que me pareces —añadió, con una voz tan *sexy* que Natalie sintió que se le aligeraba la sangre en las venas.

Sonrió.

Dante la observó moverse por la estancia, recogiendo las prendas: primero la camiseta, que se puso rápidamente por la cabeza, luego la ropa interior que había quedado junto a uno de los sillones, y finalmente los pantalones de algodón que localizó al lado de la chimenea.

Había algo profundamente íntimo en aquella escena, en verla vestirse con esos movimientos cotidianos que, sin embargo, en esos momentos estaban cargados de un nuevo significado.

Dante se incorporó también, consciente de que debía hacer lo mismo.

—Tu camisa está junto al cesto de la leña —indicó Natalie, señalando la prenda olvidada—. Y creo que tus calcetines... —miró alrededor, frunciendo ligeramente el ceño—… han decidido jugar al escondite.

Cuando Dante localizó la mayoría de su ropa comenzó a vestirse, mientras Natalie, ya completamente vestida, aunque con el pelo aún revuelto, se acercaba al monitor desde donde Kora seguía llamándola, ahora con más insistencia.

—Ya voy, cariño —dijo hacia el dispositivo, como si la niña pudiera oírla—. Mamá ya va.

Se volvió hacia Dante, que acababa de abrocharse los últimos botones de su camisa, y durante unos segundos se quedó mirándolo, como si intentara reconciliar a ese hombre, con su pelo despeinado y su sonrisa relajada, con el austero escritor que había conocido semanas atrás.

—¿Qué? —preguntó él, notando su mirada.

—Nada —respondió ella, acercándose para arreglarle el cuello de la camisa con un gesto tan natural que parecían llevar años juntos—. Solo que me gusta verte así.

—¿Desaliñado y sin afeitar?

—Feliz —corrigió ella, y le dio un beso rápido en los labios antes de dirigirse hacia la puerta—. Voy a por la pequeña monstruita. ¿Te veo en la cocina?

Dante asintió, y notó una extraña calidez propagarse en su pecho ante aquel intercambio de complicidad.

—Prepararé café —prometió—. Mucho café.

—Mi héroe —respondió Natalie con una sonrisa, antes de abrir la puerta y desaparecer por el pasillo.

Dante se quedó un momento inmóvil, escuchando el sonido de sus pasos alejándose por la escalera. Luego, sacudiendo ligeramente la cabeza como para despejarse, comenzó a doblar la manta que habían compartido. Sus manos se detuvieron sobre la suave tela, y durante un instante se permitió revivir la noche anterior: el tacto de la piel de Natalie bajo sus dedos, el sonido de su respiración entrecortada, la forma en que había susurrado su nombre mientras se corría.

Con un suspiro, terminó de doblar la manta y la dejó cuidadosamente sobre el sofá. Luego se dirigió a la cocina, consciente de que algo había cambiado en su vida, incluso en aquella casa que durante tanto tiempo había sido poco más que un refugio solitario.

La cocina, con su luz natural y sus amplias encimeras de mármol, parecía inusualmente animada esa mañana. ¿O era él?

Thomas ya se encontraba sirviéndose una taza de café de la cafetera que él mismo había preparado.

—Buenos días, señor Eastwood —lo saludó, con una inclinación de cabeza que no lograba ocultar del todo la mirada evaluadora que le dirigió.

—Thomas —respondió Dante, intentando adoptar su habitual tono formal, aunque sospechaba que no lo estaba logrando del todo —. Madrugando, como siempre.

—Las rosas no esperan, señor —respondió él, dando un sorbo a su café—. Y con el viento que se levantó anoche, quería revisar que los rosales nuevos no han sufrido daños.

Dante asintió, dirigiéndose a la cafetera para servirse una taza. Sentía la mirada de Thomas sobre él, como si el hombre estuviera haciendo inventario de las pequeñas diferencias en su apariencia: el pelo más despeinado de lo habitual, quizás un brillo extraño en los ojos, o simplemente esa tensión ausente en sus hombros que siempre había sido parte de él.

—Parece que ha tenido una buena noche, si me permite la observación —comentó Thomas como por casualidad, mientras dejaba su taza en el lavavajillas.

Dante casi se atragantó con el primer sorbo de café.

—¿Perdona?

Thomas esbozó una sonrisa apenas perceptible bajo su sombrero.

—El fuego en la chimenea del salón —explicó, con un tono demasiado inocente para ser creíble—. Hacía años que no veía encendida esa chimenea. Es bueno que la casa recupere algo de su antigua vitalidad.

Dante se quedó momentáneamente sin palabras, preguntándose si el comentario era tan inocente como aparentaba o si su perspicaz jardinero había notado algo más.

—Sí, bueno... —empezó, sintiéndose como un adolescente atrapado en una travesura—. Hacía frío anoche.

—Sin duda —asintió Thomas, y había un brillo divertido en sus ojos que delataba que sabía más de lo que decía—. El frío puede hacer que uno busque... calor.

Antes de que Dante pudiera responder a esa insinuación apenas velada, el sonido de pasos y un balbuceo infantil anunciaron la llegada de Natalie y Kora.

—Y entonces el conejito saltó muy alto, muy alto, hasta tocar las nubes… —estaba diciendo Natalie cuando entraron en la cocina, con Kora en brazos.

La pequeña, aún en pijama y con los rizos revueltos, se frotaba los ojos con los puñitos, intentando espantar los últimos restos de sueño. Pero en cuanto vio a Dante, su expresión somnolienta se transformó en una de pura alegría.

—¡Da-Da! —exclamó, estirando sus bracitos hacia él con entusiasmo.

Natalie pareció tan sorprendida como siempre ante aquella reacción.

—Buenos días a ti también, ingrata —bromeó, fingiendo estar ofendida—. Me paso todas las noches contándote cuentos, y en cuanto ves al señor Eastwood, me abandonas sin miramientos.

Pero su tono era ligero, y la sonrisa que dirigió a Dante contenía una calidez que hizo que el corazón de él diera un vuelco.

—Buenos días, Natalie —saludó Thomas, con una inclinación de cabeza que parecía contener una aprobación silenciosa—. Y buenos días a ti, pequeña Kora.

Kora estiró la mano y le señaló con el dedo mientras decía algo ininteligible, y aunque nadie sabía qué quería decir, provocó una sonrisa en Thomas.

—Voy a plantar más flores —dijo Thomas—. Si tu mamá está de acuerdo, quizás me podéis ayudar más tarde.

Kora sonrió y se puso a dar palmas con las manos.

—Después de desayunar y de vestirse —dijo Natalie—. Y solo si prometes no arrancarlas como la última vez mientras gateabas.

La niña asintió solemnemente, aunque su expresión traviesa sugería que no podía garantizar que fuera a cumplir esa promesa.

Mientras tanto, Dante se había acercado, respondiendo a la llamada insistente de Kora. Sin el menor rastro de la incomodidad que había mostrado en sus primeros encuentros con la niña, extendió los brazos para cogerla.

—Buenos días, pequeña —la saludó, mientras ella se lanzaba prácticamente a sus brazos—. ¿Has dormido bien?

Kora balbuceó a modo de respuesta y se acomodó con naturalidad en los brazos de Dante, como si fuera el lugar más seguro del mundo. O su favorito (que Natalie estaba segura de que lo era).

Natalie los observó con una expresión que mezclaba asombro y algo más profundo, más vulnerable. Nunca dejaba de maravillarla la conexión que se había establecido entre su hija y ese hombre que, en teoría, había sido un completo extraño hasta hace poco.

Kora, que normalmente era cautelosa con los desconocidos, había aceptado a Dante con una confianza instintiva que resultaba desconcertante.

—Bueno —dijo Thomas, rompiendo el momento con discreción —, será mejor que vaya a atender esos rosales antes de que el sol esté demasiado alto.

Se dirigió hacia la puerta trasera, pero antes de salir, se volvió hacia Dante y Natalie con una sonrisa.

—Por cierto, señor Eastwood —añadió, con ese mismo tono inocente que no engañaba a nadie—, es bueno verle así. La felicidad le sienta bien.

Y con esas palabras y una inclinación de cabeza, salió al jardín, dejándolos solos con el eco de aquella observación que decía tanto sin decir nada explícitamente.

Hubo un momento de silencio, roto solo por los balbuceos de Kora, que jugaba con los mechones del pelo de Dante.

—Creo que Thomas sabe... —empezó Natalie, con un ligero rubor en las mejillas.

—Thomas sabe todo lo que ocurre en esta casa —confirmó Dante, con una resignación que parecía más divertida que molesta —. A veces creo que sabe cosas incluso antes de que ocurran.

Se miraron durante un instante, y luego ambos estallaron en una risa compartida que alivió cualquier tensión que pudiera haber surgido.

—Bi-be —reclamó Kora, interrumpiendo el momento con su demanda matutina.

—Su alteza real requiere su biberón —tradujo Natalie, dirigiéndose al armario para sacar el bote de la leche en polvo—. Y yo requiero una tonelada de cafeína para funcionar.

Dante, aún con Kora en brazos, se acercó a la trona que ocupaba un lugar permanente en uno de los lados de la amplia mesa.

—Veamos, señorita —dijo a la niña, mientras la acomodaba en el asiento infantil y aseguraba el cinturón—, ¿qué le parece si desayunamos como personas civilizadas?

Kora lo miró con esos enormes ojos azules tan parecidos a los de su madre, y asintió con una seriedad cómica.

—¡Vilizadas! —repitió (o algo parecido), aplaudiendo con sus manitas.

Natalie, que estaba preparando el biberón, se volvió hacia ellos con una expresión de fingida indignación.

—¿Me estás llamando salvaje, Eastwood?

Dante la miró de arriba abajo, con un brillo en los ojos que hablaba de recuerdos muy recientes, de lo que había ocurrido entre ellos durante la noche.

—Tengo pruebas que podría presentar en mi defensa —respondió, con una sonrisa lenta que hizo que Natalie se sonrojara hasta la raíz del pelo.

—¡Dante! —protestó, lanzando una mirada significativa hacia Kora, que estaba distraída jugando con su tortuga verde.

Él levantó las manos en un gesto de rendición, aunque la sonrisa seguía en sus labios.

—Solo digo la verdad —murmuró, acercándose a Natalie para robarle un breve beso mientras terminaba de preparar el biberón.

Natalie sacudió la cabeza, pero no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Esa faceta tuya no la conocía —dijo, entregándole el biberón a Kora, que lo recibió con entusiasmo—. No, no la conocía —repitió.

—Y aun así, aquí estamos —respondió Dante, en un tono más suave, más ligero.

Natalie afirmó con la cabeza, sosteniéndole la mirada.

—Aquí estamos —dijo.

Durante los siguientes minutos, se movieron por la cocina como si hubieran compartido ese espacio y esa rutina durante años. Dante preparó más café y sacó el pan para tostarlo, mientras Natalie extraía mantequilla, mermelada y fruta de la nevera. No necesitaban hablar para entenderse, cada uno anticipaba los movimientos del otro en una coreografía que resultaba tan íntima como lo que habían compartido la noche anterior.

Finalmente, se sentaron a la mesa. Natalie junto a Kora, ayudándola ocasionalmente con el biberón, y Dante frente a ellas,

contemplando la escena con una expresión que mezclaba muchas cosas.

—¿Qué? —preguntó Natalie, al notar su mirada.

—Nada —respondió él, repitiendo la respuesta que ella misma le había dado antes—. Es que me gusta verte así.

—¿Despeinada y con ojeras?

—Feliz —corrigió él, y el eco de su conversación anterior flotó entre ellos como una promesa.

Kora, ajena al momento que compartían, dejó el biberón vacío sobre la bandeja de su trona y alargó los brazos hacia Dante:

—¡Da-Da!

Dante rio, tomando un sorbo de su café.

—Te reclama —dijo Natalie.

Dante dejó la taza en la mesa y sacó a Kora de la trona, que empezó a patalear al ver que se había salido con la suya. La sentó en el regazo y la niña se puso a golpear la mesa con la cuchara de plástico, feliz de estar con Dante.

Natalie los observaba y sintió una emoción tan intensa que casi le dolía.

Había algo profundamente conmovedor en ver a aquel hombre, que una vez le había parecido tan intimidante, tratar de entretener a Kora, que no paraba de reclamar su atención.

La luz de la mañana inundaba la cocina, bañándolos en un resplandor de color oro. Fuera, Thomas abonaba los rosales, dentro, ellos compartían un desayuno como la familia que nunca habían planeado ser. Y en algún lugar entre el ayer y el hoy, entre el miedo y la esperanza, Natalie tuvo la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado su lugar en el mundo.

No en las paredes de piedra de la mansión, ni siquiera en la seguridad que le proporcionaba estar aislados, sino en los ojos de

Dante Eastwood, que miraba a su hija con tanto cariño, en la risa de Kora que resonaba libremente, en la promesa silenciosa de muchos desayunos como ese que estaban por venir.

Y Natalie se permitió creer, por fin, que quizás el destino no siempre era cruel. Que a veces, cuando menos lo esperabas, te conducía exactamente donde necesitabas estar.

CAPÍTULO 32

El sol brillaba con intensidad sobre la mansión, como si la naturaleza misma quisiera celebrar la felicidad que había florecido entre sus muros durante los últimos días.

Las rosas del jardín, bajo el atento cuidado de Thomas, estaban en pleno esplendor, llenando el aire con su perfume dulce y embriagador.

En el estudio, Dante contemplaba la pantalla de su ordenador con una sonrisa que hubiera desconcertado a cualquiera que lo conociera desde hacía tiempo. Las palabras fluían de sus dedos con una facilidad que no experimentaba desde hacía años, como si el bloqueo creativo que lo había atormentado hubiera sido arrastrado por completo por la tormenta que había llevado a Natalie y a Kora a su vida. Y la manera en que lo habían inspirado.

Levantó la vista hacia el ventanal que daba al jardín, donde Natalie y la pequeña jugaban bajo la sombra del almendro.

Kora perseguía mariposas con su andar todavía torpe, y sus risas cristalinas llegaban hasta él a través de la ventana entreabierta, mientras Natalie la observaba con esa mezcla de ternura y protección constante que Dante había aprendido a reconocer como parte esencial de su forma de ser.

Aún le sorprendía lo rápido que se habían adaptado a aquella nueva normalidad, como si los tres hubieran estado esperando

inconscientemente que sus caminos se cruzaran.

Las mañanas ahora incluían tostadas con mermelada y cuentos improvisados; las tardes, paseos por los terrenos de la mansión y sesiones de trabajo interrumpidas por visitas sorpresa de una niña que estaba explorando el mundo; y las noches... las noches eran un descubrimiento constante, un intercambio de secretos susurrados en la penumbra, de caricias que mapeaban cicatrices tanto visibles como invisibles.

Dante cerró el Documento Word en el que trabajaba y se levantó, estirando los músculos entumecidos tras varias horas escribiendo. Decidió unirse a ellas en el jardín, sintiendo esa impaciencia que ahora lo acompañaba cuando pasaba demasiado tiempo separado de Natalie. Una impaciencia que debería asustarlo, pero que extrañamente lo reconfortaba.

Estaba a punto de salir del estudio cuando el timbre de la entrada principal resonó por la casa, un sonido estridente y discordante que parecía fuera de lugar en aquel día perfecto.

Dante frunció el ceño, algo contrariado.

No esperaban visitas, y la ubicación aislada de la mansión garantizaba que rara vez recibieran visitantes inesperados.

Desde la ventana, vio a Thomas dirigirse hacia la entrada principal, su figura encorvada moviéndose con la deliberada lentitud que caracterizaba al jardinero. Dante decidió no darle mayor importancia; probablemente sería algún repartidor, o quizás alguien que se había perdido en los sinuosos caminos rurales que rodeaban la propiedad. No sería la primera vez.

Volvió su atención al jardín trasero, donde Natalie perseguía a Kora entre risas, fingiendo ser alguna clase de monstruo mientras la niña escapaba con chillidos de alegría.

Había algo tan puro en la escena que Dante sintió una punzada en el pecho. ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo en aquel

mausoleo silencioso que llamaba hogar? ¿Cómo había confundido la soledad con paz?

Sus reflexiones fueron interrumpidas por unos golpes en la puerta del estudio. Thomas apareció en el umbral, con una expresión que Dante no supo interpretar.

—Señor Eastwood —dijo, con un tono más formal de lo habitual —, hay un hombre en la entrada principal que insiste en hablar con Natalie.

Dante frunció el ceño. De pronto se había puesto en alerta.

—¿Un hombre? ¿Dio su nombre?

—Justin, señor. Dice llamarse Justin —respondió Thomas, y había una tensión subyacente en su voz—. Dice que no se irá hasta ver a Natalie... aunque la llamó por otro nombre.

Una sensación fría se instaló en el estómago de Dante.

—¿Qué nombre usó?

Thomas pareció dudar un momento.

—Alice, señor. Alice Reynolds —respondió—. Insiste en que debe hablar con ella y con la niña. Dice que es el padre de la pequeña Kora.

Dante se quedó inmóvil durante un segundo, procesando la información. El nombre desconocido reverberaba en su cabeza como una nota discordante.

Alice Reynolds.

No Natalie Watson.

¿Quién era realmente la mujer con la que había compartido su cama, sus pensamientos más íntimos, sus miedos?

—Gracias, Thomas —dijo finalmente, con una voz que sonó más controlada de lo que sentía—. Iré a atenderlo. ¿Podrías avisar a Natalie?

El jardinero asintió y se retiró, dejando a Dante solo con sus pensamientos. Se pasó una mano por el rostro, intentando ordenar sus ideas. No podía sacar conclusiones precipitadas. Debía de haber una explicación razonable para esa confusión de nombres. Quizás era un error, una confusión por parte del hombre.

Con esa tenue esperanza aferrándose a su pecho, Dante se dirigió hacia la entrada principal. A medida que se acercaba, pudo escuchar una voz masculina que exigía, no pedía, ver a «Alice». Había algo en el tono, una agresividad que apenas contenía, que hizo que todos sus instintos protectores se activaran.

Al abrir la puerta, se encontró frente a un hombre de aproximadamente su edad, aunque la vida parecía haber sido más dura con él. Tenía el pelo rubio desordenado, ojos azules inyectados en sangre y una barba de varios días. Vestía una camisa arrugada bajo un abrigo de paño, y había en su postura una tensión que sugería que estaba a punto de estallar.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Dante con frialdad, bloqueando deliberadamente la entrada con su cuerpo.

El hombre lo evaluó con una mirada rápida, evidentemente molesto por aquel obstáculo inesperado.

—Busco a Alice Reynolds —dijo, en un tono que mezclaba impaciencia y desafío—. Sé que está aquí. Y también mi hija.

Dante mantuvo una expresión impasible en el rostro, aunque interiormente sentía crecer una inquietud que no podía ignorar.

—No hay nadie con ese nombre aquí —respondió, sosteniendo la mirada del hombre—. Me temo que se ha equivocado de dirección.

Justin soltó una risa seca, carente de humor.

—No me jodas, amigo —espetó, dando un paso hacia adelante —. Sé perfectamente que está aquí. La he buscado durante meses. Alice siempre ha sido muy escurridiza, pero no lo suficiente.

La amenaza implícita en sus palabras hizo que la sangre de Dante se helara. De repente, los pequeños detalles que había notado en Natalie (su constante vigilancia, su reticencia a hablar de su pasado, esa sombra de miedo que a veces cruzaba su mirada) comenzaron a encajar perfectamente.

—Le sugiero que se vaya —dijo Dante, con un tono que había perfeccionado a lo largo de los años para intimidar a periodistas demasiado insistentes—. Está usted en una propiedad privada.

Justin no se movió. En cambio, su expresión se tornó más dura.

—No me iré sin ver a Alice y a mi hija —insistió, con una obstinación que rayaba en lo obsesivo—. Tengo derecho. Soy el padre de Kora. Alice no puede mantenerla alejada de mí. Es ilegal.

Antes de que Dante pudiera responder, escuchó pasos apresurados detrás de él.

Se giró para ver a Natalie, pálida como un fantasma (como si no creyera lo que estaban viendo sus ojos), con Kora firmemente sujeta en sus brazos. La niña, que sentía la tensión que de pronto flotaba en el aire, se había acurrucado contra el pecho de su madre, inusualmente silenciosa.

El cambio en la expresión de Natalie al ver al hombre en la puerta fue como presenciar el colapso de un edificio: primero el shock, luego el terror, y finalmente una determinación desesperada. Sus ojos, siempre expresivos, en ese momento parecían pozos de pánico.

—Justin —susurró, con una voz que apenas reconoció como suya.

El hombre sonrió al verla, pero no había calidez en la sonrisa. Era el gesto de un depredador que finalmente ha localizado a su presa.

—Alice —respondió, y había una nota de triunfo cruel en su voz —. O debería decir, ¿Natalie? ¿Es ese el nombre que usas ahora?

Natalie dio un paso atrás instintivamente, apretando a Kora contra sí como si temiera que se la arrebataran en cualquier momento. La niña, sintiendo el miedo de su madre, comenzó a gimotear.

—No deberías estar aquí —dijo Natalie, con una voz que intentaba ser firme, pero que temblaba—. No puedes estar aquí.

—Pero estoy —aseveró Justin, con una sonrisa lobuna—. ¿No vas a presentarme a tu nuevo... amigo?

Dante, que había estado observando el intercambio entre ambos con alarma, se movió para colocarse protectoramente entre Natalie y el intruso.

—Creo que es hora de que se vaya —dijo, de una forma que no admitía réplica—. Ahora.

Justin lo ignoró, estirando el cuello para mirar por encima del hombro de Dante hacia Natalie y Kora.

—Mi hija ha crecido —comentó, en un tono que intentaba sonar afectuoso, pero que resultaba inquietantemente posesivo—. ¿Le has hablado de mí, Alice? ¿Le has dicho quién es su verdadero padre?

Natalie retrocedió otro paso, sacudiendo la cabeza.

—Vete, Justin —suplicó, con la voz quebrada—. Por favor, vete.

—Sabes que no puedo hacer eso —respondió él, y algo oscuro pasó por sus ojos—. Me has estado evitando durante demasiado tiempo. Me has robado meses con mi hija. Esto no va a quedar así.

Dante había escuchado suficiente. Con un movimiento deliberado, dio un paso hacia adelante, obligando a Justin a retroceder.

—Está claro que su presencia no es bienvenida —dijo, con una calma que no sentía y que era engañosamente peligrosa—. Le sugiero que se marche ahora, o me veré obligado a llamar a la policía.

La mención de la policía pareció provocar un cambio en Justin. Su expresión se endureció, y durante un instante, Dante vislumbró algo verdaderamente peligroso en sus ojos.

—Esto no es asunto tuyo, amigo —siseó—. Esto es entre Alice y yo. Tiene a mi hija, y tengo derecho a verla.

—Si realmente tuviera derecho —respondió Dante, sin dejarse intimidar—, no estaría aquí amenazando y aterrorizando a una mujer y a una niña. Se marcharía y buscaría los canales legales adecuados.

Justin soltó una carcajada amarga.

—¿Canales legales? —repitió con desprecio—. ¿Para qué? ¿Para que ella pueda esconderse de nuevo bajo otro nombre falso? ¿Para que pueda seguir mintiendo, como te ha mentido a ti?

Las palabras golpearon a Dante como un puñetazo físico, pero se mantuvo firme. No era el momento para dudar, para permitir que las insinuaciones de aquel hombre sembraran la discordia.

—Última advertencia —dijo, con una voz tan fría y autoritaria que casi parecía pertenecer a otra persona—. Abandone mi propiedad ahora mismo.

Durante un tenso segundo, Dante pensó que Justin iba a lanzarse contra él. La evidente furia contenida en su postura era lo que hacía presagiarlo. Pero entonces, como si hubiera realizado algún cálculo interno, el hombre se relajó ligeramente.

—Bien —dijo, retrocediendo un paso—. Me iré. Por ahora.

Pero antes de darse la vuelta, miró directamente a Natalie por encima del hombro de Dante.

—Esto no ha terminado, Alice —le advirtió, con una voz que prometía problemas—. No puedes esconderte para siempre. No puedes mantener a mi hija alejada de mí. Volveré, y la próxima vez, no será una visita tan amable.

Con esas palabras amenazantes flotando en el aire, Justin finalmente se alejó, caminando hacia un coche azul oscuro de alta gama estacionado en el camino de entrada.

Dante lo observó arrancar y alejarse, asegurándose de que realmente se marchaba antes de cerrar la puerta.

Cuando se volvió hacia Natalie, la encontró temblando visiblemente, con Kora llorando abiertamente en sus brazos. Thomas había aparecido en algún momento durante el enfrentamiento y permanecía discretamente en segundo plano, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Thomas —dijo Dante, sin apartar los ojos de Natalie—, ¿podrías llevar a Kora a la cocina?

El jardinero asintió, acercándose a Natalie con pasos cautelosos.

—¿Vienes conmigo, Kora? —preguntó, extendiendo los brazos hacia la niña.

La pequeña se echó hacia adelante para que Thomas la cogiera. El jardinero le caía bien y siempre le hacía reír.

Sin embargo, Natalie pareció dudar un momento. Su instinto protector luchaba contra la necesidad de hablar con Dante a solas. Finalmente, con un gesto de rendición, permitió que Thomas cogiera a la niña.

—Todo está bien, pequeña —murmuró al oído de su hija, depositando un beso en su cabeza antes de entregársela—. Thomas te contará un cuento, ¿de acuerdo? Mamá irá enseguida.

Kora, que ya no sollozaba, se dejó llevar por Thomas, que le hablaba en voz baja sobre el cuento que le iba a contar. Pronto, sus voces se perdieron en el pasillo, dejando a Dante y a Natalie solos en el vestíbulo.

El silencio que cayó sobre ellos fue denso, cargado de un millón de preguntas.

—Dante, yo... —comenzó Natalie, pero su voz se rompió.

Parecía más pequeña de pronto, vulnerable de una manera que él nunca había visto, ni siquiera en sus momentos más íntimos. Sus ojos, siempre tan expresivos, ahora estaban llenos de una mezcla de miedo y desesperación.

Dante se pasó una mano por el rostro, intentando procesar todo lo que acababa de ocurrir. Una parte de él quería ir hacia ella, tomarla en sus brazos y prometerle que todo estaría bien. Pero otra parte, la que había sido traicionada antes, la que conocía demasiado bien el dolor de descubrir que la persona que creías conocer mejor que a ti mismo guardaba secretos importantes, esa parte lo mantenía anclado donde estaba, con los pies clavados en el suelo.

—¿Quién eres realmente? —preguntó al fin, con una voz que sonó más dura de lo que pretendía—. ¿Alice? ¿Natalie? ¿O hay otro nombre que debería conocer?

Natalie cerró los ojos durante un instante, como si el peso de la pregunta fuera demasiado para soportarlo.

—Mi verdadero nombre es Alice Reynolds —admitió, con una voz apenas audible—. Natalie Watson es... un nombre que adopté. Por seguridad. Por protección.

—¿Protección de qué? —presionó Dante, aunque una parte de él ya sospechaba la respuesta—. ¿O de quién?

Natalie levantó la mirada, y había tanta angustia en sus ojos azules que Dante sintió que algo se rompía en su interior.

—De él —respondió simplemente—. De Justin.

Dante dejó escapar un suspiro, intentando controlar las emociones encontradas que lo asaltaban: preocupación por Natalie y Kora, furia hacia el hombre que acababa de amenazarlas, y un sentimiento de traición que no podía ignorar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, y había incomprensión en su voz—. ¿Por qué mantener esa mentira, incluso después de...

de todo lo que ha pasado entre nosotros?

Natalie dio un paso vacilante hacia él, pero se detuvo cuando vio la rigidez en su postura.

—Tenía miedo —confesó, con una honestidad que era casi dolorosa—. Miedo de que, si te contaba toda la verdad, no nos dejarías quedarnos. Y luego, cuando las cosas empezaron a cambiar entre nosotros, tuve miedo de que, si te lo decía, todo se arruinaría. Que me verías diferente. Que pensarías que todo había sido una mentira.

Dante soltó una risa sin humor.

—¿Y no lo fue? —preguntó, con una amargura que no pudo contener—. Ni siquiera sé quién eres. La mujer de la que me... —se detuvo, incapaz de pronunciar esa palabra que había comenzado a formarse en su mente—. La mujer con la que he compartido mi casa, mi cama, mi vida durante estas semanas ni siquiera existe.

—Sí existe —insistió Natalie, y había desesperación en su voz—. Soy yo. Todo lo que te he mostrado, todo lo que hemos compartido, ha sido real. Mi nombre puede ser diferente, pero la persona que conoces, la persona que... que siente lo que yo siento por ti, esa es real, Dante.

Él sacudió la cabeza, incapaz de reconciliar esa afirmación con el hecho de que ella le había ocultado algo tan fundamental como su verdadera identidad, y lo que había detrás.

—¿Cómo puedo creerte? —lanzó, y la pregunta estaba cargada de un dolor que iba más allá de ese momento, que se remontaba a otra traición, a otra mentira que había destruido su capacidad para confiar—. Catherine también me juró que me amaba, mientras se acostaba con mi mejor amigo a mis espaldas. La mentira parece ser una constante en mi vida.

Natalie se encogió como si la hubiera golpeado.

—No es lo mismo —dijo, con voz temblorosa—. No te mentí por maldad o por indiferencia. Te mentí porque tenía miedo. Porque llevo meses huyendo. Porque la última vez que confié en alguien, casi nos cuesta la vida a Kora y a mí.

Aquellas palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de un significado que Dante no podía ignorar. Miró a Natalie, realmente la miró, y vio terror verdadero en sus ojos, el temblor en sus manos, la forma en que se abrazaba a sí misma como si temiera desmoronarse.

Y, a pesar de la traición que sentía, a pesar del dolor de descubrir que había vuelto a depositar su confianza en alguien que no había sido completamente sincero con él, no podía negar que había verdad en su miedo. Lo había visto en su reacción ante Justin, en la forma en que había protegido a Kora, en el pánico real que había cruzado su rostro.

Pero la herida era demasiado reciente, demasiado profunda. Necesitaba espacio, necesitaba tiempo para procesar todo aquello.

—Creo que deberías ir con Kora —dijo finalmente, con una voz que intentaba ser neutra—. Estará asustada.

Natalie lo miró con ojos suplicantes, dando otro paso hacia él.

—Dante, por favor —imploró—. Déjame explicarte. Hay muchas cosas que no sabes, muchas cosas que necesito contarte.

Él levantó una mano, deteniendo sus pasos.

—Ahora no —dijo, y había un propósito en su tono que no admitía réplica—. No puedo... No puedo hablar de esto ahora mismo. Necesito pensar. Y tú necesitas estar con tu hija.

Natalie se quedó inmóvil, con el dolor visible en cada línea de su rostro. Durante un momento, pareció que iba a insistir, a luchar. Pero entonces, con un gesto de derrota, asintió.

—Entiendo —dijo, aunque su voz sugería lo contrario—. Iré con Kora.

Se dio la vuelta para dirigirse a la cocina, pero antes de alejarse, se detuvo y miró por encima del hombro a Dante.

—Solo quiero que sepas —dijo, con una voz que luchaba por mantener la compostura, por no venirse abajo—, que todo lo que sentí, todo lo que compartimos, fue real. Tal vez te mentí sobre mi nombre, pero nunca sobre lo que siento por ti.

Y con esas palabras, se alejó por el pasillo, dejando a Dante solo con el eco de su confesión y el peso de una decisión que aún no sabía cómo enfrentar.

Se quedó allí, en el vestíbulo de una casa que ya no parecía un refugio sino una trampa, atrapado entre el deseo de creer en Natalie y el miedo de volver a ser un tonto enamorado de una ilusión. Y es que había heridas que no parecían cerrar nunca.

Fuera, el sol seguía brillando con la misma intensidad, pero para Dante, toda la luz había abandonado el mundo.

Un nuevo engaño.

Una nueva traición.

Y lo peor era saber que, a pesar de todo, una parte de él seguía queriendo creer en Natalie, en la mujer que, fuera cual fuera su nombre real, había llevado vida a su existencia solitaria.

La pregunta era: ¿podría perdonar la mentira? ¿O ese sería el final de algo que apenas había comenzado a florecer?

Con un suspiro pesado, se dirigió a su estudio, cerrando la puerta tras de sí, buscando en la soledad un consuelo que sabía que ya no encontraría allí.

CAPÍTULO 33

La tarde caía sobre la mansión, tiñendo el cielo de tonalidades rojizas y anaranjadas que contrastaban cruelmente con la tormenta emocional que se gestaba en su interior.

Dante permanecía en su estudio, inmóvil frente a la ventana, observando sin ver realmente cómo el sol descendía tras las colinas boscosas que rodeaban la propiedad por la parte contraria a los acantilados.

Las horas habían transcurrido en un extraño limbo donde el tiempo parecía haberse detenido y acelerado a la vez. Su mente no dejaba de dar vueltas, repasando cada momento compartido con Natalie (o Alice, o quienquiera que fuese realmente), buscando señales que debió haber notado, pistas que debió haber descifrado. El escritor que había en él no podía evitar la ironía: él, que se ganaba la vida desentrañando misterios en el papel, había sido incapaz de ver el que se desarrollaba bajo su propio techo.

El whisky en su vaso permanecía intacto. Lo había servido más como un ritual que por deseo real de beberlo. Un intento patético de encontrar consuelo en viejos hábitos. Pero sabía que el alcohol no adormecería el dolor de la traición, tan diferente y a la vez tan familiar a la que había experimentado con Catherine.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus cavilaciones. No respondió, esperando que quien fuera captara la indirecta y se

marchara. Pero el golpe se repitió, esa vez acompañado de la voz de Thomas.

—Señor Eastwood —llamó el jardinero desde el otro lado—. Disculpe la interrupción.

Dante suspiró, pinzándose el puente de la nariz con los dedos. Thomas era probablemente la única persona con la que podía hablar en aquel momento.

—Adelante —respondió, sin volverse.

La puerta se abrió con un crujido y los pasos lentos del jardinero resonaron sobre el suelo de madera.

—La cena está servida, señor —informó con su habitual tono formal, aunque Dante detectó una nota de preocupación—. Natalie... —hizo una pausa—… ha acostado a la pequeña. Me ha pedido que le diga que desea hablar con usted cuando esté dispuesto.

Dante asintió sin girarse. Sus ojos aún estaban fijos en el horizonte que se oscurecía.

—Gracias, Thomas. No tengo apetito esta noche.

Se produjo un silencio que se extendió más de lo que Dante esperaba. Cuando finalmente miró por encima del hombro, encontró al jardinero aún de pie, con una expresión inusualmente indecisa en su rostro curtido por el sol.

—¿Hay algo más que quieras decirme, Thomas?

Él pareció debatirse internamente antes de hablar.

—Si me permite la observación, señor —comenzó, con un tono cauteloso—, a veces las personas no mienten por maldad, sino por miedo.

Dante se volvió completamente, sorprendido por aquel inusual comentario personal por parte del siempre discreto jardinero.

—¿Estás defendiéndola? —preguntó con dureza.

Thomas sostuvo su mirada sin inmutarse.

—No me corresponde tomar partido, señor —respondió con dignidad—. Solo comparto una observación basada en mis años de experiencia. He visto el miedo en los ojos de muchas personas, y lo que vi hoy en los de Natalie... —Negó con la cabeza—. No era el miedo de alguien que teme que descubran sus mentiras. Era el terror de quien ha visto el infierno y teme volver a él.

Las palabras flotaron en el aire, cargadas de un peso que Dante no podía ignorar.

Thomas, que nunca se había entrometido en sus asuntos personales, que siempre había mantenido una respetuosa distancia, ahora estaba prácticamente suplicándole que reconsiderara su decisión.

—Gracias por tu opinión, Thomas —dijo al cabo de un rato, en un tono que indicaba el fin de la conversación—. Puedes retirarte.

El jardinero asintió, comprendiendo que había llegado al límite de lo que podía decir. Se dirigió a la puerta, pero antes de salir, añadió:

—Natalie está en la biblioteca, señor. No ha comido nada desde el incidente.

Con esas palabras, cerró suavemente la puerta a su espalda, dejando a Dante nuevamente solo con sus pensamientos, ahora más turbulentos que antes.

Se acercó a su escritorio y se dejó caer pesadamente en la silla. Sobre la superficie de madera pulida descansaban las páginas de su manuscrito, el que había fluido con tanta facilidad en las últimas semanas gracias a Natalie y a su pequeña. Palabras que ahora parecían burlarse de él, recordándole cómo Natalie (Alice) había desbloqueado algo dentro de él que creía perdido para siempre.

«No te mentí por maldad o por indiferencia. Te mentí porque tenía miedo.»

Sus palabras resonaban en su mente, mezclándose con la observación de Thomas.

¿Realmente había sido tan ciego? ¿O simplemente no había querido ver las señales? El constante estado de alerta de Natalie, su reticencia a hablar de su pasado, la forma en que a veces se sobresaltaba ante ruidos inesperados... Todas eran piezas de un rompecabezas que ahora comenzaba a tomar forma.

Con un movimiento brusco, apartó las páginas del manuscrito y se levantó. No podía seguir escondiéndose en su estudio mientras las preguntas lo consumían. Necesitaba respuestas, necesitaba la verdad, por dolorosa que fuera.

Salió al pasillo, que estaba sumido en una penumbra solo interrumpida por algunas lámparas de pared que proyectaban sombras alargadas sobre los muros. La mansión, que durante semanas había parecido recobrar vida gracias a la presencia de Natalie y Kora, ahora volvía a sentirse fría y opresiva.

Se dirigió a la biblioteca con pasos decididos, aunque cada uno que daba parecía más pesado que el anterior.

A medida que se acercaba, una parte de él quería dar media vuelta, refugiarse en la seguridad de negarlo todo, pretender que aquel día nunca había existido. Pero sabía que era imposible. El enfrentamiento era inevitable.

Al llegar a la puerta de la biblioteca, se detuvo. A través de la madera, podía escuchar un leve movimiento en el interior. Respiró hondo, intentando calmar el tumulto en su pecho, y entonces, sin darse tiempo para reconsiderar nada, golpeó firmemente.

No hubo una respuesta inmediata, solo un breve silencio seguido por el sonido de pasos suaves aproximándose. Cuando la puerta se abrió, Natalie apareció ante él, y la visión le provocó una punzada en el pecho que no esperaba.

Estaba pálida, con los ojos enrojecidos y unas ojeras pronunciadas que dejaban en evidencia horas de llanto. Su pelo,

normalmente bien cuidado, caía en mechones desordenados alrededor de su rostro, y sus manos, siempre en movimiento, ahora se retorcían nerviosamente frente a ella.

—Dante —dijo, y su nombre en sus labios sonaba como una plegaria y una disculpa al mismo tiempo—. Yo... no esperaba...

—Creo que me debes algunas explicaciones —interrumpió él, con una voz deliberadamente medida.

Natalie asintió, haciéndose a un lado para dejarlo entrar.

La biblioteca, que normalmente era un santuario de paz para Dante, en ese momento parecía cargada de una tensión palpable. Los libros que algunas veces habían compartido, discutiendo teorías y tramas, ahora eran testigos silenciosos de la fractura que había entre ellos.

Natalie cerró la puerta suavemente y se giró hacia él, manteniéndose a una distancia prudente, como si temiera acercarse demasiado. Hubo un momento de silencio incómodo, en el que ninguno de los dos sabía exactamente cómo comenzar la conversación que podría cambiarlo todo.

—Tu nombre —dijo finalmente Dante, decidiendo ir directo al grano—. Empieza por ahí.

Natalie respiró profundamente, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—Me llamo Alice Reynolds —confirmó, con voz débil pero firme —. Nací en Londres. Cambié mi identidad hace unos meses, cuando hui con Kora.

Dante asintió, absorbiendo la información con una calma exterior que no reflejaba el tumulto interno.

—¿Por qué? —preguntó simplemente.

Ella cerró los ojos unos instantes, como si estuviera reuniendo valor, o quizás reviviendo recuerdos dolorosos.

—Por Justin —respondió al fin, y el nombre pareció dejar un sabor amargo en su boca—. Mi exnovio. El padre biológico de Kora.

Se acercó a uno de los sillones situados en un rincón de la biblioteca, pero no se sentó, simplemente se apoyó con las manos en el respaldo, como si necesitara una especie de ancla físico.

—Lo conocí cuando trabajaba como auxiliar de enfermería en Londres. Él era encantador al principio, atento, divertido... —Una sonrisa triste cruzó su rostro—… El típico chico malo con corazón de oro, o eso creía yo. Nos enamoramos rápidamente y nos mudamos para vivir juntos a los pocos meses. Todo parecía perfecto.

Hizo una pausa, y Dante notó cómo sus nudillos se volvían blancos al apretar el respaldo del sillón.

—Pero después empezaron los celos —continuó hablando Natalie—. Primero eran pequeñas cosas: preguntas sobre mis compañeros de trabajo, comentarios sobre mi ropa, llamadas constantes para «comprobar» dónde estaba. Lo justificaba todo diciéndome que solo estaba preocupado por mí, que me quería tanto que temía perderme.

Dante se mantuvo en silencio, escuchando, observando cómo la máscara de Natalie se desmoronaba para revelar a la mujer herida que había debajo.

—Luego vino el control del dinero. —La voz de Natalie cada vez era más tensa—. Me convenció de abrir una cuenta conjunta, donde iba todo mi sueldo. «Para nuestro futuro», decía. Poco después perdió su trabajo, o al menos eso me dijo. Comenzó a beber más, a salir con «amigos» que nunca conocí. Y entonces... —Su voz se quebró ligeramente—… comenzó a empujarme durante nuestras discusiones. Solo pequeños empujones al principio, nada serio. Se disculpaba después, lloraba, prometía que no sucedería nunca más...

Se detuvo, cerrando los ojos como si estuviera reviviendo cada momento. Cuando volvió a hablar, sus palabras eran apenas un susurro.

—Y yo le creía. Cada-Maldita-Vez —siseó entre dientes.

Dante sintió que algo se retorcía dolorosamente en su pecho. Quería acercarse a ella, tomarla en sus brazos, abrazarla con fuerza, pero se quedó donde estaba. Necesitaba escuchar toda la historia.

—Cuando descubrí que estaba embarazada —prosiguió Natalie —, pensé que las cosas mejorarían, porque lo habíamos estado buscando. Pensé que formar una familia lo cambiaría. Fue estúpido por mi parte, ahora lo sé. Pero durante un tiempo pareció funcionar. Estaba emocionado con la idea de ser padre, dejó de beber, incluso consiguió un trabajo temporal.

Una sonrisa triste cruzó su rostro.

—El día que Kora nació, lloró. Nunca lo había visto así, tan vulnerable, tan lleno de amor. Pensé... realmente pensé que habíamos superado lo peor.

Su expresión se oscureció.

—Pero cuando Kora tenía tres meses, las cosas empezaron a estropearse de nuevo. El llanto de la bebé lo irritaba, mis atenciones hacia ella lo ponían celoso. Volvió a beber, a desaparecer durante días. Y una noche... —Su voz se rompió completamente en aquella ocasión, y tuvo que hacer una pausa para recuperarse, apretando los labios—. Una noche volvió completamente borracho, furioso porque Kora no dejaba de llorar. La zarandeó, Dante. Zarandeó a nuestra bebé tan fuerte que pensé... pensé que la mataría.

Las lágrimas corrían libremente por su rostro, pero continuó, como si una vez abierta la compuerta, ya no pudiera detener el flujo. Ni las palabras.

—Me interpuse, intenté quitársela. Me golpeó tan fuerte que caí contra la mesa auxiliar. Todavía tengo la cicatriz. — Inconscientemente, se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza, donde Dante recordaba haber notado una línea irregular entre su pelo.

—Logré recuperar a Kora y encerrarme en el baño. Llamé a la policía. Lo arrestaron, pero salió bajo fianza casi inmediatamente. Sus amigos, sus conexiones... —Sacudió la cabeza—. Obtuve una orden de alejamiento, pero sabía que no sería suficiente. Lo veía en sus ojos cuando nos miraba en el tribunal. No iba a dejarnos ir.

—¿Te pegaba?

—Alguna vez, pero a mí quien me importaba era Kora.

Dante finalmente se movió, acercándose a una silla cercana y sentándose pesadamente en ella. La magnitud de lo que estaba escuchando lo abrumaba, haciendo que su anterior enfado pareciera trivial, egoísta.

—Así que huiste —dijo, no como una acusación sino como una afirmación.

Natalie asintió.

—Una noche, simplemente desaparecimos. Tenía algunos ahorros escondidos que él no conocía, lo suficiente para cambiar mi identidad, para convertirnos en Natalie y Kora Watson. Me mudé de ciudad en ciudad, trabajando en clínicas temporales, hospitales pequeños, cualquier lugar que no requiriera demasiadas preguntas. Siempre mirando por encima del hombro, siempre temiendo que nos encontrara. Incluso dejé de ejercer mi profesión para no facilitarle la búsqueda.

Levantó la mirada hacia él, y había tanto dolor en sus ojos que Dante sintió que se le encogía el corazón.

—Y entonces, cuando pensé que por fin estábamos a salvo, cuando por fin encontramos un lugar donde podíamos quedarnos, donde Kora podía tener algo parecido a una infancia normal... apareció otra vez. Y tuve que huir de nuevo.

—¿Por eso aceptaste trabajar aquí? —le preguntó Dante.

Natalie asintió.

—Sí. El trabajo que me ofreció Óscar aquí era lo mejor que me pudo pasar. Una mansión aislada en un pueblo que no conocía nadie alejado prácticamente de la civilización.

Todo cobraba un nuevo sentido ahora para Dante.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, y en aquella ocasión no había acusación en su voz, solo una necesidad de entender—. Cuando las cosas cambiaron entre nosotros, cuando empezamos a... a ser más que dos extraños bajo el mismo techo. ¿Por qué mantuviste la mentira?

Natalie se acercó lentamente, sentándose en el sillón situado frente a él.

—Al principio fue por supervivencia —explicó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No te conocía, no sabía si podía confiar en ti. Y luego, cuando empecé a sentir... cuando comenzaste a importarme... —dejó escapar un suspiro tembloroso—. Tenía miedo, Dante. Miedo de que, si te contaba la verdad, verías el desastre que es mi vida, la montaña de problemas que traigo conmigo. Miedo de que me echaras, o peor aún, de que te pusieras en peligro por nosotras.

Lo miró directamente a los ojos, y había una súplica silenciosa en su mirada.

—Y luego, cuando las cosas se profundizaron entre nosotros, cuando empecé a sentir que esto podría ser... real, tuve miedo de perderlo. De perderte. Cada día me decía a mí misma que te lo contaría, y cada día encontraba una excusa para no hacerlo. Hasta que ya ha sido demasiado tarde.

Se produjo un silencio mientras Dante procesaba todo lo que acababa de escuchar. Era demasiado. Una historia demasiado dolorosa, demasiado compleja para asimilarla de una vez.

—Entiendo si no puedes perdonarme —continuó Natalie, ante su silencio—. Entiendo si quieres que nos vayamos. Solo... solo necesito que sepas que lo que sentí… —se corrigió—… lo que siento por ti es

real. Quizás mi nombre es falso, pero todo lo demás... todo lo que compartimos... eso fue verdadero, Dante. Más verdadero que nada en mi vida desde hace mucho tiempo.

Dante se levantó, incapaz de permanecer sentado con la tormenta de emociones que lo sacudía dentro. Caminó hacia la ventana, observando la oscuridad que envolvía completamente los alrededores de la mansión.

—¿Sabes qué es lo irónico? —dijo finalmente, sin volverse—. Que entiendo perfectamente por qué lo hiciste. Por qué mentiste, por qué huiste, por qué construiste una nueva identidad.

Se giró para mirarla.

—Lo que no puedo entender, lo que me duele, es que no confiaras en mí lo suficiente para contármelo. Incluso después de todo lo que hemos compartido.

Natalie también se levantó, dando un paso vacilante hacia él.

—No fue por falta de confianza —dijo, en tono suplicante—. Fue por miedo. Miedo de perderte cuando finalmente había encontrado a alguien que me hacía sentir... a salvo.

Dante cerró los ojos unos instantes, sintiendo el peso de esa palabra.

Seguridad.

Algo tan básico, tan fundamental, que la mayoría de las personas daban por sentado. Algo que ella había estado buscando desesperadamente durante meses.

—Y ahora él te ha encontrado —dijo, abriendo los ojos para mirarla—. ¿Qué vas a hacer?

La pregunta flotó entre ellos, cargada de un puñado de implicaciones. ¿Volvería a huir? ¿Arrastraría a Kora a otra ciudad, a otra identidad, a otra vida de miradas por encima del hombro y maletas siempre a medio hacer?

Natalie pareció encogerse ante la pregunta.

—No lo sé —admitió, y la desesperación en su voz era palpable —. No sé cómo nos ha encontrado, no sé qué va a hacer ahora. Solo sé que no puedo permitir que se acerque a Kora. No después de lo que hizo.

Dante asintió lentamente.

Si había algo que podía entender perfectamente, era el deseo de Natalie de proteger a la pequeña. En las semanas que llevaban bajo su techo, Kora se había convertido en una presencia luminosa en su vida, su inocencia y su alegría eran un bálsamo para unas heridas que ni siquiera sabía que todavía sangraban.

—¿Has considerado que quizás huir no es la solución? — preguntó, con un tono más suave—. Que quizás esta vez podrías... enfrentarlo. Legalmente.

Natalie lo miró con sorpresa, como si la idea nunca se le hubiera ocurrido realmente.

—¿Enfrentarlo? —repitió—. Dante, no lo entiendes. Justin tiene conexiones, tiene influencias, tiene recursos, tiene poder. La última vez que intenté hacer las cosas legalmente, casi nos...

—En aquel entonces estabas sola —interrumpió él, dando un paso hacia ella—. Ahora... no lo estás.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Natalie lo miró con una mezcla de esperanza y miedo, como si temiera creer lo que estaba escuchando.

—¿Estás... estás diciendo que no quieres que nos vayamos? — preguntó, con voz temblorosa.

Dante dejó escapar un suspiro, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—No lo sé, Natalie. O Alice. O quien quiera que seas —dijo con sinceridad—. Estoy enfadado. Estoy dolido. Siento que apenas te

conozco… —La miró directamente a los ojos azules—, y al mismo tiempo, siento que te conozco mejor que a nadie en este mundo. Es... confuso.

Dio otro paso hacia ella, reduciendo aún más la distancia que había entre ambos.

—Lo que sí sé es que ese hombre no me gusta. La forma en que ha hablado de Kora, de ti, como si fuerais una posesión... —Sacudió la cabeza—. No puedo permitir que se acerque a ella. Ni a ti.

Natalie contuvo la respiración en la garganta. Sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas que trataba de no derramar.

—¿Qué estás diciendo, Dante?

Él la miró directamente, con una intensidad que parecía atravesarla.

—Estoy diciendo que, independientemente de lo que ocurra entre nosotros, no voy a dejaros solas en esto. Que quizás sea el momento de dejar de correr y empezar a luchar.

Un sollozo escapó de los labios de Natalie, y durante un instante pareció que iba a desmayarse. Dante, sin pensar, extendió una mano hacia ella. Un gesto instintivo de consuelo que ni siquiera se dio cuenta de estar haciendo.

Natalie tomó su mano con la suya, aferrándose a ella como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta.

—No sé si puedo —susurró—. No sé si soy lo suficientemente fuerte.

Dante apretó su mano con suavidad.

—Lo eres —afirmó con certeza—. Te he visto enfrentarte a todo tipo de desafíos desde que llegaste aquí. La forma en que proteges a Kora, cómo has reconstruido tu vida una y otra vez... Eres más fuerte de lo que crees, Natalie.

Usó deliberadamente ese nombre, el que había llegado a asociar con ella, con la mujer que había conocido, con la que se había permitido bajar sus defensas por primera vez en años.

—Natalie… —repitió ella, con una sonrisa triste—. Así es como me siento, ¿sabes? Como Natalie. Alice parece... alguien de otra vida. Alguien a quien él hizo daño, a quien él controló, a quien maltrató. Natalie es quien construí para Kora. Para mí misma.

Dante afirmó con la cabeza, comprendiendo más de lo que podía expresar con palabras. ¿No había hecho él algo similar? ¿No se había reinventado después de la traición de Catherine, de todo lo que había pasado con ella, de todo lo que había sufrido, construyendo una versión más dura, más cínica de sí mismo a modo de protección?

—Entonces eres Natalie —dijo con firmeza—. El nombre con el que te presentaste, el nombre que elegiste para ti misma. Esa es la persona que eres ahora.

Ella asintió, con una gratitud silenciosa en los ojos. Pero luego, la incertidumbre regresó a su expresión.

—¿Y nosotros? —preguntó, con una voz tan baja que apenas se escuchó—. ¿Qué pasa con... lo que estábamos construyendo?

Dante soltó su mano suavemente y dio un paso atrás. Necesitaba espacio para organizar sus pensamientos.

—No lo sé, Natalie —respondió con sinceridad—. Necesito tiempo. Necesito procesar todo esto. Necesito... confiar de nuevo. Y eso no es algo que pueda prometerte en este momento.

El dolor cruzó el rostro de ella, pero inclinó la cabeza levemente con una expresión de comprensión.

—Lo entiendo —dijo, aunque la tristeza en su voz revelaba cuánto le costaba aceptarlo—. Y lo respeto. Solo... gracias. Por escucharme. Por creerme. Por no...

—¿Por no echarte? —terminó de decir Dante, con una sonrisa triste—. Nunca ha sido una opción, Natalie. Nunca podría haceros eso a Kora y a ti. Jamás. Eso sería de ser un miserable.

Se miraron en silencio durante unos breves instantes, ambos conscientes de que habían llegado a un punto de inflexión. Había demasiadas emociones en el aire, demasiado que asimilar, demasiadas decisiones que tomar. Pero al menos ahora, la verdad había salido a la luz y estaba sobre la mesa, por dolorosa que fuera.

—Deberías descansar —dijo finalmente Dante—. Ha sido un día... muy intenso.

Natalie asintió, pasándose una mano por el rostro con gesto cansado.

—Tú también —respondió—. Y Dante... gracias. Por darme la oportunidad de explicarme. Sé que no la merecía.

Él negó con la cabeza.

—Todo el mundo merece la oportunidad de contar su historia. Especialmente cuando esa historia es tan difícil de contar. Y tan cruel.

Un silencio gravitó sobre sus cabezas, pero no era totalmente incómodo, ni tampoco hostil. Era el silencio de dos personas que habían atravesado una tormenta y aún no estaban seguros de en qué condiciones había quedado el barco.

Natalie hizo un gesto hacia la puerta.

—Debería ir a comprobar que Kora está dormida —dijo—. A veces se despierta por la noche, especialmente después de días... complicados.

Dante asintió, dándole el espacio para marcharse. Pero cuando ella estaba a punto de alcanzar la puerta, su voz la detuvo.

—Natalie —llamó, haciendo que ella se volviera—. Vamos a resolver esto. Lo de Justin. No voy a permitir que os haga daño. Te

lo prometo.

Ella lo miró con una mezcla de agradecimiento y algo más profundo, mucho más profundo.

—Buenas noches, Dante —dijo Natalie en tono suave, antes de abrir la puerta y deslizarse fuera, dejando tras de sí el eco de una verdad que finalmente se había revelado.

Dante se quedó solo en la biblioteca.

Se acercó a uno de los estantes y pasó los dedos por los lomos de los libros, deteniéndose en un volumen que Natalie había leído días atrás. Recordó cómo ella se había perdido entre las páginas, con esa forma de sumergirse completamente en las historias que tanto lo había cautivado.

¿Podría perdonar su mentira? ¿Podría reconstruir la confianza que se había roto? ¿Y, lo más importante, estaba dispuesto a enfrentar junto a ella lo que se avecinaba?

No tenía respuestas, pero si algo tenía seguro era que protegería a Natalie y a Kora sin importar nada.

CAPÍTULO 34

Una mañana Dante se encontraba en su estudio con una taza de café humeante y una sensación extraña en el pecho, mezcla de nerviosismo y orgullo. Había pasado la noche anterior releyendo, editando y puliendo los capítulos que conformaban aproximadamente la mitad de su novela. Esa historia que había comenzado a fluir desde que Natalie y Kora habían entrado en su vida, deshaciendo el nudo que había mantenido su creatividad bloqueada durante tantísimo tiempo.

A través de la ventana, podía ver cómo la primavera comenzaba a adueñarse del paisaje. Una fina capa de hierba verde cubría el jardín, el aliento de la brisa hacía bailar las ramas de los árboles, y el cielo tenía ese tono azul característico.

Dante miró la pantalla del portátil y deslizó el cursor sobre el botón de enviar. Los capítulos estaban adjuntos al correo dirigido a Frank, su editor y amigo desde hacía más de una década. El hombre que había soportado su bloqueo creativo con una paciencia que rozaba lo sobrehumano. El hombre que, estaba seguro, ya había perdido toda esperanza de recibir material nuevo.

Con un suspiro, pulsó enviar y observó cómo el mensaje desaparecía de su pantalla, viajando a través del ciberespacio hacia su destino.

—Bueno, ya está hecho —murmuró para sí mismo, reclinándose en el sillón.

A pesar de la confianza que sentía en su trabajo, no pudo evitar ese momento de pánico que sigue a cualquier acto creativo. ¿Y si no era lo suficientemente bueno? ¿Y si a Frank no le gustaba? ¿Y si, después de tanto tiempo de espera, resultaba ser una decepción?

Sacudió la cabeza, intentando dispersar esos pensamientos.

Su relación con Natalie se encontraba en un extraño limbo desde la revelación de su verdadera identidad. Habían pasado días de silencios cómodos, miradas robadas y conversaciones cuidadosamente neutrales. Sin embargo, había algo reconfortante en la rutina que habían establecido, una sensación de normalidad que ambos se esforzaban por mantener, principalmente por Kora. Y por ellos mismos.

Kora, ajena a las complicaciones del mundo de los adultos, seguía iluminando la mansión con sus risas y sus pequeñas travesuras. Seguía corriendo hacia él cada vez que lo veía, con esa confianza absoluta que solo los niños poseen. Y, sin saberlo, se había convertido en el puente que mantenía a Dante y Natalie unidos incluso en medio de su distanciamiento emocional.

El pitido de su portátil lo sacó de sus cavilaciones.

Un mensaje de Frank.

«Lo tengo. Dame unas horas para echarle un vistazo. ¿Hablamos por videoconferencia esta tarde? ¿A las 5?»

Dante miró el reloj. Apenas pasaban de las 10 de la mañana. Tendría que esperar todo el día para conocer el veredicto de Frank.

«Perfecto, a las 5», respondió, y cerró el ordenador.

Las horas transcurrieron con una lentitud agónica. Dante intentó distraerse con todo tipo de tareas, algo inusual en él. Reorganizó la biblioteca, limpió el escritorio, incluso bajó a la cocina para prepararse un sándwich, algo que normalmente dejaba en manos de Natalie, y es que ella hacía una salsa especial (y secreta) que resultaba deliciosa. Lo que no se le pasó por la cabeza fue hacer la colada, ya había tenido suficiente con una vez.

Allí se la encontró, picando verduras para el almuerzo. El ambiente se tensó un poco cuando sus miradas se cruzaron.

—He enviado la mitad de la novela a Frank —dijo Dante, rompiendo el silencio.

Natalie dejó el cuchillo un instante, y una pequeña sonrisa asomó a sus labios.

—Eso es genial, Dante —respondió con sinceridad—. Estoy segura de que le va a encantar.

Hubo un momento de silencio.

—La novela... —Dante dudó, pasándose una mano por el pelo —. Gran parte de ella está inspirada en ti. En vosotras —dijo.

Los ojos de Natalie se abrieron un poco más, con una expresión de sorpresa reflejada en ellos.

—¿En nosotras? —preguntó en voz baja.

Dante asintió. De repente se sintió incómodo con aquella confesión que no había planeado hacer.

—La protagonista... tiene mucho de ti —admitió—. Su fuerza, su vulnerabilidad, su valentía, su forma de ver el mundo…

Se produjo otro silencio, aquella vez menos tenso, más cargado de emoción.

—Me gustaría leerla algún día —dijo Natalie, volviendo a centrar su atención en las verduras.

—Serás la primera —prometió Dante, y durante un instante, todo pareció volver a la normalidad entre ellos. Como si las mentiras y revelaciones nunca hubieran ocurrido.

El momento fue interrumpido por el sonido de unos pasitos acelerados. Kora apareció en la puerta trasera de la cocina, tambaleándose ligeramente sobre sus piernecitas regordetas, con esa determinación que caracterizaba todos sus movimientos.

—¡Da-Da! —exclamó, extendiendo sus bracitos hacia él.

Dante no pudo evitar la sonrisa que se formó en su rostro. El apodo que Kora usaba para referirse a él le resultaba inexplicablemente entrañable.

—Hola, pequeña exploradora —la saludó, inclinándose para tomarla en brazos—. ¿Has estado jugando con Thomas?

Natalie suspiró, secándose las manos en un paño de cocina.

—Le encanta el jardín, sobre todo, días como hoy —comentó—. Y desde que ha empezado a andar, parece que tiene motores en los pies. No hay quien la pare. Hay que tener mil ojos con ella. Se escapa de todos lados.

—Los mejores escritores siempre son un poco rebeldes —bromeó Dante, rebotando suavemente a Kora en sus brazos, arrancándole una carcajada—. Apuesto a que será una gran contadora de historias algún día.

La expresión de Natalie se suavizó, observando la interacción entre los dos.

—Como su... —comenzó, pero se detuvo abruptamente, como si hubiera estado a punto de decir algo inapropiado.

Dante la miró, esperando que continuara, pero ella simplemente sacudió la cabeza y volvió a sus verduras.

—La comida estará lista en media hora —dijo, cambiando de tema.

Dante se limitó a asentir.

A las 16:55 de la tarde, Dante estaba sentado frente a su ordenador portátil, preparado para la videollamada con Frank. Había releído algunos pasajes de su novela durante el día, alternando entre momentos de confianza absoluta y crisis de seguridad.

Puntual como siempre, a las 5 la llamada entrante de Frank apareció en su pantalla. Respiró hondo y dio al botón de aceptar.

El rostro familiar de su editor apareció ante él.

Frank Donovan, un hombre de unos cincuenta y tantos años, con una barba canosa perfectamente recortada y unas gafas que le daban un aire de profesor universitario, a pesar de la chaqueta de cuero que intentaba proyectar una imagen más juvenil.

—¡Dante Eastwood, mi ermitaño favorito! —saludó Frank, con su habitual energía desbordante—. Durante un momento he pensado que mi correo había sido hackeado cuando he visto tu nombre en la bandeja de entrada.

Dante sonrió, sintiendo cómo la tensión comenzaba a disiparse. Frank siempre había tenido ese efecto en él.

—Sorpresa —respondió, levantando las manos en un gesto teatral—. El escritor desaparecido ha regresado.

—Y de qué manera. —Frank silbó, inclinándose hacia la cámara —. Dante, voy a ir directo al grano porque sabes que no me gustan los rodeos ni perder el tiempo. He leído los capítulos que me has enviado.

Dante contuvo la respiración involuntariamente. Aquí venía. El veredicto.

—Y son una jodida obra maestra —continuó Frank, con una sonrisa que parecía a punto de partirle la cara en dos—. Si ese bloqueo de escritor que has sufrido durante tanto tiempo ha dado como resultado esta novela, ha merecido completamente la pena la espera.

El alivio que Dante sintió fue tan intenso que casi se mareó. Se reclinó en el sillón de cuero, dejando escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, aún incrédulo.

Había pasado demasiado tiempo sin escribir y a veces tenía la sensación de que se había oxidado, de que las musas le habían abandonado.

—Tan en serio como un ataque cardíaco —aseguró Frank—. Y créeme, casi me da uno cuando he leído esa escena en el capítulo siete. —Sacudió la cabeza con admiración—. Tu protagonista, Eleanor... es fascinante. Compleja, vulnerable, pero con una fuerza interior asombrosa. Y la química entre ella y Malcolm... ¡joder! Podrían provocar un incendio forestal. ¿De dónde has sacado la inspiración para estos personajes? Son tan... reales, tan humanos.

Dante desvió la mirada un instante, pensando en Natalie y en todo lo que habían vivido juntos, en cómo su presencia había desencadenado algo dentro de él que creía que nunca recuperaría.

—Digamos que he estado rodeado de buena compañía últimamente —respondió con una sonrisa enigmática en los labios.

Frank arqueó una ceja, intrigado, pero no insistió. Con Dante no funcionaba bien la presión. Ni los cotilleos.

—Bueno, sea lo que sea o quien sea, dale las gracias de mi parte. Estoy deseando leer el resto. ¿Cuándo crees que lo tendrás listo?

—Estoy trabajando en ello —aseguró Dante—. La historia está prácticamente completa en mi cabeza, solo necesito plasmarla en

papel. Quizás en un mes más.

—Perfecto. —Frank asintió complacido—. Con lo que me has enviado ya podemos empezar a mover la maquinaria. Anunciar tu regreso, preparar el terreno para el lanzamiento... Va a ser grande, Dante. Muy grande.

El sonido de pequeños pasos apresurados interrumpió la conversación. Antes de que Dante pudiera reaccionar, Kora apareció en el estudio, correteando directamente hacia él con la determinación imparable que la caracterizaba.

—¡Da-Da! —exclamó, extendiendo sus bracitos hacia él.

Por el rabillo del ojo, Dante vio a Natalie aparecer en la puerta, con una expresión de horror al darse cuenta de que había interrumpido una videollamada. Sus ojos se encontraron a través de la habitación, y Dante le hizo un gesto tranquilizador con la mano, indicándole que no había problema.

—Lo siento mucho —murmuró Natalie, acercándose rápidamente—. No sabía que estabas en una llamada importante. Vamos, Kora, dejemos a Dante trabajar.

Pero Kora, con la obstinación propia de su edad, ya estaba intentando trepar al regazo de Dante, emitiendo pequeños sonidos de frustración cuando sus piernecitas no lograban el impulso necesario.

Dante, en un movimiento fluido, la tomó por debajo de los brazos y la sentó sobre sus piernas.

—No te preocupes —le dijo a Natalie, que parecía mortificada por la interrupción—. Está bien. Frank no se molesta por un poco de caos, ¿verdad, Frank?

En la pantalla, Frank observaba toda la escena con una expresión de sorpresa y curiosidad.

—En absoluto —respondió el editor, ajustándose las gafas para tener una mejor vista—. Siempre es un placer ver nuevas caras. ¿Y

quién es la pequeña invasora?

Natalie parecía querer que la tierra la tragara, que se abriera un enorme socavón bajo sus pies y que la engullera hasta el mismo núcleo.

Se acercó nuevamente, extendiendo los brazos hacia Kora.

—De verdad, puedo llevármela —insistió.

Pero Dante negó con la cabeza.

—Está bien, Natalie, de verdad —dijo, y luego, dirigiéndose a Frank dijo—: Frank, te presento a Kora. Es la hija de mi ama de llaves, Natalie. Natalie, este es Frank, mi editor y, aunque me cueste admitirlo, también mi amigo.

Natalie esbozó una sonrisa tímida hacia la pantalla, murmurando un «encantada» antes de retroceder lentamente hacia la puerta. Dante volvió a hacerle un gesto, esta vez más enfático.

—De verdad, no es necesario que te la lleves. Puede quedarse un rato conmigo.

Natalie dudó un momento, pero finalmente asintió, saliendo silenciosamente del estudio y cerrando la puerta tras ella.

Kora, ajena a todo lo que se desarrollaba a su alrededor, había encontrado el bolígrafo de Dante sobre el escritorio y lo agitaba como si fuera una varita mágica, balbuceando palabras incomprensibles que solo ella parecía entender.

—Así que... ¿ama de llaves? —preguntó Frank, en un tono que sugería que estaba conectando puntos en su cabeza.

Dante se encogió de hombros, intentando restar importancia al asunto.

—Necesitaba ayuda con la casa. Ya sabes cómo soy con las tareas domésticas y mi hermano se empeñó en que contratara a una ama de llaves.

—Claro, claro… —murmuró Frank, con incredulidad—. Y la niña parece que está muy encariñada contigo.

Como para subrayar ese punto, Kora se giró en el regazo de Dante y, con una sonrisa que podría derretir un iceberg (o cien), le tendió el bolígrafo, diciendo algo que sonó vagamente como «para ti».

—Gracias, princesa —respondió Dante automáticamente, tomando el bolígrafo como si fuera el regalo más valioso del mundo.

Kora, satisfecha con el intercambio, se inclinó hacia adelante para examinar la pantalla del ordenador. Al ver la cara de Frank, abrió mucho los ojos y lo señaló con el dedo índice.

—¡Oso! —exclamó.

Tanto Dante como Frank estallaron en carcajadas ante la asociación que había hecho la niña.

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero nunca oso —rio Frank, acariciándose la barba como si estuviera reflexionando sobre ello—. Aunque, pensándolo bien, podría tomarlo como un cumplido. Los osos son fuertes, sabios...

—Y gruñones —añadió Dante con una sonrisa, haciendo que Frank le dedicara una mueca.

—El sentimiento es mutuo —observó Frank, mirando cómo Kora se acurrucaba cómodamente contra el pecho de Dante—. Parece que has encontrado una fan incondicional.

Dante bajó la mirada hacia la niña, que jugueteaba con el botón de su camisa, dejando ver lo a gusto que se encontraba con él.

—Es inevitable con ella —respondió, en un tono que revelaba mucho más de lo que pretendía—. Se hace querer enseguida. Es una niña increíble, Frank. Muy despierta, curiosa. Deberías verla con sus cuentos. Apenas tiene un año y ya entiende que las páginas cuentan historias. Se sienta y los mira durante horas, inventándose su propia narrativa. El otro día la encontré «leyéndole» a su tortuga de

peluche. Estaba muy seria, pasando las páginas y balbuceando como si realmente estuviera contándole la historia.

De repente se detuvo, dándose cuenta de lo mucho que estaba divagando. Frank lo miraba con una expresión que mezclaba diversión y algo parecido a la ternura.

—¿Qué? —preguntó Dante, ligeramente a la defensiva.

—Nada, nada —respondió Frank, levantando las manos en gesto de rendición—. Solo que nunca te había visto hablar así de nadie. Ni siquiera de tus personajes, y eso ya es decir mucho.

Dante sintió un calor inesperado subirle por el cuello. ¿Tan obvio era? ¿Tan transparente se había vuelto?

—Bueno, pasa mucho tiempo aquí —se justificó, intentando sonar casual—. Es normal que me encariñe con ella.

Frank asintió, aunque su expresión dejaba claro que no estaba comprando aquella explicación tan superficial.

—Por supuesto, por supuesto —dijo, y luego cambió hábilmente de tema. Era mejor que las cosas siguieran su cauce natural—. Entonces, sobre la novela… Hay algunos detalles que me gustaría discutir. El giro al final del capítulo nueve...

Mientras la conversación volvía a centrarse en asuntos profesionales, Dante sentía cómo algo iba tomando forma en su interior, cristalizándose con cada movimiento de Kora en su regazo, con cada pequeño suspiro que ella dejaba escapar mientras comenzaba a adormecerse en su brazo, arrullada por el ritmo constante de su voz.

La quería.

Quería a aquella pequeña personita que había irrumpido en su vida sin previo aviso, trayendo consigo una luz que no sabía que necesitaba.

En algún momento, sin que él se diera cuenta, Kora había traspasado todas sus defensas, todas las barreras que había construido cuidadosamente alrededor de su corazón tras el desastre de relación con Catherine.

Y lo más sorprendente era lo natural que lo sentía. Como si de alguna manera, Kora siempre hubiera estado destinada a ser parte de su vida. Como si hubiera un espacio en su corazón, perfectamente moldeado para ella, que había estado vacío hasta que había llegado.

La idea debería haberlo aterrorizado. Después de todo, él era un hombre solitario, aislado de todo y todos por voluntad propia, que había jurado no volver a invertir emocionalmente en nada ni nadie después de Catherine. Y, sin embargo, ahí estaba, sosteniendo a una niña que técnicamente no era nada suyo, pero sintiendo por ella un amor tan profundo, tan visceral, que casi le dolía físicamente.

—¿Dante? ¿Sigues ahí? —La voz de Frank lo sacó de sus pensamientos, devolviéndolo a la realidad.

—Sí, sí, lo siento —respondió, parpadeando para regresar al presente—. ¿Decías?

Frank lo miró con una expresión comprensible que sugería que entendía perfectamente dónde había estado su mente.

—Decía que podemos continuar esta conversación en otro momento —dijo el editor, con una sonrisa amable—. Parece que estás ocupado con asuntos más importantes.

Dante bajó la mirada. Kora se había quedado dormida contra su pecho. Su pequeña boca estaba ligeramente abierta, y sus largas pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas sonrosadas.

—No, no, podemos seguir —insistió.

Frank negó con la cabeza. Su sonrisa se amplió en su rostro.

—Acabas de darme veinte capítulos brillantes después de años de silencio —dijo—. Creo que te has ganado un descanso. Además

—añadió en un tono que sugería que estaba a punto de decir algo importante—, me parece que has encontrado algo mucho más valioso que cualquier éxito literario.

Dante no pudo (ni quiso) rebatir su afirmación. En cambio, asintió lentamente, mientras su mano daba pequeñas palmaditas en la espalda de Kora.

—Te llamaré mañana —prometió.

—Cuídate, Dante —se despidió Frank—. Y cuida de esa pequeña fan. Parece que es tu mejor crítica hasta la fecha.

La videollamada finalizó, dejando a Dante solo con sus pensamientos y con el ligero peso de Kora entre los brazos.

Se reclinó en la silla y lanzó un suspiro, permitiéndose disfrutar del momento, de la sensación de su respiración regular contra su pecho, del ligero aroma a champú de bebé que emanaba de su pelo.

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había llegado a aquello? ¿En qué momento esa pequeña había pasado de ser «la hija del ama de llaves» a ser... algo más? ¿A ser alguien importante en su vida? Y si sentía todo eso por Kora, ¿qué significaba para sus sentimientos por Natalie?

La pregunta bailó en su mente, ineludible, insistente. Sabía que tendría que enfrentarla en algún momento, pero por ahora, se conformó con aquel ratito de paz.

CAPÍTULO 35

Con Kora plácidamente dormida contra su pecho, Dante subió las escaleras con el sigilo de quien transporta el más frágil de los tesoros. La niña apenas se movió durante el trayecto, con la respiración regular y cálida contra la camisa de Dante y sus pequeños dedos agarrando inconscientemente la tela.

El pasillo que conducía a la habitación estaba bañado en la suave luz dorada del atardecer que se filtraba a través de las ventanas. Fuera, el cielo comenzaba a teñirse de tonalidades púrpuras y naranjas, mientras las primeras estrellas asomaban tímidamente. La primavera ya se había instalado completamente, y con ella, esas preciosas puestas de sol que convertían las tardes en noches.

Dante empujó suavemente la puerta con el hombro y entró en la habitación. Era un espacio que había dejado de ser la antigua habitación de invitados para convertirse en el pequeño reino de Kora, aunque también dormía en ella Natalie. Las paredes, antes de un insulso beige, tenían delicados vinilos de animales del bosque. En una esquina había un estante repleto de libros infantiles y peluches. Junto a la ventana, una mecedora donde Natalie solía sentarse para contarle cuentos antes de dormir. Al lado, la cuna de madera clara que Natalie había llevado cuando se mudaron a la mansión.

Con algo de torpeza, Dante depositó a Kora en la cuna. La pequeña se removió ligeramente, y sus párpados temblaron como si amenazaran con abrirse, pero finalmente se acomodó de lado, abrazando el peluche de tortuga que la acompañaba a todas partes.

Se quedó allí unos segundos, observando cómo dormía.

Había algo hipnótico en la paz que expresaba su rostro, en la total ausencia de preocupación, en esa confianza absoluta con la que se entregaba al sueño. ¿Cuándo había sido la última vez que él mismo había dormido así? ¿Sin que las dudas, los recuerdos o la ansiedad lo acosaran?

«Probablemente años», pensó con una sonrisa irónica.

Encendió la pequeña lámpara de noche que proyectaba suaves constelaciones en el techo y tomó el monitor de bebés de la mesita. Después de un último vistazo a Kora, salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Mientras bajaba las escaleras, el aroma a comida casera comenzó a envolverlo. Era un olor reconfortante, que hablaba de hogar y de cuidado, de preocupación por el bienestar de otros. Tan diferente a los años que había pasado solo, subsistiendo a base de comida para llevar o platos precocinados.

Siguió el rastro del aroma hasta la cocina, donde encontró a Natalie de espaldas a él, concentrada en remover algo en una cacerola. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Algunos mechones rebeldes se había escapado para enmarcar su rostro. Vestía unos vaqueros azul oscuro desgastados y un jersey holgado de color azul pálido que resaltaba el tono de su piel. Sus caderas se balanceaban ligeramente al ritmo de una canción que tarareaba en voz baja.

Dante se permitió observarla un momento en completo silencio antes de anunciar su presencia. Había algo en la escena que le resultaba profundamente conmovedor. La dulzura de todo aquello, la

naturalidad con la que Natalie se había integrado en su espacio, transformándolo de una casa en un hogar.

Carraspeó suavemente para no sobresaltarla.

Natalie se giró, con una cuchara de madera en la mano y una expresión de sorpresa que rápidamente se transformó en una sonrisa.

—Hey, hola —dijo, volviendo su atención a la cazuela.

—Hola —respondió Dante, acercándose—. Kora se ha quedado dormida. La he llevado a su cuna.

Alargó la mano y le ofreció el monitor de bebés, que Natalie tomó con una expresión de asombro y agradecimiento.

—¿En serio? Gracias. La pobre hoy no se ha echado la siesta. —Su tono era realmente de sorpresa—. Y perdona otra vez por la interrupción. No sabía que estabas en una llamada importante. Kora no para y a veces me cuesta que se esté quieta en un sitio.

Dante hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Es normal —dijo, apoyándose contra la encimera, al lado de Natalie—. Está en una fase de descubrimiento, de explorar y ver el mundo. Sería preocupante si no tuviera esa curiosidad.

—Sí, tienes razón.

Dante se acercó a la cacerola, inclinándose para oler su contenido.

—Huele delicioso. ¿Qué es?

—Estofado de ternera con verduras —respondió Natalie—. Una receta de mi abuela. Pensé que te gustaría.

—Seguro —dijo Dante.

Fuera, el cielo ya se había oscurecido por completo, y el viento silbaba suavemente alrededor de la casa.

—Tu editor parece simpático —comentó Natalie, cambiando de tema, mientras alcanzaba algunas especias de un estante.

—¿Sabes que Kora le ha llamado oso?

Natalie se echó a reír.

—¿De verdad? —dijo entre risas—. Bueno, bien pensado, Kora tiene razón, se parece un poco a un oso. Por la barba, digo.

Dante soltó una carcajada.

—Frank se moriría si supiera que esa es la impresión que da —dijo, negando con la cabeza—. Aunque, pensándolo bien, sí, es cierto, tiene bastante de oso. Gruñón cuando está de mal humor, pero en el fondo, inofensivo y hasta cariñoso.

Natalie sonrió, y Dante notó cómo la tensión que había caracterizado sus interacciones en los últimos días parecía haberse disipado un poco. Quizás fuera el efecto de la cálida cocina, o del delicioso aroma de la comida, o simplemente que ambos estaban cansados de mantener las distancias.

—En serio, siento la interrupción —insistió Natalie—. La llamada era importante para ti y Kora…

—No te preocupes por la interrupción, es solo una bebé, y Frank es mi amigo, aparte de mi editor —la cortó Dante—. Además, Kora es importante para mí —añadió, sorprendiéndose a sí mismo por la sinceridad de la afirmación—. Le he cogido… mucho cariño. Sin saber cómo, tu pequeña ha logrado ganarse mi corazón.

Natalie dejó de remover el estofado durante un instante.

Giró el rostro y sus ojos se encontraron con los de Dante. Una emoción indefinible brilló en ellos.

—Eso sí que es un milagro —bromeó finalmente, con una sonrisa tímida—. Considerando cómo te ponías al principio con cualquier ruido que hacía. Creo recordar que la primera vez que lloró en mitad de la noche, amenazaste con mudarte a un hotel.

Dante rio, recordando aquellos primeros días, que ahora parecían pertenecer a otra vida, a otro hombre.

—En mi defensa, tenía un plazo que cumplir —se justificó, pero sin verdadera convicción en sus palabras—. Aunque en realidad llevaba años sin escribir algo decente.

—La verdad es que eras bastante gruñón —continuó Natalie, entrando en el juego—. Había días en que pensaba que ibas a echarnos a las dos a la calle.

—No me tientes, aún puedo hacerlo —respondió Dante en tono de broma. Rio, pero luego su expresión se volvió algo más seria—. Reconozco que me ha ablandado. Es difícil mantener el ceño fruncido cuando tienes a una niña ofreciéndote sus juguetes cada cinco minutos, babeándote la camisa y mirándote como si fueras el hombre más asombroso del planeta.

—Kora también te quiere mucho, Dante —dijo Natalie, con una seriedad repentina que contrastaba con el tono ligero de momentos antes—. Casi desde el principio, a pesar de tus gruñidos y tus malas caras. Y desde que ha empezado a andar, siempre quiere ir donde estás tú.

—Es una temeraria —comentó Dante, sintiendo que una calidez se expandía a lo ancho de su pecho ante la idea de que la niña lo buscara.

—Sí, lo es —dijo Natalie con una risa suave—. Pero le caes muy bien. Creo que eres su persona favorita... incluso por encima de mí.

—Eso lo dudo —comentó Dante—. Kora te adora. Lo veo en sus ojos cuando te mira. No hay una niña que quiera tanto a su madre como ella te quiere a ti.

Natalie esbozó una sonrisa de oreja a oreja y los ojos se le llenaron de orgullo.

—¿Sabes? mi editor está muy contento con los capítulos que le he mandado —dijo Dante, recordando la respuesta entusiasmada de

Frank—. Dice que es lo mejor que he escrito nunca.

No era su estilo hablar tan abiertamente de su trabajo, mucho menos de jactarse de las alabanzas o halagos, pero sentía la necesidad de compartirlo con Natalie. Después de todo, ella había sido testigo de su lucha, de sus frustraciones, de las noches en blanco frente al ordenador. Y, además, ella había sido su inspiración. La que había roto su bloqueo del escritor y había logrado que las musas regresasen.

La reacción de Natalie fue inmediata y completamente inesperada. Sin pararse a pensarlo, se abalanzó sobre Dante con el rostro iluminado, rodeándolo con los brazos en un gesto espontáneo y apretado.

—¡Lo sabía! —exclamó, sin disimular su alegría—. ¡Me alegro tanto por ti, Dante!

El abrazo apenas duró unos segundos, pero fue suficiente para que Dante registrara el calor de su cuerpo, el aroma a vainilla de su pelo, la forma en que encajaba perfectamente con él, como si hubiera sido diseñada para estar justo ahí.

Tan rápido como había sucedido, terminó.

Natalie se separó bruscamente. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo intenso y su expresión era una mezcla de vergüenza y algo más que Dante no pudo descifrar.

—Lo… lo siento —murmuró, llevándose una mano al cuello—. Es la emoción, es que sé cuánto has sufrido por no poder escribir.

Con un gesto nervioso, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, evitando la mirada de Dante.

—No hay problema —respondió él, sorprendido por cuánto deseaba volver a sentir esos brazos a su alrededor—. Yo también estoy emocionado.

Un silencio se instaló entre ellos, pero no fue incómodo. Estaba cargado de esas cosas que no podían ignorar.

El momento fue interrumpido por el sonido de la puerta trasera abriéndose. Thomas entró en la cocina, sosteniendo un pequeño ramo de rosas de distintos colores. Sus mejillas y su nariz estaban enrojecidas por el aire.

—Estas serán probablemente las últimas que corte —anunció, sacudiéndose algunas gotas de la chaqueta—. Ya están todos los rosales podados y listos para florecer de nuevo.

Se detuvo al notar la atmósfera en la cocina. Sus ojos se movieron entre Dante y Natalie con una curiosidad apenas disimulada.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, con esa franqueza directa que lo caracterizaba.

—No, claro que no —respondió Natalie demasiado rápido, dándose la vuelta y volviendo a su estofado con una concentración exagerada—. Qué bonitas están, Thomas. Déjalas encima de la mesa, les buscaré un jarrón para ponerlas.

Dante sintió que necesitaba unos segundos para procesar lo que acababa de ocurrir, o casi ocurrir, o lo que fuera que hubiera sentido con ese abrazo. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Debería volver al estudio —dijo, aunque sin verdadero entusiasmo—. Tengo algunas notas que revisar antes de la cena.

Natalie asintió sin mirarlo directamente, y Thomas simplemente le dedicó una de sus enigmáticas sonrisas, como si supiera exactamente qué estaba pasando por la mente de todos los presentes.

Dante dio media vuelta y salió de la cocina, consciente de la mirada de Thomas siguiéndolo hasta que dobló la esquina del pasillo. Una vez solo, se permitió soltar el aliento que estaba conteniendo en la garganta.

Aunque la falta de confianza de Natalie a la hora de no contarle lo de su verdadera identidad era algo que le seguía doliendo, incluso

aunque podía llegar a entender los motivos, no le era indiferente y no podía borrar de un plumazo lo que sentía por ella, lo que habían compartido los días que habían estado juntos. No, las cosas no funcionaban así.

Con la cabeza echa un lío, se dirigió a su estudio.

En la cocina, Natalie buscaba afanosamente un jarrón para las rosas, más como excusa para evitar la mirada inquisitiva de Thomas que por verdadera necesidad.

—Hay un jarrón en el armario de arriba, a la derecha —indicó Thomas, sentándose tranquilamente en una de las sillas, mientras se preparaba para la conversación que Natalie sabía que era inevitable.

—Gracias —murmuró, alcanzando el jarrón de cristal tallado.

Se acercó al fregadero, dio el grifo y lo llenó de agua.

Thomas la observó en silencio mientras colocaba las rosas con cuidado en el jarrón, como si cada pétalo fuera una obra de arte que requiriera la máxima atención.

—Así que... —comenzó finalmente, con ese tono casual que no engañaba a nadie—. ¿Va todo bien con nuestro escritor residente?

Natalie suspiró, resignándose a la inevitable charla.

—Todo va bien —respondió, intentando sonar convincente—. Su editor está entusiasmado con los capítulos que le ha enviado.

—No me refería a su carrera literaria —aclaró Thomas, levantándose para servirse una taza de café—. Me refería a vosotros dos. A esa... tensión que casi podía cortarse con cuchillo cuando he entrado.

—No hay ninguna tensión —negó Natalie, aunque el rubor que volvía a sus mejillas la delataba.

Thomas soltó una risita, añadiendo un poco de leche a su café.

—Por supuesto que no —dijo, con un tono que dejaba claro que pensaba todo lo contrario—. Simplemente he entrado en una cocina perfectamente normal donde dos personas mantenían una conversación perfectamente normal a una distancia perfectamente normal.

—Exactamente —asintió Natalie, volviendo su atención al estofado, como si de repente requiriera toda su concentración, como si fuera un problema matemático que tuviera que resolver.

Thomas dio un sorbo de su café, mirándola por encima del borde de la taza.

—Sabes que no te juzgo, ¿verdad? —dijo en un tono más suave —. Sea lo que sea que esté pasando o no pasando entre vosotros.

Natalie dejó escapar otro suspiro, esa vez más profundo.

—No está pasando nada, Thomas —insistió, aunque con menos convicción—. Ya no —añadió con pesadumbre—. Después de lo de la identidad falsa y todo eso... No creo que Dante me perdone completamente.

—Ah, nuestro Dante siempre tan dramático —comentó Thomas, con una sonrisa nostálgica—. Se le pasará, ya lo verás. En el fondo es más sensible de lo que aparenta, por eso le afecta todo tanto.

—Eso no mejora la situación —replicó Natalie, bajando el fuego del estofado—. De hecho, lo empeora. Si es tan sensible, entonces la traición que siente es aún más profunda.

—¿Traición? —Thomas arqueó una ceja—. Esa es una palabra muy fuerte. Engaño, quizás. Omisión, seguramente. Pero traición implica malicia, y ambos sabemos que no había nada de eso en tus acciones.

Natalie no respondió de inmediato, ocupada en sacar platos y cubiertos para la cena.

—De todas formas —continuó, transcurridos unos segundos—, es igual. En unos meses, cuando llegue el verano, Kora y yo nos iremos. Ese era el plan desde el principio.

Thomas la miró con una expresión que mezclaba incredulidad y compasión.

—¿Aún te aferras a ese plan? —preguntó—. Después de todo lo que ha pasado, después de ver cómo os habéis integrado aquí, cómo Dante se ha abierto con vosotras... ¿aún piensas que lo mejor es marcharte?

Natalie colocó los platos sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, el sonido resonó entre las paredes de la cocina.

—No se trata de lo que yo piense —dijo, con una firmeza que sonaba ensayada—. Se trata de lo que es real. Mi expareja anda merodeando por la zona, ya lo has visto. El otro día se presentó aquí y montó un escándalo, y no será lo último que haga. Lo conozco. Kora y yo ya no estamos seguras aquí.

—Estoy seguro de que el señor Eastwood os protegerá —aseveró Thomas.

Natalie sacudió la cabeza.

—No es su responsabilidad —apuntó Natalie.

Y era cierto, no lo era.

—Formáis parte de su vida y él ha cogido mucho cariño a Kora, creo que sí que lo es —respondió Thomas, terminando su café y poniéndose de pie.

—No es tan sencillo —murmuró Natalie.

—Pocas cosas importantes lo son —dijo Thomas.

—No sé… —dudó Natalie, pasándose una mano por el rostro, un gesto que delataba su agotamiento emocional.

—Además, él está enamorado de ti.

El corazón de Natalie se desbocó dentro del pecho al escuchar aquellas palabras.

—Thomas, no…

—Eso no puede cambiarlo nada, Natalie, ni siquiera un nombre falso —la cortó él.

—Pero Dante está dolido, y con razón.

—Se le pasará.

Natalie levantó la mirada hacia Thomas.

—¿Tú crees?

—Totalmente.

Natalie se permitió esbozar el amago de una sonrisa. Esperaba que Thomas tuviera razón.

CAPÍTULO 36

El cielo nocturno sobre la mansión estaba despejado, salpicado de estrellas que brillaban con una claridad casi sobrenatural. Una luna menguante derramaba su luz plateada sobre el silencioso jardín, proyectando sombras alargadas entre los árboles y arbustos.

El invierno había dejado paso a la primavera, pero las noches aún conservaban ese filo cortante que recordaba que el frío no se había marchado del todo en los acantilados.

Natalie dormía profundamente, con Kora acurrucada a su lado.

Había sido un día agotador. La pequeña había estado especialmente inquieta, como si algún instinto primitivo le advirtiera de que algo no estaba bien. Natalie había necesitado casi dos horas para conseguir que se durmiera, leyéndole tres cuentos diferentes y cantándole todas las nanas que conocía, hasta que finalmente los párpados de Kora cedieron al cansancio.

La habitación estaba en completa calma, iluminada únicamente por la tenue luz de la lamparita de noche en forma de luna que proyectaba suaves constelaciones en el techo. El único sonido era la respiración acompasada de madre e hija y el ocasional crujido de la vieja casa, que parecía estirarse en la tranquilidad nocturna.

Natalie soñaba. En su sueño, corría por un bosque interminable, perseguida por una sombra sin rostro que siempre estaba a punto de alcanzarla, pero nunca lo conseguía del todo. Sus pies descalzos

golpeaban el suelo húmedo, sus pulmones ardían por el esfuerzo, y aunque intentaba gritar, ningún sonido salía de su garganta.

Fue un sonido estridente y penetrante lo que la arrancó bruscamente del sueño. Durante un segundo, desorientada entre el mundo onírico y la realidad, no pudo identificar qué era ese ruido insistente que taladraba sus oídos. Hasta que lo reconoció: el detector de humo.

Se incorporó de golpe, con el corazón martilleando contra su pecho.

Lo primero que notó fue el olor: acre, tóxico, inconfundible. Luego lo vio: una neblina gris que se filtraba por debajo de la puerta cerrada y comenzaba a ascender hacia el techo, formando volutas fantasmales en la penumbra.

—¡Kora! —exclamó, girándose hacia la niña, que seguía durmiendo, ajena al peligro.

La cogió en brazos, despertándola.

La pequeña abrió los ojos, confusa y asustada por la forma en que Natalie la había despertado y el estridente sonido de la alarma.

—¿Ma-ma? —balbuceó. Su vocecita se escuchaba ronca por el sueño y el miedo incipiente.

—Tranquila, cariño —intentó calmarla Natalie, aunque su propia voz temblaba—. Tenemos que salir de aquí.

Se levantó de la cama, con Kora firmemente sujeta contra su pecho, y se dirigió hacia la puerta. Extendió la mano hacia el pomo, pero se detuvo justo antes de tocarlo, recordando vagamente algo que había leído sobre comprobar si la puerta estaba caliente antes de abrirla en caso de incendio.

Con la palma abierta, se acercó al metal sin tocarlo. No sentía calor, lo que era una buena señal. Sin embargo, cuando apoyó los dedos en la madera de la puerta, notó que estaba tibia. No ardiendo, pero sí más caliente de lo normal.

El humo seguía entrando, cada vez más denso, y Natalie comenzó a toser. Kora también tosía, enterrando su carita en el hueco del cuello de su madre, buscando protección.

—Ma-ma —susurró la niña, con lágrimas en los ojos.

—Tranquila, cielo. Todo va a estar bien —dijo Natalie, tratando de calmarla,

«¿Va a estar bien?», se preguntó para sus adentros, mientras el pánico amenazaba con apoderarse de ella.

La tos se hacía más frecuente, y sentía los ojos irritados por el humo. Necesitaban salir de allí, pero ¿hacia dónde? Si abría la puerta y el fuego estaba al otro lado...

Joder.

Retrocedió hasta la ventana, con la esperanza de abrirla y permitir que entrara aire fresco. Quizás incluso podrían salir por allí, aunque estaban en el segundo piso. Pero al mirar a través del cristal, lo que vio la dejó paralizada: llamas. Había fuego en el jardín, justo debajo de su ventana, ascendiendo por la pared exterior.

«Estamos atrapadas», pensó.

El terror formó un nudo en su garganta. Miró a su alrededor, buscando desesperadamente una salida, algún recurso, cualquier cosa que pudiera ayudarlas a escapar.

Fue entonces cuando escuchó los golpes en la puerta, fuertes y urgentes.

—¡Natalie! ¡Kora! —La voz de Dante llegó amortiguada a través de la madera—. ¿Estáis ahí?

—¡Dante! —gritó Natalie. La esperanza se mezcló con el miedo en su voz—. ¡Estamos aquí! ¡Hay fuego en el jardín!

—¡Apártate de la puerta! —ordenó él—. ¡Voy a entrar!

Natalie retrocedió, abrazando protectoramente a Kora, que lloraba en silencio, temblando contra su pecho. Un segundo

después, la puerta se abrió de golpe, revelando a Dante. Nunca lo había visto así: el pelo largo despeinado, los ojos desorbitados por el pánico, vestido únicamente con un pantalón de pijama y una camiseta. En las manos llevaba un trapo húmedo.

—¡Cúbrete la boca y la nariz! —le gritó, tendiéndole el trapo—. ¡Y cubre a Kora! ¡Rápido!

Natalie obedeció, colocando parte del trapo sobre su propia cara y asegurándose de que Kora también estuviera protegida.

El paño húmedo ayudaba a filtrar el humo, pero la habitación se estaba llenando rápidamente, y cada vez era más difícil ver y respirar.

Dante se acercó a ellas con paso decidido, evaluando la situación con una calma que contrastaba con el caos a su alrededor y con los nervios de Natalie.

—El pasillo está despejado, pero hay humo subiendo por las escaleras —informó con una voz sorprendentemente firme—. Tenemos que movernos rápido. Te abriré camino.

Sin esperar respuesta, tomó a Natalie del brazo y la guio hacia la puerta. Justo antes de salir, echó un vistazo a la ventana y vio las llamas que ascendían desde el exterior.

Salieron al pasillo, donde el humo era menos denso, pero igualmente terrorífico.

La alarma seguía sonando, un recordatorio constante del peligro que los rodeaba. Dante las guio hacia la escalera de servicio, en el extremo opuesto del pasillo, lejos de la escalera principal por la que subía la mayor parte del humo.

—Thomas está abajo, llamando a los bomberos —dijo, mientras descendían rápidamente—. Saldremos por la cocina, hacia el patio trasero. Está en el lado opuesto de donde se ha iniciado el fuego.

Natalie asintió, incapaz de hablar debido a la tos que la sacudía de arriba abajo. Kora seguía llorando en sus brazos, pero al menos

parecía estar respirando mejor gracias al trapo húmedo.

La cocina estaba relativamente despejada, aunque el olor a humo lo impregnaba todo. Thomas se encontraba allí, sosteniendo un teléfono contra su oreja con una mano y un extintor con la otra.

—Los bomberos vienen en camino —informó al verlos—. ¿Estáis todos bien?

Dante asintió brevemente con la cabeza.

—Sácalas de aquí —le dijo a Thomas—. Yo voy a intentar contener el fuego hasta que lleguen los bomberos.

—No le voy a dejar solo —replicó él, con firmeza—. Hay otro extintor en el cobertizo. Entre los dos podemos hacer algo.

Dante parecía estar a punto de protestar, pero finalmente asintió, al ver la determinación en los ojos de Thomas. Evidentemente no iba a perder tiempo discutiendo.

—Bien —accedió—. Pero primero tenemos que poner a Natalie y a Kora a salvo.

Los cuatro salieron por la puerta trasera, hacia el patio. El aire fresco de la noche fue un alivio inmediato para sus castigados pulmones. A lo lejos, podían ver el resplandor anaranjado del fuego que consumía el otro lado de la casa, y el humo que se elevaba hacia el cielo estrellado.

—Quédate aquí —ordenó Dante a Natalie, guiándola hacia un banco de piedra a varios metros de la casa—. No te muevas hasta que volvamos o hasta que lleguen los bomberos.

—Dante, no vayas —suplicó ella, aferrándose a su brazo—. Es peligroso.

Él la miró fijamente, y en la penumbra iluminada por el fuego, sus ojos brillaron con una intensidad feroz.

—Tengo que intentarlo —dijo, con una suavidad que contrastaba con la tensión del momento—. No dejaré que quemen la casa.

—Ten cuidado —murmuró Natalie, soltando su brazo.

Dante asintió y se volvió hacia Thomas.

—Vamos a por el extintor. Uno para cada uno. Nos concentraremos en evitar que el fuego se propague al interior.

Thomas hizo un ademán afirmativo con la cabeza y ambos se dirigieron corriendo al cobertizo. Mientras tanto, Natalie se sentó en el banco, acunando a Kora, que por fin comenzaba a calmarse, aunque seguía aferrada a ella como si temiera que desapareciera si la soltaba.

—Mama —sollozó.

—Todo está bien, pequeña. Dante y Thomas lo van a arreglar, y los bomberos ya vienen en camino. Solo ha sido un accidente.

Pero mientras pronunciaba esas palabras reconfortantes, su mente trabajaba frenéticamente.

No había sido un accidente. El fuego había comenzado justo debajo de su ventana, en el exterior. Alguien lo había provocado deliberadamente. Y Natalie tenía una idea muy clara de quién había sido.

Justin.

El nombre resonó en su mente como una sentencia.

Hijo de puta.

Había esperado que la distancia y el tiempo fueran suficientes, que él simplemente se rindiera y siguiera con su vida. Pero si algo había aprendido durante su relación con él, era que Justin no era un hombre que aceptara fácilmente la derrota. Y mucho menos cuando sentía que le habían arrebatado algo que consideraba suyo.

Natalie sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura nocturna.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de pasos. Dante y Thomas habían regresado del cobertizo, cada uno con un

extintor. Sin perder tiempo, se dirigieron hacia el lado de la casa donde ardía el fuego.

Desde su posición, Natalie podía ver parcialmente la escena.

Las llamas habían ascendido por la pared exterior, llegando casi hasta su ventana en el segundo piso. El jardín bajo la ventana estaba en llamas, y ahora podía ver claramente lo que parecían ser rastrojos y otros materiales inflamables apilados contra la pared de la casa.

Dante y Thomas atacaron el fuego con arrojo, dirigiendo los chorros de los extintores hacia la base de las llamas, tal como indicaban los protocolos de seguridad. A pesar de su edad, Thomas se movía con agilidad, mostrando una fuerza y una resistencia sorprendentes.

Y Dante... Natalie nunca lo había visto así. Había una ferocidad en sus movimientos, una determinación implacable que hablaba de algo más profundo que la simple protección de una propiedad.

Poco a poco, gracias a sus esfuerzos conjuntos, las llamas comenzaron a disminuir. Natalie escuchó a lo lejos las sirenas de los bomberos, acercándose. El alivio la inundó, pero no pudo deshacerse completamente de la sensación de terror que se había instalado en su pecho.

Kora se había quedado dormida en sus brazos, agotada por el miedo y la adrenalina. Natalie la apretó contra sí, besando su cabeza, prometiéndose silenciosamente que la protegería, sin importar lo que tuviera que hacer.

Cuando los bomberos llegaron, el fuego ya estaba casi controlado gracias a los esfuerzos de Dante y Thomas. Aun así, tomaron el relevo rápidamente, asegurándose de que no quedara ningún foco que pudiera reavivarse, y comprobando que la estructura de la casa no hubiera sufrido daños graves en ese lado.

Dante se acercó a Natalie, con el rostro manchado de hollín y una expresión sombría. Se dejó caer en el banco junto a ella,

exhausto.

—La estructura parece intacta —informó, pasándose una mano por el pelo—. El fuego solo ha afectado al exterior. Un poco más tarde y habría entrado por la ventana, pero llegamos a tiempo.

Natalie asintió, incapaz de encontrar palabras. La imagen de lo que podría haber pasado si el fuego hubiera alcanzado la habitación donde dormían Kora y ella era demasiado aterradora para contemplarla.

—Gracias —susurró. Su voz sonó quebrada por la emoción—. Nos has salvado la vida.

Dante negó con la cabeza, quitando hierro al asunto.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No todos —replicó Natalie, pensando en Justin, en cómo él era capaz de poner en peligro la vida de su propia hija solo por venganza.

Thomas se unió a ellos, sentándose pesadamente al otro lado de Natalie. A pesar de su evidente cansancio, había una alerta en sus ojos que indicaba que su mente estaba trabajando a toda velocidad.

—No ha sido un accidente —declaró sin preámbulos, confirmando lo que Natalie ya sabía.

—No —estuvo de acuerdo Dante, con una voz dura como el acero—. Alguien ha apilado rastrojos y lo que parecen ser viejas cajas de madera contra la pared, justo debajo de tu ventana, Natalie. Y huele a gasolina.

Un silencio pesado cayó sobre ellos, solo interrumpido por el sonido de los bomberos trabajando y las ocasionales órdenes de su jefe.

—Justin —dijo finalmente Natalie, casi en un susurro.

Tanto Dante como Thomas la miraron, y algo en sus expresiones le indicó que ellos ya habían llegado a la misma conclusión.

—¿Estás segura? —preguntó Dante, aunque su tono sugería que no dudaba realmente de su afirmación.

Natalie asintió, apretando inconscientemente a Kora contra su pecho.

—Tiene que ser él. Nadie más... —se interrumpió, sintiendo un nudo en la garganta—. Nadie más querría hacernos daño.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Thomas, con firmeza—. Esto no es una simple travesura. Es un intento de asesinato.

—No tenemos pruebas —señaló Dante, aunque su expresión dejaba claro que estaba de acuerdo con la evaluación de Thomas—. Solo sospechas. Y conociendo a Justin, probablemente tiene una coartada impecable.

—¿Entonces qué sugiere? —preguntó Thomas, con un toque de frustración en la voz—. ¿Que esperemos hasta que lo intente de nuevo? ¿Hasta que tenga éxito?

Dante se pasó una mano por el rostro, dejando nuevas manchas de hollín en su piel ya sucia.

—No, por supuesto que no —respondió. Su tono era más suave, reconociendo la preocupación de Thomas—. Llamaremos a la policía. Haremos un informe. Pero no podemos depender únicamente de ellos para mantenernos a salvo.

Natalie observaba el intercambio en silencio. Un terror frío se instaló en su estómago. Justin no se detendría. No hasta que consiguiera lo que quería, o hasta que alguien lo detuviera definitivamente. Y lo peor era que ella había arrastrado a Dante a aquel peligro. A él y a Thomas.

—Lo siento mucho —murmuró. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se desbordaron—. Todo esto es por mi

culpa. Os he puesto en peligro a todos.

Dante la miró, sorprendido por su confesión.

—Natalie, no —dijo con firmeza, tomando su mano libre entre las suyas—. Esto no es tu culpa. Es culpa del hijo de puta de Justin. Él es el único responsable de sus acciones.

—Pero si no hubiéramos venido aquí, si no estuviéramos aquí...

—Entonces estaríais solas, enfrentando esto sin apoyo —completó Dante, apretando su mano cariñosamente—. Y eso es algo que no voy a permitir.

Había una determinación en su voz que no dejaba lugar a discusión. Sus pupilas vibraban mientras miraba a Natalie.

Thomas asintió, mostrando su acuerdo con Dante.

—Somos una familia ahora —añadió el jardinero, con una sencillez que hizo que las palabras resultaran aún más poderosas—. Y las familias se protegen unas a otras.

Natalie sintió una nueva oleada de lágrimas, pero esas eran diferentes. No eran de miedo o culpa, sino de gratitud.

Uno de los bomberos se acercó a ellos, interrumpiendo el momento.

—La casa está segura —informó—. El fuego no ha afectado la estructura, aunque recomendaría que hicieran revisar el cableado de esa sección por precaución. Hemos contactado con la policía, que ya está de camino para hacer un informe sobre el incendio.

—Gracias —respondió Dante, poniéndose de pie para estrechar la mano del bombero—. Por todo.

—Es nuestro trabajo —dijo el hombre, quitándole importancia—. Han tenido suerte de que los detectores de humo hayan funcionado correctamente y de que hayan podido contener el fuego hasta que hemos llegado. Podría haber sido mucho peor.

Con un último asentimiento, el bombero regresó con su equipo, dejándolos de nuevo solos.

—Deberíamos entrar —sugirió Thomas—. La noche está fresca, y no es bueno para Kora estar tanto tiempo fuera.

Natalie miró hacia la casa, sintiendo un miedo irracional ante la idea de volver a entrar. ¿Y si Justin seguía allí, escondido, esperando otra oportunidad?

Dante pareció leer sus pensamientos.

—Es seguro —aseveró—. Los bomberos han revisado toda la casa. No hay nadie más en ella.

Natalie asintió, intentando controlar su ansiedad. Se puso de pie, con cuidado de no despertar a Kora, que afortunadamente seguía dormida, ajena a la tensión que la rodeaba.

Los tres se dirigieron hacia la entrada principal, ya que la trasera estaba bloqueada por los equipos de los bomberos. Al entrar, el olor a humo seguía presente, aunque menos intenso que antes. La casa parecía extrañamente quieta, como si contuviera la respiración después del caos.

—No podemos volver a nuestras habitaciones todavía —dijo Dante, guiándolos hacia el salón—. El humo tardará un tiempo en disiparse completamente. Dormiremos aquí abajo esta noche.

Thomas se dirigió hacia un armario del que sacó mantas y almohadas.

—Prepararé el sofá-cama para Natalie y Kora —dijo con resolución—. Señor Eastwood, usted puede quedarse en el sofá. Yo volveré a mi habitación. Por suerte no está afectada.

Natalie observó cómo los dos hombres preparaban rápidamente un espacio para dormir, moviéndose con la coordinación de quienes han trabajado juntos durante años. La escena tenía una dulzura reconfortante que contrastaba brutalmente con el terror que había sentido momentos antes.

Cuando el dormitorio improvisado estuvo listo, Natalie depositó suavemente a Kora en el sofá-cama, arropándola con una de las mantas que Thomas había sacado del armario. La niña se movió ligeramente, pero no se despertó. Su respiración era regular y tranquila.

—Debería quedarme despierto, vigilando —dijo Dante—. Por si acaso.

—No es necesario, yo lo haré —intervino Thomas—. Voy a ir a hablar con la policía y he activado la alarma de seguridad. Si alguien intenta entrar, lo sabremos inmediatamente.

Dante pareció tener la intención de protestar, pero finalmente asintió, reconociendo la lógica en las palabras de Thomas. Estaba agotado, todos lo estaban, y necesitaban descansar.

—Gracias —dijo.

—No tiene nada que agradecer —respondió Thomas. Miró a Natalie—. Descansad.

—Gracias, Thomas —dijo Natalie.

Thomas dio media vuelta y salió del salón.

El silencio se instaló entre Natalie y Dante, cargado de preocupaciones que rondaban sus cabezas y que de momento estaban sin resolver. Natalie no sabía qué decir. Todo lo que estaba pasando la tenía descolocada.

Fue Dante quien finalmente rompió el silencio.

—No dejaré que os haga daño —dijo, con una voz tan baja que casi parecía estar hablando consigo mismo—. A ninguna de las dos.

Natalie levantó la mirada y encontró sus ojos grises en la penumbra, intensos y con una expresión rotunda en ellos.

—Lo sé —respondió, con una confianza ciega en él—. Lo sé.

Y era cierto. A pesar del miedo, a pesar de saber lo peligroso que Justin podía ser, confiaba en Dante. Confiaba en que haría todo

lo posible por protegerlas.

Mientras tanto, fuera de la casa, un par de agente de la policía comenzaba a inspeccionar la escena del incendio. Las luces azules y rojas del coche iluminaban intermitentemente la noche, proyectando sombras fantasmales sobre el jardín.

Y en la oscuridad de los acantilados, más allá del alcance de las luces, una figura observaba de pie. Observaba y esperaba, inmóvil, con la paciencia de un depredador que sabe que su presa no puede escapar para siempre.

Sus ojos, fijos en la casa iluminada, reflejaban ocasionalmente los destellos azules y rojos, dándoles un brillo febril. No parpadeaba, y apenas respiraba. Solo acechaba, con la intensidad metódica de quien memoriza cada detalle: las posiciones de las ventanas, los puntos de acceso, los movimientos de los bomberos y policías.

En su mano derecha sostenía un encendedor plateado que hacía girar mecánicamente entre los dedos, un gesto inconsciente que contrastaba con la extrema quietud del resto de su cuerpo. El objeto capturaba ocasionalmente un destello de luz, como un pequeño guiño cómplice en la oscuridad.

Vestía completamente de negro (pantalones, jersey y una cazadora ligera) que lo fundían con la noche. Su rostro mostraba una barba incipiente de varios días que acentuaba la dureza de su mandíbula.

Una fina película de sudor cubría su frente a pesar de que la noche estaba fresca, y un tic apenas perceptible pulsaba en su mandíbula. La frustración emanaba de él, pero no era una emoción descontrolada. Era algo frío, calculado, como un veneno que se destila gota a gota.

Cuando la puerta principal se abrió y los policías comenzaron a salir, Justin retrocedió lentamente, fundiéndose aún más con las sombras. Su expresión cambió, transformándose en una sonrisa tenue que apenas levantaba la comisura de sus labios.

El fracaso de esa noche no era el final. Era apenas el principio.

CAPÍTULO 37

La mañana llegó clara después de aquella noche de caos y miedo. El sol brillaba en un cielo despejado, como si nada hubiera ocurrido, como si las llamas no hubieran lamido la piedra gris de la mansión apenas unas horas antes.

Natalie salió al jardín con pasos vacilantes, envuelta en la misma manta que se había echado para dormir. El aroma acre del humo todavía flotaba en el aire, mezclándose con la brisa salada que subía desde los acantilados. Sus botas crujían sobre la grava mientras se acercaba a la pared exterior, bajo su ventana.

Se detuvo, conteniendo la respiración.

La escena era aún peor a la luz del día. Peor de lo que parecía. Peor de lo que esperaba.

La pared de piedra estaba ennegrecida, con marcas de hollín que se extendían como dedos carbonizados hacia arriba, llegando casi hasta el alféizar de su ventana. Abajo, un círculo de hierba chamuscada y restos calcinados delataban el origen: una fogata deliberadamente colocada justo contra la pared de la mansión, donde el viento había ayudado a que las llamas treparan.

No había sido un accidente. Ya no había dudas.

Natalie se llevó una mano temblorosa a la boca, mientras un escalofrío le recorría la espalda de arriba abajo.

—Dios mío —murmuró, agachándose para examinar los restos sin tocarlos—. Justin, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar?

El sonido de pasos sobre la grava la hizo enderezarse bruscamente.

Se giró para encontrarse con Dante, que avanzaba hacia ella con expresión sombría en el rostro. Llevaba unos vaqueros negros ajustados y un jersey gris oscuro, y tenía el pelo húmedo, como si acabara de ducharse.

—La policía va a venir de nuevo, quieren revisar todo a la luz del día —dijo, deteniéndose a su lado—. Estarán aquí en media hora.

Natalie asintió, aunque una parte de ella sabía que no serviría de mucho. Se cruzó de brazos, intentando contener el temblor de las manos. Justin no se dejaría atrapar tan fácilmente. Lo conocía perfectamente y sabía lo frío y calculador que podía llegar a ser.

—¿Cómo está Kora? —preguntó Dante, en un tono más suave.

—Todavía está durmiendo —respondió ella, agradecida por la pregunta—. Milagrosamente, ha dormido toda la noche del tirón. Thomas se ha quedado vigilándola mientras yo... —Hizo un gesto hacia la pared quemada, incapaz de terminar la frase.

Dante siguió su mirada, frunciendo ligeramente el ceño.

—He comprobado el interior de la mansión esta mañana —le informó—. Afortunadamente, el fuego no ha llegado a entrar, aunque sí que lo hizo el humo. Los muros son gruesos y, bueno, han aguantado peores cosas en los últimos trescientos años.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Natalie.

—Al menos hay algo positivo —dijo, aunque sus ojos seguían fijos en los restos calcinados—. ¿Qué han dicho los bomberos?

Dante metió las manos en los bolsillos. Un gesto que Natalie había aprendido a reconocer como una señal de incomodidad.

—Lo que suponíamos, que ha sido provocado —respondió en un tono controlado, aunque la tensión en su mandíbula revelaba su ira contenida—. Han encontrado restos de gasolina entre las cenizas.

Natalie soltó un suspiro entrecortado. Era exactamente lo que temía. No había sido un incendio accidental, sino un intento deliberado, calculado, de... ¿de qué exactamente? ¿Asustarla? ¿Hacerle daño? La idea de que Justin hubiera estado tan cerca, observando la mansión, estudiando sus rutinas, le provocó náuseas.

—No van a encontrar nada —murmuró, más para sí misma que para Dante—. Él no dejaría pistas.

Dante se acercó más a ella, hasta que sus hombros casi se tocaron. Ese gesto silencioso de apoyo era tan atípico en él que Natalie sintió un nudo en la garganta.

—Sabes de seguro que fue Justin —afirmó, no preguntó.

Natalie asintió lentamente.

—Tiene que ser él —dijo, mirando las cenizas—. No puede ser una coincidencia después de todo lo que ha pasado.

El silencio se extendió entre ellos, roto solo por el sonido lejano del mar y el ocasional canto de un pájaro.

—Ese maldito bastardo —murmuró Dante, con una furia contenida que Natalie raramente le había visto expresar—. ¿Cómo puede...? —Se detuvo, respirando profundamente para calmarse—. Hay que detenerlo antes de que...

No terminó la frase, pero no hacía falta. Ambos sabían lo que estaba en juego.

Natalie cerró los ojos unos segundos, sintiendo cómo el peso de la realidad se asentaba sobre sus hombros. Durante meses había vivido en un frágil equilibrio, creyendo que tal vez había dejado atrás su pasado. Que la mansión Eastwood, con sus muros gruesos y su aislamiento, podría mantener a raya a los fantasmas que la perseguían.

Pero ahora esos fantasmas habían encontrado el camino de vuelta, y habían traído fuego con ellos.

—Debería irme de aquí —dijo, abriendo los ojos para mirar a Dante directamente—. No puedo seguir poniendo en peligro a Kora, ni a ti, ni a esta casa.

Dante se tensó visiblemente a su lado.

—¿Irte? —repitió, como si la palabra fuera extraña en su boca —. ¿Para ir adónde exactamente?

Natalie desvió la mirada hacia los acantilados.

—No lo sé —admitió—. Pero mientras estemos aquí, Justin seguirá viniendo. Y la próxima vez...

No pudo terminar la frase. La idea de lo que podría hacer «la próxima vez» le helaba la sangre.

Dante se movió, dando unos pasos, y se colocó frente a ella, obligándola a mirarlo a los ojos. Su expresión era intensa, determinada.

—No vas a irte —dijo con firmeza—. No con ese psicópata ahí fuera.

Natalie sintió gratitud, pero también frustración.

—No lo entiendes, Dante —respondió, sacudiendo la cabeza—. Justin no va a parar. Es... obsesivo. Desde que me fui, ha estado... —se estremeció al recordarlo—...siguiéndome. Primero con mensajes, luego apareciendo en el pueblo, después viniendo a la mansión. Y ahora esto. —Señaló la pared quemada—. Está escalando, volviéndose más peligroso. No quiero ni pensar en lo que podría hacer después.

Dante mantuvo su mirada fija en ella, con una expresión que Natalie no supo interpretar. Había furia en sus ojos grises, sí, pero también algo más intenso, más insondable. Incluso más oscuro.

—¿Y crees que alejarte te mantendrá a salvo? —preguntó, con un tono que sugería que ya conocía la respuesta—. Te encontró aquí, Natalie. En el fin del mundo. Te encontrará donde vayas.

Las palabras cayeron entre ellos con el peso de la verdad.

Natalie sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero las contuvo con fiereza. Estaba cansada de llorar por culpa de Justin.

—No puedo quedarme sabiendo que pongo en peligro a todos —insistió—. Esta es tu casa, Dante. No tienes por qué estar involucrado en mis problemas.

Una expresión entre incredulidad y exasperación cruzó el rostro de Dante.

—¿Involucrado? —repitió, pasándose una mano por el pelo con frustración—. ¿Crees que a estas alturas no estoy involucrado?

Dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos hasta que Natalie pudo distinguir las distintas tonalidades de gris en sus ojos, normalmente fríos, pero que en ese momento ardían con una emoción que le cortó la respiración.

—Natalie —continuó Dante, en un tono más bajo, más íntimo—, tú y Kora sois... —pareció luchar con las palabras—... sois parte de esta casa ahora. No sois visitas ni empleadas temporales. Sois...

Se detuvo, como si hubiera llegado demasiado lejos, como si estuviera a punto de cruzar una línea que había trazado cuidadosamente entre ellos. Una línea que ya había cruzado antes.

Natalie se quedó inmóvil, sintiendo que su corazón latía demasiado rápido. En otro momento, en otras circunstancias, esas palabras habrían significado todo. Pero ahora, con la pared quemada como un recordatorio brutal de lo que estaba en juego, solo aumentaban el conflicto interno que tenía.

—No podría perdonarme que le pasara algo a Kora —dijo en voz baja—. O a ti.

Dante exhaló lentamente, como si estuviera midiendo sus siguientes palabras.

—Entiendo ese miedo —respondió—. Créeme, lo entiendo. Pero huir no es la solución. No esta vez.

Se giró para mirar la mansión, que se alzaba imponente contra el cielo azul, con sus ventanas brillando bajo el sol de la mañana.

—Tengo recursos, Natalie. Puedo contratar seguridad. Instalar cámaras. Hablar con la policía. Tu ex puede ser listo, pero no es invencible.

Natalie siguió su mirada hacia la mansión, permitiéndose considerar sus palabras.

¿Era posible? ¿Podían realmente enfrentarse a Justin, en lugar de huir de él?

—No sé, Dante —murmuró—. Justin siempre ha sido... perverso. Y ahora está desesperado. Es una combinación peligrosa.

Dante se volvió hacia ella, y aquella vez no ocultó la determinación que había en sus ojos.

—Más peligroso es que estés sola ahí fuera —dijo—. Aquí tenemos muros gruesos, aislamiento, y personas que te protegen. —Hizo una pausa significativa—. Personas que se preocupan por ti.

El aire entre ellos pareció cargarse con algo no verbalizado, algo que silenciosamente seguía ahí, a pesar de las barreras que Dante intentaba mantener.

Natalie estaba a punto de responder cuando escucharon el sonido del motor de un coche que se acercaba por el camino de entrada.

—Debe de ser la policía —dijo Dante, mirando hacia la curva donde pronto aparecería el vehículo—. Hablaremos con ellos, les explicaremos la situación. Todo lo que sabemos sobre Justin.

Natalie asintió, aunque en su interior seguía dudando. La policía no había sido de gran ayuda antes. Las amenazas verbales y el acoso eran difíciles de probar, y Justin siempre se había cuidado de no dejar evidencias concretas.

—¿Y si no pueden hacer nada? —preguntó, expresando su miedo más profundo—. ¿Y si no tienen suficientes pruebas para detenerlo?

Dante la miró con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Entonces nos encargaremos nosotros de él —respondió simplemente.

El coche de policía apareció finalmente, avanzando por el camino de grava.

Dante extendió su mano hacia ella, un gesto simple pero cargado de significado.

—Estamos juntos en esto, ¿de acuerdo? —dijo, con una suavidad que contrastaba con su habitual tono brusco—. Nada de huir.

Natalie miró su mano extendida, sintiendo que estaba en una encrucijada. Podía seguir su instinto de supervivencia, coger a Kora y desaparecer nuevamente, arriesgándose a un futuro de constante huida. O podía, por primera vez desde que dejó a Justin, plantar los pies y enfrentarse a sus miedos.

Con una respiración profunda, tomó la mano de Dante, sintiendo la calidez y la firmeza de sus dedos entrelazándose con los suyos.

—Juntos —dijo, y por primera vez desde que vio las llamas la noche anterior, sintió que quizá había una posibilidad de que todo saliera bien.

Mientras caminaban hacia el coche de policía, Natalie lanzó una última mirada a la pared quemada. Justin había intentado destruir su

refugio, asustarla para que volviera a huir. Pero aquella vez no iba a darle esa satisfacción. Aquella vez iba a luchar.

CAPÍTULO 38

La comisaría de policía de aquel pequeño pueblo era un edificio de piedra gris que parecía sacado de una postal antigua. Demasiado grande para la escasa delincuencia local, demasiado pequeño para el caso que Natalie y Dante les habían puesto sobre la mesa.

El inspector, un hombre de mediana edad con un bigote espeso y mirada cansada, hojeaba las notas que había tomado durante los últimos tres días de investigación. La luz mortecina que entraba por las ventanas empañadas por la niebla reflejaba el ambiente sombrío que reinaba en aquella pequeña sala de reuniones.

—Señorita Watson, señor Eastwood —dijo, cerrando su libreta con un suspiro—. Hemos revisado todas las pruebas disponibles, hemos interrogado a posibles testigos en el pueblo, y hemos analizado los restos del incendio...

Natalie ya sabía lo que vendría a continuación. Lo veía en el modo en que el inspector evitaba su mirada, en cómo jugueteaba con el bolígrafo entre sus dedos. A su lado, Dante se tensó.

—Pero no tienen suficientes pruebas para inculpar a Justin —completó ella, con una voz que sonaba extrañamente serena incluso a sus propios oídos.

El inspector asintió, con una expresión que intentaba transmitir empatía profesional.

—Me temo que así es. La gasolina utilizada es común, disponible en cualquier gasolinera. No hemos encontrado huellas digitales que no pertenezcan a ustedes o al personal de la mansión. No hay testigos que lo sitúen en las inmediaciones en la noche del incendio, y él mismo tiene una coartada que hemos verificado: estaba cenando en un restaurante esa noche, a más de media hora en coche de aquí.

Dante se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa. Su habitual expresión hermética había sido sustituida por una que apenas contenía su frustración.

—¿Y qué hay de las amenazas previas? —preguntó, con ese tono que utilizaba cuando estaba perdiendo la paciencia—. ¿Del historial de acoso que Natalie ha documentado?

El inspector intercambió una mirada con la sargento, una mujer joven que había permanecido en silencio durante toda la reunión, tomando notas.

—Sin duda es preocupante —admitió—. Y hemos incluido toda esa información en nuestro informe. Pero comprenderán que es circunstancial. No podemos detener a alguien basándonos únicamente en la historia de una relación conflictiva.

—Una relación abusiva —corrigió Natalie, sintiendo cómo el calor subía a sus mejillas—. No «conflictiva», inspector. Abusiva.

Un silencio incómodo se instaló en la pequeña sala.

—Entiendo su frustración, señorita Watson —dijo el inspector, en un tono que sugería que realmente no entendía nada—. Mantendremos la investigación abierta, por supuesto. Y aumentaremos las patrullas en los alrededores de la mansión durante las próximas semanas.

Dante soltó un resoplido, que transmitía exactamente lo que pensaba de aquella medida.

—Genial —murmuró con sarcasmo—. Estoy seguro de que sus patrullas ocasionales disuadirán a un acosador obsesivo.

La sargento levantó la mirada de sus notas por primera vez.

—Es lo único que está en nuestra mano —intervino, con un tono más empático que el de su superior.

Natalie asintió, pero, al igual que Dante, estaba convencida de que aquellas medidas eran muy escasas, por no decir ridículas. Para Justin, las reglas siempre habían sido sugerencias que podía ignorar cuando le convenía. Y así lo hacía.

Media hora después de haber entrado en la comisaría, salieron con un informe policial que valía menos que el papel en el que estaba impreso y una sensación de vulnerabilidad que ni siquiera la niebla podía enmascarar.

—Bueno, ha sido un completo desperdicio de tiempo —dijo Dante mientras abría la puerta del Range Rover, otro de los coches que formaban su flota, para Natalie.

Ella entró y se hundió en el asiento de cuero, sintiendo un cansancio que iba más allá de lo físico.

—Al menos lo hemos intentado —respondió, aunque sin convicción.

Dante encendió el motor del coche, pero no lo puso en marcha inmediatamente. En lugar de eso, se giró hacia Natalie.

—No voy a dejar que os haga daño —dijo, en un tono que no admitía discusión—.

Natalie asintió en silencio, agradecida, pero no podía dejar de sentirse culpable.

—Lo siento —murmuró—. Siento haberte metido en todo esto.

Dante la miró como si acabara de decir la cosa más absurda del mundo.

—No digas tonterías —respondió bruscamente, aunque sus ojos se suavizaron—. No es culpa tuya que tu ex sea un psicópata hijo de puta.

Natalie no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa ante su característica franqueza.

—Aun así, gracias —insistió—. No cualquiera haría todo esto por una empleada y su hija.

Dante apartó la mirada, concentrándose repentinamente en ajustar la calefacción del coche.

—No eres una empleada, Natalie —dijo en voz baja—. Hace tiempo que dejaste de serlo.

No añadió nada más.

Los días pasaron con una extraña mezcla de normalidad y tensión soterrada. Pero la vida debía continuar, especialmente porque había algo importante que celebrar.

La mañana del 15 de abril amaneció soleada. Natalie despertó con la primera luz que se filtraba entre las cortinas y, durante unos segundos, simplemente observó a Kora dormir en su cuna, con la boca ligeramente abierta y las mejillas sonrosadas.

Un año. Su pequeña cumplía un año.

Un nudo se formó en su garganta mientras recordaba dónde estaba doce meses atrás: en una habitación de hospital, sola, aterrorizada por el futuro, pero decidida a proteger a aquella pequeña criatura que acababa de llegar al mundo. Justin no había

estado con ella en el parto; había tenido una «reunión importante» en la otra punta del país, que no podía cancelar.

Un año después, se encontraban en un lugar improbable, en una mansión junto a unos acantilados, con un escritor huraño como jefe, pero que estaba dispuesto a protegerlas, y con una nueva vida que, a pesar de las sombras recientes, era infinitamente mejor que la que habían dejado atrás.

—Feliz cumpleaños, mi amor —susurró Natalie, inclinándose para besar la frente de Kora.

La pequeña se movió un poco en sueños, como si hubiera escuchado la felicitación de su madre.

Dos horas más tarde, la cocina de la mansión bullía de actividad. Natalie había desplegado sobre la encimera de mármol todos los ingredientes necesarios para la tarta de cumpleaños que quería hacer: harina, azúcar, huevos y, sobre todo, chocolate. Mucho chocolate.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —preguntó Thomas desde la puerta, observando con expresión divertida el caos organizado que Natalie había creado.

—Totalmente segura —respondió ella, soplándose un mechón de pelo que caía sobre su frente—. La última vez que intentaste ayudarme en la cocina casi incendiamos la mansión, y ya hemos tenido suficientes incendios por aquí.

Thomas soltó una risilla.

—*Touché* —admitió—. De todas formas, Kora y yo estaremos en el jardín si nos necesitas. Hace un día demasiado bonito para quedarse dentro, y creo que le gustará ver los pájaros que han venido a visitar el comedero.

Natalie asintió, agradecida por la forma en que Thomas se había encariñado con su hija. A veces se preguntaba si el jardinero había

tenido algún hijo, aunque suponía que no, porque nunca había hablado de él.

La cocina se quedó en silencio tras la salida de Thomas y Kora.

Natalie encendió la radio, dejando que las notas de una vieja canción de los 80 llenaran el aire mientras medía con precisión la harina y el azúcar. Estaba a punto de cascar los huevos cuando escuchó el sonido de un vehículo acercándose por el camino de entrada.

Era Paul, que como todos los miércoles llevaba el pedido semanal. Y aquella mañana le esperaba como agua de mayo. Necesitaba alguno de los ingredientes para hacer la tarta y el chocolate para la cobertura.

Se limpió las manos rápidamente con un paño y se dirigió hacia la puerta trasera.

Al abrirla, se encontró con Paul cargando un par de cajas y una sonrisa de oreja a oreja. Sin duda era probablemente la persona más alegre del pueblo.

—¡Buenos días, Natalie! —saludó, con aquel entusiasmo que parecía reservar especialmente para ella—. Hoy hace un día espectacular, ¿eh? Se nota que estamos en primavera. Incluso en este rincón del mundo, donde el sol se olvida de nosotros la mayor parte del tiempo.

Natalie no pudo evitar sonreír ante su optimismo contagioso.

—Buenos días, Paul. Y sí, es un día perfecto.

—Hoy es el cumpleaños de la pequeña Kora, ¿verdad? —preguntó, mientras se dirigía a la mesa para dejar las cajas.

—Sí, su primer añito —confirmó Natalie con el rostro iluminado.

—¡Vaya! Un año ya. El tiempo vuela —comentó Paul.

—Sí, tienes razón, vuela —dijo Natalie, sintiendo una mezcla de orgullo y nostalgia—. Estoy preparando su tarta, de hecho. Espero

que hayas traído el chocolate que encargué, es el ingrediente estrella.

Paul abrió una de las cajas, metió la mano y comenzó a hurgar en ella.

—¡Por supuesto! Chocolate negro, chocolate con leche, y ese chocolate blanco suizo que me pediste especialmente —enumeró, sacando los paquetes uno tras otro—. Mi padre dice que es el mejor para coberturas, según le aseguran las mujeres del pueblo.

En ese momento, Thomas apareció en la cocina con Kora en brazos. La pequeña, al ver a Paul, soltó un gritito de alegría y se puso a dar palmadas.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Paul, abriendo mucho los ojos en una expresión de exagerado asombro—. ¿Quién es esta señorita tan grande? ¡No puede ser Kora! La Kora que yo conozco es un bebé pequeñito de solo unos meses.

Kora rio, encantada con el juego, mientras Thomas se acercaba para que Paul pudiera verla mejor.

—Feliz cumpleaños, princesa —dijo el repartidor, haciendo una reverencia teatral que provocó nuevas carcajadas en la niña—. Todo un año. Eres prácticamente una anciana.

Natalie observó la escena con una sonrisa. En los últimos meses, Paul se había convertido en una presencia habitual en la mansión, trayendo no solo las compras, sino también un poco de la normalidad y el calor humano que tanto ella como Kora necesitaban.

—¿Te gustaría tomar un café antes de irte? —le ofreció, señalando hacia la encimera—. Acabo de hacer una cafetera.

—Me encantaría, si no es molestia —respondió Paul, aunque luego miró su reloj con gesto de duda—. Aunque debería terminar la ruta...

—Solo serán diez minutos —insistió Natalie—. Te invita Kora, que para eso es su cumple. Además, necesito que me cuentes qué

tal va todo por el pueblo. Hace algún tiempo que no bajo.

Thomas, captando la indirecta, anunció que llevaría a Kora de vuelta al jardín para seguir observando a los pájaros, dejando a Natalie y Paul solos en la cocina.

Mientras Natalie servía el café en dos tazas, observó de reojo cómo Paul miraba con curiosidad los ingredientes desplegados sobre la encimera.

—Parece que va a ser una tarta espectacular —comentó, aceptando la taza que Natalie le ofrecía—. Kora tiene suerte de tener una madre que cocina bien.

Natalie soltó una pequeña risa.

—No te emociones demasiado. Mis habilidades reposteras son bastante limitadas, pero para el primer cumpleaños de mi hija tenía que intentarlo. Aunque sea un desastre, estoy segura de que ella no lo notará.

—Seguro que queda perfecta —respondió Paul—. Y si no, siempre puedes decir que es «arte abstracto comestible». Ahora se ve de todo.

Ambos se echaron a reír.

—Por cierto —dijo Paul, después de dar un sorbo a su café—. He visto la pared del incendio cuando venía por el camino. Debe haber sido terrible.

Natalie sintió que su sonrisa se desvanecía ligeramente. No le sorprendía el comentario; en un pueblo tan pequeño, el incendio en la mansión Eastwood habría sido el tema de conversación durante días.

—Sí, fue... impactante —respondió, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Afortunadamente, nadie resultó herido y los daños fueron solo en el exterior.

Paul asintió, con expresión seria.

—La gente en el pueblo habla mucho sobre ello —comentó—. Algunos dicen que fue provocado. Que la policía está investigando.

Natalie dudó un instante.

Una parte de ella quería confiar en Paul, contarle sus sospechas, desahogarse con alguien que no fuera Dante o Thomas. Pero otra parte, la que había aprendido a ser cautelosa, le advertía tener cuidado a la hora de compartir demasiado.

—Están investigando todas las posibilidades —comentó finalmente, en un tono que trató de que sonara neutral—. Ya sabes cómo son estos edificios antiguos, podría haber sido cualquier cosa. Un cortocircuito, una chispa del exterior...

Paul la miró con una expresión que sugería que no estaba completamente convencido de lo que estaba diciendo, pero asintió, respetando su evidente deseo de no profundizar en el tema.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Natalie reunió el coraje para hacer la pregunta que realmente le interesaba.

—Paul —comenzó, intentando que su voz sonara casual—. ¿Te acuerdas de aquel hombre que preguntó por mí en la tienda hace unas semanas?

El rostro de Paul se ensombreció ligeramente.

—Tu ex, ¿verdad?

—Sí.

—Sí, claro. No es el tipo de persona que se olvida fácilmente —respondió, frunciendo el ceño—. Había algo en él que no terminaba de cuadrar.

—¿Ha vuelto a aparecer por la tienda? —preguntó Natalie.

Paul negó con la cabeza.

—No, por la tienda no —dijo—. Pero sé que estuvo preguntando por ti a gente del pueblo. A la dependienta de la panadería. Al señor Smith, el anciano que se pasa el día sentado en el banco de la plaza.

El estómago de Natalie se contrajo dolorosamente. Así que así había sido. Justin, con su encanto superficial y su habilidad para manipular a la gente, había ido recabando información, pieza por pieza, hasta localizar exactamente dónde vivía.

—¿Sabes qué les preguntaba exactamente? —quiso saber, incapaz de contener su ansiedad.

Paul pareció notar su inquietud, porque su expresión se volvió más seria.

—Según mi abuela, preguntaba por una mujer joven con una niña pequeña, que hubiera llegado al pueblo en los últimos meses —explicó—. Decía que era su hermana, que había perdido contacto con ella y estaba preocupado. Casi lo mismo que me dijo a mí.

Natalie soltó una risa amarga. Justin, preocupado. Qué gran actuación.

—¿Y la gente le dijo... dónde encontrarme? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Paul asintió, con expresión culpable.

—Me temo que sí. Ya sabes cómo es la gente aquí, todos se conocen, todos hablan... Y él parecía realmente preocupado por ti y sonaba muy convincente —hizo una pausa, estudiando la reacción de Natalie—. A mí me lo pareció cuando estuvo en la tienda y aunque yo no le conté nada, la gente no sabe de qué va el tema.

—Sí, claro. La gente no tiene la culpa —dijo Natalie.

Paul asintió, sin presionar, sin querer saber más. Era una de las cosas que Natalie apreciaba de él: sabía cuándo no insistir.

—Si vuelve a aparecer por el pueblo, o si alguien lo menciona, házmelo saber, ¿vale? —pidió Natalie—. Ya sabes que es importante para mí.

—Por supuesto —prometió Paul, con una seriedad que contrastaba con su habitual actitud despreocupada—. Y si necesitas

cualquier cosa, lo que sea, solo tienes que decírmelo. Ya te lo dije en otra ocasión, Natalie, puedes contar conmigo para lo que sea.

Natalie le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Era reconfortante saber que, incluso en aquel pequeño pueblo donde había llegado como una extraña, había personas dispuestas a ayudarla.

Después de que Paul se marchara, prometiendo volver pronto con un pequeño regalo para Kora, Natalie siguió preparando la tarta. Pero su mente ya no estaba en la receta.

Mientras batía la mezcla con más fuerza de la necesaria, sus pensamientos giraban en torno a Justin. Su ex había sido metódico, paciente, calculador. Frío. Había rastreado a Natalie como un cazador siguiendo huellas en la nieve, ganándose la confianza de los habitantes del pueblo, recopilando información, acercándose paso a paso hasta encontrar exactamente lo que buscaba.

Y cuando lo había encontrado, había atacado.

El chocolate que se estaba derritiendo al baño maría comenzó a humear ligeramente, sacándola de sus oscuras reflexiones. Rápidamente, apartó el recipiente del fuego.

—Concéntrate, Natalie —se regañó a sí misma—. Hoy es el cumpleaños de Kora. Hoy no es día para pensar en él.

Pero incluso mientras vertía la mezcla en el molde, decoraba la tarta con cuidado y colocaba una única velita en el centro, una parte de su mente seguía alerta, vigilante, esperando el siguiente movimiento de Justin.

La policía no había encontrado pruebas suficientes. La orden de alejamiento era solo un papel que él ignoraría sin pestañear. El revuelo del fuego podrían disuadirlo temporalmente, pero Justin era paciente. Esperaría. Planearía.

Y volvería.

La certeza de ese pensamiento era como un peso frío en su estómago, contrastando con el ambiente cálido y festivo que intentaba crear para su hija.

Mientras limpiaba los utensilios que había usado, Natalie escuchó la risa de Kora proveniente del jardín, que estaba jugando con Thomas.

El sonido le devolvió algo de paz.

Con un suspiro, terminó de limpiar la cocina y dejó que la tarta se enfriara.

CAPÍTULO 39

El aroma a estofado de ternera inundaba la cocina, mezclándose con el perfume dulce de la tarta de chocolate que reposaba sobre la encimera, esperando su momento estelar.

Natalie daba los últimos toques a la mesa, colocando servilletas de tela azul junto a la vajilla de porcelana que Thomas había insistido en sacar para la ocasión.

—¿Seguro que no es demasiado? —preguntó Natalie—. Solo es una comida informal, y Kora probablemente tratará de tirarlo todo al suelo.

—Un primer cumpleaños merece toda la pompa y circunstancia que esta casa pueda ofrecer —dijo Thomas—. Además —añadió, con un brillo travieso en los ojos—, estas copas han sobrevivido a huéspedes mucho más destructivos que la pequeña Kora.

Natalie sonrió, reconociendo la batalla perdida.

Desde que se había levantado aquella mañana, Thomas había entrado en modo «celebración», como si el cumpleaños de Kora fuera un acontecimiento de estado o algo así. Había insistido en ayudarla a preparar los platos, cubiertos y demás, había colgado un pequeño cartel con un «Feliz cumpleaños» en letras doradas en la cocina, y hasta había encontrado en algún rincón de la mansión unos gorritos de cumpleaños que parecían de otra época.

Kora, ajena al despliegue que su cumpleaños estaba generando, jugaba sentada en su trona, tocando el xilófono que le había regalado Óscar y que, aunque sin ritmo, llenaba la estancia de notas musicales.

—No sé si mi regalo es apropiado para su edad… —comentó Thomas a Natalie en voz baja, mientras señalaba con la cabeza un paquete envuelto en papel de colores brillantes que descansaba sobre una silla.

—¿Por qué? —preguntó Natalie.

—Porque…

El sonido de pasos interrumpió su conversación. Pasos firmes, decididos, inconfundibles. Natalie sintió un revoloteo familiar en el estómago, esa sensación que aún no había logrado controlar cada vez que Dante entraba en una habitación.

Kora fue la primera en verlo. Su pequeño rostro se iluminó con una sonrisa que parecía ocupar toda su cara, y comenzó a agitar los brazos con entusiasmo, dejando caer la baqueta del xilófono al suelo.

—¡Da-Da! —exclamó, con su particular manera de llamar a Dante.

Natalie no pudo evitar sonreír ante la reacción que la pequeña tenía siempre ante Dante. Era curioso cómo la niña le había elegido desde el principio como su persona favorita. Y eso no dejaba de sorprenderla. Pese a lo huraño que había sido, pese a que cuando llegaron la trataba con una seriedad casi cómica, como si fuera una adulta, y pese a su limitado vocabulario de cinco palabras.

Dante apareció en el umbral de la cocina, sosteniendo un paquete envuelto en papel rosa metalizado. Su eterno ceño fruncido se suavizó ligeramente al ver la reacción de Kora.

—Veo que la cumpleañera ya está lista para la celebración —comentó, acercándose a la mesa.

Kora estiró sus brazos regordetes hacia él, emitiendo sonidos que claramente significaban «cógeme o montaré un escándalo digno de mi primer cumpleaños».

Natalie estaba a punto de intervenir, sabiendo que Dante no solía ser fan del contacto físico. Pero eso era antes, porque dejó el regalo sobre la mesa y se acercó a la trona.

—Feliz cumpleaños, pequeña —dijo, con ese tono formal inevitable que utilizaba incluso para las ocasiones más cotidianas—. Un año. Toda una hazaña, considerando los peligros diarios a los que te enfrentas, como las escaleras o tu afición por tratar de meter los dedos en los enchufes.

Sin más preámbulos, la tomó en brazos. La niña, encantada con su nueva posición, apoyó sus manitas en las mejillas de Dante, como hacía siempre que conseguía que la cargara.

—Parece que alguien está reclamando su regalo de cumpleaños anticipadamente —bromeó Thomas, observando la escena con una sonrisa.

Dante, sosteniendo a Kora con un brazo mientras ella jugueteaba con el cuello de su camisa, alcanzó el paquete rosa con la mano libre.

—Hablando de regalos —dijo, dirigiéndose a Natalie—, espero que esto sea adecuado. No soy precisamente un experto en regalos para niños.

Natalie tomó el paquete y sintió una oleada de ternura al imaginar a Dante, el hombre huraño y gruñón, pensando en un regalo para Kora.

—Estoy segura de que le encantará —respondió, con una sonrisa—. A estas alturas, podrías regalarle una piedra y sería feliz, siempre que viniera de ti.

Un ligero rubor, casi imperceptible, tiñó las mejillas de Dante, que fingió no haberlo oído mientras ajustaba a Kora en sus brazos.

—Creo que la comida está lista —anunció Thomas, salvando el momento—. Y si me permitís decirlo, huele extraordinariamente bien.

Se sentaron a la mesa, con Kora instalada en su trona, estratégicamente colocada entre Natalie y Dante.

Natalie había preparado un festín que parecía sacado de un restaurante de lujo: el estofado de ternera como plato principal, acompañado de patatas asadas con romero, una ensalada colorida, y pan recién horneado.

—Creo que me he pasado un poco —comentó, echando un vistazo a la mesa.

—En absoluto —dijo Thomas—. Es lo mínimo para celebrar como se debe un cumpleaños. Además, hace tiempo que esta casa necesitaba un buen festejo.

Dante, que estaba sirviendo agua en las copas, asintió, dándole la razón.

—Tienes razón, Thomas —admitió—. Demasiado tiempo.

Hubo un breve silencio.

Natalie sabía que la vida en la mansión no siempre había sido tan solitaria. Que hubo un tiempo, antes de la tragedia que Dante nunca mencionaba directamente, en que aquellas paredes habían resonado con risas y conversaciones.

—¡Aaaah! —exclamó Kora, rompiendo el momento nostálgico con su particular forma de exigir atención, golpeando su mesita con ambas manos.

Los tres se echaron a reír.

—La señorita ha hablado —dijo Dante, mientras Natalie le servía una pequeña porción de estofado, cuidadosamente cortado en trozos minúsculos—. Que dé comienzo el banquete.

La comida transcurrió entre risas y anécdotas.

—Recuerdo el día que llegasteis a la mansión —dijo Dante, mirando a Natalie con aquella intensidad que siempre la hacía contener el aliento—. Kora solo tenía unos meses. Y ahora prácticamente está planeando su carrera universitaria.

Los tres volvieron a reír.

Como para dar fe de lo que estaba diciendo, Kora escogió ese momento para lanzar un trozo de patata que aterrizó con precisión milimétrica en la frente de Dante.

Hubo un segundo de silencio en el que Natalie contuvo la respiración, esperando la reacción de Dante. Él parpadeó, mientras un trozo de patata resbalaba por su ceja.

—Veo que sigues manteniendo tu buena puntería —dijo finalmente, con una sonrisa—. Envidiable.

Kora gorjeó feliz.

Después del plato principal, llegó el momento culminante: la tarta de chocolate. Natalie colocó la vela en forma de «1» en el centro y la encendió.

La pequeña llama iluminó el rostro de Kora, que observaba fascinada aquel punto de luz bailando en la tarta. Y Natalie supo que, aunque no lo recordara conscientemente, formaría parte de su historia.

—Kora, ¿quieres que te cantemos el «Cumpleaños feliz»? —preguntó Natalie.

Kora respondió dando un par de palmadas.

—Seguro que la niña no quiere perderse la oportunidad de escuchar cantar al señor Eastwood —dijo Thomas, mirando a Dante de reojo con una expresión divertida en los ojos.

Dante le lanzó una mirada que pretendía ser amenazante pero no lo consiguió.

—Empiezo a arrepentirme de no haberte despedido hace años, Thomas —bromeó.

—Y yo me alegro cada día de que no lo haya hecho —respondió él, con una sonrisa imperturbable—. Empezamos a la cuenta de tres. Uno, dos...

Las notas del «Cumpleaños Feliz» llenaron la cocina, con la voz de barítono de Thomas liderando, la de Natalie siguiéndole, y para sorpresa y deleite de ambos, la de Dante uniéndose al coro, grave y un poco desafinada, pero alegre.

Kora, encantada de ser el centro de atención, aplaudía y balbuceaba, intentando unirse a la canción a su manera, mientras su mirada saltaba de un rostro a otro.

Cuando terminaron, Natalie se inclinó y sopló la vela, ayudando a Kora, que soplaba en la dirección equivocada, provocando más risas.

Los tres aplaudieron al final, y Natalie se tomó un momento para observar la escena. Su hija, radiante de felicidad, rodeada de personas que la querían, aunque no fueran familia de sangre. La tarta casera, no perfecta, pero hecha con amor. La cocina cálida y acogedora, tan diferente de los ambientes fríos y protocolarios que Justin siempre había preferido.

Aquel era el primer cumpleaños de Kora, y contra todo pronóstico, a pesar de los sinsabores recientes y las incertidumbres, era perfecto en su imperfección.

—Creo que es hora de los regalos —anunció Dante, recuperando el paquete con el que había entrado en la cocina.

Natalie ayudó a Kora a desenvolver el regalo de Dante, que resultó ser un osito de peluche de aspecto antiguo, con ojos de botón y una expresión sonriente. Pero lo verdaderamente especial era la caja musical integrada en su interior. Al apretar la tripa, emitía una suave melodía que Natalie reconoció como la sonata «Claro de Luna» de Beethoven.

—Oh, Dante —murmuró, conmovida—. Es precioso.

Kora ya había abrazado al osito contra su pecho, meciéndose ligeramente al ritmo de la música.

—Pertenecía a mi madre... —comenzó Dante—. Lo he restaurado. La música original estaba estropeada, así que instalé un mecanismo nuevo.

Thomas miró el osito con una expresión que Natalie no supo interpretar, pero que sugería que conocía la historia detrás del juguete.

—Es un regalo perfecto, señor Eastwood —dijo, en un tono más suave de lo habitual—. Estoy seguro de que va a ser el nuevo muñeco preferido de Kora —añadió.

—Yo también lo creo —opinó Natalie, al ver a la niña.

El regalo de Thomas resultó ser un álbum de fotografías, cuidadosamente preparado con imágenes de Kora desde su llegada a la mansión. Había fotos de la niña en el jardín, jugando en la cocina, durmiendo la siesta…

—¿Cuándo...? —comenzó a preguntar Natalie, pasando las páginas con asombro.

—He sido bastante discreto —admitió Thomas, con una sonrisa —. Pensé que querrías tener un registro de estos primeros meses en la mansión.

La última página contenía una fotografía que hizo que el corazón de Natalie diera un vuelco: Dante dormido en el sillón de la biblioteca, con Kora también dormida sobre su pecho. Ambos con la misma expresión de paz en el rostro.

Natalie tragó saliva. Después levantó la mirada hacia Thomas, que parecía muy satisfecho consigo mismo, sabiendo que había elegido un buen regalo, y luego hacia Dante, que observaba la foto con una mezcla de vergüenza y algo más, algo indefinible, pero que podía ser ternura.

—Debería despedirte por invasión a la privacidad —murmuró Dante, en tono de broma.

—Podría hacerlo —dijo Thomas—. Pero entonces, ¿quién documentaría estos momentos para la posteridad?

—Es precioso, Thomas. Muchas gracias —le agradeció Natalie con los ojos vidriosos.

—No ha sido nada —contestó él.

La celebración continuó probando la tarta, que resultó ser un éxito a pesar del miedo de Natalie. No confiaba en que le hubiera salido cien por cien bien.

Kora acabó con chocolate por toda la cara, por las manos, e incluso en parte del pelo, pero su expresión de deleite hizo que valiera la pena el desastre.

Fue cuando estaban recogiendo los platos, con Kora ya limpia y jugando entusiasmada con su nuevo osito, que el teléfono de Natalie vibró en su bolsillo. Lo sacó distraídamente, esperando quizás algún mensaje de felicitación de algún familiar.

El mundo pareció detenerse cuando vio el principio del texto en la pantalla.

Justin.

Con dedos de repente torpes, desbloqueó el teléfono. El mensaje era breve, pero cada palabra parecía grabada con ácido:

«Feliz cumpleaños a mi hija. Un año ya. Es una pena que esté creciendo lejos de su padre. Pero eso puede cambiar pronto.»

Natalie sintió que el aire abandonaba sus pulmones y que un escalofrío recorría su espalda de arriba abajo.

—¿Natalie? —la voz de Thomas sonaba distante, como si viniera de otro lugar—. ¿Está todo bien?

Natalie parpadeó, forzándose a volver al presente. A la calidez de la cocina. A la realidad.

—Sí, sí —respondió, con una sonrisa en los labios que esperaba fuera convincente—. Solo es un mensaje de felicitación.

Guardó el teléfono rápidamente, ignorando la mirada escrutadora de Dante, que parecía captar cada cambio en su expresión.

Los minutos siguientes pasaron en una especie de niebla.

Natalie se movía, hablaba, reía incluso, pero una parte de ella estaba paralizada por el miedo y la rabia. ¿Cómo se atrevía Justin a intentar arruinar ese día? ¿Cómo se atrevía siquiera a mencionar a Kora, cuando nunca había mostrado el menor interés? Solo la utilizaba como arma arrojadiza que blandir contra ella.

Cuando Thomas y Dante se llevaron a Kora al jardín para que probara el regalo de Natalie (una pequeña piscina de bolas que habían instalado en un rincón soleado), Natalie se quedó en la cocina, con la excusa de terminar de limpiar.

En cuanto estuvo sola, sacó de nuevo el teléfono. Había tres mensajes más de Justin.

«¿No respondes? ¿Tan ocupada estás con tu nuevo "protector"? Qué rápido me has reemplazado, Nat. Qué decepción.»

«¿Crees que estás a salvo en esa mansión? El fuego de la semana pasada fue solo un aviso. La próxima vez, no quedará piedra sobre piedra.»

«Si no vuelves conmigo, con NUESTRA hija, lo lamentarás. Y también lo lamentará Dante Eastwood. Y ese viejo jardinero. Y cualquiera que se interponga. Sabes que hablo en serio, Nat. Siempre cumplo mis promesas.»

Las manos de Natalie temblaban tanto que casi dejó caer el teléfono. Justin siempre había sido manipulador, controlador, pero aquello... aquello era otro nivel de amenazas.

Su primer impulso fue correr al jardín, contárselo todo a Dante, mostrarle los mensajes, buscar su protección. Pero algo la detuvo.

Justin no hacía amenazas vacías. Nunca lo había hecho. Si decía que quemaría la mansión con todos dentro, era perfectamente capaz de hacerlo. Y aquella vez, se aseguraría de que el fuego lo consumiera todo. A Dante, a Thomas, a Kora, a ella...

Un sollozo escapó de su garganta.

Se cubrió la boca con la mano, aterrorizada ante la idea de que alguien pudiera oírla y peguntarle qué le ocurría.

No. No podía decírselo a nadie. No podía poner en peligro a las personas que le habían dado un hogar, que habían hecho posible ese día perfecto para Kora.

Respiró hondo, intentando calmar el pánico que amenazaba con ahogarla. Tenía que pensar. Tenía que encontrar una solución. Pero por ahora, por el bien de Kora, por el bien de todos, tenía que fingir que todo estaba bien.

Se lavó la cara con agua fría, ensayó su mejor sonrisa en el reflejo de la ventana, y salió al jardín, donde el sonido de las risas de Kora la guio hasta la pequeña piscina de bolas.

La escena que encontró allí casi le rompió el corazón.

Dante, siempre tan serio y formal, estaba sentado en el suelo junto a la piscina, mientras Kora le lanzaba bolas de colores que él

fingía esquivar con movimientos exagerados. Thomas, a su lado, documentaba el momento con la cámara del teléfono, añadiendo sin duda nuevas imágenes al precioso álbum que había hecho.

—¡Ma-ma! —exclamó Kora al verla, una de las pocas palabras que pronunciaba claramente.

Natalie se acercó, forzando una sonrisa que esperaba que pareciera natural.

—¿Te diviertes, cariño? —preguntó, agachándose junto a la piscina.

Dante la miró con aquella intensidad que parecía atravesarla, como si se oliera que algo iba mal.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, mientras Thomas distraía a Kora con una bola verde fluorescente.

—Todo perfecto —mintió Natalie, ampliando su sonrisa en el rostro—. Solo un poco emocionada por lo bonito que está siendo este día.

No estaba segura de si Dante la había creído, pero él no insistió. En lugar de eso, cogió una bola azul y se la ofreció.

—La cumpleañera desea que todos participemos en la gran batalla de bolas —dijo, con aquel tono formal que usaba incluso para las situaciones más absurdas—. Y me temo que no acepta negativas.

Natalie tomó la bola, agradecida por la oportunidad de esconderse tras el juego. Durante la siguiente hora, se entregó por completo a la celebración, lanzando pelotas, riendo con las ocurrencias de Thomas, aplaudiendo los logros de Kora.

Pero cada pocos minutos, sentía la vibración del teléfono en su bolsillo. Sabía, sin necesidad de mirar, que eran más mensajes de Justin.

Más amenazas.

Más veneno intentando contaminar el cumpleaños de su hija, (porque él no respetaba ni eso).

No lo permitiría.

No ese día.

Ese día era para Kora, para su sonrisa, para sus pequeñas manos aferrando su nuevo osito, para sus carcajadas cuando Dante fingía ser derribado por una avalancha de bolas.

Mañana lidiaría con Justin. Mañana pensaría en qué hacer, en cómo proteger a todos.

Pero hoy... hoy solo existía ese momento. Esa isla de felicidad en medio de la tormenta que se avecinaba.

Y mientras observaba a su hija, radiante en su pequeña piscina de bolas, rodeada de personas que la querían por quién era, no por lo que representaba, Natalie se juró que, pasara lo que pasara, preservaría aquella felicidad para Kora.

Aunque tuviera que enfrentarse sola a Justin.

Aunque tuviera que hacer sacrificios inimaginables.

Aunque tuviera que romper su propio corazón en el proceso.

CAPÍTULO 40

El sol brillaba con fuerza, de esa forma que lo hace en primavera.

Natalie ajustó la sombrilla de la sillita de Kora, asegurándose de que el rostro de la pequeña quedara protegido de los rayos más intensos. La brisa marina agitaba suavemente su pelo mientras empujaba la sillita por el sendero de grava que serpenteaba desde la parte trasera de la mansión hasta los acantilados.

—¿Ves esas flores amarillas, Kora? —dijo señalando un grupo de prímulas silvestres que bordeaban el camino—. Son las primeras del año. Cuando crezcan más, haremos una corona con ellas para tu pelo.

Kora balbuceó algo incomprensible pero muy entusiasta, estirando sus manitas hacia las flores con una sonrisa que mostraba sus cuatro pequeños dientes.

Natalie inspiró hondo.

El aire olía a sal, a tierra húmeda y a ese aroma indefinible que siempre asociaba con la primavera: una mezcla de hierba recién cortada y promesas. En otro tiempo, en otra vida, aquel paseo habría sido perfecto. Un momento idílico entre madre e hija, disfrutando de un día espléndido en un lugar de ensueño.

Pero la tranquilidad era solo superficial. Debajo, como un río subterráneo de agua helada, corría el miedo.

«Necesito pensar —se dijo Natalie mientras avanzaba por el sendero—. Necesito encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde.»

Había pasado una semana desde el cumpleaños de Kora. Una semana en la que los mensajes de Justin no habían cesado.

Al principio, Natalie había intentado ignorarlos, esperando que se cansara, que encontrara otra obsesión, que la dejara en paz. Pero en lugar de aplacarse, sus amenazas se habían intensificado.

El último había llegado la noche anterior, cuando todos dormían:

«Te estoy observando, Nat. Veo cómo juegas a la familia feliz en esa mansión. Veo cómo miras a Dante Eastwood.

Veo cómo él te mira a ti. Lo veo todo. Y pronto verás lo que pasa cuando alguien intenta quitarme lo que es mío.»

A Natalie se le heló la sangre.

—Ma-ma —balbuceó Kora, interrumpiendo sus pensamientos.

Natalie bajó la mirada y encontró a su hija señalando hacia una gaviota que planeaba en círculos sobre el acantilado.

—Sí, cariño, es un pájaro —respondió, forzando una sonrisa—. Mira cómo vuela. ¿A que es bonito?

Kora asintió con la seriedad que adoptaba cuando intentaba parecer mayor, y luego volvió a su entretenimiento anterior: mordisquear el mordedor de silicona con forma de jirafa que Natalie le había comprado en su última visita al pueblo.

Natalie dejó que su mente volviera al problema de Justin mientras seguían avanzando.

El sendero se ensanchó, dejando atrás los árboles que rodeaban la mansión para abrirse a la extensa pradera que precedía a los acantilados. El mar se extendía ante ellas, vasto e imponente. Un lienzo azul oscuro que se fundía con el horizonte.

Se detuvo a unos metros del borde. Aunque el terreno era seguro, un instinto protector la mantenía siempre a cierta distancia. Puso el freno a la sillita y se sentó en una roca plana cercana, desde donde podía vigilar a Kora mientras contemplaba el paisaje.

«Podría contárselo a Dante —pensó por enésima vez—. Él sabría qué hacer. Tiene recursos, contactos...»

Pero inmediatamente su mente rebatió esa opción. Dante ya había hecho demasiado por ellas. Les había dado un hogar, seguridad. Involucrarlo en aquel peligro sería como pagarle con una moneda envenenada. Además, no tenía ninguna obligación. Ellos ya no tenían nada. Lo poco que habían construido se había hecho pedazos el día que Justin fue a la casa y le contó la verdad de su identidad. Desde ese entonces, Dante había mantenido las distancias y ella tenía que respetarlo, aunque se muriera por estar en sus brazos, por tocarlo, por acariciarlo, por…

Joder.

Negó para sí misma.

Su cabeza volvió a Justin.

Lo conocía bien. Conocía su determinación, su falta de escrúpulos, su violencia cuando sentía que lo desafiaban. Si se enteraba de que había pedido ayuda a Dante, si sentía que se interponía entre él y lo que consideraba «suyo»...

Un escalofrío recorrió su espina dorsal a pesar del sol primaveral.

—¿Sabes una cosa, Kora? —murmuró, aunque sabía que la niña estaba más interesada en su mordedor que en sus confidencias—. A veces pienso que estamos atrapadas en un ciclo. Huimos,

encontramos refugio, creemos estar a salvo... y entonces todo vuelve a empezar.

Observó a su hija, tan feliz en su inocencia, tan confiada en que el mundo era un lugar seguro. ¿Cómo explicarle algún día que su propio padre, el hombre que debería haberla protegido con su vida, era la mayor amenaza para su seguridad?

Natalie sacó su teléfono del bolsillo de su chaqueta. Abrió la cadena de mensajes de Justin, cada uno más perturbador que el anterior.

«Creo que vuestra habitación tiene una ventana muy grande. Sería una pena que alguien la rompiera de noche, ¿no crees?»

«¿Crees que a tu amigo el escritor le gustaría ser el protagonista de su propia novela de terror?»

«He estado pensando en lo fácil que sería que se declarase un incendio en esa vieja mansión. Aunque es de piedra, el interior tiene mucha madera. Y hay tantos objetos valiosos dentro... cuadros, libros, personas.»

Y el más reciente, el de la noche anterior, que demostraba que no eran amenazas vacías. Con Justin nunca lo eran.

Kora emitió un gorgojeo de satisfacción al conseguir morder una parte específica de su juguete, y Natalie guardó apresuradamente el teléfono, como si quisiera proteger a la niña de aquellos mensajes tóxicos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, ¿lo sabías? —susurró, inclinándose para besar la frente suave y cálida de su hija —. Y haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo. Lo que sea.

Una nube pasajera cubrió el sol momentáneamente, proyectando una sombra sobre el paisaje. Natalie levantó la vista, siguiendo instintivamente con la mirada el progreso de la sombra sobre la hierba, hasta que...

Se quedó petrificada.

Allí, a unos doscientos metros, al borde del camino que conducía hacia la carretera principal, había una figura. Un hombre alto, vestido completamente de oscuro, inmóvil, observando. La distancia era demasiada para distinguir sus facciones con claridad, pero no hacía falta. Natalie conocía esa postura, esa forma de mantenerse completamente quieto y, sin embargo, proyectar amenaza.

Justin.

¡Mierda!

Un pánico gélido se expandió desde su pecho hasta cada extremidad de su cuerpo. Con movimientos que intentaban parecer casuales, pero que revelaban su nerviosismo, se levantó de la roca y se acercó a la sillita de Kora.

—Creo que es hora de volver a casa, cariño —dijo, con voz temblorosa.

Sus dedos lucharon torpemente con el freno de la sillita. Por el rabillo del ojo, vio que la figura oscura comenzaba a moverse. No hacia ella, sino paralelo al camino, como si quisiera interceptarla regresando a la mansión.

«No entres en pánico —se ordenó a sí misma—. Piensa, Natalie, piensa.»

El camino principal quedaba descartado si Justin estaba allí. Tendría que tomar el sendero alternativo, el que bordeaba los acantilados antes de serpentear entre un pequeño bosque de pinos hasta la parte trasera de la propiedad. Era más largo, pero también más seguro.

Con un último vistazo hacia la figura (en aquel momento oculta tras un grupo de árboles), Natalie giró la sillita y comenzó a caminar con rapidez por el sendero de los acantilados.

—Vamos a jugar a un juego, Kora —dijo, intentando que su voz sonara despreocupada—. Se llama «no hacer ningún ruido hasta llegar a casa». ¿Qué te parece?

Kora, ajena al miedo de su madre, aplaudió entusiasmada ante la perspectiva de un juego nuevo.

Natalie se llevó el dedo a los labios.

—Shhh… —dijo, como si diera comienzo al juego.

Obediente, Kora sonrió, pero no emitió ningún sonido.

Natalie echó a andar lo más rápido que podía sin llegar a correr, empujando la sillita sobre el terreno irregular con determinación. Cada pocos segundos miraba por encima de su hombro disimuladamente, esperando ver a Justin acercándose, acortando la distancia entre ellos.

El sendero se estrechó al entrar en el bosquecillo de pinos. El aroma a resina y tierra húmeda invadió sus fosas nasales, pero Natalie apenas fue consciente de ello. Toda su concentración estaba puesta en avanzar, en mantener la calma, en llegar a la seguridad relativa de la mansión.

«¿Y si me está esperando más adelante? —pensó con una punzada de pánico—. ¿Y si ha calculado que tomaría esta ruta y me tiende una emboscada?»

Ralentizó el paso, aguzando el oído. Solo se escuchaba el canto de los pájaros, el rumor lejano de las olas contra los acantilados y el crujido ocasional de una rama bajo las ruedas de la sillita. Ninguna pisada, ningún suspiro, ningún indicio de otra persona.

«Sigue adelante —se dijo—. Ya casi estás en casa.»

La arboleda comenzó a clarear, y pronto apareció ante su vista la silueta de la mansión. Nunca le había parecido tan hermosa, tan reconfortante como en ese momento. Incluso con su aire gótico. Aceleró el paso en los últimos metros, cruzando el jardín trasero con prisa.

Al llegar a la puerta de la cocina, se detuvo un instante para recuperar el aliento y recomponerse. Lo último que necesitaba era entrar como un torbellino asustado y provocar preguntas para las que no tenía respuestas que quisiera dar.

—Hemos llegado, cariño —dijo a Kora, inclinándose para ajustarle un zapato que se había deslizado por el pie—. Y ahora vamos a... vamos a...

La frase quedó inconclusa.

Quizá no debería de haber salido sola, pero no podía decir a Thomas o Dante que la acompañaran constantemente. ¿Qué clase de vida sería esa? Necesitaba su espacio, su independencia. Necesitaba salir y entrar cuando le diera la gana. Sentirse segura. Pero con Justin acechando era imposible…

Una idea comenzó a formarse en su mente, una idea terrible pero necesaria.

«Ya no estamos seguras aquí.»

La cristalización de la situación la golpeó con la fuerza de una ola contra los acantilados. Justin sabía dónde estaban. Las vigilaba. Conocía sus rutinas, la disposición de la casa. Y estaba intensificando sus amenazas, acercándose cada vez más.

«Tenemos que irnos», se dijo Natalie a sí misma con contundencia.

El pensamiento le cortó la respiración. Irse de la mansión, del único lugar donde habían encontrado paz, donde Kora había aprendido a andar, donde habían celebrado su primer cumpleaños.

Alejarse de Thomas, con su bondad disfrazada de eficiencia. De Dante...

Dante.

El hombre del que había empezado a enamorarse.

El hombre que…

Un dolor agudo se instaló en su pecho al pensar en él. En dejarlo atrás. En dejar atrás lo que habían vivido, que, aunque breve, había sido precioso e intenso. En dejar atrás los momentos robados en el salón, junto a la chimenea, cuando todos dormían…

Pero la alternativa era peor. Mucho peor.

«Si nos quedamos, Justin no se detendrá —pensó con una claridad súbita—. No hasta conseguir lo que quiere. Y pondrá en peligro a todos en el proceso.»

La puerta de la cocina se abrió antes de que Natalie pudiera alcanzar el pomo, y el rostro siempre amable de Thomas apareció ante ella.

—Hola —las saludó, con aquella mezcla perfecta de formalidad y calidez.

Kora balbuceó y dijo algo que ni Natalie ni Thomas entendieron.

Thomas se hizo a un lado para dejarlas entrar, y Natalie empujó la sillita hacia el interior de la acogedora cocina, donde el aroma a hierbas y queso gratinado de la lasaña que había preparado creaba una ilusión de seguridad.

—¿Habéis disfrutado del paseo? —preguntó Thomas—. El día es espléndido para estar al aire libre. Yo he aprovechado para regar todas las plantas del jardín delantero.

Natalie asintió, incapaz durante unos instantes de articular palabras. ¿Cómo iba a actuar con normalidad cuando acababa de decidir que tendría que abandonar aquel lugar?, ¿a aquellas personas?

—Ha sido... refrescante —consiguió decir al fin—. Kora ha descubierto las gaviotas.

—¡Ah, las gaviotas! —exclamó Thomas, acercándose a la sillita para desabrochar el cinturón de seguridad—. Son unos pájaros fascinantes, aunque terriblemente ruidosos, ¿verdad, Kora?

La niña se dejó alzar en brazos por Thomas, que la llevó hasta su trona junto a la mesa de la cocina. La naturalidad con la que el jardinero interactuaba con ella, la confianza absoluta que Kora depositaba en él, provocaron un nudo en la garganta de Natalie.

«Me va a doler dejarle —pensó. Había forjado una bonita amistad con Thomas. Él la trataba como a una hija y ella lo veía como a un padre—. Y a Kora le va a doler también, aunque no pueda expresarlo con palabras.»

—¿Está todo bien, Natalie? —le preguntó Thomas—. Pareces preocupada.

Natalie forzó una sonrisa, quitándose la chaqueta y colgándola en el perchero junto a la puerta.

—Solo estoy un poco cansada —mintió—. No he dormido muy bien esta noche.

No era del todo falso. Los mensajes de Justin la habían mantenido despierta, dando vueltas en la cama, mirando una y otra vez al techo, imaginando los peores escenarios.

—Entiendo —asintió Thomas, aunque su mirada sugería que no la creía del todo—. Quizás podrías echarte una siesta esta tarde, después de comer. El señor Eastwood ha mencionado que estará ocupado con el capítulo final de su novela, así que la casa estará tranquila.

—Es buena idea —dijo Natalie, acercándose a la encimera, donde había dejado la lasaña que había preparado—. Quizá cuando Kora se duerma, yo siga su ejemplo —trató de bromear.

Thomas rio, mientras se acercaba a la nevera y sacaba la jarra de agua fresca para llevarla a la mesa.

—¿Está lista la comida? —preguntó.

—Sí, solo tengo que calentar la lasaña un par de minutos en el horno.

—Entonces, subiré a avisar al señor Eastwood.

Pero como invocado por sus palabras, la puerta que comunicaba la cocina con el pasillo principal se abrió, y Dante entró con aquel aire perpetuamente distraído que adoptaba cuando estaba inmerso en su proceso creativo.

—Thomas, necesito que... —comenzó, pero se detuvo al ver a Natalie y a Kora—. ¿Ya habéis vuelto de vuestro paseo?

Natalie notó cómo su corazón se aceleraba ligeramente ante la presencia de Dante. Era algo que no podía evitar, aunque él hubiera decidido poner distancia entre ellos. Pero lo que fuera que sintiera por él hacía que la idea de marcharse fuera aún más dolorosa.

—Acabamos de llegar —dijo, apartando un mechón de pelo de su cara con gesto nervioso.

Kora extendió sus brazos hacia Dante, como hacía siempre que lo veía.

Dante, que ahora respondía con naturalidad, se inclinó y permitió que los deditos regordetes de Kora se aferraran a su jersey. No la cogió en brazos, porque iba a comer, pero era la conexión que la niña buscaba. Él le dio un beso en la cabecita.

—¿Qué tal, pequeña? —le preguntó.

Kora levantó la cuchara de plástico y se la mostró, como dándole a entender que iba a comer.

—Veo que alguien está hambrienta —observó—. Y no soy yo, para variar.

Natalie se echó a reír.

Sacó la lasaña del horno y la puso en la mesa. Un olor delicioso llenó el aire.

Pronto los cuatro estaban disfrutando de la comida, con Kora llenando la cocina de balbuceos, pedorretas, gritos y palabras ininteligibles.

La escena era tan hogareña, tan normal, que por un momento Natalie casi pudo olvidar el miedo, la sombra acechante de los acantilados, la drástica decisión que acababa de tomar.

Casi.

Mientras Dante y Thomas hablaban sobre algo que había sucedido en el pueblo, Natalie observaba la escena como si quisiera grabarla en su memoria. El modo en que la luz del mediodía entraba por las ventanas de la cocina. La forma en que Thomas gesticulaba con el tenedor para enfatizar sus argumentos. El perfil de Dante contra el fondo claro de la pared, todas las líneas angulosas suavizadas por una expresión de curiosidad. Y Kora, su pequeña Kora, con la cara manchada de salsa de tomate, alternando miradas entre los tres adultos como si siguiera la conversación.

«Esto es lo que vamos a perder —pensó Natalie con una punzada de dolor—. Esta sensación de pertenencia, de familia.»

Pero entonces recordó la figura oscura en el horizonte, las amenazas cada vez más explícitas que llegaban a su móvil, el peligro que corrían. Y supo que no tenía elección.

Tenía que buscar un lugar donde Justin no pudiera encontrarlas, donde pudieran empezar de nuevo.

Una parte de ella quería creer que solo sería temporal, que podría volver cuando el peligro hubiera pasado. Pero la parte racional, la que había sobrevivido a meses de manipulación y miedo, sabía que eso era poco probable.

Justin era persistente.

Justin no olvidaba.

Justin no perdonaba lo que consideraba una traición.

—Natalie, ¿estás con nosotros? —La voz de Dante interrumpió sus pensamientos.

Parpadeó, volviendo bruscamente a la realidad. Dante y Thomas la miraban con expectación.

—Lo siento, estaba... distraída —se disculpó, forzando una sonrisa—. ¿Decíais algo?

—Thomas sugiere que aproveches la tarde para enseñarle a Kora las peonías que han empezado a florecer en el jardín trasero —explicó Dante, con aquella intensidad en la mirada que siempre la hacía sentir que podía ver a través de su máscara—. Dice que los colores le fascinarán.

—Es una idea maravillosa —respondió automáticamente Natalie, aunque su mente ya estaba en otra parte, calculando qué necesitarían llevar, cuánto dinero tenían ahorrado, cómo desaparecer sin dejar rastro—. A Kora le encantarán.

Thomas y Dante intercambiaron una mirada que Natalie no supo interpretar. Durante un segundo terrible, temió que de algún modo hubieran adivinado sus intenciones, que fueran a decirle algo al respecto. Pero el momento pasó, y Thomas se levantó para llevar el postre: una tarta de manzana que llenó la cocina con su aroma a canela y hogar.

«Disfruta de esto —se dijo Natalie mientras tomaba su porción —. Disfruta de estos momentos juntos. Grábatelos en la memoria. Serán lo que te sostendrá en los días difíciles que van a venir.»

Y mientras Kora reía, intentando atrapar una miga de tarta que se había posado en la manga del jersey de Dante, mientras Thomas relataba anécdotas de su juventud en la mansión, mientras la tarde avanzaba perezosa y dorada a su alrededor, Natalie se permitió fingir, solo por unas horas, que aquello podría durar para siempre.

Que no había una sombra oscura acechando en los acantilados.

Que no tendría que despedirse, probablemente para siempre, de las primeras personas en años que la habían hecho sentir en casa.

Que no estaba a punto de destrozar, con su partida, algo precioso que apenas comenzaba a florecer entre ella y Dante.

Pero cuando sus miradas se encontraron por encima de la mesa, cuando vio en los ojos grises de él esa mezcla de curiosidad y preocupación, Natalie supo que no había alternativa.

Para protegerlos a todos, tenía que irse. Y tenía que hacerlo pronto.

CAPÍTULO 41

La llamada de Frank, su editor, interrumpió a Dante justo cuando había logrado avanzar tres páginas seguidas sin parar.

Miró el teléfono con irritación, dudando si contestar. Unos meses atrás habría ignorado la llamada sin pensarlo, pero de un tiempo a esta parte habían cambiado muchas cosas. Incluida su relación con el mundo. Tenía que reconocer que se había vuelto menos ermitaño.

—Frank —respondió finalmente, reclinándose en su sillón de cuero—. Qué sorpresa.

—Sorpresa es que contestes la llamada —replicó Frank con aquella familiaridad irreverente que siempre había caracterizado su relación.

—No seas exagerado.

—No exagero ni un poco.

Dante dejó escapar un suspiro mirando al techo.

—¿A qué debo el honor? —dijo.

—¿Honor? —Frank soltó una carcajada—. Vaya, ahora sí que estoy preocupado. ¿Quién eres y qué has hecho con el malhumorado de Dante Eastwood?

Dante puso los ojos en blanco, a sabiendas de que Frank solo estaba calentando motores. Siempre había sido así: cinco minutos

de bromas e ironías antes de llegar al asunto importante.

—Tengo un café enfriándose y el capítulo final a medio terminar, Frank. Ve al grano.

Se oyó un sonoro suspiro al otro lado.

—Está bien, está bien. He leído los capítulos que me enviaste la semana pasada —hizo una pausa efectista—. Y son buenos, Dante. Maldita sea, son muy buenos. Tanto como los primeros.

A pesar de su intento por mantenerse impasible, Dante sintió una punzada de satisfacción. Viniendo de Frank, «muy buenos» era prácticamente un elogio desmesurado.

—¿Pero...? —tanteó, sabiendo que habría un «pero».

—Pero necesitamos hablar del lanzamiento —respondió Frank, entrando ya en modo editor—. Han pasado más de cuatro años desde que publicamos tu último libro. El mercado ha cambiado. Las expectativas son diferentes. Y si quieres que esta novela tenga el impacto que merece, tenemos que planificarlo meticulosamente.

Dante se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más. La sola idea de «planificar un lanzamiento» le producía urticaria.

—Sabes que odio esa parte, Frank. Contratas a alguien de marketing, les das vía libre y me mandas un email con las fechas de las firmas obligatorias. Siempre ha funcionado así.

—Hace cuatro años, quizá —replicó Frank—. Pero ahora las cosas son diferentes. La industria está saturada, las ventas físicas han caído, y tu prolongada ausencia ha creado tanto expectación como escepticismo. Necesitamos una estrategia sólida.

—¿Y esa «estrategia sólida» no puede discutirse por teléfono? —preguntó Dante, aunque ya intuía la respuesta.

—Necesito que vengas a Londres, Dante.

Y ahí estaba. La petición que había estado evitando desde que volvió a escribir.

—Frank, sabes que no me gusta salir...

—Sí, lo sé —le interrumpió su editor—. Siempre dices lo mismo. Pero no te pido que vengas un mes, solo un par de días. Tenemos mucho que discutir, hay personas clave que quieren conocerte, y francamente, creo que te vendría bien salir de esa cueva tuya durante un rato. Además, ¿hace cuánto que no nos tomamos una cerveza juntos?

Dante permaneció en silencio, sopesando opciones. La verdad era que el manuscrito estaba prácticamente terminado. Era normal empezar a hablar del lanzamiento. Y una parte de él reconocía que un cambio de aires no le vendría mal. Hacía años que no viajaba a Londres. Ni siquiera para ir a ver a su hermano.

—¿Solo un par de días? —preguntó.

Casi pudo escuchar la sonrisa triunfal de Frank al otro lado de la línea.

—Solo un par de días. Te prometo que estarás de vuelta en tu santuario antes de que te dé tiempo a echar de menos el olor a humedad de la mansión.

—La mansión no huele a humedad —rebatió Dante con el ceño fruncido.

—Si tú lo dices —dijo Frank con mordacidad—. Aunque cualquier día te levantas y te encuentras un rincón lleno de champiñones.

—Oh, por favor.

—Entonces qué, ¿vienes un par de días? —insistió Frank.

Dante suspiró. Sabía reconocer una batalla perdida cuando la veía.

—Está bien. ¿Cuándo?

—¿Te parece bien pasado mañana? —preguntó Frank con una rapidez que delataba que ya lo tenía todo planeado—. El jueves

tenemos reunión con el departamento de marketing por la mañana, y por la tarde con el equipo de diseño para la portada.

Dante gruñó para sus adentros. Dos días de reuniones, sonrisas forzadas y charla insustancial sobre «posicionamiento de marca» y «alcance digital». Un puto coñazo.

—De acuerdo —accedió finalmente—. Estaré allí el jueves a primera hora. Pero me reservo el derecho a salir corriendo si alguien menciona las palabras «presencia en redes sociales».

Frank rio, sabiendo que había ganado.

—Trato hecho. Te enviaré los detalles por email. Y Dante... —añadió, en un tono más serio— Gracias. De verdad que creo que esta novela es especial. Vas a volver por la puerta grande.

—Gracias, Frank.

Cuando colgó, Dante permaneció un momento contemplando el teléfono. Luego dirigió su mirada hacia la ventana, donde se divisaban los acantilados y, más allá, el mar infinito que tantas veces le había servido de inspiración.

Un viaje a Londres. Hacía tanto tiempo que no abandonaba la seguridad de la mansión para adentrarse en el caos de la ciudad, que la idea le resultaba casi exótica. ¿Dónde se hospedaría? Los hoteles estaban descartados; odiaba la impersonalidad de las habitaciones, el constante ir y venir de extraños.

La respuesta llegó sola: Óscar.

Su hermano tenía aquel espacioso apartamento en Notting Hill, y siempre había una habitación disponible para él, aunque rara vez la utilizara. Sí, esa era la solución. Llamaría a Óscar más tarde para avisarle.

Se levantó de su escritorio. Necesitaba estirar las piernas después de estar horas sentado.

La casa estaba inusualmente silenciosa. Thomas había salido a hacer algunas compras para el jardín, y Natalie...

Natalie.

El pensamiento le hizo detenerse a mitad del pasillo. Tendría que informarle de que se iba a Londres. No es que tuviera que rendirle cuentas, por supuesto, pero lo correcto era hacerlo.

Sin embargo, la idea de decirle que se ausentaría un par de días le generaba una inquietud extraña en la boca del estómago. Como si, de algún modo, estuviera incumpliendo un pacto tácito entre ambos.

«Estás exagerando —se reprendió mentalmente—. Es un viaje de negocios, no una fuga. Volverás dentro de 48 horas.»

Aun así, decidió buscarla para comunicárselo personalmente. No porque sintiera que se lo debía, se dijo a sí mismo, sino por simple cortesía.

La encontró en la biblioteca, sentada en uno de los sillones, al lado de la ventana, con Kora dormida en su regazo. Sostenía un libro entre las manos, pero su mirada estaba perdida en el horizonte, como si los pensamientos la hubieran transportado lejos de las páginas.

Algo en aquella imagen (la luz dorada de media tarde bañando su perfil, la expresión ensimismada, la quietud protectora con que sostenía a la niña) le provocó esbozar una débil sonrisa.

Carraspeó suavemente para anunciar su presencia.

Natalie dio un pequeño respingo y giró la cabeza. Al verlo, sus labios se curvaron también en una sonrisa.

—Dante —murmuró, con voz baja para no despertar a Kora—. No te he oído entrar.

—No quería sobresaltarte —se excusó él, adentrándose unos pasos en la estancia—. Parecías... muy concentrada.

Natalie cerró el libro, marcando la página con un dedo.

—Solo dejaba volar la imaginación —respondió con una ligereza que sonaba forzada—. A veces es la mejor forma de leer, ¿no crees?

Dante asintió, notando que algo no encajaba en su actitud. Durante los últimos días, había percibido un cambio en ella. Una tensión subyacente, una especie de alerta constante, como si estuviera perpetuamente vigilante. Incluso en ese momento, mientras conversaban, sus ojos hacían pequeños barridos periféricos, comprobando puertas y ventanas.

—¿Va todo bien? —preguntó, acercándose unos pasos más.

Natalie apretó inconscientemente a Kora contra su pecho.

—Sí —respondió demasiado rápido—. ¿Por qué no habría de estarlo?

Dante la estudió unos segundos. Había aprendido a reconocer cuándo alguien mentía; era parte esencial de su oficio como escritor, esa capacidad para detectar las pequeñas inconsistencias en el lenguaje corporal, las microexpresiones que tanto revelaban. Y Natalie, definitivamente, no estaba siendo sincera. No todo estaba bien, pero también sabía que era normal después de los últimos acontecimientos. Se estaba haciendo la fuerte para no preocuparlos.

—Claro —dijo al fin. Decidió ir al grano—, venía a comentarte que voy a ausentarme un par de días. Asuntos editoriales en Londres.

Algo se encendió en la mirada azul de Natalie. ¿Interés? ¿Alarma? ¿Alivio? Fue imposible descifrarlo antes de que ella lo enmascarara bajo una expresión de interés cordial.

—Oh —dijo simplemente—. Entiendo. ¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana. Volveré el viernes por la tarde, a más tardar el sábado por la mañana.

Natalie asintió lentamente, como procesando la información.

—¿Es por la novela? —preguntó, y había una nota de verdadero interés en su voz—. ¿Va todo bien?

—Sorprendentemente, sí —admitió Dante—. Mi editor está bastante satisfecho con ella. El viaje es para discutir... cuestiones de marketing —pronunció las últimas palabras con el mismo entusiasmo que habría mostrado al hablar de una visita al dentista. Lo que provocó una sonrisa real en Natalie.

—No pareces muy emocionado.

—Preferiría una sesión de tortura medieval —confirmó él, permitiéndose también una pequeña sonrisa—. Al menos esos martirios tenían un componente de honestidad brutal. El marketing es puro engaño consensuado.

Natalie dejó escapar una risilla. Un sonido dulce que pareció sorprenderla a ella misma. Kora se removió en su regazo debido a la vibración, y Natalie inmediatamente volvió a mecerla con suavidad.

—Siento que tengas que enfrentarte a eso —susurró.

—Es igual, son gajes del oficio —respondió Dante, observando con fascinación cómo la niña, sin despertar, buscaba instintivamente la proximidad de su madre.

Involuntariamente sus ojos se fijaron en Natalie. Eran tan guapa. El pelo negro, los ojos azules, los rasgos suaves…

Le resultaba tan difícil resistirse, pero le había mentido, no había confiado en él, y él tenía tantas mierdas dentro…

Cuando fue consciente de que estaba mirándola, apartó la vista y carraspeó.

—Bueno —dijo, retrocediendo hacia la puerta—, solo quería que lo supieras. Thomas estará aquí, por supuesto, así que no habrá ningún problema con la casa y cualquier cosa que necesites… ya sabes.

Natalie asintió, sin mirarlo directamente. Apenas podía.

—Gracias por avisarme. Espero que te vaya bien en Londres.

Hubo algo en su tono, una nota de finalidad, que desconcertó a Dante. Como si le estuviera deseando un buen viaje a alguien que no esperaba volver a ver.

«Estás imaginando cosas —se dijo—. El aislamiento está afectando tu cerebro.»

Con un último asentimiento de cabeza, Dante abandonó la biblioteca, dejando a Natalie con su libro y sus pensamientos. Pensamientos que, por algún motivo, le dio la impresión que no quería compartir con él.

La noche anterior a su viaje, Dante estuvo despierto hasta tarde, intentando adelantar trabajo. No quería perder el ritmo creativo que había conseguido establecer, y sabía que dos días en Londres, rodeado de ruido y obligaciones sociales, serían más que suficientes para que perdiera la concentración.

Eran casi las tres de la madrugada cuando oyó un ruido en el pasillo. Pasos suaves, casi furtivos, que se detuvieron frente a su estudio para luego continuar hacia las escaleras.

Natalie.

Reconocería esos pasos ligeros en cualquier parte.

Dante tuvo que reprimir el impulso de salir del estudio. Le apetecía hablar con ella, tomarse un té a la luz tenue de la cocina. Le apetecía abrazarla, besarla. Le apetecía…

Joder, lo que le apetecía no estaba permitido para que lo escucharan menores de dieciocho años.

Pero se detuvo. Tenía la sensación de que Natalie estaba distante últimamente, de que había levantado barreras que antes no existían. Quizás porque él también las había levantado a raíz de lo de la falsa identidad.

Decidió respetar su espacio. Después de todo, ¿qué derecho tenía él de exigir proximidad? Su relación era... complicada. Indefinible, incluso. Ni pareja, ni amigos, ni conocidos, ni familia, pero de algún modo, quizás, todas esas cosas a la vez.

Ninguna y todas.

Qué raro era todo.

Con un suspiro, volvió a concentrarse en el manuscrito, intentando ignorar la sensación de que algo se le estaba escapando de las manos.

La mañana siguiente amaneció con un cielo azul y despejado, burlándose de su humor sombrío.

Dante terminó de guardar lo esencial en una pequeña maleta (ropa para dos días, un libro que probablemente no leería y el cargador del teléfono) y bajó al vestíbulo donde Thomas ya lo esperaba.

—El desayuno está servido, señor —anunció el jardinero, con aquella formalidad que nunca abandonaba del todo, a pesar de los años que llevaba trabajando para él.

—Gracias, Thomas. ¿Natalie y Kora ya están despiertas?

—Natalie está en la cocina, señor. La pequeña aún duerme, me parece.

Dante consultó su reloj de pulsera. Eran las siete en punto. Era temprano, pero necesitaba ponerse en marcha si quería evitar lo peor del tráfico de camino a Londres.

Se dirigió a la cocina, donde encontró a Natalie preparando lo que parecía ser una infusión. Llevaba el pelo recogido en una coleta desordenada y vestía un sencillo conjunto de vaqueros y jersey de lana blanco que, de algún modo, le hacía parecer más vulnerable de lo habitual.

—Buenos días —saludó, acercándose a la cafetera para servirse una taza de café—. No esperaba encontrarte despierta tan temprano.

Natalie le dirigió una mirada rápida por encima del hombro.

—No podía dormir —respondió simplemente—. ¿Ya te vas?

—En unos minutos —confirmó Dante, tomando asiento en la mesa de la cocina—. Quiero evitar el tráfico a la entrada de Londres.

Natalie asintió, sin añadir nada más. Parecía absorta en la preparación de su infusión, como si fuera una tarea que requiriera toda su concentración.

El silencio entre ellos, normalmente cómodo, ahora resultaba cargado de algo que Dante no lograba identificar. Una especie de tensión expectante.

—Natalie, ¿seguro que todo está bien? —le preguntó, incapaz de contener por más tiempo la sensación de que algo se le escapaba.

Natalie se volvió hacia él, con la taza humeante entre las manos. Sus ojos, normalmente expresivos, parecían velados por una determinación que Dante no había visto antes en ella.

—Todo está bien —respondió, y aquella vez su voz sonó firme, decidida—. Solo estoy un poco cansada.

Dante quiso insistir, pero en ese momento Thomas entró en la cocina.

—El coche está listo, señor. Y he comprobado el clima: parece que hará buen tiempo durante todo su trayecto.

—Gracias, Thomas —respondió Dante automáticamente, sin apartar la mirada de Natalie—. Iré en un momento.

Thomas, advirtiendo quizás la atmósfera tensa, asintió discretamente y volvió a salir, dejándolos solos.

—Bueno —dijo Natalie, forzando una sonrisa que no alcanzó sus ojos—, supongo que es la despedida. Que tengas un buen viaje.

Había algo tan definitivo en su tono que Dante sintió una punzada de alarma.

—Solo serán un par de días —respondió, intentando aligerar el ambiente—. No es como si me estuviera mudando a otro país.

La sonrisa de Natalie vaciló durante un instante.

—Lo sé, lo sé —dijo rápidamente—. Es solo mi forma de hablar.

Dante dudó un momento antes de añadir:

—Os voy a echar de menos estos días. A ti y a Kora.

Las palabras salieron con más sinceridad de la que pretendía, y por un segundo vio cómo la máscara de Natalie se resquebrajaba, revelando una fragilidad que le hizo contener el aliento.

No era ningún secreto que desde que Justin había aparecido en su vida de nuevo, desde que había ido a la casa a montar un escándalo, desde el incendio, Natalie no había vuelto a ser la misma. Dante era muy consciente de ello. Y era normal, por otro lado.

—Nosotras también a ti —respondió Natalie en un susurro, y por primera vez esa mañana, le sostuvo la mirada directamente—. Más de lo que imaginas.

Había algo en sus ojos azules, una mezcla de tristeza y resolución, que le resultó desconcertante. Como si estuviera preparándose para algo difícil, algo doloroso.

—Natalie… —comenzó, sin saber exactamente qué quería decir, pero sintiendo que debía decir algo.

Permanecieron unos segundos mirándose. En silencio.

Ella negó ligeramente con la cabeza, y entonces ocurrió algo inesperado. Dio un paso hacia él, acortando la poca distancia que había entre ambos hasta quedar a escasos centímetros.

Sus ojos se encontraron, y Dante pudo ver en ellos una batalla interna, un debate silencioso. Luego, muy lentamente, como si le costara un esfuerzo inmenso, Natalie se inclinó hacia él.

El tiempo pareció detenerse. Una parte de Dante, la más instintiva, la más honesta, quiso permanecer inmóvil, permitir que ocurriera lo que parecía inevitable. Pero otra parte, la racional, la que había construido muros a su alrededor durante años, la que recordaba perfectamente por qué esos muros existían, reaccionó casi sin pensar.

Se apartó. Con un movimiento sutil, apenas perceptible, girando ligeramente la cabeza como si hubiera oído algo en el pasillo, dando medio paso atrás con la excusa de recoger su taza.

El momento, si es que realmente había existido, se rompió como una pompa de jabón.

Natalie se enderezó, retrocediendo también, y una expresión de comprensión resignada cruzó su rostro.

—Lo siento —murmuró, aunque no quedaba claro por qué se disculpaba exactamente—. Yo no...

—No pasa nada —la interrumpió Dante, fingiendo no entender lo que casi había ocurrido—. Debería irme ya, el tráfico...

—Claro, claro —asintió Natalie rápidamente, volviendo a adoptar aquella sonrisa educada en sus labios—. No querrás hacer esperar a tu editor.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

—Volveré el viernes —dijo finalmente Dante, moviéndose hacia la puerta—. O el sábado a más tardar.

Natalie se limitó a asentir, y Dante tuvo la extraña sensación de que ella no creía realmente en aquella promesa de retorno. Como si, en su mente, ya se hubiera despedido definitivamente.

Sin saber qué más decir, cómo arreglar algo que ni siquiera sabía si estaba roto, Dante salió de la cocina.

Thomas lo esperaba en el vestíbulo con su abrigo y su maleta. Con su habitual profesionalidad, le ayudó a ponérselo y le entregó las llaves del coche.

—Le deseo un buen viaje, señor —dijo Thomas, con una leve inclinación de cabeza—. Y no se preocupe por nada aquí. Me aseguraré de que todo esté en orden cuando vuelva.

—Gracias, Thomas —respondió Dante, agradecido por la normalidad que el jardinero aportaba a la situación—. Te veré el viernes.

Al salir al porche, se sorprendió al ver que Natalie le había seguido. Estaba de pie en el umbral, con los brazos cruzados, como protegiéndose del frío que en realidad no hacía.

Durante un segundo, algo primitivo dentro de él le instó a volver, a tomar su rostro entre las manos, a decir todas las cosas que llevaba dentro. Pero el instante pasó, como todos los anteriores.

Con una última mirada, Dante descendió los escalones del porche y se dirigió a su Aston Martin rojo, aparcado en la entrada circular. Dejó el equipaje en el maletero y se acomodó detrás del volante.

Al arrancar el motor, echó de nuevo un vistazo hacia la mansión.

Natalie seguía ahí. Una figura inmóvil, de pie en el umbral, con una expresión indescifrable en el rostro. No levantó la mano para despedirse, no sonrió, no hizo ningún gesto. Simplemente lo observaba, como si quisiera grabar su imagen en su memoria.

Mientras Dante conducía por el camino hacia la salida, alejándose de la mansión, de Natalie, de esa extraña situación en la que estaban inmersos, no pudo evitar mirar por el retrovisor, viendo cómo su figura se hacía cada vez más pequeña, hasta finalmente desaparecer cuando el camino giró entre los árboles.

Una sensación inquietante se instaló en su pecho, como un presentimiento oscuro. La absurda certeza de que, de algún modo, acababa de cometer un error irreparable. De que había dejado escapar algo valioso, algo que quizás no volvería a encontrar.

«Es solo un viaje de trabajo —se recordó a sí mismo, apretando el volante con fuerza—. Volverás dentro de dos días y todo seguirá igual.»

Pero mientras el Aston Martin devoraba kilómetros en dirección a Londres, Dante no podía sacudirse la sensación de que nada volvería a ser igual. Aunque no sabía por qué.

Desde el porche, Natalie observó cómo el lujoso coche desaparecía tras la curva del camino, llevándose consigo a Dante, dejando tras de sí solo el eco de un motor potente y el recuerdo de un momento que podría haber sido y no fue.

Permaneció inmóvil un minuto más, de pie, con la vista fija en el punto donde el vehículo había desaparecido, como si esperara verlo regresar de pronto, como si una parte de ella aún albergara la

esperanza absurda de que Dante diera media vuelta, volviera a la mansión y... ¿y qué? Ni siquiera sabía qué esperaba exactamente.

Se mordió el labio de abajo.

Un nudo se formó en su garganta, y sentía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar. No era tristeza, no exactamente. Era algo más complejo: la certeza de que había llegado al final de algo que nunca tuvo realmente un comienzo.

«Es mejor así —se dijo, obligándose a dar media vuelta y a entrar en la casa—. Es mejor terminar algo que nunca empezó que arriesgarse a que acabe en desastre.»

En el vestíbulo, Thomas regaba algunas de las plantas de interior distribuidas por él. Al verla entrar, levantó la vista con una sonrisa amable.

—El desayuno se está enfriando —comentó.

Natalie intentó corresponder a su sonrisa, pero solo consiguió una mueca tensa.

—La verdad es que no tengo mucho apetito —dijo—. Creo que voy a ir a ver si Kora ya está despierta.

Thomas la estudió con aquella mirada perspicaz que parecía verlo todo.

—Como quieras —respondió.

Natalie dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras, sintiendo el peso de la decisión que había tomado en cada escalón. Una decisión que ahora, con la partida de Dante, se hacía definitiva.

Al llegar a la habitación, se detuvo un momento en el umbral, observando a la niña que aún dormía plácidamente en su cuna. Tan pequeña, tan inocente, tan ajena a los peligros que acechaban a su alrededor. Ajena a su padre biológico, obsesionado y peligroso. Ajena a ese otro hombre que, sin ser nada suyo en términos legales,

se había convertido en una presencia constante en su vida. Una presencia de la que ahora debían alejarse.

«Es lo mejor para todos —se repitió Natalie, acercándose a la cuna para acariciar suavemente los rizos de Kora—. Para ella, para mí... incluso para Dante.»

Con determinación, aunque con el corazón pesado, Natalie comenzó a preparar mentalmente los últimos detalles de su plan. Ya tenía casi todo listo: dinero suficiente para unas semanas, los documentos esenciales, y ropa para ambas. Lo demás, tendría que dejarlo atrás.

Había localizado un pequeño pueblo en el norte, lo bastante remoto para pasar desapercibidas, pero con las comodidades básicas. Un lugar donde Justin no las encontraría (o eso esperaba). Donde podrían empezar de nuevo, otra vez.

Mientras Kora comenzaba a despertarse, estirándose y bostezando como un pequeño gato, Natalie se inclinó y besó su frente con infinita ternura.

—Nos vamos de viaje, pequeña —susurró, con una sonrisa que intentaba ocultar la tristeza que sentía en el fondo del pecho—. Tú y yo. Una nueva aventura.

Kora abrió sus ojos azules, aún somnolientos, y sonrió al reconocer a su madre. Una sonrisa pura, confiada, que hizo que la determinación de Natalie flaqueara durante un instante.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿No estaría quitándole a Kora la oportunidad de crecer en un entorno estable, con personas que claramente la querían?

Pero entonces recordó la figura oscura observándolas desde los acantilados, los mensajes amenazantes, el incendio.

No, no tenía elección.

La seguridad de Kora estaba por encima de todo.

Incluso por encima de ese sentimiento incómodo y persistente que se había instalado en su pecho desde que había visto el coche de Dante desaparecer por el camino. Ese sentimiento que reconocía como una mezcla de anhelo y arrepentimiento.

Arrepentimiento por lo que pudo ser y no fue. Por no haberle contado la verdad desde el principio. Por ese momento en la cocina, cuando había estado a punto de cruzar de nuevo una línea que ambos habían respetado escrupulosamente. Por la forma en que él se había apartado, confirmando lo que ella ya sabía: que entre ellos no había futuro, solo un presente precario y frágil construido sobre secretos y medias verdades.

«Es mejor así —se dijo una vez más, mientras tomaba a Kora en brazos y la mecía suavemente—. Es el fin de algo que nunca debió comenzar.»

Pero mientras se dirigía al baño para asear a la niña, preparándose para un día que marcaría el inicio de otra huida, de otra vida, de otro comienzo, no pudo evitar lanzar una última mirada hacia la ventana, hacia el camino ahora vacío, hacia la dirección en la que Dante se había marchado.

Y por un instante, solo un instante, permitió que su corazón reconociera lo que su mente se negaba a admitir: que ese fin dolía mucho más de lo que debería. De lo que le gustaría. Que ese «algo» que nunca había comenzado realmente, de algún modo, había echado raíces profundas en ella.

Raíces que ahora tendría que arrancar, una por una, para poder seguir adelante.

CAPÍTULO 42

El imponente edificio de Harrods Publishers se alzaba como un monolito de cristal y acero en pleno corazón financiero de Londres. Dante lo observó a través de la ventanilla de su Aston Martin con una mezcla de familiaridad y extrañeza. Hacía casi cuatro años que no pisaba aquel lugar y, sin embargo, parecía que el tiempo no hubiera pasado.

Estacionó en el parking de la editorial y salió del coche, enfrentándose al bullicio de la ciudad. El contraste con la tranquilidad de su mansión junto a los acantilados era tan brutal que por un momento se sintió desorientado. Ruido, prisas, rostros anónimos moviéndose como autómatas hacia sus destinos…

«¿Cómo pude vivir aquí durante tanto tiempo? —pensó mientras atravesaba las puertas giratorias del edificio.

La recepcionista, una chica de unos veinticinco años que no lo reconoció, levantó la vista de su ordenador con una sonrisa profesional.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Dante Eastwood. Tengo una cita con Frank Harrison.

El efecto de su nombre fue inmediato. La sonrisa cordial pero distante de la chica se transformó en una expresión de auténtica sorpresa seguida de un entusiasmo apenas contenido.

—¡Señor Eastwood! Por supuesto, el señor Harrison lo está esperando. Su despacho está en el piso 15. ¿Desea que lo acompañe?

—No es necesario, gracias —respondió Dante con una sonrisa educada—. Conozco el camino.

Mientras esperaba el ascensor, no pudo evitar fijarse en cómo varios empleados lo miraban de reojo, cuchicheando entre ellos. La incomodidad al ver que había sido reconocido, al ser objeto de especulaciones, era una de las muchas razones por las que había decidido recluirse en su mansión.

El ascensor llegó con un suave timbre y Dante se adentró en el cubículo de metal, agradeciendo el momento de soledad. Pero su mente, lejos de encontrar paz, volvió inmediatamente al último recuerdo que tenía de Natalie. Su rostro cuando se inclinó hacia él en la cocina. Esos ojos que parecían querer decirle algo importante. El modo en que él, casi por instinto, se había apartado...

«¿Cómo he sido tan idiota?», se preguntó, pasándose una mano por el pelo con frustración.

El ascensor se detuvo en el piso 15 y las puertas se abrieron con un siseo metálico. Al otro lado, como si hubiera estado esperando su llegada con la precisión de un reloj suizo, estaba Frank Harrison.

—¡El hombre del momento! —exclamó el editor, extendiendo los brazos en un gesto teatral—. El ermitaño sale de su cueva y nos honra con su presencia.

A pesar de su humor sombrío, Dante no pudo evitar sonreír. Frank (casi) siempre lo conseguía. Era imposible mantenerse serio ante su teatralidad.

—Frank —lo saludó con un suspiro—. Tan dramático como siempre.

Se estrecharon la mano con firmeza, en ese gesto que era más propio de los viejos amigos que de una relación puramente profesional.

—Y tú tan arisco como siempre —replicó Frank, dándole una palmada en el hombro—. Aunque debo admitir que tienes mejor aspecto que la última vez que te vi. Parece que el aire del mar te sienta bien.

—O tal vez sea por no tener que soportar a editores pesados todos los días —contraatacó Dante, aunque no había verdadero fastidio en su voz.

Frank soltó una carcajada y lo guio por el pasillo hacia su despacho.

—Cuatro años sin vernos y sigues igual de encantador. Me alegra que algunas cosas no cambien.

El despacho de Frank era exactamente como Dante lo recordaba. No había cambiado nada. Una mezcla caótica de modernidad y tradición. Estanterías repletas de libros enmarcando ventanales que ofrecían una vista panorámica del Támesis. Una mesa de cristal y acero cubierta de manuscritos, tazas de café a medio terminar y post-its de colores. Y, presidiendo todo, una enorme pizarra blanca donde el editor garabateaba ideas, fechas y nombres de autores.

—Siéntate, siéntate —le indicó Frank, señalando un sofá de cuero en la esquina de la habitación—. ¿Café? ¿Té? ¿Algo más fuerte?

—Café estará bien —respondió Dante, acomodándose en el sofá, mientras observaba cómo Frank activaba una cafetera con aspecto futurista.

—He de decir que estoy impresionado —comenzó el editor mientras la máquina ronroneaba—. Cuando me enviaste los primeros capítulos, esperaba encontrar... bueno, para ser sincero, esperaba

encontrar algo mediocre. El típico intento forzado de quien ha perdido la chispa, pero se niega a admitirlo.

Dante arqueó una ceja.

—Tu confianza en mí siempre ha sido conmovedora.

—No me malinterpretes —se apresuró a aclarar Frank, entregándole una taza humeante—. Sabes que siempre he creído en tu talento. Joder, eres el tío más brillante de la literatura de este siglo —matizó—. Pero cuatro años es mucho tiempo, Dante. He visto a muchos grandes autores desaparecer en periodos más cortos.

Dante no pudo por menos que reconocer la verdad en sus palabras. Tenía razón. El mundo literario estaba lleno de brillantes cometas que habían ardido intensamente para luego extinguirse sin dejar rastro.

—Pero esto... —continuó Frank, señalando una pila de hojas que Dante reconoció como la impresión de su manuscrito—, esto es diferente. Hay una energía en estas páginas que no había en tus obras anteriores. Una vulnerabilidad, si se me permite la palabra, que hace que la historia resulte mucho más... humana.

Dante tomó un sorbo de café, sin saber muy bien cómo responder. No era dado a hablar sobre su proceso creativo, y mucho menos a analizar las emociones que volcaba en sus personajes.

—Es solo una historia, Frank —dijo finalmente, con un encogimiento de hombros que pretendía restar importancia al asunto —. Personajes ficticios en situaciones ficticias.

Frank lo miró con esa expresión que reservaba para cuando detectaba una mentira evidente.

—¿En serio? —preguntó con sarcasmo—. ¿Me vas a decir que la misteriosa mujer que aparece en la vida del protagonista, esa que oculta su pasado y parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros, es completamente ficticia?

Dante se tensó imperceptiblemente.

—Todos mis personajes tienen algo de realidad y mucho de invención —respondió con cautela—. Es parte del oficio.

Frank dejó escapar una risita.

—Claro, claro. Y supongo que el hecho de que hayas creado al personaje femenino más complejo, fascinante y tridimensional de toda tu carrera justo después de recluirte durante meses en tu mansión es pura coincidencia.

Dante comenzaba a arrepentirse de haber aceptado aquella reunión.

—¿Podemos centrarnos en lo importante? —preguntó, intentando desviar la conversación—. Mencionaste algo sobre la portada...

—Ah, sí, la portada. —Frank pareció captar la indirecta y cambió de tema, aunque su sonrisa indicaba que no había olvidado el asunto—. Tenemos varias ideas que creo que te van a gustar. Y también quería discutir contigo algunas estrategias para el lanzamiento. Después de tanto tiempo, tu regreso tiene que ser algo especial.

La conversación derivó hacia aspectos más técnicos y profesionales, algo que Dante agradeció. Hablaron de fechas, de presupuestos, de diseños preliminares para la portada. Frank le mostró algunos bocetos que el departamento artístico había preparado, ninguno de los cuales le convenció completamente, aunque se abstuvo de mostrar demasiado desagrado.

Mientras discutían sobre tipografías y composiciones, Dante se encontró divagando. Su mente volvía una y otra vez a la imagen de Natalie en el porche, observándolo irse. Había algo en su expresión, una mezcla de resignación y determinación, que no lograba sacarse de la cabeza.

—... lo que nos lleva de nuevo a la protagonista. —La voz de Frank lo transportó de vuelta al presente—. Tengo que insistir en que es un personaje que va a dar mucho que hablar. Tiene todas

esas capas, esa complejidad… No es la típica heroína trágica ni la damisela en apuros. Es... real. Con sus contradicciones, sus secretos, su fuerza y sus debilidades.

Dante asintió distraídamente.

—Me alegra que te guste —murmuró.

—No me gusta, Dante. Me fascina. Y creo que va a fascinar a los lectores también. —Frank lo estudió con atención—. De hecho, estoy bastante seguro de que el personaje está inspirado en alguien real. Alguien que ha tenido un impacto significativo en ti.

Dante mantuvo el rostro impasible, aunque sentía cómo se le aceleraba el pulso.

—Como te he dicho, todos mis personajes tienen algo de realidad.

Frank dejó escapar un suspiro exasperado.

—Está bien, no insistiré. Al menos por ahora. —Hizo una pausa, cambiando a un tono más serio—. Pero sea quien sea la persona que ha inspirado a esta protagonista, deberías agradecérselo. Ha conseguido lo que ninguno de nosotros ni tus millones de fans hemos logrado en años: que volvieras a escribir con pasión.

Dante no respondió. ¿Qué podría decir? ¿Que Natalie había entrado en su vida como un torbellino, desbaratando la tranquila monotonía en la que se había instalado? ¿Que cada página de su novela estaba impregnada de ella, de sus gestos, de sus silencios, de vulnerabilidad mezclada con una determinación férrea?

La reunión continuó durante un par de horas más, discutiendo aspectos técnicos y logísticos del lanzamiento. Cuando finalmente terminaron, Dante se sentía mentalmente agotado. Las conversaciones prolongadas siempre le resultaban extenuantes, especialmente cuando tenía que fingir que su mente no estaba a kilómetros de distancia, en una mansión junto al mar, preguntándose qué estaría haciendo Natalie en ese momento.

—Ha sido productivo —dijo Frank mientras lo acompañaba al ascensor—. Mañana continuaremos con el departamento de marketing. Y por favor, intenta no mostrar esa expresión de sufrimiento cuando te hablen de redes sociales. Los asustas demasiado y luego no rinden bien —bromeó.

Dante esbozó una sonrisa cansada.

—Haré mi mejor esfuerzo por no parecer un escritor torturado —dijo.

Frank le dio una última palmada en el hombro.

—Y piensa en lo que te he dicho. Sobre la protagonista.

Dante asintió sin comprometerse y entró en el ascensor. Mientras las puertas se cerraban, vio a Frank haciéndole un gesto de despedida, con esa expresión en el rostro entre divertida y preocupada que siempre ponía cuando intuía que Dante estaba ocultando algo importante.

El apartamento de Óscar se encontraba en una de las zonas más exclusivas de Notting Hill. Un ático dúplex con vistas panorámicas, decorado con ese minimalismo de alto standing que solo aquellos con mucho dinero y poco tiempo para disfrutarlo podían permitirse.

Dante dejó su maleta en el vestíbulo y recorrió el salón principal, admirando los cambios que su hermano había hecho desde su última visita. Nuevas obras de arte contemporáneo, muebles de diseño italiano, una cocina que parecía sacada de un programa de televisión futurista.

—¿Dante? —la voz de Óscar resonó desde la escalera de caracol que llevaba al nivel superior—. ¡Creía que llegarías más tarde!

Dante se giró para ver a su hermano pequeño descendiendo los escalones con su habitual energía desbordante. Si Dante era la personificación de la introspección taciturna, Óscar era su antítesis: extrovertido, sociable, siempre en movimiento.

—La reunión con Frank ha terminado antes de lo previsto —explicó Dante mientras Óscar se acercaba para darle un efusivo abrazo.

—¿Y cómo está el viejo zorro? —preguntó Óscar, separándose para estudiarlo con ojo crítico—. Tienes aspecto de necesitar una copa. ¿Bourbon?

Sin esperar respuesta, Óscar se dirigió a un elegante mueble bar y comenzó a servir dos generosas dosis de licor ámbar.

—Frank está igual que siempre —respondió Dante, aceptando el vaso que su hermano le ofrecía—. Entrometido, perspicaz y demasiado entusiasta para mi gusto.

Óscar soltó una carcajada.

—En otras palabras, está haciendo su trabajo —comentó, alzando su vaso en un brindis silencioso antes de tomar un sorbo—. Y hablando de trabajo, ¿cómo va tu nueva novela? ¿Por fin has roto tu huelga literaria?

Dante se acomodó en uno de los sofás, sintiendo cómo el bourbon calentaba su garganta.

—No era una huelga —puntualizó—. Era un bloqueo. Y sí, la novela va bien. Sorprendentemente bien, de hecho.

Óscar arqueó una ceja con expresión escéptica.

—¿En serio? Porque la última vez que hablamos sobre tu bloqueo creativo, estabas convencido de que nunca volverías a escribir una palabra decente.

—Las circunstancias cambian —respondió Dante, encogiéndose de hombros.

—Hablando de cambios… —Óscar se inclinó hacia delante, con esa expresión que Dante conocía demasiado bien, la que indicaba que estaba a punto de meter las narices en terreno personal—, Thomas me comentó que las cosas entre tú y Natalie van bien…

Dante lanzó una mirada acusadora a su hermano.

—¿Thomas te lo ha contado? ¿O lo interrogaste hasta que te dio todos los detalles?

Óscar fingió indignación.

—¿Acaso crees que lo torturé?

—De ti no me extrañaría.

—¡Me ofendes! Thomas simplemente mencionó que las cosas iban bien entre vosotros. El resto lo deduje yo solito, como el brillante abogado que soy.

—Brillante abogado y cotilla profesional —murmuró Dante.

—Entonces, ¿vas a contarme qué hay entre vosotros? —insistió Óscar—. ¿O tendré que sonsacártelo durante la cena?

Dante suspiró. Conocía a su hermano lo suficiente como para saber que no cejaría en su empeño hasta obtener la información que quería. Sabía lo pesado que podía llegar a ser. Además, una parte de él, una que no quería reconocer abiertamente, deseaba hablar de Natalie, compartir con alguien la confusión que sentía.

Dante suspiró, dándose cuenta de que no tenía sentido evadir el tema. Su hermano era como un sabueso: una vez que detectaba algo fuera de lo normal, no pararía hasta llegar al fondo.

—Iba bien, pero… se acabó

Óscar frunció el ceño.

—¿Se acabó? Vaya, eso suena prometedor. ¿Qué ha pasado? Y no me digas que nada, porque te conozco demasiado bien.

—Natalie... no es quien yo creía, Óscar —respondió finalmente.

Óscar lo miró expectante.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Dante tomó un largo trago de bourbon antes de responder.

—Su nombre real es Alice. Cambió su identidad para escapar de su ex, el padre de Kora. Un cabrón violento que la maltrataba.

Óscar parpadeó varias veces seguidas, visiblemente sorprendido.

—¿Alice? Espera, ¿me estás diciendo que ha estado usando un nombre falso todo este tiempo?

—Exactamente —confirmó Dante—. Y no solo eso. Toda su historia, su pasado... gran parte era una elaborada mentira para proteger su verdadera identidad.

Óscar dejó su vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—¡Joder! —exclamó, visiblemente impactado—. No tenía ni idea. Cuando la contraté para ti, parecía tan... auténtica.

—Lo es —se apresuró a aclarar Dante, sorprendiéndose a sí mismo con la rapidez con que salió en defensa de Natalie—. Es decir, su personalidad, su forma de ser con Kora, conmigo... eso es real. Ella es así. Solo ocultó su pasado, su nombre.

Óscar se pasó una mano por el pelo, procesando la información.

—Y me imagino que cuando lo descubriste, no reaccionaste precisamente bien —aventuró, mirando a Dante con esa astucia que siempre lo caracterizaba.

Dante desvió la mirada, incómodo.

—Tomé cierta distancia —admitió—. Necesitaba... asimilarlo.

—¿Distancia? —repitió Óscar, entrecerrando los ojos—. Define «distancia».

Dante se movió en el sofá, incómodo.

—Puede que haya estado algo frío con ella. Distante. Evitándola en cierta medida.

Óscar dejó escapar un resoplido.

—Por el amor de Dios, Dante —dijo, con una mezcla de incredulidad y exasperación—. ¿Cómo has podido alejarte por eso? Lo hizo por una causa de fuerza mayor. ¿No te das cuenta?

—No es tan sencillo como parece —se defendió Dante—. Me mintió, Óscar. Durante semanas. Construyó una relación conmigo basada en una identidad falsa. Y lo peor es que no confió en mí para contármelo.

—Lo hizo para protegerse del hijo de puta de su ex —replicó Óscar, alzando la voz—. Para mantener a salvo a su hija. Por favor, Dante, no me digas que eres incapaz de entender algo tan básico.

Óscar se levantó y se dirigió a la cocina. Dante lo siguió con la mirada, reconociendo los gestos que indicaban que su hermano estaba enfadado: la forma en que apretaba la mandíbula, la expresión seria de su rostro, cómo sus movimientos se volvían más bruscos, más rápidos.

—Sé que suena mal cuando lo dices así —dijo Dante, intentando defenderse—. Pero ponte en mi lugar. Creí que la conocía, confié en ella, y descubro que me ha estado ocultando algo tan importante como su verdadera identidad, su verdadero nombre.

Óscar comenzó a preparar la cena, sacando los ingredientes de la nevera con brusquedad.

—Te aseguro que me pongo en tu lugar —respondió, sin mirarlo —. Y sigo sin entenderlo. A menos que esto tenga más que ver con Catherine que con Natalie.

El nombre cayó como una bomba en medio de la conversación. Dante sintió cómo se tensaba automáticamente.

—Esto no tiene nada que ver con Catherine —dijo, con una frialdad que desmentía sus palabras.

Óscar se volvió hacia él, con una expresión que mezclaba incredulidad y compasión.

—¿En serio vas a ir por ahí? —preguntó—. ¿Me vas a decir que el hecho de que tu ex te engañara con tu mejor amigo y toda la mierda que pasó después no tiene absolutamente nada que ver con tu incapacidad para confiar en Natalie? ¿Una mujer que, por cierto, tenía motivos perfectamente válidos para ocultar su identidad?

Dante guardó silencio, removiendo el líquido ámbar en su vaso.

La verdad era que sí, Catherine tenía mucho que ver. La traición que había sentido entonces, el modo en que su mundo se había desmoronado de la noche a la mañana, había dejado cicatrices profundas en él. Cicatrices que creía haber superado, pero que evidentemente seguían ahí, palpitantes bajo la superficie.

—Vale, quizás tenga algo que ver —admitió finalmente—. Desde lo que pasó con Catherine, me cuesta... confiar. En cualquier mujer.

Óscar asintió, como si por fin hubieran llegado al meollo del asunto.

—Lo sé, hermano —dijo, en un tono más suave—. Lo que Catherine te hizo fue una mierda monumental. Una putada. Pero Natalie no es Catherine. Ni de lejos.

Óscar comenzó a preparar un risotto, moviendo los ingredientes en la sartén con habilidad, como si hubiera descubierto en la cocina una forma de terapia.

—Mira, Dante —continuó—, cuando contraté a Natalie para que trabajara para ti, vi algo en ella. Una fuerza, una dignidad a pesar de las circunstancias. No sabía nada de su pasado, por supuesto, pero

intuí que era una buena persona. Y por lo que me has contado durante estos meses, no me equivocaba.

Dante asintió lentamente. Tenía que reconocer que su hermano, a pesar de su dramatismo habitual, estaba siendo sorprendentemente lúcido y sensato en aquel asunto.

—Esta mañana —tomó de nuevo la palabra—, antes de irme, hubo un momento...

Óscar alzó el rostro y lo miró expectante, con la cuchara de madera a medio camino de la sartén.

—¿Un momento? —repitió.

—En la cocina. Estábamos despidiéndonos y ella... creo que iba a besarme. —Dante se sintió ridículo, como un adolescente, al pronunciar esas palabras—. Y yo me aparté.

Óscar dejó caer la cuchara con un ruido estrepitoso.

—¡¿Que hiciste QUÉ?! —exclamó, horrorizado—. ¡Por todos los demonios, Dante! ¿Me estás diciendo que una mujer guapa, inteligente y valiente intenta besarte y tú te apartas como un adolescente asustado? ¿En qué cojones estabas pensando?

—¡No lo sé! —admitió Dante, sorprendiéndose a sí mismo con la vehemencia de su respuesta—. Fue instintivo. Me entró... pánico.

Óscar lo miró como si acabara de confesarle que creía que la Tierra era plana.

—Pánico —repitió—. Dante Eastwood, el escritor best seller internacional, que vende millones de libros en todo el mundo, entró en pánico cuando una mujer intentó besarlo.

Joder, dicho así, sonaba patético. Y probablemente lo era.

—No van por ahí los tiros, Óscar, Natalie y yo ya nos hemos acostado —matizó.

Óscar negó con la cabeza.

—Mejor me lo pones.

Dante chasqueó la lengua.

—Es complicado, ¿recuerdas? —murmuró.

Óscar dejó escapar un suspiro de exasperación, volviendo su atención al risotto. No quería que por culpa de Dante se le quemara.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que vives demasiado en tu cabeza. Analizas tanto cada situación, cada posibilidad, cada potencial desastre, que te paralizas. Y mientras tanto, la vida pasa.

Dante no respondió. En el fondo, sabía que su hermano tenía razón. Siempre había sido así: el analítico, el cauteloso, el que preveía todos los escenarios posibles y, generalmente, se preparaba para el peor. Y por culpa de todo lo que había pasado con Catherine, eso se había multiplicado por mil.

—Natalie no es Catherine —continuó Óscar, más calmado—. Y tú no eres el mismo hombre que eras hace cuatro años. Tanto Natalie como tú habéis sufrido, ambos tenéis cicatrices. Pero por lo que me has contado, también parece que hay algo ahí, algo especial que merece la pena. Y lo estás saboteando por miedo.

Dante levantó la mirada, y se encontró con los ojos sinceros de su hermano.

—¿Y si vuelvo a equivocarme? —preguntó, y la vulnerabilidad en su voz lo sorprendió incluso a él mismo—. ¿Y si todo vuelve a salir mal?

Óscar sonrió, una sonrisa sorprendentemente tierna viniendo de alguien que solía usar la ironía como escudo.

—¿Y si sale bien? —lanzó—. ¿Y si esta es tu oportunidad de ser realmente feliz? ¿Vas a dejarla escapar solo porque tienes miedo de sufrir?

Dante guardó silencio, dejando que las palabras de su hermano calaran en él. La imagen de Natalie en el porche, observándolo

marcharse, volvió a su mente. Había algo en su expresión, algo que no había sabido interpretar en ese momento, pero que ahora, con la distancia, comenzaba a entender. Una especie de resignación, de aceptación de un final que quizás no era inevitable.

—Espero que cuando vuelvas a tu cueva, le declares lo que sientes por ella —añadió Óscar, sirviendo el risotto en dos platos—. Deja de perder el tiempo, joder. La vida es demasiado corta para andar con rodeos.

Dante no pudo evitar sonreír ante la crudeza de su hermano.

—¿Desde cuándo eres experto en relaciones? La última vez que hablamos, jurabas que el amor era un montaje social diseñado para vender tarjetas de San Valentín.

Óscar soltó una carcajada.

—Sigo pensando que el día de San Valentín es una estafa comercial —aclaró, apuntándole con el tenedor—. Pero eso no significa que no crea en el amor. Solo soy selectivo respecto a cuándo y con quién lo experimento.

—Traducción: sigues siendo un solterón empedernido y tirándote a todo lo que se mueve —bromeó Dante.

—Prefiero el término «selectivamente disponible» —replicó Óscar, fingiendo dignidad—. Y no intentes cambiar de tema. Estábamos hablando de ti y de tu incapacidad para reconocer que estás enamorado de esa chica.

Dante casi se atragantó con el vino.

—Yo no he dicho que esté enamorado.

—No hace falta que lo digas —respondió Óscar con suficiencia y la misma calma que un Buda—. Está escrito en toda tu cara. Y probablemente en cada página de tu nueva novela.

Dante quiso protestar, negar la afirmación de su hermano, pero las palabras no salieron. Porque en el fondo, muy en el fondo, sabía

que había algo de verdad en ellas. Quizás más que «algo».

—Es una buena persona, Dante —continuó Óscar, con una seriedad poco habitual en él—. Una buena madre. Por lo que me has contado, ha sufrido mucho. Y a pesar de todo, ha seguido adelante, ha protegido a su hija, ha encontrado la fuerza para reconstruir su vida. Eso requiere un tipo de valentía que pocos tienen.

Dante asintió lentamente con la cabeza.

—Lo sé.

—Entonces no la dejes escapar —insistió Óscar—. No por miedo, no por orgullo, y por supuesto no por el fantasma de una relación que terminó hace cuatro años y de la peor manera posible. Catherine no merece que no seas feliz. Ella no lo dejaría de ser por ti.

La conversación derivó hacia otros temas menos personales mientras terminaban de cenar.

Óscar le contó cosas sobre sus últimos casos, sobre la posibilidad de ampliar el bufete y sobre la nueva afición que había desarrollado por la cocina italiana. Pero las palabras sobre Natalie seguían resonando en la mente de Dante, mezclándose con imágenes de ella: Natalie leyendo en la biblioteca, Natalie paseando por la playa con Kora, Natalie mirándolo desde el porche mientras él se alejaba en su coche.

Más tarde, cuando se metió en la habitación de invitados, Dante era incapaz de conciliar el sueño. Su cabeza repasaba una y otra vez los últimos meses, viendo cosas que antes había ignorado, reconociendo sentimientos que había intentado negar.

«No la dejes escapar», había dicho Óscar.

Como si fuera tan sencillo. Como si solo dependiera de él.

Pero mientras contemplaba el techo, con los sonidos amortiguados de la ciudad como telón de fondo al otro lado de la ventana, Dante no pudo evitar preguntarse si ya era demasiado

tarde. Si aquel momento en la cocina, aquel casi beso que no llegó a ser, había sido su última oportunidad.

La idea le produjo una angustia que no esperaba, un vacío en el pecho que le resultó alarmantemente familiar. El mismo vacío que había sentido años atrás, cuando otra mujer lo había traicionado.

Solo que esa vez era diferente. Esa vez, si Natalie se distanciaba, sería porque él mismo la había alejado.

CAPÍTULO 43

La última reunión con Frank se prolongó más de lo que Dante había esperado. Mientras observaba al editor gesticular animadamente frente a un grupo de trabajadores del departamento de marketing, no pudo evitar sentir cierta nostalgia por su mansión junto al acantilado. El silencio. La soledad. Y, paradójicamente, la presencia de Natalie y Kora.

Sonrió para sí.

—Entonces, ¿qué te parece? —La voz de Frank lo llevó de vuelta a la realidad.

Dante parpadeó, intentando recordar de qué demonios estaban hablando.

—Perdona, ¿podrías repetir la última parte?

Frank le lanzó una mirada que mezclaba diversión y exasperación a partes iguales. ¿Dónde tenía aquel hombre la cabeza?

—Estaba diciendo que podríamos organizar una serie de encuentros con lectores en librerías seleccionadas —dijo—. Nada multitudinario —añadió rápidamente, al ver la expresión horrorizada de Dante—. Eventos íntimos, con aforo limitado.

Dante contuvo un suspiro. La idea de enfrentarse a fans entusiastas, por muy «íntimo» que fuera el evento, seguía

provocándole una ansiedad casi física.

—Vamos a centrarnos primero en terminar el libro, ¿de acuerdo? —respondió, intentando que su tono sonara razonable y no como el de un hombre a punto de saltar por la ventana—. Después podemos discutir el tema de la promoción.

Frank cruzó una mirada cómplice con la responsable de marketing, una mujer de aspecto profesional que había estado tomando notas frenéticamente durante toda la reunión.

—Por supuesto —accedió, con ese tono que Dante conocía demasiado bien, el que indicaba que el tema no estaba ni remotamente cerrado, pero que por el momento lo dejaba pasar—. De todas formas, Janet y su equipo empezarán a trabajar en algunas propuestas. Para cuando estés listo.

Janet asintió con entusiasmo, y Dante tuvo la incómoda sensación de que aquella mujer ya estaba visualizando carteles con su cara por toda la ciudad. Reprimió un escalofrío.

La reunión continuó durante otra media hora, discutiendo detalles técnicos sobre plazos de entrega y aspectos contractuales. Para cuando finalmente concluyó, Dante sentía una tensión en los hombros que solo el pensamiento de su inminente regreso a casa conseguía aliviar.

—Ha sido productivo —dijo Frank mientras lo acompañaba por el pasillo hacia el ascensor—. Tengo un buen presentimiento sobre este libro, Dante. Va a ser especial.

Dante asintió, permitiéndose compartir parte de ese optimismo. A pesar de sus reticencias respecto a la promoción, él también sentía que aquella novela era diferente. Más personal. Más honesta.

—Solo espero no decepcionarte después de tanta espera —murmuró.

Frank se detuvo frente al ascensor y lo miró con esa intensidad que reservaba para sus momentos de seriedad absoluta.

—Nunca me has decepcionado como escritor, Dante —dijo—. Como persona eres un desastre asocial con la inteligencia emocional de un iceberg, pero como escritor... —Hizo una pausa dramática—, como escritor eres un maldito genio.

Dante no pudo evitar soltar una carcajada. Ese era Frank: brutalmente honesto incluso cuando te estaba haciendo un cumplido.

—Supongo que gracias... por la parte que me toca.

—De nada —respondió Frank con una sonrisa—. Y cuando vuelvas a casa, saluda a tu misteriosa musa de mi parte. La que definitivamente no ha inspirado a tu protagonista.

Antes de que Dante pudiera replicar, las puertas del ascensor se abrieron y Frank lo empujó suavemente hacia dentro.

—Estaremos en contacto —se despidió el editor mientras las puertas comenzaban a cerrarse—. ¡Y no olvides lo que te dije sobre las sesiones de firmas!

Lo último que vio Dante fue la sonrisa traviesa de Frank, como la de un niño que acaba de hacer una travesura, sabiendo que saldría impune.

El taxi lo dejó frente al edificio de Óscar poco después del mediodía. Pagó la carrera y entró en el vestíbulo, saludando con un gesto al portero que ya lo conocía de los días anteriores.

El ático de su hermano estaba inusualmente silencioso cuando entró. Normalmente, Óscar tenía algún podcast legal sonando de fondo, o música jazz, o el murmullo constante de llamadas telefónicas con clientes y colegas. Nunca paraba.

—¿Óscar? —llamó mientras dejaba las llaves en el cuenco de cerámica junto a la entrada.

No hubo respuesta inmediata. Dante avanzó por el pasillo hacia la cocina, donde encontró una nota garabateada con la letra caótica de su hermano:

«Estoy en una reunión de emergencia con un cliente.

Volveré para la hora de cenar. Hay café recién hecho.

No te vayas sin despedirte, capullo.

Óscar.»

Dante sonrió ante el tono gamberro de la nota. Típico de Óscar, incluso en una simple nota necesitaba incluir un insulto cariñoso.

Se sirvió una taza del café prometido y se dirigió hacia la terraza del apartamento, uno de sus lugares favoritos en Londres. Desde allí, la ciudad se extendía ante él como un laberinto de edificios antiguos y modernos entremezclados, con el Támesis serpenteando en la distancia como una cinta plateada.

Era una vista impresionante, radicalmente opuesta a los acantilados y al mar embravecido que contemplaba desde la ventana de su estudio. Y, sin embargo, se descubrió echando de menos su casa, no por la soledad que le proporcionaba, sino por quienes ahora vivían con él.

El sonido de la puerta principal abriéndose lo sacó de sus pensamientos. Escuchó la voz de Óscar saludando al aire, seguido del ruido de llaves cayendo en el cuenco de cerámica y pasos aproximándose.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó su hermano al encontrarlo en la terraza—. Por un momento temí que te hubieras marchado ya. Tú eres capaz de huir sin despedirte.

Dante arqueó una ceja.

—Dejaste específicamente una nota amenazante para que no lo hiciera.

—¿Y desde cuándo sigues mis instrucciones? —replicó Óscar con una sonrisa, uniéndose a él en la terraza—. ¿Qué tal la última reunión con el viejo Frank? —le preguntó.

Dante se encogió de hombros, dando un sorbo a su café.

—Como siempre. Entusiasmo desbordante, planes megalómanos de promoción que no pienso cumplir, y algún que otro comentario incisivo sobre mi vida personal.

Óscar soltó una risita.

—En otras palabras, Frank siendo Frank —comentó, mirándolo con curiosidad—. ¿Y tú cómo estás? ¿Has pensado en lo que hablamos anoche?

La pregunta, aunque la esperaba, provocó un nudo en el estómago de Dante. Por supuesto que había pensado en ello. Apenas había dormido dándole vueltas a cada palabra intercambiada con su hermano, a cada consejo sobre Natalie, a cada dolorosa verdad sobre sí mismo que Óscar había puesto sobre la mesa con esa franqueza brutal que lo caracterizaba.

—He pensado en ello —admitió finalmente.

—¿Y? —presionó Óscar, inclinándose hacia delante con expectación—. ¿Has llegado a alguna conclusión o sigues instalado en la fase de negación crónica que tan bien se te da?

Dante dejó escapar un sonoro suspiro.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan...?

—¿Brutalmente honesto? ¿Perspicaz? ¿Carismático? —sugirió Óscar con una sonrisa presumida esbozada en los labios.

—Iba a decir «irritantemente directo», pero supongo que esas definiciones también valen —respondió Dante.

Se hizo un silencio entre ellos.

Desde la terraza podían escucharse las sirenas distantes del tráfico londinense, el murmullo constante de la ciudad que nunca parecía descansar del todo.

—Voy a hablar con ella cuando vuelva —dijo Dante con firmeza, al cabo de unos segundos—. Voy a decirle lo que siento.

El rostro de Óscar se iluminó con una sonrisa, una sonrisa en la que no había ni rastro de su sarcasmo habitual.

—¡Por fin! —exclamó, dándole una palmada en el hombro con tanto entusiasmo que casi le hizo derramar el café—. ¿Ves? No ha sido tan difícil tomar una decisión como un adulto con una buena madurez emocional, ¿verdad?

—No tientes a la suerte —advirtió Dante, aunque una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios—. Todavía puedo cambiar de opinión.

—No, no puedes —le contradijo Óscar con absoluta confianza—. Porque por muy cabezota que seas, eres demasiado inteligente para dejar escapar lo mejor que te ha pasado en años solo porque tienes miedo.

Dante no respondió de inmediato. Su hermano tenía razón, por supuesto. Y a pesar de la ansiedad que le provocaba la idea de abrirse completamente a alguien, de mostrar su vulnerabilidad, esa parte herida; la perspectiva de perder a Natalie por su propia cobardía le resultaba aún más aterradora.

—Tengo miedo —admitió en voz baja, casi arrancándose las palabras de la garganta—. Pero no sé si tanto de que me haga daño, como de no ser lo que ella necesita. De lo que necesita Kora. Ella también es importante para mí.

Óscar lo miró con una expresión sorprendentemente tierna, libre de su habitual ironía, de su habitual mordacidad.

Ladeó la cabeza.

—Escúchame bien, hermano —dijo, con una seriedad poco común en él—. Eres un desastre social, un cascarrabias, y tienes la capacidad emocional de una piedra. Pero también eres leal hasta la médula, protector con quienes te importan, y cuando decides querer a alguien, lo haces con todo lo que tienes. Créeme cuando te digo que eso es más que suficiente.

Las palabras de Óscar golpearon a Dante con una fuerza inesperada. No estaba acostumbrado a este tipo de sinceridad emocional por parte de su hermano, siempre escudado tras capas de sarcasmo e irreverencia.

—No sé qué decir… —murmuró.

—No digas nada —respondió Óscar, volviendo rápidamente a su tono habitual—. Guarda las palabras bonitas para Natalie. Yo me conformo con que no la cagues esta vez.

Dante dejó escapar una risa suave, agradeciendo que su hermano hubiera vuelto a su humor ácido.

—Lo intentaré —dijo.

—No, no lo intentarás —corrigió Óscar, apuntándole con el dedo —. Lo harás. Volverás a casa, mirarás a esa chica a los ojos, y le dirás exactamente lo que sientes por ella. Sin medias tintas, sin excusas sobre identidades falsas o pasados complicados. Porque, ¿sabes qué? Todo el mundo tiene un pasado complicado. La diferencia está en quién decides ser en el presente.

Dante afirmó con la cabeza, mientras las palabras de su hermano calaban en él. Tenía razón. Por supuesto que tenía razón.

—En serio, ¿desde cuándo te has convertido en un experto en relaciones? —preguntó con una sonrisa irónica.

—Oh, lo he sido siempre —respondió Óscar con una modestia fingida—. Simplemente disfruto demasiado de mi libertad como para atarme a una sola persona. Lo que no significa que no entienda cómo funciona el corazón humano.

—Claro, por eso tu historial amoroso es tan ejemplar —comentó Dante.

—Mis fracasos me han dado sabiduría —replicó Óscar sin inmutarse—. Como dijo alguien muy sabio, he aprendido más de mis errores que de mis éxitos.

Dante frunció un poco el ceño.

—¿Quién dijo eso? ¿Platón? ¿Aristóteles?

—Yo mismo, hace unos cinco segundos —respondió Óscar con una sonrisa descarada—. ¿Verdad que suena profundo? Debería escribir libros de autoayuda.

Dante no pudo evitar reírse. Óscar siempre conseguía arrancarle al menos una sonrisa.

—Por cierto —continuó Óscar, con un brillo travieso en los ojos —, cuando por fin te declares y empecéis a salir oficialmente, quiero ser el primero en conocerla como es debido. Sin el rollo de jefe-empleada. Quiero una cena, los cuatro, tú, ella, la pequeña Kora y yo.

—¿No vas un poco rápido? Ni siquiera sé si me corresponde.

Óscar puso los ojos en blanco de manera exagerada, mirando al techo, y resopló.

—Por favor —bufó—. Si iba a besarte, es bastante obvio que siente algo por ti. Y ha aguantado tu *encantadora* personalidad durante meses sin salir corriendo. Eso es prácticamente una declaración de amor eterno.

Dante tenía intención de protestar, pero una parte de él, la que no estaba paralizada por el miedo, reconocía la verdad en las palabras de Óscar.

—Supongo que lo descubriré pronto —murmuró.

—Exactamente. —Óscar consultó su reloj—. ¿A qué hora sales?

Dante consultó también su reloj.

—Ya —respondió.

—¿Tienes preparada la maleta?

—Sí, ya está lista.

—Entonces, no hagas esperar a Natalie —dijo Óscar. Dante negó con la cabeza—. Bajo contigo —añadió.

La calle bullía de actividad, una sinfonía de ruido de motores y conversaciones llenaban el aire.

Dante abrió el maletero de su Aston Martin y metió en él la maleta, mientras Óscar gesticulaba animadamente completando una lista de consejos no solicitados.

—... y recuerda, nada de medias palabras. Sé claro, directo, honesto —insistía Óscar, esquivando a un chico que iba con un patinete eléctrico—. Nada de «me gustas» o «siento algo por ti». Eso es para adolescentes. Di «estoy enamorado de ti» como un adulto.

—¿Puedes bajar la voz? —suplicó Dante, notando cómo algunas personas que pasaban por la calle se giraban para mirarlos—. Creo que hay una pareja en Manchester que todavía no te ha oído.

—¡Oh, perdone usted, señor Discreto! —exclamó Óscar, elevando deliberadamente el volumen—. ¡Olvidaba que estoy hablando con el hombre más reservado del universo!

Dante cerró el maletero y rodeó el coche, fingiendo no conocer a aquel lunático que lo seguía vociferando consejos románticos. Cuando finalmente abrió la puerta del Aston Martin, se volvió hacia su hermano con expresión de afecto en el rostro.

—Gracias por todo, Óscar —dijo, sorprendiendo a su hermano con un abrazo—. Por la hospitalidad y... por los consejos.

Óscar, momentáneamente desconcertado por aquella rara muestra de afecto fraternal, tardó un segundo en corresponder al abrazo.

—De nada —respondió, con una sonrisa que era pura sinceridad —. Para eso estamos los hermanos pequeños, para meternos en la vida de los mayores y decirles cuándo están siendo unos completos idiotas.

Dante se separó, sacudiendo la cabeza con resignación.

—¿Algún último consejo antes de que suba al coche?

Óscar fingió considerar la pregunta con extrema seriedad.

—Sí —dijo, al cabo de unos segundos—. Cuando llegues, dúchate primero. Nadie quiere que se le declaren oliendo a un viaje en coche de más de cinco horas.

Dante soltó una carcajada.

—Siempre tan práctico.

—Es parte de mi encanto —respondió Óscar con un guiño—. Ahora sube al coche antes de que me ponga sentimental y empiece a decir cosas como que estoy orgulloso de ti y que mereces ser feliz.

—No queremos eso —estuvo de acuerdo Dante—. Tu reputación de cínico y soltero empedernido quedaría arruinada.

—Exactamente —dijo Óscar—. Y la tuya de ermitaño gruñón sin sentimientos también.

—Cierto.

Se miraron un momento, inmersos en ese tipo de comunicación silenciosa que solo los hermanos pueden mantener.

—Te llamaré cuando llegue —prometió Dante.

—Más te vale —respondió Óscar—. Y quiero un informe completo de cómo va tu declaración.

—No pienso darte detalles.

—Al menos dime si has seguido mis consejos o si has sido un completo desastre por tu cuenta.

Dante sonrió, un gesto que iluminó su rostro habitualmente serio.

—Ya veremos.

Con un último abrazo, subió al coche y cerró la puerta, dejando a Óscar en la acera con esa media sonrisa entre sarcástica y afectuosa que era su sello personal.

Mientras arrancaba el motor y ponía el coche en marcha, Dante observó cómo la figura de su hermano se empequeñecía hasta desaparecer. Una extraña sensación de nostalgia lo invadió. A pesar de sus diferencias, de sus personalidades casi opuestas, la conexión con Óscar era uno de los pocos anclajes emocionales que había mantenido a lo largo de los años. Su hermano siempre sería su hermano, incluso con sus diferencias.

Lanzó un suspiro.

Todavía le quedaban por delante cinco horas de viaje, cinco horas para preparar lo que le diría a Natalie cuando finalmente estuvieran frente a frente.

«Estoy enamorado de ti», había sugerido Óscar.

Las palabras resonaban en su mente, aterradoras y liberadoras al mismo tiempo.

Contempló el paisaje que comenzaba a desplegarse al otro lado del parabrisas. Londres quedaba atrás, con sus edificios amontonados y su perpetuo manto de contaminación, dando paso gradualmente a suburbios ordenados y, de vez en cuando, a la

campiña inglesa con sus colinas onduladas y sus pintorescos pueblos.

Dante recostó la cabeza contra el asiento, y se permitió una pequeña sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo no estaba huyendo hacia la soledad, sino regresando a un lugar que ya no asociaba únicamente con el aislamiento.

Estaba volviendo a casa.

A Natalie. A Kora. A una posibilidad que nunca había contemplado realmente: la de no estar solo.

Y aunque el miedo seguía ahí, acechando en los rincones de su mente, ya no tenía la fuerza paralizante de antes. Porque había algo más fuerte creciendo en su interior: la certeza de que, pasara lo que pasara, ya no podía seguir negando lo que sentía. Ni seguir poniendo distancia entre Natalie y él.

Óscar tenía razón, como solía ocurrir en los asuntos realmente importantes. Aquel viaje a Londres, que inicialmente había considerado una molesta obligación profesional, había resultado ser exactamente lo que necesitaba para aclarar sus pensamientos, para enfrentar verdades que había estado evitando.

Y mientras el Aston Martin avanzaba hacia el oeste, Dante Eastwood comenzó mentalmente a escribir un nuevo capítulo de su propia historia. Uno en el que, en mucho tiempo, no era el único protagonista.

CAPÍTULO 44

La decisión estaba tomada.

Natalie contempló la pequeña mochila sobre la cama, preguntándose si realmente cabía una vida entera en tan poco espacio. Lo esencial para Kora: su mantita, la tortuga de peluche sin la cual era imposible que durmiera, el osito que le había regalado Dante, algunos biberones, pañales, toallitas y un par de mudas de ropa. Para ella misma apenas había metido lo imprescindible: documentos, algo de dinero en efectivo de lo que había estado ahorrando, y una muda de ropa.

«Ya compraremos lo que necesitemos cuando nos instalemos», se dijo, intentando calmar la ansiedad que le atenazaba el pecho.

El reloj de la mesilla marcaba las 11:45 de la noche. Según le había informado Thomas, Dante llegaría pasadas las dos de la madrugada. Para cuando se levantara al día siguiente, ellas ya estarían lejos, con varias horas de ventaja. Suficientes para desaparecer sin dejar rastro.

Natalie se sentó al borde de la cama, permitiéndose un momento de debilidad. Las lágrimas que había estado conteniendo durante todo el día mientras preparaba las cosas amenazaban con desbordarse.

Sacó el teléfono para confirmar que el taxi llegaría a la hora acordada. A las 12:15. Media hora. Solo media hora más y dejaría

atrás aquella vida que había construido en la mansión.

Una vida que, a pesar de haber comenzado como una mentira, se había convertido en algo real. Demasiado real.

Un suave balbuceo llegó desde la cuna. Natalie se levantó de inmediato y se acercó. Kora se había despertado. Sus grandes ojos azules la miraban con esa inocencia que solo los bebés poseen, ajena por completo a la tormenta emocional que le sacudía.

—Shhh, mi amor —susurró Natalie, inclinándose para tomarla en brazos—. Todo está bien. Mamá está aquí.

La pequeña se acurrucó contra su pecho, buscando instintivamente el calor y la seguridad que solo su madre podía proporcionarle.

Natalie inhaló hondo el aroma a champú de bebé que emanaba de sus finos rizos, intentando grabar ese momento en su memoria. Un nudo se formó en su garganta al pensar que estaba privando a Kora de la estabilidad de la mansión, del cariño de Dante y de Thomas.

«Pero también la estoy alejando del peligro —se recordó a sí misma—. De Justin y sus amenazas. De todo lo que podría hacernos si nos quedamos aquí.»

Kora emitió un gorjeo feliz y extendió su diminuta mano para tocar la mejilla de Natalie, húmeda por las lágrimas que no había podido contener.

—Mama —balbuceó la pequeña, una de las pocas palabras que había aprendido a decir.

El corazón de Natalie dio un vuelco. Ese simple sonido contenía todo su mundo. Por esa vocecita haría cualquier cosa, incluso abandonar al hombre que amaba.

—Sí, cariño, mamá está aquí —respondió con voz quebrada—. Y siempre lo estaré, te lo prometo.

La meció suavemente, tarareando una nana que había convertido en ritual cada noche. La pequeña bostezó, parpadeando pesadamente mientras luchaba contra el sueño.

«Es lo mejor —pensó Natalie—. Que esté adormilada durante el viaje hará todo más fácil.»

Con Kora en brazos, Natalie recorrió la habitación con la mirada, asegurándose de no olvidar nada vital. Sus ojos se detuvieron en la mesilla de noche, donde reposaba una fotografía que Thomas había insistido en hacer el día del cumpleaños de Kora. Ella y Dante sosteniendo a la niña bajo la sombra del almendro, los tres sonriendo al objetivo. Un día perfecto, uno de muchos que habían compartido antes de que todo se derrumbara. Antes de que Justin apareciera.

Estuvo a punto de coger la fotografía y guardársela, pero se detuvo.

No.

Tenía que cortar por completo, de raíz. Nada de recuerdos, nada que pudiera debilitar su decisión. Ya tenía suficientes cosas grabadas a fuego en su memoria como para añadir más peso a su equipaje emocional.

En lugar de eso, tomó un papel y un bolígrafo. Necesitaba dejar una nota. ¿Pero qué iba a decir? ¿Cómo condensar todo lo que sentía, todo lo que habían vivido, en unas pocas líneas?

«Querido Dante…», comenzó, y ya ese simple encabezado le pareció demasiado íntimo, demasiado revelador. Pero ¿qué importaba ya?

Cuando leas esto, Kora y yo estaremos lejos.

No intentes buscarnos, por favor. Es mejor así. De verdad.

Desde que descubriste mi verdadera identidad, las cosas han cambiado entre nosotros. Lo entiendo. Empezamos con una mentira, y ahora pago las consecuencias.

Pero quiero que sepas que lo que sentí —lo que siento— por ti nunca fue mentira. Sin embargo, no puedo permitir que Justin nos encuentre. No puedo arriesgar a Kora, ni a ti. No, no puedo arriesgarme. Mereces algo mejor que una mujer que entró en tu vida con una mentira.

Gracias por los momentos que nos has dado, por hacer que me sintiera en casa cuando era una extraña, por querer a Kora como si fuera tuya.

Cuídate, por favor, y perdóname por irme así.

Pero no puedo hacerlo de otro modo.

Natalie.

Releyó las palabras, consciente de lo insuficientes que eran para expresar la complejidad de sus sentimientos. Pero tendrían que bastar. Dejó la nota sobre la cama perfectamente hecha, donde sabía que Dante la encontraría.

Su teléfono vibró en aquel momento. Natalie consultó la pantalla. El taxi había llegado. Cinco minutos antes de lo previsto. Quizás era una señal del universo, empujándola a seguir con su plan.

Respiró hondo.

Había llegado la hora. Con cuidado para no despertar a Kora, que finalmente se había rendido al sueño, metió el último biberón preparado en la mochila y se la colgó al hombro.

Echó un último vistazo a la habitación que había sido su refugio durante los últimos meses. Cada rincón contenía un recuerdo, un momento. La mecedora junto a la ventana donde solía dormir a

Kora; el alféizar donde a veces se acomodaba para ver el jardín y los acantilados; la alfombra donde su pequeña había dado los primeros pasos tambaleantes.

Las lágrimas rodaron libremente por sus mejillas. No se molestó en secarlas.

Ese dolor, pensó, era el precio que debía pagar por haber construido una vida sobre cimientos falsos.

—Adiós —susurró a la habitación vacía, como si de alguna manera sus palabras pudieran llegar hasta Dante, allí donde estuviera en ese momento.

Con Kora firmemente sujeta contra su pecho y la maleta, Natalie salió al pasillo. La mansión dormía, sumida en un silencio que solo era interrumpido por el ocasional crujido de la madera antigua.

Bajó las escaleras con precaución, evitando los escalones que sabía que crujían. Se detuvo un instante en el enorme vestíbulo, permitiendo que sus ojos recorrieran una última vez la majestuosidad del lugar. Las paredes cubiertas de cuadros, las lámparas de cristal, los suelos de madera pulida... todo aquello que había llegado a considerar como su hogar y que ahora abandonaba voluntariamente.

Abrió la puerta principal con un leve chirrido que la hizo contener la respiración, temerosa de haber alertado a Thomas. Pero la casa permaneció en silencio.

El aire fresco de la noche la recibió como una bofetada, despertándola de la especie de trance en el que había estado sumida. La realidad de lo que estaba haciendo la golpeó con fuerza: estaba huyendo en mitad de la noche, como una fugitiva, sin despedirse de Thomas, ni de Dante, sin dejar rastro.

«Es por su bien —se repitió en silencio, con la imagen de Dante en la cabeza—. Por el bien de todos.»

El taxi esperaba, con el motor en marcha, en la entrada circular frente a la mansión. El conductor, un hombre de mediana edad con rostro amable, salió para ayudarla con el equipaje. No hizo preguntas al ver sus ojos enrojecidos ni comentó nada sobre la hora o el hecho de que viajara sola con un bebé. Probablemente había visto suficientes escenas similares como para saber cuándo mantener la boca cerrada.

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó simplemente, una vez que Natalie se acomodó en el asiento trasero con Kora dormida en sus brazos.

—A la estación de autobuses —respondió ella. Su voz era apenas un susurro para no despertar a la pequeña.

Luego cambiaría de plan. No se dirigiría directamente a su destino final. Primero tomaría un autobús hacia el norte, luego un tren hacia el este, y finalmente otro autobús que la llevaría a aquel pequeño pueblo costero donde había reservado una habitación en una modesta pensión. Un recorrido lo suficientemente enrevesado como para despistar a cualquiera que intentara seguirles la pista.

El taxi arrancó con suavidad. A través de la ventanilla trasera, Natalie observó cómo la mansión, iluminada tenuemente por la luz de la luna llena que flotaba en el cielo, se empequeñecía poco a poco hasta desaparecer cuando tomaron la curva del camino. Algo dentro de ella se rompió definitivamente en ese instante.

Apretó a Kora contra su pecho, como buscando consuelo en su calor, en su respiración acompasada, en la confianza absoluta con la que la pequeña se abandonaba al sueño, segura en los brazos de su madre.

—Todo saldrá bien, mi amor —murmuró contra su cabecita—. Te lo prometo.

El taxi avanzaba por la carretera desierta, alejándose cada vez más de la única felicidad verdadera que Natalie había conocido en mucho tiempo. Cada kilómetro era como un puñal que se clavaba

más profundamente en su pecho, pero también la acercaba a lo que esperaba que fuera un lugar más seguro para ambas.

Mientras tanto, en algún lugar, Dante se aproximaba a la mansión con su Aston Martin, ajeno por completo a que, cuando llegara a casa, encontraría solo una nota y una ausencia que cambiaría su vida para siempre.

Natalie cerró los ojos, permitiendo que las lágrimas continuaran fluyendo libremente mientras el taxi se deslizaba por la carretera vacía. El conductor, discretamente, subió el volumen de la radio, ofreciéndole la intimidad que claramente necesitaba.

En su mente, Natalie repasó una y otra vez los acontecimientos que la habían llevado a aquel momento. La llegada a la mansión bajo una identidad falsa, huyendo. Las protestas y el mal humor de Dante al principio. El modo en el que Kora se había ganado su corazón. El lento pero inevitable enamoramiento. La breve felicidad compartida. Y luego, el descubrimiento de la verdad, el distanciamiento de Dante, la amenaza creciente de Justin.

«No me quiere —se repitió como un mantra doloroso—. Si me quisiera, habría encontrado la manera de perdonar mi mentira, de entender por qué lo hice.»

Pero en lo más profundo de su ser, una vocecita le susurraba que quizás estaba cometiendo el error más grande de su vida. ¿Y si Dante solo necesitaba tiempo? ¿Y si el distanciamiento era su forma de procesar la traición, pero en algún momento encontraba el camino de regreso a ella?

Demasiado tarde para las dudas. La decisión estaba tomada, y no había marcha atrás.

El taxi se detuvo frente a la estación de autobuses, un edificio gris, con aspecto desolado a esas horas de la madrugada. Un par de viajeros somnolientos esperaban sentados en los bancos, y las luces fluorescentes conferían a todo un aspecto fantasmal.

—Hemos llegado, señorita —anunció el conductor, girándose hacia ella.

Natalie asintió, secándose las lágrimas con la manga.

—Gracias —murmuró, sacando de uno de los bolsillos la cartera para pagar.

El hombre la ayudó con la maleta mientras ella sostenía a Kora. La pequeña se movió inquieta, como si percibiera instintivamente que algo importante estaba sucediendo.

—Shhh, mi vida… —la arrulló Natalie—. Todo está bien. Mamá está contigo.

Una mentira piadosa. Nada estaba bien, y no sabía si algún día volvería a estarlo.

Con la maleta, la mochila al hombro y Kora en brazos, Natalie caminó hacia la terminal. Cada paso la alejaba más de Dante, de la vida que habían compartido, de los sueños que había llegado a albergar.

Pero también la acercaba a un futuro incierto, donde lo único seguro era que estarían juntas, madre e hija, enfrentándose al mundo por su cuenta.

Y a lo mejor algún día el dolor se mitigaría lo suficiente como para poder mirar atrás sin que le desgarrara el alma.

Por ahora, sin embargo, lo único que podía hacer era seguir adelante, un paso a la vez, llevando consigo el peso de su corazón roto y la responsabilidad de proteger a lo único que le quedaba: su pequeña Kora.

CAPÍTULO 45

Thomas apoyó la pala contra el muro de piedra del jardín. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y consultó su reloj. Las siete y cuarenta. Hora de su descanso para desayunar.

Como cada mañana desde hacía unos meses, el ritual era el mismo: Natalie estaría en la cocina con la pequeña Kora, preparando el desayuno mientras tarareaba la melodía de alguna canción.

Thomas sonrió ante la anticipación. La llegada de Natalie había transformado la atmósfera fría de la mansión en algo casi hogareño. Aunque su puesto oficial era el de ama de llaves, Natalie se había convertido en el alma de aquella casa demasiado grande para solo tres adultos y un bebé.

Thomas se quitó los guantes de trabajo, los guardó en el bolsillo trasero de su pantalón y se encaminó hacia la puerta trasera. Mientras atravesaba el sendero de grava, aspiró el aroma de las nuevas rosas que él mismo había plantado unas semanas atrás.

«Quedarán muy bien en la mesa de la cocina —pensó, cortando algunas para llevárselas a Natalie—. A ella siempre le gustan estos pequeños detalles.»

Al abrir la puerta de la cocina, lo recibió un silencio inusual. Raro. Ni el borboteo de la cafetera, ni el tintineo de tazas, ni la vocecita de Kora balbuceando cosas ininteligibles. Nada.

—¿Natalie? —llamó Thomas, avanzando por la cocina vacía.

La encimera estaba limpia, sin rastro de los preparativos del desayuno. La trona de Kora, habitualmente colocada junto a la mesa, tampoco estaba allí. Thomas frunció el ceño, rascándose la barba. Un presentimiento desagradable comenzó a formarse en su estómago.

¿Estaría Natalie enferma?

Dejó las rosas sobre la mesa y recorrió la planta baja de la mansión, revisando el salón, la biblioteca, el despacho... Todas las estancias estaban vacías, silenciosas, como si la casa hubiera vuelto a su estado anterior a la llegada de Natalie y la pequeña Kora.

—Qué raro —murmuró para sí mismo—. Esto es muy raro.

Su mente barajó posibilidades. Quizás habían salido temprano a hacer alguna compra. Pero no, Natalie siempre avisaba cuando iba a ausentarse y, además, ¿con un bebé tan pequeño a esas horas? Tal vez estaban arriba, en alguna de las habitaciones. O tal vez... Thomas sacudió la cabeza, negándose a considerar la posibilidad que empezaba a tomar forma en su mente.

Con paso decidido, subió las escaleras hacia el pasillo de los dormitorios. Primero se detuvo frente a la puerta de la habitación de Natalie, pero algo lo frenó antes de llamar. En lugar de eso, se dirigió a la habitación de Dante.

Thomas vaciló un momento antes de golpear suavemente la puerta.

—¿Señor Eastwood? —llamó con voz contenida—. Disculpe la molestia, pero... ¿está despierto?

No hubo respuesta inmediata. Thomas aguardó unos segundos antes de volver a intentarlo, en aquella ocasión con golpes más fuertes.

—¿Señor Eastwood? Lamento molestarlo, pero es importante.

Desde el interior llegó un gruñido seguido del crujido de la cama.

—¿Qué pasa, Thomas? —La voz de Dante sonaba pastosa por el sueño.

—Es sobre Natalie, señor. No está en la cocina como todas las mañanas. La he buscado por la planta baja y no hay rastro de ella ni de la niña.

Hubo un silencio breve, seguido por el sonido de pasos apresurados. La puerta se abrió de golpe, revelando a Dante con el pelo ligeramente revuelto, vistiendo solo unos pantalones de pijama, con el torso desnudo, y una expresión que oscilaba entre la confusión y la preocupación.

—¿Qué hora es? —preguntó, pasándose una mano por el rostro.

—Casi las ocho, señor —respondió Thomas—. Natalie siempre está preparando el desayuno a las siete y media...

Dante asintió, procesando la información mientras su mente se despejaba del sueño.

—¿Has mirado en su habitación?

—Iba a hacerlo, pero pensé que debía avisarle primero.

Sin decir nada más, Dante salió al pasillo y se dirigió a grandes zancadas hacia la habitación de Natalie, con Thomas siguiéndolo a una corta distancia. Se detuvo frente a la puerta y tocó con los nudillos.

—¿Natalie? —llamó, intentando que su voz sonara casual, como si no estuviera repentinamente aterrorizado—. ¿Estás ahí?

El silencio fue su única respuesta.

—¿Kora? —probó de nuevo, esa vez con un tono más suave, como si esperara escuchar el gorjeo feliz de la niña.

Nada.

Dante intercambió una mirada con Thomas. El jardinero asintió levemente, como dándole permiso para lo que ambos sabían que debía hacer a continuación. Con un movimiento decidido, Dante giró el pomo de la puerta y entró en la habitación.

La escena que lo recibió fue como un puñetazo en el estómago.

La habitación estaba ordenada, impecable. La cama perfectamente hecha, las cortinas abiertas dejando entrar la luz de la mañana. Todo parecía en su sitio, excepto... La cuna de Kora estaba vacía. No solo vacía. Estaba despojada de las sábanas, del viejo peluche que Dante le había regalado por su cumpleaños, del peluche de tortuga que tanto le gustaba a la niña.

—Mierda —murmuró Dante, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

Con pasos vacilantes, se acercó al armario y lo abrió de par en par. La ropa de Natalie seguía allí, pero notó huecos, prendas que faltaban. Lo mismo ocurría en la cómoda donde guardaba la ropa de Kora: lo esencial ya no estaba.

—Se han ido —dijo Thomas, vocalizando lo que Dante se negaba a aceptar—. Han... huido.

Dante se dejó caer en el borde de la cama, intentando procesar lo que estaba viendo. Fue entonces cuando lo advirtió: un papel doblado sobre la almohada, con su nombre escrito en la caligrafía pulcra y redondeada de Natalie.

Con dedos temblorosos desplegó la nota.

A medida que leía, sintió cómo si una mano invisible estrangulara su corazón.

Querido Dante,

cuando leas esto, Kora y yo estaremos lejos. No intentes buscarnos, por favor. Es mejor así. De verdad. Desde que

descubriste mi verdadera identidad, las cosas han cambiado entre nosotros. Lo entiendo. Empezamos con una mentira, y ahora pago las consecuencias.

Pero quiero que sepas que lo que sentí —lo que siento— por ti nunca fue mentira. Sin embargo, no puedo permitir que Justin nos encuentre. No puedo arriesgar a Kora, ni a ti. No, no puedo arriesgarme. Mereces algo mejor que una mujer que entró en tu vida con una mentira.

Gracias por los momentos que nos has dado, por hacer que me sintiera en casa cuando era una extraña, por querer a Kora como si fuera tuya.

Cuídate, por favor, y perdóname por irme así.

Pero no puedo hacerlo de otro modo.

Natalie.

La nota tembló en sus manos. Dante tuvo que leerla dos veces para asimilar lo que había escrito en ella. Cada palabra era como un cuchillo que se hundía lentamente en su pecho.

—¿Señor? —La voz de Thomas sonaba distante—. ¿Qué dice?

Dante levantó la mirada, pero sus ojos parecían no enfocar realmente al jardinero.

—Se han ido —respondió, con una voz que apenas reconoció como propia—. Natalie ha huido... con Kora.

Thomas sintió que un peso helado se instalaba en su estómago. Las rosas que había cortado para Natalie todavía reposaban en la mesa de la cocina, olvidadas. Ahora nunca adornarían el desayuno que ella ya no prepararía. Tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta para mantener el equilibrio mientras la realidad lo golpeaba con fuerza.

Las palabras de Dante parecían flotar en el aire, incomprensibles, sin significado.

¿Natalie se había ido? ¿Se había llevado a la pequeña Kora? Era inconcebible. Thomas había observado durante semanas cómo Natalie construía pacientemente un hogar en la mansión, cómo se integraba en la rutina diaria, cómo transformaba aquel lugar frío en algo cálido y acogedor.

—No puede ser —murmuró. Su voz sonaba áspera por la emoción contenida—. Ella no... Ellas no...

Pero la evidencia estaba ahí, delante de sus ojos: la cuna vacía, los cajones a medio llenar, la nota en las manos temblorosas de Dante.

Thomas se acercó y se sentó junto a él en la cama, algo que nunca se habría permitido hacer en circunstancias normales. Pero aquello no era normal. Nada de lo que estaba pasando lo era.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó, más para sí mismo que para Dante—. Parecía... feliz aquí. Las dos lo parecían.

Mientras Dante estrujaba la nota en su puño, Thomas dejó que su mirada vagara por la habitación, captando los pequeños detalles que hablaban de la ausencia: el cepillo de Natalie que ya no estaba en el tocador, el libro de cuentos infantiles que solía leer a Kora cada noche y que ahora faltaba del estante, el aroma a lavanda que se desvanecía poco a poco, como si supiera que su dueña no regresaría.

—Ha sido por mi culpa —respondió Dante con amargura—. Y por la de ese cabrón de Justin.

Thomas conocía fragmentos de la historia, retazos que le había contado Natalie en confianza al calor de una taza de café o de té. Sabía que Natalie había llegado a la mansión bajo un nombre falso, que huía de su expareja y padre de Kora, que Dante había descubierto recientemente su verdadera identidad y que eso los había distanciado. Pero los detalles completos se le escapaban,

como piezas dispersas de un puzle que nunca había conseguido armar del todo.

Dante se puso de pie de golpe y comenzó a pasear por la habitación como un animal enjaulado. La furia se expandía por su cuerpo como un incendio incontrolable.

—¡Maldita sea! —exclamó, golpeando la pared con el puño. El dolor agudo en los nudillos fue casi un alivio comparado con la opresión que sentía en el pecho—. ¡Maldita sea, Natalie! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Thomas observaba a su jefe con una mezcla de preocupación y con la perspectiva de su propio dolor. Porque no era solo Dante quien había perdido algo aquella mañana. Él también lo había perdido. O así lo sentía en el fondo de su pecho.

Natalie había sido más que el ama de llaves para Thomas. Había sido la primera persona en mucho tiempo que se tomaba el tiempo para conversar realmente con él, para preguntarle sobre las plantas que cultivaba, para valorar su trabajo más allá de un simple «está bien». Y Kora... Dios, esa niña había conquistado su viejo corazón desde el primer día, con sus manitas regordetas intentando atrapar las mariposas del jardín, con sus carcajadas cuando él le hacía muecas, con su forma de decir «To-má» mientras señalaba hacia la ventana cada vez que lo veía trabajar fuera.

—Señor, quizás deberíamos llamar a la policía...

—¿Para qué? —espetó Dante, girándose hacia él—. ¿Para denunciar qué? ¿Que el ama de llaves se ha marchado? Ella no ha cometido ningún delito, Thomas. Es libre de irse cuando quiera.

—Pero la niña...

—Kora es su hija —lo interrumpió Dante, aunque las palabras le quemaron en la garganta—. Legalmente, no tengo ningún derecho sobre ella. Ninguno.

Thomas asintió lentamente, al tiempo que sentía una extraña presión en el pecho. La frialdad racional de las palabras contrastaba con la tormenta emocional que veía en los ojos grises de Dante, la misma que él sentía creciendo poco a poco en su interior.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

Dante se pasó ambas manos por el pelo, tirando de él con frustración.

—No lo sé —admitió finalmente, su voz se quebró—. No tengo ni puta idea.

Thomas observó cómo Dante se acercaba a la ventana y apoyaba la frente contra el cristal frío. Fuera, el jardín en el que había estado trabajando resplandecía bajo la luz del sol.

Un recuerdo agridulce cruzó la mente de Thomas. La tarde en que había enseñado a Natalie cómo plantar bulbos de tulipán. Ella había escuchado atentamente sus instrucciones, con Kora apoyada en su cadera, mientras él le explicaba el ciclo de crecimiento de las flores. «A finales de la primavera florecerán», le había dicho. «Serán un espectáculo». Y ella había sonreído, con esa sonrisa que iluminaba toda su cara, y había respondido: «Entonces tenemos que plantar muchos, Thomas. Esta casa necesita más color».

Ahora los bulbos dormían bajo tierra, a punto de germinar. Pero Natalie y Kora no los verían.

—Soy un imbécil —oyó murmurar a Dante contra el cristal.

—Disculpe, señor, no le he oído —dijo Thomas, regresando al presente.

Dante se giró para enfrentarlo.

—He dicho que soy un imbécil, Thomas. Un completo y absoluto imbécil.

El jardinero se removió inquieto. La autocompasión nunca había sido parte del carácter de Dante Eastwood.

—Si me permite decirlo, señor, creo que está siendo demasiado duro consigo mismo.

—No, no lo soy —replicó Dante con una risa seca y sin humor—. La he alejado. Con mi actitud, con mi orgullo herido, con mi incapacidad para decirle lo que sentía realmente. He dejado que ese hijo de puta de su exnovio la aterrorizara hasta el punto de hacerla huir de nuevo. Y ahora... —Su voz se apagó—. Ahora las he perdido. A las dos.

Thomas sintió un nudo en la garganta. Había pasado muchos años trabajando para Dante. Había presenciado sus éxitos y sus fracasos, sus alegrías y sus penas. Pero nunca, ni siquiera cuando pasó lo que pasó con Catherine, lo había visto tan devastado como en ese momento.

Se levantó y se acercó a él con cautela, como quien se aproxima a un animal herido.

—Señor Eastwood, disculpe mi atrevimiento, pero... ¿está enamorado de Natalie?

La pregunta, tan directa y simple, pareció tomar a Dante por sorpresa. Abrió la boca para responder y luego la cerró, como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta.

—Sí —admitió finalmente, y la palabra salió como un suspiro de alivio—. Sí, Thomas. La quiero. La quiero tanto que duele físicamente.

Thomas inclinó levemente la cabeza, como si siempre lo hubiera sabido. En realidad, lo había sabido. Lo había visto en la forma en que Dante miraba a Natalie cuando ella no estaba prestando atención, en cómo su voz cambiaba sutilmente al hablar con ella, en los pequeños gestos de atención que nunca había mostrado hacia nadie más.

—Entonces debe encontrarla, señor. Debe traerla de vuelta.

Dante negó con la cabeza.

—Ella no quiere que la encuentre. Lo dice claramente en su nota.

Thomas sintió que una ola de determinación lo atravesaba. Él, que siempre había sido un observador silencioso, un mero testigo de la vida de los demás, sentía ahora la necesidad imperiosa de intervenir, de hacer algo para arreglar aquella situación.

—Con el debido respeto, señor, pero quizás Natalie no sabe lo que usted siente realmente. Tal vez cree que usted no la ha perdonado por... bueno, por lo que sea que necesite ser perdonada.

Mientras hablaba, Thomas pensó en las últimas semanas, en cómo había notado el cambio en la relación entre Dante y Natalie. Las conversaciones tensas, las miradas esquivas, las comidas en silencio. Había presenciado cómo el ambiente de la mansión se enrarecía de nuevo.

—Me alejé de ella cuando me enteré de que había mentido sobre su identidad —explicó Dante, con una voz que mezclaba dolor y frustración.

Thomas se encogió de hombros. Para él, que había visto pasar tantas cosas en aquella casa, un cambio de nombre parecía insignificante comparado con todo lo que Natalie había traído consigo: calidez, alegría, vida.

—No pretendo entrometerme, pero me pregunto si importa realmente quién era antes de llegar aquí. Lo que importa es quién ha sido mientras ha estado con nosotros, ¿no cree?

Y mientras lo decía, Dante pensaba en todas las cosas que hacían ser a Natalie quien era: su bondad, su generosidad, su simpatía.

Dante pareció considerar las palabras de Thomas. Se acercó de nuevo a la cama y se sentó, contemplando la habitación vacía con una expresión de profunda desolación.

—Joder, ya las echo de menos —confesó, y Thomas vio, sorprendido, cómo los ojos se le humedecían.

El jardinero sintió que su propia garganta se cerraba. Él también las echaba de menos, y apenas había pasado una hora desde que habían descubierto que se había ido. ¿Cómo sería enfrentar días, semanas, quizás toda una vida sin ellas?

Con la discreción que lo caracterizaba, se dirigió hacia la puerta.

—Iré a preparar café. Lo necesitamos.

Pero antes de salir, echó un último vistazo a la habitación. En ese momento, vio algo que le rompió el corazón un poco más: un pequeño pollito de peluche, olvidado bajo la cuna. Otro de los favoritos de Kora.

Se agachó silenciosamente y lo recogió, sintiendo su suave textura entre los dedos callosos. Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta de trabajo. Un pequeño tesoro, un recuerdo tangible de la niña que se había marchado, y a la que consideraba casi como su nieta.

Mientras bajaba las escaleras hacia la cocina, Thomas dejó que las lágrimas fluyeran libremente por su rostro curtido por el sol y el viento. No recordaba la última vez que había llorado. Quizás en el funeral de la madre de Dante unos años atrás. Pero esto era diferente. Esto era como perder parte de su propia familia, de esa familia que había construido silenciosamente en su corazón, sin que nadie lo supiera.

Al llegar a la cocina, vio las rosas que había cortado todavía sobre la mesa. Las tomó con cuidado y las colocó en un jarrón con agua. Quizás Natalie no estuviera allí para verlas, pero mientras preparaba el café, Thomas hizo una promesa: mantendría el jardín tan bonito como siempre, por si algún día ellas regresaban. Plantaría más tulipanes, más rosas, más de esas flores silvestres que a Kora le encantaba señalar con sus deditos.

Porque puede que Dante diera con la manera de llevarlas de vuelta. Y cuando lo hiciera, Thomas quería que encontraran la mansión exactamente igual a como la habían dejado: un hogar esperándolas con los brazos abiertos.

CAPÍTULO 46

Dante no recordaba la última vez que había sentido tanto frío. Era como si su cuerpo hubiera decidido que, sin Natalie, no merecía la pena mantener su temperatura normal.

Miró el reloj de pulsera: las diez y treinta y dos de la mañana. Apenas habían pasado tres horas desde que había descubierto la ausencia de Natalie y Kora, pero le parecían tres siglos.

Mierda.

Se había duchado y vestido de forma mecánica, como un autómata programado para ejecutar tareas básicas, como un robot. Pantalones vaqueros negros, jersey gris y zapatillas deportivas.

—¿Señor Eastwood? —La voz de Thomas resonó desde el pasillo —. ¿Va a desayunar algo?

Dante levantó la mirada del suelo. Estaba sentado en el borde de su cama, con la nota de Natalie todavía arrugada en el puño.

—No tengo hambre, Thomas.

El jardinero apareció en el umbral de la puerta, con expresión preocupada.

—Disculpe mi insistencia, señor, pero necesita comer algo. Le he preparado café y tostadas. Algo básico.

Dante soltó un suspiro largo y agotado.

—Está bien —cedió finalmente—. Bajaré en un minuto.

Pero cuando Thomas se retiró, Dante permaneció inmóvil.

Su mente era un torbellino de pensamientos contradictorios. Por un lado, el orgullo herido le gritaba que la dejara ir, que ella había elegido marcharse, que no le debía nada. Por otro, algo más profundo, más visceral, le suplicaba que corriera tras ella, que no podía perderla, no ahora, no así.

Se levantó de golpe, incapaz de soportar más tiempo sin hacer nada.

—¡Joder! —exclamó, cerrando las manos en puños.

Bajó las escaleras con una especie de energía renovada. Al entrar en la cocina, encontró a Thomas limpiando meticulosamente la encimera, aunque ya relucía. El jardinero estaba tan perdido como él.

—Voy a ir al pueblo —anunció Dante, ignorando el plato de tostadas que Thomas había preparado.

—¿Al pueblo, señor? —Thomas lo miró como si acabara de anunciar que planeaba escalar el Everest en calzoncillos.

—Sí, al pueblo. No puedo quedarme aquí sentado mientras ella está... —No pudo terminar la frase. La idea de Natalie y Kora solas, vulnerables, posiblemente asustadas, le resultaba insoportable.

Thomas asintió, comprendiendo perfectamente a que se refería.

—¿Quiere que lo acompañe?

—No, quédate aquí. Por si... —Por si vuelve, quiso decir, pero las palabras se negaron a salir, la voz se apagó—. Por si llama alguien.

Se bebió el café de un trago, quemándose la lengua. Pero ni siquiera registró el dolor. Cogió las llaves del Range Rover, y se dirigió al garaje.

El motor rugió al arrancar. Un potente sonido que apenas disimulaba los latidos descontrolados de su corazón.

Mientras recorría el camino de entrada, se juró que encontraría a Natalie, que iría al fin del mundo si fuera necesario, pero daría con ella.

Los pocos kilómetros que separaban la mansión del pueblo nunca se le habían hecho tan largos, tan eternos. Cada curva del camino parecía burlarse de él, retrasando deliberadamente su llegada.

Bufó.

Por fin, las primeras casas aparecieron ante sus ojos: construcciones de piedra con tejados de pizarra, algunas con hiedras trepando por las fachadas, otras con pequeños jardines delanteros muy cuidados.

Aparcó frente a la tienda de comestibles de Paul. El letrero de madera que rezaba «Ultramarinos Wilson–Desde 1892» danzaba hacia adelante y hacia atrás ligeramente con el viento que se arrastraba desde el mar.

Respiró hondo antes de bajar del coche. No tenía ni idea de qué iba a decir exactamente.

La campanilla sobre la puerta emitió un sonido cantarín al entrar. La tienda estaba prácticamente vacía, salvo por una anciana que examinaba meticulosamente un paquete de galletas en el pasillo de alimentos dulces.

Paul, con su perenne sonrisa amable dibujada en los labios, estaba detrás del mostrador. Su expresión cambió de golpe al reconocer a Dante.

¿Qué hacía allí?

Tragó saliva.

—¿Señor Eastwood? —dijo, con sorpresa—. Esto sí que es una novedad —comentó.

Dante se acercó al mostrador con pasos largos, sintiéndose inexplicablemente expuesto. Notaba la mirada curiosa de la anciana taladrándole la nuca.

Por eso nunca bajaba al pueblo.

—Hola, Paul —saludó en tono seco—. Necesito hablar contigo.

Paul frunció el ceño, intrigado.

—¿Sobre qué? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó, al advertir la expresión de preocupación que mostraba el rostro de Dante.

—Es sobre Natalie —respondió Dante, impaciente.

Al mencionar su nombre, las facciones de Paul se suavizaron.

—Ah, Natalie —suspiró—. Es encantadora. Siempre tiene una sonrisa para todos, ¿no cree? Y Kora es un sol.

Dante sintió una punzada aguda en el pecho. Todo el mundo parecía ver lo extraordinarias que eran Natalie y Kora, excepto él, que había estado demasiado ocupado rumiando sobre mentiras del pasado y gilipolleces como para valorar lo que tenía delante.

Dios, había sido tan estúpido.

—Se han ido —soltó, sin más preámbulos. No estaba para perder el tiempo—. Esta madrugada. Sin despedirse. Sin decir dónde iban.

La sonrisa de Paul se desvaneció.

—¿Qué? Pero... no entiendo. El jueves estuvo aquí comprando pañales para Kora. Parecía normal, como siempre.

—¿Te comentó algo? ¿Algún plan, alguna preocupación que tuviera? —preguntó Dante, aferrándose a cualquier posible pista.

Paul negó con la cabeza, desconcertado.

—No, nada fuera de lo común. Charlamos sobre el clima, sobre la próxima feria del pueblo... cosas triviales.

Dante apoyó ambas manos en el mostrador, intentando controlar la frustración que crecía en su interior.

—Piensa, Paul. Cualquier detalle, por pequeño que sea.

El dependiente se rascó la barbilla, haciendo memoria.

—Bueno, ahora que lo menciona... Sí que noté algo extraño la última vez.

Dante se irguió, súbitamente alerta.

—¿Qué?

—Al salir de la tienda, Natalie se quedó un momento mirando alrededor, como si buscara a alguien. Parecía... no sé, inquieta.

—¿Y no pensabas mencionarlo? —espetó Dante, más bruscamente de lo que pretendía.

Paul se encogió ligeramente.

—Lo siento, señor Eastwood, pero Natalie siempre ha sido muy reservada, y me pidió que no dijera nada.

Dante respiró hondo, intentando calmarse. No era culpa de Paul. En todo caso, era culpa suya, por no haber estado más atento, por no haberle demostrado a Natalie que podía confiar en él.

—Perdona, Paul. Estoy... preocupado —admitió, pasándose una mano por el pelo despeinado.

—Lo entiendo —asintió Paul—. Yo también lo estaría. Natalie y la pequeña Kora son especiales.

—¿Especiales? —repitió Dante, con una risa amarga—. Son toda mi maldita vida, Paul. Y ni siquiera he tenido la decencia de decírselo.

Las palabras salieron de su boca sin filtro, sorprendiéndolo incluso a él mismo. Paul parpadeó, desconcertado por la repentina

revelación de Dante. Jamás hubiera pensado que un hombre como él le confesaría algo así y de esa forma.

—Bueno, supongo que nunca es tarde para decir lo que uno siente —comentó con cautela—. Cuando la encuentre, claro.

«Cuando la encuentre». La simple elección de palabras de Paul fue como una pequeña llama de esperanza, porque lo daba por hecho.

—Eso es lo que intento, encontrarla —dijo Dante—. Por eso estoy aquí. Pensé que quizás te habría mencionado algo, algún lugar, algún contacto...

—Lo siento, no me dijo nada por el estilo —comentó Paul.

Dante asintió, resignado. Había sido una posibilidad remota desde el principio.

—Hay algo más que debería saber —añadió Paul, bajando ligeramente la voz—. Hace unas semanas vino un tipo preguntando por ella.

El corazón de Dante dio un vuelco.

—¿Un tipo? ¿Qué tipo? —quiso saber, aunque tenía claro de quién se trataba.

—No sé su nombre. Alto, bien vestido, un poco estirado. —Paul hizo una mueca de desagrado—. Se presentó como el hermano de Natalie, dijo que estaba preocupado por ella, aunque después Natalie me dijo que era su ex.

—Sí, Justin —murmuró Dante entre dientes, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas—. ¿Qué le dijiste?

—Nada concreto. Había algo en ese hombre que no me gustó desde el primer momento. —Paul se encogió de hombros—. Le dije que no conocía a ninguna Natalie, pero no pareció creerme. Empezó a hacer preguntas a otras personas del pueblo. A la dependienta de

la panadería, al señor Smith, el anciano que se sienta en el banco de la plaza...

—¿Se lo contaste a Natalie? —preguntó Dante, cada vez más alarmado.

—Claro que sí. Se puso pálida como un fantasma y me dijo que era un tema delicado.

Y ahí estaba. El motivo de la huida precipitada de Natalie. Estaba seguro de que Justin había seguido recopilando información de ella y amenazándola. Y ella, en lugar de acudir a él en busca de ayuda, había preferido desaparecer otra vez. ¿Tan poco confiaba en él? ¿Tan mal lo había hecho?

—Mierda —masculló Dante, cerrando los ojos un momento—. Debió asustarse. Y yo ni siquiera me di cuenta.

Paul lo observaba con una preocupación visible en el rostro.

—Señor Eastwood, si me permite el atrevimiento... ¿Por qué Natalie tiene tanto miedo a su ex?

Dante dudó un instante. ¿Cuánto debía decir? Paul parecía sinceramente preocupado por Natalie.

—Porque la maltrataba, Paul, y también a Kora. Es un tipo peligroso, y la razón por la que ella cambió su nombre y vino a trabajar a la mansión.

No era toda la historia, pero era suficiente para que Paul entendiera la gravedad del asunto.

—¿Y ahora ha vuelto a encontrarla? —Paul silbó por lo bajo—. No me extraña que haya huido. Pero, señor Eastwood, ¿no sería mejor dejarla ir? Quizás es lo más seguro para ella.

Dante negó con la cabeza enérgicamente.

—No, no lo entiendes. Si se ha ido así, precipitadamente, es porque está asustada. Y ese cabrón no va a dejar de buscarla. La encontrará de nuevo, tarde o temprano. —Se inclinó sobre el

mostrador y miró a Paul con intensidad—. No puedo dejar que se enfrente a esto sola, Paul. No puedo.

Entonces Paul lo entendió. Dante Eastwood estaba enamorado de Natalie. No podía decir que fuera algo raro. ¿Quién no se enamoraría de Natalie?

—Cuente conmigo, señor Eastwood. Si me entero de algo, se lo haré saber. Y hablaré con la gente del pueblo. Discretamente, claro.

—Te lo agradezco —respondió Dante, con un sincero alivio—. Si alguien ha visto algo, si alguien sabe cualquier cosa...

—Se lo comunicaré de inmediato —prometió Paul—. Deme su número de teléfono. Será más rápido que enviar a alguien a la mansión.

Dante le dictó el número de su móvil, que Paul anotó cuidadosamente en un post-it amarillo.

—Gracias, Paul. De verdad.

—No hay de qué, señor Eastwood. Natalie y Kora... bueno, han traído alegría a este pueblo. Todos lo hemos notado. Queremos que estén bien.

Al salir de la tienda, Dante fue consciente de las miradas curiosas de los pocos transeúntes que pasaban por allí. Era una rareza, casi una atracción turística. Bueno, se lo había ganado a pulso. El huraño dueño de la mansión de los acantilados, bajando al pueblo como un rey visitando a sus súbditos. En circunstancias normales, esas miradas le habrían irritado. Ahora simplemente le resultaban irrelevantes. Tenía cosas verdaderamente importantes en las que pensar.

De vuelta en el coche, golpeó el volante con frustración. Estaba exactamente donde había empezado: sin pistas, sin idea de dónde buscar. La sensación de impotencia amenazaba con ahogarlo.

Arrancó el motor y condujo de regreso a la mansión, sin un plan claro. Mientras avanzaba por la carretera, una idea comenzó a

cristalizar en su cabeza.

Óscar. Su hermano. El único en quien podía confiar plenamente, el único que lo había visto en sus peores momentos y seguía a su lado. Óscar sabría qué hacer. Siempre lo sabía.

Nada más llegar a la mansión, prácticamente saltó del coche y entró corriendo. Thomas lo recibió en el vestíbulo, ansioso.

—¿Alguna novedad, señor?

—Nada concreto —respondió Dante, ya sacando el móvil del bolsillo—. Pero sé lo que tengo que hacer.

Se encerró en su estudio y marcó el número de su hermano. Óscar respondió al tercer tono.

—¡Vaya! El ermitaño ha decidido usar el teléfono. Debe ser el fin del mundo. ¿O es que ya me echas de menos? —bromeó su hermano a modo de saludo.

—Óscar, necesito tu ayuda —soltó Dante, sin preámbulos.

El silencio al otro lado de la línea fue breve pero elocuente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Óscar. El tono de broma desapareció completamente de su voz.

—Es Natalie.

—¿Qué pasa con ella? ¿Te ha dado calabazas?

—Se ha ido. Ha huido con Kora —contestó Dante.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué? —Las preguntas de Óscar se atropellaban unas a otras.

—Esta madrugada. Dejó una nota. —Dante se dejó caer en el sillón de cuero de su estudio como si pesara mil kilos—. Dice que es mejor así, que no intente buscarlas.

—Y por supuesto, vas a ignorar completamente eso último, ¿verdad? —adivinó Óscar, con un deje de ironía.

—Por supuesto —confirmó Dante—. No puedo dejarla ir, Óscar. No así.

—¿Tiene esto algo que ver con el hecho de que estás perdidamente enamorado de ella? —preguntó su hermano, directo como siempre.

Dante cerró los ojos durante unos instantes. A Óscar nunca había podido ocultarle nada.

—Sí —admitió—. Y con el hecho de que Justin la ha seguido amenazando. No sé qué le habrá estado diciendo, pero sea lo que sea, ha hecho que ella termine huyendo.

—¿Justin? —La alarma en la voz de Óscar era palpable—. ¿Ese cabrón ha seguido tocándole los cojones?

—Eso parece. Ha estado preguntando por ella en el pueblo. Paul, el chico de la tienda, se lo contó a Natalie. El muy hijo de puta no la deja en paz.

—Joder, Dante. —Óscar soltó un largo suspiro—. ¿Qué quieres que haga?

—Ven. Por favor. Te necesito aquí.

Hubo un breve silencio, como si Óscar estuviera considerando su agenda.

—Estoy en Madrid. Puedo tomar el primer vuelo disponible. Estaré ahí esta noche o mañana por la mañana como muy tarde.

El alivio que sintió Dante fue tan intenso que casi lo mareó.

—Gracias. Te enviaré un coche al aeropuerto.

—No te preocupes por eso, alquilaré uno. Tú concéntrate en no volverte completamente loco hasta que yo llegue.

Dante soltó una risa seca y sin humor.

—Demasiado tarde para eso —dijo.

—Escúchame, Dante. —La voz de Óscar adquirió un tono serio, casi solemne—. La vamos a encontrar, ¿me oyes? Vamos a traerlas de vuelta. A las dos.

—¿Y si no quiere volver? —La pregunta que más temía hacer Dante finalmente salió de sus labios—. ¿Y si prefiere seguir huyendo que volver conmigo?

—Entonces tendrás que darle un motivo para quedarse —respondió Óscar en tono humilde—. Un motivo mejor que el miedo que le tiene a ese cabrón de Justin.

Dante asintió, aunque su hermano no pudiera verlo.

—Tengo que colgar —dijo Óscar—. Necesito hacer algunas llamadas para organizar mi viaje. Te mantendré informado.

—Gracias, Óscar. De verdad.

—Para eso están los hermanos, idiota. Para sacarte de los líos en los que te metes solo.

La llamada terminó, y Dante se quedó mirando el teléfono en su mano. Por primera vez desde que descubrió que Natalie se había ido, sintió algo parecido a la esperanza. Un pequeño y ligero hilo de esperanza. Con Óscar a su lado, las posibilidades de encontrarla aumentaban considerablemente. Su hermano tenía contactos, recursos y, sobre todo, una perspectiva que a él le faltaba en aquel momento.

Salió del despacho y encontró a Thomas esperándolo pacientemente en el pasillo.

—¿Todo bien, señor? —le preguntó, con evidente preocupación.

—Mi hermano va a venir —anunció Dante—. Llegará esta noche o mañana por la mañana.

Thomas asintió.

—Excelente noticia, señor. El señor Óscar siempre ha sido muy... resolutivo.

Dante esbozó una sonrisa tenue.

Resolutivo. Eso era un eufemismo. Óscar era un torbellino de acción y decisión, justo lo contrario que él, que tendía a encerrarse en sí mismo cuando las cosas se complicaban.

—Prepara su habitación habitual, ¿vale? —pidió Dante—. Y quizás... —dudó un momento—. Quizás deberíamos tener lista también la habitación de Natalie. Por si...

No terminó la frase. No hacía falta. Thomas lo comprendió perfectamente.

—Por supuesto, señor. Todo estará preparado para cuando el señor Óscar llegue. Y la habitación de Natalie... bueno, en realidad no la he tocado. Está exactamente como ella la ha dejado.

Dante percibió un ligero temblor en su voz. Thomas también estaba sufriendo por la huida de Natalie y Kora. No era fácil olvidar lo mucho que significaban amabas para ellos, lo profundo que habían calado en la rutina diaria de los dos.

—Gracias, Thomas —dijo Dante, con un agradecimiento sincero —. Por todo.

Él asintió, visiblemente conmovido por el inusual reconocimiento.

—No hay de qué, señor. Encontraremos a Natalie y a la pequeña Kora. Estoy seguro.

Después dio media vuelta y se fue.

Mientras Thomas se alejaba para preparar todo, Dante se dirigió a la ventana del salón. Desde allí podía ver el jardín, los macizos de flores que Thomas cuidaba con tanta dedicación, el césped donde Kora había dado sus primeros pasos bajo la atenta supervisión de Natalie.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, la mansión le parecía vacía, hueca. Un caparazón desprovisto del calor que la

hacía un hogar. Y fue entonces, mirando el jardín solitario, cuando Dante comprendió con absoluta claridad lo que ya sabía en el fondo de su corazón, que haría cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, para traer de vuelta a Natalie y Kora.

Incluso si eso significaba enfrentarse a sus propios demonios. Incluso si eso significaba abrirse en canal, exponer sus debilidades, arriesgar su orgullo y su corazón.

Incluso si eso significaba enfrentarse a Justin.

—Voy a encontrarte, Natalie —murmuró contra el cristal, como una promesa solemne—. Y cuando lo haga, no volveré a dejarte ir.

CAPÍTULO 47

Las luces de un coche iluminaron el sendero de entrada a la mansión poco después de las once de la noche. Dante, que llevaba horas caminando de un lado a otro de la casa como un animal enjaulado, se detuvo en seco.

Durante un instante, su corazón dio un vuelco imaginando un improbable regreso de Natalie. Descorrió un poco las cortinas del vestíbulo con la mano y enseguida reconoció que el sonido del motor provenía de un coche de alquiler y no de un taxi que podría traerla de vuelta.

—Ha llegado el señor Óscar —anunció Thomas, emergiendo silenciosamente del pasillo lateral del vestíbulo.

Dante asintió, sin molestarse en preguntar cómo había identificado a su hermano sin ni siquiera mirar por la ventana. Thomas parecía tener un sexto sentido para todo lo que ocurría en la mansión.

—Gracias, Thomas. Puedes irte a descansar, ya me ocupo yo.

—Como desee, señor —respondió el jardinero, aunque no se movió ni un centímetro—. ¿Seguro que no necesita nada más?

Dante intuyó la pregunta subyacente: «¿Seguro que estará bien solo con su hermano y sus demonios?»

—Estoy bien —mintió—. Mañana será un día largo.

Thomas asintió, sin parecer muy convencido, y finalmente se retiró justo cuando el timbre de la puerta resonaba en el vestíbulo.

Dante abrió, encontrándose cara a cara con Óscar. Su hermano tenía el pelo revuelto por el viento de los acantilados, una barba de dos días y unas evidentes ojeras bajo los ojos. Llevaba un traje azul oscuro de tres piezas, con chaleco y una camisa blanca impoluta, ajustada al cuello con una corbata de color rojo. Cargaba una pequeña mochila de viaje al hombro.

—Tienes un aspecto horrible —fue su saludo, mientras entraba sin esperar invitación.

—Yo también me alegro de verte —respondió Dante, cerrando la puerta.

Óscar dejó caer la mochila en el suelo del vestíbulo y observó a su hermano mayor con ojo crítico.

—No, en serio, ¿has descansado algo las últimas horas? Tienes peor cara que yo, y eso que he pasado dos horas y media en un avión con un niño berreando en el asiento de atrás.

Dante se pasó una mano por el rostro, notando la aspereza de su barba sin afeitar.

—No. Pero no importa, la verdad.

Óscar suspiró y recogió su mochila.

—Vale, lo primero es lo primero. Necesito una ducha y algo de comer. Luego me pones al día con todos los detalles, y después planificamos cómo vamos a encontrar a tu chica y a la pequeña Kora.

—No es mi chica —murmuró Dante.

Óscar soltó una carcajada seca.

—Pero te gustaría —aseveró en tono de burla—. Es una pena que Natalie se haya ido justo cuando pensabas declararle tu amor —comentó.

Y Dante pensó que tenía razón, que era una pena. Si hubiera llegado un poco antes…

—¿Hay algo en la cocina o tengo que pedir comida? —preguntó Óscar.

—Thomas ha dejado preparada un poco de pasta en la nevera —respondió Dante—. Ve a ducharte. Te espero en la cocina.

Mientras Óscar subía las escaleras silbando despreocupadamente (pura fachada, Dante lo sabía bien; su hermano estaba tan preocupado como él), Dante se dirigió a la cocina y abrió la nevera.

Efectivamente, Thomas había dejado un bol con pasta, una ensalada y fruta cortada. También había una botella de vino tinto sobre la encimera, con una nota:

«El señor Óscar siempre prefiere el tinto con la cena.

Usted debería comer algo también.»

Dante sonrió débilmente. Thomas era demasiado considerado, incluso con él.

Sacó dos copas y sirvió el vino, tomando un sorbo directamente de la botella antes de hacerlo. No era como beber un trago de whisky, por supuesto (que era probablemente lo que necesitaba), pero al menos era una sensación diferente al vacío que sentía desde esa mañana.

Veinte minutos después, Óscar apareció en la cocina con el pelo mojado y ropa limpia.

—Ahora sí me siento humano otra vez —declaró, dejándose caer en una de las sillas—. Veo que Thomas sigue siendo el mismo genio de la hospitalidad que siempre.

Dante asintió, empujando una copa de vino hacia su hermano.

—¿Alguna novedad? —preguntó Óscar, mientras atacaba su plato de pasta.

—Nada. He llamado a su móvil unas veinte veces, pero está apagado.

—O lo ha tirado —sugirió Óscar—. Si realmente está huyendo de Justin, y sabe lo que hace, se habrá deshecho del teléfono.

Dante no había considerado esa posibilidad, y la idea le provocó una nueva oleada de ansiedad.

—No me estás ayudando —gruñó.

—No estoy aquí para ayudarte a sentirte mejor, estoy aquí para ayudarte a encontrar a Natalie —corrigió Óscar, señalándole con el tenedor—. Y para eso necesitamos pensar como ella. ¿Qué haría una mujer asustada, con una niña pequeña, tratando de escapar de un acosador?

—No lo sé —admitió Dante, sintiéndose más impotente a cada minuto que pasaba—. No sé cómo piensa Natalie en estas situaciones. Creía conocerla, pero...

—Pero resulta que no la conoces tanto como pensabas —completó Óscar, sin delicadeza alguna—. Tranquilo, a todos nos pasa. Mira mi historial de relaciones fallidas.

—Esto es diferente —insistió Dante.

—Sí, porque estás enamorado hasta los huesos —respondió Óscar, como si fuera lo más obvio del mundo—. Y porque hay una niña de por medio.

Dante no se molestó en negarlo. ¿Qué sentido tenía? Era transparente para su hermano.

—Mañana iremos al pueblo —dijo, cambiando de tema—. Voy a hablar con todo el mundo si es necesario. Alguien tiene que haber visto algo.

—Buena idea. —Óscar asintió, terminando su vino—. Un pueblo pequeño como este, donde nunca pasa nada... la gente se fija en todo. Especialmente en una mujer joven con una niña adorable que desaparece de repente.

—Eso espero —murmuró Dante, mirando por la ventana de la cocina hacia la oscuridad exterior del jardín—. Eso espero.

La mañana siguiente amaneció gris y amenazante, con nubes bajas que presagiaban tormenta. Un clima perfectamente acorde con el ánimo de Dante, que apenas había conseguido dormir un par de horas antes de que las pesadillas lo despertaran. Sueños confusos donde Natalie y Kora se perdían en laberintos interminables mientras él las buscaba desesperadamente, oyendo sus voces pero sin poder alcanzarlas nunca.

Se vistió con ropa casual para no destacar demasiado en el pueblo: vaqueros oscuros, jersey azul marino y una chaqueta de cuero que probablemente no había usado en años.

Al bajar a desayunar, encontró a Óscar ya vestido y con una taza de café en la mano, hablando animadamente con Thomas. Su hermano siempre había tenido ese don para conectar con la gente de inmediato, mientras que a él le costaba un esfuerzo sobrehumano.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Óscar con una sonrisa burlona—. Veo que al final has conseguido dormir algo.

—Muy gracioso —respondió Dante, aceptando la taza de café que Thomas le ofrecía—. ¿Cuál es el plan?

—Primero, desayunar como personas adultas —declaró Óscar—. Después, bajar al pueblo y hablar con cuanta más gente mejor,

como sugeriste ayer. Thomas nos ha preparado una lista de los lugareños que podrían ser más... observadores.

—Cotillas, quiere decir —precisó Thomas con una ligera sonrisa —. La señora Harding de la panadería no se pierde una, y el viejo señor Smith pasa todo el día en el banco de la plaza, viendo quién entra y sale del pueblo.

Dante asintió, agradecido.

—¿Y si nadie ha visto nada? —preguntó, dando voz a su mayor temor.

—Entonces pasaremos al plan B —respondió Óscar con confianza—. Que consistirá en lo que sea que se nos ocurra si el plan A falla. Vamos paso a paso, Dante.

Thomas colocó un plato con tostadas y huevos revueltos frente a Dante.

—Coma algo, señor Eastwood. No podrá ayudar a Natalie si se desmaya de hambre.

Dante miró la comida sin apetito, pero se obligó a tomar un bocado para no decepcionar a Thomas. Mordió un trozo de tostada y masticó mecánicamente, sin saborear nada.

—Thomas se quedará aquí por si hay noticias —continuó Óscar —. Y nosotros vamos a peinar ese pueblo de arriba a abajo.

Una hora después, los dos hermanos bajaban al pueblo en sus respectivos vehículos: Dante en el Range Rover y Óscar en el monovolumen que había alquilado. Aparcaron en la plaza principal, atrayendo inmediatamente las miradas curiosas de los pocos transeúntes que desafiaban a la inminente lluvia.

—Parece que somos la atracción principal —comentó Óscar, mirando a su alrededor—. ¿Siempre te miran así cuando bajas al pueblo?

—No suelo bajar al pueblo —respondió Dante en tono seco.

—Ah, claro. El señor de la mansión no se mezcla con la plebe —bromeó Óscar, dándole un codazo amistoso—. Pues hoy vas a socializar más que en toda tu vida. Empecemos por la tienda de Paul.

Paul los recibió con una sorpresa evidente en el rostro al ver a los dos hermanos Eastwood entrar juntos en el establecimiento. La tienda estaba más concurrida que el día anterior, con varias personas haciendo sus compras habituales.

—Buenos días, señor Eastwood —lo saludó, y luego miró a Óscar con gesto interrogante.

—Este es mi hermano, Óscar —lo presentó Dante—. Ha venido a ayudarme a encontrar a Natalie.

—Encantado —dijo Óscar, y extendió la mano, que Paul estrechó con cierta perplejidad—. Mi hermano me ha contado que eres buen amigo de Natalie.

—No sé si amigo exactamente —corrigió Paul, sonrojándose ligeramente—. Pero sí, nos llevamos bien. Todos en el pueblo la apreciamos. —Miró a Dante—. ¿Ha habido alguna novedad?

—Ninguna —respondió Dante—. Por eso estamos aquí. Necesitamos la ayuda de todos.

Sus palabras, pronunciadas con una voz lo suficientemente alta como para que los demás clientes las oyeran, provocaron un silencio inmediato en la tienda. Todas las miradas se dirigieron hacia ellos.

—¿Qué le ha pasado a Natalie? —preguntó una mujer mayor, acercándose con curiosidad.

—Se ha ido —respondió Dante, sintiendo un nudo en la garganta—. Se fue ayer de madrugada con Kora. Y tenemos motivos para creer que está en peligro.

El murmullo de preocupación que recorrió la tienda fue instantáneo. Dante observó cómo la noticia se propagaba visiblemente de una persona a otra, como ondas en un estanque de agua.

—¿En peligro? —repitió el padre de Paul, que salió de la trastienda con el ceño fruncido—. ¿Es por ese hombre que preguntaba por ella?

—Exactamente —confirmó Óscar, tomando el relevo de su hermano, que parecía haberse quedado sin palabras—. Justin es su expareja, un tipo peligroso del que Natalie lleva tiempo huyendo. Y ahora que la ha localizado, ha tenido que volver a desaparecer. Creemos que la estaba amenazando.

La mujer mayor se llevó una mano al pecho.

—¡Santo Cielo! ¿Y la pequeña? ¿Ese hombre es...?

—Sí. —Dante recuperó la voz—. Justin es el padre de Kora. Como veis, el asunto es complicado. Por eso necesitamos encontrarlas antes que él. Por su seguridad.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Paul, con determinación.

Óscar sonrió, sacando del bolsillo de su chaqueta unas tarjetas con su número de teléfono.

—Para empezar, llamarnos si alguien las ha visto, o si tienen cualquier información sobre dónde podrían haber ido —explicó, repartiendo las tarjetas—. Necesitamos saber cómo salieron del pueblo, a qué hora, en qué dirección...

—Voy a convocar una reunión —decidió Paul—. En el salón del ayuntamiento, en una hora. Avisaré a todo el mundo. Si alguien sabe algo, lo compartirá allí.

Dante miró a Paul con una mezcla de sorpresa y agradecimiento. Nunca hubiera imaginado tanto nivel de implicación por parte de un simple conocido, y menos después de cómo le trató el primer día que lo vio en la mansión, cuando fue a dejar el pedido semanal. Por aquel entonces, los celos ya estaban empezando a hacer de las suyas.

—Gracias —dijo, con sinceridad—. De verdad.

Paul se encogió de hombros con una sonrisa modesta.

—Natalie siempre ha sido una chica muy maja con todos nosotros. Y Kora... bueno, ha conquistado a todo el pueblo con sus sonrisas y su alegría. Es lo mínimo que podemos hacer.

Una hora después, el pequeño salón del ayuntamiento del pueblo estaba sorprendentemente lleno. Dante, acostumbrado a su aislamiento en la mansión, se sintió algo abrumado por la cantidad de gente reunida para ayudar a encontrar a Natalie y a Kora. Hombres y mujeres de todas las edades, desde adolescentes hasta ancianos, llenaban las filas de sillas dispuestas en el salón, murmurando entre ellos con preocupación.

Paul subió al pequeño estrado y golpeó el micrófono un par de veces para comprobar que funcionaba.

—Gracias a todos por venir con tan poco tiempo de aviso —comenzó—. Como algunos ya sabéis, Natalie, la chica que trabaja en la mansión Eastwood, ha desaparecido junto con la pequeña Kora. Y según parece, están en peligro.

Un murmullo de inquietud recorrió la sala. Paul hizo un gesto hacia Dante y Óscar, que estaban de pie al fondo del salón.

—El señor Eastwood y su hermano han venido a pedirnos ayuda para encontrarlas.

Todas las miradas se dirigieron hacia ellos. Dante sintió un impulso inmediato de retroceder, de esconderse, pero la mano de Óscar en su hombro lo mantuvo firme.

—Ve —susurró Óscar—. Habla con ellos. De corazón.

Dante avanzó lentamente hacia el estrado, consciente de cada par de ojos que seguía sus movimientos. Al llegar junto a Paul, este le cedió el micrófono con una sonrisa de ánimo.

—Yo... —comenzó Dante, con la voz áspera por la emoción—. Quiero daros las gracias por estar aquí. Sé que no me conocéis bien, que para muchos soy La Bestia que vive en la mansión de los acantilados. —Hubo algunas risas ahogadas que confirmaban la obviedad de su afirmación—. Sé que tengo fama de... asocial.

—De cascarrabias, querrás decir —dijo Óscar, provocando más risas.

Dante sonrió a su pesar.

—Vale, sí, de cascarrabias. No lo voy a negar. Pero esto no se trata de mí. Se trata de Natalie y de Kora. —Su voz se quebró ligeramente al pronunciar sus nombres—. Están en peligro. El exnovio de Natalie es un hombre peligroso, manipulador y controlador. Ella huyó de él hace unos meses, cambió su nombre, y vino a trabajar a mi casa. Y ahora, ese hombre la ha encontrado de nuevo.

El silencio en la sala era absoluto. Dante tomó aire antes de continuar.

—Natalie es... es la mujer más valiente, fuerte e increíble que he conocido. Y Kora, su hija, es una niña maravillosa que merece crecer en un entorno seguro y feliz. No puedo permitir que vivan huyendo constantemente, mirando por encima del hombro, esperando que ese tipo las encuentre de nuevo.

—¿La quieres? —preguntó una voz femenina desde las primeras filas.

Una mujer de unos sesenta años con el pelo canoso recogido en un moño lo miraba con intensidad.

Dante se quedó unos segundos sin palabras. No esperaba una pregunta tan directa y personal.

—Señora Harding, por favor... —intervino Paul, visiblemente incómodo.

—No, está bien. —Dante levantó la mano, mirando directamente a la mujer—. Sí, la quiero. A las dos. Y debería habérselo dicho antes de que se fueran. Ese ha sido mi mayor error, y de lo que me arrepiento.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala, y Dante sintió el calor subir a sus mejillas. Nunca había hecho una confesión tan pública y personal. Pero le daba igual, solo quería que lo ayudaran a encontrar a Natalie.

—Eso es todo lo que necesitábamos saber —declaró la señora Harding con satisfacción—. Richard, cuéntales lo que sabes.

Un hombre de unos cincuenta años se puso en pie desde la tercera fila. Llevaba una gorra desgastada y una chaqueta de pana de color marrón.

—Yo conduzco el taxi del pueblo —explicó, dirigiéndose a Dante —. Ayer, sobre las doce y cuarto de la madrugada, recogí a Natalie en la mansión. Me pidió que la llevara a la estación de autobuses, la que está a unos 10 kilómetros de aquí.

Dante sintió que su corazón se aceleraba. Aquel dato era una pista real.

—¿Y la llevó? —preguntó, inclinándose hacia delante.

—Claro que sí —respondió Richard—. Iba con la niña. Llevaba una mochila y una pequeña maleta. Parecía muy nerviosa, miraba constantemente por la ventanilla trasera. Le pregunté si todo iba bien, pero solo dijo que tenía prisa por coger un autobús.

—¿A qué hora llegasteis a la estación? —intervino Óscar, acercándose al micrófono.

—Sobre las doce y media más o menos —calculó Richard.

—¿Le dijo adónde iba? —quiso saber Dante.

Richard negó con la cabeza.

—No, pero la vi mirando el panel de salidas mientras sacaba el dinero para pagarme. Había pocos destinos a esa hora. Creo que solo salían tres o cuatro autobuses.

—Es un comienzo —murmuró Óscar, dando una palmada en el hombro de Dante—. Tenemos que ir a esa estación ahora mismo.

Dante afirmó con la cabeza, y sintió una oleada de esperanza por primera vez en dos días.

—Gracias, Richard —dijo, y lo dijo de corazón—. Y gracias a todos. No olvidaré esto.

Mientras bajaban del estrado, varios habitantes del pueblo se acercaron a ofrecerles más información: alguien que había visto a Natalie comprar pañales extra en la farmacia el día anterior, otro que la había visto sacar dinero del cajero automático... pequeños detalles que confirmaban que la huida había sido planeada, no impulsiva.

Ya en la calle, Dante y Óscar se dirigieron rápidamente hacia sus coches.

—Iremos juntos hasta la estación —decidió Dante—. Pero si conseguimos averiguar dónde fue, nos separaremos para cubrir más terreno.

—Me parece bien —acordó Óscar—. Te sigo en el coche.

El trayecto hasta la estación fue el más largo de la vida de Dante, a pesar de que apenas duró diez minutos. Pero su mente no dejaba de reproducir imágenes de Natalie y Kora solas, asustadas, huyendo en un autobús en plena madrugada.

—Deberías haberme dicho lo que estaba pasando, Natalie —murmuró para sí mismo, golpeando el volante con frustración—. Podría haberte protegido. Podríamos haberlo enfrentado juntos.

La estación de autobuses era pequeña y con una arquitectura modesta. Un edificio rectangular con una sala de espera, una cafetería y cuatro andenes. A esa hora del día había poca actividad, lo que facilitaría hablar con el personal.

Dante y Óscar se dirigieron directamente al mostrador de información, donde una mujer de mediana edad atendía con expresión aburrida.

—Buenos días —saludó Óscar, desplegando toda su capacidad de encanto—. Necesitamos su ayuda en un asunto importante.

La mujer los miró con cierta sospecha.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo.

—Estamos buscando a una mujer joven, morena, de ojos azules, que viajaba con una niña pequeña de aproximadamente un año —explicó Dante, sacando su teléfono para mostrarle una foto de Natalie y Kora que había hecho durante la fiesta de cumpleaños de la pequeña—. Cogieron un autobús desde aquí ayer de madrugada.

La mujer miró la foto y luego a los hermanos, con expresión impenetrable.

—No puedo dar información sobre los pasajeros —respondió de forma automática—. Es política de la empresa.

Dante sintió que la frustración amenazaba con desbordarlo, pero Óscar intervino con calma.

—Entendemos perfectamente esa política, y la respetamos —dijo, inclinándose ligeramente sobre el mostrador—. Pero esto es una emergencia. La vida de esta chica y de su hija podría estar en peligro.

La empleada pareció desconcertada, pero se recompuso rápidamente.

—Si es una emergencia, deberían acudir a la policía.

—La policía tardaría demasiado —intervino Dante, con voz tensa —. Su expareja es un hombre peligroso que la ha estado acosando. Ella huyó para protegerse y proteger a su hija, pero necesitamos encontrarla antes que él.

La mujer los miró a ambos con un evidente escepticismo.

—¿Y por qué debería creerles? ¿Cómo sé que ustedes no son los tipos peligrosos de los que ella está huyendo?

Era una pregunta razonable, Dante tenía que admitirlo. Sacó su carnet de identidad y lo colocó sobre el mostrador.

—Me llamo Dante Eastwood. Ella trabajaba para mí como ama de llaves. Puede comprobarlo.

Algo en su tono, o quizás en la desesperación evidente de sus ojos, pareció hacer mella en la mujer.

—Un momento —dijo, recogiendo el carnet y desapareciendo en una oficina trasera.

Óscar aprovechó para acercarse a Dante.

—Respira, hermano. Estamos cerca.

Dante asintió, intentando controlar su ansiedad. Un par de minutos después, la mujer regresó acompañada de un hombre de unos cincuenta años con uniforme de supervisor.

—Soy Ramon Wyle, jefe de estación —se presentó—. Helen me ha comentado su situación. ¿Pueden explicarme exactamente qué está pasando?

Dante respiró hondo y repitió la historia, aquella vez con más detalles: cómo Justin había aparecido en el pueblo preguntando por Natalie, cómo ella había huido precipitadamente, cómo temían por su seguridad.

—No puedo perderla —concluyó, con una honestidad brutal—. Tengo que encontrarla antes que él. Tengo que asegurarme de que están a salvo.

El hombre lo observó durante un largo rato, como evaluándolo, antes de asentir con la cabeza, afirmando.

—Recuerdo a la chica y a la niña —admitió—. Es difícil no fijarse en alguien que viaja con un bebé a esas horas. Llegaron sobre las doce y media pasadas, y estuvieron esperando en la sala unos veinte minutos.

—¿Qué autobús tomaron? —preguntó Óscar, inclinándose hacia delante.

Ramon dudó un momento más, pero algo en la expresión de Dante pareció convencerlo.

—Compraron un billete para Shilton, en Oxfordshire. Es un pueblo pequeño, a unos 125 kilómetros al norte. El autobús salió a la una menos diez.

Dante sintió que una ola de alivio lo inundaba. ¡Tenían un destino! Shilton... El nombre no le sonaba de nada, pero era un punto en el mapa, un lugar concreto donde buscar.

—Gracias —dijo—. No sabe lo que esto significa para mí.

—Para nosotros —corrigió Óscar, colocando una mano en el hombro de su hermano.

Ramon asintió, con una pequeña sonrisa.

—Espero que las encuentre, señor Eastwood. Y que pueda protegerlas.

Ya en el aparcamiento, Dante y Óscar se detuvieron junto a sus vehículos para planificar el siguiente paso.

—Shilton está a una hora y media de aquí —dijo Óscar, consultando el GPS de su teléfono—. Si salimos ahora, llegaremos antes del mediodía.

Dante asintió, sintiendo una mezcla de ansiedad y esperanza.

—Iremos cada uno en un coche, como dijimos. Así podremos cubrir más terreno cuando lleguemos —dijo.

—De acuerdo. —Óscar hizo una pausa, mirando a su hermano con seriedad—. Dante, sé que estás desesperado por encontrarla, pero intenta mantener la calma. Si está asustada, lo último que necesita es que aparezcas como un huracán.

Dante esbozó una sonrisa tensa.

—Lo intentaré. Pero no puedo prometer nada.

Óscar asintió, comprensivo.

—Voy a llamar a Thomas para avisarle. Tú conduce con cuidado.

Mientras Óscar hacía la llamada, Dante se sentó en su Range Rover y cerró los ojos unos segundos, recostando la cabeza en el asiento. Por primera vez desde que descubrió que Natalie había huido, sentía que estaba siguiendo un camino concreto, no simplemente dando palos de ciego.

—Voy a encontrarte, Natalie —murmuró, poniendo en marcha el motor—. Y esta vez no voy a dejar que vuelvas a escapar.

Con esa promesa, Dante y Óscar salieron del aparcamiento, uno tras otro, rumbo a Shilton, y hacia lo que Dante esperaba que fuera el fin de su desesperada búsqueda.

CAPÍTULO 48

El Motel Green Tree era exactamente lo que su nombre sugería: un conjunto de habitaciones sencillas dispuestas en hilera frente a un jardín mal cuidado donde algunos pinos resistían heroicamente el abandono.

El edificio de una sola planta, pintado de un verde desvaído que hacía años que no veía una brocha, tenía un aire melancólico bajo el cielo gris de Shilton, un pueblo tan pequeño y apartado que ni siquiera aparecía en algunos mapas.

Natalie apartó ligeramente la cortina amarillenta y echó un vistazo a través de la ventana manchada de la habitación número 7. El jardín estaba desierto excepto por un gato callejero que husmeaba entre los arbustos y los tres coches aparcados: una camioneta destartalada, un sedán con bastantes años encima y una furgoneta.

El viento mecía suavemente las ramas de los pinos, produciendo un susurro constante que, en otras circunstancias, podría haber resultado relajante.

Suspiró, dejando que la cortina volviera a su lugar. La habitación era pequeña pero estaba limpia, con una cama doble, un televisor antiguo, una mesita con dos sillas y, en un rincón, una cuna portátil que la dueña del motel, la señora Perkins, había sacado de algún trastero cuando vio que viajaba con una niña pequeña.

Kora dormía plácidamente en la cuna, ajena a la ansiedad que atormentaba a su madre. Su respiración suave y rítmica era lo único que impedía que Natalie se derrumbara completamente.

—Tenemos que irnos más lejos, cariño —susurró, acercándose a la cuna y acariciando suavemente la mejilla sonrosada de la pequeña —. Mucho más lejos.

Se sentó en el borde de la cama, sacando de su bolso el mapa de carreteras que había comprado en la estación de autobuses. Lo extendió sobre la colcha, estudiándolo con atención mientras se mordisqueaba nerviosamente el labio inferior.

«¿Hacia dónde podemos ir ahora? —pensó, trazando con el dedo las líneas que representaban carreteras y conexiones—. ¿Norte? ¿Sur? ¿Quizá oeste, hacia las montañas?»

Su mente era un torbellino de posibilidades y temores. Cada opción parecía tan buena o tan mala como cualquier otra. Lo único que tenía claro era que no podían quedarse en Shilton más de una noche. Estaba demasiado cerca, demasiado expuesto. Si Justin había conseguido seguirle la pista hasta la mansión de Dante Eastwood, perdida en unos acantilados, también podría encontrarla allí.

El pensamiento hizo que un escalofrío recorriera su espalda.

«Justin.»

El nombre mismo parecía envenenar el aire cuando lo pensaba.

Se levantó de un salto y volvió a asomarse a la ventana. El jardín seguía desierto, pero ahora la tranquilidad le parecía amenazante, como si el silencio ocultara peligros invisibles.

—Para ya —se regañó a sí misma en voz baja—. Te estás volviendo paranoica.

Pero la paranoia había mantenido a su hija y a ella a salvo durante más de un año. La paranoia la había hecho cambiar de nombre, de apellido, mudarse a un pueblo perdido, y tomar precauciones constantes. La paranoia era su compañera más fiel.

Sin embargo, no había sido suficiente.

Natalie cerró los ojos unos segundos, recordando la mirada de Dante cuando se despidió de él. No con palabras, porque no había tenido el valor de enfrentarlo, sino con una carta apresuradamente escrita en la madrugada, mientras él dormía.

«Te mereces algo mejor que esto, Dante —pensó con una punzada de dolor—. Algo mejor que una mujer perseguida por sus fantasmas.»

Solo esperaba que él lo entendiera, que no se enfadara, que no le guardara rencor.

Los meses en la mansión habían sido los más felices en mucho tiempo. La forma en que Dante miraba a Kora, la forma en que se preocupaba por ambas, la ternura escondida bajo su fachada de hombre hosco e inaccesible...

El sonido de unos golpes en la puerta interrumpió sus pensamientos, sobresaltándola.

Su corazón dio un vuelco, pero casi inmediatamente se tranquilizó. Debía de ser la cena que había pedido. La señora Perkins le había recomendado un bar local que hacía entregas a domicilio, y Natalie había llamado hacía media hora para pedir algo ligero para ella y un poco de puré para Kora.

Echó un último vistazo a la niña, que seguía durmiendo plácidamente en la cuna, y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó por pura precaución.

No hubo respuesta, solo otros dos golpes, más insistentes.

«Seguro que es el repartidor», pensó.

Aun así, se tomó un momento para asegurarse de que la cadena estaba puesta antes de entreabrir la puerta.

Lo que vio hizo que su sangre se congelara.

Un hombre alto con una sudadera con capucha oscura estaba de pie ante ella. No llevaba bolsas de comida. No era el repartidor.

Bajo la capucha, parcialmente inmerso en sombras, estaba el rostro que aparecía en sus peores pesadillas.

—Hola, Nat —la saludó Justin, con una sonrisa maliciosa delineada en los labios—. ¿No me invitas a pasar?

Natalie sintió que todo su cuerpo se paralizaba. El terror la dejó momentáneamente incapaz de moverse, de hablar, incluso de respirar. Durante un instante, todo a su alrededor pareció desvanecerse, dejando solo ese rostro, esos ojos que la miraban con una mezcla de triunfo y furia apenas contenida.

—No —logró articular finalmente, intentando cerrar la puerta.

Pero Justin fue más rápido. Con un movimiento ágil, metió el pie en el hueco que había libre y empujó con fuerza. La puerta se abrió de golpe, rompiendo la cadena y golpeando a Natalie en el hombro, haciéndola trastabillar hacia atrás.

Justin entró y cerró la puerta tras de sí con una calma calculada que resultaba más aterradora que cualquier estallido de violencia.

—Qué descortés, Nat —dijo, quitándose la capucha y pasándose una mano por el pelo rubio—. Después de lo mucho que me ha costado encontrarte.

Natalie retrocedió hasta que su espalda tocó la pared. Su mente trabajaba frenéticamente, evaluando opciones, calculando distancias. La puerta del baño estaba demasiado lejos. El teléfono de la habitación, en la mesita de noche, no serviría de nada; tardaría demasiado en marcar cualquier número. Su móvil estaba en el bolso, sobre la cama, apagado, pero Justin estaba entre ella y el bolso.

Y Kora... Kora dormía indefensa en la cuna, a solo unos metros de ellos.

El pensamiento de su hija le dio la fuerza que necesitaba para hablar.

—Tienes que irte, Justin —dijo, intentando que su voz sonara firme a pesar del temblor que sentía por dentro—. No tienes nada que hacer aquí.

Justin soltó una risa suave, casi gentil, que contrastaba grotescamente con la tensión palpable en el ambiente.

—¿Que no tengo nada que hacer aquí? —repitió, dando un paso hacia ella—. ¿Eso crees? Tengo una pareja y una hija que han estado jugando al escondite durante demasiado tiempo. Diría que tengo mucho que hacer aquí.

—Expareja —corrigió Natalie, sintiendo una chispa de ira atravesar su miedo—. No estamos juntos desde hace meses.

—Eso no cambia la realidad, Nat —respondió Justin con una calma glacial—. Sigues siendo mía. Y Kora es mi hija.

La mención de Kora hizo que Natalie se tensara aún más. Lentamente, intentando no llamar la atención sobre su movimiento, empezó a deslizarse hacia la cuna.

—Tú no tienes derecho a verla, no la quieres —dijo, midiendo cada palabra.

Los ojos de Justin se estrecharon peligrosamente, y Natalie sintió cómo se intensificaba la amenaza en el aire. Conocía esa mirada. Era el preludio de la tormenta.

—Es mi hija —respondió él, con un tono engañosamente suave —. La sostuve en mis brazos cuando tenía horas de vida. La alimenté, la cuidé, le cambié los pañales. ¿Y vienes a decirme que no tengo derecho a verla crecer?

Natalie apretó los puños, sintiendo cómo la indignación comenzaba a superar al miedo.

—¿Cuidarla? ¿Tú? —escupió las palabras con un desprecio que no intentó ocultar—. ¿Te refieres a cuando la zarandeaste?

Justin se tensó visiblemente. Su fachada de calma comenzó a resquebrajarse.

—Eso solo pasó una vez —dijo entre dientes—. Estaba cansado, no había dormido en días. Sabes que no quise hacerle daño.

—Una vez es suficiente —replicó Natalie. Su voz temblaba, pero estaba firme—. Una sola vez es todo lo que necesité para saber que no eras seguro para ella. Ni para mí.

Justin dio otro paso hacia ella, y Natalie pudo oler el alcohol en su aliento. No estaba borracho, pero había bebido lo suficiente para desinhibirse. Lo suficiente para ser aún más peligroso.

—Siempre tan dramática —comentó Justin con desdén—. Exagerando cada pequeña cosa. Por eso tuve que buscarte una y otra vez, ¿sabes? Porque te fuiste sin darme la oportunidad de explicarme, de disculparme, de arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar, Justin —dijo Natalie, negando con la cabeza—. Lo que había entre nosotros se rompió mucho antes de que me fuera. Y no fue por una «pequeña cosa». Fue por mucho tiempo de control, de golpes, de manipulación, de hacerme sentir que todo lo que hacía estaba mal, que no valía para nada.

Justin se pasó una mano por el rostro, y Natalie vio cómo su expresión cambiaba, como si se pusiera una nueva máscara: la del hombre arrepentido, el novio que ha cometido errores, pero está dispuesto a enmendarlos.

—He cambiado, Nat —dijo, suavizando su voz—. He ido a terapia, he trabajado en mis problemas. Te he echado tanto de menos... A las dos. Solo quiero que volvamos a ser una familia.

Natalie sintió una risa amarga burbujeando en su garganta. Era el mismo patrón de siempre. La amenaza, la culpa, y luego, cuando veía que no funcionaba, el arrepentimiento, las promesas de cambio. Un ciclo interminable que conocía demasiado bien.

—No te creo —respondió simplemente—. Y aunque lo hiciera, es demasiado tarde.

La máscara de arrepentimiento en la cara de Justin se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—¿Demasiado tarde? —repitió, en un tono que hizo que Natalie se encogiera instintivamente—. ¿Demasiado tarde porque has encontrado a otro? ¿A ese tipo ricachón para el que trabajas? ¿A ese escritor que no sale nunca de su cueva?

Natalie sintió que palidecía. ¿Hasta dónde había investigado Justin? ¿Hasta dónde las había estado vigilando?

—Dante no tiene nada que ver con esto —respondió, intentando mantener su voz firme—. Esto es entre tú y yo.

Justin sonrió. Una sonrisa fría y calculadora.

—Oh, pero sí tiene que ver. ¿Crees que no me he dado cuenta? La forma en que hablabas de él en el pueblo, cómo te sonrojabas cuando mencionaban su nombre... —Hizo una pausa, estudiando su rostro—. Te has enamorado de él, ¿verdad?

Natalie no respondió, pero su silencio fue toda la confirmación que Justin necesitaba.

—Increíble —murmuró él, sacudiendo la cabeza—. Huyes de mí, me quitas a mi hija, y encima te enamoras de otro hombre. ¿Tienes idea de lo que me has hecho pasar?

Fue en ese momento cuando Kora, como si hubiera sentido la tensión en el ambiente, comenzó a agitarse en la cuna. Un pequeño gemido, preludio del llanto, escapó de sus labios.

La atención de Justin se desvió inmediatamente hacia la cuna. Sus ojos se iluminaron con un brillo que Natalie conocía demasiado bien: posesión, obsesión.

—Mi pequeña princesa —murmuró, dirigiéndose hacia la cuna antes de que Natalie pudiera interceptarlo—. Cuánto has crecido…

—Justin, no —suplicó Natalie, moviéndose para interponerse entre él y la niña—. Por favor, déjala dormir.

Pero era demasiado tarde. Con un movimiento fluido, Justin la apartó de su camino y se inclinó sobre la cuna, levantando a Kora con una familiaridad que hizo que el estómago de Natalie se retorciera.

Kora, que se había despertado bruscamente y que se encontraba en brazos de lo que para ella era un desconocido, comenzó a llorar. Su llanto, agudo y asustado, llenó la pequeña habitación.

—Shhh, shhh, princesa… —intentó calmarla Justin, meciéndola torpemente—. Soy papá. ¿No te acuerdas de mí? Soy tu papá.

El llanto de Kora solo se intensificó. Su carita se enrojeció por el esfuerzo, agitando sus pequeños puños en el aire.

—No te reconoce —dijo Natalie, intentando mantener la calma a pesar del pánico que crecía en su interior—. Por favor, dámela. Está asustada.

Justin no pareció escucharla, y continuó con sus intentos infructuosos de consolar a la niña.

—Vamos, cariño, no llores. Papá está ahora aquí. Papá va a cuidar de ti y de mamá —susurró.

Pero cuanto más intentaba calmarla, más fuerte lloraba Kora, retorciéndose en sus brazos como si intentara escapar. Natalie podía ver la frustración creciendo en el rostro de Justin, la tensión en su mandíbula, el tic en su ojo izquierdo que siempre había sido el preludio de sus estallidos.

—Justin, por favor —intentó de nuevo, acercándose cautelosamente—. Está confundida y asustada. Deja que la coja yo. Puedes verla todo lo que quieras después, cuando esté más tranquila.

La mirada que le dirigió Justin estaba cargada de resentimiento, pero los gritos cada vez más desesperados de Kora parecían estar afectándolo. Con un movimiento brusco, extendió los brazos y le tendió a la niña.

—Haz que se calle —ordenó con los dientes apretados—. No soporto que llore así.

Natalie tomó a Kora con infinito cuidado, como si temiera que Justin cambiara de idea en el último segundo. En cuanto la niña estuvo en sus brazos, la estrechó contra su pecho, meciéndola suavemente y susurrándole palabras tranquilizadoras al oído.

—Mamá… —balbuceó la pequeña.

—Ya está, mi amor, ya está. Mamá está aquí. Estás a salvo.

Poco a poco, el llanto de Kora comenzó a disminuir, transformándose en pequeños hipos y sollozos. Sus manitas se aferraron a la camiseta de Natalie, buscando la seguridad que solo su madre podía proporcionarle.

Justin las observaba con una mezcla de envidia y frustración, paseándose por la pequeña habitación como un depredador en una jaula.

—Siempre fuiste mejor que yo con ella —murmuró, más para sí mismo que para Natalie—. Siempre supo que eras tú la que mandaba.

Natalie no respondió, estaba concentrada en calmar a su hija y en mantener la calma ella misma. Justin era como una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento.

Su mente trabajaba frenéticamente, evaluando opciones. Justin estaba cada vez más inestable, más impredecible. Necesitaba encontrar una manera de salir de aquella situación, de proteger a Kora.

Y entonces, como si una bombilla se encendiera en su mente, comprendió que solo había una salida posible en aquel momento.

Una que le revolvía el estómago, pero que podría comprarles tiempo.

—Justin —dijo, con una voz deliberadamente suave, conciliadora —. Lo siento.

Él se detuvo en seco, mirándola con sorpresa.

—¿Qué?

—He dicho que lo siento —repitió Natalie, tragándose la bilis que subía por su garganta—. Tienes razón. Me fui sin darte una oportunidad. Fue injusto.

Justin la miró con recelo, pero Natalie pudo ver un destello de esperanza en sus ojos.

—¿Lo dices en serio?

Natalie asintió, forzando una sonrisa que esperaba que pareciera sincera.

—He estado pensando mucho últimamente. Kora necesita a su padre. Y tú... siempre has sido importante para mí.

Cada palabra era como un cuchillo en su corazón, pero mantuvo su expresión serena, incluso añadió un ligero temblor a su voz para parecer emocionada. Haría cualquier cosa por su hija, la protegería de cualquier manera, aunque fuera mintiendo, aunque fuera fingiendo estar enamorada de Justin.

Justin dio un paso hacia ella. Sus ojos estudiaban cada centímetro de su rostro, buscando signos de engaño.

—¿Qué hay de tu jefe? ¿Del tal Dante Eastwood?

Natalie sacudió la cabeza.

—Dante es solo mi jefe. Nunca ha sido nada más. —Otra mentira que quemaba en sus labios—. He estado confundida, es todo. Asustada. Pero verte con Kora ahora... —Hizo una pausa, como si buscara las palabras—. Me ha recordado lo que éramos. Lo que podríamos volver a ser.

Vio cómo el semblante de Justin se suavizaba, cómo la tensión en sus hombros disminuía ligeramente. Estaba funcionando. Estaba creyéndola.

—Podríamos irnos ahora mismo —sugirió él, acercándose más —. Recoger tus cosas y las de la niña, y marcharnos. Empezar de nuevo, en otro lugar.

Natalie negó suavemente, acunando a Kora, que estaba adormeciéndose contra su pecho.

—No podemos irnos tan rápido —dijo, manteniendo un tono dulce—. Kora está cansada. Necesita descansar bien. Y yo también. Ha sido un día muy largo.

Justin frunció el ceño, y la sospecha volvió a sus ojos.

—¿Cómo sé que no intentarás escapar otra vez durante la noche?

Natalie sostuvo su mirada, rezando para que no notara el miedo que pulsaba en su interior.

—¿A dónde iría? Me encuentras una y otra vez, podrías hacerlo de nuevo. —Extendió una mano hacia él, en un gesto de oferta de paz—. Podemos irnos mañana por la mañana, con Kora descansada y todo preparado. Te lo prometo.

Justin miró su mano extendida, luego su rostro, y finalmente a Kora. Tras lo que pareció una eternidad, cogió la mano de Natalie, se acercó a ella y le dio un beso en los labios. Un beso rápido en el que Natalie ni siquiera participó.

—De acuerdo. Nos iremos mañana por la mañana. —Su expresión se endureció de repente—. Pero me quedaré aquí esta noche. Para asegurarme de que no irás a ninguna parte.

Natalie sintió que su corazón se hundía, pero mantuvo su sonrisa. Ya pensaría algo.

—Por supuesto —aceptó, sabiendo que no tenía otra opción—. Podemos pedir algo de cenar y planear dónde ir.

Justin asintió, y por un momento, Natalie vislumbró al hombre del que una vez se había enamorado: noble, esperanzado, casi ingenuo en su deseo de creer que todo podía arreglarse. Pero ese hombre había desaparecido hacía mucho tiempo (en realidad nunca había existido), consumido por los celos, las inseguridades y una rabia que siempre acechaba bajo la superficie.

Mientras lo observaba sentarse en el borde de la cama, sacando su teléfono como si estuviera en casa, Natalie apretó a Kora contra su pecho, sintiendo el latido de su pequeño corazón contra el suyo.

«Te mantendré a salvo —prometió en silencio a su hija—. No importa lo que tenga que hacer, pero te mantendré a salvo.»

Y mientras pensaba en la noche que tenía por delante, encerrada en aquella pequeña habitación con el hombre que más temía en el mundo, no pudo evitar que un escalofrío de terror recorriera su espalda. Justin era impredecible, volátil, peligroso.

Y ella no tenía idea de lo que era capaz de hacer.

CAPÍTULO 49

Las nubes de tormenta habían ido ganando terreno poco a poco, cubriendo el cielo como un manto pesado y gris, y sumiendo el pequeño pueblo de Shilton en una oscuridad casi completa, apenas interrumpida por las escasas luces de los comercios que iluminaban débilmente las calles desiertas. El viento se había intensificado a lo largo de la mañana, haciendo que las ramas de los árboles se agitaran con un susurro constante que parecía contar secretos.

Dante conducía con los nudillos blancos de apretar el volante, siguiendo de cerca las luces traseras del coche de Óscar. La angustia que sentía era tan intensa que apenas podía respirar. Cada kilómetro recorrido era una tortura y un alivio al mismo tiempo, porque cada vez estaba más cerca.

«Si les ha pasado algo...», pensó por enésima vez, sin atreverse a completar la frase ni en su propia mente.

—Tranquilo, Dante, seguro que están bien —había dicho Óscar para animarle—. Las encontraremos, ya verás. Todo va a salir bien.

Pero Dante no estaba tan seguro. Conocía la historia de Justin, lo que Natalie le había confesado durante aquellas noches en la mansión, cuando por fin se había atrevido a confiar en él. Le había visto el día que fue a la mansión, buscándolas. El incendio que estaba seguro de que había provocado... Era un hombre posesivo,

manipulador, violento. Un hombre que no aceptaba un «no» por respuesta y que siempre quería salirse con la suya. En resumen, un hombre peligroso.

El cartel de «Bienvenido a Shilton» apareció iluminado por los faros del coche, y Dante sintió cómo su corazón se aceleraba aún más, hasta sentirlo en la garganta.

Estaban cerca.

Muy cerca.

Óscar redujo la velocidad, giró a la derecha y se detuvo en la entrada del pueblo. Un hombre de unos sesenta y cinco años apareció caminando por la acera y Dante aprovechó para preguntarle. Así evitarían perder tiempo dando vueltas sin sentido. Bajó la ventanilla del coche.

—Señor, perdone, ¿podría decirme si hay algún pequeño hotel o pensión en Shilton en el que poder hospedarse?

—Sí, hay un par de moteles —dijo el hombre.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

El hombre se acercó al coche y se inclinó ligeramente.

—El Descanso del Viajero está hacia el oeste por esa calle y Green Tree hacia el este por aquí —respondió, señalando con la mano.

—Gracias —dijo Dante.

Mientras el hombre se alejaba, Dante se bajó del Range Rover y se dirigió al coche de Óscar.

—Hay dos moteles en el pueblo, uno hacia el oeste y otro hacia el este —explicó—. Yo iré al que está al este, tú ve al otro, que está siguiendo esa calle —indicó—. Por separado, daremos antes con Natalie, si está aquí.

—De acuerdo —dijo Óscar. Miró a su hermano—. La encontraremos —añadió, apretando el hombro de Dante a través de

la ventanilla abierta—. Te lo prometo.

Dante asintió, se giró y se dirigió al coche. Arrancó de nuevo y tomó la dirección hacia el motel. La distancia era corta, pero cada segundo le parecía crucial. Podía sentirlo en el fondo del pecho, un presentimiento oscuro y opresivo que le decía que Natalie estaba en peligro.

Natalie, con sus ojos azules que cambiaban de tono según incidía la luz en ellos.

Natalie, con su risa contenida que parecía escaparse a pesar de sus esfuerzos.

Natalie, que había entrado en su vida como un torbellino, alterando todo a su paso y haciendo que el mundo, antes gris y monótono, se llenara de color.

Y Kora.

La pequeña Kora, con sus manitas regordetas y su sonrisa desdentada que derretía hasta el corazón más duro. La niña que le había enseñado que había espacio en su vida para algo más que soledad y amargura.

No podía perderlas. No, de ninguna manera.

El motel Green Tree apareció ante sus ojos, un edificio alargado y de una sola planta, con una hilera de puertas numeradas que daban a un jardín descuidado donde se aparcaban los coches.

Dante detuvo el Range Rover junto a la entrada principal y apagó el motor. Durante unos segundos, se quedó inmóvil, respirando hondo, intentando calmar el tumulto de emociones que amenazaba con desbordarlo.

«Concéntrate —se ordenó a sí mismo—. Tienes que mantener la cabeza fría.»

Con determinación, salió del coche y se dirigió hacia la recepción, una pequeña oficina iluminada donde una mujer mayor

con gafas con montura al aire leía una revista.

—Buenas noches —saludó Dante, intentando que su voz sonara casual—. Estoy buscando a Natalie Watson. Me dijo que se hospedaba aquí con su hija.

La mujer lo miró por encima de sus gafas, con expresión de sospecha en los ojos.

—No damos información sobre nuestros huéspedes, señor.

Dante apretó los dientes, luchando contra el impulso de golpear el mostrador.

—Por favor, es importante —insistió—. Estoy preocupado por ella. Ha estado huyendo de su expareja, un hombre peligroso.

La expresión de la mujer cambió ligeramente, una chispa de preocupación asomó a sus ojos.

—¿La chica morena con los ojos azules? ¿La que tiene una niña pequeña con el pelo rizado y rubio? —preguntó, casi sin pensarlo.

El corazón de Dante dio un vuelco.

—Sí, exacto. ¿Está aquí?

La mujer dudó un momento más, pero finalmente asintió.

—Llegó esta mañana. Sola con la niña. Pero hace unas horas vino un hombre preguntando por ella. No me gustó su aspecto, pero sabía su nombre completo, así que pensé... —Su voz se apagó, y parecía realmente preocupada—. ¿Debería haber llamado a la policía?

Dante sintió que un escalofrío recorría su espalda de arriba abajo. El hijo de puta de Justin estaba allí. ¡Joder!

—¿Cuándo ha sido eso exactamente?

—Hace unas dos horas, quizá un poco más.

Dos horas. Demasiado tiempo.

—¿Puede decirme en qué habitación está? —preguntó, intentando mantener la calma a pesar del pánico que crecía en su interior.

La mujer señaló a través de la ventana.

—La número 7, al final del jardín, a la izquierda. Pero señor, si hay algún problema, tal vez deberíamos llamar a la policía...

Pero Dante ya no la escuchaba. Había salido de la recepción y se dirigía a grandes zancadas hacia el jardín, con los ojos fijos en la última puerta a la izquierda.

A medida que se acercaba, aminoró el paso, intentando no hacer ruido. No quería alertar a Justin de su presencia antes de evaluar la situación y ver cómo estaban las cosas.

Fue entonces cuando lo oyó. El sonido inconfundible de una discusión. Voces elevadas, amortiguadas por las paredes, pero claramente tensas y enfadadas.

Dante contuvo la respiración.

El corazón le latía con tanta fuerza que temía que se le saliera del pecho. Con cautela, se acercó a la ventana de la habitación número 7. Las cortinas estaban parcialmente cerradas, pero había un pequeño hueco por el que podía distinguir el interior.

Y lo que vio hizo que su sangre se helara.

Natalie sostenía a Kora contra su pecho con todas sus fuerzas. La niña, que se había despertado por los gritos, lloraba desconsoladamente, con la carita enrojecida. Justin se paseaba de un lado a otro de la pequeña habitación como un animal salvaje, sus ojos brillaban con una furia que Natalie conocía demasiado bien.

Todo había salido mal. Terriblemente mal.

Después de fingir que aceptaba su nuevo destino, de escuchar pacientemente los planes de Justin para su «nueva vida juntos», de forzar sonrisas y amabilidad mientras su estómago se retorcía de asco y miedo, por fin había visto su oportunidad. Justin, cansado del viaje y apaciguado por su aparente sumisión, se había quedado dormido en la cama. No profundamente dormido, pero lo suficientemente relajado como para que ella pudiera moverse con cuidado, coger a Kora y dirigirse sigilosamente hacia la puerta.

Sus dedos habían tocado el pomo, había empezado a girarlo... y entonces el chirrido traicionero de las bisagras mal engrasadas lo había despertado.

Luego todo había ocurrido muy rápido.

Justin había saltado de la cama. Su rostro primero estaba confuso, hasta que entendió lo que estaba ocurriendo y entonces la furia tomó sus rasgos faciales en cuestión de segundos. El golpe de su mano cerrando la puerta justo cuando ella intentaba abrirla. El empujón que la hizo tambalearse hacia atrás, sujetándose desesperadamente a la pared para no caer con Kora.

Y ahora estaba atrapada de nuevo, pero sin la falsa seguridad de su engaño. Justin sabía que había intentado escapar, que todo lo que le había dicho era mentira, que lo había hecho para ganar tiempo. Y estaba furioso.

—Eres una zorra mentirosa —escupió, acercándose tanto que Natalie pudo sentir su aliento en la cara—. ¿Creías que podías engañarme? ¿A mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Justin, por favor —suplicó Natalie, retrocediendo hasta que su espalda tocó la pared—. Piensa en Kora. Está asustada.

—¡Está asustada porque tú la has asustado! —gritó él, golpeando la pared junto a su cabeza con tanta fuerza que el yeso se agrietó e hizo estremecerse a Natalie—. Siempre eres tú la que crea problemas, la que complica todo.

Kora lloró con más fuerza, y Natalie la apretó contra sí, intentando protegerla con su cuerpo.

—Dámela —exigió Justin de repente, extendiendo los brazos—. Dámela ahora mismo.

—No —respondió Natalie. El terror le dio una fuerza que no sabía que poseía—. No te la vas a llevar. No le vas a hacer daño.

El rostro de Justin se contorsionó en una máscara de rabia.

—¿Daño? ¿Crees que le haría daño a mi propia hija? —Se acercó más, atrapando a Natalie contra la pared—. Tú eres la que le está haciendo daño, alejándola de su padre, convirtiéndola en una fugitiva.

Sus manos se aferraron a los brazos de Natalie, intentando separar a Kora de ella. Natalie se resistió, aferrándose a su hija con todas sus fuerzas, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Suéltala! —gritó, desesperada—. ¡Justin, por favor, suéltala!

El forcejeo se intensificó, con Kora atrapada en medio, llorando cada vez más fuerte. Natalie sentía que sus brazos cedían, que no podría resistir mucho más tiempo...

Y entonces, se escuchó un estrepitoso sonido.

Un golpe en la puerta, fuerte y decidido. Luego otro, y otro más.

—¡Natalie! —Una voz que conocía demasiado bien, una voz que nunca había esperado oír de nuevo, y menos en esos momentos—. ¡Natalie, abre la puerta!

Justin se quedó inmóvil. Su rostro reflejó incredulidad y luego rabia.

—¿Quién demonios...? —comenzó, pero no tuvo tiempo de terminar.

Con un estruendo ensordecedor, la puerta se abrió de golpe, después de que se arrancara de los goznes con una fortísima

patada. Y allí, en el umbral, iluminado por la tenue luz del exterior, estaba Dante.

Su Dante.

Alto, imponente, con el rostro contraído en una expresión de furia que Natalie nunca había visto antes. Sus ojos, habitualmente serenos, ardían con un fuego que parecía capaz de reducir a cenizas todo a su paso.

—Suéltala —ordenó. Su voz era un gruñido bajo y amenazante —. Ahora.

Justin soltó a Natalie y se giró para enfrentar a Dante. La sorpresa inicial había dado paso a una rabia renovada.

—¿Quién te crees que eres? —espetó—. Esto no es asunto tuyo. Lárgate.

Dante entró en la habitación con pasos estudiadamente lentos, como un depredador a punto de dar caza a su presa de un zarpazo.

—Te equivocas —respondió, sin apartar los ojos de Justin—. Ellas son mi asunto. Y tú vas a irte de aquí. Ahora.

Justin soltó una risa llena de desprecio.

—¿O qué? ¿Vas a obligarme, ricachón? —Se ajustó la postura, preparándose para pelear—. Esto es entre mi novia y yo. Tú no pintas nada aquí.

—Exnovia —corrigió Dante, avanzando otro paso—. Y si no te alejas de ella en los próximos cinco segundos, te mostraré exactamente lo que pinto aquí.

El tiempo pareció detenerse. Natalie observaba la escena con el corazón en la garganta, apretando a Kora contra sí, temblando incontrolablemente. Dante y Justin se miraban, evaluándose mutuamente. La tensión que flotaba en el aire era tan espesa que casi podía cortarse con un cuchillo.

Fue Justin quien atacó primero.

Con un grito de rabia, se lanzó hacia Dante, intentando golpearlo en la cara. Pero Dante estaba preparado. Con un movimiento fluido, esquivó el puñetazo y contraatacó con uno propio, un golpe directo al pecho que hizo que Justin se doblara sobre sí mismo, jadeando para tratar de atrapar algo de aire.

Pero no se rindió. Ni mucho menos. Se recuperó como pudo e intentó embestir a Dante, buscando derribarlo. Dante giró en el último momento, aprovechando el impulso de Justin para empujarlo contra la pared con un estruendo que hizo temblar los cuadros.

La pelea se intensificó, con Justin luchando como un animal acorralado, lanzando golpes desesperados que Dante esquivaba o bloqueaba con la habilidad de un boxeador. Era evidente quién tenía ventaja: Dante era más alto, más corpulento, más fuerte, y parecía saber exactamente lo que estaba haciendo.

Un puñetazo de Justin alcanzó el labio de Dante, haciéndolo sangrar ligeramente. La expresión de Dante se endureció aún más. Con un movimiento rápido, agarró a Justin por el cuello de la camisa y lo lanzó a través de la habitación, haciendo que tropezara con la mesita de noche y cayera al suelo.

Pero Justin se levantó de nuevo, con el rostro contorsionado en una máscara de puro odio.

—¡Te voy a matar! —gritó, sacando algo de su bolsillo trasero.

El reflejo metálico hizo que el corazón de Natalie se detuviera. Una navaja. Justin había sacado una navaja.

Dante se tensó visiblemente, pero no retrocedió. Ni un centímetro. Sus ojos estaban fijos en la hoja, calculando, esperando.

Justin se abalanzó sobre él, blandiendo la navaja en un arco salvaje. Dante se movió en el último segundo, esquivando la hoja por milímetros, y agarró la muñeca de Justin con una mano mientras con la otra le asestaba un golpe directo en la mandíbula.

El crujido se oyó incluso por encima del llanto de Kora y los jadeos de uno y de otro.

Justin se tambaleó hacia atrás, la navaja cayó de sus dedos repentinamente entumecidos. Dante no le dio tiempo a recuperarse. Con una serie de golpes precisos y devastadores, lo acorraló contra la pared. Cada puñetazo que le asestaba era más fuerte que el anterior.

Finalmente, con un último y brutal gancho derecho, Dante envió a Justin al suelo. Esa vez, no se levantó. Se quedó allí, semiconsciente, con la sangre manando de su nariz y de su labio partido, intentando débilmente incorporarse, pero sin conseguirlo.

Dante se inclinó sobre él, agarrándolo por la pechera de la camisa y levantándolo ligeramente.

—Si vuelves a acercarte a ellas —dijo, y cada palabra estaba cargada de una amenaza que helaba la sangre—, te mataré. Y no será rápido. ¿Me entiendes?

Justin emitió un sonido ininteligible, entre un gemido y un gruñido.

Dante lo sacudió. Sus nudillos, ensangrentados por los golpes, apretaron con más fuerza la tela.

—¡¿ME ENTIENDES?! —rugió entre dientes, levantando el brazo con la intención de darle otro puñetazo.

Su voz retumbó en las paredes de la pequeña habitación.

—Dante, para.

La voz de Óscar, calmada pero firme, llegó desde su espalda, mientras le sujetaba por los hombros.

—No vale la pena —dijo—. Ya has acabado con él. La policía se encargará a partir de ahora. Ya está en camino.

Dante miró a su hermano, luego a Justin, y finalmente a Natalie, que seguía en el rincón, abrazando a Kora, con los ojos

enormes y llenos de lágrimas. Algo en su expresión pareció alcanzarlo, atravesando la niebla roja de su furia.

Lentamente, soltó a Justin, dejándolo caer al suelo con un golpe sordo.

—Si te vuelvo a ver cerca de ellas —repitió. Su voz ahora era baja, pero no menos amenazante—, será lo último que hagas.

Justin no respondió, se limitó a toser y a gemir, recostado contra la pared.

Dante se alejó de él, con los hombros aún tensos y los puños apretados a ambos lados de los costados. Se dirigió hacia Natalie. Sus pasos se volvieron más suaves, más cautelosos a medida que se acercaba, como si temiera asustarla más de lo que ya estaba.

Se paró a unos pasos de ella. Su rostro se suavizó, y toda la furia de momentos antes dieron paso a una preocupación tan profunda que casi dolía verla.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz apenas en un susurro—. ¿Las dos?

Natalie lo miró, incapaz de creer que realmente estuviera allí, frente a ella. Dante, con el pelo largo despeinado por la pelea, con una pequeña herida en el labio, con los nudillos ensangrentados y los ojos llenos de una emoción que le quitaba el aliento.

La distancia entre ellos se hizo insoportable.

Sin pensarlo dos veces, Natalie se lanzó hacia él, con Kora aún en brazos, y se refugió en su pecho, en el calor y la seguridad que representaba. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se liberaron, corriendo sin parar por sus mejillas, empapando la camisa de Dante.

—Estás aquí —sollozó. La voz sonaba ahogada contra su pecho —. Realmente estás aquí.

Los brazos de Dante las rodearon a ambas, estrechándolas contra él con una gentileza que contrastaba de forma drástica con la violencia que acababa de desplegar con Justin.

—Siempre —murmuró contra su pelo—. Siempre estaré aquí para vosotras.

Kora, que había dejado de llorar en el momento en que Dante la había envuelto con su abrazo, levantó su pequeña manita y la posó en la mejilla de él, como reconociéndolo, agradeciendo su presencia.

—Da-Da —balbuceó.

El gesto, tan pequeño y tan significativo, junto con la manera en la que lo llamaba, hizo que algo se rompiera dentro de Dante. Cerró los ojos con fuerza, incapaz de contener la emoción que lo embargaba.

Óscar observaba la escena desde la puerta con una sonrisa suave esbozada en los labios. Detrás de él, las luces azules y rojas de los coches de policía comenzaban a iluminar la oscura tarde, reflejándose en las paredes de la habitación.

—La policía está aquí —anunció, volviéndose hacia la entrada para guiar a los oficiales.

Dante asintió sin apartar la mirada de Natalie y Kora, abrazándolas más fuerte, manteniéndolas cerca, protegidas.

Justin seguía en el suelo, aturdido, sin apenas moverse, cuando dos oficiales entraron en la habitación. Óscar les explicó la situación en voz baja, señalando ocasionalmente hacia ellos.

Natalie se acurrucó más contra el pecho de Dante, sintiendo por fin, después de tanto tiempo, que podía respirar.

Sí, por fin.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó, con una voz que aún sonaba temblorosa.

Dante la miró con una mezcla de ternura y determinación en los ojos grises.

—Movilicé a todo el pueblo para que me dieran alguna pista de ti —respondió.

—¿En serio?

—Te buscaría en cualquier parte, Natalie —dijo Dante—. En el fin del mundo, si fuera necesario.

Los oficiales de policía finalmente esposaron a Justin, mientras un tercer oficial le leía sus derechos. Apenas podía mantenerse en pie, y necesitaba el apoyo de los agentes para caminar.

—Señorita, necesitaremos tomar su declaración —dijo uno de los policías, acercándose a Dante y a Natalie con expresión comprensiva—. Cuando esté lista —añadió.

Natalie asintió, pero no hizo ademán de separarse del abrazo de Dante. No todavía. No cuando por fin se sentía a salvo.

—¿Se lo van a llevar? —preguntó, mirando a Justin mientras lo conducían hacia la puerta.

El oficial asintió.

—Hay unos cuantos cargos en su contra: amenazas, allanamiento, intento de secuestro, agresión... No va a salir en un buen tiempo. Y con los antecedentes que ya tiene, la condena será larga.

Un sollozo de alivio escapó de la garganta de Natalie. Era real. Por fin era real. Justin iría a la cárcel. Ella y Kora estarían a salvo. No podía creérselo.

Dante la estrechó con más fuerza, como si entendiera exactamente lo que estaba sintiendo. Y probablemente así era. Siempre había sido capaz de leerla como nadie más.

—Se acabó —murmuró contra su oído—. Se acabó, Natalie. Ya no tendrás que huir más.

Y mientras Justin era escoltado fuera de la habitación, mientras los oficiales tomaban fotografías y notas, mientras Óscar organizaba eficientemente el caos, Natalie se permitió creer que, quizás, el futuro podía ser maravilloso.

—Gracias —susurró, levantando la mirada para encontrarse con los ojos de Dante—. Por encontrarnos. Por salvarnos.

Dante negó ligeramente con la cabeza, y una sonrisa suave curvó sus labios.

—Vosotras me habéis salvado a mí primero —respondió, con la voz cargada de emoción—. Mucho antes de que yo os haya salvado a vosotras.

Y en ese momento, con Kora durmiendo tranquilamente en sus brazos y Dante sosteniéndolas a ambas como si fueran lo más precioso del mundo, como su fueran un tesoro, Natalie supo, con una certeza que calaba hasta el fondo de sus huesos, que finalmente había encontrado su hogar.

No en un lugar, sino en una persona.

En él.

En ellos.

En la familia que, contra todo pronóstico, habían formado.

CAPÍTULO 50

El silencio se había instalado en el interior del Range Rover de Dante, roto únicamente por el suave ronroneo del motor y el ocasional suspiro de Kora, que dormía plácidamente en su sillita de seguridad en el asiento trasero.

La pequeña, agotada por la intensidad de las últimas horas, había caído rendida apenas el coche se había puesto en marcha, indiferente a la tempestad de emociones que flotaba entre Natalie y Dante.

Dante conducía con la mirada fija en la carretera. Sus manos aferraban el volante con más fuerza de la necesaria. Tenía los nudillos aún enrojecidos por la pelea con Justin. De vez en cuando, lanzaba miradas de reojo a Natalie, como asegurándose de que realmente estaba ahí, a su lado, a salvo. Cada cierto tiempo, sus ojos se desviaban al retrovisor para comprobar que Kora seguía durmiendo tranquilamente.

Natalie, por su parte, mantenía las manos entrelazadas sobre el regazo, observando el paisaje nocturno que pasaba velozmente por la ventanilla. Las luces de Shilton habían quedado atrás, dando paso a la oscuridad de la carretera rural que los llevaba de vuelta a la mansión. La adrenalina que la había mantenido alerta durante el enfrentamiento con Justin comenzaba a diluirse, dejándola exhausta pero incapaz de relajarse del todo. La tensión entre ella y Dante era

palpable, un peso invisible que parecía ocupar todo el espacio disponible en el coche.

Finalmente, fue Dante quien rompió el silencio.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó. Su voz era baja, pero estaba cargada de una emoción contenida que Natalie no supo identificar del todo. ¿Enfado? ¿Decepción? ¿Dolor?—. ¿Por qué huiste así, Natalie?

Ella se mordió el labio inferior, un gesto nervioso.

—Justin me amenazó —respondió con apenas un susurro—. Dijo que... dijo que os haría daño. A ti y a Thomas. Que sabía cómo llegar a vosotros, y yo era consciente de que era verdad. Lo conozco muy bien…

Se detuvo, incapaz de continuar. El recuerdo de las palabras de Justin en los mensajes que le había enviado, de su tono frío y calculador, aún le provocaba escalofríos.

Dante apretó el volante con más fuerza.

—Deberías habérmelo dicho —insistió. La frustración era evidente en su voz—. Podríamos haber buscado una solución juntos. Podríamos habérselo dicho a la policía, aumentado la seguridad, lo que fuera. Pero en lugar de eso, decidiste desaparecer. ¿Tienes idea de lo que sentí cuando me di cuenta de que te habías ido?

Natalie se volvió hacia él, sintiendo que su propio enfado comenzaba a crecer.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —replicó—. No tienes ninguna obligación de protegernos, Dante. Ninguna. Desde que te enteraste de mi identidad falsa has estado frío y distante. Como si de repente yo fuera una desconocida, como si todo lo que habíamos compartido no significara nada.

Dante frenó, desviando el coche hacia el arcén. Apagó el motor y se giró para mirarla directamente, sus ojos grises brillaban con una mezcla de emociones tan intensas que Natalie casi retrocedió.

—¿Ninguna obligación? —repitió, con la incredulidad tiñendo cada sílaba—. ¿De verdad crees que para mí se trataba de una obligación, Natalie? ¿Después de todo este tiempo?

Natalie le sostuvo su mirada, aunque le costó un esfuerzo considerable.

—No lo sé, Dante. Sinceramente, no lo sé. Un día parecía que... que había algo especial entre nosotros, y al siguiente apenas me dirigías la palabra. ¿Qué se supone que debía pensar?

Dante dejó escapar un suspiro de frustración, pasándose una mano por el pelo en un gesto que delataba su nerviosismo.

—Tienes razón —admitió finalmente, en un tono más suave—. Me alejé. Pero no porque no me importaras, sino porque me importabas demasiado. Y eso me aterraba.

Natalie parpadeó, sorprendida por su confesión.

—¿Te aterraba?

Dante asintió con la cabeza sin que sus ojos abandonaran los de Natalie.

—Después de lo de Catherine... —Hizo una pausa, como si el simple hecho de pronunciar el nombre le costara un esfuerzo—. Después de todo aquello, juré que nunca volvería a confiar plenamente en nadie. Especialmente en una mujer.

—Lo sé —murmuró Natalie—. Me contaste lo que pasó, cómo te engañó con tu mejor amigo...

—No te lo conté todo —la interrumpió Dante. Su mirada se ensombreció—. No te dije que Catherine estaba embarazada cuando ocurrió el accidente.

Las palabras cayeron como una piedra pesada entre ambos. Natalie sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Em-embarazada? —tartamudeó, incapaz de ocultar su sorpresa.

Dante afirmó con la cabeza, su rostro era una máscara de dolor contenido.

—Lo reveló la autopsia. Estaba de unas diez semanas. Y lo peor es que... —Hizo una pausa. Las palabras se resquebrajaron ligeramente—. Lo peor es que nunca sabré si el bebé era mío o... o del que era mi mejor amigo. Iban juntos en el coche cuando ocurrió el accidente. Tenían una relación paralela a mis espaldas.

Natalie lo observó en silencio, comprendiendo por fin la profundidad de la herida que Catherine había dejado en Dante. No era solo la traición, no era solo el engaño. Era la duda eterna, la incertidumbre que lo atormentaría siempre.

—No sé si ahora podría ser padre de un niño o de una niña de 3 años —continuó Dante. Su mirada se perdió en algún punto lejano —. A veces me lo pregunto. Cómo sería, a quién se parecería... Y luego me odio por pensar en ello, porque tal vez ni siquiera era mío. Tal vez era de mi amigo, tal vez era fruto de su aventura.

Natalie, movida por un impulso, extendió su mano para tomar la de Dante. Esperaba que la rechazara, pero en lugar de eso, sus dedos se entrelazaron con los de ella, apretándolos ligeramente.

—Lo siento mucho, Dante —susurró, sintiendo que las palabras eran insuficientes para expresar lo que sentía—. No tenía idea...

Él negó con la cabeza, mientras una sonrisa triste curvaba sus labios.

—No es algo de lo que me guste hablar. De hecho, aparte de mi hermano y Thomas, eres la única persona que lo sabe.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero de alguna manera era diferente. Menos tenso, más íntimo, más cómplice.

—No tengo excusa que justifique cómo me he comportado contigo —continuó Dante después de un momento—. Todo lo que ocurrió con Catherine me ha convertido en alguien desconfiado, siempre a la defensiva, siempre esperando que llegue la traición. Y

cuando descubrí que me habías mentido sobre tu identidad... —Se detuvo, cerrando los ojos unos instantes—. Fue como si todos mis temores se confirmaran. Como si el universo me dijera: «¿Ves? Tenías razón en no confiar».

—Pero no era así —protestó Natalie—. No te mentí para herirte. Lo hice para protegernos a Kora y a mí. Era algo que no tenía nada que ver contigo.

—Lo sé —respondió Dante. Su pulgar trazó círculos suaves sobre el dorso de la mano de Natalie—. Ahora lo sé. Y lo sabía entonces, en el fondo. Pero era más fácil refugiarme en el enfado y la desconfianza que admitir que... —Hizo una pausa, como si las palabras se resistieran a salir—… Que estaba enamorándome de ti.

El corazón de Natalie dio un salto dentro de su pecho, y por un momento se preguntó si había oído bien.

—¿Tú... qué? —preguntó, con una voz apenas audible.

Dante la miró directamente. Toda la vulnerabilidad que solía esconder tan cuidadosamente ahora era visible en sus hipnóticos ojos grises.

—Hablé con Óscar antes de volver de Londres —explicó—. Le conté lo que sentía por ti, mis miedos, mis dudas. Y él, con esa sabiduría exasperante que tiene a veces, me dijo: «Dante, tienes dos opciones: pasar el resto de tu vida protegiéndote de un dolor que podría no llegar nunca, o arriesgarte por una felicidad que está ahí, al alcance de tu mano». —Una sonrisa iluminó su rostro durante un segundo—. Y tenía razón, maldita sea. Así que decidí que, al volver de Londres, te diría la verdad. Te contaría todo, incluso lo de Catherine y el bebé, y te diría lo que siento por ti. Pero cuando regresé, ya te habías ido.

Natalie sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, amenazando con desbordarse.

—Lo siento mucho, Dante —murmuró, con la voz tomada por la emoción—. Debí haber confiado en ti, pero tenía tanto miedo de que

Justin pudiera hacer algo contra ti… Algo contra Kora y contra mí, que pensé que la mejor solución era huir.

Él negó con la cabeza, apretando su mano con más fuerza.

—Y yo debí haberte dado razones para que hubieras confiado en mí. Actué como un idiota, alejándome cuando lo que más quería era acercarme. Merecías más que eso, mucho más.

Un sollozo escapó de los labios de Natalie, y Dante, sin pensarlo dos veces, la atrajo hacia sí, envolviendo sus brazos alrededor de ella. Era la primera vez que la abrazaba así, sin reservas, sin barreras.

—Te quiero, Natalie —susurró contra su pelo negro—. Te quiero de una manera que ni siquiera parece real. Tú y Kora... habéis cambiado mi vida por completo. Antes de que llegarais, la mansión era solo un edificio enorme y vacío, y yo era La Bestia que lo habitaba; igual de vacío, igual de frío. Pero entonces aparecisteis vosotras, con vuestras risas, vuestros juegos, vuestro caos maravilloso... y de pronto, todo cobró vida. Yo cobré vida.

Natalie se apartó ligeramente para mirarlo. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas.

—Yo también te quiero, Dante —confesó en un susurro—. Te quiero tanto que me asusta. Durante mucho tiempo me convencí de que nunca más dependería de nadie, que Kora y yo estaríamos solas pero a salvo. Y entonces te conocí, y empezaste a derribar todos mis muros, uno a uno, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Y cuando me enteré de que Justin podía hacerte daño... —Su voz se quebró—. No podía soportarlo. Prefería alejarme, sabiendo que estarías a salvo, que arriesgarme a que te ocurriera algo por mi culpa.

Dante acunó su rostro entre las manos, mientras sus pulgares enjugaban delicadamente las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Escúchame bien, Natalie —dijo. Su voz sonaba firme pero increíblemente tierna—. No hay nada, absolutamente nada, que no haría por vosotras. Ahora sois mi familia. La familia que he elegido, la que quiero proteger y cuidar durante el resto de mi vida. Así que no vuelvas a pensar nunca que sois una carga o una molestia. Sois lo mejor que me ha pasado jamás. ¿Lo entiendes?

Una nueva oleada de lágrimas brotó de los ojos de Natalie, pero esa vez eran lágrimas de felicidad, de alivio, de amor.

—¿Lo prometes? —preguntó con una voz pequeña, vulnerable —. ¿Prometes que no nos dejarás?

—Lo prometo —respondió Dante sin dudar—. Con todo mi corazón.

Natalie se aferró a él, enterrando el rostro en su pecho, sintiendo el fuerte latido de su corazón contra su mejilla.

—Prométeme tú también algo —pidió Dante después, apartándose ligeramente para mirarla a los ojos—. Prométeme que no volverás a huir. Que hablaremos, que resolveremos juntos lo que sea que venga. Que confiarás en mí tanto como yo confío en ti.

Natalie afirmó en silencio, y una sonrisa temblorosa iluminó su rostro a pesar de las lágrimas.

—Lo prometo. No más huidas, no más secretos. De ahora en adelante, seremos sinceros el uno con el otro.

Dante sonrió, y Natalie pensó que nunca había visto una sonrisa tan bonita, tan verdadera.

—Sí —dijo él, inclinándose hasta que sus frentes se tocaron.

Sus ojos se encontraron, y el mundo pareció contener la respiración. Solo existían ellos dos, en esa burbuja de intimidad, complicidad y comprensión mutua que habían creado en el interior del coche.

Lentamente, casi con reverencia, Dante se inclinó aún más hacia ella, y sus labios se acercaron. Natalie cerró la distancia entre ambos, y unió su boca a la de Dante en un beso que llevaba demasiado tiempo esperando.

Fue un beso suave al principio, como si ambos estuvieran redescubriendo algo precioso y frágil. Pero pronto se transformó en algo más profundo, más intenso, más excitante, un beso que hablaba de promesas y de futuros compartidos, de pérdidas superadas y de nuevos comienzos.

Las manos de Dante se enredaron en la melena suelta de Natalie, mientras ella aferraba las solapas de su chaqueta, acercándolo más, temiendo que si lo soltaba podría desvanecerse como un sueño demasiado hermoso para ser real.

Un pequeño suspiro desde el asiento trasero los hizo separarse, ambos se giraron para mirar a Kora. La niña seguía profundamente dormida, pero se había movido ligeramente, como si presintiera el cambio en el ambiente.

—Parece que alguien tiene un sexto sentido —susurró Dante, con una sonrisa divertida elevando la comisura de sus labios.

Natalie rio con suavidad, apoyando su cabeza en el hombro de Dante.

—Siempre ha sido así. Es como si tuviera una antena para detectar cuando está pasando algo importante.

Dante extendió una mano hacia atrás, acariciando suavemente la mejilla de la pequeña.

—Es perfecta —murmuró, con una ternura que hizo que el corazón de Natalie se hinchara de amor—. Igual que su madre.

Natalie le dio un ligero golpe en el brazo, fingiendo indignación.

—Ahora sí que sé que estás mintiendo —bromeó—. Nadie que me haya visto esta noche, con el pelo hecho un desastre y los ojos

hinchados de llorar, podría pensar que soy perfecta —dijo, para aligerar el ambiente.

Dante la miró con tal seriedad que la sonrisa de Natalie se desvaneció.

—Eres la mujer más perfecta que he conocido jamás —dijo—. Y no me refiero solo a tu aspecto, aunque también eres preciosa en ese sentido. Me refiero a tu fuerza, a tu valentía, a la forma en que amas a Kora, a cómo te enfrentas al mundo a pesar de todo lo que has pasado... Eres extraordinaria, Natalie. Y cada día que pasa me enamoro un poco más de ti.

Las lágrimas amenazaron con volver, pero Natalie las contuvo, negándose a llorar más aquella noche. En lugar de eso, se inclinó para besar nuevamente a Dante. Un beso más breve pero igual de intenso.

—Para ser un hombre que decía tener problemas para expresar sus sentimientos, lo estás haciendo bastante bien —murmuró contra sus labios.

Dante se echó a reír. Un sonido profundo y real que Natalie había escuchado en contadas ocasiones.

—Digamos que tengo una buena motivación —respondió, guiñándole un ojo.

Natalie sonrió, sintiéndose ligera, casi flotando de felicidad. Era como si hubieran levantado un peso enorme de sus hombros, permitiéndole respirar plenamente por primera vez en mucho tiempo.

—Deberíamos volver a la mansión —dijo Dante, aunque no hizo ademán de soltarla—. Thomas debe estar volviéndose loco de preocupación.

Natalie asintió, aunque una parte de ella deseaba quedarse inmersa en aquel momento para siempre, en esa burbuja donde solo existían ellos y su recién confesado amor.

—Tienes razón —dijo, acomodándose de nuevo en el asiento—. Además, Kora estará más cómoda en su cuna.

Dante encendió el motor, pero antes de poner el coche en marcha, se volvió hacia ella una vez más.

—Cuando lleguemos a casa, tendremos que hablar otra vez con la policía, declarar... será agotador. Pero quiero que sepas que estaré contigo en cada paso. Y después, cuando todo esto haya terminado, tendremos todo el tiempo del mundo para nosotros. Para descubrir qué significa esto —señaló entre ambos con el dedo— y hacia dónde queremos ir.

Natalie sonrió, y notó un calor expandiéndose por todo el pecho.

—Me gusta cómo suena eso —respondió—. Y me gusta especialmente la parte de que «tendremos todo el tiempo del mundo».

Dante tomó su mano, llevándosela a los labios para depositar un suave beso en sus nudillos.

—Es una promesa —dijo, antes de devolver su atención a la carretera y poner el coche en marcha.

Mientras avanzaban por la oscura carretera, Natalie observó el perfil de Dante, iluminado intermitentemente por las luces de los coches que pasaban en dirección contraria. Sintió una profunda certeza instalándose en su interior, una convicción (y reafirmación) que nunca antes había experimentado.

Ese era su hogar.

No la mansión, no un lugar específico, sino ese hombre, esa sensación de pertenencia, de seguridad, de amor verdadero. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, Natalie se permitió creer que la felicidad no era un sueño inalcanzable sino una posibilidad real, al alcance de su mano.

Y con esa certeza, se recostó en el asiento con una sonrisa serena en los labios, y dejó que la suave vibración del coche la arrullara.

CAPÍTULO 51

La mansión apareció ante ellos como una silueta majestuosa recortada contra el cielo nocturno, con los contornos apenas iluminados por la luz de la luna que se filtraba entre las nubes.

A medida que el coche de Dante avanzaba por el camino de grava que serpenteaba entre el jardín, las luces del exterior se encendieron automáticamente, como si la propia casa les diera la bienvenida.

Natalie sintió un nudo en la garganta. Solo habían pasado un par de días desde su precipitada huida, pero regresaba como una persona completamente distinta. Los acontecimientos de las últimas horas habían transformado su mundo, reordenando prioridades y certezas con la fuerza de un huracán. Y, sin embargo, al contemplar la fachada familiar de la mansión, experimentó una sensación que nunca antes había asociado con ese lugar: la de estar volviendo a casa.

Sí, a casa.

Dante detuvo el Range Rover frente a la entrada principal y apagó el motor. Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio, como si necesitaran ese instante de calma antes de enfrentar lo que les esperaba dentro.

—Thomas debe de estar esperándonos —murmuró Dante, con la mirada fija en la puerta de entrada—. Le llamé cuando estábamos

en la comisaría. Estaba... bueno, creo que nunca le había visto tan preocupado.

Natalie notó que un sentimiento de culpa se instalaba en su pecho. No se había parado a pensar cómo afectaría su desaparición a Thomas, que siempre había sido tan amable con ella y con Kora, que la había tratado como un padre.

—¿Crees que estará muy enfadado? —preguntó en voz baja, lanzando una mirada hacia el asiento trasero, donde Kora seguía durmiendo.

La expresión de Dante se suavizó al mirarla.

—¿Thomas? —Una sonrisa curvó sus labios—. Ese hombre no sabe lo que es estar enfadado. Preocupado, sí. Pero enfadado... —Sacudió la cabeza—. Es incapaz de enfadarse con vosotras.

Natalie intentó sonreír, pero la ansiedad seguía ahí, como un peso en su estómago. Respiró hondo, tratando de calmarse.

—Vamos —dijo finalmente Dante, apretando suavemente su mano—. Cuanto antes entremos, antes podremos poner fin a su sufrimiento.

Natalie asintió, y ambos salieron del coche.

Mientras Dante rodeaba el vehículo para sacar a Kora de su sillita, Natalie observó la mansión. Sus ojos recorrieron las ventanas iluminadas. En el piso superior, una figura se movió tras una cortina, y Natalie supo que era Thomas, que estaba atento a su llegada.

Dante se acercó a ella con Kora en brazos, la pequeña aún dormía profundamente, con la cabecita apoyada en el hombro de él con total confianza. La imagen hizo que el corazón de Natalie diera un vuelco.

—Parece que alguien ha encontrado su lugar favorito —comentó con ternura, acariciando suavemente la mejilla de su hija.

Dante sonrió, y la forma en que miró a Kora, con tanta devoción y cuidado, casi hizo que Natalie rompiera a llorar nuevamente.

—Lo ha hecho muy bien —murmuró él, refiriéndose a cómo la niña había soportado toda la situación—. Es increíblemente fuerte. Como su madre.

Natalie sintió que un rubor se extendía por sus mejillas. Aún no se acostumbraba a los cumplidos de Dante. Con un gesto, él le indicó que avanzaran hacia la entrada, y ella asintió, alisándose nerviosamente el pelo con la mano.

—Estamos en casa —dijo Dante.

Natalie sintió un pellizco en el corazón.

Apenas habían dado unos pasos cuando la puerta principal se abrió de golpe, y Thomas apareció en el umbral. Su figura alta y delgada se veía perfilada por la luz que emanaba del interior.

Durante un segundo, el jardinero se quedó inmóvil, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Luego, con una velocidad sorprendente para un hombre de su edad, bajó los escalones de la entrada y se dirigió hacia ellos.

—¡Natalie! —exclamó—. ¡Gracias al cielo! ¡Estáis bien!

Antes de que Natalie pudiera reaccionar, se encontró envuelta en un fuerte abrazo. El gesto la dejó momentáneamente sin habla.

—Thomas... —logró murmurar, devolviendo el abrazo con torpeza—. Lo siento mucho. No quería preocuparte...

Thomas se apartó ligeramente, sosteniéndola por los hombros a la distancia de los brazos. Sus ojos recorrieron su rostro como buscando signos de daño.

—¿Estás herida? ¿Te ha hecho daño ese... ese individuo? —La preocupación en su voz era palpable, y Natalie se sintió abrumada por el afecto que aquel hombre le profesaba.

—Estoy bien, Thomas, de verdad —aseguró, intentando sonreír para tranquilizarlo—. Gracias a Dante... —Su voz se quebró ligeramente al recordar cómo él había irrumpido en la habitación del motel, enfrentándose a Justin sin dudarlo.

Thomas asintió, como si eso fuera exactamente lo que esperaba oír, y finalmente se giró hacia Dante, que observaba la escena con una expresión difícil de leer, mezcla de ternura y diversión.

—Señor —dijo Thomas, recuperando parte de su formalidad, aunque sus ojos brillaban con emoción—, bien hecho.

Era una frase simple, breve, pero la forma en que la pronunció, cargada de orgullo y afecto, como si le hablara un padre, hizo que Dante inclinara ligeramente la cabeza, aceptando el cumplido con humildad.

—No habría podido vivir conmigo mismo si no lo hubiera hecho, Thomas —respondió en voz baja, ajustando suavemente el peso de Kora en sus brazos.

Thomas asintió. Comprendía perfectamente lo que Dante no decía en voz alta. Se irguió y adoptó una expresión más ligera.

—Debéis estar agotados. He preparado algo de comida caliente para que cenéis y he encendido la chimenea del salón —dijo.

Natalie sintió una oleada de agradecimiento tan intensa que tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—Gracias, Thomas —respondió con sinceridad.

Thomas esbozó una sonrisa, la primera desde que habían llegado.

—Será mejor que entremos, a estas horas, aquí fuera hace frío —dijo Thomas, señalando hacia la puerta abierta—. No queremos que la pequeña se resfríe.

Mientras seguían a Thomas hacia el interior de la mansión, Natalie se acercó a Dante, rozando ligeramente su brazo.

—Pensé que me regañaría, Thomas es como un padre para mí —murmuró, lo suficientemente bajo para que solo él la oyera.

Dante la miró con una expresión llena de calidez.

—Te lo dije —respondió en el mismo tono confidencial—. Thomas es incapaz de enfadarse contigo. Creo que te quiere más a ti que a mí, y eso que lleva un montón de años cuidándome.

La broma hizo que Natalie sonriera, aunque seguía sintiendo ese pinchazo de culpabilidad.

—Aun así, le debo una disculpa en condiciones —dijo—. A él y a ti.

Dante negó con la cabeza.

—A mí no me debes nada, Natalie. Los dos hemos cometido errores, pero lo importante es que estamos aquí ahora, juntos. Y en cuanto a Thomas... —Lanzó una mirada hacia él, que les esperaba pacientemente en la entrada—. Te aseguro que tenerte de vuelta sana y salva es lo único que necesita.

Al entrar en la mansión, Natalie fue consciente de lo mucho que había echado de menos aquel lugar en los dos días que había estado lejos.

El vestíbulo, con su imponente escalera de madera, sus lámparas de cristal y su estilo gótico, le dio la bienvenida con una calidez que no había percibido antes. Tal vez porque ahora sabía, con absoluta certeza, que aquella era su casa. Y más que su casa, su hogar.

Thomas les guio hacia el salón, donde el fuego crepitaba alegremente en la chimenea, iluminando la estancia con un resplandor dorado y acogedor. La mesa estaba preparada con una cazuela de sopa, una bandeja con lomo y verduras, una tetera humeante y varias tazas.

—Pensé que os sentaría bien algo caliente que llevaros a la boca —explicó Thomas—. Ha sido un día muy largo para todos.

—Gracias, Thomas. Es exactamente lo que necesitamos —dijo Dante.

—Si no necesitáis nada más, os dejaré descansar —dijo, aunque sus ojos seguían fijos en Natalie, como si temiera que pudiera desaparecer si apartaba la vista de ella.

—Thomas —lo llamó ella, antes de que el jardinero pudiera marcharse—. De verdad, lo siento mucho. No quería preocuparte así.

Él la miró con una expresión que mezclaba afecto y comprensión.

—Lo importante es que estás aquí —respondió con sinceridad—. Esta casa no ha sido la misma sin ti y sin Kora. —Hizo una pausa, y añadió con un toque de solemnidad—. Y me voy a permitir el atrevimiento de decir que creo que cierto ermitaño gruñón tampoco ha sido el mismo sin vosotras.

Sus ojos se desviaron brevemente hacia Dante, que seguía sosteniendo a Kora contra su pecho, y Natalie sintió que se sonrojaba.

—Gracias, Thomas —dijo Dante—. Por todo.

—Para eso estoy aquí —respondió él—. Por cierto, ¿el señor Óscar? —preguntó.

—Se ha quedado hablando con la policía, estará aquí dentro de un rato —contestó Dante.

Thomas afirmó con la cabeza, conforme, y con una última mirada cargada de afecto hacia los tres, se retiró discretamente, cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto se quedaron solos, Dante se acercó al sofá más cercano a la chimenea y se sentó con cuidado, ajustando a Kora para que siguiera cómoda en sus brazos.

—¿Quieres que la lleve a su habitación? —preguntó en voz baja.

Natalie negó con la cabeza, sentándose junto a él.

—Todavía no —respondió, observando el rostro dormido de su hija—. Me gusta verla así, tranquila, segura. Después de todo lo que ha pasado...

Su voz se apagó, y Dante asintió, entendiendo perfectamente lo que quería decir.

—Ha terminado, Natalie —murmuró, inclinándose para besar suavemente su frente—. Justin está detenido, con múltiples cargos en su contra. No saldrá de la cárcel en mucho tiempo. Y cuando lo haga, si es que lo hace, nos aseguraremos de que nunca pueda acercarse a vosotras de nuevo.

Natalie quería creerle con todas sus fuerzas. Pero tanto tiempo viviendo con miedo e incertidumbre no desaparecían de la noche a la mañana.

—¿Y si encuentra alguna forma de salir? —preguntó, dando voz a su mayor temor—. ¿Y si contrata a alguien para hacernos daño? Siempre ha sido muy persuasivo, y conoce a gente...

Dante la interrumpió, con una expresión absolutamente seria en el rostro.

—Natalie, mírame —dijo, esperando hasta que ella levantó los ojos hacia él—. Te prometo, aquí y ahora, que haré todo lo que esté en mi mano para manteneros a salvo. Todo. Y tengo recursos. Más de los que Justin podría soñar. Si intenta algo, lo sabremos antes de que pueda acercarse a cien kilómetros de vosotras.

La intensidad en su voz, la determinación en sus ojos, hizo que Natalie sintiera un escalofrío.

—Te creo —dijo finalmente, porque era cierto. Le creía. Confiaba en él de una manera que nunca había confiado en nadie antes.

Dante sonrió, y el fuego de la chimenea arrancó destellos dorados de su mirada gris.

—Bien —respondió—. Porque no pienso permitir que nada ni nadie os haga daño. Nunca más.

Kora se movió un poco en sus brazos, como si hubiera percibido la intensidad del momento, y ambos dirigieron su atención hacia ella. La pequeña abrió los ojos, parpadeando confundida, como tratando de ubicarse. Cuando su mirada se posó en Dante, una sonrisa adormilada iluminó su rostro.

—Da-Da... —murmuró, utilizando el apodo que había adoptado para él, incapaz todavía de pronunciar su nombre completo.

—Hola, princesa —respondió Dante. Su voz se transformó en algo increíblemente suave y tierno—. ¿Has dormido bien?

Kora asintió, frotándose los ojos con sus pequeños puños, y luego miró a su alrededor, reconociendo el lugar.

—¿Casa? —preguntó, con esa forma directa y simple que tienen los niños de su edad.

—Sí, cariño —respondió Natalie, acariciando sus rizos—. Estamos en casa.

—Casa —repitió Kora, como si probara la palabra, y luego, para sorpresa de ambos, se acurrucó más contra el pecho de Dante y cerró los ojos nuevamente, dispuesta a seguir durmiendo, tranquila, feliz.

Dante y Natalie intercambiaron una mirada, con una mezcla de asombro y emoción reflejándose en sus rostros.

—Creo que acaba de darnos su aprobación —susurró Dante.

Natalie sonrió, sintiendo una felicidad tan pura que casi dolía.

—Siempre ha tenido buen criterio —respondió en el mismo tono susurrante—. Incluso mejor que el mío, según parece. Ella confió en ti desde el primer momento.

Dante rio suavemente, procurando no despertar a Kora, que había vuelto a quedarse dormida.

—Los niños y los animales son los mejores para juzgar a las personas. —dijo, citando el viejo dicho.

Natalie apoyó la cabeza en el hombro de Dante, observando a su hija dormir plácidamente en los brazos del hombre que, contra todo pronóstico, se había convertido en el centro de su universo.

—Deberíamos llevarla arriba —murmuró, después de unos segundos de silencio en el que no dejó de contemplarla—. Estará más cómoda en su cuna.

Dante asintió, pero no hizo ningún ademán de moverse.

—Solo un minuto más —pidió, con la mirada fija en el rostro dormido de Kora—. Quiero grabar este momento en mi memoria.

Natalie no pudo evitar esbozar una sonrisa. Entendía a Dante. Porque ella también quería recordar aquel instante para siempre: los tres juntos, en ese salón cálido y acogedor, con el fuego crepitando suavemente en la chimenea y la paz que se respiraba después de la tormenta.

Era, pensó, el inicio de algo nuevo. Algo hermoso. Un futuro que se atrevía a imaginar brillante y lleno de posibilidades.

Un futuro juntos.

Dante y ella. Con Kora.

—Te quiero —susurró. Las palabras escaparon de sus labios casi sin pensarlo.

Dante giró ligeramente la cabeza para mirarla, y la luz del fuego bailó en sus ojos, iluminando una emoción tan profunda y sincera que dejó a Natalie casi sin aliento.

—Y yo a ti —respondió él—. Muchísimo. Más de lo que puedes imaginar.

Y en ese momento, en esa mansión que una vez le había parecido fría e intimidante, Natalie supo que finalmente había encontrado su lugar en el mundo. No un lugar físico, sino ese

espacio intangible entre los latidos del corazón de Dante, entre los suspiros de Kora, entre los silencios cómplices y las palabras de amor.

Había encontrado su hogar. Y aquella vez, no pensaba irse a ninguna parte.

EPÍLOGO

Cinco años después

La primavera había llegado con fuerza. Las rosas trepadoras se abrían paso por las pérgolas y la luz del sol de media tarde bañaba el césped recién cortado, creando ese aroma característico a hierba fresca que tanto le gustaba a Natalie. Sentada en una de las sillas de jardín, revisaba el historial de algunos de sus pacientes como jefa de enfermeras del hospital en el que trabajaba, y observaba la escena que había frente a ella con una sonrisa que no podía contener.

—¡No me vas a pillar, papá! ¡Eres muy lento! —La voz cantarina de Kora resonó por todo el jardín mientras corría en zigzag, esquivando los brazos de Dante, que fingía torpeza en sus movimientos.

—¡Oh, no! ¿Dónde se ha metido ese pequeño terremoto? —exclamó Dante de forma exagerada, mirando a su alrededor y pasando deliberadamente por alto a Kora, que se escondía, bastante mal, detrás de un arbusto que apenas tapaba la mitad de su cuerpo —. ¡Ha desaparecido! ¡Thomas! ¿Has visto a Kora por aquí?

La risita de Kora se intensificó, incapaz de contener su emoción ante el juego. A sus seis años, era un torbellino de energía inagotable, con una cabellera de rizos dorados que rebotaban con cada uno de sus movimientos y unos ojos que, como decía Thomas, «eran capaces de conseguir cualquier cosa que se propusieran».

—¡Estoy aquí, papá! ¡Aquí! —No pudo resistir más y salió corriendo de su escondite, directa hacia Dante.

—¡Ajá! —exclamó él, girándose en el momento exacto—. ¡Te tengo!

Pero Kora, rápida como siempre, esquivó sus brazos una vez más y salió disparada en dirección contraria. Su vestido verde claro ondeaba tras ella, mientras que sus pies apenas rozaban el césped. La risa, cristalina y sincera, se mezclaba con la de Dante en una sinfonía que, para Natalie, era el sonido más hermoso del mundo.

Cinco años.

Habían pasado cinco años desde aquel día en que había llegado a la mansión con Kora en brazos para trabajar como ama de llaves, sin saber que estaba a punto de encontrar al hombre de su vida, un hogar y una familia.

Cinco años desde que Justin había desaparecido de sus vidas, cumpliendo condena por secuestro, agresión y una lista interminable de delitos que habían salido a la luz durante la investigación.

Cinco años desde que empezó a construir algo que nunca creyó posible: una vida plena, segura, llena de amor.

Ver a Dante corriendo por el jardín, persiguiendo a Kora como si fuera lo único importante en el mundo, hacía que su corazón se hinchara de emoción. ¿Quién hubiera dicho que aquel hombre serio e intimidante, el escritor solitario encerrado en su mansión de cristal, se convertiría en ese padre devoto que no dudaba en tirarse al suelo o manchar sus carísimos pantalones con tal de hacer reír a una niña?

—¡Mira, mamá! ¡Estoy ganando! —gritó Kora, sacándola de sus pensamientos, mientras corría en círculos alrededor de Dante, que fingía estar exhausto.

—¡Lo estoy viendo, cariño! ¡Papá no tiene ninguna oportunidad! —respondió Natalie, guiñándole un ojo a Dante, que la miró con una

expresión que simulaba indignación.

—¿Así es como me apoyas? —protestó él, poniendo las manos en las caderas—. ¡Me has traicionado por una enana de seis años!

—Es que es mucho más rápida que tú —replicó Natalie, encogiéndose de hombros con un gesto divertido—. Y más lista.

—¡Sí! ¡Soy la más lista! —exclamó Kora, aprovechando ese momento de distracción para lanzarse sobre Dante, aferrándose a su pierna como un pequeño koala.

Dante fingió perder el equilibrio, tambaleándose de manera cómica.

—¡Oh, no! ¡Me han atacado! —exclamó, agitando los brazos—. ¡Socorro! ¡Una criatura salvaje me está devorando la pierna!

Kora soltó una carcajada tan fuerte que hizo que un par de pájaros salieran volando de un árbol cercano.

—¡No soy una criatura salvaje! ¡Soy yo! —protestó entre risas.

—¿Tú? —Dante abrió mucho los ojos con sorpresa—. ¿Mi pequeña princesa? ¡Imposible! ¡Mi princesa nunca me atacaría así!

—¡Sí que lo haría! —insistió Kora, todavía aferrada a su pierna, mirándolo hacia arriba con esa sonrisa a la que le faltaban un par de dientes de leche.

—En ese caso... —La voz de Dante se volvió grave, con ese tono teatral que reservaba para los momentos más dramáticos de sus juegos—. ¡Tendré que tomar medidas drásticas!

Y con un movimiento rápido pero suave, se dejó caer al suelo, teniendo cuidado de no hacer daño a Kora. La niña, entre risas, aprovechó para trepar sobre él, sentándose triunfalmente en su estómago.

—¡Te vencí! —declaró, levantando los brazos en señal de victoria.

—Me rindo —dijo Dante, colocando una mano sobre su corazón —. Has derrotado a la temible bestia de la mansión.

—No eres una bestia —corrigió Kora con seriedad—. Eres mi papá.

Algo en la forma en que lo dijo, con esa absoluta certeza y naturalidad, hizo que la mirada de Dante se suavizara. Sus ojos se encontraron con los de Natalie durante un instante, y ella pudo ver en ellos toda la emoción que esas simples palabras le provocaban.

«Eres mi papá».

No era la primera vez que Kora lo llamaba así, por supuesto. Había empezado a hacerlo unos cuatro años atrás, tras una serie de preguntas inocentes sobre por qué otros niños tenían un papá y ella no. Dante había dejado que fuera Natalie quien decidiera qué responder, pero cuando Kora, con toda la lógica implacable de un niño de dos años, había declarado: «Pero Dante puede ser mi papá, ¿verdad?», ninguno de los dos había tenido corazón para contradecirla.

Y lo cierto es que Dante se había convertido en su padre en todos los sentidos que importaban. Estaba ahí para leerle cuentos antes de dormir, para enseñarle a montar en bicicleta, para secarle las lágrimas cuando se caía, para celebrar cada pequeño logro como si fuera la hazaña más importante del mundo. La quería como si fuera su propia sangre, y Kora lo adoraba con esa devoción incondicional que solo los niños pueden ofrecer.

—Ven aquí, pequeño monstruo —dijo Dante, incorporándose hasta quedar sentado en el césped y atrayendo a Kora hacia su pecho para darle un abrazo—. Te quiero hasta el infinito y más allá, ¿lo sabes?

—Yo te quiero hasta la luna —respondió Kora, enroscando sus brazos alrededor del cuello de Dante—. Y hasta las estrellas. ¡Hasta todas!

—Eso es mucho —afirmó él, besando su frente—. ¿Incluso más que a los helados de chocolate?

Kora pareció considerar la pregunta con suma seriedad, frunciendo el ceño en una expresión que era un calco exacto de la de Natalie cuando se concentraba.

—Mmmm... —dudó, rascándose la barbilla—. ¡Sí! ¡Más que a los helados de chocolate! Pero por poquito.

Dante soltó una carcajada tan espontánea que Natalie no pudo evitar unirse a ella. Hacía tanto tiempo que la risa era algo habitual en la mansión, que a veces costaba recordar cómo había sido antes, cuando el silencio pesaba como una losa sobre cada habitación. Ahora, Thomas también sonreía con frecuencia, especialmente cuando Kora lo perseguía por los pasillos, exigiéndole que le mostrara los pasadizos secretos que ella estaba convencida que existían. Y es que tenía una imaginación extraordinaria.

Mientras los observaba, sintió una oleada de ternura tan intensa que casi le cortó la respiración.

Llevó una mano a su vientre, aún plano, donde crecía su pequeño secreto. Apenas se había enterado hacía unas horas, después de semanas sintiéndose extraña, con náuseas matutinas y ese cansancio que recordaba tan bien de su primer embarazo. La prueba había confirmado sus sospechas, y desde entonces, había estado buscando el momento perfecto para compartir la noticia con Dante.

Quizás aquel era ese momento.

Kora se había separado de Dante y corría tras una mariposa de alas azules que revoloteaba cerca de los rosales, dando saltitos y extendiendo sus manos en un intento de atraparla, aunque nunca lo hacía realmente. Tenía esa amabilidad innata, ese cuidado con las cosas pequeñas y delicadas que siempre había asombrado a Natalie.

Dante se levantó del césped, sacudiéndose los pantalones y pasándose una mano por el pelo, ligeramente despeinado. Cuando

caminó hacia ella, Natalie sintió que su corazón se aceleraba, igual que la primera vez que la había mirado con esa intensidad que parecía atravesarle el alma.

Cinco años, y seguía teniendo ese efecto en ella.

—Pareces cansado —comentó cuando él se sentó a su lado, con una sonrisa burlona—. ¿Demasiado para Dante Eastwood?

Él le lanzó una mirada de soslayo, con esa media sonrisa que aún hacía que sus rodillas temblaran.

—¿Sabes de dónde saca tanta energía? —preguntó, señalando con un gesto hacia Kora, que daba vueltas con los brazos extendidos, siguiendo el vuelo de la mariposa—. Estoy empezando a sospechar que tiene una central nuclear dentro.

Natalie se rio, apoyando su cabeza en el hombro de él, un gesto que se había vuelto tan natural como respirar.

—Es tu hija —respondió simplemente, y pudo notar cómo a Dante se le hinchaba el pecho de orgullo—. Tiene tu energía... y tu terquedad.

—Y tu carácter —añadió él, pasando un brazo alrededor de su cintura y atrayéndola más cerca—. Esa forma de mirar cuando algo no le gusta, con el ceño fruncido y los labios apretados... es idéntica a ti.

—¿Estás insinuando que soy una gruñona? —preguntó ella, fingiendo sentirse indignada.

—Estoy afirmando que eres adorablemente intimidante cuando te enfadas —corrigió él, besando su sien—. Y que nuestra hija ha heredado ese don.

«Nuestra hija».

Aunque ya no era raro oír decirlo, seguía provocando en Natalie una sensación cálida en el pecho. Porque Kora era de ambos, no por sangre o por papeles, sino por esa conexión que iba mucho más allá

de lo biológico o lo legal. Era suya porque los tres habían elegido ser una familia, día tras día, durante cinco años.

—Dante... —comenzó, al darse cuenta de que no había mejor momento que ese para darle la buena nueva al que era su esposo desde hacía casi cinco años, porque se casaron unos meses después —. Tengo que contarte algo.

Él la miró, con esa atención absoluta que siempre le dedicaba cuando hablaba. Como si sus palabras fueran lo más importante del mundo, como si nada más existiera en ese instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Su tono adquirió un ligero matiz de preocupación al notar su nerviosismo.

Natalie tomó aire, sintiendo cómo las mariposas revoloteaban en su estómago, igual que la que Kora perseguía entre las flores.

—Estoy embarazada —dijo finalmente.

Las palabras salieron en un susurro que sonó más fuerte de lo que esperaba en el silencio que se había formado entre ellos.

Durante un segundo, Dante se quedó completamente inmóvil, como si su cerebro estuviera procesando la información demasiado despacio. Sus ojos grises, fijos en los de ella, se agrandaron poco a poco, y su boca se entreabrió sin que saliera ningún sonido.

—¿Qué has dicho? —murmuró.

—Que estoy embarazada —repitió Natalie, notando cómo una sonrisa comenzaba a formarse en sus labios al ver la reacción de Dante—. Vamos a tener un bebé.

—Un bebé… —repitió él, como si probara las palabras, como si necesitara decirlas en voz alta para asimilarlas—. Vamos a tener un bebé. Tú y yo. Un bebé.

Y entonces, de repente, su rostro se iluminó con una sonrisa tan radiante que casi dolía mirarla. Sin previo aviso, se levantó, llevando

a Natalie consigo, y la abrazó con tanta fuerza que por un momento ella temió por sus costillas.

—¡Un bebé! —exclamó Dante, girando con ella en brazos. Su risa se mezcló con la de Natalie—. ¡Vamos a tener un bebé!

—¡Dante! —protestó Natalie entre risas—. ¡Me estás mareando!

Él se detuvo inmediatamente, bajándola con una delicadeza exagerada, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que tenía entre los brazos una muñeca de porcelana fina.

—Lo siento, lo siento —dijo. Sus manos acariciaron sus brazos, su rostro, su cintura, como si necesitara asegurarse de que estaba bien—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? ¿El bebé está...?

—Estamos perfectamente —lo tranquilizó Natalie, cogiendo sus manos—. Solo un poco mareada por las vueltas, nada más.

La expresión de alivio que cruzó el rostro de Dante fue casi cómica, pero lo que vino después hizo que el corazón de Natalie se derritiera: Dante se arrodilló frente a ella, colocando ambas manos en su vientre, en un gesto tan reverente que parecía estar ante algo sagrado.

—Hola, pequeño —susurró, con la voz cargada de emoción—. Soy tu papá. Y ya te quiero muchísimo.

Los ojos de Natalie se llenaron de lágrimas, mientras observaba a aquel hombre al que durante un tiempo habían apodado *La Bestia*, arrodillado en el césped, hablándole con infinita ternura a un ser que apenas era del tamaño de un guisante.

—¿De cuánto tiempo estás? —preguntó él, alzando la mirada hacia ella con los ojos brillantes.

—Casi de ocho semanas —respondió Natalie, pasando sus dedos por el pelo de Dante—. Me he hecho la prueba hace unas horas. Las náuseas empezaban a ser demasiado obvias para ignorarlas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —No había reproche en su voz, solo curiosidad.

Natalie se encogió de hombros, con una pequeña sonrisa.

—Quería estar segura. Y quería encontrar el momento perfecto.

Él asintió, con una expresión comprensible, y se puso de pie para besarla. Un beso que contenía todo lo que las palabras no podían expresar: agradecimiento, felicidad, amor, esperanza.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué pasa?

La voz de Kora los hizo separarse. La niña estaba de pie junto a ellos, observándolos con curiosidad. Al parecer, la persecución de la mariposa podía esperar.

Dante y Natalie intercambiaron una mirada, una de esas conversaciones silenciosas que habían perfeccionado a lo largo de los años. Con un asentimiento, Dante se agachó para quedar a la altura de Kora.

—Princesa, tenemos una noticia muy especial para ti —dijo, tomando sus pequeñas manos entre las suyas.

—¿Qué noticia? —preguntó ella, inclinando la cabeza. Sus rizos rubios cayeron sobre su hombro.

—Vas a tener un hermanito o una hermanita —respondió Natalie, arrodillándose también junto a ellos—. Hay un bebé creciendo en mi barriga, igual que tú creciste antes de nacer.

Los ojos de Kora se abrieron como platos, pasando de Natalie a Dante y de Dante a Natalie.

—¿Un bebé? ¿De verdad? —Su voz subió varias octavas por la emoción—. ¿Como el de mi amiga Carol?

Carol era una amiguita del colegio que había tenido un hermanito unos meses atrás, un niño al que Kora adoraba y al que trataba como si fuera una muñeca de verdad.

—Exactamente como ese —afirmó Dante, sonriendo ante su entusiasmo—. Pero este bebé será tu hermano o hermana. Vivirá aquí con nosotros, y tú serás la hermana mayor.

—¡La hermana mayor! —exclamó Kora, dando un saltito—. ¡Voy a tener un hermanito! ¡Un bebé de verdad!

Y sin más preámbulos, se lanzó a los brazos de ambos. Los tres se fundieron en un abrazo conjunto, riendo, Kora haciendo mil preguntas a la vez: ¿cuándo llegaría el bebé?, ¿sería niño o niña?, ¿podría ponerle nombre?, ¿dormiría en su habitación?, ¿podría llevarlo al colegio para enseñárselo a sus compañeros de clase?

—Todavía falta mucho tiempo para que llegue —explicó Natalie, acariciando su mejilla—. El bebé necesita crecer dentro de mí durante varios meses más.

—¿Cuántos meses? —quiso saber Kora, con esa impaciencia tan característica de su edad.

—Unos siete meses más —respondió Dante, haciendo un rápido cálculo mental—. Justo para Navidad, más o menos.

—¿El bebé va a ser mi regalo de Navidad? —Los ojos de Kora se iluminaron con la idea—. ¡Es el mejor regalo del mundo!

Natalie no pudo evitar reírse ante su entusiasmo. Por supuesto, sabía que la novedad se desvanecería pronto y que vendrían las preguntas más difíciles, quizás incluso los celos cuando el bebé llegara y acaparara gran parte de la atención. Pero por ahora, su corazón se llenaba de alegría al ver la emoción de Kora ante la idea de ser hermana mayor.

—¿Puedo ir a contárselo a Thomas? —preguntó Kora, prácticamente vibrando de excitación—. ¡Todo el mundo tiene que saber que voy a ser hermana mayor!

—Claro que puedes, cariño —respondió Natalie—. Pero recuerda, es una noticia especial que estamos compartiendo solo con nuestra familia más cercana por ahora, ¿de acuerdo?

—¡Sí! ¡Es un secreto! —asintió Kora con solemnidad, para luego salir disparada hacia la casa, gritando—: ¡Thomas! ¡Thomas! ¡Tengo un secreto muy importante que contarte!

Cuando Natalie y Dante se quedaron solos nuevamente, Dante volvió a abrazar a Natalie, esa vez con más suavidad, como si de repente fuera consciente de la fragilidad de lo que estaban creando juntos.

—Te quiero —murmuró contra su pelo—. Te quiero tanto que a veces me asusta.

—¿Te asusta? —preguntó ella, separándose un poco para mirarlo a los ojos.

Dante asintió, con una sonrisa que mezclaba felicidad, pero también vulnerabilidad, una combinación que solo ella tenía el privilegio de ver.

—Nunca creí que podría sentir algo así —confesó, al tiempo que su pulgar trazaba círculos en su mejilla—. Antes de ti, antes de Kora, mi vida estaba... vacía. Tenía todo lo que el dinero podía comprar, pero nada que realmente importara. —Hizo una pausa. Su mirada se perdió un momento en los recuerdos—. Pero llegaste tú, con una niña en brazos y más coraje del que he visto en nadie.

Natalie sintió que sus ojos se humedecían de nuevo. Aunque habían pasado más de cinco años, el recuerdo seguía siendo muy vivo para ambos.

—Me salvaste —continuó él—. No solo me diste una familia, me rescataste de la soledad en la que me había encerrado. Me devolviste a la vida, Natalie. Los últimos cinco años han sido los mejores de mi existencia, y ahora... ahora me regalas esto. —Colocó la mano sobre su vientre con una ternura infinita—. Otro hijo.

—También tú me salvaste a mí —respondió ella, colocando su mano sobre la de él—. Me diste un hogar cuando más lo necesitaba, me mostraste lo que es el amor verdadero, el que no juzga, el que no controla, el que solo... ama. Me diste seguridad, estabilidad, una

vida que nunca creí merecer. —Su voz se quebró ligeramente—. Y has sido el mejor padre que Kora podría desear. Te quiere tanto, Dante. Y yo también.

Él se inclinó y la besó. Un beso lleno de promesas, de sueños compartidos, de un futuro que estaban construyendo juntos día a día.

—Gracias —susurró Dante contra sus labios—. Gracias por darme una familia. Por hacerme padre, no una, sino dos veces. Por confiar en mí, por elegirme cada día.

—Gracias a ti por elegirme también —respondió Natalie, recostando su cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón—. Por amar a Kora como si fuera tuya, por darnos un hogar, por ser exactamente el hombre que necesitábamos en nuestras vidas.

Permanecieron así, abrazados en silencio, mientras el sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y escarlatas. A lo lejos, podían oír la voz de Kora, emocionada, contándole a Thomas la gran noticia, y la respuesta calmada pero alegre del viejo jardinero.

La mansión, que una vez había sido un lugar frío y solitario, rebosaba ahora de vida y amor. Y pronto, habría una nueva personita que llenaría sus pasillos de risas y llantos, de primeros pasos y palabras balbuceadas.

—Deberíamos volver dentro antes de que a Kora se le ocurra llamar a Óscar o a alguna de sus amigas para contarle la noticia. Tiene inteligencia para eso y para más —comentó Dante, con una sonrisa divertida en los labios.

—Sí, es cierto —estuvo de acuerdo Natalie, riendo—. Nunca ha sido muy buena guardando secretos.

—Como su madre —bromeó él, esquivando el golpe juguetón que ella le dirigió—. ¡Es cierto! Recuerda cómo intentaste sorprenderme en mi cumpleaños el año pasado y terminaste

soltándolo todo una semana antes porque no podías contener la emoción.

—¡Eso fue porque Kora me delató! —se defendió Natalie, aunque sabía que tenía razón—. Además, tú tampoco eres precisamente un experto en guardar secretos. ¿Recuerdas cuando intentaste ocultarme que habías comprado un cachorro para Kora?

—Star se delató solo ladrando —protestó Dante, mientras comenzaban a caminar hacia la casa, con las manos entrelazadas—. No es mi culpa que decidiera hacer su gran debut justo cuando estabas pasando por el garaje.

Natalie se echó a reír, apoyándose contra él mientras caminaban. Ese era otro cambio que Kora y ella habían llevado a la mansión: una enérgica perra labrador dorada llamada Star, que ahora mismo probablemente estaría durmiendo en algún rincón soleado de la casa, ajena a la emoción que se avecinaba.

—Te quiero, Dante Eastwood —dijo de pronto Natalie, deteniéndose y mirándolo a los ojos—. Con todo mi corazón.

La sonrisa que se deslizó por los labios de Dante fue lenta, cálida, iluminando sus ojos con ese brillo que solo aparecía cuando la miraba a ella o a Kora.

—Y yo te quiero a ti, Natalie Eastwood —respondió, usando el apellido que ella había decidido adoptar cinco años atrás, cuando finalmente habían formalizado su relación en una ceremonia íntima en los mismos jardines donde ahora se encontraban—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Y mientras caminaban hacia la mansión, hacia el sonido de la risa de Kora y la voz afectuosa de Thomas, hacia el futuro que habían construido juntos, Natalie supo que había encontrado algo que una vez creyó imposible: un final feliz que era, en realidad, solo el comienzo de algo aún más hermoso.

En un giro que ni el propio Dante hubiera imaginado, la novela que había comenzado a escribir mientras observaba a Natalie y Kora jugar en el jardín, se había convertido en el fenómeno literario del año. *Refugio en la soledad*, su vuelta al mundo de la literatura, había estado más de cincuenta y dos semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times* y había sido traducida a treinta y siete idiomas.

La historia de amor entre un hombre solitario y una mujer valiente que llegaba a su vida con una niña pequeña durante una noche de tormenta había cautivado a millones de lectores en todo el mundo.

«Es ficción», insistía Dante en cada entrevista, con esa media sonrisa que Natalie conocía tan bien, la que decía que mentía, pero solo a medias. Porque, aunque los personajes tenían otros nombres y las situaciones habían sido dramatizadas para la narrativa, la esencia de su propia historia de amor estaba ahí, palpitando en cada página.

Los estudios cinematográficos más prestigiosos se habían enzarzado en una guerra de ofertas por los derechos del libro, y finalmente, una importante productora había comenzado el rodaje con dos actores de renombre internacional como protagonistas.

Dante, sin embargo, apenas prestaba atención a la fiebre mediática desatada por su obra. Aquella mañana, mientras los titulares anunciaban que *Refugio en la soledad* había superado los 40 millones de ejemplares vendidos, él estaba encerrado en su estudio, sumergido en su nuevo manuscrito.

«La historia continúa —le había dicho a Natalie cuando ella le había preguntado sobre su nuevo proyecto—. Pero esta vez, hay un nuevo personaje que está a punto de cambiar sus vidas para siempre.

Y mientras tecleaba, absorto en ese mundo que era y no era el suyo, Kora se colaba en el estudio, se sentaba en silencio junto a él y comenzaba a dibujar lo que, según ella, serían «las ilustraciones

perfectas para el nuevo libro de papá». Un libro que, aunque él aún no lo sabía, superaría con creces el éxito del primero.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA:

Hermanos Montenegro:

Donde vuelan las mariposas.

En el otro lado del corazón

Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:

La proposición del señor Baker

La petición del señor Baker

La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:

El infierno de Nathan

El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:

Los pecados de Olivier

La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:

Érase una vez… el placer

Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:

Un corazón para Bruce Sanders

El retorno de Logan Mont Blanc

La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:

KADEN: Amor por contrato

KILLIAN: Desde siempre

KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago

SAMUEL, el Arrogante

ASHER, el Poderoso

ETHAN, el Vanidoso

TREVOR, el Prepotente

Mi odioso (adorable) vecino

Serie DEVILS
El CEO de corazón de hielo.
La caída del Titán
La debilidad del jefe